# ATENEO

# ATENEO

## REVISTA MENSUAL

## 1908

## TOMO PRIMERO

ATENEO DE MADRID
BIBLIOTECA




Redacción y Administración:
3, CALLE DE SANTA CATALINA, 3
MADRID

# Dos vidas fundidas en una sola vida.

Admitida la sociabilidad ley de vida, que obliga por igual á los dos sexos. Obligación que tiene mucho de espontánea, y está admitida para contribuir á la dicha de la especie humana. Dicha que influye y convive con la razón y el afecto. Dicha que desarrolla simpatías; con ellas y por ellas el amor adquiere vigor, y este vigorizado ahuyenta antipatías. Con la desaparición de éstas predomina la paz de los espíritus, obligándose recíprocamente los dos sexos á amarse por mutuo consentimiento. Entonces, la vida de familia se vigoriza. Así se ve, en el curso de la historia, ir de etapa en etapa: en las síntesis de las edades, tomar cuerpo de doctrina y sistema de buenas costumbres, en todas las razas, unas más afortunadas que otras; unas más nobles, otras sin tanta nobleza de pensamiento y regla de conducta.

Admitida la posibilidad social, reconocida su necesidad, árbitros los dos sexos de ejercerla, obligado que sea mancomún, con pruebas de idoneidad por una y otra parte contratante, importantísima la labor filosófica, la verdad abriéndose paso á través de densas tinieblas, la realidad imponiéndose por doquiera. Un día en Atenas, otro en Jerusalén, otro en Bagdad, otro en Alejandría, otro en Roma, otro en París, otro en Salamanca, otro en Aquisgrán, otro en Oxford. El *judío errante,* bajo distintas fases, caminando desde su destierro del Paraíso. En hipótesis, sistemas filosóficos desarrollados. Aristóteles y Séneca en la Antigüedad; Luis Vives y Leibnitz en las Edades Media y Renacimiento; Hegel y Spencer en la Edad Moderna. Otros muchos soberanos de la inteligencia yendo de investigación en investigación, hasta llegar á la meta de su tiempo, dejando preparado el camino á nuevos descubrimientos científicos. Es lo cierto que, á medida que se perfecciona el hombre, también se perfecciona la mujer.

¿Á qué fin está encaminada la perfección? Su finalidad principal ha de ser moral: la expansión y el enaltecimiento del alma.

Ésta se enaltece por el amor. El instinto puede ser causa inicial, transformable en ideal, purificado por el culto á la belleza, sublimándose personificado. En la persona habrá caídas, mas no es ésta la misión del amor en su acepción más pura. No es el deber por obligación irreductible; no es siempre el aguijón del organismo en la pubertad. El amor, todo, bueno y malo, lo soporta bien: su embellecimiento supremo consiste en el sacrificio. ¡Pero qué sacrificio! Corresponde hacerlo y sentirlo en aras de la felicidad mutua: por abnegación social, desde el grado más íntimo de la familia, hasta la mayor generalización de relaciones. Es preciso ir sembrando alegría, y labrando belleza universal. La mano del Creador se la ve repartiendo dones; la actividad humana multiplica las pruebas por el análisis psicológico del amor.

Lo cierto es que, cuando la mujer ha querido destacar por sus virtudes, ellas han encumbrado su personalidad: Débora fué profetisa y gobernadora del pueblo de Israel. El monte Tabor conserva la memoria de acción heroica con que se distinguió contra los cananeos. Palestina es campiña de la que se cuentan maravillas, cuyas palmeras y cedros fueron testigos de proezas santas transmitidas de siglo en siglo. Débora inaugurando la era bíblica que dejaron trazada las manos de Moisés y Josué; ella haciendo compatible la benignidad con la fortaleza. Viuda Débora, imbuída de los deberes que cumplía guardar al pueblo escogido. Débora supo inspirarse para entonar sus himnos, para promulgar sus leyes y para conseguir sus victorias. Débora fué buena Regente de su reino, fué prestigioso general de sus ejércitos, fué aclamada por sus vasallos, y fué modelo de madre amorosa.

¿Qué más pedir á la mujer que no han podido superar en dotes de mando los hombres, según fueron los tiempos de su gobernación?

Á Débora sucede Jael en heroísmo, con arreglo á su época. Su víctima fué Sisara, general de los cananeos, representando á su Rey Jabín. La victoria puso en manos de Jael al general vencido, y en la tienda de la vencedora fué sacrificado en aras de la Patria triunfante. Es otro caso que poder citar de cómo la virtud puede sobre el vicio. Jael, sin pasiones reprensibles; Sisara con muchas: su afán son los goces; sus descuidos le desarman; sus sentidos le trastornan; sus deseos livianos entregan su persona. Cree que va á disfrutar placeres, los más deliciosos, y, pensando en ellos, se ve sorprendido por la muerte, que á Sisara da Jael. En remotos tiempos tiene lugar este pasaje de la historia. Ni se soñaba en el feminismo contemporáneo. El organismo esencial de la mujer tenía que ser como está constituída ahora; su mentalidad no era debida á influencia sexual, sí á inspiración espiritual, algo superior, que ponía á la altura un sexo del otro. La vida que era necesaria hacer fué la que practicó Jael.

Dados los precedentes, tienen que ser los consecuentes.

Patriarcas y profetas cumplieron la ley de Dios en la tierra. De ellos aprendieron el hombre y la mujer á merecer por recompensa la tierra prometida. ¿Qué recompensa? El premio á sus virtudes. Salomona es ejemplo visible de sacrificio. Ella exhorta á sus siete hijos Macabeos á sufrir el martirio, quedando así madre é hijos coronados de gloria. Ahora sería llamado esto fanatismo. Pudo ser entonces, y serlo ahora, entusiasmo rayano en delirio, en visión superior, siempre preferible á la indiferencia ó á la incredulidad. Ambos estados mentales-volitivos no pueden poner en comunicación con Dios, mientras que por la fe se descubre la inmensidad de la esperanza puesta en la misericordia divina: afirmación de creencia. Babilonia fué gran teatro de mártires, hechos entre el pueblo de Israel; los Macabeos representan en la historia muy preciado monumento. Su madre, en él, es la figura saliente de su coronación. Por la Patria se hizo el sacrificio; por él fué redimida Judea. En la redención desempeñó la mujer papel importantísimo cuando no eran conocidos aún los sistemas filosóficos, que vienen debatiéndose hace siglos.

Grecia no puede decirse que estuviese privada en absoluto de la noción de la virtud del bello sexo. Pero la religión griega no dejó que prosperasen las virtudes más que como accidente circunstancial. El gran concepto de la Humanidad de que el hombre elabora la idea y la mujer la engendra en forma humana, confirma el pensamiento, opinión sustentada, propaganda hecha y triunfos repetidos del principio de asociación humana *sine qua non*. Son repetidas las demostraciones, coincidiendo los pueblos más opuestos en la idea, que está llevada á la práctica, de reconocer inspiración á la mujer en grado superior religioso. Que la mujer, podrán tener razón los que hacen arrancar su vida del órgano sexual. Pero á esa razón se pone enfrente (tal vez para confundirla) la otra que, por series demostrativas, revela la gran labor del espíritu de la mujer, que se considera colocado en distinto sitio.

El pueblo hebreo tuvo profetisas; el pueblo griego, pitonisas; el pueblo germano, sibilas; el pueblo latino, vestales; el pueblo mahometano, odaliscas.

Safo aparece en la historia griega, según su retrato, el todo de su semblante revelando meditación, para inspirarse poéticamente: facciones pronunciadas y finas, poblada de pelo su cabeza sin exageración, ojos cuya mirada habla con cierto fondo de tristeza. Es de busto robusto y delicado á la vez.

Las griegas, en general, sólo pudieron lograr celebridad como poetisas: Safo la tuvo de primera magnitud. Mas con las limitaciones que soportó constantemente la vida privada de familia; limitaciones que sufrió restringido el recogimiento que da expansión al alma, voluntad para los afectos más puros, los que vela la modestia y que no ofenden á la castidad, antes al contrario. Nada de esto disfrutaron las griegas. Gracias que el Arte pudo remontarse en raudo vuelo, y la Filosofía profundizó en los más abstrusos arcanos de cuerpo y alma humana.

Venus, lo que esta diosa del Olimpo representó, dice y explica con toda claridad la postergación de lo espiritual por el predominio de los sentidos. La Antigüedad pudo no rehusar simpatías que redundasen en glorificación de sus mujeres eminentes. Pero no pudo tampoco conseguirlas más gloria que la artística, la plástica de la vida.

Safo es ejemplo vivo de la reclusión moral (con libertad inmoral) á que estuvo sometida la mujer griega, en contraposición de la mujer hebrea. Safo tuvo vida brillante siete siglos antes de la venida de Jesucristo. Safo, viuda, empezó su carrera literaria. En su historia se lee que abrió paso su alma al soplo tempestuoso de la musa. Ahora nos recuerda á nuestro inspirado Espronceda en su canto á Teresa. Como á él, á Safo soplaron los vientos de las pasiones desencadenadas, y parece probado históricamente que Safo, por recónditos oleajes, descendió á las más sucias profundidades, con desdoro de su genio. Está bien juzgada Safo diciéndose de ella: «Quedó libre antes de que una ley regulase su libertad; amó desmedidamente cuando ninguna ley había sido hecha para tanto amor.» Lo cierto es que en todas las situaciones de la vida tiene que haber un orden. Orden, régimen, muro de contención. Algo parecido á lo que hace la tierra limitando los mares á sus orillas naturales.

No es que Safo sea la propagandista de la vida desordenada. No puede atribuírsele influencia en perjuicio del pueblo griego. No puede desconocerse el gran relieve de la persona de Safo con sólo fijarse en los encontrados juicios críticos de su vida; en los elogios que mereció de Dionisio de Halicarnaso, Longino y Demetrio Jalereo. En tiempo de Safo, con arreglo á la época, sucedió bastante de lo que sucede ahora. Es imposible desterrar el lujo del *ginceo* mientras sea necesidad sentida entre los hombres. Es imposible exigir honestidad cuando se ve menospreciada, por lo que queda obscurecida. Es imposible enaltecer la virtud con religión que desconoce su mérito, como pasa con la mitológica. Que si se ve en ella la necesidad de un Dios, la fantasía no llega á verlo con sus más hermosas vestiduras. No se pasa de un Dios de barro. Entonces no es posible evitar, como Plutarco quiso evitarlo, que haya muchas mujeres que produzcan monstruosas é informes figuras de carne, resultado de engendraciones por la cooperación de hombre y de mujer.

Del principio del acto copulativo puede ya partir el peligro de llegar al desastre.

Safo cantó para atraerse á los griegos. Cleopatra gobernó en Egipto, rindió á sus atractivos á dictadores romanos, y acabó siendo víctima de ellos.

Cleopatra, á la muerte de César (año 61), se declaró partidaria de los triunviros; impuso, como Reina de Egipto, á Tolomeo Cesarión, asegurando que lo había tenido de César. Sin embargo, el triunviro Antonio quiso someterla á juicio ante su tribunal de Cilisia. Envanecida Cleopatra por haber cautivado á César, confió hacer lo mismo con Antonio. El pueblo, á la llegada de su Reina á Tarso en galera engalanada, cantó: «Venus viene á visitar á Baco.» Canto que condensa el significado que tiene, la tendencia dominante, el ideal que subyuga, la vida toda del pueblo egipcio poniéndose en contacto con el pueblo romano. No puede menos de llamar la atención y establecerse comparación entre época y época. La antigua, entregada al goce sensual; la moderna, distinguiéndose por organización progresiva, que influye favorablemente en el enaltecimiento de la mujer en aquella tierra egipcia.

Cleopatra, última de los Lágidas, se apoderó de Antonio. ¿Para qué? Para que cometiese injusticias. Le mandó matar á magnates poderosos del país, para apoderarse de sus bienes. Le mandó que soldados de las águilas romanas se apoderasen sanguinarios de su propia hermana, la indefensa Arsinoe, buscándola en apartado retiro de Asia. Le obligó, subyugado por las delicias que le proporcionaba la regia egipcia, á pasar todo un invierno en su compañía, entretenido y recreado por el ascendiente de Cleopatra el orgulloso Antonio. Gran mérito había de tener aquella mujer, de la que dice la historia que era artista y bella, sagaz como Mitrídates y valerosa como César. Era estudiosa, y por eso pudo hablar diferentes idiomas; era locuaz con gracia y discreción, con prudencia y pasión, con cuidado y atrevimiento. Ella fascinaba á los bárbaros por su fastuosidad, á los egipcios por su munificencia, á los romanos por su cultura. De Cleopatra puede decirse que rayó á la altura que llegaron los políticos de su tiempo, los gobernantes más esclarecidos

de la época. Dominadora de los resortes que subyugan, supo encadenar voluntades.

Cuanto pudo inventar la fastuosidad, cuanto pudo desear el sibaritismo, cuantos goces proporciona la imaginación, crea el entendimiento, sueña la fantasía y la voluntad puede poner en acción, Cleopatra lo puso á disposición de su poderoso amante, en tierra espléndida por naturaleza. No reparó en gastos superfluos, halagadores de los sentidos, enervadores de la conciencia, contrarios al porvenir, pero de presente placenteros. Tanto puso Cleopatra á disposición de Antonio, que podía llamarse dueño de la vida de aquella gran parte de Asia, víctima de muchos conquistadores. Desvanecido por el dominio asiático, al preferir someterse por estrechos abrazos á Cleopatra, hubo de desligarse de los de Fulvia, que era su esposa en Roma. Fulvia, dispuesta para la venganza, por muchas víctimas que costase; rival en desórdenes con Cleopatra, también con seducciones intelectuales y físicas; rival Fulvia de la hermosa egipcia en deshonestidades, y tan insaciable en placeres. El Egipto, por otra parte, cuna de mucha filosofía con sus artes notables. Faltó allí lo que es necesario: el *amor* sin los incentivos deshonestos de Cupido.

Por lo demás, la mujer empujó la vida por derroteros de su propiedad, obligando á caminar por ellos á Julio César y á Marco Antonio.

Un drama espantoso se desarrolla, en el que, hasta cierto punto, fueron protagonistas Cleopatra y Fulvia. Terrible tragedia la de Roma, de la que resulta triunfador Octavio Augusto. Éste, desdeñoso de amores con Fulvia, quien se los solicitó vehemente; ella, enojada, además, por ver repudiada del hogar matrimonial de Octavio á su hija Clodia. La guerra civil se hizo inevitable, siendo instrumento de ella y sus víctimas los veteranos romanos. Éstos y los gladiadores desempeñaron papel importante. Las ciudades de Gubio y de Perusa fueron teatro de escenas terribles, por actos de valor heroico en sufrimientos indecibles, algunos detestables. Los idus de Marzo en aquel año quedaron imborrables por tan cruentos castigos. También merecen mención especial los desarmes de Alejandría; el final que tuvo la dinastía de los Tolomeos. Y los últimos días que vivió Cleopatra, quien, para no verse encadenada al carro triunfal de Octavio Augusto, se quitó la vida, burlando así la vanidad del último de los triunviros y primero de los Emperadores, dictador en Roma.

Roma, que aparece inmortal, puede decirse que inmortalizó á la mujer. Que si en el inmenso teatro de la ciudad de los Césares, la mujer tuvo papel tristísimo en el paganismo, también le tuvo glorioso en medio de tantos desórdenes y de tantos crímenes. Á veces parece que la mujer hace esfuerzos titánicos para encauzar la civilización, sobreponerse á sus enemigos, y conseguir al bello sexo honor, dignidad, pureza y derechos que compensasen deberes, harto onerosos algunos.

Roma empezó á ser, bajo los auspicios de Numa, una ciudad de costumbres sobrias, de orden interior. Y fué cuando traspasó sus fronteras naturales, y se enorgulleció de sus triunfos en Grecia y en Asia, cuando el lujo, que

es siempre mal consejero, tentó á la vanidad, y por ella á la soberbia, que quiere riquezas, hacer esclavos, satisfacer venganzas, cometer crueldades; y el hombre, elevado á categoría superior, pretende someter á su despotismo los demás hombres, hace de la compañera su esclava, y comete crueldades que recuerdan las que cometieron las legiones de Escipión con la heroica Numancia.

Recuérdese el cuadro de Vera, pintado para hacernos ver que, cuando la mujer se eleva al heroísmo, el hombre está á su lado, y sucumbe con ella, sólo á la ley del más fuerte. La muerte antes que la deshonra prefirieron las numantinas, y los numantinos á la muerte fueron; y los cadáveres de los dos sexos recogieron por igual los vencedores, sin otros trofeos. Rasgos de las numantinas están esparcidos por la historia de la Humanidad, contra las corrientes dominantes de supeditación intentadas del bello sexo por el que se llama á sí mismo fuerte. Camma, esposa del tetrarca Sinates, enamorado de ella el joven Sinaris, mató á su esposo. Sinaris pidió entonces aquélla para esposa suya á los padres de Camma; su mano le fué otorgada. Camma, al celebrar su segunda boda, al pie del altar, bebió y dió á beber á Sinaris de una copa envenenada, muriendo ambos esposos de manera tan trágica. Los gálatas legaron á la posteridad el dicho de Quiomana: «Más bello es que pueda yo decir: dos hombres vivos no se alabarán de haberme poseído», refiriéndose al centurión de quien cayó prisionera; y los adictos de Quiomana lo mataron, vengando el intentado ultraje. Excepciones fuera de regla, de leyes, de costumbres, de organización social, de orden en la familia; pero que revelan un alto concepto de la honestidad por parte de la mujer.

Las Mesalinas eran el prototipo de Roma en el reinado de Octavio Augusto. Porque la semilla dió su fruto correspondiente, como se ve en tres períodos: el de los cónsules, el del Senado y el de los Emperadores.

No fué ciertamente por faltar mujeres eminentes. Ciento veintitrés años antes de la Era cristiana vivió Cornelia, á quien después de su muerte se erigió una estatua con la inscripción siguiente: *Cornelia, madre de los Gracos.* Así quiso premiar Roma á la mujer que soportó dignamente la muerte de su hijo Cayo, valeroso ante las ternuras maternales. Cornelia, en conversación por las desgracias que afligían su corazón maternal, consolándose, decía que sus hijos tenían sepulcros dignos de ellos en lugares consagrados. Cornelia, en su retiro de Miseno, siguió teniendo influencia, viéndose rodeada de literatos griegos y romanos. Ella recordaba los hechos extraordinarios de Escipión y de los Gracos. Puede considerarse á Cornelia defensora de las causas más santas de la Patria; defensora digna de las madres y matronas romanas; de ejemplar ciudadanía y de entrañables afectos; como signo y personificación de aquellos tiempos.

El concepto del *pater familias,* como andando el tiempo llegó á entenderse, siempre incompleto, sin embargo, fué un progreso; hasta que el pueblo de Roma dejó de ser lo que era en los días de vida de los hijos de Cornelia, y quedó desvirtuado el poder ejecutivo de los cónsules.

Los ritos de los feciales dejaban mucho que desear, no sólo á Cicerón y á Mucio Scévola, sino á la multitud; no obstante ser facultad potestativa del Senado admitir nuevos dioses y consagrar nuevos ritos. Cuando Lelia quiso colocar en el Sacro Colegio á su criada Fabricia, colegio que sabía excitar y satisfacer el hambre de los pollos, Scévola se opuso. La importancia del bello sexo, reconocida en Roma, representándola seis vírgenes vestales, custodias del fuego sagrado de Venus y de los objetos misteriosos sobre que descansaban los destinos de Roma. Á un lictor correspondía presidirlas; cónsules y pretores, al encontrarlas, inclinaban las haces. Á las vestales estaba permitido únicamente ir en carroza; ocupaban asiento separado en los espectáculos; su declaración en juicio equivalía á un juramento. Dentro del paganismo, ¿cabe mayor enaltecimiento de la mujer? Pero siempre en sentido depresivo, como vamos á ver.

Si cuando un reo de muerte tenía la suerte de encontrarse con una vestal, era absuelto, como exagerasen ó extremasen el adorno de su persona, impropio de la mujer virgen, las vestales eran amonestadas por el pontífice. Como descuidasen las ceremonias del culto, eran azotadas con varas en el interior del templo. Como faltasen á la castidad, eran sepultadas vivas, y el cómplice era condenado á muerte. Sólo por estas reseñas históricas puede venirse en conocimiento del concepto extraviado del paganismo respecto de la mujer.

Juvenal describe la situación de Roma, vanagloriada de sus victorias. Ellas fueron la causa de la pérdida de las primitivas costumbres del ciudadano romano. Según Juvenal, «la lujuria ha tomado carta de naturaleza entre nosotros; las naciones vencidas están vengadas con habernos infiltrado sus vicios». Roma, que pudo un día vanagloriarse de sus púdicas Lucrecias, vió decaer la virtud al contacto de otros pueblos, cuyas costumbres, mal interpretadas, tuvieron una aplicación desastrosa.

Catón el censor, que el año 184 antes del cristianismo quiso salir al encuentro y detener la tendencia malsana de la sociedad romana, fué arrollado. Al desaparecer la clase media, al ser encadenado el pueblo, al sustituir el trabajador obrero campesino por el esclavo, al quedar la aristocracia árbitra de su país, ella abusando de su ventajosa posición, verdaderamente no podía quedar en pie más que la fuerza del Estado, dejándose sentir con mano dura para recoger provechos egoístas. La mujer entonces no aparece entidad influyente conteniendo la inmoralidad. No había de poder, ni había de querer apoyar la propaganda moral y patriótica del censor Catón. Sin embargo, el pueblo romano quiso premiar al censor sus laudables consejos. Le fué erigida una estatua con esta inscripción: «Á Catón, porque con moralizadoras ordenanzas y sabias instituciones, salvó la República romana de la influencia perniciosa que unas costumbres disolutas la habían puesto en la pendiente de la ruina.»

Catón, en su guerra á la inmoralidad romana durante cincuenta años, fué acometido diferentes veces por los reptiles del vicio, de la envidia, de la incredulidad, de la holgazanería, de la desvergüenza, y murió perseguido á los

ochenta y cinco años. Tito Livio declara que los esfuerzos generosos y humanitarios de Catón fueron inútiles. ¡La mujer! ¿Qué podía hacer, esclava del hombre, para ser víctima de sus caprichos y liviandades, cuando esto era lo que prefería el hombre, en una sociedad que estaba principalmente en el embrión de constituirse, con instituciones inexperimentadas, sufriendo las consecuencias de guerras incesantes, malas consejeras para las delicias de la paz, éstas, que, en paz social, son preferidas las honestas, si hay buena voluntad, cuando el guerrero hacía suyo las personas y sus propiedades, iba de mujer en mujer, sin querer compañera digna que perpetuase la honestidad? Vanos habían de ser todos los esfuerzos que se hiciesen para conseguir el triunfo de la justicia y de los amores puros.

El remedio, sin embargo, tenía que ponerse á la depravación de costumbres.

¿Cuándo? Cuando eran tres clases las oprimidas: el pueblo de Roma, por la nobleza; las provincias, por los ciudadanos romanos; los esclavos, por todos los que no lo eran. Dicho se está que sin distinción de sexos. Y cuando una parte de estos dos estaba sometida á la voluntad arbitraria y tiránica de la parte privilegiada, la de la víctima tenía que sufrir el yugo ó rebelarse contra él. Alternativa arriesgada.

Los Gracos quisieron hacer una campaña regeneradora como la de Catón. Ellos viéronse secundados por la famosa Cornelia, hija de Escipión *el Africano*. Pero todos estos héroes estaban contaminados de las pestes que causan las guerras. Es verdad que los tribunos podían mucho á favor del pueblo: al fin se trataba de un pueblo ignorante, que no podía representar la opinión pública, ni preferir morigerada vida en el recogimiento de la familia. La guerra social se imponía. Seguramente que no podía suceder como la tiene estudiada Tarde, con relación á sus días; ni como fué juzgada por Taine en sus investigaciones sobre la Revolución; ni como fueron las catilinarias de Castelar á los demagogos españoles; ni como madame de Stäel escribió sobre la crónica de la Regencia y del reinado de Luis XV.

Apenas si hay diferencia de vida, con miles de siglos que separan tragedias y tragedias.

Cicerón llegó á jurar que él había salvado la República. El Senado romano apoyó la proposición de Mario, que iba principalmente contra la nobleza. No es precisamente que el Consulado hubiese caído en desuso; lo que sí había, era que un día llegó en que el Senado tenía superior virilidad, era más que todas las instituciones para correr mejor el temporal de fuertes, encontradas pasiones político-sociales. Su constitución colectiva tenía hondas raíces y simpatías entre los más grandes vaivenes de Roma. Los hombres eminentes sólo tenían razón de ser en hazañas bélicas, mientras que el Senado, como legislador, cuidaba de serlo para todas las necesidades públicas, favorables ó adversas. Entretanto, la mujer desempeñaba papel secundario, por ser sus dominios el de los sentidos. Sylla, traidor para conseguir la victoria contra Yugurta en Roma, acababa por ser tan vencido como él. Los celebrados triun-

fos de Roma eran pasajeros, como la elocuencia de los mejores oradores del Senado. Más aún podía éste contra el poderío de los cimbrios y otros bárbaros, por medio de pretores y de cónsules.

Al fin, el Senado no será inmortal, en la verdadera acepción de la palabra. Es cierto que el Senado fué siempre el tipo de la antigua sabiduría romana, que se distinguió por su fuerza coercitiva y por continuas conquistas, á impulsos de oradores portentosos. Siempre el Senado romano cuidó de acabar con las guerras intestinas, y de fomentar las exteriores. El derecho de gentes lo quiso únicamente para su uso particular, muy distinto en orientaciones á las que ha propagado después Taparelli. El Senado romano comprendió que, siendo dueño de los destinos de Roma, lo era de los del mundo; esto con soberbia insana, por creerse inmortal. Se veía desaparecer nacionalidades, tribunos, cónsules, dictadores, legistas, y quedar en pie el organismo *Senado,* sin preocuparse de un más allá. El Senado se veía halagado por el pueblo, á quien hacía de vez en cuando concesiones, por las que mereció ser llamado *paternal,* en opinión de Montesquieu. Pero la venalidad corroía sus entrañas: aquella vida sólo masculina. Por tanto, imperfecta.

Mas el Senado, campeón decidido del campo de Agramante al exterior, llegó un día que atrajo á su seno una política que sustentó con marcada predilección. Fué entonces cuando influyó una política repulsiva, desde los campamentos de las colonias militares, y de núcleos civiles, formados por paisanos arruinados.

Era el año 63 cuando Catilina, acreditado de maldades por el Consulado y por proscripciones, caudillo de descontentos, instigador de agitaciones sangrientas, Catilina recogía el personal que expulsaba Sylla de su compañía.

El Senado autorizó el estado de sitio, y otorgó facultades discrecionales á los cónsules. Contra Catilina se puso frente á sus desmanes Cicerón, haciéndose inmortal aquel apóstrofe: *Quosque tandem Catilina abutere patientia nostra?* Siendo Cicerón genuina representación del Senado, que estaba enterado de las maquinaciones perversas que iban tramándose en Roma. La agitación fué formidable; á ella correspondió el choque de intereses. En Pistoya se libró combate, siendo muchas las víctimas; entre ellas, Catilina mismo. Aún los tribunos ejercían influencia como los cónsules en el ocaso de ambas instituciones, que había de sustituirlas el triunvirato. Pareció imponerse la toga á la espada...

El triunvirato, como transición á un poderío de singular magnitud, que preparase el más transcedental de los acontecimientos en lo humano, fué una realidad en la historia de Roma.

Importa completar el cuadro de esa historia, enterándose mucho de lo que eran las mujeres romanas, antes y cuando el reinado del Imperio. ¡Las mujeres romanas! Los romanos amaron siempre sin delicadeza. Dion y Ovidio han dejado explicado qué era el amor para el romano, y cuanto más elevada fuese su posición social, era peor entendido. El censor Metelio Numílico decía al pueblo: «Si la Naturaleza hubiera sido tan liberal con nosotros, que nos

hubiese dado la vida sin necesidad de mujeres, estaríamos libres de una compañía muy importuna.» No es de extrañar que fuese el matrimonio considerado como el sacrificio de un placer particular, ó un deber público, en opinión de Gelio.

Así registra la historia de Roma una Servilia, esposa de Lúculo, repudiada por disoluta. Una hija de Sila, y esposa de Milón, que fué cogida en flagrante delito de adulterio con el historiador Salustio. Á Catón se atribuye el repudio de una mujer por deshonestidad, y la cesión de otra para adquirir dinero. Hubo la sospecha de que Tuliola, hija de Cicerón, hasta con éste había tenido relaciones amorosas. Fulvia, con historia inhumana, en la célebre causa de los Gracos, maltrató gozosa la cabeza inanimada del gran orador Cicerón. Los castigos *lorarios* eran tan atroces como frecuentes para las esclavas por los esclavos. Asegura Séneca que había mujeres que contaban los años por los maridos, no por los cónsules. ¿Podía llamarse aquella situación social civilizadora, en la verdadera acepción de la palabra? ¿Su porvenir no lo auguraban sus mismos crímenes, en los que vivía encenagado el bello sexo? Plauto atestigua que las señoras que querían aparecer por esfuerzo heroico sobre las livianas de profesión, éstas se explicaban, poco más ó menos, del modo siguiente: «Quieren que seamos siempre sus dependientes, que siempre las necesitemos; pero la que va á buscarnos, debería no haber ido. En público nos acarician; en secreto nos muerden porque somos libertas.»

Forzosamente había de haber más Aspasias que Octavias. La hermana de Augusto y esposa de Marco Antonio es tipo real romano.

La psicología del amor. ¿Qué amor? No podía ser el de la mujer romana el dominante por excelencia del cerebro, el que abarca y dirige todo nuestro ser (desde el advenimiento del cristianismo). Amor, merced á él, el individuo incorpora su acción á la del todo, y entra en la corriente general de la vida para cumplir la ley de la solidaridad humana, base al exterior de los vínculos sociales, é interiormente de la caridad. (González Serrano.) ¡La caridad! *Deus charitas est.* Lección inmortal de contraste humano. Contrastes da la vida que no se utilizan por falta de atención en los sucesos para juzgarlos con sana crítica, y formar juicio exacto hasta sus últimas consecuencias. La distracción aleja el pensamiento de la pista segura; la fantasía forja ideales, á semejanza de los que Cervantes hacía representar á su imperecedero Don Quijote; la imaginación juega con el fuego, y en Roma, por éste, se abrasaron tantas mujeres que llevaban sus gracias naturales á escenas vulgares, tan prosaicas como obscenas.

Los disturbios intestinos quedaron dominando en Roma; el instinto de conservación demandaba un *dictador*. Desde las fronteras inmensas de la dominación romana, se ponía á raya sus enemigos. César sometió las Galias y se hizo dueño del Capitolio. Júpiter le dispensó su protección, y Venus sus placeres. Por Oriente, Pompeyo invadió territorios, logró triunfos, hizo muchos esclavos, y á la mujer el ser sumiso á todas las tiranías del hombre. El dios Marte lo podía todo. Los gladiadores empezaron á adquirir importancia. Á los

augures se recurrió para que declarasen en falso, cuando la promulgación de una ley curial. Al pueblo se le enviaban despojos de victorias conseguidas por los principales caudillos romanos, para tenerlo contento. La magnífica vía Appia fué convertida en campo de lucha sangrienta, por disputarse los cargos públicos encarnizados enemigos del sosiego público. Al fin, César y Pompeyo se declaran enemigo el uno del otro. Célebre batalla de Farsalia, en la que puede señalarse la terminación de un gobierno *colectivo* para sustituirle otro *personal;* tan personal, que la persona del Emperador estaba rodeada de aureola divina. El concepto no podía ser más erróneo. La batalla de Munda (año 45) decidió de los destinos de Roma, poniéndolos bajo el yugo de César. Como se repite tantas veces en el curso de la historia, los más obligados acaban declarándose los mayores enemigos de su bienhechor. Éste (César) decía que Roma era la más interesada que él mismo en conservarle la vida. Era el 15 de Marzo del año 44 cuando los conjurados se congregaron á primera hora en el Senado. No obstante que los presentimientos de algunos de sus partidarios le fueron comunicados á César, tan ornada su frente de laureles. En el Senado, Bruto y Casio, al descorrerse el velo de su criminal secreto, lo apresuraron, y con la muerte del primer magistrado de la República romana, acabó ésta al ser herido mortalmente César por los puñales de los conjurados. Alguno de sus asesinos, por la saña de ellos quedó herido. Todos los historiadores señalan la muerte de César como acontecimiento extraordinario, al que sigue la muerte del Senado en plazo breve; el destierro de la moralidad; el encumbramiento de las pasiones más delirantes; el decaimiento de prestigios en los ciudadanos con funciones públicas, y de la mujer en su vida de familia.

El pueblo-rey ha quedado convertido en esclavo de Octavio Augusto, que instituye la Monarquía personal. Se presenta pacificador, su cautela la encubre con el manto de la prudencia; debilita las provincias, dividiéndolas; hace la justicia acomodaticia, para corregir las costumbres; dicta la ley Papia Popea contra los célibes; finge respeto á la libertad, y no reconoce límites á su autoridad imperial. Reforma la organización de la Hacienda y del Ejército. Protege las letras, por intereses ajenos á ellas; la población de Roma le aclama á instancias de los cortesanos; reparte donativos de aparente prodigalidad al pueblo, entre el que consigue hacerse popular. Al mismo tiempo, es de notar que Octavio Augusto, para poder decir: *El Imperio es la paz,* hace la guerra á los árabes y á los partos, hasta rendirlos á sus plantas. Judea es reducida á provincia romana. Ésta alberga en su territorio al *Redentor* del mundo, de quien es su primer enemigo el Emperador de Roma. Lo que no vió éste, ni el pueblo de las profecías, lo vieron Reyes de Oriente y pastores de aquellos países orientales.

Todo parecía puesto en contradicción, opuesto en un todo al advenimiento del Mesías. Los germanos, cada día más audaces, tuvieron que suspender su avance por el Imperio, y después, sublevados contra Roma, se ven atacados por Druso y Tiberio. Son irritados por Quintilio Varo, que con su avidez se

hace insoportable, y pone en peligro la dominación romana. Hermínico, puesto á la cabeza de los germanos, derrota á Varo; pero los sagaces romanos introducen la discordia entre ellos, y consiguen dar muerte á Hermínico.

Octavio Augusto podía decir que había triunfado de sus enemigos en toda la línea. Pero se encontraba sin sucesión directa á la que dejar el Imperio más vasto hasta entonces conocido. Personificándolo Augusto, señalaba bien lo que era su Imperio, de soberbias apariencias, pero que no era más que un cráter apagado, con un volcán por el que habían de salir cenizas mortíferas un día para todo lo que fuese paganismo.

Conocida la familia de Augusto, se pueden dar por conocidas todas las familias de Roma. Augusto estuvo unido por vínculos matrimoniales á Escribonia, para atraerse la familia Pompeya, y acabó repudiándola. La sustituyó por Livia, quitándosela á su esposo Claudio Tiberio Nerón. Livia era ya madre de Tiberio y estaba encinta de Druso. La hija que Augusto tuvo de Escribonia, Julia, la casó con su sobrino Marcelo; muerto éste, Julia fué casada con Agripa, general ilustre y célebre ministro, quien tuvo que repudiar para este enlace á su esposa Marcela, hija de la virtuosa Octavia. De Agripa, Julia tuvo dos hijos, que fueron adoptados inútilmente por Augusto. Por muerte de Agripa, Julia se casó con Tiberio, hijo de Livia, y, no pudiendo amarlo, mancilló su honra, siendo inútil la esmerada educación que Augusto dió á Julia, con orientaciones de amor al bien y á las letras. Pero, ¿y la inspiración divina, el Decálogo, tener con quien comunicar sus preceptos, rodearse de buenos ejemplos, y vivir con sumisión á la conciencia?

Nada de esto podía prevalecer en los palacios de Octavio Augusto.

El abate Gayraud, en su libro *La fe ante la razón*, «en religión—dice—, no se trata de sutilizar las ideas, de aquilatar la quintaesencia de la razón pura, de analizar quiméricamente sobre errores substanciales». Añade: «Creer y practicar son obras de vida moral, y la vida moral realza la conciencia, la que tiene por reglas directoras, como una de las necesidades legítimas del alma, el buen juicio y el sentido común.» Mas una vez que quiere tenerse, se tropieza con una dificultad, hasta cierto punto insuperable. Superarla es el gran mérito; medio para vencerla, la religión. Ante la evidencia hay que rendirse, y el mundo no estuvo nunca desamparado de conciencia humana. Así lo atestigua la historia. Podrá haber dudas, y ser opinable cuál de los dos sexos ha sido, y seguirá siendo, el fiel custodio de la conciencia; mas ésta es como el sol, astro de reflejo moral, que está iluminando providencialmente, y que ilumina á la Humanidad de modo reflejo divino.

Sólo los ciegos de *corazón* no podrán verla, oirla ó sentir la conciencia. Mejor dicho, cuando el corazón es duro, la conciencia está atrofiada.

La conciencia por remordimientos, la razón por razonamientos, el sentimiento por simpatías, la experiencia por reflexiones, el amor por sus efusiones, la sensibilidad por sus impresiones. La voz de combate que dan los sentidos, á impulsos egoístas. Ante la agitación de la sociedad, el alma que esquivó escollos y no cayó en los insondables abismos del mal. Satisfacciones que

son placenteras, ora sea por el trabajo honrado, ora sea por los entusiasmos artísticos, ora sea por nuevos horizontes descubiertos en la inmensidad científica. Con más ó menos aproximación, ha tenido que haber destellos de la *Causa* de las causas, lo mismo para el romano que para el germano, lo mismo para el griego que para el egipcio, lo mismo para el hebreo que para el ibero. No puede comprenderse vivir sin *Ser* que, antes de nacer cada generación no tuviese preparadas sus reglas de vida, y entregadas libremente á su ejercicio voluntario.

Vida nueva inaugura el cristianismo, vida nueva desarrolla la Iglesia, vida nueva admiten los bárbaros, vida nueva se impone á las gentes que estaban acostumbradas al paganismo.

¿Por qué?

Porque el error obscurece la sociedad; las contradicciones conducen á la negación; la insuficiencia de los medios no conduce á fin práctico; el abandono absoluto de las verdades racionales sólo puede ser relativo; la evolución racionalista no será siempre más que un accidente, como excepción de la regla general, mientras el catolicismo evolucionará sin perder su eficacia fundamental. Porque ninguna religión como la católica puede elevar la criatura hasta el Creador en tan alto grado de perfección. Que ésta alcanza y obliga á practicar la virtud, dotando al alma de dotes tan persuasivas, que convencen en absoluto. La clarividencia resalta en todo su apogeo, y es de ver cómo queda demostrado que amar á Dios es el bien supremo.

Por eso destacan tanto los extravíos del catolicismo.

Sólo con la razón histórica se puede contradecir (aplastar) á los enemigos del cristianismo. El catolicismo de éste tiene su demostración fundamental en la historia. Cuando parecía en Jerusalén ser algo de fuego fatuo la doctrina de Cristo; cuando apareció en Alejandría, donde tenía fortaleza formidable la filosofía griega; cuando el Apóstol de las gentes hizo su portentosa predicación por Atenas; cuando se presenta Pedro de Galilea en Roma, metrópoli del mundo conocido; cuando el cristianismo se traduce literalmente en catolicismo, y exterioriza en el Concilio de Nicea, en el pontificado de Pío IV; andando los siglos es celebrado el Concilio Vaticano, y en el siglo XIX, de humilde familia, surge un sacerdote que, por sus virtudes, merece ocupar la suprema magistratura mundial: Pío X. Ya puede asegurarse que mereciendo su proclamación el aplauso universal, lo que no consigue otra autoridad, en tiempo que los principios de ésta están tan quebrantados, en lo humano. Autoridad tan prestigiosa, ya puede asegurarse que es verdaderamente de origen divino, ó protegida por la divinidad, en su modo indirecto de influir el Altísimo.

Ahora sucede lo que ha pasado siempre: que el cristianismo, para vivir vida poderosa y eficaz en beneficio de la Humanidad, se ha acogido constantemente al catolicismo desde Clodoveo. Los francos y lombardos aparecen en la historia del Occidente de Europa como sucesores de Constantino en su conversión de Oriente. Se corresponden la Emperatriz Elena, la Reina Clotilde y

la condesa Matilde. Cuando la mujer se hizo cristiana fué cuando pudo inaugurarse el catolicismo. En España, ya el año 400 se celebró el primer Concilio toledano, al que no opuso reparos serios Ataulfo, que estaba casado con Placidia. Los godos en España, á través de mucha barbarie, empezaron á apetecer la paz. Italia, condenada á exterminio la estirpe de Nerón, á los comienzos del siglo V, eleva al pontificado á Inocencio I. Entonces, antes y después, se temió que el catolicismo sería destruído por sucesivas herejías y por sucesivos sistemas filosóficos. Y es que á la Humanidad es muy difícil comprender cada momento histórico en su órgano más transcendental, ó si se quiere en su espíritu, que esto es más exacto.

Tal vez los acontecimientos que rodearon el pontificado de Gregorio VII en los años 1073 á 1085, fuesen como precedentes desorientadores. Las familias Borgia y Médicis hayan despistado para ver claro en el siglo XVI y posteriores. Con no ver más que lo superficial. Mas en el mismo siglo pudo descubrirse mucho horizonte cristiano con el catecismo de Pío V. Los mismos desertores del catolicismo, de su *fe,* quitan fuerza á sus argumentos, queriendo destruir sus razonamientos al llegar al terreno de la práctica (aparte las malas prácticas, que la mala hierba es imposible acabar con ella). San Juan dejó dicho, como eco divino del *Maestro,* que quien practica el mal odia el bien, que está iluminado con luz resplandeciente, para que, con tanta luz deslumbrante, no se vean las malas acciones (ni verlas tampoco pueda el mismo pecador). Siendo un hecho que hoy y siempre haya jóvenes muy religiosos, pero que, por el medio ambiente donde respiran, tal vez caigan en la más profunda indiferencia. Pues tengamos cuidado; no confundamos los extravíos de los hombres, sus alternativas como creyentes, con la creencia viva que existe á perpetuidad en la Iglesia. Aun con los errores de sus hombres. Lo que importa atender es la virtualidad de la doctrina. Bien puédese ser, en parte, indulgentes con esos errores, en gracia á los aciertos y obras meritorias que atesora la Iglesia.

Los historiadores católicos, Kurth entre los principales, ven en el Imperio de Roma dos fases: una por la que ve lo que es eterno y universal; otra de inferior categoría. Realízase una misión doble en la Humanidad. Dios, su divinidad, cuando se comunica al hombre, en él su bien se encarna: distinta la encarnación del Emperador. Por tanto, éste, supremo funcionario, dueño de vidas y haciendas, apasionado en sus caprichos, injusto en sus mandatos, sin otorgar derechos por no poder impresionar deberes, del ciudadano hace un esclavo, de la ciudadana una esclava. Porque *lex regia* era, más que nada, una ficción política, y al pueblo se le contentaba con los grandes espectáculos inhumanos ó inmorales. El vértigo imperial despierta ambiciones, que desencadenan la anarquía popular y las más atroces audacias de personajes y matronas, ultrajadores del nombre de Roma.

La diversión del pueblo llegó á formar parte integrante de la institución del Estado. Tanto, que llegó á crearse *tribuni voluptutum.* ¡El tribunal de los placeres públicos! Siendo de notar que, por haberse hecho imposible la vida

en pura emoción de familia, era sustituída por otra, con todos los inconvenientes de una reunión numerosa, donde estaba tolerado el desorden. Desorden que era entronizado por los Emperadores, quienes, para conseguir ellos disfrutar el suyo, tenían que tolerarlo á ricos y magnates, descendiendo el desorden hasta las últimas capas sociales. El poder estaba desamparado del honor, por lo mismo que la vida quedaba sujeta á los goces materiales. Habiéndose podido decir que, en arte, los romanos no poseían nada más gigantesco que los templos de sus placeres. Templo de placer era el de Júpiter Capitolino. El Coliseo, las Termas de Caracalla, revelan un estado de corrupción lamentable. Los goces embriagadores enervaban los espíritus. La castidad no había de poder lucir sus galas, ni la modestia sus encantos. La mujer era arrastrada á la embriaguez, quieras que no.

El desorden, desorganizador de la familia, obligaba á que el anfiteatro y el circo fuesen los indispensables domicilios del ciudadano romano, cuando en las fronteras del Imperio amenazaban invadirlo los bárbaros; anfiteatro y circo atraían al pueblo-rey, como ha sido llamado impropiamente, porque ni gobernaba ni reinaba (como pasa en toda sociedad que está encenagada en el vicio). Dominante la voluptuosidad, ¿qué podía dar de sí fecundo la virtud? Ésta, ¿dónde resplandecía? Allí no; donde las clases sociales figuraban vestidas de gala, igual que asistiendo á las más santas solemnidades, en el anfiteatro, por orden riguroso de separación, cada categoría tenía designado su puesto. El Emperador ocupaba sólo el suyo, majestuoso en regio palco, velado frecuentemente por el tedio. Este cuadro, entre alegre y sombrío, había sustituído á la primitiva soberanía popular y á los autónomos comicios. Joseph y Suetonio han dejado bien impresionadas aquellas escenas, en las que la pubertad se adelantaba, la juventud era desnaturalizada, la vejez menospreciada, y la sociedad de los dos sexos era hecha por el hombre déspota, por la mujer disoluta. Pero disoluta por la fuerza de la corriente mortífera candente, comparable con la de los altos hornos, cuando está mal dirigida por deficiencias de la ciencia.

Coincidían, según Celso, los gritos de una multitud depravada con los alaridos de las víctimas y los rugidos de las fieras; el homicidio con las sensaciones satisfechas; el vapor de la matanza estimulaba la sed de sangre en cien mil ó más espectadores, que, más que nada, parecían un pueblo de antropófagos lanzándose sobre seres inocentes ó, por lo menos, indefensos. Á la pasión del entusiasmo había reemplazado la de la ferocidad, que aparentaba virilidad. ¡Pero qué virilidad! La del ultraje que conduce al crimen, quedando éste en la impunidad.

¿Cómo, en tal estado de cosas, era posible que tuviese porvenir brillante aquella sociedad? ¿Cómo habían de tenerlo glorioso el buril, la toga, la espada, el estudio, la honra, la pureza?

Cuando la atención no está puesta en deberes que ocupen plausiblemente la razón, ni los sentimientos viven copartícipes amigablemente unos de otros, ni los ideales son de los que inspiren entusiasmos grandiosos, sucederá como

pasaba en los grandes espectáculos de Roma con César y con Marco Aurelio. Aquél los presidía con indiferencia; éste, con disgusto. Á los trágicos debates de patricios y plebeyos habían sucedido las luchas de azules y verdes. Partidos todos que no trabajaban por la moralidad, tanto privada como pública. Bien dicho está, y mejor demostrado por la historia, que el abuso del placer, produciendo un rápido agotamiento de todas las fuerzas físicas é intelectuales, conduce á los hombres y á los pueblos por el camino de la esterilidad á la muerte. Los grandes monumentos confirman el aserto. El arco de Tito, la cima del Velio, los arcos de Septimio Severo y de Constantino *el Grande:* más que nada, destaca en ellos la soberbia humana, amenazada de voluptuosidades mortales.

Consignado está en los anales de la historia de Roma. Su último Emperador, Valentiniano III, sólo queda de su paso por el Imperio que violó á una mujer y asesinó á un hombre. ¡Qué dos proezas! ¿Cómo esperarlas distintas de una sociedad donde la esclavitud tenía vida legal, no sólo de un pueblo ó de una raza, sino de todos los pueblos y de todas las razas conquistadas? La dignidad no podía transmitirse de una generación á otra. ¿Cuál la tenía? ¿Qué mujer podía decir: «Yo me entrego á un hombre para reproducir la especie humana dignamente»? Cuando ya se habían extinguido los beneméritos de la Patria, aquellos valerosos descendientes de Rómulo, su descendencia estaba esclava legal y moralmente, sin distinción de edades ni de sexos. Todos los afanes se condensaban en los goces de los sentidos, pasajeros como nubes de verano, desilusorios como la muerte, fantásticos como el horizonte visible, de triste finalidad como la ignorancia, de crecimientos perversos como la ociosidad entregada á voluntades groseras.

Un ejemplo de prueba plena es el hecho de Heliogábalo. «Amó tanto—dice Cantú—á su siervo Gunnis, que quiso casarle con su madre Mamea y declararle César; pero habiéndole aquél exhortado á que mirase por su decoro, lo mató.» Donde fué desaprobada su conducta, hizo lo mismo. En Siria multiplicó sus sanguinarios ejemplos. Heliogábalo hace su presentación en la Curia, señalándola con ordenar que su madre fuese contada en el número de los padres conscriptos, con iguales derechos que ellos. Á su madre nombró presidenta de un Senado de mujeres, encargado de resolver sobre los vestidos de los romanos, los grados, las visitas y cuantos actos sociales con ellas se relacionaban.

La degeneración era visible, la depravación abrumadora. Sonaba la hora de exterminio del Imperio politeísta, y no era oída en la gran metrópoli, donde seguía creyéndose en la virtualidad de Vesta, en la de la diosa Astarte, etcétera, etc. ¡Cuánta ceguera! ¿Qué podía esperarse de ella, llamando ya á *juicio* los bárbaros á unos romanos pervertidos?

Su anulación era inevitable por haberles llegado su última hora en el reloj de la historia por ley filosófica y por inescrutables designios de la Providencia. Todo se conjuraba contra un Imperio corrompido.

Los pretorianos llega un día que tienen más preponderancia que el Sena-

do. Día en el que la mujer no podía hacer nada por la felicidad social; menos por la de la familia. Aureliano, con sus triunfos, es un paréntesis para el agónico Imperio. Aborrecido de los senadores, es asesinado. Que á tanta mengua llegan las proezas senatoriales. Tácito quiere influir como sabio legislador; pero todo es inútil. Por lo mismo que el Imperio llegó á ser un gigante de dominación, nuevo Goliat, como éste, y por causas análogas, estaba llamado á sucumbir. Siempre, á los días alegres suceden los tristes. Probo, Carino, Diocleciano, pasan por el poder; su reinado es de más desastres que progresos; su muerte, más que de honor, es de deshonra. Á ésta vivía sometida la mujer. No podía inspirar lástimas ni consideraciones; tenía que cooperar á vergüenzas y á ultrajes.

ANSELMO FUENTES.

# LA MÚSICA

(Á propósito del libro de un musicógrafo español.)

La música sugería á Stendhal deseos de concurrir á la liberación de la Grecia; á Alfieri, planes de tragedia; á Stuart Mill, especulaciones filosóficas. Á mí me inspira deseos de disolverme en lo Infinito. Con la música se siente más que con ningún otro arte la impresión de que el arte es largo y la vida es breve. «Si yo viviera doscientos años, ¡qué mujer tan perfecta sería!», solía decir madame de Stäel. Yo, oyendo música, pienso: Si yo pudiese realizar doscientas vidas diversas, ¡qué hombre más armónico y perfecto sería!...

***

Cada cual pone, pues, á toda música que no sea la de esas vocingleras, chillonas y floreadas óperas italianas que tanto detesta José Subirá, la letra que le conviene, ó, mejor dicho, que conviene á su estado de alma...

Voy á recordar algunas opiniones sobre música de hombres ya consagrados como genios del pasado ó como talentos del presente...

***

En su *Carta sobre la música francesa,* Juan Jacobo Rousseau escribe: «Toda música no puede estar compuesta más que de estas tres cosas: melodía ó canto, armonía ó acompañamiento, movimiento ó medida (1). Aunque el canto toma su principal carácter de la medida, como nace inmediatamente de la armonía y somete siempre el acompañamiento á su marcha, uniré estas dos partes en un mismo artículo; luego hablaré de la medida separadamente. Como la armonía tiene su principio en la Naturaleza, es idéntica para todas las naciones; ó, si tiene algunas diferencias, son introducidas por las de la melodía; así, es solamente de la melodía de donde hay que sacar el carácter particular de la música nacional, tanto más cuanto que, como este carácter lo da principalmente el idioma, el canto propiamente dicho debe hacer sentir más su influencia. Se pueden concebir lenguas más propias unas que otras para la música; se pueden concebir algunas que no lo sean del todo. Podría haber una que no estuviese compuesta más que de sonidos mixtos, de sílabas mudas, sordas ó nasales, pocas vocales sonoras, muchas consonantes y articulaciones, y que careciese de otras condiciones esenciales de las cuales hablaré en el artículo de la medida. Indaguemos por curiosidad lo que resultaría de la músi-

(1) En nota, añade: «Aunque se entienda por *medida* la determinación del número y de la relación de los tiempos, y por *movimiento* la del grado de velocidad, he creído poder confundir aquí estas cosas bajo la idea general de modificaciones de la duración ó del tiempo.»

ca aplicada á un idioma así. En primer lugar, la falta de sonoridad en las vocales obligaría á dar mucha á las notas; y porque la lengua sería sorda, la música sería chillona. En segundo lugar, la dureza y frecuencia de las consonantes forzarían á excluir muchas palabras, á no proceder sobre las otras más que por entonaciones elementales; y la música sería insípida y monótona; su marcha sería lenta y enojosa por la misma razón; y cuando se quisiera acelerar un poco el movimiento, su velocidad se asemejaría á la de un cuerpo duro y anguloso que rueda sobre el empedrado. Como una música así estaría desprovista de toda melodía agradable, se trataría de suplirla por bellezas ficticias y poco naturales; se la cargaría de modulaciones frecuentes y regulares, pero frías, sin gracia y sin expresión; se inventarían gorjeos, cadencias, falsetes y otros adornos postizos que se prodigarían en el canto y que no conseguirían sino hacerlo más ridículo sin hacerlo menos pesado. La música, con toda esta compostura mazorral, seguiría siendo languideciente y sin expresión; y sus imágenes, desnudas de fuerza y energía, pintarían pocos objetos y muchas notas, como esas escrituras góticas cuyas líneas, llenas de rasgos y de letras figuradas, no contienen más que dos ó tres palabras, y que encierran muy poco sentido en un gran espacio. La imposibilidad de inventar cantos agradables obligaría á los compositores á poner todos sus cuidados en la armonía; y, á falta de bellezas reales, introducirían bellezas de convención, que no tendrían casi otro mérito que la dificultad vencida: en lugar de una buena música, imaginarían una música sabia; para suplir al canto, multiplicarían los acompañamientos; les costaría menos trabajo colocar muchas malas partes, unas encima de otras, que hacer una que fuese buena. Por evitar la insipidez, se aumentaría la confusión; creerían hacer música, y no harían más que ruido. Otro efecto que resultaría de la falta de melodía sería que los músicos, no teniendo de ella más que una falsa idea, encontrarían dondequiera una melodía á su manera; no teniendo verdadero canto, no les costaría nada multiplicar las partes del canto, porque darían audazmente este nombre á lo que no lo fuese, al unísono, del cual harían recitar sin empacho las partes bajas, cubriéndolo todo con una especie de acompañamiento cuya supuesta melodía no tendría relación alguna con la de la parte vocal. Dondequiera que viesen notas, encontrarían canto, supuesto que, en efecto, su canto no sería más que notas, *voces, praetereaque nihil*» (1). Al leer esto, ¿no nos parece estar oyendo las diatribas de un antiwagnerista de los primeros tiempos? ¿Y no constituye esta página una anticipación de la música del porvenir, vista con malos ojos? De todos modos, ¿no es un maravilloso presagio? Notad cómo las acusaciones de los más recientes antiwagneristas se reducen á exponer las mismas doctrinas que ya expuso Rousseau, y á reproducir textualmente sus frases. Todo esto de *marcha lenta y enojosa, música insípida y monótona, bellezas ficticias y poco naturales, modulaciones regulares pero frías, bellezas de convención, música sabia, hacer ruido y no música,* etc., ¿no os suenan á cosa oída? ¡Como que

(1) *Obras completas,* VI, 171 y 172.

son los argumentos-aquiles de los grandes antiwagneristas! Argumentos de palabras hueras, *inania verba,* que fácilmente se rebaten: tanta es su endeblez.

***

Recuérdese aquella música de las esferas de que habló Pitágoras, y que su expositor Macrobio razonaba tan sesudamente (1). En aquella música, ¿qué habrá? ¿Eterna melodía ó harmonía constante? La cuestión quedaría fácilmente rescindida si los contrincantes fuesen más avenientes y llegasen á un eclecticismo sincero. La concordancia aquí es más fácil de lo que se cree. Melodía, ¿no es, según la definición de todos los grandes músicos, y según la del mismo Rousseau en su *Diccionario de música,* «sucesión de sonidos de tal manera ordenados, según las leyes del ritmo y de la modulación, que forma un sonido agradable al oído»? *(Obras completas,* VII, 156.) Ahora bien: ¿qué es la harmonía, sino la serie de sonidos oídos simultáneamente? Donde dice sucesión, poned conjunción; y está todo. Si hay pluralidad de sonidos acordes, hay harmonía; pero ésta tiene como base el principio melódico. ¿No ha reconocido Wagner que la *única forma de la música es la melodía,* que sin melodía no puede concebirse la música, y que música y melodía son rigurosamente inseparables? ¿No viene á lo mismo que Rousseau cuando escribe: «La melodía es en la música lo que es el dibujo en la pintura; la harmonía produce el efecto de los colores»? *(Examen de deux principes avancés par M. Rameau; Œuvres complètes,* VI, 211.) La mayoría de las equivocaciones en este punto proceden de considerar la melodía encajada en un molde demasiado estrecho. «Gran

---

(1) Después de declarar que ésta es doctrina común de la escuela pitagórica y de la escuela platónica, como enseña Plutarco en su tratado *De la música,* entiende que de la naturaleza del sonido se dedujo con inexpugnable razón que brotan sonidos musicales de la rotación de las esferas celestes *(ex his inexpugnabili ratione collectum est musicos sonos de sphoerarum coelestium conversione procedere);* porque es menester que el sonido sea producido por el movimiento, y la razón, que existe en lo divino, es la causa de la modulación del sonido *(et sonum ex motu fieri necesse est, et ratio, quae Divinis inest, sit sono causa modulaminis).*—También el platónico Filón de Alejandría ha sostenido que «el entendimiento, considerando la variedad de movimientos de las estrellas, ya fijas, ya errantes, ajustados á compás y tiempo, como obedeciendo á preceptos de rigurosa música, se deja arrastrar tanto del amor de la sabiduría, y de tal manera se arrebata sobre toda esencia sensible, que finalmente se consume en el deseo inteligible. Allí contempla los ejemplares y las ideas de las cosas que vió en lo sensible; atacado de cierta embriaguez sobria, ante aquellas eximias bellezas, se pone frenético como un coribante (*), rebosante de otro entusiasmo, mucho mejor; con lo cual, ascendiendo á la cúspide suprema de las cosas inteligibles, parece dirigirse hacia el mismo Rey magno.» *(Vagata mens circa Stellarum tum fixarum, tum erraticarum cursus, et choreas juxta musicae precepta absolutissimas, trahitur amore sapientiae se deducentis, atque ita emergens supra omnem sensibilem essentiam demum intelligibili desiderio corripitur. Illic conspicatur exemplaria, ideasque rerum quas vidit sensibilium ad eximias illas pulchritudines, ebrietate capta, tamquam coribantes lymphatur, alio plena amore, longe meliore; quo ad summum fastigium adducta rerum intelligibilium ad ipsum magnum Regem tendere videtur.)*—*In Cosmopoeia.*—¿Cuándo se ha marcado con caracteres más fijos el eterno encanto de la música? ¿No creemos estar oyendo á un filósofo moderno; á Schopenhauer, por ejemplo? La gloria y la gracia de la música, ¿no está en elevarnos á los cielos? El alma allí contempla las cosas en sí, las ideas puras, y así puede oir la eterna armonía de las esferas, cuando el concierto gárrulo de la empalagosa melodía terrenal no viene á perturbar su tímpano sereno y sano.

(*) Éstos eran, como todos saben, los sacerdotes de la diosa Cibeles, que bailaban alrededor de sus estatuas, como hicieron después los israelitas en torno del Arca de la Alianza, y como se hizo aún en nuestras catedrales por las fiestas de Navidad durante la Edad Media. El hombre inventa poco: se limita á copiar ó á rehacer lo que otros han dejado hecho antes de él. Se procede siempre por legado ancestral.—(Aún hace poco, con ocasión de la estancia de S. M. el Rey en Sevilla, los seises del coro han ejecutado ante él algunas de sus danzas coribánticas *sans le vouloir* y que resucitan la alegría helénica, la expansión dionisíaca, que exaltaron Nietzsche y Wagner, en medio de la liturgia sombría y soñadora de las graves y magníficas catedrales católicas. Es Atenas bautizada, como hubiera querido Letamendi.)

parte de nuestros aficionados—decía Peña y Goñi, que en ocasiones juzgaba con mucho tino—siguen considerando la melodía como una forma musical estrecha, lisa, peinada, clara y sujeta á no sabemos cuántos trámites de estructura, marcha y desarrollo; estos mismos aficionados se horrorizan, cierran los oídos, al escuchar un buen trabajo de contrapunto ó una severa fuga, cuando el contrapunto es la ciencia que enseña á acompañar una melodía con varias melodías, cuando la fuga es elemento del contrapunto» (1). El contrapunto, ¿no es ya harmonía, aun permaneciendo melodía? Son estas cuestiones más complejas, que requieren aún más ciencia que arte; y si algún artista necesita ser especialmente científico, es el músico. Confesemos que Rousseau, para su época, llevaba ya muy adelantado el estudio de la técnica musical. Como músico especulativo de los siglos pasados, sólo le es comparable su insigne compatriota y adversario Rameau, que anticipó toda la gran renovación musical de Wagner, al establecer que todo el encanto y toda la energía de la música residen en la harmonía, y que la melodía sólo ocupa un puesto subordinado, y no da al oído más que un ligero y estéril placer.

***

La música es una gran removedora de los sentidos, y, por tanto, una gran removedora de almas. Nunca mejor que aquí pudo encajar el dicho escolástico: *Nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu.* Algunos con desdén la han llamado *el arte más sensorial* (Pío Baroja). Convengo en ello, si añadís: y á la vez el más espiritual. ¿Cómo así?, me preguntaréis. Muy sencillamente: la música no hiere quizá más que las fibras nerviosas y los tejidos celulares que atañen á la vida sensible; pero éstos hacen pasar sus sensaciones al centro que los coordina y regula á todos, y que no es otro sino el alma.—Ó, más bien, ¿no hay alma porque todas las distintas partes componentes del hombre son pequeñas almas entrelazadas entre sí por una cadena general? ¿Se puede afirmar en buena lógica que la tierra sea un planeta atmosférico, porque las capas de aire que la cercan rijan las transformaciones de la corteza epitelúrica, y hasta den variedad á la configuración física del hombre, é incluso á sus relaciones sociales y á su organización política? ¿Se puede decir, como no sea por una hipérbole... astronómica, que nuestro sistema planetario sea un sistema solar, porque el sol preside á los movimientos de los distintos planetas que lo componen? Pues, del mismo modo, ¿nos será lícito afirmar, si no es explicándonos con una hipérbole psicológica, que hay alma porque hay un principio indivisible que influye en todas las manifestaciones de la vida sensible é intelectual? ¿Es la harina ó es el fermento lo que hace el pan?... ¿Hay alma, ó simplemente un conjunto de fenómenos físicos, á los que sirve de nexo un principio director é informativo, siempre ignoto, siempre oculto, que nos hace sospechar algo que designamos con un nombre vago? La misma primitiva acepción de *animus* (hálito ó soplo), ¿no indica que es algo vago é incoercible?... ¿Existe

(1) *Impresiones musicales,* Primera Serie, pág. 277; Madrid, 1878.

un soplo, ó existen sólo individuos que sienten el soplo? ¿Existe un hálito, ó existen sólo objetos exteriores que, entrechocando, producen esa aspiración? ¿Existe un alma, en fin, ó existen sólo seres animados?—Y ya hemos caído en el vitalismo... Mas los que han denigrado á esta escuela filosófica, no se cuidaron de advertir que el primer vitalista del mundo fué Aristóteles, y con él, por tanto, toda la filosofía escolástica. Cuando el filósofo de la *Ética á Nicómaco* decía que el alma era «la forma» ó la «causa formal» del cuerpo organizado, cuya materia era la «causa material» de la criatura viviente, ¿qué hacía sino postular la *vitalidad* ó *fuerza vital* que tanto ha escandalizado al padre Ceferino González, cuando era defendida por Bichat ú otro médico de este calibre? Como última palabra sobre el vitalismo, recordaré lo que han escrito los dos hermanos profesores Herrick, rector de la Universidad de Nuevo Méjico y catedrático de la Universidad de Denison, respectivamente, en su artículo de colaboración en el *Dictionary of Philosophy and Psychology,* editado por el psicólogo norteamericano James Mark Baldwin (1), artículo titulado *Living Matter:* «La substancia viviente puede definirse actualmente, no en términos de composición química, sino en términos de sus propiedades morfológicas y fisiológicas. La naturaleza del vínculo que mantiene unidas estas diversas substancias y conserva esta integridad y continuidad del proceso vital durante el continuo flujo de los elementos de su base física, que, en resumen, hace perpetuarse en la substancia viviente; éste es el problema de la vida, y, en apariencia, tan lejos de solución hoy como lo estaba en la época de nuestros padres, que encubrían su ignorancia con el término *vitalismo*.»

No diré que el alma está en la periferia; pero sí en lo interior de los tejidos celulares. Esto ¿quiere decir que no haya alma? De ningún modo; y conservo mi fe espiritualista en todo su vigor. Pero las sensaciones kinestésicas, ¿no podrían ser un buen espécimen de las sensaciones espirituales? ¿Hay algo interno que no repercuta en lo exterior? Todo es, pues, espiritual por repercusión; nadie sino los ciegos mentales puede negar esto. La naturaleza humana tiene de común con las especies inferiores que no puede ser afectada sino por lo meramente exterior, por lo físico, por lo táctil, diré mejor (puesto que, como alguna vez explanaré más detalladamente, todas las sensaciones que nos vienen de fuera se reducen á la del tacto, no siendo la vista más que un tacto á distancia, el olfato una especie de tacto aproximativo, el gusto un olfato ampliado, y el oído un tacto intangible, si cabe expresarse así); y la diferencia ó la superioridad que separa al hombre de los demás animales es solamente que aquél, en fuerza de crearse una conciencia, acabó por crearse un alma —porque todo lo espiritual no es más que una consecuencia de lo reflexivo—; y éstos se han retrasado en la evolución, quedándose acaso sólo con el sentimiento, y á lo sumo con la intuitividad que pueda dar el instinto.—Hay, además, en el hombre, aquel *sentido interior* que algunos perspicaces psicólogos reconocieron y que es como el tacto del alma. Este sentido interior compendia,

(1) Tres volúmenes; Nueva York y Londres, Macmillan, 1902.

justifica y á la vez dignifica los sentidos exteriores; es el sello de lo divino; la creación, al humanizarse, se ha redimido y se ha divinizado; ha tomado posiciones á su Creador, y participación en su obra infinita. *Por la misericordia estamos en Dios,* decía San Pablo. Por la razón, diré yo, estamos en Dios, y gozamos de la supremacía que á sí solo parecía haberse conferido: la de crear cosas sin apariencia de cosas. Sólo que en Dios la negación de cosas como medios de crear es real; en nosotros, no más que aparente.

***

Si en algún arte se realiza plenamente lo que queda dicho, es en la música. Entre las artes bellas, unas impresionan y, por decirlo así, tocan (quizás alguien vea en este verbo reminiscencias de galicismos) (1) á los sentidos exteriores; como la pintura, la escultura y, en general, todas las artes plásticas, que sólo suscitan formas; otras, las más nobles, como la poesía, y la música aún en más alto grado, atañen al sentido interior. Si alguna vez todas las artes desapareciesen por carencia de medios y de materiales, la música quedaría. Ella apenas necesita de materia; toda la moldea el artista á su fantasía y á su grado: el sonido es algo informe y extraño en sí, el más harmónico como el más dísono; y parece absurdo que por sí pueda sugerir nada. El pintor trabaja con colores; el escultor con bloques; y el literato con bloques... de letras de molde, los más anodinos y obtusos de todos; y, sin embargo, unos y otros sacan admirables efectos de su ruda materia: lo mismo que el músico, con la masa bruta de los sonidos. ¿Por qué? Porque todo lo llevan en sí; todo va con ellos: todo el arte, toda la estética. En cambio, la bailarina tiene en la *mímica plástica* y en la *esculiura viva,* que es su cuerpo, recursos suficientes para producir magníficas sensaciones. ¿Por qué no lo hace? Sencillamente, porque es una pobre muchacha, mercenaria de su cuerpo, que no lleva nada dentro (á no ser en raras y por eso más honrosas excepciones, como ocurre con nuestra adorable Fornarina y con la admirable yanqui Miss Isadora Duncan)... Una venal y perfumada suripanta nunca podrá hacer arte como un artista de genio. Así en vano crítico tan serio como Menéndez Pelayo nos hace ver que «la danza es admitida en el cuadro de las bellas artes por los críticos más severos y autorizados, porque tiene recursos propios» (2); pues, precisamente, si tuviera estos recursos, quedaríamos encantados con sus manifestaciones. ¡Á no ser que la rubia y olorosa danzarina los desaproveche!... Juzgando así, con este criterio tan amplio, se puede pedir la danza como suprema exaltación de la persona humana, según han dicho Nietzsche y Wagner; pero, por nuestra parte, muchos ya sabemos á qué atenernos, y, miradas las cosas de este modo, sería arte el culinario, el tiro de pichón, la esgrima, el *foot-ball,* la marquetería, los solitarios de naipes, el dominó, las pajaritas de papel y otros ocios

---

(1) Advertiré que he usado (para esquivar la acusación de galicista) este verbo; y ahora considero que equivale al *atteindre* francés. Muchos creen ver lo castizo donde no hay más que el extranjerismo y la confusión de lenguas extranjeras consolidada por una experiencia varias veces secular.

(2) *Historia de las ideas estéticas en España,* tomo III, volumen 2.°; *Apéndice:*

vacíos de sentido y de gracia á que dedican los aburridos burgueses sus vidas absurdas.

Las artes de la danza y otras arti... mañas parecidas que hasta ahora se han comprendido bajo la categoría de arte inferior (en cuanto que inferior significa más fácil de ejercer) (1); esta categoría de artes inferiores, digo, debe abolirse. Á lo sumo, podrían conservarse con la denominación de artes agradables. Ya comprendió ó entrevió algo así el perspicaz Schiller. Categorías de arte no existen en realidad más que las señaladas por Hegel: *artes románticas* (poesía, música, pintura), *arte clásica* (escultura) y *arte simbólica* (arquitectura). Mario Pilo admite la clasificación iniciada por Platón y completada por algunos de sus discípulos y comentaristas de *La República*. Hay artes *simbólicas* (en conformidad con Hegel, pero ampliándolo), que también llaman *sugestivas, indefinidas* (arquitectura y música); *concretas* (también *objetivas, representativas, indefinidas):* escultura y mímica, incluyendo aquí la danza; *subjetivas* y al par *objetivas, descriptivas* á la vez que *sugestivas, definidas* y también *indefinidas:* pintura y literatura. No hay más artes; si bien ciertas disciplinas científicas entren en la formación del artista, y, por tanto, en cierto modo, hasta en los dominios del Arte. Así lo comprendieron los griegos cuando hicieron penetrar en el *trivio-cuatrivio* que componían las artes liberales, como ciencias auxiliares, las matemáticas—especialmente aplicables á la música—, la gramática—que es indispensable para la poesía—, la geometría—de todo punto necesaria para la escultura y arquitectura—, y, por fin, la astronomía, que podría considerarse como especialmente aplicable á la arquitectura, y aun á la poesía y á la música. En efecto: ¿no se han escrito muchos *Clair de lune* para el fácil piano de las señoritas, y muchos *Días de sol ó de lluvia* en la lírica? Las revoluciones atmosféricas y astronómicas, ¿no está probado que influyen en el temperamento del hombre, y más si el hombre es de tan excitable índole como suele serlo todo buen poeta?...—Sea como quiera, es lo indudable que no existen más artes, rigurosamente hablando, que las cuatro fundamentales ya mencionadas; las demás, la danza, el dibujo, el mobiliario y hasta la jardinería, el arte culinario y la confección de drogas (con más el vuelo de la golondrina, según Souriau; el canto de las cigarras y el *gemido* de los peces, según Pilo) no son más que artes accidentales ó auxiliares de aquéllas;—ó chabacanerías de los autores de estética propensos al chiste...

***

Yo tengo á la música por el arte superior. ¿Por qué? Por su misma carencia ó pobreza de materiales. Por los recursos que saca de su propio fondo el artista. Hay menos naturaleza y más gracia en ella que en las otras artes,

(1) Entre paréntesis, yo creo que esta categoría de artes inferiores debe suprimirse por perturbadora y malsana. De todas las artes inferiores, ó, mejor dicho, llamadas hasta ahora inferiores, podría hacerse un análisis detenido que demostrase que no son tales artes. Tomemos una sola. La oratoria, por ejemplo, sólo es arte si *huele al aceite de la lámpara,* como dijeron los griegos de la de Demóstenes, es decir, si ha sido elaborada en el retiro del gabinete ó de la biblioteca, entre libros, con el detenimiento y la circunspección de cualquier otra obra literaria; si no, entra en la categoría de las ocupaciones más ó menos parlamentarias, más ó menos académicas, más ó menos útiles. Improvisar

como diría el profundo y admirable Sánchez de Castro. Es el arte de realizar lo inmaterial, de dar cuerpo á lo incorpóreo, de espiritualizar lo psíquico, de traer un reflejo de la luz increada sobre lo perecedero y caduco. Es el ansia de hacer permanente lo pasajero; es la Naturaleza aprisionada entre las redes del hombre; ¡y qué admirable empresa, cuando sabemos que estas redes son cuatro simples líneas horizontales y paralelas interseccionadas de signos intrínsecamente nulos y anodinos!... El Espíritu y la Naturaleza; el hombre y el mundo; el yo y las cosas: ¡todo contenido en un pentagrama!... ¡El hombre, tomando los más duros y fríos sonidos, en sí negativos como ceros y mudos como esfinges, combinándolos merced á la potencia desarrollada por los lóbulos cerebrales, y componiendo de aquí el más hermoso espécimen de la Naturaleza! ¡Recreándola y superándola; dominándola así: esto es la música!... ¡Creo que Coleridge la ha llamado la arquitectura de los sonidos (1). Ésta es una bella, exacta y fuerte expresión, si se entiende que la arquitectura es entre las artes plásticas la superior, y en el reinado de la materia lo que la música en el reinado de lo inmaterial. Es, de las artes *ópticas,* la menos *corporizante* y la que más aspira á encajar en piedra lo infinito (2); así como la música

---

un discurso es una bella distracción; como fumar un cigarro, exhalar un desalentado bostezo, tamborinear en los cristales de nuestro balcón mientras la lluvia cae en las losas, tararear aires de zarzuela con esa bella voz de barítono que todos tenemos mientras no se demuestre lo contrario, ó echar las patas por alto... Ni más ni menos. Otra cosa ocurre cuando se escribe antes el discurso; esto es hacer una obra en prosa, lo mismo que una historia ó una novela.

(1) Es extraño que un artista tan perspicaz ó un estético tan atrevido en sus concepciones como lo es nuestro Sánchez de Castro, recordando una frase parecida á ésta, se deleite en fáciles retorsiones y tergiversaciones de doctrinas que, por otra parte, á él mismo podrían aplicarse, como, verbigracia, cuando habla de la analogía de las artes y los sacramentos. «Partiendo de que la Arquitectura es *Música* petrificada—y la Música será entonces una Arquitectura pentagramiada –, fácilmente *demostraríamos* que una columna salomónica expresa un *andante con variaciones;* una *columna gótica,* un *acorde;* una cornisa, una *fermata;* y un arco, un *calderón;* y hasta el bajo, el tenor, el barítono y la tiple *se dejarían ver* (en símbolo y en expresión) en los zócalos, en los hastiales, en las escocias y en los chapiteles. Con esta teoría, ó con cualquiera otra también, se *demostraría,* en cambio, que la tal columna salomónica lo que expresa y simboliza es la *serpiente del paraíso* enroscada al árbol de la ciencia: *et sic de coeteris;* una torre, un *centinela;* un techo plano, *el peso de la conciencia;* una ojiva, *el suspiro de un alma...* Con tales elementos, buenos para un discurso del género femenino ó para una revista de periódicos, ¿qué Filosofía, qué Estética sólida puede formarse?» *(La Gracia,* capítulo VII, § I, 302; pág. 370.)

(2) Así, hombre de tan antimedioevales ideas como Michelet, llamaba á la catedral un sueño y un poema en piedra. Renan, en sus *Estudios de historia religiosa,* después de afirmar, algo aturdidamente, que «un templo antiguo es indiscutiblemente de belleza más pura que una iglesia gótica», se pregunta: «Mas, ¿en qué consiste que pasamos sin fatiga horas enteras en ésta, y no podemos permanecer en aquél cinco minutos sin fastidiarnos?» Y nuestro *Clarín,* tan tillado de irreligioso en este país de hombres ignorantes que parecen la encarnación viva de toda negación religiosa, hablaba en *La Regenta* de «la torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno de dulces líneas de belleza muda». En cambio, otros muchos autores que se las dan de religiosos y aun de cristianos, que es lo grave—pues siendo panteístas, no tendría nada de extraño que se deleitasen en la belleza de la materia inorgánica—, andan á todas horas deshaciéndose en elogios de los paganos, y, sobre todo, de la augusta belleza de sus templos y de la serenidad olímpica de sus estatuas. Algunos se contentan con tan generales y vagas proposiciones como las de Campany. «Por lo general—dice éste—, es más sensible la impresión que causa el aspecto de las fábricas góticas que el de las obras modernas. Primeramente experimentamos una especie de sorpresa, que nace de la elevación de las columnas y bóvedas; de la terminación misma de los arcos punteados; de la ligereza de todos los miembros de la fábrica, remontados y rematados en figura piramidal; de las partes menores del ornato y de los cornisamentos esbeltos: *todo lo cual da una ilusión de espaciosidad que no existe realmente en la área del edificio...*» Pero, ¡al hablar así, parece más bien que estamos disertando de un templo griego, y que se trata de hacer una exposición de geometría, y no de estética arquitectónica! Bien sé que la belleza es también, en ciertos casos, geometría, y más en la arquitectura; pero es, si acaso, geometría analítica, y no geometría descriptiva.—Á continuación, Campany expele unos fastidiosos párrafos que no dejan adivinar ninguna intuición profunda. «Por otra parte—escribe—, en las iglesias del estilo gótico se siente una especie de veneración y recogimiento cuya causa no acertamos á adivinar...» Y aquí sigue una abstrusa disertación sobre esta causa, explicando que puede radicar en *la misma antigüedad de la obra,* en la enorme distancia que hay que salvar con la imaginación, con lo cual él mismo viene á no estar conforme cuando hace notar que la griega es más antigua,

cumple este oficio en las artes acústicas (1). Por eso me da lástima de Chateaubriand cuando pienso que, entre tantas genialidades como prodigó, ha escrito

---

y, sin embargo, no produce esa emoción ni reducida á su milésima. «Por otra parte—continúa—, la arquitectura gótica *imprime cierto género de tristeza deliciosa que recoge el ánimo para la contemplación,* y así parece la más propia para la seriedad augusta de los templos.»—Claro es: para los que consideran en la Arquitectura, la ciencia de la edificación, según Vitruvio, la ordenación, disposición, simetría, euritmia, decoro y distribución (Cf. *Instituciones de Arquitectura,* del arquitecto Francisco Antonio Valsama, capítulo I, art. 1.°; Madrid, 1793); ó como Schlegel, sólo ven en ella «las bases generales de la simetría, la proporción y el adorno», no es extraño que protesten la arquitectura cristiana, como poco apegada á las formas. Ahora bien: es preciso predicarlo muy alto, trompetearlo orgullosamente para que todos lo entiendan: si el arte cristiano nunca llegó en escultura á lo que llegó el paganismo, y, en cambio, con la técnica arquitectónica logró escalar las nubes de la idealidad, digan lo que quieran los ruines helenómanos, no es, como alguien ha insinuado, porque el sentido de las formas le falte; es más bien porque las tales formas deben tenerle casi sin cuidado (y sólo en segundo término son para él estimables) al artista cristiano, que no dice con San Pablo: *Cupio dissolvi*... Estamos demasiado ocupados los cristianos en cosas grandes para que el modelo de nuestras obras sea el cuerpo humano, el supremo ápice del arte, según el coloso de Miguel Angel (que, entre paréntesis, debe su gloria, no seguramente al cuerpo humano, sino á la vitalidad que supo infundir á sus estatuas, al soplo de espíritu, al *animus,* á la exhalación del cielo: *mens intus alit*):—un cristiano él, de raza y de nacionalidad, pero un pagano teorizante y hasta practicante, que amaría más ser llamado un Júpiter que un Jehová *manqué,* como le llama Guyau... El *cupio dissolvi* se da en la arquitectura, donde la materia ya anhela disolverse en lo infinito. Y la arquitectura cristiana es, pese á los que la tacharon de bárbara, algo enorme y terrible, no precisamente por sus proporciones, sino por lo que allí ha puesto el autor; mientras que los templos antiguos son, para toda persona imparcial, *mausoleos á los que se dió aquel nombre,* como dijo San Clemente de Alejandría. Pero la ceguedad y la impenitencia de los paganizantes es verdaderamente aterradora. Hasta á un Chateaubriand, venido como *ex professo* á este mundo para cantar la poesía del cristianismo (la fácil y relumbrona poesía por él vista, digámoslo bien), le inficionan con su baba y le hacen decir que «el orden gótico, *en medio de sus proporciones bárbaras,* tiene, *sin embargo,* una belleza que le es peculiar». En cambio, el Miguel Angel de nuestra época, más atormentado que aquél, porque vive en una época de transición; el hombre que ha traído al arte más rudimentario y material, al arte que se debate con la materia inorgánica, un soplo de espiritualidad; el que ha intentado infundir la literatura, la música y la pintura en la masa inanimada é inerte, no confundiendo las atribuciones de todas las artes, como creen algunos necios, sino prestando á unas el decoro de que carecen y que otras poseen—el genial Rodín, tan maltratado por los rancios académicos, seguramente helenistas enrabiados (como aquel que, en la época de la invasión romántica decía en una sesión pública de la Academia Francesa: «No sois vos quien hacéis causa común con esos enamorados de las superfetaciones de la Naturaleza, que, por tener la monstruosa estatua de San Cristóbal, darían de buen grado el Apolo de Belvedere»)—, afirmaba en una ocasión que las catedrales góticas son grandes poemas. «Cuando Víctor Hugo y Ruskin—añade—defendían la catedral gótica, sus contemporáneos aplicaban el epíteto de bárbaro á este estilo. Este error antedata del siglo XVIII. Ya en el reinado de Luis XIV, Fenelón y los que con él hablaban de la arquitectura gótica, se referían á ella en lenguaje despectivo.» *(The Gothic in the catedrals and churches of France; The North American Review,* 15 de Febrero de 1905.)—Y el ya citado Schlegel no es menos severo y concluyente con respecto á la ceguedad del helenismo. «Sólo las falsas ideas de las proporciones y una admiración ciega de la antigüedad, han podido conducir á esa idea exclusiva de que nada hay de bello más que la arquitectura griega, y que todo lo que de ella se separa es bárbaro: el bueno de Sulzer ni siquiera perdona á la catedral de Estrasburgo, porque es—dice—de mal gusto; pero en todo país la arquitectura, como todas las demás artes, ha recibido el sello particular de una creencia dominante, de la que todas las obras de arte no son más que la traducción en un mundo visible.» *(Teoría é historia de las Bellas Artes,* IV, 49 y 50.) Y nuestro genial estético Sánchez de Castro ha dicho la palabra definitiva sobre la arquitectura griega y la cristiana en estos párrafos: «Cuando los canónigos de Sevilla se propusieron construir un templo de tal magnitud que las generaciones futuras los tuvieran por locos, sabían más *estética* que todos los tratadistas modernos. Ellos no se fijaron en las leyes geométricas, en la proporción ni en la simetría: todas estas cosas son la añadidura, la *técnica* indispensable. Ellos atendieron, ante todo y sobre todo, á la nota esencial artística, que es ésa: la *locura,* la inmensidad. Los paganos estaban imposibilitados de cumplir las leyes artísticas de la arquitectura. Sus dioses eran muy bajos, y los artistas no podían ofrecerles templos muy altos allí donde tan profundo era el sentido de la *proporción* y de la *simetría.* La cúpula de San Pedro, ella sola es tan grande como el Panteón de Agripa. Por lo dicho, los templos paganos se extendían á lo largo y carecían de elevación, es decir, carecían de la ley fundamental del Arte: tenían *cohesión* y *peso.* Y como *quod deficit in scientia supletur in trompetis...,* lo que falta de gracia se suple con la belleza, lo que falta de Arte se suple con la técnica...; aquellos templos eran el *summum* de proporción y de simetría, muebles ó inmuebles bellísimos nada más. Los que tachan de *bárbara* á la arquitectura gótica, en ese mismo calificativo dan la idea verdadera del Arte que inconscientemente censuran. *Barbarie,* sí, barbarie legitimada por el fin. Cuanto mayor sea la *barbarie,* tanto más excelsa es la gracia, y, por ende, el arte de las construcciones. Barbarie, sí, la locura de los canónigos de Sevilla, haciendo caso omiso de las leyes del equilibrio: ésa es la gracia, ése es el Arte. Barbarie, sí; paredes de cristal, como en la catedral de León: ésa es la gracia, ése es el Arte. *Barbarie,* sí; dar de mano á las líneas regulares, á las formas triangulares y á las curvas semicirculares, buscando la *irregular* ojiva, que parece un contrasentido geométrico... Ésa es la gracia posible de la materia pesada y sólida; ése es el Arte; ésa es la Arquitectura.» *(La Gracia: Apuntes para una Filosofía del Arte,* capítulo VII, § IV, páginas 389 y 390.)

(1) Santo Tomás parecía presentir esta distinción tan general de las Artes cuando escribía: «Aquellos sentidos atañen principalmente á lo bello, que son más cognoscitivos, á saber: la vista y el oído, sujetos á la razón. Por eso decimos

esta simpleza sobre la música: «La música como arte es una imitación de la Naturaleza, cuyo perfeccionamiento consiste en representar, en lo que cabe, la más hermosa Naturaleza posible» (1). La música es la rectificación de la Naturaleza. Es la protesta del hombre consciente contra la fuerza inconsciente que le ahoga y le mata; es *la gracia* en lucha con la Naturaleza. Bien reconozco—y ello me duele—que *la Naturaleza* es más poderosa, *físicamente* (y perdón por la redundancia), que la mente humana (como lo demuestra cuando desata sus horríficas tempestades, revuelve sus ríos, pone en erupción sus volcanes, y comete otras fechorías de ese calibre); pero la *mente humana,* por su sola fuerza *mental,* sabrá prevalecer de todas las conflagraciones que aquélla urda. Si, como se ha dicho, *la fe allana los montes,* ¿qué nos importan las expansiones á que se entrega la hórrida Naturaleza? Allanemos sus montañas con la inteligencia, y en las cúspides de ésta contemplemos con fiereza las cimas más altas; opongamos á las erupciones volcánicas las incandescencias de nuestros corazones... La Naturaleza, ó es una fuerza neutra y pasiva, que no nos puede hacer daño, más que indirectamente, ciegamente, brutalmente, como el toro embiste y como el tope del vagón trucida, ó es algo divino, obra de Dios; y entonces, estando bien con este Dios, del cual somos la imagen más perfecta, ¿qué nos importan los rencores de su obra muerta y muda? Congratulémonos de ser inteligentes; y aun en el caso de la demencia, no nos aflijamos: la Naturaleza, ni puede volverse loca, ni puede volvernos locos, sencillamente porque es *amente.* Las artes en general, y la música en sumo grado, representan una victoria sobre la Naturaleza. Todo lo inconsciente adormece y arrulla, pero mata; la canción de cuna es aquí la canción de asfixia; la Naturaleza inconsciente es una nodriza que, al mecer y al alechar, ahoga. Una canción monódica muy repetida, un cielo muy azul, un rayo de sol, un bello paisaje, una chispa eléctrica, son fuerzas igualmente inconscientes que intentan apoderarse de nosotros y dominarnos por el halago ó por el terror. En momentos dados nos fascinan, porque estamos ya muy cansados de la conciencia. Mas cuando quieran subyugarnos, resistámonos; *conciencia* es, según la más bella y á la vez más rudimentaria y etimológica interpretación dada por Víctor Hugo, la ciencia que nos acompaña en nuestro paso por la existencia, la *scientia nobiscum,* lo que llevamos siempre dentro de nosotros; no permitamos, pues, que nadie nos lo arrebate; ¡que no se nos impongan!...

No caminamos, no, hacia la inconsciencia, porque vayamos hacia la suprema y definitiva expresión artística: la expresión musical. Caminamos hacia la liberación. El Arte, ¿no es el gran liberador? Y Nietzsche, ¿no ha hablado alguna vez con especial delectación de «la música que intercede»? Sí; la música, como todas las demás artes, intercede por nosotros ante las potencias sobrenaturales para que nos libren, siquiera por algunos momentos, de la pesada carga de

---

bellos colores y bellos sonidos, y no bellos sabores ni bellos tactos.» *(Illi sensus praecipuè respiciunt pulchrum quì maxime cognoscitivi sunt, scilicet visus et auditus, rationi deservientes. Non enim dicimus pulchros sapores aut odores.)*

(1) *El genio del Cristianismo,* tomo I, libro III, capítulo I.

la vida. La música, ese vestíbulo del cielo, según Feijóo, es, entre todas las artes, la más ferviente de las intercesoras:—y *la más piadosa de las consoladoras,* para tomar una imagen á un bello verso de nuestro gran poeta Villaespesa. La música es un paso de lo corporal á lo incorpóreo; es el punto de transición de la materia á la espiritualidad; es un puente sobre el abismo.—Estas acaloradas expresiones, ¿quieren significar que la música no tenga fundamento racional y científico? ¿Que no pueda estudiarse á la luz de las matemáticas y de la acústica, como lo han hecho en el extranjero Helmholtz, Hvith, Wronski, Pilo, y entre nosotros, Cariana Ricart, profesor de la Universidad de Barcelona, en su libro *Aplicaciones de la Geometría analítica á la técnica musical?* No; en modo alguno. La belleza es geometría, repetiré una vez más; pero esta parte de geometría atañe á la técnica, que es lo formal y lo exterior de las artes. La estética está en nosotros: es algo divino que en nosotros habita: *est Deus in nobis...* Este algo divino lo poseemos en el arte; y de ahí nos resulta lo que se escapa á la geometría, á la proporción, al pantómetro.—Ahora bien: poniendo las cosas en su punto, ¿podremos decir que la música es una excitación puramente fisiológica, como llegan á insinuar algunos impudentes autores? (1). No; en modo alguno. Verdad es que Helmholtz ha expuesto todas las relaciones entre la fisiología del oído y la teoría de la música. Pero esto mismo, que parece una desvergonzada renuncia á toda intrusión de elemento espiritualista en el divino arte, es una fe de vida del espiritualismo. En vez de aniquilar nuestra fe en la existencia de un espíritu, la acredita. Este arte sólo excita fisiológicamente; bien, lo concedo; mas, ¿cómo entonces de lo puramente fisiológico queda un eco cóncavo y dilatado—que es como un canto de júbilo y de vida en medio de una caverna lóbrega, de esta caverna que es nuestra propia alma, según Platón, donde apenas un rayo de luz artística se crispa violento ó se desmaya doliente—, como una canción popular que bajo las bóvedas de un hueco y ecoante túnel entonaron una tarde de verano algunos romeros que volvían de merienda?...—¿Cómo se efectúa el tránsito de lo físico á lo psíquico?... Siempre permanece esta duda, este misterio, mudo, desafiante... En esta misma condición de excitar más directamente por vía fisiológica, ¿no se basaría acaso la nobleza y sublimidad del arte? Probemos á verificarlo. El mismo Helmholtz, en un libro posterior al que dedicó á la fisiología de la música, se explica así, insistiendo en su idea: «Las relaciones fisiológicas y artísticas—dice—son claras y penetrantes, porque las formas elementales de la composición musical dependen más claramente de la esencia y de las propiedades particulares de nuestras sensaciones que en las otras artes, *donde la materia á emplear y los objetos á representar ejercen una influencia más marcada*» (2).

---

(1) Y no pocos «del oficio» les dan la razón. Músico tan distinguido como Mendelssohn ha llegado á escribir: «El músico debe limitarse á combinar artísticamente unas notas con otras, dejándose de expresar ideas, pues no debe pedírse á la música lo que es de la palabra.» Con esto se halaga á los que piensan y proclaman que la música es un arte inferior, una especie de antiespasmódico para uso de las señoritas sensibles.

(2) *La óptica y la pintura.* (Conferencias dadas en Berlín, Dusseldorf y Colonia, y reunidas en volumen con los *Principios científicos de las Bellas Artes,* del profesor de la Universidad de Viena, Brücke.)—*(Bibliothèque scientifique internationale, publiée sous la direction de M. Em. Algrave;* XXVI; París, Alcan, 1902.)

Lo cual quiere decir que en la música, como en todo arte grande, lo principal es el *yo,* lo que uno pone; y siendo así, no hay peligro en atraer materias insignificantes y emplear recursos mediocres, con tal que la personalidad se concentre toda en la obra. A cada sentido externo, podríamos decir que corresponde uno interno: es como el reverso de una medalla, que siempre se oculta cuando el anverso aparece cara á la luz. Wundt mismo, el psicofisiólogo por excelencia de nuestra época, no ha llamado, contagiado aún quizá de la antigua fraseología, que tiene su razón de ser en la realidad de las cosas, y, siendo puramente espiritualista, es tan positiva como la de los empíricos enrabiados:—¿no ha llamado, digo, á la conciencia *el ojo interno?* (1). La imagen no es muy exacta; más propio sería decir que hay un tacto, una vista, un gusto y un olfato internos contenidos y justificados dentro de sus correlativos exteriores. Ó, para seguir nuestra imagen anterior, todo lo que fisiológicamente excita, deja eco psíquico... Este eco ¿se pierde, como en una caverna sin fondo, donde no hay vida? Dentro de esta lobreguez ¿no se contiene nada? Esto es cuestión á decidir entre las varias doctrinas que se reparten el mercado de la filosofía (2). Lo que ninguna podrá descifrar es el misterio del tránsito de lo puramente fisiológico á lo netamente psíquico.

En la música hay más misterio que en cualquier otro arte. Tiene, en primer lugar, gran parte de misterio, porque tiene mucho de incompleto: lo incompleto deja siempre al espíritu turbado é indeciso, porque inspira deseos de rellenar el vacío. La música, decía Gretry en sus *Memorias,* es el canto de un discurso cuyas palabras se han cortado *(la musique est le chant d'un discours dont on à retranchè les paroles).* Además, por esta misma incompleción, deja en libertad á la mente para poner la letra que quiera á la variada melodía. Por eso casi toda música es siempre una *romance sans parole,* de las tan acreditadas por el delicado Mendelssohn (3). Puede influir diferentemente en cada individuo, y según los casos. «La música—escribía Taine—tiene esto de exquisito: que no suscita en nosotros formas: tal paisaje, tal fisonomía de hombre, tal acontecimiento ó situación distinta, sino los estados del alma: tal matiz de

---

(1) *Psicología fisiológica,* II, 235.

(2) Así, Eduardo de Hartmann, en su *Filosofía de lo inconsciente,* nos daría la razón, quizás inconscientemente por una ironía libresca. «Toda imagen consciente—escribe él—tiene la forma de la sensibilidad; sólo el pensamiento inconsciente puede ser de naturaleza no sensible.» (Tercera parte, pág. 33.)

(3) «La Música, segunda de las Artes de la vida racional—dice nuestro admirado Sánchez de Castro—, es el Arte de la mera *complacencia,* el Arte de la sensibilidad. (Y notemos de paso cómo en este párrafo, el autor, espiritualista decidido, viene, acaso *sans le vouloir,* á parar á las mismas conclusiones de los que reputan la música un arte casi fisiológico...) La Música no tiene por materia ideas ni palabras, sino sólo sonidos inarticulados, y *directamente* va á producir vibraciones en los nervios, va á excitar la sensibilidad orgánica, por decirlo así, y es recibida *directamente* por la facultad de deleitarse que radica en el espíritu humano. Mas, como es *una* en *tres,* produce, por *gracia* propia ó natural suya, *ideas* en el entendimiento y *expansión* ó amor en la voluntad. Por aquí se ve cómo y por qué razón el Arte, todas las artes, *transportan* al alma. Ese *transporte* es el efecto de la gracia; y todo el mundo, sin acordarse de la gracia, repite que ante la Poesía, ó la Música, ó la Pintura, queda uno *transportado.* Ciertamente: en el Arte *se ve* y *no se ve, se oye* y *no se oye*... La *gracia,* unida á la naturaleza, *transporta, arrastra* al espíritu hacia lo que no se percibe... Concretándonos á la Música, ya vemos que, encaminada ésta directamente á la facultad de deleitarse, transporta á la de conocer y á la de querer; pues el espíritu, como hemos dicho, tiene esos tres actos fundamentales (conocer, complacerse y amar), y son tres en uno. Y como ni el entendimiento ni la voluntad tienen, en el caso de la Música, su objeto propio, de ahí la *vaguedad* con que en la Música se *conoce* y se *expansiona* el efecto.» *(La Gracia: Apuntes para una Filosofía del Arte,* capítulo VIII, § II, 339 y 340, páginas 401 y 402; Sevilla, 1903.)

alegría ó de melancolía, tal grado de tensión ó de abandono, la más rica plenitud de serenidad ó un mortal desfallecimiento de tristeza. Toda la población ordinaria de ideas ha sido arrasada *(toute la population ordinaire d'idèes a etè balayèe);* no queda más que el fondo humano, la facultad infinita de gozar ó de sufrir las excitaciones ó los apaciguamientos de la criatura nerviosa y sensiente, las variaciones y las armonías innumerables de su agitación y de su calma.»

«Si la música—dice Sergi (1)—debe su origen á los sonidos vocales que expresan las emociones, provocadas en parte por las excitaciones sexuales, como piensa Darwin, y que tienden á aumentar y á despertar en otro sexo sentimientos de amor; es decir, si en un principio puede expresar sentimientos determinados y definidos, cuando se ha desarrollado en una época más avanzada, con sus modificaciones y sus transformaciones posteriores, con los nuevos usos á que se ha aplicado, y gracias á sus fines puramente estéticos, pierde en gran parte su forma clara y distinta, y le queda, por el contrario, una forma indefinida y vaga que muchas veces es apta, bajo la misma forma, para despertar sentimientos diferentes, según las circunstancias y las situaciones individuales.» Todos los tratadistas de psicología se deleitan en repetir lo mismo. «El carácter indefinido de muchos efectos emocionales—ha escrito el norteamericano Sully (2)—se comprueba en el hecho de que, siempre que cierto número de personas tratan de definir el sentimiento de una composición, cada una encuentra especies de emociones diferentes. Lo que parece á un oyente representar una lamentación amorosa, puede sugerir á otro los sentimientos soñadores que despierta por la tarde un paisaje solitario. La razón es, como se ha demostrado, que las formas del ritmo, de la melodía, etc., sólo sacan á luz aspectos muy *generales* de nuestros sentimientos, aspectos que son comunes á sentimientos de un gran número de especies. Los aspectos generales que son susceptibles de una representación verdaderamente exacta, son las diferencias *cuantitativas* del sentimiento, sentimiento intenso ó débil, pasajero ó durable, constante ó variable, en cuanto á su fuerza. En el caso de diferencias *cualitativas,* sin embargo, la música no es siempre capaz de encarnar de una manera clara estos aspectos generales de la emoción, porque, como hemos visto, los matices más delicados del afecto y del júbilo no son sugeridos por las formas musicales más que vaga é indirectamente.»

Rousseau fué acaso el primer músico, conocedor de la música antigua nada más, que presintió todos estos finísimos matices y pequeñas delicadezas de la música moderna. La música es el arte que en poco tiempo más ha evolucionado. En arquitectura, por ejemplo, todo lo tenemos aprendido desde la construcción de las catedrales góticas; y la arquitectura moderna, no sólo no se ha elevado sobre aquélla, sino que ha degenerado de una manera espantosa. Las construcciones actuales, ó son una híbrida mezcla de los estilos antiguos, ó

(1) *La Psicología fisiológica,* VI, § 388.

(2) *Sensation and Intuition: Studies of Psychology and Æsthetics,* páginas 239-240. (Londres, 1876.) *(On the Nature and Limits of musical expression.)*

tienen una nota de industrialismo y de unitarismo rasante y abrumador. En escultura, todo está hecho con Miguel Angel, casi podríamos decir, si no recordáramos al formidable Rodin y á nuestro maravilloso Querol. En pintura, ¿qué vemos ahora que ya no hayamos visto en los viejos maestros? Goya, Velázquez, Rembrandt, han sido maestros de los más recientes impresionistas. Sin embargo, aquí ya comienza la línea de evolución. Es que la pintura traza la divisoria que separa las artes dinámicas de las artes estáticas; y las artes estáticas, originaria y constitutivamente estáticas, como la arquitectura, rara vez son susceptibles de avance notado. En la poesía ya entramos en las artes profundamente cambiantes y variables por etapas de años, que ya no de siglos; y aun en la misma pintura, ¡los inmortales Manet, Delacroix ó Carrière, por no citar más nombres, mucho han conseguido! Pero la música ha tenido solamente intermitencias de progreso en las épocas pasadas, y es sólo desde principios del siglo XIX cuando comienza su transformación radical y esencial. Los Mendelssohn, los Beethoven, los Schumann, y, sobre todo, ese coloso de Wagner, no son seres pretéritos de lejanas épocas (1). Ayer casi vivieron todos ellos, y de ayer data el empuje dado al arte divino, el arte culminante, cuya perfecta realización parece estar también reservada á una época culminante, á una cima de la Humanidad—¡como es la nuestra!

Por la música actual, que nos ha descubierto un mundo antes cerrado á nuestras miradas, hemos llegado á la plena conciencia de nosotros mismos. Wagner es el Colón de esta nueva Atlántida del genio. Pues bien: es este mismo Wagner quien nos dice, en un folleto donde expone sus ideas: «Podemos considerar la Naturaleza en su conjunto como una evolución graduada, desde la existencia puramente ciega hasta la plena conciencia de sí. Especialmente el hombre presenta la demostración más completa de esta progresión. Ahora bien: este progreso es tanto más interesante de observar en la vida del artista, cuanto que su genio, sus creaciones, son precisamente lo que ofrece al mundo su propia imagen y la eleva á la conciencia de sí mismo.» Estas palabras son decisivas y como sólo pudieron salir de la boca de aquel hombre tan completo, que á la vez pudo ser poeta, músico y filósofo; de aquel Jehová desterrado que se llamó Ricardo Wagner. En verdad que el autor de *Sigfrido* fué un Jesús, que dijo al Lázaro del mundo del ensueño, que dormitaba en la mitad del género humano:—Levántate y anda.—Para él se han hecho las estrofas admirables de un notable y joven poeta flamenco, Teodoro Varlet, en un soneto titulado *Sous mon âme:*

*Et toujours sur la grève où, dans les vieux minuits,*
*baillent les Béhémots familiers de l'Ennui,*
*j'evoque d'une inassouvissable manie,*
*candides ressurgies aux cieux primordiaux,*
*poignardant le Zenith de leurs pics verticaux,*
*les impossibles Atlantides du Genie* (2).

(1) No nos olvidemos, sin embargo, del ya antiguo y nunca en su género superado Juan Sebastián Bach.
(2) Gossez: *Poètes du Nord* (1880-1902), pág. 303; París, 1902.

Bien es verdad que el genial autor de *Lohengrin* llevaba mucho adelantado con haber nacido en la bendita tierra de Alemania; pues ya uno de ellos, Richter, anunció que á los alemanes les había conferido Dios el imperio de la atmósfera:—como á los ingleses les concedió el dominio del mar... «La música alemana—dice Nietzsche en *La Gaya Scienza,* libro II, § 103—es ahora ya, más que cualquier otra, la música europea, porque sólo en ella han encontrado expresión los cambios que la Revolución ha producido en Europa: es sólo la música alemana la que comprende la expresión de las masas populares en movimiento, esta formidable batahola artificial que ni siquiera tiene necesidad de hacer mucho ruido, mientras que, por ejemplo, la Ópera italiana no conoce más que los coros de domésticas ó de soldados, pero no de *pueblo.*»

No obstante, aún hay empedernidos que hablan de la obra de Ricardo Wagner en sentido despectivo casi de puro fisiológico. «No se puede negar —escribe Hirth (1)—que las creaciones de sonidos de Ricardo Wagner hieren más fuertemente los nervios que cualesquiera otras, y que se imprimen más profundamente que la música llamada clásica en la substancia psicofísica. Podemos pensar aquí en movimientos moleculares formales, con arreglo á la analogía de las figuras llamadas sonoras. El cambio frecuente de tono engendra, sobre todo en personas sensibles, inclinadas á la nerviosidad, fuertes vibraciones de las fibras sensoriales, una especie de voluptuosidad de los sentidos que inflama y agota á la vez.» Hombre tan genial como Nietzsche se expresa así también: «Wagner es una gran calamidad para la música. Ha adivinado en ella un medio para excitar los nervios fatigados; y así ha hecho la música enferma. Su genio de la invención se sobrepuja en el arte de aguijonear á los más agotados, de volver á la vida á los moribundos. Se ha declarado maestro en el arte de los pases hipnóticos; derriba á los toros más fuertes. El éxito de Wagner—su éxito sobre los nervios y, por consiguiente, sobre las mujeres—ha hecho de todos los ambiciosos del mundo musical discípulos de su arte oculto. Y no solamente los ambiciosos, sino también los *malignos*... En nuestros días no se hace dinero más que con la música enferma; nuestros grandes teatros viven de Wagner» (2). Nietzsche aquí hablaba como un pagano, como un retrotraído á los tiempos de Pericles; y esto no puede tolerarse en un crítico de arte tan eminentemente cristiano y moderno como debe ser el musical. «La harmonía, que la antigüedad ignoraba por completo—nos dice Wagner—; la extensión prodigiosa y el riquísimo desarrollo que ha recibido con la polifonía, son cosas cuya invención pertenece exclusivamente á los últimos siglos. No conocemos la música entre los griegos sino asociada al baile. El movimiento del baile subjetivaba la música y el poema que el cantor recitaba como motivo de baile, á las leyes del ritmo. Esas leyes regulaban de una manera tan completa el verso y la melodía, que la música

(1) *Fisiología del Arte* (traducción de Arreat), X, § 4.°, pág. 240, nota.
(2) *El crepúsculo de los ídolos; El caso Wagner,* § 5.°

griega no puede considerarse sino como baile expresado por sonidos y palabras» (1).

Hoy Wagner, no cabe dudarlo, está «sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso», como ha escrito con frase feliz y entusiasta el entendido musicógrafo y profundo artista—el más artista de nuestros músicos y el más filósofo de todos ellos—José Subirá, que en día no lejano dará al arte musical español, hoy tan exangüe, un brillo y una gloria nueva. Wagner es, sí, como todos los grandes creadores, un representante del Ser Supremo, un segundo Jehová, un Dios sobre la tierra:—como Homero, como Shakespeare, como Beethoven, como Cervantes, como Velázquez. Ellos están en un círculo de gloria, en un cielo aparte dentro de la tierra, en un coro de dioses como no se ha visto hasta ahora en ninguna tragedia griega... «Los efectos dramáticos producidos por el íntimo himeneo del verso y de la melodía son tales en la obra de Ricardo Wagner, que, inferior como poeta á Goethe, no habiendo superado, en cuanto músico, á Beethoven, no es, como creador dramático, comparable sino al divino Shakespeare» (2). Wagner es el Shakespeare del

---

(1) En la *Carta al doctor Burney,* autor de la *Historia general de la Música,* escribe Rousseau, á propósito de la música griega: «Si yo hubiese sido llamado á conferenciar con vos antes de la publicación de vuestro primer volumen, donde dais la historia de la música antigua, os hubiera propuesto, señor, discutir allí algunos puntos concernientes á la música de los griegos, cuya aclaración me parece que debe arrojar gran luz sobre la naturaleza de esta música, tan juzgada y tan poco conocida; puntos que, sin embargo, jamás han excitado cuestiones entre nuestros eruditos, porque ni siquiera se han ocupado de pensar en ellos. No renuevo, entre estas cuestiones, la que atañe á nuestra harmonía, preguntando si ha sido conocida y practicada de los griegos, porque esta cuestión me parece que no constituye una para quien tiene alguna noción del arte y de lo que nos legaron sobre esta materia los autores griegos: hay que dejar disputar sobre eso á los eruditos, y contentarse con reir. Habéis puesto un bajo muy bueno bajo el aire antiguo de una oda de Píndaro; pero estoy muy seguro de que no había un oído griego al cual este bajo no hubiera desollado hasta el punto de no poderlo soportar. Pero me atrevería á preguntar: primero, si la poesía griega era susceptible de ser cantada de muchas maneras, si era posible hacer muchos aires diferentes, y hay algún ejemplo de que eso se haya practicado; segundo, cuál era la distinción característica de la poesía lírica ó acompañada y la poesía puramente oratoria. Esta distinción, ¿no consistía más que en el metro y en el estilo, ó consistía también en el tono de la recitación? ¿No había nada cantado en la poesía que no fuese lírica, y había algún caso en que se practicase, como entre nosotros, el ritmo cadencioso sin melodía alguna? ¿Qué era propiamente la música instrumental de los griegos? ¿Tenían sinfonías propiamente dichas, compuestas sin palabras? Tocaban aires que no se cantaban, ya lo sé; pero ¿no había originariamente palabras sobre todos estos aires? ¿Y había alguno que no hubiese sido cantado, ó hecho para serlo? Vos comprendéis que esta pregunta sería muy ridícula si el que la hace creyese que tenían acompañamientos semejantes á los nuestros, que hubiesen hecho partes diferentes de la vocal; porque, en tal caso, esos acompañamientos hubieran constituído la música puramente instrumental. Es cierto que su nota era diferente para los instrumentos y para las voces; pero eso no impedía, á mi juicio, que el aire notado de dos maneras fuese el mismo.» *(Obras completas,* volumen VI, pág. 220.)—Es, pues, la misma teoría de Wagner: los griegos no concedían importancia á la instrumentación, porque su música era rudimentaria y exclusivamente coreográfica. Era la música que bastaba para satisfacer el apetito, diríamos mejor que el sentido artístico de aquellos superficiales helenos.—En vano Nietzsche sale á su defensa en el *Preliminar* de *La Gaya Scienza,* y nos anuncia: «¡Ah, estos griegos sabían *vivir;* para eso importa permanecer bravamente en la superficie, atenerse á la epidermis, adorar la apariencia, creer en la forma, en los sonidos, en las palabras, en todo el Olimpo de la apariencia! Estos griegos eran superficiales *¡por profundidad!*» En verdad que sabían vivir esos griegos; eran nada más, acaso, que unos vividores; pero el *savoir vivre* es algo molesto: es una ciencia al alcance de los que no poseen la suficiente capacidad intelectual para procurarse otra. De nada me sirve que se me aduzca un texto del mismo Rousseau: «Que se destine mi discípulo á la milicia, á la iglesia, á la magistratura: poco me importa. Antes de la vocación de los parientes, la Naturaleza le llama á la vida humana. Vivir es el oficio que yo le quiero enseñar. Al salir de mis manos, no será, convengo en ello, ni magistrado, ni soldado, ni sacerdote: será primeramente hombre; todo lo que un hombre debe ser, sabrá serlo en caso de necesidad como cualquier; y en vano la suerte le hará cambiar de puesto; estará siempre en el suyo.» *(Emilio,* I; *Obras completas,* II, 8.)—El saber vivir será, sin duda, una bella cualidad y hasta una prenda indispensable en nuestras relaciones con el mundo; pero nunca será una garantía de capacidad artística. Por eso es pleito perdido de antemano tratar de convencernos de que los griegos eran unos grandes artistas porque eran unos buenos vividores.

(2) Catulle Mendès: *Richard Wagner,* pág. 57; París, Charpentier, 1905.

mundo interior. En él tenemos toda la creación rehecha, *recreada* á su modo. ¿No es, pues, este hombre un Dios? Refiere el original conde de Chambrun que en Bayreuth, cuando subían hacia la cúpula de *Parsifal,* les arrojaban fotografías en que estaban inscritos estos símbolos: «La blanca paloma y el vaso empurpurado del Grafal, dominando el retrato de Wagner..., como quien dice, el Padre Eterno» (1). Y bien: ¿qué tiene esto de extraño? Si en algún caso se concibe la idolatría, ¿no es cuando se admira á estos grandes hombres? El endiosamiento en ellos es evidente; y bien que se paseen por su casa en pantuflas y bata, como pacatos burgueses, no dejan de ser menos dioses. Si yo hubiese alguna vez incurrido en el feo vicio de pensar en Júpiter, Vulcano y otros pillines, diría que Shakespeare, Cervantes, Beethoven y Wagner son estos mismos dioses antiguos, que han abandonado por nosotros el Olimpo y residen entre los mortales... Se habla mucho de la costurera de Wagner, y algunos no le perdonan esta concesión al prosaísmo. ¡Pobres de espíritu! Serán los mismos que recuerden que Shakespeare se ligaba con mozas de partido. ¿Qué importan estos pecadillos cuando se tiene una capacidad artística suficiente para convertir á las vulgares costureras en adorables Brunehildas, y á las viles mozas de partido en encantadoras Ofelias?...—Muchas veces me he sorprendido meditando cómo serán los hombres tan ciegos que hayan estado tanto tiempo adorando las fuerzas naturales, y, en cambio, nunca hayan sentido la comezón de adorar á los hombres superiores, sobre todo si son artistas, que siempre han dominado y puesto á su servicio esas mismas fuerzas naturales. La electricidad es, sin duda, una poderosa deidad oculta: pero ¿la poesía de Dante no produce á ratos (como en el episodio de Francesco di Rimini) efectos tan perturbadores y conmociones tan saludables como las de la electricidad? El sol es, sin duda, el viejo Júpiter, según la noble alegoría antigua; el noble Helios del carro de fuego. En ese sentido es digno de adoración y de respeto; pero, en caso de negar nuestros homenajes al Dios de Israel, ¿por qué no traspasárselos á la música, ese *sol del reino interior,* según la maravillosa frase del poeta francés? ¡Ese sol deslumbrante, de amarillas fulguraciones, dorado y cálido—como el estampido de las trompas en la gigante *Marcha triunfal!...* Por la música nos trasladamos á otro mundo mejor: allí ese sol de los sonidos, esos rayos de los acordes, nos calientan, á nosotros los ateridos habitantes de este mundo glacial y boreal eternamente... Con su encanto heliofónico, la música nos eleva de este mundo. Por la música sabemos lo que es el cielo...

***

Dedico estas páginas incoherentes y «arbitrarias», como gusta de decir el fino artista Eugenio d'Ors—ese hijo espiritual de Baudelaire, el único descendiente español digno de él—, al culto musicógrafo español José Subirá, que

---

(1) *Wagner à Munich, Francfort, Nice,* capítulo III, § 25, pág. 20; París, 1898.

me las ha sugerido; porque las escribí á continuación de la lectura de su libro *Los grandes músicos (Bach-Beethoven-Wagner)* (1).

Y como estas reflexiones *calamo currente* se han alargado en demasía, dejo para otra ocasión hablar del contenido y tono de la obra citada, la primera que publica el implacable crítico de los cantantes del teatro Real...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid, Enero de 1908.

---

(1) Pérez Villavicencio, editor; *Biblioteca Económica;* Madrid, 1907.

# LA CENCERRADA

En una ciudad del reino de León, de cuyo nombre hago como que no quiero acordarme, vivía en fecha ya remota una señora llamada doña Andrea, la cual, cuando comienza este verídico relato, había encendido por dos veces la antorcha de Himeneo, y tenido otras tantas que llorar la pérdida del compañero de sus días y de sus noches: quiero decir que era viuda en segundas viudedades. Quedáronla del primer matrimonio dos hijas, á quienes procuró casar y casó antes de hacerlo ella nuevamente, y se le atribuía razonable caudal, pues, amén de varios prados en los alrededores de la ciudad, y de cuatro ó cinco casas en la misma, era dueña de muchas y buenas viñas y de bastantes tierras de pan llevar, heredó regular fortuna de sus maridos, y, además, sus manos nunca estuvieron ociosas, porque solía dar dinero á rédito, si bien no cobraba, por ser caritativa y de humanos sentimientos, ni más del doce ni menos del ocho por ciento de interés.

Algunas rarezas se le achacaban á la buena señora, tales como vivir sola, pues cuando enviudó la última vez no quiso, aunque se lo indicaron, que las hijas fuesen á instalarse en su casa, y eso que era tan grande como un palacio; estar, á pesar de sus años (frisaba ya en los sesenta), excesivamente pagada de su persona, cuyo tocado siempre cuidó con el esmero que pudiera hacerlo una impertinente jovenzuela; vestir con colores y adornos llamativos; hablar muy á menudo de las grandezas é historia de la noble estirpe de los Castromudarra, de la que ella descendía; y tener una desenfrenada pasión por el tresillo, en el que era maestra, según el parecer unánime de los cuatro ó cinco respetables señores que formaban su tertulia cotidiana.

Llegó á la ciudad un empleadillo, de nombre Pepe Cucalla, joven de veintiséis á veintiocho años, madrileño, charlatán y con no mucha vergüenza, de quien se contaba que había dejado su capital en la ruleta y lo mejor de su salud en los burdeles, viéndose, por fin, precisado á agarrarse á aquel destinejo para no perecer de hambre: entendía de cosas de espiritismo, á la sazón muy en boga, conversaba con los muertos y hacía bailar mesas y veladores, con otra porción de cosas extrañas y nunca vistas.

Una noche que se hablaba de esta su habilidad en la tertulia, vino doña Andrea en deseos de conocerle y de admirar los prodigiosos experimentos, por lo cual don Serapio, que era uno de los concurrentes, prometió presentarle en la casa, pues había hecho amistad con Cucalla en el casino y daba por sentado que no tendría ningún reparo en complacerla, como, en efecto, no lo tuvo en cuanto el servicial señor se lo propuso.

No cuentan las crónicas si los experimentos salieron bien ó mal; pero lo que sí consta de modo fehaciente es que Cucalla, desde la noche de su presentación, fué uno de los tertulianos más asiduos, y no había pasado un mes, cuando entre la gente amiga de fisgar vidas ajenas comenzó á susurrarse que

doña Andrea se casaba con Pepito. Si se ha de decir verdad, la viuda no dejó de admitir con visible complacencia las bromas que con tal motivo le dieron algunas personas de confianza; y el mozo, por su parte, tampoco ocultó que comenzaba á sentir alguna inclinación por doña Andrea, pareciendo que entrambos esforzábanse á porfía en demostrar á los demás, cual si quisieran curarse en salud, que el amor es afecto muy natural, aserto que se prueba con los ejemplos que á cada paso se están viendo de hombres y mujeres que se gustan mutuamente; mas, para seguir siendo verídicos, es preciso añadir que, ni ella pudo hacer creer á nadie que no le faltaba algún tornillo importante de los que aseguran el juicio en la cabeza, ni él que iba buscando otra cosa que el talego de las áureas peluconas. Y como lo que se ha de hacer es mejor hacerlo pronto, de allí á poco tiempo se leían las proclamas, dando con ello ocasión á infinidad de sabrosos comentarios y abundante comidilla á todas las conversaciones.

No hay que decir que las hijas llevaron muy á mal la resolución de su mamita, y que apelaron á todo género de argumentos para convencerla de lo descabellado del bodorrio; pero doña Andrea á todos ellos contestó diciendo que aquella era su inquebrantable voluntad, y que no desistiría del empeño, así se lo pidiesen frailes descalzos; y aun con peores modos y más destempladas cajas hubo de despachar á los yernos cuando le hablaron de las poco recomendables circunstancias que en el novio concurrían, pues suponiendo, á fuer de mujer sagaz, que, más bien que movidos por el interés hacia su persona, lo hacían por el temor del riesgo que pudiera correr la futura herencia de las mujeres, les dijo, altiva y enojada, que ella era mayor de edad y que excusasen consejos que no les había pedido, porque estaba resuelta á hacer lo que le viniera en gana. Ante tan áspera respuesta, y dando la batalla por perdida, salieron los hombres con las orejas gachas, pero jurando vengarse de la terrible suegra. Si fué ó no en vano el juramento, lo verá aquel que siga leyendo esta puntual y fidelísima narración.

Doña Andrea, á quien no se ocultaba la curiosidad que su nuevo matrimonio despertó en el pueblo, no quiso exponerse á la carrera de baquetas que tendría que aguantar en la calle el día de la boda al ir y venir de la iglesia; así es que solicitó y obtuvo, por mediación de un canónigo de la catedral (gran tresillista por cierto), permiso del señor obispo para desposarse en casa; y llegado que fué el momento de la ceremonia, que se celebró á las siete de la tarde, la gente tuvo que renunciar al regodeo que se había prometido, presenciando el paso del nupcial cortejo.

Pocos, muy pocos fueron los convidados: D. Serapio y su mujer, padrino y madrina, respectivamente; el canónigo de quien se ha hablado, que fué quien los casó, previa autorización del párroco, y otros dos ó tres contertulios, pues ni las hijas ni los yernos de doña Andrea asistieron al acto; y no tan sólo porque querían con su ausencia hacer pública demostración de su disgusto, sino también porque aquélla no se curó de invitarlos.

Triste y silenciosa fué la comida de la boda; y si bien no faltaron en ella

suculentos manjares y generosos vinos, echábase de menos la alegre expansión que es propia de tales casos, por más que la desposada apuró todos los recursos de su ingenio para animar la mesa: el novio callaba y comía poco; los padrinos estaban meditabundos, y hasta el mismo canónigo pensó más de una vez si habría cometido alguna mala acción de la que Dios pudiera pedirle estrecha cuenta.

Acabóse la comida, y á eso de las diez los invitados fueron uno tras otro despidiéndose de los novios.

El historiador de estos sucesos renuncia á describir la escena entre los dos después de que los dejaron solos, pues, aunque daría cualquier cosa de estima por poder hacerlo, sabe y confiesa que á su pluma pecadora no le fué concedido el arte que sería menester para decir con la elevación que la grandeza del asunto exige, cómo entrambos se quedaron mirándose de hito en hito, cómo la recién casada comenzó á bajar los ojos y á remilgarse con todo el recato de una pudorosa doncella, y cómo, en fin, Cucalla no sabía por dónde comenzar aquel negocio que ya se le iba antojando digna empresa de algún héroe de fama, ó, por lo menos, horrendo sacrificio de algún mártir. En esto estaban, cuando...

***

Dios de Israel, ¡qué era aquello! Sin duda, las huestes infernales habíanse congregado en la plazuela para celebrar un diabólico aquelarre. Latas, cencerros, sartenes, denodadamente golpeados; coberteras de hierro, tañidas á guisa de platillos; zumbas, silbatos, esquilas, carracones, matracas, calderas, almireces..., todo retumbando con desaforado y confuso estrépito, al que hacía contrapunto el son medroso de un cuerno, bastante por sí solo para infundir espanto en el hombre de más bizarro corazón; si á esto se añade la gritería de los músicos, que con mil especies de aullidos expresaban su contento; las risotadas de los vecinos que se asomaron á las ventanas, dispuestos á disfrutar un espectáculo que á las manos se les venía; el murmullo de la gente que llamada del ruido acudió á la plazuela, y la algarabía de los rapaces que en falanges numerosas por doquier verbenaban, se comprenderá que no hubo oído de tan duro natural que saliese con bien de aquel concierto. Buenas cencerradas se han dado en la ciudad, pero ni aun los más viejos recuerdan ninguna tan solemne como la que aquí se relata, pues es fama que al estruendo que produjo hubieron de despertarse muchas personas que dormían profundamente á más de un tiro de fusil del lugar en donde se armó la trapisonda.

—¡Lo esperaba!—exclamó doña Andrea, cuando la oyó estallar, saltando en el asiento.

—¿Qué es eso?... ¿Qué?...—dijo el novio asombrado.

—¡Mis yernos, Pepe, son mis yernos los autores de la gracia! ¡Como si lo viera!

—Pero, ¿qué dices?—preguntó Cucalla, cada vez con más azoramiento.

—¡Infames!—continuaba doña Andrea—. ¡Parece mentira! ¡Qué les impor-

ta á ellos que yo me case ó me deje de casar!... ¡Pero me la pagan, Pepe, me la pagan! ¡Yo te juro que me la pagan!

—¡Vamos... Andrea..., ten calma!

—¿Calma? ¡Cómo quieres que la tenga! ¡Si ya lo sabía yo! ¡Si me habían dicho, aunque no lo quise creer, que esos desalmados andaban hace una semana reclutando gente entre la canalla de la población para venir esta noche á dar el escándalo! ¡Y mira si era verdad!... ¡Espera, que yo les arreglaré!...

—¡Andrea..., qué vas á hacer!—dijo Cucalla viendo que su cónyuge iba muy decidida hacia el balcón.

—¡Déjame, Pepe, déjame!—repuso ella—. ¡Yo no puedo quedarme con esta corajina dentro del cuerpo! ¡Déjame, si no quieres que reviente ahora mismo!

Y sin que Pepe fuera bastante á impedirlo, abrió el balcón y comenzó á vomitar insultos sobre la turba callejera, la cual, así que la vió salir, calló de pronto, de tal suerte que no pareció sino que á todos se les había tragado la tierra.

—¡Pillos, canallas, indecentes, malos hijos, malos maridos!—decía doña Andrea—. ¡Si el alcalde tuviera vergüenza, que no la tiene, ya estaríais en la cárcel!

—¡Doña Andrea, por la Virgen Santísima, no nos riña usted!—exclamó uno con voz muy dolorosa, en la que la novia conoció al marido de la menor de sus hijas.

—¡Creeréis que no sé quiénes sois, infames! ¡Ya lo creo que lo sé, y lo voy á decir alto para que lo oigan los vecinos y vean que no son señores todos los que gastan levita!

—¡Doña Andrea!—dijo la misma voz de antes—, ¡que nos va usted á hacer llorar! ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Oir esto y comenzar toda aquella gente zumbona y maleante á hacer como que lloraba, atronando la plazuela con sus lamentaciones y gemidos, obra fué de un momento; y claro es que, con esta mofa, la desesperación de doña Andrea llegó á un punto que no se puede ponderar.

—¡Hambrientos!—continuaba—. ¡Venid, venid otra vez como acostumbráis á contarme las cuitas de vuestras casas, para que pague yo las trampas que tenéis!... ¡Coca os daré, villanos!

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!—seguían clamando en la calle.

—¡Si vosotros lo que tenéis es envidia, so indecentes! ¡Envidia, y nada más que envidia!—decía la pobre señora ya casi sin resuello.

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!

—¿Queríais heredarme, eh? ¡Para vosotros estaba! ¡El que lo quiera que lo gane; y si no, que vaya á robar al monte de Torozos! ¡Ladrones, más que ladrones, ladronazos!

—¡Por Dios, doña Andrea! ¡No nos riña usted más!—gritaban abajo.

No era posible habérselas con los de la horda, pues aunque la recién casada fuese de lengua expedita y de inagotable facundia para el dicterio, al fin, al fin, eran muchos contra ella, y tuvo que retirarse del balcón. Entonces se oyó

el siguiente diálogo, mantenido en la plazuela á grandes voces, y en cuyos interlocutores no hubiera sido difícil reconocer á los implacables yernos:

—¡Cucalla!

—¡Qué!

—¿Te casaste?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con doña Andrea.

—¡¡Arrea!!

Palabra que pareció la orden de ataque para proseguir la cencerrada, que volvió á sonar con más denuedo que al principio.

—¡Esto no se puede aguantar! ¡Aquí no hay autoridades!—decía Cucalla, midiendo la habitación á grandes pasos.

—¿Autoridades?—contestó doña Andrea—. ¡Yo he visto un alguacil con un cencerro, y juraría que el alcalde está con ellos y que es el del cuerno! ¡Mira, Pepe, no eres hombre si no los matas á todos!

—¡Que se asome Cucalla!—gritaron en la plazuela.

—¡Que se a-soome!

—¡Que se a-soome!—repetían todos, marcando un ritmo salvaje con los atronadores instrumentos.

Cucalla *no tuvo á bien* asomarse; pero, en cambio, su esposa, abriendo una ventana que á la alcoba conyugal correspondía, apareció otra vez ante la muchedumbre.

—¡Viles, plebeyos, muertos de hambre!—exclamaba—. ¿Queréis los dulces de la boda? ¡Pues ahí van!

Y diciendo y haciendo, lanzó sobre los músicos cierta pieza de cerámica (herencia de sus mayores) que se hizo mil pedazos al chocar contra las piedras de la calle, terminando de tan trágica suerte la ya dilatada historia de sus modestos servicios.

—¡Pues allá va el regalo!—le contestaron, al mismo tiempo que arrojaban contra la puerta de la casa el contenido de una enorme cesta llena de mondaduras de rastro, en tan abundante cantidad, que cubrieron totalmente las losas de la acera.

No hay palabras para describir, siquiera con alguna propiedad, el efecto que produjo en la irascible novia la nueva burla que acababan de hacerle en sus narices, burla que fué acogida con estruendosa y horrísona algazara: lívida, descompuesta, echando fuego por los ojos, retrocedió de la ventana algunos pasos, y diciendo: «¡Aire..., aire..., que me ahogo!», cayó privada del sentido.

Cucalla, que acudió en su socorro, comenzó á desceñirla para librar al pecho de la opresión del corsé, de cuyos senos salieron dos almohadillas de trapo, que, si ocultas hacían ilusión, rellenando los espacios que la vejez hubo de dejar vacíos, causaban, descubiertas, amargo desencanto en el esposo, quien, parándose á mirar la cara de su cónyuge, fué presa de un terrible susto por

parecerle que los dientes se le salían de la boca, como así era la verdad, pues al desmayarse y dar de bruces contra el suelo, desquicióse con el golpe su postiza dentadura, y la tenía entre los labios como mordaza; advirtió, además, que el sudor que copiosamente le corría por frente y mejillas, arrastraba en su carrera los polvos de arroz y el colorete, é iba dejando en su faz unos á manera de surcos de muy peregrina apariencia; y para consuelo de sus cuitas, vió con pasmo extraordinario que, al querer incorporarla, se le quedaba enredado en los botones de la manga gran parte del moño de la infeliz señora, el cual puso á la vergüenza la más gallarda calva que jamás tuvieron que tapar los peluqueros. El pobre Cucalla, no sabiendo qué hacer con semejante estantigua, que se desmoronaba entre sus manos como figura de alcorza, ó acaso por temor de que acabase de descuajaringarse, juzgó lo más conveniente no moverla del sitio en que yacía, y, abatido por tantas emociones, se desplomó en un sillón.

—¡Me cae bien!—decía el sinventura, aporreándose el cráneo con los puños.

—¡Que se asome Cucalla!—vociferaban los de la calle.

—¡Que se a-soo-me!

—¡Que se a-soo-me!

En tanto, la cencerrada seguía redoblando estrepitosa, sañuda, imponente, cual si los que la daban estuvieran dispuestos á no concluir en toda aquella noche, de negra y triste recordación para los novios, pero la más regocijada de cuantas se hace memoria en las crónicas de la ciudad vetusta.

Julio Puyol y Alonso.

# LA FUENTE DE LAS LÁGRIMAS [1]

(Camoens: «Os Lusiadas», canto III.)

Ceñido por el lauro de la gloria,
tornó Alfonso á su reino lusitano
para gozar en paz de la victoria
lograda sobre el fiero mahometano.
Y ahora viene un recuerdo á mi memoria
que ablanda el corazón más inhumano;
visión de una mujer, pálida y yerta,
que tan sólo reinó después de muerta.

Gozabas, bella Inés, dulce sosiego,
felices deslizándose tus años,
en la risueña orilla del Mondego,
testigo de tu bien y de tus daños.
El alma presa en amoroso fuego
y aun libre de temores y de engaños,
á tu alrededor el mundo sonreía
y era todo ilusión, paz y alegría.

Dichosa en tus estrechos horizontes,
el nombre de tu príncipe querido
aprendieron de ti valles y montes
y por los ecos era repetido.
Mas ¡ay, mísera Inés!, fuerza es que afrontes
el rigor de un monarca mal sufrido,
que amabas con pasión, y al Cielo plugo
que para ti el amor fuese un verdugo.

Pedro, que á su cariño corresponde,
de otras altas princesas huye esquivo
para correr, apasionado, donde
su amante corazón tiene cautivo.
Como el avaro su tesoro esconde,
de Inés guarda el recuerdo siempre vivo,
y el padre, que percibe ya la queja
de los nobles, en vano le aconseja.

---

(1) Visitando este verano, en Coimbra, *La Quinta de las Lágrimas*, no pude resistir la tentación de traducir las bellas estrofas que Camoens dedica en su poema á los tristes amores de Doña Inés de Castro y el príncipe D. Pedro. Y como no quiero que mis yerros puedan ser atribuídos al gran poeta, debo advertir que, más que una traducción, hice un libre arreglo de aquellas estrofas. Algunas he suprimido, otras son nuevas por completo, y en casi todas ellas hay grandes variaciones respecto al original.

Matar á Inés entonces determina,
creyendo así matar amor tan fuerte,
y su excelsa memoria peregrina
empañada quedó con esa muerte.
¿Quién no execra sentencia tan mezquina?
¿Cómo la espada, que con tanta suerte
deshizo al moro, se esgrimió traidora
contra débil mujer que, inerme, llora?

La busca en su retiro el viejo Rey,
y, en aquel mismo sitio donde antes
ha sido tan feliz, su dura ley
le dicta con palabras vacilantes.
A no escuchar la cortesana grey,
piedad tuviera, al fin, de los amantes,
pues corazón tan alto y tan benigno
era incapaz de un sentimiento indigno.

Alzando Inés al cristalino cielo
los ojos, empañados por el llanto,
le aterra, mucho más que el propio duelo,
la orfandad de sus hijos que ama tanto.
También le causa grave desconsuelo
pensar de Pedro en el mortal quebranto,
y á los pies del abuelo arrodillada
de este modo se expresa la cuitada:

«Ya que hasta el bruto su furor quebranta
ante el gemir de abandonado niño,
pues á Remo y á Rómulo amamanta
una fiera, y los trata con cariño;
tú, que eres hombre, ¿cómo no te espanta
la orfandad de estos ángeles que ciño
con mis brazos, tiernísimas criaturas
que de tu mismo Pedro son hechuras?

»¿Por qué de mi desgracia no te apenas
tú, que tantas virtudes atesoras?
Si porque adoro á Pedro me condenas,
piensa, Señor, que tú también le adoras.
Piensa que, al quebrantar estas cadenas
que nos ataron en felices horas,
no es á mí solamente á quien maltratas,
pues á él también la dicha le arrebatas.

»Tú, que del moro humillas la insolencia
y muerte sabes dar con duro hierro,
sabe también dar vida, ten clemencia
de una madre infeliz que no hizo yerro.
Y si no te conmueve mi inocencia,
ponme en perpetuo y miserable encierro,
lejos de Pedro y de la patria mía,
donde no tenga bien ni alumbre el día.

»Ó ponme entre feroces animales,
porque, más que tus rígidos sicarios,
segura estoy que tigres y chacales
se mostrarán conmigo humanitarios.
Allí, escondida, lloraré mis males,
y dulces me serán esos calvarios
pensando siempre en Pedro, y, con prolijos
cuidados, educando á nuestros hijos.»

Enternecido el Rey, la perdonara
si á ello no se opusieran los magnates;
pero, indeciso, al fin la desampara,
dejándola á merced de sus embates.
Ya el hierro se desnuda y se prepara
cual si fuese á reñir duros combates...
¿Con sangre de una dama, ¡oh caballeros!,
vais á manchar los ínclitos aceros?

Sobre aquel puro cuello de alabastro
que Pedro tantas veces oprimiera,
hieren sin miedo, y Doña Inés de Castro
rueda á los golpes de su saña fiera.
Surca la sangre con purpúreo rastro
el pintado tapiz de la pradera,
y, tiñendo las flores, sus corolas
convierte en encendidas amapolas.

Bien pudieras, ¡oh sol!, cegar tu lumbre
para no ver su mísera agonía,
en la cual, con inmensa pesadumbre,
Inés un nombre solo repetía.
Aquel nombre voló de cumbre en cumbre
hasta que ya su boca estuvo fría,
y, aun después de su muerte, el verde prado
llamó por largo tiempo al ser amado.

Cual fresca flor que arranca mano dura
y antes de tiempo mustia se deshoja,
yace en el suelo la infeliz criatura,
manchada á trechos por la sangre roja.
Su peregrina cara, antes tan pura,
aún revela el espanto y la congoja,
y, perdido el carmín que hubo en sus venas,
las rosas se han trocado en azucenas.

Las hijas del Mondego fin tan triste
por largo tiempo sin cesar lloraron,
y cristalina fuente, que aún existe,
con sus copiosas lágrimas formaron.
Los años, cuya acción nada resiste,
piadosos, esa fuente respetaron,
recordando, tal vez, que aguas y flores
se han formado con lágrimas y amores.

***Cándido Ruiz Martínez.***

Coimbra, Agosto de 1907.

# LOS VIOLONES DEL REY

(De Eugène Morand.)

CANCIÓN DE GUERRA

*Eran siete los violones,*
*los violones del seor Rey.*

I

El más viejo de los siete
aun no cumplió veinte años;
el más joven, con los quince
frisa altanero y gallardo.
De fustán son sus vestidos,
y sobre el fustán, brillando,
se destacan los galones
de plata de su bordado.
Los siete van á la guerra
sin saber por qué ni cuándo;
dragones y mosqueteros
han de marcarles el paso;
van á la guerra los siete
porque place al soberano.

II

En noche hermosa de luna,
que rutila en cielo diáfano,
por llanuras y montañas
los siete van caminando;
van á Pamplona, que debe
ser tomada por asalto.
Ante ella están, y el Rey dice:
—Parad; tranquilos durmamos;
mañana, al claror del alba,
no daréis paz á los arcos,
que, al són de nuestros violones,
Pamplona habremos ganado.

III

Ya el alba enciende sus luces
sobre los bosques lejanos;
se oye el toque de dïana,
y en su puesto están los bravos.
Se arrastra vibrante y ronco
sobre las cuerdas el arco,
y entre las cuerdas estalla
fiera una marcha de antaño.
¡Zon! Dispónense á la lucha:
delante se colocaron
los violones; la metralla
barrió á uno de ellos en rápido
torbellino, como indómito
descuaja el ciclón un álamo.

IV

¡Zon-zon!, los arcos repiten.
Quedan seis. Los seis impávidos,
bajo una lluvia de bombas,
ante un fuego graneado,
dan en sus roncos sonidos
las notas de su entusiasmo.
¡Zon!, en la ráfaga vibran;
¡zon-zon!, siguen resonando;
¡zon-zon!, traicionera bala
marca otra baja en el cuadro.

V

Aun hay cinco. Los violones
yérguense altivos tocando,
y, á cada toque, las cuerdas
más vigor toman del brazo.
En el fragor del combate
imitan ellos al pájaro:
dan al viento embravecido
sus bellos aires de antaño.
¡Uno más! En su cabeza
un proyectil hizo blanco.

## VI

Cuatro son ya, cuatro sólo.
¡Zon-zon!, se oye en el espacio;
las balas silbando cruzan
sobre sus bustos gallardos,
y levantan un enjambre
de zánganos irritados.
Ningún corazón vacila,
ningún dedo sobre el arco
tiembla... ¡Zon! ¡Una granada!
Callóse uno de los cuatro.

## VII

¡Ya tres! No más. Se afianzan
á los bordones las manos;
de sus acordes la Muerte
lleva el aire acompasado,
y á la presión de los dedos
el arco rompe su canto.
Apuntó bien la bombarda,
que á otro en el surco ha lanzado.
Diez y seis años tenía.
La Inexorable sus párpados
cierra con caricia helada.
Mas ¡quedan dos en el campo!

## VIII

¡Zon-zon! Las tirantes crines
musitan sonidos blandos
en la prima, y es su música
como eco suave y alado.
Uno enmudece; otro vibra
solo su cantar enfático.
Con su segur, las mejores
cuerdas la Muerte ha cortado.
Tiñéronse con su sangre
rojos los capullos blancos.

## IX

¡Zon-zon! El último avanza
con la sonrisa en los labios;
está solo; toca y toca...
y besa el polvo su cráneo.
Cubrid con el estandarte
su cuerpo rígido y pálido,
que entre sus dedos de nieve
súbito expiró su canto.
Mas, pardiez, que ya Pamplona
fué tomada por asalto.
Vibren ya en el Paraíso
los violones cortesanos.

*Eran siete los violones,*
*los violones del seor Rey...*

Por la versión castellana,
***Rodolfo Gil.***

# Información ibero-americana

## España

### Notas financieras

#### LOS VALORES ESPAÑOLES EN 1907

¿Cómo empezar en los comienzos del año sino haciendo una síntesis financiera de 1907, y deduciendo de ella nuestras orientaciones y consejos para 1908? El resumen del movimiento que en el año anterior han experimentado los principales valores nacionales, nos dará la situación actual de nuestra industria y, en general, de los demás negocios que afectan al crédito del Estado ó á la marcha financiera de España. Ahorremos, pues, los preámbulos y vayamos por partes:

**Valores del Estado**

La tendencia al alza de los valores del Estado, asegurada por la gran confianza en la prosperidad del país y por la corriente del dinero, escarmentado en los fracasos industriales, hacia los fondos públicos, sólo ha sido risueño horizonte á causa de la expectativa que movieron las aventuras financieras del ministro de Hacienda: 1907 significa, pues, para los valores públicos, no un avance, sino un alto, aun cuando éste sea en día despejado y luminoso.

*El 4 por 100 Interior* comenzó el año á 82,10; sin decaer nunca de este tipo, llegó hasta 84,70, y acabó á 84,35. *Alza:* 2,25 enteros.

*El Amortizable 5 por 100* abrió el año á 100,30, fué su tipo más alto 102,5, y ha venido á cerrar á 100,90. *Alza:* 60 céntimos.

*El 4 por 100 Exterior oro,* más estimado, pero sujeto á mayores oscilaciones por las especulaciones de que es objeto en la Bolsa de París, abrió á 94, osciló de 95,80 á 90,60; y cerró á 94,55. *Alza:* 55 céntimos.

**Cambios**

Nuestros cambios sobre el extranjero han sufrido en 1907 un lamentable retroceso, debido sólo á la falta de medidas adoptadas contra las especulaciones bursátiles.

Los *francos,* que abrieron el año á 108,55, y que descendieron todavía á 107,80, remóntanse hasta 115, cerrando el año á 113,20. *Baja* de la peseta: 5,40 enteros.

La *libra esterlina* abre á 27,40, baja hasta 27,19, sube hasta 28,93, y cierra á 28,47. *Baja* de la peseta: 1,28.

## Valores municipales

En general, pueden decirse mejorados. Encargado el Banco de España del servicio de las deudas del Ayuntamiento de Madrid, y el Banco Hispano-Colonial de la unificación de las deudas municipales de Barcelona, esta mayor garantía en su formalidad ha elevado considerablemente estos valores; alza que también se advierte muy pronunciada en las obligaciones de Bilbao, deuda municipal de Oviedo, Valladolid y Valencia.

Mantiénense á la par las deudas de Gijón, Santander y Vitoria. Las de Pamplona pierden un entero.

Las de Zaragoza quedan á 89, tras de algunas alternativas.

## Diputaciones provinciales

La marcha de estos valores va unida á la de los municipales, acusando resultados paralelos.

La Diputación de Madrid cierra á 102,25, con un alza en el año de 5 $^1/_2$ enteros; la de Zaragoza, á 88, con un alza de 2 enteros; la de Santander, á 101, con un alza de 19,25 enteros; la de Navarra, á 103, con un alza de 2 enteros; la de Barcelona fija su cambio á 102; únicamente retroceden: un entero la de Vizcaya; 3 la de Valencia, pero siempre sobre la par; 4 la de Valladolid, y uno la serie A de las de Vitoria.

## Negocios bancarios

Ofrecen una brillante campaña, á juzgar por la cotización de sus acciones.

El Banco de España abrió á 445, y, bajando luego hasta 432, cierra á 463. *Alza:* 31 enteros.

El Banco Hipotecario cierra á 226, con *alza* de 14 enteros.

El Banco Hispano-Americano, de gran porvenir, debido á una inteligente dirección y á excelente plan de vida, alcanza para sus acciones una cotización que no baja de 150, y que logrará todavía cursos mucho mejores.

El Banco Español del Río de la Plata, que también disfruta de grandes simpatías y numerosa clientela, cotiza ya sus acciones á 395 contado, y 402 fin próximo.

El Crédit Lyonnais, á pesar de la competencia que los procedimientos bancarios modernos pueden hacer á la banca antigua, lucha briosamente por sostener el movimiento adquirido, y lucha, en verdad, con gran ventaja en el mercado español respecto á los demás Bancos, por estar exento del impuesto de utilidades, en virtud de no repartir dividendos en el país.

El Banco Español de Crédito cierra á 109, después de haber cursado á 112,75; pero esta baja no guarda conformidad con su dividendo ni con la buena marcha de sus negocios.

Los Bancos libres de Madrid ofrecen muy buen aspecto, singularmente el de Castilla, á cuyo cambio de orientación y dirección ha respondido un alza de 22 enteros para sus acciones.

El Banco Franco-Español, admitidas ya sus acciones á la contratación ofi-

cial, no ha registrado todavía para ellas cotización alguna. Dedícase á entrenar negocios industriales, y aun cuando hasta hoy no ha realizado otro que el de las minas de Nerva, acaba de repartir un importante dividendo. Prepara dos nuevas empresas: el *trust* vidriero y el ferrocarril de la Mancha. El porvenir de este Banco dependerá del desarrollo que tengan sus negocios; pero mucho puede ya esperarse de su dirección inteligente y acertada.

El Banco Hispano-Colonial de Barcelona hállase también á la expectativa de ulteriores avances. Marcan retroceso: el Banco de Préstamos, el de Reus, el Crédito Agrícola Catalán y el Crédito Mercantil. De los Bancos de Cataluña, el mismo de Barcelona baja tres enteros; en cambio, mejoran los de Villanueva, Tortosa, Crédito y Docks y la Catalana General de Crédito.

El Banco de Crédito de Zaragoza pierde 16 enteros; pero su solidez es indudable, y de ello dará elocuente prueba. El Banco Castellano es el que mayor baja sufre, cerrando á 56.

Entre los Bancos del norte y noroeste destaca el de Bilbao, cerrando á 303, con un alza en el año de 19 enteros; el Crédito de la Unión Minera experimenta un alza de 60 enteros; de 25 el de Santander; de 46 el Mercantil de Santander; de 45 el Crédito Navarro; de 19 el Guipuzcoano; de 5 el de Vitoria; de 4 el de Gijón, y de un entero el de Burgos. Los de Asturias, Vizcaya y Vigo permanecen estacionados.

De los Bancos de levante, el de Cartagena mejora 7 enteros; el de Valencia pierde hasta cotizarse á 36 por 100.

## Ferrocarriles

Experimentan algún leve aumento en la cotización de sus valores, excepto los Andaluces y Sur de España.

## Tranvías

Sin alteración apenas, fuera de algún alza, como el de Barcelona á Sans, ó baja importante, como los de Valencia. Son valores que no alcanzan gran acogida en nuestro país, porque las Compañías más importantes son extranjeras.

## Gas y electricidad

Las Empresas de alumbrado por gas venían atravesando muy dura crisis, por obra del desarrollo del alumbrado eléctrico; no obstante, las grandes ventajas ofrecidas y la buena propaganda en poco tiempo hecha, merced á las activas gestiones de la casa Aüer, explotadora del mechero de su nombre, y de otra parte, la pésima constitución de las Empresas de electricidad, en su mayoría especuladoras con exceso, han mejorado notablemente el negocio á favor de las Empresas de gas.

## Minas

Los valores mineros no ofrecen oscilaciones visibles que requieran especial comentario.

## Siderúrgicos y metalúrgicos

La reciente constitución de la Central Siderúrgica favoreció tanto á los Altos Hornos de Vizcaya, que sus acciones cierran á 262. Por el contrario, la Duro-Felguera experimenta una baja de 10 enteros.

La Sociedad de Construcciones Metálicas pierde 11 enteros.

La Maquinista Terrestre, de Barcelona, logra un alza de 8 enteros, y 2 Nueva Montaña.

Los demás valores de esta especie no ofrecen novedad.

## Empresas navieras

En general, parece vislumbrarse alguna mejora para las Compañías de navegación, á compás del progreso de las fuentes de riqueza del país; pero no todo lo que fuera de desear.

## Monopolios del Estado

Las acciones de la Compañía Arrendataria de Tabacos abrieron á 400, llegaron á perder 11 enteros, y han cerrado á 412.

Las de la Unión Española de Explosivos han experimentado un alza muy importante por obra de su división en 5 títulos de 100 pesetas, lo cual facilita el empleo del pequeño ahorro. Á principios de año estaban á 282; á fines han cerrado á 321,50. *Alza:* 39,50 enteros.

El monopolio de las cerillas caduca dentro de quince días; por tanto, se encuentra en período de transición.

## Compañías de seguros

Han sido las verdaderas víctimas del 1907. Bastantes las desaparecidas ya, y no pocas las que morirán en plazo no lejano, débese esta crisis á la nueva ley para regular la constitución de esta clase de Sociedades, y para la inspección de su funcionamiento. Las Empresas de buena fe están, en cambio, de enhorabuena.

## Azucareras

Es de gran consideración la mejora alcanzada por los valores de la Sociedad General Azucarera, en inteligencia ya con las Sociedades libres, excepto las andaluzas.

Las acciones preferentes, que abrieron el año á 67,50, lo cierran á 103,25, con un alza de 35,75 enteros; las ordinarias ganan también 9 enteros, cerrando á 46,50; y las cédulas beneficiarias 27,50, cerrando á 97,50.

## Otros valores

He aquí los resultados obtenidos en 1907 por la gestión de otras importantes Compañías:

*Baja.*—La Unión Resinera Española, 22 enteros; la Vinícola del Norte de

España, 4 enteros; la Unión Salinera Española, 13; el Depósito flotante de carbones de Barcelona, 11; la Algodonera de Gijón, 2; la de Aceites Vegetales, 6; la fábrica de cervezas El Aguila, 10; el Sindicato del Musel, 11; la Papelera Española (obligaciones), 4; y la Compañía de Tabacos de Filipinas, 3.

*Alza.*—La Papelera Española (acciones), 3 enteros; la Sociedad General de Teléfonos de Barcelona, 1; la Papelera de Navarra, 1; y la Manufacturera de Algodón, de Reus, 2.

Los valores de la Madrileña de Panificación permanecen estancados á 50 por 100.

**Conclusión**

En general, ha sido, pues, el 1907 año de bonanza para la mayor parte de los valores, sin otros retrocesos que los debidos á la profunda crisis monetaria exterior y á la mejoración del servicio impuesta por imperio de la ley, lo cual, al fin y al cabo, no significa otra cosa que la preparación del progreso.

## ORIENTACIONES PARA 1908

Las consecuencias que pueden sacarse de los datos apuntados no pueden ser más favorables á nuestros rentistas, con mayor razón si se tiene en cuenta la baja universal de casi todos los valores extranjeros.

Alguna ventaja había de reportarnos el aislamiento en que vivimos con relación á la marcha económica y financiera del mundo; pero es lo cierto que aun cuando esa ventaja sufra el contrapeso de inconvenientes infinitos, nuestros valores han sido en 1907 los únicos privilegiados.

Las crisis de los Estados Unidos y de Alemania han repercutido notoriamente hasta en el Consolidado inglés, que, aunque se tuvo siempre por el prototipo de la firmeza, ha bajado 4 $^1/_2$ enteros. Todos los demás de primera línea, excepto la renta francesa, que también ha vacilado, esto es, el belga, el holandés y el suizo, el argentino, el brasileño y el uruguayo, etc., han sufrido considerable baja.

Ahora bien: ¿debemos fiarnos de que en el porvenir suceda lo propio? Todo lo contrario. Hay que estar prevenidos contra los efectos de dos hechos capitales que seguramente se dejarán sentir entre nosotros: primero, la crisis de Alemania; segundo, la cuestión de Marruecos.

Ya se ha podido apreciar recientemente, con ocasión del viaje á España del ministro francés de Negocios extranjeros. Aun con tan pocas consecuencias, puede ser fundamento de legítima alarma, toda vez que somos un país pobre, un país débil, en el que el desequilibrio más insignificante sería siempre funesto, por la falta de fuerzas y de bríos propios para una reacción eficaz y pronta.

Y en prueba de que no dejará de haber resquicio alguno por donde, á

pesar de nuestro aislamiento, repercutan las borrascas de fuera en la economía interna española, podemos también aducir la actual crisis de Bilbao, efecto de la paralización de los minerales, y la suspensión del dividendo de las Resineras, valores que fueron siempre de los más firmes.

Se impone, pues, un vibrante «alerta» ante las eventualidades futuras, situación que nos inclina á aconsejar á los rentistas la elección de los valores más exclusivamente españoles, es decir, más apartados de las corrientes extrañas, tales como las cédulas del Banco Hipotecario, el Interior y el Amortizable.

Más provechoso, sin duda alguna, sería, no sólo para el contratista, sino para la nación entera, el empleo de los capitales en la industria, cuyas Empresas pueden contribuir como nada á la prosperidad y á la riqueza; pero es lo cierto que nuestros Gobiernos, lejos de ayudar á este útil movimiento, lo entorpecen y anulan con insensatos gravámenes y recargos y dificultades de varia índole.

Ésta es la razón de la prosperidad de nuestras Sociedades bancarias, en cuyos valores han encontrado nuestros rentistas ganancias atrayentes, debidas no poco á la gran concurrencia de los capitales por carencia de mejor empleo. La especulación alcista á que aquéllas se dedican generalmente, á fin de sacar utilidad á los capitales que se les confían, suele, no obstante, tener sus quiebras, que no debemos dejar de prever y prevenir.

En tal sentido, repetimos que nuestro 4 por 100 Interior y nuestro Amortizable, los cuales ningún temor pueden inspirar por el momento, son los valores más firmes y seguros para los que, sin grandes aspiraciones ni codicias, pero también sin intranquilidades ni sustos, apetezcan la conservación de sus rentas.

## LOS NUEVOS TRIBUTOS

El ministro de Hacienda, que en 1905 desgravó los trigos y las harinas, llevado hoy del propósito de salvar en lo posible nuestra crisis vinícola, ha continuado su obra con la desgravación de los vinos.

Pero la supresión de este impuesto, que, naturalmente, ocasiona una merma en los ingresos del Tesoro, necesitaba una compensación, mediante ciertas reformas tributarias, modificaciones que han recaído sobre *el impuesto de utilidades, la contribución industrial, el impuesto de transportes* y *las cédulas personales.*

Veamos en qué forma:

### El impuesto de utilidades

Se eleva en un 2 por 100, ó sea de 3 á 5 por 100, el gravamen de los intereses de cédulas y préstamos hipotecarios, y el de los intereses de préstamos sin hipoteca consignados en escritura pública ó documento privado.

Quedan exceptuados de este recargo aquellos préstamos cuyo capital está representado por títulos al portador.

Las Sociedades anónimas y comanditarias por acciones que se dedican á uno ó varios ramos de fabricación, tributarán con arreglo á las utilidades que obtengan.

Y el importe de la contribución que se liquide por los conceptos comprendidos en los epígrafes segundo, tercero y cuarto de la tarifa segunda, y en cualquiera de los epígrafes y sus apartados de la tarifa tercera, queda recargado con 10 centésimas para el Tesoro. Este recargo comprende los dividendos de las acciones de los Bancos y Sociedades de todas clases, incluso las de ferrocarriles y tranvías; las utilidades de dichos Bancos y Sociedades, comprendiendo á las de seguros, y los intereses de los empréstitos, títulos y obligaciones de las Empresas y Corporaciones locales de toda clase.

## La contribución industrial

Se ha modificado con aumento en cinco centésimas para las cuotas fijadas á los profesionales del orden civil y judicial, ó sea á los escribanos, relatores, jueces municipales y secretarios, notarios, procuradores y tasadores de pleitos.

Las Sociedades anónimas y comanditarias, que dejan de tributar por la tarifa tercera, pasan á hacerlo por la de utilidades.

Además, los Ayuntamientos de las capitales pueden elevar sobre las cuotas de industrial del 16 al 40 por 100 el recargo municipal.

Igualmente, los Ayuntamientos de dichas capitales están autorizados para imponer el recargo de dos décimas sobre el impuesto que grava el consumo de gas y de electricidad.

Del mismo modo, puede establecerse un recargo hasta de 100 por 100 sobre los vinos espumosos, generosos y mistelas, y los demás vinos que excedan de 16°.

Sobre los aguardientes y licores pueden también los Ayuntamientos elevar el recargo en tres décimas, y en la cerveza hasta el 150 por 100.

## El impuesto de derechos reales

Los tipos para la exacción del impuesto de derechos reales y transmisión de bienes sobre las herencias entre colaterales de los grados cuarto al sexto, y entre extraños, se elevan en la siguiente forma:

Entre colaterales del cuarto grado, 10,50 por 100 (pagan 8,40).

Entre colaterales del quinto grado, 12,50 por 100 (pagan 9,80).

Entre colaterales del sexto grado, 14 por 100 (pagan 11,20).

Entre colaterales de grados más distantes del sexto, y entre extraños (pagan 12,60, cualquiera que sea la cuantía hereditaria, y satisfarán en lo sucesivo):

Hasta 10.000 pesetas de participación hereditaria, 16 por 100.

De 10.001 á 50.000, 17 por 100.

De 50.001 á 100.000 pesetas, 18 por 100.
De 100.001 á 250.000, 19 por 100.
De 250.001 en adelante, 20 por 100.

## El impuesto de transportes

Grava el precio de los billetes ó de los asientos de los viajeros en cualquier medio de locomoción terrestre ó fluvial, elevándose del 20 al 25 por 100.

Se calcula que ese sencillo aumento producirá al Tesoro unos 10 millones de pesetas.

## Las cédulas personales

Su recargo se eleva, refundiendo las cuotas del Tesoro, en tres décimas sobre el valor de las cédulas. Á saber:

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Sobre la cédula especial, un aumento de | | | 108 | pesetas. |
| Sobre la de | 1.ª clase | — | 54 | — |
| — | 2.ª — | — | 40,50 | — |
| — | 3.ª — | — | 27 | — |
| — | 4.ª — | — | 13,50 | — |
| — | 5.ª — | — | 10,80 | — |
| — | 6.ª — | — | 8,10 | — |
| — | 7.ª — | — | 5,40 | — |
| — | 8.ª — | — | 2,70 | — |
| — | 9.ª — | — | 1,35 | — |
| — | 10.ª — | — | 0,54 | — |
| — | 11.ª — | — | 0,28 | — |

Este impuesto pasa á ser cobrado íntegramente por los Ayuntamientos de las capitales de provincia, de las poblaciones mayores de 30.000 habitantes, y de los puertos de Cartagena, Gijón y Vigo.

Sobre su total importe, *todos los Ayuntamientos podrán establecer el recargo del 50 por 100.*

# BOLSAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

## Últimas cotizaciones de Diciembre de 1907 y Enero de 1908.

| PLAZAS | COTIZACIÓN Última Dicbre. | Última Enero. |
|---|---|---|
| MADRID | | |
| **FONDOS PÚBLICOS** | | |
| 4 % INTERIOR | | |
| Serie F, de 50.000 ptas. nom... | 82 60 | 82 20 |
| Serie E, de 25.000..... | 82 69 | 82 25 |
| Serie D, de 12.500..... | 83 00 | 82 90 |
| Serie C, de 5.000..... | 84 30 | 84 10 |
| Serie B, de 2.500..... | 84 35 | 84 15 |
| Serie A, de 500..... | 84 30 | 84 15 |
| Serie G-H, de 100 y 200..... | » | 84 15 |
| En diferentes series..... | 84 35 | 84 15 |
| Fin de mes..... | 82 65 | 82 25 |
| Fin próximo..... | 82 95 | 82 45 |
| 5 % AMORTIZABLE: TÍTULOS | | |
| Serie F, de 50.000 ptas. nom... | 100 85 | 101 70 |
| Serie E, de 25.000..... | 100 85 | 101 75 |
| Serie D, de 12.000..... | 100 85 | 101 55 |
| Serie C, de 5.000..... | 100 95 | 101 80 |
| Serie B, de 2.500..... | 100 95 | 101 65 |
| Serie A, de 500..... | 100 95 | 101 75 |

| PLAZAS | COTIZACIÓN Última Dicbre. | Última Enero. |
|---|---|---|
| Azucarera General, preferentes | 103 25 | 103 75 |
| Idem, ordinarias..... | 46 50 | 44 50 |
| Cédulas beneficiarias al portador..... | 97 50 | » |
| Construcciones Metálicas..... | » | » |
| Altos Hornos de Vizcaya..... | » | 265 00 |
| Duro-Felguera..... | 39 00 | 40 00 |
| Hidráulica de Santillana..... | » | 79 50 |
| Sociedad Editorial de España.. | » | 105 00 |
| OBLIGACIONES | | |
| Banco Hipotecario, cédulas 4 por 100..... | 101 25 | 102 05 |
| Electricista Chamberí 5 %..... | » | 97 00 |
| Mediodía..... | 99 00 | » |
| Sevillana de Electricidad 5 %. | » | » |
| Madrileña de Electricidad..... | » | 97 00 |
| Norte de España 4 % (nuevas). | 99 50 | 97 25 |
| Madrid-Zaragoza-Alicante 3 %. | » | 91 70 |
| Valladolid-Ariza 5 %, serie A.. | 105 49 | » |
| Serie C, 4 %..... | » | 96 65 |
| Oeste de España 4 por 100..... | » | » |
| Azucarera General de Espa- | | |

| PLAZAS | COTIZACIÓN Última Dicbre. | Última Enero. |
|---|---|---|
| Auroras..... | 54 00 | 53 35 |
| Banco de Gijón..... | 164 00 | 164 00 |
| Banco Guipuzcoano..... | 199 50 | 199 50 |
| Papeleras..... | 36 00 | 40 00 |
| Hidroeléctrica..... | 106 00 | 105 00 |
| Calas..... | 100 00 | 104 00 |
| Obligaciones del Norte..... | » | » |
| **EXTRANJERO** | | |
| PARÍS | | |
| 4 por 100 Exterior..... | 94 55 | 95 00 |
| 3 por 100 Francés..... | 95 75 | 96 32 |
| 4 por 100 Ruso..... | 80 40 | 82 50 |
| 5 por 100 Ruso..... | 94 55 | 97 00 |
| 4 por 100 Turco..... | 95 00 | 96 65 |
| 4 por 100 Brasileño..... | 83 40 | 85 00 |
| 4 por 100 Argentino..... | 90 80 | 91 20 |
| Ferrocarriles Nortes..... | 280 00 | 280 00 |
| Idem Alicantes..... | 381 00 | 380 00 |
| Río Tinto ... ... | 698 | 1 689 |

| | | |
|---|---|---|
| Serie A, de 500 pesetas | » | 100 30 |
| Serie B, de 5.000 | » | 100 30 |
| Sisas Ayuntamiento de Madrid. | » | » |
| Obligaciones de ídem de 250 pesetas | » | » |
| Idem íd. de Erlanger y C.ª | » | 67 00 |
| Idem Municipales por Resultas 4 por 100 de 500 pesetas | 85 00 | 85 50 |
| Idem del Ayuntamiento de Madrid para pago de expropiaciones en el interior, 5 por 100 de 500 pesetas | 98 50 | 97 75 |
| Cédulas ídem íd. para íd. en el ensanche, 4 1/2 por 100 | » | 96 00 |
| Obligaciones 6 por 100 Diputación provincial de Madrid | 102 50 | 102 00 |

ACCIONES

| | | |
|---|---|---|
| Banco de España | 463 00 | 454 50 |
| Banco Hipotecario | » | 221 50 |
| Banco de Castilla | 90 00 | » |
| Banco Español de Crédito | 109 00 | 113 00 |
| Banco Hispano-Americano | » | 148 75 |
| Compañía Arrendataria de Tabacos | 412 00 | 405 50 |
| Unión Española de Explosivos | 321 50 | 325 00 |
| Electricista de Chamberí | » | » |
| Electricista del Mediodía | » | 94 00 |
| Ferrocarril de Langreo | » | » |
| Azufrera Coto de Hellín | » | » |
| La Papelera Española | » | » |
| Duro-Felguera 5 % | » | 97 00 |
| Hidráulica Santillana | » | 93 00 |

CAMBIOS

| | | |
|---|---|---|
| París á la vista | 13 20 | 14 35 |
| Precio medio | 13 24 | 14 416 |
| Londres á la vista | 28 47 | 28 78 |
| Precio medio | 28 536 | 28 775 |

BARCELONA

| | | |
|---|---|---|
| Interior fin de mes | » | » |
| Amortizable ídem | » | » |
| Idem contado | 100 90 | 101 85 |
| Acciones Norte | 63 30 | 67 10 |
| Id. Madrid-Zaragoza-Alicante. | 90 60 | 90 80 |
| Idem Orenses | 23 80 | 27 15 |
| Idem Banco Hispano-Colonial. | » | » |
| Obligaciones Madrid-Zaragoza-Alicante | » | » |
| Idem Valladolid-Ariza | 106 60 | » |
| Idem N. Villalba-Segovia | 107 25 | 105 85 |
| Idem Almansa, adheridas | 107 25 | 105 25 |
| Francos | 12 00 | » |
| Libras | 28 50 | » |

BILBAO

| | | |
|---|---|---|
| Explosivos | 319 00 | 319 50 |
| Altos Hornos | 261 00 | 261 50 |
| Resineras | 138 00 | 144 00 |
| Industria y Comercio | 260 00 | 255 00 |
| Briansk | » | 307 00 |
| Sosnowice | 1.660 | 1.750 |
| Crédit Lyonnais | 1.179 | 1.188 |
| Banco Otomano | » | » |
| 4 por 100 Interior | 73 35 | 73 00 |
| Chartered | » | » |
| Goldfields | » | 87 00 |
| Transvaal C. L. | » | » |
| Rose Deep | » | » |
| East Rand | » | 97 00 |
| Randmines | » | 144 00 |
| Village | » | 100 00 |
| De Beers | 370 00 | 376 00 |
| Cape Copper | 203 00 | 188 00 |
| Tharsis | 160 00 | 154 00 |
| Platine | » | » |
| Hartmann | » | » |
| Maltzof | » | » |

LONDRES

| | | |
|---|---|---|
| Exterior, 4 por 100 | 92 00 | 92 50 |
| Consolidado inglés | 83 81 | 86 68 |
| Renta alemana | 91 90 | 93 90 |
| Brasil 4 por 100, 1889 | 79 75 | 82 00 |
| Idem 5 por 100, 1895 | 93 00 | 94 25 |
| Uruguay 3 1/2 por 100 | 66 75 | 69 75 |
| Mejicano 5 por 100, 1899 | 99 10 | 101 10 |

METALES

| | | |
|---|---|---|
| Plata en barra. Onza Stand | 25 50 | 25 87 |
| Cobre (lib. pos ten). Contado | 60 00 | 63 02 |

# Teatros.

## La cuesta de Enero

La conocida frase nos habla de lo aciago que es siempre para las Empresas el mes primero del año.

Se atribuye á que el turrón, los pavos y la lotería de Navidad han dejado el bolsillo del público en estado lamentable; pero es lo cierto que las Empresas no ponen de su parte cuanto pudieran para vencer el supuesto retraimiento. En el mes de Enero apenas han estrenado obras.

Del teatro *Real* es únicamente de donde podemos registrar verdaderos acontecimientos: el triunfo indiscutible de Anselmi en *Manon,* de Massenet; el de Graciella Paretto, en *Luccia de Lammermoor;* los de Titta Ruffo, Anselmi y la señora Bianchini-Capelli, en *Tosca;* la representación admirable de *Lohengrin;* la de *Hamlet,* en la que Titta Ruffo estuvo prodigioso como cantante y como actor; y sobre todas, la función de la Prensa, en la que se representó espléndidamente *Rigoletto,* terminando el espectáculo con el tercer acto de *Aida,* cantado todo él por intérpretes españoles: Matilde de Lerma, Biel, Barea y Vidal.

En los demás teatros las novedades fueron muy pocas.

*Lara* continuó explotando el atractivo de *Los intereses creados,* de Benavente, obra que, á decir verdad, le ha bastado para sus cotidianos llenos.

La *Comedia* ha proseguido con las obras de Nochebuena.

La *Princesa, Apolo* y *Eslava* se han concretado á defenderse con las eternas obras de su repertorio.

La *Zarzuela,* que desde el estreno de *Patria chica,* de los Quintero, no ha sabido procurarse otro triunfo, ha guardado en cartera, para sabe Dios cuándo, óperas tan populares y de cartel como *El barbero de Sevilla* y *Fra-Diávolo;* y, en cambio, para ayudar á la ya agotada *Patria chica*, no ha encontrado otra cosa que *Cantas baturras,* cuadro aragonés que no fué muy del agrado del público.

El *Cómico* se ha conformado con *Alma de Dios,* lo cual sólo hasta cierto punto se justifica.

Y el *Español,* en donde ya actuaban la Pino y Thuillier casi con el pie en el estribo, á consecuencia del regreso de América de la Guerrero y Mendoza, nada se hizo tampoco hasta que, unidas las dos compañías, representaron *Las flores,* de los hermanos Quintero, obra que resultó insuperable en cuanto á su representación y en cuanto á su éxito.

De desear es que el mes próximo sea más fecundo en novedades. Nos proponemos dar detallada cuenta de las principales obras que se estrenen, de sus éxitos ó de sus fracasos, y acompañaremos nuestras notas con retratos y dibujos, siempre que la importancia del caso lo requiera.

# *Portugal*

## "A defeza nacional„: Un libro de Ferreira do Amaral.

El vicealmirante Francisco Joaquim Ferreira do Amaral, ex ministro de Marina, director general del Arsenal de Lisboa, hombre de gran prestigio militar y político, ha comenzado recientemente la publicación de un libro con el título que encabeza estas líneas. En su primer tomo se ocupa el ilustre veterano de la Armada portuguesa de una cuestión de capitalísima importancia para su país: la alianza con Inglaterra.

No hay que remontarse á tiempos medioevales, ni hojear añejas crónicas, para percatarse de que la amistad de Inglaterra nunca fué indiferente á Portugal. Pero, sobre todo, desde el levantamiento de 1.° de Diciembre de 1640, que llevó al Trono al duque de Braganza, que reinó con el nombre de D. Joao IV, la intimidad de las relaciones luso-británicas ha sido preocupación constante de la Monarquía portuguesa, que, acaso con razón, estimó imprescindible estar unida con estrechos lazos á la poderosa dominadora de los mares.

No es cosa de hacer un balance de los resultados de esa alianza; pero hay que creer que, sin el apoyo moral que prestaba alientos, y material que proporcionaba oro, caudillos y soldados, acaso el segundo D. Juan de Austria y el marqués de Caracena no hubieran visto deshechos sus tercios; acaso aquellos soldados que en Rocroy, bajo el mando desacertado de Mello, enseñaron al mundo cómo se muere cuando no se puede vencer, hubieran reproducido en Villaviciosa, en Montes Claros, en las líneas de Elvas, las proezas afortunadas del inflexible duque de Alba y del hazañoso Sancho Dávila en tierra portuguesa. Y desde que la independencia de Portugal fué una realidad, desde que se firmó la paz, no hubo gobernante lusitano que no mirase á levante con el constante recelo de que por allí podía venir el peligro, y no dirigiese luego su vista al Océano con la esperanza de que por él vendría el auxilio.

Dos amparadores encontró Portugal para su restauración: Inglaterra y Francia. Pero Francia era la aliada circunstancial y transitoria, cuya protección sólo podía durar lo que durase el logro de los propósitos de Richelieu: el abatimiento de la Casa de Austria. Y cuando, después de nuestra guerra de Sucesión, los intereses dinásticos constituyeron fuerte lazo de unión entre Francia y España; cuando se vió renacer á nuestra Patria bajo las manos hábiles de los ministros que los primeros Reyes de la Casa de Borbón tuvieron el acierto de utilizar; cuando se contemplaron los fuertes navíos que sustituyeron á las escasas y desmanteladas galeras, triste residuo de aquel poderío naval que tuvo su apogeo en Lepanto con el segundo de los Felipes; cuando se convenció Europa entera de que los menguados tercios, hambrientos y desnudos, habían dejado lugar á los brillantes batallones cuyas enseñas conservaban aún frescos los laureles de Almansa, de Brihuega y de Villaviciosa,

se pensó en Portugal que lo que hacía Montemar en tierra de Italia podía hacerse también en tierra portuguesa, y que la única garantía posible, el único eficaz apoyo de la independencia lusitana, era la alianza con Inglaterra; así como era también el único medio de conservar el imperio colonial, en parte desmembrado durante la pasajera unidad de la Península. Y de aquí las cesiones de territorios, las extraordinarias franquicias y privilegios mercantiles, todas aquellas ventajas compendiadas en el famoso Tratado de Menthuen, palmaria demostración de los extremos á que unos gobernantes y un pueblo entero pueden verse arrastrados por la obsesión del peligro.

La enemistad entre Inglaterra y España parecía á Portugal señalado favor que le dispensaba la Providencia. Mientras esta hostilidad durase; mientras la esperanza de recuperar á Gibraltar alentase entre nosotros; mientras el Pacto de familia, principio del fin de nuestro poderío en el siglo XVIII, uniese á Francia y España contra el enemigo común, Portugal podía estar tranquilo, porque Inglaterra le necesitaba para tener siempre un pie en el continente, para poder herirnos por nuestra frontera más vulnerable, para tener junto á nosotros en el puerto de Lisboa el más seguro abrigo para las flotas que amenazaran las rutas del Atlántico. En el calamitoso reinado de Carlos IV, Lisboa fué refugio del «viejo zorro», el gran almirante Jervis, que allí se rehizo después de haber tenido que evacuar el Mediterráneo, y poco después derrotaba nuestra escuadra en el cabo de San Vicente; y cuando Inglaterra, en los más críticos momentos de la epopeya de nuestra independencia, se obstinó en hacer frente á Napoleón, en tierra portuguesa estableció su último reducto, y en las líneas de Torres-Vedras, contra las que se estrellaron los esfuerzos de Massena, comenzó el último acto de aquel drama de tan triste desenlace para el Imperio de Bonaparte.

Reducida España á potencia de segundo orden después de la guerra de la Independencia, no éramos ya temibles; pero, por una parte, aún se mantenía en el ánimo del pueblo portugués un constante recelo hacia nosotros, que nadie procuraba desvanecer; y, por otra, ya era tarde para mermar el predominio de Inglaterra en la vida de Portugal. Y aun no siendo nosotros temibles, quedaba en pie, ya que no la seguridad del territorio continental, por lo menos la conservación de las colonias; de suerte que se veía claramente la imposibilidad en que Portugal se encontraba de desatar sus ligaduras. Además, Inglaterra no era amiga nuestra, y le convenía respetar los dominios coloniales de su aliada, de los que obtenía todas las ventajas comerciales sin las cargas de la soberanía, á trueque de tener siempre abierta una puerta en el continente. De este modo, la alianza luso-británica ha ido subsistiendo, sin más tropiezo que aquella pasajera excitación, prontamente calmada, á que dió lugar, en los albores del reinado de D. Carlos I, el célebre *ultimátum* del «11 de Janeiro», cuando los portugueses se acordaron de que tenían ciertos derechos en el Africa, que fueron los primeros en explorar.

Pero acontecimientos recientísimos han determinado una aproximación, una inusitada cordialidad de relaciones entre Inglaterra y España, lo que no

puede menos de preocupar hondamente á los portugueses, para quienes el problema de la «defensa nacional» se llamaría, si quisieran darle nombre conforme á su íntimo sentir, «de la defensa contra España». Por eso la alianza inglesa ha sido el primer punto que ha tocado en su obra el ilustre marino, que se expresa en los términos siguientes:

«En España, donde no se piensa en recuperar colonias perdidas, el objetivo es colocarse, por la alianza con Inglaterra, en una situación idéntica á aquella en que nosotros creemos estar, sin que para ello pongamos la menor diligencia. El objetivo de España es, á todas luces, aproximarse á Inglaterra tanto como sea posible, para que, en un momento crítico, pueda ocurrir lo de *entre les deux mon cœur balance,* que produzca en Inglaterra la falta de interés por la conservación de nuestra nacionalidad.»

Conste que sólo he traducido un párrafo de los conducentes al caso, y omito la lamentación porque no nos acordemos de recuperar á Gibraltar, porque en España se empleen cada día mayor número de capitales ingleses, creando así intereses importantes para Inglaterra, etc., etc. En resumen: Ferreira do Amaral expresa clara y concretamente el temor de que Inglaterra, contando con nosotros, que podemos ofrecerle iguales ó mejores posiciones estratégicas y mayor número de hombres para la guerra, no crea necesaria la alianza con Portugal, y, á trueque de apoderarse de sus colonias, nos abandone el territorio continental.

El libro de que me ocupo ha producido honda sensación entre los que en el país vecino se interesan por las cuestiones internacionales. No hay allí nadie, desde los más furibundos partidarios de la dictadura, hasta los más exaltados republicanos, que no mire la amistad de Inglaterra como una cuestión de vida ó muerte.

La competencia militar y la personalidad política de una de las más notables figuras de la Armada portuguesa, hombre que, habiendo sido ya ministro, está llamado á ocupar cargos aún más importantes, prestan á la obra una autoridad indiscutible. Bueno es que también nosotros la conozcamos y meditemos sobre ella, porque marca una orientación que no debe sernos indiferente. Y si aquí hubiera muchos que supiesen lo que hay más allá de las fronteras; si no nos entretuviéramos, como los infelices mozos de la aldea á que se refiere un conocidísimo cuento, en distraernos los unos con los otros; si pensásemos en algo más que en implantar eso del voto corporativo y en moralizar las costumbres cerrando los teatros tempranito; en fin, si aquí hubiese una verdadera política internacional..., ¿quién sabe?..., acaso las palabras de Ferreira do Amaral pudieran ser una profecía.

SALVADOR DÍAZ-BERRIO.

# *Méjico*

## La Hacienda pública mejicana.

La Secretaría de Hacienda de Méjico remitió el día 14 de Diciembre último á la Cámara de diputados la Iniciativa de Presupuestos para el año fiscal de 1908-909, y la Nota que acompaña á la cuenta del Tesoro, correspondiente al ejercicio de 1906-907.

Los datos que estos documentos proporcionan son de tal suerte halagadores para nuestro país, de modo tal muestran el apogeo de esa era de prosperidad que va afirmándose año á año, que voy á copiarlos, aunque sea en lo esencial, en estas columnas hospitalarias de ATENEO, donde tan honrosas referencias se hacen siempre de nosotros.

He aquí, desde luego, la cifra exacta de los ingresos en dinero efectivo durante el expresado año fiscal de 1906-907: pesos 114.286.122,05 (ciento catorce millones doscientos ochenta y seis mil ciento veintidós pesos, con cinco centavos).

En el mismo ejercicio, los egresos ascendieron á pesos 85.076.640,51; de suerte que el excedente de lo recaudado, ó *superávit,* es de pesos 29.209.481,54 (veintinueve millones doscientos nueve mil cuatrocientos ochenta y un pesos, cincuenta y cuatro centavos).

Este excedente es el mayor registrado hasta hoy, desde que, hace ya algunos años, se inició el *superávit,* gracias á la honrada y previsora administración de nuestro ilustre Presidente y de su valioso ministro de Hacienda, el Sr. Limantour.

Respecto del Presupuesto para 1908-909, la Secretaría de Hacienda estima los gastos en pesos 103.203.824,63.

Estos egresos exceden á los del Presupuesto anterior en pesos 6.292.275,19.

De tal cifra se destinará una parte considerable á aumentar los sueldos de muchos servidores de la Nación, pues hace tiempo viene teniéndose en cuenta la desproporción, cada día mayor, entre los ingresos de los empleados y las exigencias y encarecimiento de la vida moderna.

El mismo señor ministro de Hacienda lo explica en los párrafos que reproduzco á continuación:

«Los resultados excepcionalmente brillantes del ejercicio fiscal que acaba de clausurarse, impulsaron al Ejecutivo, como era natural, á dar un nuevo paso en el camino que emprendió hace dos años, de mejorar la condición de los servidores del país, y de aumentar las asignaciones destinadas á los servicios públicos que más lo requieren. Se hubiera deseado consultar también á las Cámaras, como en la Iniciativa de Presupuestos próxima anterior, una disminución de cierta clase de impuestos que, por la condición humilde de los causantes ó por las molestias que originan las formalidades administrativas, convendría modificar; pero, después de maduras reflexiones, se ha creído prudente limitar las novedades á los aumentos de gastos de que en seguida se hablará, y dejar para otros tiempos la reducción de las cargas fiscales, que, después de todo, son en la actualidad notoriamente más ligeras que en la mayor parte de las naciones con las que nos hallamos en relaciones de negocios. Además, quedará siempre el recurso de llevar á cabo las reformas aludidas en materia de impuestos, sin pérdida de tiempo, siempre que en el transcurso del ejercicio económico de referencia lo permitan las circunstancias generales del país y el rendimiento de los impuestos corrientes.

»Las medidas que se consultan para el mejoramiento de la condición que guardan los funcionarios y empleados federales son de tres clases:

»La primera comprende una elevación general de sueldos para todos aquellos que no han sido favorecidos por un aumento en el presente año fiscal ó en los inmediatos anteriores. Los empleos de creación relativamente reciente, y los que, á juicio de los respectivos secretarios de Estado, se han considerado bien remunerados, no están comprendidos en esta Iniciativa. Puede decirse, por lo mismo, que, con excepción del pequeño grupo á que acaba de hacerse referencia, y de los cargos de cierto número de funcionarios de elección popular ó que ocupan otros puestos de la Administración, se habrán mejorado, al principiar el ejercicio económico de 1908-909, todas las asignaciones que, por sueldos ó emolumentos, autoriza el Presupuesto de egresos.

»Semejante esfuerzo hecho en un período de tiempo tan reducido, y que se traduce por un aumento de gastos de muchos millones de pesos, de los que más de la mitad reportará el Presupuesto del año fiscal entrante, presenta un ejemplo poco común en la historia hacendaria de las naciones modernas, y coloca á Méjico entre las que más se han ocupado en reorganizar los servicios públicos, asignando dotaciones que permiten reclutar y recompensar un personal de primer orden.»

También quiere el Ministerio de Hacienda las jubilaciones, debidamente reglamentadas, y la creación de sobresueldos destinados á cubrir los gastos originados por el otorgamiento de las fianzas.

Advertiré, para concluir, que en el cálculo de nuestros ingresos y egresos, la Secretaría de Hacienda procede siempre con gran cautela, de suerte que los sobrantes más bien excedan á lo previsto. Así lo insinúa en esta vez la Iniciativa en las siguientes palabras, que son de una sencilla, pero harto expresiva elocuencia:

«Para establecer los Presupuestos de 1908-909, se necesita proceder con mayor cautela que de costumbre; pero sin desconfiar del resultado hacendario del ejercicio, el cual, si se obra como queda dicho, se saldará, muy probablemente, lo mismo que los anteriores, dejando sobrantes y dando con ellos una prueba de que el país sigue, no obstante la tormenta que gira en derredor suyo, su marcha firme hacia un bienestar siempre creciente.»

La última frase alude, como desde luego se ve, á la imponente y temible crisis financiera por que han atravesado los Estados Unidos, y de la que Méjico va saliendo incólume, gracias á las luces y á la prudencia de sus gobernantes.

AMADO NERVO.

Enero de 1908.

# *Argentina*

El arbitraje como ley.—Ni monroísmo ni competencias.—Predominio en los mercados de Europa.—Actitudes de Chile y Brasil.—La prensa y los Congresos.—Cómo se prepara un centenario.—España, potencia americana.—Objetivo del pueblo argentino.—Doctrinas de Sarmiento y Alberdi.—Pasión por las ciencias prácticas.—Lo que será el Gran Certamen.—Entre Ríos, provincia agrícola.—Las colonias suizas.—El Tratado de Dinamarca.—La inmigración.—Buenos Aires, cosmopolita y autónomo.

Es la República Argentina, después de Norteamérica, la más necesitada de subordinar sus aspiraciones al predominio de la razón. Implicaría otra conducta la obligación de prepararse á la ruina, de habérselas con naciones que imponen la razón por la fuerza.

El habilísimo arbitraje de límites con Chile fundamentó la reputación de un publicista eminente y jurisconsulto de valía, que forma parte del Gobierno actual: el doctor Zeballos. Aquel arbitraje, durante el cual dos naciones ricas preparaban la ruina de improvisar formidables flotas de guerra, proporcionó á la Argentina el reposo que necesitaba para extender sus relaciones de intercambio, ajena á la inquietud que excita la nerviosidad de los grandes pueblos.

Los Congresos panamericanos, idealismos en que los europeos detenemos la atención apenas, le han servido á la Argentina para armonizar el monroísmo con el europeísmo, convirtiendo en leyes económicas cuestiones aparentemente jurídicas.

Precisamente las rivalidades que suscita en Sudamérica la perspectiva de un inmenso crecimiento económico de la Argentina, se hallan contrarrestadas por los Comités de universal progreso que se domicilian en Londres. De ninguna manera pueden dar al olvido Roma y Madrid que italianos y españoles, por afinidad psicológica, y hasta por la dura ley de la necesidad, encuentran su segunda patria en aquel país cómodo y envidiable. Y como, en realidad, los conflictos de la Argentina se originan en la abundancia de sus productos, y se derivan de la naturaleza de su intercambio, con el tino y la prudencia, que no escasean en sus Cancillerías, basta para resolver, sin humillaciones ni prepotencias, las quisquillosas cuestiones intercomerciales.

No siendo Chile país apto por su topografía para criar ganado en abundancia, intentó adquirir la hegemonía en los mercados del Pacífico, convirtiéndose en preparador exclusivo de carnes argentinas.

Hubiera sido violento y gravoso fomentar su ganadería propia con tarifas proteccionistas, y pasó al extremo opuesto, de liberar la importación para surtirse de materia prima, abundante en la Argentina, y desarrollar con ella la potencialidad comercial que apetecía.

Análoga idea ingenió Brasil por procedimientos inversos. Como no tiene tierras aptas para cultivar trigo, dedicóse á fabricar harinas, hostilizando á esta industria argentina, á cambio de conceder facilidades enormes á la importación de granos.

Cuando entre la producción natural y las industrias postizas se plantean semejantes conflictos, la prensa y los Congresos suscitan valerosamente el afán de los Gobiernos para que se hagan cargo de que los sofismas fiscales no pueden prevalecer hasta el punto de provocar la dieta y el hambre de los países.

Una esclavitud económica, fecundísima para el desenvolvimiento argentino, de que

tantas veces he tenido ocasión de ocuparme en esta Revista, ha sido la preparación necesaria para el triunfo colosal que se dispone á obtener en el Centenario de la Independencia (1910), cuyo principal anhelo para la Argentina es el respeto y parabién que en tan solemne momento le han de tributar dos Mundos.

Estamos más obligados que nadie los españoles á dedicar á aquel Gran Certamen un aplauso, no solamente por responder de manera hidalga á la excepción de invitados oficialmente, con exclusión de Europa, sino porque, de comprender su significación magnífica, resultará un inmenso escenario cívico del progreso que cabe en un siglo de independencia económico-política.

Del pueblo argentino suele decirse que tiene por característica de su pereza una universalidad de actitudes capaz de esterilizar los mayores esfuerzos. Precisamente le ocurre cosa muy contraria. El objetivo único del pueblo argentino es ensanchar su personalidad, pidiendo á los elementos del suelo la mayor intensidad productora, que se va desarrollando en círculos concéntricos, merced á la diáfana indiferencia con que se asimila lo divino y lo humano.

Profesa aquella máxima de Sarmiento, según la cual, nada podrá llegar á la Nación que sea superior á la Nación misma. Gobernantes y gobernados, que se hallan en desacuerdo constante para tantas cosas, coinciden siempre en que la psicología del país ha de formarse en las *Bases* del pensador Alberdi, quien afirmó que, para salir de la República posible y deficiente en que les colocara la colonización española, y ante su falta de preparación para la vida pública, no había otro remedio sino acudir á la acción de los intereses materiales, los únicos capaces de sacar á la América del Sur de la falsa posición en que se halla.

De aquí la despierta intuición del pueblo argentino por las ciencias prácticas, de aplicación, para vencer la selva y dominar la Naturaleza. Aunque el mayor orgullo nacional es la pedagogía, su preocupación principal es conseguir un inmenso desarrollo de los intereses económicos.

Teólogos y jurisconsultos sobran bastantes en país de población tan limitada. Geólogos, ingenieros y naturalistas siempre escasean.

La literatura generalmente adolece de un palabreo de boscaje, verbosidad insubstanciada de *clase* rica. De muchos escritores puede afirmarse que son unos banqueros de palabras, sin disciplina de pensamiento, que no llenan otra misión que entretener cultamente ocios ideales. Los mayores ídolos para todo argentino son el talento y el «braguetazo». Pero los Institutos progresivos, las Bibliotecas y los Museos responden primordialmente á una especie de suntuosidad nacional.

El tipo neto sudamericano se prepara con preferencia á dominar el desierto, á vencer la Naturaleza primitiva, á suprimir radicalmente todo atraso de vida. Nadie tiene derecho á invocar motivos para mantenerse alejado de estas fundamentales aspiraciones, ni aun en los programas de Gobierno, que son los que sintetizan mejor que nada la pintoresca arrogancia del eterno enunciado criollo: «pobreza actual y riqueza futura».

En la Exposición conmemorativa del Centenario de la Independencia, como en el pilar de un puente en que se marca con líneas y fechas inundaciones célebres, ha de mostrarse de modo gráfico las invasiones y depresiones de progreso y riqueza, oscilantes en las provincias y territorios, con arreglo al impulso de capital y brazos, derechos y prerrogativas predominantes en los que se gobiernan á sí mismos y se dan sus leyes, como en los que no desenvolvieron su vida lo suficiente para obtener la autonomía y continúan sometidos á la Nación.

Descollará, como vivo ejemplo, Entre Ríos, la en otra época guerrera provincia del «Triángulo», á cuyo esfuerzo se debió la Constitución y reorganización nacionales de la anárquica Confederación Argentina, entrando en el franco progreso de la densidad de población, gracias á la difusión de la enseñanza agrícola, que acumuló numerosas escuelas agropecuarias, aumentando fabulosamente las explotaciones agrarias y ganaderas, que prepararon generaciones de *pioniers*.

Demostrará comparativamente aquel gran certamen que no era desquiciada la asustadora amplitud de garantías y franquicias al capital (el brazo izquierdo), mientras el brazo derecho (inmigración) se fomentaba proporcionalmente, respetando á los extranjeros en su desgracia, dignificando sus sentimientos y sus derechos de ciudadanía, con tal sinceridad y firmeza, que ni aun las conmociones interiores pudieran alterar la magnificencia liberal de leyes que regulan la inmigración en el sentido del *do ut des*, y no como un negocio benéfico y humillante.

Porque, gracias á una política así, más ideal que efectiva en todos los países, la República pudo acrecentar su fama en Europa, aumentando sus exportaciones tan prodigiosamente, que cuando por azar pierde un mercado, se compensa ventajosamente con otro; si Austria impide, arbitrariamente y por imposición de la aristocracia ganadera, el desembarco de cajas de carne congelada, Dinamarca brinda todos sus puertos libres á la introducción de toda clase de ganado, y monta flotas de paquetes regulares para importar de la Argentina enorme cantidad de subsistencias que contribuyan á mejorar la alimentación danesa; cuando Alemania restringe la emigración tudesca á la Argentina, en Roma se establece un gran Instituto Agrícola Internacional, con el principal objeto de preparar una inmigración más apta de labradores, que pueda competir en aptitud con las que España y Portugal desembarcan en aquellas playas pródigamente.

La inmigración es la palanca con que la Argentina promueve la cultura interior, improvisando colonias, pueblos, territorios, provincias, que no se desparraman al azar, sino constituyendo grados del desenvolvimiento orgánico del país, irrumpiendo selvas y llevando vida al desierto, cuya tercera parte ha de dedicarse forzosamente á ganadería, mientras que por la costa del sur se intenta crear colonias pescadoras de un porvenir virgen en la República, y desde luego inmenso.

La inmigración es una cuestión para la Argentina que difiere de la que atraen con espejismos y seducciones otros pueblos. En primer lugar, las oficinas de inmigración sólo existen desde el muelle de desembarco al interior, para ejercitar una escrupulosidad sanitaria muy severa, sin fiscalizaciones molestas para los inmigrantes, pero aplicando á los vapores que transporten tuberculosos, inficionados de epidemias, malhechores probados y mendigos profesionales, fuertes multas, cauciones y aun la obligación de repatriar engañados y enfermos, bajo pena de embargo y otras más fuertes.

En el extranjero no existen oficinas, empresarios ni cosa que se parezca á los negreros que explotan la esclavitud blanca. Los cónsules serían los primeros en desautorizarlos.

La red de oficinas de inmigración se extiende únicamente por el interior, con la misión de instruir á los inmigrantes, sin doblegarles, mostrando el mapa de colonización y obras públicas que desarrollen Gobierno y particulares, el cual es como un índice de comunicaciones futuras, de circulación de máquinas y utensilios, de semillas y abastos con crédito indispensable al establecimiento de familias. Cada número proporcional de éstas determina un camino vecinal y una escuela.

Las colonias agrícolas más antiguas son suizas, y pleitean todos los años por el honor y el derecho de primogenitura. La primera data de 1845. Para no perturbar el litigio en cuestión, es de rigor permanecer en la duda de si corresponde á Baradero ó La Esperanza, establecidas en las provincias de Santa Fe y Corrientes.

Aun cuando la metrópoli, Buenos Aires, refleja cierta semejanza, á primera vista, con París, por la extensión, riqueza y suntuosidad de su urbanización, y por la actividad y elegancia de sus comercios, no existe en ella esa alegría vivaz que caracteriza á los pueblos franceses y españoles sobre todo.

No es más que la capital de la Nación, cosmopolita, autónoma y muy superior á la Nación misma.

La vida urbana de la capitalidad federal es una especialidad elegante, mercantil y reflexiva. Las horas del escritorio, del taller y de la comida extienden por la ciudad inmensa una calma que no se conoce en ninguna gran ciudad europea.

Los centros de animación cambian de sitio y de horas, respondiendo á una disciplina de la vida. Por la noche es la ciudad del mundo que parece más desierta. Los teatros, ricos y numerosos, abren sus puertas sin interrupción á verdaderas avalanchas de riqueza y buen gusto. Revela una deficiente educación permanecer largo tiempo en cafés, cervecerías y establecimientos públicos. Los hay grandiosos, que prosperan con la media hora del *vermouth,* la media hora del refresco por la tarde, y los diez minutos que dedican al té espléndidos y elegantes parroquianos.

Buenos Aires es la ciudad más cara del mundo. Lo superfluo resulta mucho más necesario que lo indispensable. La comida y las subsistencias son económicas; pero el coche, la modista y el Club cuestan un *platal.*

Los argentinos gustan mucho de la música y la declamación. La ópera y la alta comedia no son solamente un culto á la moda, sino una delectación verdadera Pero éste no es más que un aspecto de aquella sociedad.

Los criollos eternizan la vida en el Club, superior en esplendidez y costosa arrogancia á las epilépticas locuras vienesas y parisienses; pero es su esplendidez más hidalga, de indulgente y gastosa solemnidad.

Del cansancio y monotonía del Club, el argentino se compensa en las Estancias, el culto al campo, que es también el vellocino que provee de oro.

Su pasión son las carreras; su lujo, un viajecito para tomar aires de Europa; su ídolo social, la mujer, que es una verdadera planta de paraíso, un incomparable objeto de galantería, una filigrana de consideración.

La sed de saber y de trabajar intelectualmente no despierta en los argentinos una actividad pasmosa. Pero la ocupación de sumar oro no les permite encontrar negocio lícito que les parezca despreciable.

La metrópoli argentina es un curioso fenómeno de volterianismo en una fragua de trabajo, dentro de una raza española y monacal; el nervio es el comercio, la banca, el Río; el ardor literario, el decadentismo, la «última palabra». Como carece de un sistema moral, á veces produce mucho bien, y á veces mucho mal. Su potencial psicológica no es á propósito para expandir, sino para asimilar. Todo gobernante ó jefe de escritorio desenvuelve sus dotes cerebrales con la mayor sangre fría. Á veces resultan filántropos y hasta justos por atavismo.

De la diversidad de temperamentos, razas y métodos de trabajo y de vida, se desprende de buena fe que la República Argentina ocupa envidiable situación financiera é intelectual por la intensidad de una naturaleza que los madrugadores y activos de todo el globo supieron metodizar.

El mérito de gobernantes y legisladores consiste principalmente en sintetizar ideales y aprovechar en beneficio de la Nación las excrecencias de Europa. El oro y la buena fe son los fecundos rebuscadores de suerte que la República aprovecha para lograr su posición excepcional en el mundo.

El oro está en las entrañas de la tierra, y la buena fe es una exteriorización de grandeza que la Argentina hace sentir á Europa y América.

Si la Argentina nos hace estremecer con sus progresos de orgullo hispano, Buenos Aires, fundada por el capitán español Valdivia, nos abruma con el incentivo de su superioridad mundial.

Allí habita cerca de medio millón de españoles.

JULIÁN DE LA CAL.

# Información extranjera

## La política extranjera en 1907.

La política internacional, que había distraído las miradas durante algún tiempo hacia el Extremo Oriente, vuelve á atraerlas á Europa en estos dos últimos años, especialmente en el de 1907, por más que el Extremo Oriente sigue amenazando como un volcán temible. Es indudable que, siendo la guerra un medio de equilibrio tan arriesgado y tan costoso, no se llega más que á amenazas para lograr el objeto deseado, y á combinaciones diplomáticas que llenan las columnas de todos los grandes diarios.

Pero, con ello, la cantidad de artículos publicados á diestro y siniestro, en vez de facilitar un examen retrospectivo, lo complica tanto, que consideramos necesario recopilar aquí la política internacional, á fin de que nuestros lectores se orienten ante la verdad más absoluta.

Trataremos primero de Francia y Alemania, reservándonos los demás países para los números siguientes.

## *Francia*

Sabido es que la vecina República hizo esfuerzos grandísimos para llevar á feliz término su lucha contra las congregaciones, y preparar la de las pensiones obreras. Esta última no tuvo la suerte de la primera, por ser, desde luego, muy costosa para el Estado, y, sobre todo, porque fué atropellada en el orden del día por la política internacional.

La explicación de esta preferencia de asuntos no está toda en que hay dos Francias: la Francia trabajadora, agrícola y ahorrativa, y la financiera; la una pacífica, la otra impulsiva y ávida de ganancias. Hay que añadir que esta segunda sabe aprovechar el carácter general de la Nación francesa: el patriotismo. Basta que quiera abrir nuevos mercados para que, aun buscándolos en países litigiosos como el Imperio marroquí, sepa en seguida promover á sus prohombres, impulsándoles á que hagan la cuestión de interés nacional; aspecto que desde luego toma, no siéndolo, sin embargo, más que para ella por el provecho, puesto que á la otra incumbe el peligro.

Estimulada por Inglaterra, la Francia número dos toma como pretexto la muerte del Dr. Mauchamps, y ocupa Oujda en el mes de Marzo.

El ejemplo dado en Oujda no tiene repercusión al otro lado del Imperio, donde ocurren graves disturbios dirigidos contra los europeos.

Mandataria de Europa con España, Francia envía sus escuadras á Casablanca, y destruye la población con un bombardeo terrible, y se establece allí al mismo tiempo que los contingentes españoles.

Alemania, que parece haberse empeñado en hacer valer sus derechos en Marruecos, ó más bien en impedir á Francia y á España el dominio del país, sigue amenazando cada vez que se reproducen los ataques contra el Mogreb. Pero Francia entra en seguida en relaciones diplomáticas con Alemania, y no titubea en dar palabra de que se quedará, sin traspasar los límites del Acta de Algeciras, sólo hasta restablecer el orden.

El orden no se restablece, se perturba; Francia interviene en los alrededores de Casablanca, primero á algunos kilómetros, después más allá. Combates serios se desarrollan allí..., y Francia no se retira, jugando entre uno y otro Sultán, sin ayudar ni combatir á ninguno. De vez en cuando, se oyen alarmas de guerra santa que no se confirman; el caso es que Francia permanece allí, siempre allí, como necesaria ahora, y por este ú otro motivo permanecerá ya definitivamente si no se la echa á la fuerza. Francia persigue la política del hecho consumado *du fait accompli;* el modo de conquistar el país negándolo siempre, y frente á Alemania impidiéndolo todo.

La política de Clemenceau no es, pues, la de apoyarse sobre la cuestión de Marruecos para subsistir en el Gobierno, como se ha creído y se sigue creyendo, sino la de conseguir el éxito con el tiempo; política mucho más alta y patriótica que la otra, porque sabe el presidente del Consejo que asuntos de mucha transcendencia, como los de los Balkanes y de Polonia, distraerán, el día menos pensado, la atención de Europa, la cual se olvidará en parte de Marruecos, dejándola entonces más en libertad para ultimar sus planes.

## *Alemania*

El año político se inaugura en Alemania con las elecciones del Parlamento ó Reichstag. El centro católico y los socialistas habían hecho su unión para oponerse á la política gubernamental de expansión colonial; consideraban, después de las derrotas en el oeste africano, como temerario el acordar nuevos créditos al Gobierno. Puesto en minoría, el canciller Bülow disolvió las Cortes alemanas, y ejerció una presión oficial, sobre todo contra los socialistas, á quienes denunciaba al pueblo alemán como enemigos del prestigio del nuevo y poderoso Imperio. El pueblo entusiasta votó por el Imperio en estas elecciones, que fueron un plebiscito en favor del Emperador. El centro católico salió ileso, pero los socialistas fueron vencidos.

La consecuencia inmediata fué una crisis parcial del Ministerio, saliendo los ministros poco favorables á la disolución, y se constituyó dos meses después el Ministerio de Ultramar, y se aprobó el presupuesto que llevó al *déficit* actual (más de 300 millones de marcos). Ésta es la razón de que en estos días se ofrezca en vano la cartera de Hacienda, que ya más de quince personas han rehusado, lo cual continuará sucediendo, á no ser que se vaya al ahorro, en vez de acrecentar los gastos para el aumento de la Armada.

El nuevo Ministerio, producto de las elecciones, no debía mejorar mucho las relaciones con Francia; sin embargo, el viaje de M. Etienne á Kiel y á Berlín contribuyó á suavizarlas algo. El veto de Alemania en la política francesa en Marruecos parece ser el objeto de Bülow, que no perdona á este último país su *entente* con Inglaterra.

En el interior, Alemania tropieza con un grave problema: el de Polonia.

Nunca desde la anexión han desistido los polacos de su antigua autonomía, y se dedicaban á mantener firme su carácter nacional, y sobre todo su idioma. Eso no era del gusto de Prusia ni del Emperador actual, y se emprendió la política de germanización, obligando primero á todos los niños á hablar el alemán en la escuela. El maestro tudesco, la vara en la mano, probó una vez más cuáles son sus medios de enseñanza más predilectos; los padres se resistieron, pero no tuvieron éxito contra la dictadura del Gobierno. Mas, todavía á fin del año 1907, se pensó, como medio más radical, en la ley de expropiación, que sigue interesando al país por las tristes consecuencias que pueda traer.

La nota más culminante al exterior ha sido el Tratado con los Estados Unidos de América, y así parece que ha logrado el canciller apagar este odio sordo que en América se notaba contra los comerciantes alemanes.

La situación de Alemania desde la crisis financiera de 1901-1902, notable por los *kracks* múltiples que provocó, no se ha mejorado, y la política de gastos enormes que se sigue no puede más que empeorarla. ¿Cuáles serán los medios más adecuados para salvar esa situación financiera, víctima del aumento continuo en los gastos del Ejército y la Armada, sino una guerra por el pan del pueblo hambriento? En este sentido, puede afirmarse que Alemania es, por su situación financiera, más temible que por sus ejércitos.

EM. ROUSSELOT.

# La Vida en los Ateneos

## *Ateneo de Madrid*

### Conferencias dadas en Enero.

| FECHAS | CONFERENCIANTES | TEMAS |
|---|---|---|
| Día 17..... | D. Sebastián Viteri Fernández... | Causas de la decadencia agrícola, y medios más adecuados para su levantamiento y prosperidad. |
| Día 18..... | D. Joaquín Olmedilla y Puig.... | Recuerdos del acto de la coronación del poeta Quintana. |
| Día 25..... | D. Pedro Villuengas..... | Apicultura movilista. |
| Día 27..... | D. Manuel Antón..... | I. La unidad ó diversidad de razas en España: La raza en los pueblos de Europa. |

La Escuela de Estudios Especiales ha continuado sus tareas, así como las clases de idiomas y taquigrafía.

—oOo—

# BIBLIOGRAFÍA

*Terra madre,* por G. de Lorenzo; Turín, Fratelli Bocca, 1907.

*Madre Tierra* es un atrayente volumen de narraciones geológicas (el polvo, las piedras, los ríos, el mar, el fuego, la erupción, los terremotos, la tierra vegetal, mitos, visiones y pensamientos sobre la tierra, la tierra en la Biblia y en el budismo), hechas por un espíritu amplio y elevado, en que se conjugan felizmente la Ciencia, el Arte y la Filosofía.

En cuanto á ésta, es de notar la gran medida en que interviene el pensamiento indio desde el prólogo, más aún, desde la portada. El libro hace vibrar, en tanto se le lee, el hondo amor filial hacia la madre tierra, soberana en belleza. El autor no olvida añadir también: «Grande y bello es el mundo; pero sólo en virtud de nuestra conciencia, sin la cual no existiría.» É invoca estas frases de un discurso del *Samyuttakanikayo:* «Yo os digo que en este cuerpo, de la altura de ocho palmos, está contenido el mundo, el origen del mundo, la destrucción del mundo, y el camino que lleva á la destrucción del mundo.»

C. Bernaldo de Quirós.

***

*De tierra adentro,* cuentos por Jesús Castellanos; Habana, 1906.

Jesús Castellanos ha buscado los motivos de su literatura en su tierra. Es un escritor indígena. En el prólogo de su libro deplora que no exista en América latina la literatura nueva, potente y autóctona que podría existir. Verdaderamente, es deplorable. De Méjico abajo, en literatura, por encima de todo—por encima de la época precolombiana, tan poemática; por encima de aquella Naturaleza, tan fuerte y tan virgen—, hay una influencia francesa, de la que pocos escritores logran sustraerse. Castellanos se sustrae desde luego. Castellanos va á ser—me permito afirmarlo—el novelista de Cuba.

Su estilo es sana y deslumbrantemente tropical. Describe con intensidad completa, dando en cada frase una sensación. Tan bien fija los caracteres, la psicología ondulante de sus personajes, como las visiones del campo y de los pueblos cubanos. Es delicado analista de almas, y firme y recio pintor de la manigua, de la tierra roja, de los pantanos y de los montes. Hay en su prosa estremecimientos de ceibas y palmeras. Hay sol. Hay fiebre, y emanación de caña y de tabaco. Hay tierra propia—Cuba—sentida, vivida, amada... Castellanos, como Lucrecio y como Ruskin, siente un infinito amor por la Naturaleza. Como Rousseau, ama á los hombres libres y selváticos... Y como un gran escritor que es, expresa sus amores en un habla de emoción y de elocuencia, en un habla multicolora y polígónica.

Jesús Castellanos es escritor definitivamente formado. Realizará grandes obras, si el medio en que vive, poco voluntarioso para los esfuerzos mentales, no le aplana; si Cuba, donde sólo una reducida *élite* sabe lo que es Arte, no se encarga de ahogar su vocación ó de encaminarla por lamentables direcciones... Yo bien sé que Castellanos puede más que el ambiente que le rodea. Su libro me lo presenta como hombre de voluntad, predestinado para el triunfo. Y he aquí lo que podría llamarse un verdadero triunfo: hacer la novela cubana, novela de costumbres y de paisajes, la novela que concretase una literatura propia, objetiva é histórica, en que no se excluya, claro está, el aspecto psicológico.

Para tal obra tiene Castellanos las mejores condiciones; esto lo prueba sobradamente *De tierra adentro,* libro que he leído encantado y que me ha conmovido muchas veces á lo largo de sus páginas, todas amenidad y sugestión.

Alberto Insúa.

***

*Estenotipia Universal.*

Éste es el título del nuevo método de taquigrafía mecánica ideado por el reputado publicista é ilustrado profesional D. Enrique Mhartín y Guix, y cuya segunda edición, notablemente reformada, ampliada é ilustrada con numerosos grabados, acaba de po-

ner á la venta, con verdadero lujo, la librería editorial de los Sres. Bailly-Baillière é Hijos.

Con los nuevos procedimientos que esta obra contiene, ha logrado el autor dar por resuelto, completa y satisfactoriamente, el *problema de la escritura mecánica instantánea,* empleando los mismos caracteres de la escritura común que tienen las máquinas de todos los sistemas, y alcanzar, sin grandes esfuerzos, la velocidad de ciento ochenta palabras por minuto, que es superior á la de la dicción hablada.

Este método reúne todas las condiciones apetecibles: sencillez, claridad y economía; y en él se ofrecen ingeniosos recursos de abreviación que pueden adaptarse perfectamente á todos los idiomas y á todas las escuelas taquigráficas; de aquí el título que lleva de *Estenotipia Universal,* cuya enseñanza completa puede adquirirse en un par de semanas solamente para practicarla sin dificultad alguna, siguiendo la rapidez de la palabra á los tres meses de ejercicios, y *conseguir al poco tiempo velocidades desconocidas.*

Este nuevo procedimiento de escritura veloz hace innecesario el empleo de las estenodactilas y demás máquinas especiales de taquigrafiar, á las que se aventaja en rapidez, claridad y precisión de una manera verdaderamente asombrosa, *con las mismas máquinas de escribir de uso corriente;* y suprime radicalmente las notas criptográficas y jeroglíficas de los taquígrafos, pudiendo ser traducidos por cualquiera los trabajos estenotipiados, toda vez que *no entran otros elementos que las letras del alfabeto común* y demás signos auxiliares de la escritura, con los que nos hallamos familiarizados desde nuestra infancia.

En esta nueva edición no se ha limitado el autor de la obra á exponer y desarrollar su notable método de escritura mécanoinstantánea, sino que da á conocer también los demás *sistemas estenomecanográficos en uso en el mundo,* como asimismo todas y cada una de las *máquinas de taquigrafiar inventadas hasta el día;* esto no obstante, continúa teniendo la obra el mismo precio de las ediciones anteriores: 3 pesetas en toda España, en rústica, y 3,50 en tela inglesa.

***

*¿Quieres ser buen padre? ¿Quieres ser buena madre?*, por Ricardo Mayol. Editores, Bailly-Baillière é Hijos. Madrid, 1908. Libro de 351 páginas: cuatro pesetas en rústica, cinco en pasta.

Si el título del libro es sugestivo, no lo es menos el índice de las materias. El estilo del autor, á pesar de la aridez del tema, es de aquellos que, una vez leída la primera página, fuerzan al lector á buscar las siguientes. El elevado criterio del cual parte en el estudio de las cuestiones, la soberana independiencia con que juzga las teorías y la inflexiva severidad con que señala los defectos, ofrecen sorpresas que producen en el alma contrastes de aflicción y alegría, de enojo y gratitud. Lo que es, lo que vale, lo que cuesta y cómo se realiza la paternidad en lo moral, en lo físico, en lo pedagógico y en lo social, esto demuestra el libro, que es sensible no haya dado toda la extensión debida á muchas cuestiones indicadas, algunas de las cuales se hallan en él expuestas por primera vez. Es posible que suscite fuertes censuras de la crítica parcial y tendenciosa; no faltan algunos defectos para pretextar las recriminaciones; pero el que lea el libro saldrá perfectamente convencido de la sublimidad, dificultad y delicadeza del oficio paternal, con ideas tan claras y precisas, que no lograrán borrar todas las censuras. Tal parece ser el objeto principal, que en esto se logra cumplidamente.

El padre que lo lea, difícilmente olvidará algunas de las enseñanzas del libro, eminentemente moralizador.

# EL DEFENSOR DE ZARAGOZA[1]

(Un documento histórico.)

Para poner al día su hoja de servicios, el ilustre defensor de Zaragoza, al igual de lo hecho por todos los generales que tomaron parte en la guerra de la Independencia, dió un certificado, por orden del Rey, luego de encauzarse la normalidad en la vida española.

Documento histórico y de gran relieve es el tal certificado, que será leído con entusiasmo por los patriotas españoles, que consideran á los defensores de Zaragoza, de Gerona, de Badajoz, de Ciudad Rodrigo, de Astorga y de tantos otros puntos, como los modelos clásicos que siempre se mostrarán á modo de ideal para los hombres celosos del honor y de la independencia de su bandera.

Dice así el certificado:

«D. Josef Rebolledo de Palafox, Melci, Bermudez de Castro, Espés, Urrea, Urríes y Marta, etc., Caballero Gran Cruz de las Reales y Militares Ordenes de San Fernando y San Hermenegildo, de la inclita y Sagrada de San Juan de Jerusalen, y de la de Lis de la Vendée; Comendador de Montachuelos en la de Calatrava; Regidor Perpetuo de la M. N. M. L. V. C. H. Villa de Madrid, y de la Ciudad de Zaragoza; Academico de Honor de su Real Academia de San Luis y de la de Valencia; Doctor de Jurisprudencia en la Universidad de Huesca; Declarado ilustre Benemerito de la Patria en grado Heroico y Eminente por los dos Sitios de Zaragoza; Ministro Nato de la Camara de Guerra, y Capitan General de los Reales Exercitos, etc., etc.

»Certifico bajo mi palabra de honor: que despues de los servicios que constan en la oja que de ellos me ha sido formulada en el Real Cuerpo de Guardias de la persona del Rey, he contraido los siguientes: hallandome en el mes de Marzo de 1808 en el Real sitio de Aranjuez, fuí comisionado yo personalmente por S. M. para entregarme de la persona de Dn. Manuel Godoy, bajo responsabilidad, juntamente con el Marques de Castelar, á cuyas ordenes estube; le saqué por medio de un tumulto horroroso de pueblo, á riesgo de perder la vida; pero habiendo tomado por mi parte las precauciones mas prudentes en el camino, con dos partidas del Batallon 1.° de Voluntarios de Aragon, con

(1) Inauguramos hoy, con los notables documentos que encabezan este número, una Sección consagrada al Centenario de la guerra de la Independencia, Sección de cuya importancia daremos idea con sólo decir que la hemos encomendado al ilustre teniente coronel de Infantería D. José Ibáñez Marín.

los Milicianos que anteriormente hacian la guardia de honor al mismo reo, y alguna Caballeria, pude transportarlo, custodiado principalmente por un destacamento de Guardias de Corps, hasta mas allá de Valdemoro, donde se nos presentó un Edecan de Murat, anunciando que si lo conduciamos á Madrid se pondrian los franceses sobre las Armas para estorbarlo: en aquel momento, consultando con el Marques de Castelar, indiqué que pasarlo á Pinto, donde le colocamos en casa de Pantoja, redoblando la vigilancia y no dejandole hablar con nadie; allí estube haciendo un servicio activísimo, tomando por las noches, y aun de dia, todas las precauciones de campaña, hasta que una columna de franceses entró en el pueblo y se alojó, habiendo pasado yo á reconocerla, de acuerdo con Castelar, y concertado con el jefe de ella se distribuyese la localidad del pueblo en dos mitades, una que ocupasemos nosotros y otra ellos, estableciendo nosotros nuestros puestos de observacion, que reconocí cada tres cuartos de hora.

»Luego solicité por orden de Castelar y obtuvimos Real permiso para pasar el reo á Villaviciosa, donde seguí con las mismas medidas de precaucion; pero nos hallamos sin cartuchos y sin medio alguno de defender aquel sagrado aunque criminal depósito que S. M. nos habia individualmente confiado á los dos; y aunque el Rey habia marchado ya en aquellos dias á Bayona, pasé á Madrid, siempre de acuerdo con el general, á berme con el ministro Ofarril para proponerle medios de transportar á Godoy á Cuenca ó Andalucia; este preocupado general se negó á todo, y entre mil cosas que le propuse y solicité de él, tan sólo obtuve la remesa miserable de 2.000 cartuchos que se repartió á la poca tropa que teniamos; llegó el caso de ver yo al Serenisimo S.$^{or}$ Infante Dn. Antonio, entonces Regente del reyno, y observando desde luego que le tenian engañado y que el Conde de Montarco me prevenia por señas que no hablase á S. A. en los terminos que sólo son propios á un buen español, lo llegué á insultar delante de S. A. mismo (si puede llamarse insulto decirle á un traidor que lo es, en presencia de la Autoridad Soberana); pero contenido por la presencia respetable de S. A., tuve que usar de moderacion. Me volbí á Villaviciosa, y de allí á poco se recibió la orden del señor Infante para entregar el reo á Murat luego que se presentase el general Exelmans á llevarselo; pero como esta orden hiva dirigida á Castelar, como Jefe superior, y este habia marchado á Madrid á representar contra tal resolucion, quede yo solo con el mando y la responsabilidad que ya tenia, pero en aquel momento mas absoluta, y así, viendo que tardaba, y temiendo viniese Exelmans á cumplir su encargo, despaché un correo con estas palabras: «que yo era responsable con mi cabeza, y lo que es mas, con mi palabra de honor dada á S. M. de no entregarle á nadie, y que solo en el caso de que para mí directamente viniese orden de su Alteza el Regente del reyno, me descargaria de tan sagrado dever; pero de no, que me encerraria en el Castillo y que hasta quemar el ultimo cartucho ó inutilizar la ultima arma que tubiese, no entregaria al reo, y en este caso nunca lo hiciera vivo.» Vino la orden y vino Castelar, se presentaron los Comisionados y el dicho Marques hizo la entrega formal del reo; esta resolucion

de defenderme en un Castillo que solo lo es en el nombre, la tomé sabiendo que todas las tropas francesas, en numero de 50.000 hombres, se habian puesto sobre las Armas, no teniendo yo escasamente quinientos, y estos sin municiones.

»Como dije antes, desembarazado de este delicado cargo, pasé á Irun, con objeto de ir á Bayona á dar cuenta á S. M. y manifestarle, á nombre del Real Cuerpo de Guardias de Corps, la ninguna parte que habian tenido en tales acontecimientos, y que solo la orden de S. A. habia sido la causa de nuestra obediencia, lo que se anunció en el Diario de Madrid, no el temor de los franceses, que despreciabamos; el doble objeto de mi ida era hablar del Cautiberio á S. M.; pero S. M. mismo, al pedirle licencia para pasar, se dignó indicarme cuan imposible era si alguien me descubria, por lo que tomé otro rumbo y me valí de otros medios para prepararlo todo. Viendome ya descubierto en Irun mismo, tube que marchar por los montes y sendas poco usados, siguiendo el Vidasoa, por Vera y Zumbilla, á pasar por delante de Pamplona, siempre perseguido de gendarmes, y anunciando apesar de esto por todas partes la tirania de Napoleon é instruyendo á todos de la desgracia del Rey; de este modo llegué á Zaragoza, donde, hallando engañado tambien al Capitan General Dn. Jorge Juan de Guillelmi, me retiré á una casa de campo á aguardar el resultado de mis medidas tomadas para la evasion de S. M. despues de haber entrado y conbenido con el Conde de Belbeder (por insinuacion de S. M. mismo), desde Bayona, que pasase á Tolosa, y de allí viese si con los Guardias y Caravineros, ó del mejor medio posible, pudiesen impedir la salida de Madrid del S.$^{or}$ Infante Dn. Antonio.

»Retirado yo en mi casa, embié á Murat la dimision de mi empleo de Oficial mayor de Guardias de Corps, negandome al sacrilego juramento que exigia de mí y de todos mis compañeros; y en la incertidumbre de lo que havia de hacer, me hallé con una orden de dicho Capitan Gen.$^{l}$ de Aragon, Dn. Jorge Juan de Guillelmi, para salir inmediatamente del Reyno y restituirme á mis Vanderas, no obstante haber sido extensamente instruido por mí este preocupado general de todo lo ocurrido en Bayona. Pense desde luego q.$^{e}$ con el espiritu que animaba á los aragoneses en fabor del Rey, era el momento mas á propósito para que el buen español se sacrificase por su Patria, y que viendolos inflamados todos de nobles sentimientos, viendola huerfana sin padre, y asaltada por un dilubio de Vandalos, nos seria muy facil vencerlos y hacerles pagar caramente su atentado; fluctuando en estas reflexiones, me hallé sorprendido con la noticia de la prision de Guillelmi y del levantamiento general de Zaragoza con la presencia de un numeroso pueblo que exigia de mí el que me pusiese á su cabeza, y con la orden del Comandante general Dn. Carlos Mori, para que fuese á Zaragoza á ayudarle en momentos tan criticos: cedí al empeño del pueblo, lisonjeandome su noble entusiasmo; obedecí la orden de Mori y pasé á dicha Ciudad entre un tumulto de voces y aclamaciones; al siguiente dia me presenté en el Tribunal de la Real Audiencia, que estaba fluctuante en medio de tan delicadas circunstancias; hice mi protesta formal, me ofrecí

á servir de simple soldado por defender la causa de la Nacion, y á verter mi sangre entre las filas por rescatar á nuestro amado Soberano, pero reusando el mando. Creció el tumulto, se vieron forzadas las puertas de aquel respetable Tribunal, y teniendo que adoptar entre la salud del pueblo y mi natural resistencia, todos me instan, todos me reconvienen con energicas reflexiones; accedo, y tomo el mando.

»Desde aquel momento me ocupé solo en organizar la fuerza armada; nada havia, todo tube que crearlo: lo militar porque no existia, lo político porque no era conforme á las circunstancias; es decir, porque habiendo variado estas, era preciso variarlo; convoqué las Cortes de Aragon, que desde mucho tiempo hasta entonces no se habian celebrado, por ser conforme á las intenciones de S. M. mismo, que conoció no havia otro medio para salbar la nacion, y así lo insinuó desde Bayona. Se celebró la reunion por estamentos, segun las leyes del Reyno, con toda la formalidad digna de aquel acto; allí di cuenta de las providencias que havia tomado, y declaracion unanime de todos los diputados de voto en Cortes, admití la confirmacion de mi nombramiento de Capitan General y gobernador del Reyno, pero sin admitir el grado militar y empleo de Capitan General de Ejercito, que las Cortes me davan, manteniendome brigadier como lo hera entonces, proclamando al S.$^{or}$ D. Fernando 7.° por Rey de las Españas y de las Indias, y declarando guerra y odio eterno al usurpador de su trono.

»Embié á mi hermano el Marques de Lazan al encuentro de los franceses con algunos de los nuevos regimientos; se batieron en Tudela y Mallen los dias 8 y 13 de Junio; salí yo mismo con 10.000 paysanos que aun no sabian manejar sus armas ni estavan fogueados á los campos de Alagon, y me batí con una Division francesa mandada por el general Pepin y Lefebre Desnoettes, donde reciví, cargando á los Dragones enemigos, un golpe de bala en el brazo izquierdo. El día 15 de dicho mes comenzó el primer sitio de Zaragoza, teniendo para su defensa como unos 100 fusileros solamente y las partidas de vandera de algunos regimientos; todo lo demas era una muchedumbre de paisanos que con dificultad podia governar, ni posible la sugecion á reglas; como tampoco el economizar los víveres y las municiones, por cuya causa todo escaseaba, y á fuerza de teson y mil trabajos se volbia á reponer; luego se me reunieron 300 voluntarios del 1.° de Aragon y la poca fuerza que tenia el regimiento de Extremadura, con lo que se prosiguió el sitio, y viendome exausto de toda clase de efectos, determine la arriesgada salida del 5 de Agosto, en que batí á los franceses de Villamayor, é introduje un considerable conboy de viberes, gente, armas, artilleria, y de toda clase de municiones; duró el sitio 61 dias, en el que sufrí 14 ataques y 32 asaltos, teniendo constantemente brechas abiertas y practicables; hice lebantar el sitio al general Lefebre, que se retiró con la decima parte de la fuerza conque le principió, dejando en el canpo toda la demas, haciendome dueño de la Artilleria, en numero de 52 piezas de grueso y medio calibre, aunque inservibles, mil fusiles y porcion de municiones. Faltando todo genero de recursos, me propuse amitirlo todo; llegué á

formar Parque y Maestranza de Ingenieros y de Artilleria con los operarios Vizcaynos que pude reunir; se construyeron cureñas y compusieron las piezas inserbibles; se fabricaron nuevos fusiles y pistolas; se montaron espadas y sables; se hizo todo genero de correage y cajas de guerra, metralla de todos calibres, y otros utiles para servicio de la Artilleria. Edifiqué una fabrica de polbora con seis morteros de piedra, que luego aumenté hasta doce, y se hicieron catorce mil vestuarios para la tropa.

»Concluido el sitio y libre ya la ciudad, embié una Division compuesta de algunas partidas y destacamentos que se me fueron reuniendo, los que tenia y los nuevos tercios que formé de paysanos regimentados y escogidos, hasta el numero de 13 á 14 mil hombres al cargo del general Don Juan Oneill, á ocupar á Sangüesa y cubrir la línea del río Alagon observada por los franceses. Este Cuerpo de Egercito sostubo la accion de Lumbier, y se batió victoriosamente en otro punto y en Aybar. Organizada ya mi gente, y teniendo avisos contínuos de los pasos, del Pirineo en Aragon, de acciones repetidas, ya brillantemente sostenidas por los paysanos encargados por mí en su defensa. Concebí la idea de que era menester no perder tiempo y aprovechar la gloriosa libertad de Zaragoza, no dando tiempo á los franceses para reconocerse de su vergonzoso descalabro, y entonces formé el proyecto de ocupar á Pamplona, para lo que facilité el tren de sitio y me procuré inteligencias dentro de la plaza.

»El Mariscal Moncey estava en Navarra reformando su gente, reparando las perdidas pasadas, y, por supuesto, amenazando la línea del Aragon para nueva imbasion; propuse mi idea al gobierno, cuando este, mal instruido, apesar de mis abisos, me mandava dividir mis fuerzas y enbiar una parte á Cataluña; pero en virtud de mis clamorosas representaciones, accedió unicamente á que la Division que mandava el general Llamas en Tudela, fuerte de 8.000 hombres, pasase á mis ordenes, con lo que pude destacar con 6.000 de los mios al mando del Marques de Lazan, con destino á Cataluña, y obedecer, apesar de tan criticas circunstancias, á la orden del gobierno. No habiendo podido lograr que el general Llamas ocupase el puente de Caparroso, desalojando á los franceses que allí havia, en numero de 3.000 hombres, y siendo para mis ideas de la mayor importancia aquel punto, marché yo mismo desde Sangüesa, y por un rapido movimiento le ocupé y ahuyenté á los franceses, haciendome dueño de toda la línea del rio, y por mi izquierda de la comunicacion con el Ejercito del Centro; tenia el intento de apoderarme de la plaza de Pamplona, para lo que de antemano me hallaba preparado del correspondiente tren de Artilleria gruesa y todo lo demas anexo á esta ardua empresa; pero el gobierno no tubo por conveniente asentir á este utilisimo plan, negandome todo auxilio; por lo que tube que abandonar mis posiciones en virtud de orden suya comunicada por el general Castaños, y executar una imprudente retirada de nueve leguas sin ser atacado ni amenazado, preparandose con esto la terrible y malhadada jornada de Tudela; en dicha accion se presentó el dicho general con la autoridad de jefe superior de todas las tropas, y mis balientes tercios se veian por

aquel momento separados de su jefe, que los tenia acostumbrados á la Victoria; el dia 22 de Noviembre en Tudela fueron batidos, pero no vencidos, pues superaron en valor, constancia é intrepidez á los valientes de Marengo y á las mejores tropas de la Europa; en medio de este conflicto, no olbidé señalar punto seguro para su reunion y reorganizarse otra vez el Egercito, encerrandome, como que era el ultimo recurso que me quedaba (visto el genero de guerra que se proponia hacer el gobierno), en Zaragoza; rodée esta Ciudad de fortificaciones pasageras, obras puramente de campaña, en una palabra, hice un campo atrincherado de una Ciudad cuya extension y localidad reusa los aprestos de un sitio; sin embargo, el día 21 de Diciembre se presentaron los Mariscales Moncey y Mortier, y en un reconocimiento en que emplearon quince mil hombres, fueron alejados con perdida; pero siguieron luego á establecer sus paralelas, y se prepararon á los trabajos conocidos con tanta actividad como si se hallasen delante de Stralsund, Maguncia, Dancik ó Strasburgo.

»Escarmentados sin duda del asedio pasado, cambiaron el plan conque tan mal le habia hido al general Lefebre, y á fuerza de Artilleria, de proyectiles y zapa, trataron de vengar la afrenta de sus compañeros; yo seguí mis trabajos con calma, destruyendo los suyos, haciendo frecuentes salidas, previniendoles siempre en sus miras, y correspondiendoles en la guerra subterranea, ya que no se atrebian á medir sus espadas con las nuestras en los campos, testigos de su anterior arrojo é impotencia; mas de 30.000 bombas y granadas, al pié de 400 bocas de fuego bomitando el trueno noche y dia, continuos asaltos á las brechas, incendios y boladuras frecuentes, y una epidemia desoladora que me postró atacado del contagio con centenares de hombres que desaparecian como el humo á cada instante; y una capitulacion forzada que yo no hice ni firmé, ni aconsejé jamas, fueron el final de 75 dias seguidos de un sitio de que no hay ejemplo en la historia militar de las naciones.

»Postrado y moribundo me arrancaron del lecho donde casi ya no exístia, conduciendome prisionero, ó mejor preso como el mayor criminal á Francia de carcel en carcel, con centinelas de vista y una escolta numerosa, hasta que me encerraron en la prision de estado de Vincennes, donde me han tenido sin comunicacion cuatro años y diez meses, desde 1.° de Abril de 1809 hasta 13 de Diciembre de 1813, en que me trasladaron á Paris para pasar ya libre á Valençey, donde tuve el consuelo y la honra de que el rey y señores infantes me abrazasen estrechamente, y desde donde á los ocho dias de mi llegada me honró S. M. con enbiarme á Madrid con pliegos á la Regencia del Reyno, declarandome su encargado aquí para la Comunicacion de este con S. M.: entregados estos y desempeñada mi comision, pasé á Reus á la noticia de la llegada de S. M. al Flubia y tube la honra de acompañarle en su viaje hasta la corte, donde permanecí hasta que fuí al mismo Aragon, donde con tanto gusto me havia sacrificado, á mandar aquel heroico Reino, como su Capitan general nuevamente nombrado por S. M. con fecha 17 de Junio del mismo año. A poco tiempo de mi llegada ocurrió la sublebacion del general Mina y su imprudente ataque de Pamplona; me hallava yo mandando todo el Aragon por

el Rey, pero en la realidad mandaba Mina toda la izquierda del Ebro, como su Comandante general que era; esto hizo que me viese precisado á tomar parte en el asunto; mis fuerzas consistian en solos 200 hombres disponibles, una multitud de tropa en cuadros y depositos sin armas, sin vestuarios y pereciendo de necesidad, y cerca de 3.000 caballos, arma enteramente inutil para el teatro de la guerra que se me presentaba. Mina tenia 15.000 hombres acostumbrados á la guerra y cubiertos de honrosas eridas, y por decontado era muy marcada la inferioridad de mis fuerzas; sin embargo, oficié á Cataluña y á Valencia y logré con mis providencias reducir á Mina á solos 200 hombres; ocuparle las plazas de Jaca, Venasque, Monzon y Mequinenza, que tenia, y reunir el Alto Aragon al bajo como lo estava antes, quedando así la Capitania General ya restablecida en el ser y estado que antes de la revolucion; desvaratado el plan de Mina y libertados los pueblos, y sin duda toda la Península, del azote de una guerra civil que hiva á presentarse. Siguiose á esta reunion el restablecimiento de todas las autoridades civiles y militares de aquel Reyno, y todo fué bolviendo á su ser y estado como se conserva en el dia, haviendo organizado los Archivos dela Capitania General, de cuya Secretaria faltaban todas las Reales ordenes y documentos mas precisos, que á fuerza de cuidado, de esmero constante y vigilancia, logré arreglarlo y completarlo. A mediados del año 15 mando S. M. formarse la Asamblea de los tres Ejercitos de Observacion en la frontera de Francia, y se dignó darme el mando en Jefe del del Centro.

»Ocupado con estos nuevos cuidados, solicité de su Real Vondad me admitiese la dimision del mando de la Probincia para ocuparme esclusibamente del del Ejercito, y S. M. tubo á bien acceder á mis ruegos, nombrando para este cargo al Teniente general Marques de Lazan, que actualmente lo obtiene, dejandome á mi el del Ejercito, con cuyo motivo, ya desembarazado de aquella responsabilidad, pasé mi Cuartel general á Huesca; recorrí los puestos de la frontera, se formaron los planos topograficos de ella, y me ocupé activamente en la disciplina é instruccion del Ejercito, haviendo logrado en poco tiempo verlo en estado de emprender con provabilidad del suceso cualesquiera operacion; pero por las relaciones políticas con la Francia, por la destruccion y caida del trono de Napoleon y restablecimiento de Luis 18, cesaron los motivos de la reunion; se disolbieron los tres ejercitos y me regresé á la Corte, donde S. M., siempre honrandome, se dignó manifestarme se hallava satisfecho de mis servicios. Yo estava Condecorado con las Grandes Cruces de S. Fernando y S. Hermenegildo, y ultimamente fuí nombrado vocal de la Junta de fortificacion, presidida por el Serenisimo Sr. Infante Dn. Carlos; luego dela Camara de Guerra como ministro nato de ella, y despues dela Asanblea dela militar y benemerita orden de Sn. Fernando. Madrid 2 de Enero de 1818. *Jose de Palafox y Melci.*»

## FACSÍMIL

**de un notable documento de puño y letra de D. José de Palafox y Melci.**

Señor

El Capitan General de Vtros Vs Eptos dn Josef de Palafox y Melci
Con el mayor respeto y veneracion, à los Rs Pies de V. M. humildemte ex-
pone. Que quebrantada su Salud con los Continuos y largos pa-
decimientos de año y medio a esta parte, hà empezado ya fin à experi-
mentar ya algun Alento alivio con la segunda vez q.e hà tomado las
aguas Mediciosas, y baños thermales de Bagneres, y siendo el dicta-
men de los Facultativos que le visitan, q.e con ellas solo puede lograr
su total restablecim.to si continua su uso todavia algun tpo mas, y
acabandosele la R.l Licencia en el proximo mes de Julio, espera de
la bondadosa Magnanimidad de V. M. se digne concederle el tiempo
q.e crea de su R.l Agrado p.a ver si por este medio puede lograr el com-
pleto recobro de su Salud.

Su Situacion S.r es amarga p.r no percivir desde el mes de
Enero del año proximo pasado, el Sueldo de su Clase q.e V. M. le tiene
Concedido, p.r aumq.e este alivio le era, y es tan necesario y urgente
p.a atender à tantos gastos como sus males le originan, la teso-
reria Gral hà creido deber suspenderle sus pagas, en virtud de la
antigua Orden gral, hasta su regreso; en cuya atencion à V. M. rea-
didam.te Suplica. Que p.r un efecto de su R.l Benevolencia se
digne mandar se le suministre alguna parte de ellas q.e no
pudiese ser el todo, p.a con este auxilio poder mas pronto ter-
minar aqui su curacion, y regresar restablecido enteramente
como lo espera con el favor de Dios à quien pide diariamente
Conserve la preciosa vida de V. M. dilatados años = Tarbes à
4 de Junio de 1826.

Señor

A. L. R.s P.s de V. M.

J.h Josef de Palafox
y Melci

# HOJA DE SERVICIOS

**del Capitán general de Ejército D. José de Palafox y Melci, Duque de Zaragoza; nació en Zaragoza el 28 de Octubre de 1775.**

| Días. | Años. | | Años. | Meses. | Días. | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| 18 Junio..... | 1792 | Guardia de la persona del Rey..... | 2 | 2 | » | 16 |
| 18 Septiembre | 1794 | Cadete supernumerario..... | 3 | 9 | 7 | 18 |
| 25 Junio..... | 1798 | Exento supernumerario..... | » | 2 | 28 | 22 |
| 23 Septiembre | 1798 | Exento en propiedad..... | 6 | 11 | 28 | 22 |
| 21 Septiembre | 1805 | Alférez, Brigadier de Caballería..... | 1 | 11 | 6 | 30 |
| 27 Agosto.... | 1807 | Segundo teniente..... | » | 9 | 9 | 31 |
| 6 Junio..... | 1808 | Mariscal de Campo..... | » | 4 | 26 | 32 |
| 2 Noviembre | 1808 | Teniente general..... | » | 4 | 7 | 33 |
| 9 Marzo..... | 1809 | Capitán general de los Reales Ejércitos..... | 37 | 11 | 6 | 34 |
| | | *Total de servicios efectivos hasta 15 de Febrero de 1847 en que falleció*..... | 54 | 6 | 27 | |

**Cuerpos ó regimientos en que ha servido.**

En el Real Cuerpo de Guardias hasta el 5 de Junio de 1808, que se separó de él y pasó á la ciudad de Zaragoza, por no subyugarse al Gobierno intruso.

**Servicios y méritos de guerra.**

Se halló en la campaña de Francia el año de 1795; en los acontecimientos de Aranjuez los días 17, 18 y 19 de Marzo de 1808.

# La Reina Victoria de Inglaterra
## y los matrimonios españoles

### I
### Antes de los pactos de Eu.

Inglaterra, Portugal y España al advenimiento de Victoria I.—Simpatías de la Princesa Victoria por las dos Reinas de la Península.—Actitud de Inglaterra y Francia respecto al proyecto de matrimonio de Isabel II.—Primera intervención de la Reina Victoria en este asunto.—Influencia de ingleses y franceses en la política interior española.—Planteamiento oficial de la cuestión del matrimonio ante Europa, por iniciativa de Guizot.—Francia sostiene que la boda de la Reina Isabel es un interés francés de primer orden, é Inglaterra defiende que es asunto exclusivamente español.—La entrevista de Eu.

Cuando, al amanecer del 20 de Junio de 1837, entraron en Kensington Palace el arzobispo de Canterbury y el lord Chamberlain, y, postrándose de rodillas ante una gentil adolescente que para recibirlos saltó del lecho, besaron su mano, apellidándola Reina y notificándole el fallecimiento de Guillermo IV, acaecido en Windsor pocas horas antes, la soberanía de casi todo el Occidente de Europa, por singular capricho de la Historia, vino á quedar encarnada en tres augustas niñas: Victoria de Brunswick, en Inglaterra; Isabel de Borbón, en España, y María de Braganza, en Portugal.

Diez años hacía ya que esta última desventurada Princesa, cuyo nombre, María de la Gloria, parecía presagiar dichas y laureles, veía, por el contrario, ennegrecida su vida con las luchas fratricidas de sus leales y sus adversarios. Cuatro años iban transcurridos también desde el día en que, al fallecer Fernando VII, nuestros antepasados los españoles del 33 dieron en la flor de despedazar y desangrar la Patria común, bamboleando la cuna de Isabel II.

Se explica, pues, que aun antes de subir al Trono de Inglaterra, fueran predominante preocupación en la despierta inteligencia de la Princesa Victoria los azares y las malaventuras de aquellas dos Reinitas, cuya significación, cuya historia y cuyo porvenir tenían con los suyos tantos puntos de semejanza. Las tres habían heredado Tronos que, por un orden regular, no les hubieran correspondido. María de la Gloria era Reina por abdicación de su padre, Emperador del Brasil y Rey de Portugal, que, al ceder á la hija su Corona del Antiguo Mundo, reservaba al hijo, el futuro Emperador Pedro II, su solio americano. Isabel de Borbón llegó á reinar por no haber dado fruto de bendición las tres primeras esposas de Fernando VII y la circunstancia de haber nacido únicamente hembras en el cuarto matrimonio. Victoria ascendía al Trono de Inglaterra por la muerte sin hijos de sus tíos los dos Reyes predecesores, Jorge IV y Guillermo IV... Las tres habían de escoger esposo en el mismo plantel de Príncipes, una de cuyas ramas, la de los lozanos Coburgos, daría Soberanos consortes á dos de los Reinos, y estaría á punto de dárselo al tercero... Las

tres habían de servir de abrigo á las ideas liberales en los temporales que agitaron á Europa al mediar el siglo XIX... Las tres serían el símbolo, el lábaro del sistema monárquico constitucional.

Algo había de diferenciarlas, sin embargo, que no era obra suya, sino de las gentes que las rodearon. Victoria sería la Reina indiscutida y venerada de un país sin convulsiones, sin guerras civiles, progresivo, unido en un ideal. Isabel de Borbón y María de la Gloria habrían de ver vacilar la Corona sobre sus sienes al vaivén de las discordias de los bandos, cuando no de las intrigas de las camarillas.

***

Este interés de Victoria I en la suerte de las otras dos Reinas se refleja claramente desde un principio en la colección de sus cartas que, con la autorización del Rey Eduardo VII, acaban de publicar en tres volúmenes, ricamente ilustrados, Mr. Arthur Christopher Benson y el vizconde Esher (1). Y aunque huelga decir que á su simpatía personal se unían, como factores principalísimos para estrechar aún más las relaciones entre los tres Estados, los antecedentes históricos y las conveniencias de la política internacional, todo lo cual influía sobre la Reina de Inglaterra quizá sin darse exacta cuenta de ello, no cabe dudar que el capital fundamento de sus preocupaciones por las Reinas de Portugal y España se hallaba en que su edad y su sexo se las hacían aún más interesantes que los demás Soberanos de Europa.

Princesa y niña de quince años era cuando, en carta al Rey de los belgas (2)—su tío predilecto, su consejero, su *padre,* como en alguna ocasión le denomina tiernamente—, al darle cuenta de sus lecturas, le habla de cuánto le entretienen los relatos de sir John Th. Jones sobre las guerras de Portugal y España, y lo mucho que le deleita la *Rivalité de la France et de l'Espagne,* por Gaillard. Dos años después, su correspondencia refleja la cálida emoción que le inspira el desposorio de su primo Fernando de Coburgo y la Reina *Donna María,* como ella la llama. Poco más tarde, aludiendo á los progresos de la insurrección carlista, escribe al Rey Leopoldo la Princesa Victoria: «El estado de España es de lo más alarmante é infortunado. Yo espero que algo se hará. Las noticias eran algo mejores ayer y anteayer. Los cristinos habían ganado una victoria sobre los carlistas. Me interesa mucho todo ese desgraciado asunto» (3). Á principios del año 37 (4), la heredera del Trono de Inglaterra continúa escribiendo así á su augusto confidente: «Los asuntos de la Península siguen siendo verdaderamente dolorosos. Yo confío, sin embargo, en vivir bastante para ver tranquilos á Portugal y España, aunque temo que va para largo. ¿Conocéis á Mendizábal? Alava nos lo presentó. ¿Me permitís una

---

(1) *The letters of Queen Victoria. A selection from Her Majesty's correspondence between the years 1837 and 1861.*

(2) 22 de Octubre de 1834.

(3) 2 de Septiembre de 1836.

(4) 23 de Enero de 1837.

pregunta, *a silly question?* ¿Es lista la Reina de España? (1). Vos, que la conocéis, ¿qué pensáis de ella? ¿Sabéis qué clase de gente rodea á la pobre Reinita Isabel?»... Y como el Rey de los belgas olvidase la respuesta, en otra carta de unos días más tarde, le dice: «En mi última había dos preguntas, á las que no habéis contestado: primera, qué pensáis de la Reina Cristina de España, qué opinión tenéis de ella, porque no se puede creer todo lo que digan; segunda, si sabéis qué clase de gente rodea á la pobre Reinita Isabel, y si está bien ó mal educada...» Toda la correspondencia de aquella adolescente que se aprestaba á ocupar un Trono, está llena de alusiones, de preguntas, de citas relativas á las dos niñas que eran Reinas ya. Y cuando, casi en vísperas de ceñir la Corona, acude á su real consejero pidiéndole que la ilustre sobre todo cuanto debe hacer, el consejo más concreto, más terminante, que del castillo de Laeken la envían en cuanto á política internacional, es éste: «No dejéis de proteger á las dos Reinas de la Península, que bien lo necesitan.»

***

Ajeno á mi propósito el estudio de la influencia de S. M. B. en la política portuguesa, me limitaré á tratar de reconstituir, con las cartas publicadas en dicha colección y otros documentos antes de ahora conocidos, un episodio histórico anglo-franco-español, en el cual intervino personal, directa y activamente la Reina Victoria: el episodio llamado de *los matrimonios españoles*.

Pretéritas ya en aquellos tiempos las cuestiones que originaron la guerra de sucesión al Trono vacante por muerte de Carlos II, subsistía aún en cierto modo el espíritu de los Tratados de la Paz de Utrecht, en cuanto por ellos había quedado asegurada para la dinastía de Borbón la Corona española, á trueque y condición de que jamás una misma persona empuñara los cetros de Francia y España. La sucesión masculina en la línea directa y aun en la colateral había facilitado la conservación de este principio en las transmisiones del solio español á partir de Felipe V; pero la derogación de la ley Sálica y la proclamación de Isabel II, reconocida por Inglaterra y Francia como Reina legítima, tanto en acatamiento de las leyes españolas cuanto por simbolizar la Reina niña principios liberales y constitucionales simpáticos á ambos países, suscitó, sin embargo, en ellos el recelo, desde los primeros días del nuevo reinado, de que al llegar la sazón del matrimonio pudiera peligrar, á consecuencia de éste, el equilibrio europeo, que, en líneas generales, aun después de no pocas y violentas sacudidas, se había restablecido siempre acomodándose á las bases pactadas en Utrecht.

Así, pues, mucho antes de que la propietaria del Trono español llegase á la nubilidad, Francia é Inglaterra hicieron conocer al mundo entero sus miras sobre quién podría ser el llamado á compartir aquél: á juicio de Francia, sólo podría ser Rey consorte de España un descendiente de Luis XIV y de Felipe V; á juicio de Inglaterra, el futuro esposo podría ser quien la novia eligie-

(1) María Cristina, la Reina Gobernadora.

se, aunque poniendo en cierto modo el veto á los Príncipes franceses. Ó, lo que es lo mismo, mientras Francia exigía un Borbón, y Thiers aspiraba á que fuera un hijo de Luis Felipe, Inglaterra veía con gusto á todo pretendiente, con tal que no tuviera asiento en las gradas del Trono francés. Y ambas potencias invocaban para hablar así, no sólo el interés de la paz de Europa, sino el título de protectoras de la Reina española, á cuyo reconocimiento—decían—hubiéramos podido negarnos, como se negaron el Sumo Pontífice y los Gobiernos del Norte.

***

Constituía esto en los dos Estados un sentimiento, una firme orientación nacional, cuando fué proclamada Victoria I. Identificada ella con su pueblo, el pensamiento de impedir que Francia impusiera á Isabel un marido francés se consolidó en ella con todo el vigor de un sentimiento que se trueca en convicción de un deber.

No era aún oportuno plantear el tema; pero cuando el Regente Espartero, anticipándose algunos años á la fecha probable del matrimonio, se mostró francamente opuesto á la boda con un francés—Aumale, Montpensier, quienquiera que fuese—, la Reina Victoria, que no sentía atracción alguna hacia la ex Gobernadora Cristina, de quien decía que «era lista y con dotes de gobierno, pero que no atendió á sus deberes, malgastando el tiempo en frivolidades, descuidando á sus hijas y abandonándolas luego para turbar de nuevo la tranquilidad de un país que empezaba á restablecerse después de la más sangrienta guerra civil imaginable», impulsó vivamente á su Gobierno en pro del Regente, á quien consideraba «el hombre más idóneo que hay en España para el puesto que ocupa», y, al propio tiempo, ella misma fué quien, con toda claridad, trazó á su ministro lord Aberdeen la línea de conducta en el asunto del casorio, diciéndole: «La Reina está segura de que lord Aberdeen comprenderá con ella de cuánta importancia es para Inglaterra que España no llegue á quedar unida á los intereses franceses, *como Francia desea hacer*. El matrimonio de la Reina Isabel es una importantísima cuestión, y la Reina está igualmente cierta de que lord Aberdeen ve, asimismo, que nosotros nunca podríamos permitir que se case con un Príncipe francés. Dentro de poco, la Reina hablará de esto con lord Aberdeen. Entretanto, la Reina ha creído conveniente dar á conocer á lord Aberdeen sus sentimientos sobre los asuntos de España, en los cuales la Reina ha tomado siempre muy ardiente interés» (1).

***

Justo es consignar, para la imparcial apreciación de los hechos, que tampoco los franceses dejaban de mostrar especial predilección por nuestros asuntos interiores; pero al par que las manifestaciones de esta predilección se producían, por parte de Francia, en tono y forma de arrogarse derechos á dispo-

(1) Cartas á lord Aberdeen, 16 y 17 de Octubre de 1841.

ner de los destinos de la Corte y pueblo españoles, la actitud de los ingleses era, por el contrario, la de hacer alarde de dejar á España en libertad de regirse á sí misma y ayudarla á sacudir las ingerencias francesas.

Contaban éstas por aquel entonces con el influjo de la desterrada Cristina, que, desde su emigración en el palacio Courcelles, alentaba en España al partido moderado, y utilizaba todos sus potentes medios de intervención é información en contra de Espartero; dando lugar esta conducta á que, insensiblemente en el comienzo y francamente después, se robustecieran aproximaciones ya iniciadas y se estrecharan lazos entre los elementos progresistas é Inglaterra, si bien, en honor de la verdad, más buscaban aquéllos la sombra y la protección de ésta, que trataba Inglaterra de mezclarse en la política interior española. De ello hallaremos pruebas en el relato de este episodio, durante el cual hicieron cabal conocimiento de nuestras cosas y de nuestros hombres los políticos ingleses, debiéndose quizás á aquel contacto el apartamiento, primero, y la hostilidad, andando el tiempo, que poco á poco fué marcándose en el proceder de la Gran Bretaña respecto de España, hasta que faustos y recientes sucesos han servido de ocasión á rectificaciones recíprocas de juicios y conductas. Por entonces, la versatilidad y el desconcierto de los políticos españoles era tal, que no deja de tener gracia y aun justicia la frase paradójica de lord Russell: «En España—decía—los moderados se llaman así por su violencia, y los progresistas porque no progresan nada.»

Coincidieron, por otra parte, los preliminares de este asunto con un recrudecimiento de la vieja hostilidad entre Francia é Inglaterra, ocasionado, principalmente, por los sucesos de Oriente, en los cuales la habilidad del Ministerio Melbourne, y señaladamente de lord Palmerston, su ministro de Negocios extranjeros, mortificó no poco el amor propio de los franceses; y aun cuando después, el planteamiento de otros problemas interiores de la Gran Bretaña llevó al poder á Peel, con el contemporizador lord Aberdeen como sucesor de Palmerston, no por eso cesó en algún tiempo la malquerencia de ambas naciones, á pesar de que el Rey Leopoldo, tío de la Reina de Inglaterra y yerno de Luis Felipe (1), laboró diestra é insistentemente por una reconciliación que sólo pasajeramente llegó á lograrse, porque, como dicen acertadamente los autores de otro interesante libro que acaba de ver la luz, «la *entente cordiale* no se extendió más allá de las dos Cortes y los dos *Foreing-Offices*» (2), y al primer rozamiento entre los dos Gobiernos sucumbió una amistad que, no habiendo transcendido á los pueblos, bien puede decirse estaba prendida con alfileres.

***

En tal actitud, pues, Inglaterra y Francia, creyó ésta conveniente anticiparse á explanar oficialmente sus teorías acerca de la boda de la Reina de España; y, con tal propósito, Guizot confirió á un ex plenipotenciario francés en

(1) Leopoldo I, Rey de los belgas, era hermano de la duquesa de Kent, madre de Victoria I, y estaba casado en segundas nupcias con la Princesa Luisa de Orleans, hija del Rey de los franceses.

(2) *The History of England during the reign of Victoria,* por Mrs. Sidney Low y Lloyd C. Sanders.

Madrid, M. Pageot, la misión de recorrer las Cortes extranjeras para hacer saber á todas la actitud de su Gobierno. Dió principio el diplomático á su encargo yendo á Londres, y de su conferencia con lord Aberdeen da cabal idea este último en su comunicación de 15 de Marzo de 1842, dirigida á sir Robert Gordon, representante de la Gran Bretaña en Viena, que figura entre los documentos presentados al Parlamento inglés, y que dice así:

«M. Pageot, último encargado de Negocios en Madrid, ha sido enviado aquí por el Rey de los franceses, con el objeto de manifestar al Gobierno de S. M. las opiniones y política de su Soberano respecto á España, con la esperanza de obtener nuestra cooperación...

»El gran remedio que propone el Rey de los franceses para todos los males presentes y futuros de España, es nuestro acuerdo respecto al matrimonio de la Reina. Declara que renuncia completamente á todas sus pretensiones en favor de cualquiera de sus hijos; pero que Francia nunca se avendrá á ver casada á la Reina con un Príncipe que no sea de la familia de Borbón... Á todo esto contesté que no reconocía en Francia, ni en toda Europa, ninguna clase de derecho á disponer de la mano de la Reina de España. Que cuando el Rey de los franceses reconoció los derechos de esta señora al Trono lo hizo sin estipular de ningún modo que se casase con un Príncipe de la Casa de Borbón; y que, aun cuando por razones políticas enlazadas con la conservación de la balanza de los poderes de Europa, *no miraría Inglaterra con indiferencia* la elección de un Príncipe francés, no pretendería tampoco poner su veto en cuanto á la familia de Borbón; y que si la Reina de España y su Gobierno creían oportuno hacer semejante elección, aceptaría de buen grado al Príncipe designado como esposo suyo.

»Nosotros consideramos en verdad esta cuestión como entera y exclusivamente española, y juzgamos que debe arreglarse atendiendo á la felicidad de la Reina y al bienestar de su país. Á la Nación española y á su Gobierno cumple acordar lo conveniente en asunto tan importante para los intereses de España.»

Quedaban, pues, bien marcadas las posiciones de unos y otros. Francia repetía su eterna cantinela de que el Rey consorte había de descender de Felipe V, aunque, por temor á una conflagración europea, renunciase á que lo fuera un hijo de Luis Felipe. Inglaterra se constituía en paladín de la absoluta libertad de Isabel y su Gobierno para elegir el marido de aquélla.

De todos modos, la elección no podía ser entre muchos. Pensóse por alguien en el Príncipe heredero de Portugal; pero éste era un niño. Intentó el duque de la Victoria apoyar la candidatura del Príncipe holandés; pero su religión lo hacía imposible. El Borbón de Parma con que pudo contarse, se casó sin aguardar el fallo de su augusta pariente. Quedaban, pues, entre los Príncipes casaderos, el conde de Montemolín, cuya significación no era grata al liberalismo español; el conde de Trápani, que tampoco complacía á éste, y que, como napolitano, era mal visto por Austria y antipático al Papa; el Príncipe Leopoldo de Coburgo, hermano del Rey de Portugal y primo del Príncipe

consorte de Inglaterra, á quien desde el origen de las candidaturas vió Francia con recelo; y los dos hijos del Infante D. Francisco de Paula, D. Francisco y D. Enrique de Borbón, duques de Cádiz y de Sevilla, respectivamente.

Lord Aberdeen tuvo la satisfacción de que M. Pageot tornase á París sin haber logrado que Europa tomase partido por los descendientes de Felipe V. Metternich, cuyo peso en la balanza era decisivo, se inclinó desde luego en favor de la teoría sostenida por Inglaterra. Aberdeen, comentándolo en otra comunicación de 26 de Abril siguiente dirigida á Gordon, le dice:

«El Gobierno de S. M. ha visto sin sorpresa los sentimientos expresados por el Gabinete austriaco, y observado con gran satisfacción su conformidad con los que en este país se abrigan. Era de esperar que á los sentimientos de justicia y rectitud que distinguen al Gabinete de Viena, repugnase todo intento de dictar leyes en semejante asunto á un Estado independiente.

»El sacrificio que hace el Rey de los franceses de un Príncipe de su propia familia le sugiere el poco razonable deseo de que la elección de la Reina recaiga sobre otro individuo de la Casa de Borbón, con exclusión absoluta y perentoria de los demás competidores. M. Pageot se ha aventurado á insinuar que la paz de Europa puede depender del arreglo de este asunto... Lo cierto es que, prescindiendo de si semejante matrimonio es ó no apetecible, la manera de presentarlo puede excitar sentimientos de indignación y resistencia en los pechos de los españoles que aprecian en lo que vale la dignidad é independencia de su país.»

Pero, á pesar del escaso éxito de su propuesta, Guizot no quiso que quedase nadie en Europa sin conocer el arrojo con que Francia sostenía la pretensión borbónica, y, aunque no creyó necesario que Pageot fuese á San Petersburgo, escribió á Casimiro Perier lo siguiente, para que lo comunicase al Gobierno ruso (1):

«Nuestra política sobre la materia es muy sencilla. Por interés de la paz general y del equilibrio europeo, no tenemos ninguna pretensión á la mano de la Reina de España para los Príncipes franceses; pero, en cambio, no *admitimos* tampoco Príncipes extraños á la Casa de Borbón... Ni proponemos ni prohibimos ninguno. El que convenga á España nos convendrá á nosotros estando comprendido en la Casa de Borbón. Esto es para nosotros *un interés francés de primer orden. Tenemos derecho á pensar y decir que esta ó la otra elección* nos parecería tan contraria al interés de Francia, que, llegando á efectuarse, *nos colocaría en una posición hostil respecto de España.*»

***

Era, pues, patente la actitud de amenaza en que los franceses se colocaban. Mientras que Inglaterra, para el peor de los casos, el de un Príncipe francés, sólo decía comedidamente que no miraría tal elección con indiferencia, Fran-

(1) Comunicación de Guizot á Perier, fecha 23 de Junio de 1842, inserta en los documentos presentados á las Cámaras francesas.

cia proclamaba *urbi et orbe* su derecho á colocarse respecto de España en una posición hostil si la boda no se hacía á su gusto. Y era tan evidente que el Gobierno inglés no quería patrocinar candidato alguno, que cuando Mr. Aston, su ministro en Madrid, pidió su apoyo en nombre de Espartero para el Príncipe de los Países Bajos, Aberdeen no pudo menos de mostrarse sorprendido, y así lo comunica á la Reina Victoria en una de las cartas ahora publicadas y que lleva la fecha de 27 de Septiembre de 1842. «Lord Aberdeen cree humildemente que el lenguaje hasta ahora empleado por el Gobierno de V. M. sobre este tema no debe variar en nada, y que el caso debe tratarse enteramente como una cuestión española. La Gran Bretaña hubiera mirado lógicamente un matrimonio con un hijo del Rey de los franceses tan dañoso para España como amenazador para Europa; pero no necesitará probablemente emitir semejante opinión respecto de ninguna otra alianza. Al par que esto debe ser claramente establecido, y exhortado el Gobierno español á proceder según sus propios independientes puntos de vista en cuanto á los reales intereses del país y de la Reina, lord Aberdeen propondría que por Mr. Aston se informase explícitamente al Regente que éste no debe esperar recibir ninguna concurrencia del Gobierno de V. M. para apoyar el casamiento con el Príncipe de los Países Bajos.»

Pero aún más. Por si acaso alguien en Europa dudaba de que para Inglaterra el asunto era exclusivamente español, el propio Peel, en la Cámara de los Comunes, declaró rotundamente: «España tiene el derecho y el poder de contraer las alianzas matrimoniales que juzgue conveniente.» Guizot, en cambio, entendiendo que, en el fondo, Inglaterra continuaba excluyendo á los Príncipes franceses—y ya hemos visto en qué términos de moderación se había hecho la exclusión—, escribió á su ministro en Londres la siguiente altanera comunicación:

«He querido que todos supiesen de antemano, y muy claramente, cuál sería la política de Francia en este asunto. La Nación española, su Reina, su Gobierno y sus Cortes están en completa libertad para hacer lo que les convenga en esta cuestión del matrimonio. *Pero los Estados,* lo mismo que los individuos, *no son libres sino con riesgos y peligros;* y su voluntad no podría encadenar la de sus vecinos, quienes, á su vez, *son libres para obrar según sus propios intereses.* Decir desde luego qué actitud se tomará, qué conducta se seguirá si se verifica tal acontecimiento en un Estado, es imprudente cuando no se está *bien resuelto,* en efecto, á tomar esa actitud y á observar esa conducta; pero es leal *cuando se ha tomado ya esa resolución*» (1).

Mientras todo esto sucedía, la falta de condiciones personales de los otros candidatos y las dotes de Leopoldo de Coburgo iban abriendo camino á la candidatura de éste. Pero aunque Leopoldo había visitado á la Reina Victoria, que, en carta al Rey de los belgas, se muestra encantada de él (2), y con-

(1) M. Guizot al conde de Saint Aulaire (13 de Marzo de 1843). Documentos presentados á las Cámaras francesas.
(2) *He is so much improved and is such a modest sensible boy.*—Carta del 1.° de Febrero de 1842.

taba, claro está, con el cariño del Príncipe consorte, estos afectos privados no alteraron en nada la línea de conducta de la Gran Bretaña. Lejos de ser así, cuando el ministro inglés en Lisboa, lord Howard de Walden, en un despacho confidencialísimo, dió cuenta á Londres de que en la Corte lisbonense se daba viento á la candidatura de Leopoldo, lo cual era lógico dado su íntimo parentesco con el Rey Fernando, el propio Príncipe Alberto se apresuró á escribir á lord Aberdeen una carta, publicada ahora por su egregio hijo, en la que decía: «Á la Reina le parecerá bien que usted informe á lord Howard que la posibilidad de un matrimonio entre el Príncipe Leopoldo y la Reina de España ha sido, durante algún tiempo, una de sus ideas favoritas y de las mías, y que usted creyó que esta combinación tenía ventajas que difícilmente podría ofrecer ninguna otra. Pero que el asunto ha sido y fué tratado aquí como pura y exclusivamente español, y nosotros nos hemos abstenido cuidadosamente de intervenir en él, dejando que sus propios méritos le abran ó no el paso. Usted debe decirle que desea que él adopte la misma actitud, sin perder el asunto de vista y comunicando cuanto él oiga relacionado con ese tema» (1).

Tan desinteresado proceder no impedía, sin embargo, que Victoria y su Gobierno dejasen de exponer lealmente su opinión cuando algún candidato no les parecía conveniente desde el punto de vista español. Así pues, una vez que Metternich pareció inclinarse á favorecer el matrimonio de Isabel con el hijo de D. Carlos, la Reina de Inglaterra escribió á Aberdeen desde Windsor lo siguiente: «La Reina está hoy tan convencida como siempre de que, en vez de tender á pacificar España, esta combinación no dejará de renovar las discordias y de excitar las esperanzas de un partido ya vencido, para vengarse y readquirir el poder, llevando la guerra civil hasta el mismo interior de la familia. La Reina desea (si lord Aberdeen coincide en esta apreciación del caso, como ella cree) que esto se haga entender claramente á sir Robert Gordon y al Príncipe de Metternich» (2). Y tan al unísono pensaban en la materia la Reina y su ministro, que lord Aberdeen, al contestar á la Soberana, le participó haber enviado con anterioridad un despacho á sir Gordon, expresándole las mismas ideas.

***

No estaba, pudiera omitirse consignarlo, en suspenso la política internacional europea en espera de la fecha aún remota de los desposorios de Isabel de España.

El Trono vacilante de Luis Felipe, sin otro apoyo exterior que el de su suegro, y ya amenazado en el interior de los embites que años después lo echarían por tierra, anhelaba hallar en poderosos aliados garantías de estabilidad. El Gobierno de la Gran Bretaña, por su parte, encomendado entonces

(1) El Príncipe Alberto al conde de Aberdeen (20 de Julio de 1843).
(2) 13 de Agosto de 1843.

en cuanto á las relaciones extranjeras al temperamento conciliador y pacífico de Aberdeen, se inclinaba resueltamente á una política de concordias que permitiera á Peel atender al estudio de transcendentales problemas domésticos. Todo esto lo percibía y apreciaba el sagaz hombre de Estado que se llamó Leopoldo I de Bélgica, y, utilizando en pro de la tranquilidad europea sus relaciones de familia con Victoria y Luis Felipe, condujo suavemente á las dos Cortes hacia una provechosa inteligencia.

El primer paso para ella fué la entrevista de los Soberanos ingleses con los Reyes de Francia en el castillo de Eu, entrevista á la que por el pronto quiso revestirse de carácter familiar é íntimo, pero á la que, no obstante, la concurrencia á ella de M. Guizot y de lord Aberdeen y el desarrollo de los sucesos que después fueron acaeciendo, concedieron en seguida los honores de un gran acontecimiento histórico.

Allí se zurció la *entente cordiale* anglo-francesa, con mejor intención que acierto, y sin otras garantías que la honorabilidad y la respetabilidad de los contratantes. Los *matrimonios españoles*—pues, á partir de ese día, ya entra también en juego el de la Infanta Luisa Fernanda—fueron principal base de concordias y transacciones; y fiestas campestres, banquetes, revistas militares, todo el aparato de los regios regocijos sirvió de fondo á la escena en que los jefes de dos poderosos Estados rivales deponían actitudes, si no hostiles, esquivas cuando menos, é inauguraban un régimen de mutua confianza y estrecha amistad.

La Reina Victoria estaba encantada «en medio de esta admirable y verdaderamente amable familia, entre la que nos hallamos *quite at home* y como si fuéramos de ellos mismos» (1). Y el autor de aquella obra, buena en la intención, aunque deplorable en los resultados, la respondía: «Yo estaba seguro de que el personal contacto con la familia de Eu os interesaría, y, al propio tiempo, removería algunas suspicacias con respecto al Rey, que realmente eran infundadas: sobre todo, el intento de representarle como el más astuto de los hombres, calculando constantemente medios para engañar á las gentes» (2). ¡Cuánto releería esta carta Victoria de Inglaterra tres años más tarde, al ver violados todos los pactos de Eu!

Pero, en fin, por el momento, Marte tiró la lanza y Minerva desarrugó el entrecejo. La animosidad, de antiguo latente, y desde 1840 ostensible, por las maniobras un tanto francófobas de Palmerston, cedió el paso á una cortés y deferente diplomacia. Melbourne, que desde detrás de la cortina seguía aconsejando á la Reina Victoria, se engañó al creer que la visita al castillo de Eu no tendría transcendencia política, y fué desoído cuando aconsejó que no se hiciera allí tratado ni componenda alguna (3). La lealtad inglesa se fió por entero á la caballerosidad de los franceses; y el deseo de la paz colocó á Ingla-

---

(1) Carta al Rey de los belgas en 4 de Septiembre de 1843.

(2) Carta á la Reina Victoria en 8 de Septiembre de 1843.

(3) *Do not let them make any treaty or agreement there.*—Carta de lord Melbourne á la Reina Victoria en 6 de Septiembre de 1843.

terra en actitud más benévola respecto de las pretensiones de Francia, en orden á los matrimonios españoles. Aquélla *recomendaría* á la Reina de España que aceptase un Borbón como marido; y así que Isabel tuviera sucesión, y fuera indiferente quién había de casarse con su hermana, el Rey Luis Felipe podría tener la dicha de pedir para su hijo el duque de Montpensier la mano de la Infanta Luisa Fernanda, quizá la más linajuda y más rica Princesa disponible por entonces en Europa.

Los términos del pacto, de aquel sorteo de las vestiduras españolas, en el que, ¡ay!, no se contaba apenas con España, eran tan claros, que no requerían interpretación. Y apenas si Francia trató de interpretarlos luego. ¿Para qué? Con violarlos le bastaba.

FÉLIX DE LLANOS Y TORRIGLIA.

*(Se concluirá.)*

# La estética del vagabundaje.

La carretera, ancha, blanca, enarenada; la carretera, que si no es «el camino que anda», es el camino que mejor hace andar al hombre, insinúa persistente la marcha, sin fin y sin objeto, hasta el automatismo ambulatorio:

*J'aime donc ce chemin qui se cache et s'enfuit*
*dans le fond du ravin, fleur de mystère et d'ombre.*
*Il m'invite à marcher, même pendant la nuit,*
*et j'aime les echos de cette voûte sombre.*

Así expresa Verlaine esta acción sugestiva. Pero, en tanto que avanza por «el *dron* sin fin», el vagabundo parece que no sabe apreciar la belleza indecible de la casta Naturaleza, que se le muestra solitaria y silenciosa, diríase pensativa. Porque este tipo humano, cuando está acabado y completo, tiene los cinco sentidos como vueltos hacia sí propio, y no le interesa más que el mundo de su alma, con sus paisajes interiores, inquietos y sombríos de ordinario.

Nuestras observaciones en los caminos, en los asilos y refugios, nos han revelado estas tres variedades psicológicas de la marcha, que colocamos según el orden de su mayor frecuencia:

*a)* La marcha casi inconsciente y amnésica, punto menos que en una anulación de la vida psíquica.

*b)* La marcha en un estado de asociación ideológica ó hipermnésico exaltado, en un flujo de memorias y reminiscencias que ocupa todo el campo de la conciencia, suprimiendo enteramente la percepción de lo exterior, y que cesa bruscamente en las paradas.

*c)* La marcha clara, consciente, con sorprendente memoria topográfica (tal la que demostró varias veces Vacher, «el salteador de pastores y pastoras»), pero fría ó muy poco iniciada en la emoción estética del paisaje, que apenas pasa en los vagabundos de alguna rudimentaria expresión, como en los jeroglíficos de Freistädt, reproducidos por Gross últimamente (cuatro apuntes simbólicos de las estaciones).

La raíz de esta deficiente emoción se encuentra, á nuestro parecer, en la esencia misma de la naturaleza vagabunda, fruto de una individualización desmesurada. Cada uno de ellos es, para sí, «el Único», como diría Stirner, el filósofo del individualismo anarquista, en quien no es difícil descubrir alguno de los rasgos del tipo vagabundo que produjeron su desasimilación social. A lo sumo, el vagabundo, cuando no está obsesionado por sí mismo, se interesa levemente por «el hombre»; pero, entiéndase bien, por «el hombre» en general, la especie zoológica de la cual es un fragmento en un instante. En el número de sus artes y habilidades figura, casi siempre, en primer lugar, la

música—la música que expresa el flujo y el reflujo del corazón humano, desde los días anteriores á la articulación de la palabra—; después, la talla á navaja en el bastón que asegura sus pasos vacilantes; las piernas arqueadas, los pies zambos, las cojeras diversas, que parecen incompatibles con sus marchas increíbles de lobo hambriento. Y estas tallas representan, casi siempre, rostros humanos; desdeñando los animales, que, viceversa, el hombre primitivo escogió como tema de su obra, ya tan intensa (recordemos los caballos dibujados en el cuerno de ciervo de la estación prehistórica de la Magdalena, con el relieve del gran músculo del cuello que sostiene la pesadez de la cabeza).

Constancio Bernaldo de Quirós.

# ASÍ NACIÓ EL ANARQUISMO

(CUENTO)

## I

### Visión.

Mi tierra es bendita y es amante; es tierra de luz y de flores, de hayas corpulentas, de prados esmeraldinos, frescos como labios de mujer prolífica; es tierra de amores, y los amores son bellos; es tierra luminosa.

Luce el sol en fulgencias y tintes que antes fueron llamaradas y resplandores de carmín y violeta, rojos y anaranjados; incendio de luces fundidas al fin en franjas opalinas y tornasoladas. La tierra, vestida de verde y de blanco, luce sus prados brillantes como esmeraldas mojadas con lágrimas de niño, y las peñas enormes que circundan el pueblo lucen sus monteras de nítida nieve, y el granito su ceño rencoroso, y el robledal su fortaleza, y el haya adusta y salvaje el valor de su adustez, bufando á veces, cantando otras quedamente, entonando á ratos estrofas de salmodia húmeda, y lanzando chasquidos y gritos supremos, cuando el vendaval se estrella contra sus ramas parasoladas, luciendo también su poderío pujante y amedrentador.

Todo luce y todo canta: cantan los mozos, y cantan las mujeres; canta el sol su canción á la vida; canta la tierra su himno á la fecundidad; canta la gaita, en estrofas soñadoras y ondulantes, su cántiga serena y humilde, y el pueblo permanece tranquilo, acostado, sereno, aprisionado por riscos, mecido por los hayales que le circundan, despertado á veces por los aleteos de un águila que esparce sus alas dando sombra al pueblo, dormido por el rumor amoroso de los hatos andariegos, que caminan y caminan sin cesar.

Mi tierra es bendita; mi tierra no tiene sabios, ni santos, ni artistas, ni escuelas; mi tierra es la patria del amor y de la verdad expresados sin formalidades que quitan á ambas el poderoso encanto de su vitalidad, y allí, en aquel rincón del mundo, sólo tienen los hombres por altar las cimeras inmaculadas de la peña, y por soberano absoluto, el esplendoroso sol que reparte sus energías, tapizándolo todo con sus dorados alientos. En ese rincón no se oyen más gritos que los de los montañeses, ni más voces que las de los ojeadores, mezcladas en confusa sinfonía con los chillidos de la mujer que corre perseguida por el mancebo, y con el golpe seco del hacha que muerde el secular roble y cae erguido y gallardo como hercúleo luchador sobre el verde eterno de unos valles floridos y lozanos, manchados por el subido color de amapolas que crecen entre margaritas, campánulas y digitales.

Los sabios no pusieron allí su planta, ni los artistas durmieron jamás acompañados por el aroma del heno que embriaga, ni los sacerdotes levantaron la hostia en la que encarna el Supremo Artífice, ni las luchas del hombre por la llamada idea turbaron el silencio supremo de aquellas tierras, que sólo tienen por música el melancólico y vibrante sonido de la gaita; por ciencia, las sose-

gadas pláticas del viejo que habla de consejas y de ensueños; por poesía, la canción brava de los cazadores; y por escultura, las portentosas cristalizaciones de la cal en las grutas de las peñas, y las figuras gigantescas del granito que, sorprendido en sus dantescas dislocaciones por el frío intensísimo de ayer, quedó hoy paralizado, enseñando las calveras enormes de sus picos, los tajos profundos, las simas y hondonadas desconocidas, las perennes huellas de carreras antiquísimas que los dioses caídos hicieron con sus zarpadas, cuando, destronados por la Belleza, escaparon zancajeando con resuellos de titanes, vencidos y maltrechos, llevando en sus frentes de megaterio la señal infame de su inmutable egoísmo.

Mi tierra es bendita; mi tierra tiene luces y manojos de hortensias y plumeros de lilas; flores de intenso color, rojas como sangre joven, como labios de mujer sensual; prados olientes y bellos como amanecer plácido y lumínico; cresterías que se funden en violáceas fulgencias; escorzos que cortan el cielo en líneas valientemente quebradas. En mi tierra no hay leyes, ni códigos, ni escuelas, ni templos; allí sólo se ama viviendo, y amando se muere. Mi tierra es bendita; mi tierra tiene mozos que cantan en la bolera, y mujeres que bailan á compás de una gaita soñadora, alumbrados por un sol esplendoroso, y nutridos por un aire que embalsaman las flores, aromatizan los tomillares y laureles, y, al aspirarlo, deja en la boca un sabor á besos...

.....

¿Dónde estás, tierra adorada?

Lector, duérmete en los brazos de la mujer ideal, de la mujer quimera; mastica opio; escucha el trinar encelado de ruiseñor amoroso; apártate del mundo..., vuela..., asciende... ¿Sueñas? Seguramente querrás ser feliz... Sigue soñando... ¡Estamos en mi tierra!

## II

### Transición.

Desde entonces hasta hoy pasaron muchos años, y muchas lunas volvieron á perderse tras las peñas altas de la *Escitia*.

Un día aparecieron en aquellas tierras gentes extrañas, y mis hombres, sorprendidos, acordaron replegarse y vivir en lo más alto del valle.

Fué una tarde del tiempo de la nieve, porque allí, en aquel rincón del mundo, el calendario no se conocía, y sólo se llamaba al tiempo según el tiempo fuese: y así, el tiempo frío era tiempo de nieve, y el caluroso, tiempo de sol, y el primaveral, tiempo florido, y el precursor del invierno era el tiempo sagrado, porque entonces se cogía la yerba, y los castaños se pelaban, y el trigo limpio se llevaba al molino, y las majadas se ponían en el lindero del pueblo, cerca de las cabañas para librarlas del oso, lejos de la nieve para librarse del frío.

El valle nevado quedó herido por la huella de los hombres y de los animales, y tras de contados días, cayeron las chozas, y las vacas y cabras mudaron

de aprisco, y las gentes cambiaron de hogar, y el pueblo se replegó en las vertientes de la peña, por bajo de los picos, por cima del valle, dominando la tierra abandonada.

Corrían los días; levantábanse edificios extraños, y por los suelos se arrastraban aristas de plata, que el sol convertía en reverberos de luz abrillantada y cegadora. Mientras tanto, los hombres del alto seguían viviendo su vida de antaño, y sólo á veces asomábanse medrosos para contemplar el cambio profundo sufrido por su antigua tierra. Pasó aún más tiempo, y al de las nieves sucedió el de las flores, y al de las flores el tiempo sagrado; y una noche el estruendo metálico de mil voces chillonas que herían los ámbitos del valle, puso en conmoción á los indígenas. Asomáronse por los acantilados, y vieron lo ocurrido: cegados por el resplandor, torcían sus cabezas, y las crespas cabelleras eran cogidas violentamente, cual si con el esfuerzo de los dedos pudiesen hacer que sus pelos y crines arrancasen á su entendimiento infantil la causa del insólito fenómeno que veían.

La luna plácida les enviaba sus caricias, y pasado el álgido período del estupor, primer momento que tuvo la ciencia en su desarrollo, aquéllos siguieron extáticos, contemplando el valle resplandeciente de luz, el humo negro y compacto que se cernía un instante sobre la naciente ciudad, y subía más tarde en forma que se deshacía en esqueléticos brazos que estrechaban las olmedas para perderse en la intimidad del bosque; el horrísono y estridente chasquido de algo duro que, al quebrarse, se quejaba con resuellos más fuertes que los del osezno herido, y á los hombres que corrían y andaban gesticulando, subidos en máquinas que caminaban veloces pitando por cima de extraños senderos, colándose por la entraña de una peña, de la que luego extraían pedazos de roca disforme, que llevaban al sitio aquel de donde salían aullidos y voces, gritos salvajes, silbidos estridentes, chasquidos horrísonos, cascadas de luces, llamaradas majestuosas, estruendos desconocidos, algo grandioso é infernal sólo atisbado por los ensueños de un Dios loco ó por las calenturientas utopías de un Titán encelado.

Pasó más tiempo; mis hombres habían perdido los caracteres que les eran propios, y sus energías, desfallecidas por el espectáculo impresionante que los aletargaba, no se dedicaban á la práctica de sus costumbres y antiguas artes; las mujeres, perplejas y dudosas, miraban con insano deseo á los habitantes del valle bajo, y el tiempo de las flores no se celebraba con las danzas y canciones de antaño, ni el de las nieves se dedicaba á la caza cruenta del osezno, herido, cuchillo en mano, por el fornido cazador, y perseguido por los perros valientes, que husmeaban entre la maleza, lanzando aullidos triunfales cuando divisaban la parduzca piel del fiero enemigo.

Sólo la flora del alto permanecía exuberante: la parte del oriente, cortada por inmenso hayal, contrastaba con la opuesta, llena de luz, de robles y de frescura. Por encima de aquélla descollaban las cumbres vírgenes de la sierra, luciendo su crestería fantástica, y unos breñales de cañas y de madreselva adornaban el fondo, sobre el que aparecía, brillantemente alumbrado, el

nuevo pueblo de chozas y cabañas, tendido á la sombra de nogales, cuyas ramas extensas se inclinaban para humedecerse en el agua pulverizada por un brinco gigantesco, salvando en mágica cascada el abismo cubierto por helechos salpicados de cristalinas gotas, en las que la luz, descomponiéndose en miriadas de colores, moría en un diáfano vapor de tintes y reflejos jamás vistos.

Pero el bajo perdía toda su lozanía: ya no daban sus prados la yerba olorosa, ni los pinos la resina cristalina, ni los nogales el fruto del tiempo sagrado, ni los castaños sus flores blancas y sonrosadas.

Todo fué herido, tronzado, despiadadamente deshecho, brutalmente mutilado, y sólo alguna zarzamora que renacía entre lingotes herrumbrosos, y los troncos carcomidos que pujaban por retoñar entre negruzcas escombreras, era lo que quedaba de lo que fué, de lo que no volvería mientras los hombres con sus ansias civilizadoras talasen la vestidura que hacía bella la tierra, y se esforzasen en vencer el salvajismo de los extraños que adoraban al sol, esculpiendo leyes egoístas, pregonando una moral raquítica y fanática, cantando las armonías de un arte artificioso, vulnerando el misterio de la conciencia ajena, organizador de un estado social que intentaban sostener con fuerzas tiránicas y obedecedoras del mandato imperativo, para reprimir agonizantes alientos de los que consideraban la belleza como justicia suprema y terminación hermosa de una idea que surgía prepotente y emanaba de las almas artísticas y libres.

## III

## Tradición.

En una tarde del tiempo del sol, los habitantes del alto del valle se congregaron á la sombra de un haya, y juntos pidieron al viejo *Esteropes* el consejo preciso para recobrar la independencia y la pública salud.

De todo lo que fué nada quedaba: el respeto mutuo, cumplido voluntariamente por el pueblo en tiempos pasados, quería imponerse ahora, merced á férreas prescripciones, alentadas por seres que triunfaban y vivían gracias á esa fuerza; el sentimiento artístico en sus infinitas manifestaciones se llegó á supeditar á fórmulas casuísticas y aparatosas, y la inteligencia se esclavizó y se la hizo caminar arrastrándose en un campo miserable que habían jalonado unas ficciones á las que llamaban ley, interés, justicia.

El viejo que encarnaba el espíritu de la raza agonizante, pero virgen, fué interrogado, diciendo:

—*Esteropes:* tú que sabes leer en las aguas de la cascada, y anuncias los futuros sucesos mirando las manchas de la luna, y predices lo que ocurrirá con sólo contemplar el vuelo raudo de los condores, sana nuestro pueblo y ordena lo que hemos de hacer.

*Esteropes,* pensativo, con su huesosa mano atusando las barbas blancas como cerco de luna, permaneció impasible, sentado sobre la roca, acostado contra el haya espaciosa que cobijaba amorosamente la congregación.

Los sabios, viendo que *Esteropes* no hablaba, se acercaron y dijeron:

—Tú, que has prodigado las dichas y nos has hecho venturosos; que desciendes de *Deucalión,* fuiste hijo de *Prometeo* y nieto de la *Tierra,* hermano de *Heleno Divino,* de *Eolo* y de *Xuthos,* y que posees el misterio que el primero dejó para producir «un fuego más poderoso que el rayo, y más pavoroso que el trueno, capaz de romper en la misma mano de Neptuno el tridente de que se servía para levantar el Océano y hacer saltar la tierra...»; tú, que eres dios de la *Fuerza* y de la *Violencia,* ¿no nos dirás lo que hemos de hacer para salvarnos?

El anciano, inmóvil, seguía manoseando la barba blanca como pluma de paloma, y sus ojos bailarines y de frío mirar continuaban posados sobre las cabezas de los hermanos, que esperaban con unción la divina conseja.

Entonces los viejos exclamaron:

—*¡Esteropes,* sálvanos! Los de abajo construyeron templos en los que los poderosos escriben preceptos que los favorecen, y nos hacen pensar supeditando nuestro pensamiento á límites convencionales que de antemano nos trazan... Los de abajo nos roban nuestras costumbres, destruyen nuestros hogares, prohiben nuestros juegos, ensalzan lo que llaman moral pública, y luego se dedican á tomar la mujer ajena... ¿Qué haremos para evitarlo?

Y el setentón de las barbas blancas como hoja de margarita permaneció mudo, mirando á las tórtolas que se arrullaban entre las ramas del haya.

Los escasos artistas que escuchaban al pueblo pedir á *Esteropes* lo preciso para vivir como vivieron, se adelantaron hacia el viejo, doblaron sus frentes, y, ofreciéndole ramos de acanto y flores de loto, le hablaron así:

—*Esteropes:* nuestro arte muere; prostituyen nuestra belleza; los desnudos de nuestras obras son quebrados y maltrechos, y una falsa percepción artística se enseñorea del mundo y de la vida: tenemos que vestir á *Eros* y cubrir con mantos tupidos las líneas semidivinas de la *Venus* triunfal. *Esteropes:* tú que predices lo que ha de venir, y tú que te salvaste sobre las cumbres del *Parnaso* del diluvio que *Júpiter* mandó para castigar á los hombres que no quisieron ser esclavos del poder ni de la preocupación, danos la fórmula que regenere á la raza moribunda.

El anciano continuó silencioso. Entonces los niños, que, jugando con los cuernos de los rebecos, triscaban por la yerba, miraron al protector del valle, y aquél los llamó hacia sí, y, sentándolos á sus pies, les habló:

—Vosotros, vosotros seréis mis descendientes; vosotros recibiréis el espíritu que informaba la raza bella; vosotros seréis la base del pueblo nuevo, que ha de formarse á imitación del que fué, porque hasta ahora desconocéis lo ignorado, y esto es lo que siempre domina al hombre de espíritu inquieto...

Cuando aquí llegaba, uno interrumpió diciendo:

—¿Entonces hicimos mal en escuchar lo que otros nos enseñaron?

*Esteropes* repuso, con enérgico y altivo ademán:

—Era preciso: lo bueno sólo es bueno porque se lo compara con lo malo; lo que os ocurre sucederá á todos los que vengan; pero los últimos que lle-

guen armonizarán el mal y el bien, y de ese acoplamiento saldrá el equilibrio preciso para la vida. Para esto será preciso que se restaure lo viejo, que se mate lo naciente, que absorbe el jugo de la existencia... Muchos morirán, pero los últimos cantarán victoria: ellos pensarán con verdad, sentirán con rectitud, querrán con libertad, y suya será la armonía de la vida.

—Entonces—preguntaron varios—tú que sabes lo que hay que saber si escuchas lo que el agua te dice cuando cae rugiendo por el abismo, ¿sabrás lo que tenemos que hacer para llegar á vivir así?

—¡Ah, la vida! No la viviréis vosotros, sino que la vivirán éstos—y señaló á los niños—. Esa vida es vida de amor, es vida de libertad, es vida de juventud...

Las palabras del viejo ocasionaron hondo sobresalto á los que las escucharon, y después de interrogarse con los ojos encandilados por el deseo de gozar, exclamaron:

—*¡Esteropes, Esteropes!* No te entendemos...

Éste murmuró:

—Oid: una noche la luna cantó en mis oídos una dulce sonata que me abrió las puertas de un mundo desconocido, del mundo de los ensueños, que luego son realidades...

—¿Qué te dijo la luna?—preguntáronle los niños. Y el viejo, sonriendo, continuó:

—¡Ay de vosotros, los que vivís en la opulencia, los que dormís en lechos de marfil, los que os ungís con el mejor ungüento, los que cantáis á la voz del salterio, los que trocáis en amargura el juicio, el fruto de jactancia en ajenjo, y no os doléis por el quebrantamiento de la ciudad! ¡Ay de vosotros! Mas he aquí que levantaré una gente, y os acabaré desde la entrada del valle hasta el arroyo del desierto, y entonces vendrán los tiempos del *amor,* de la *justicia,* de la *verdad,* y las mujeres besarán nuestras frentes, y en el éter resplandecerán nuestras figuras, y unos caerán, pero otros vivirán, y el recuerdo de aquéllos será el aliento que imprima una ascendente marcha á la nueva Humanidad.

*Esteropes* calló. Su cuerpo fatigado descendió pausadamente, y los niños, tocando sus barbas, le llamaban:—*¡Esteropes, Esteropes!*

Abrió el anciano los ojos, y dulcemente murmuró:

—Vosotros, vosotros seréis los salvadores del pueblo nuevo... Predicad, predicad, y si no os escuchan, destruid: no os alarméis, destruir es crear: nada muere y todo vive: destruyendo se purifica. Yo he sorprendido á la Naturaleza en sus misteriosas confecciones, y en mi choza tenéis la clave para realizar el comienzo de la vida nueva... ¡Hijos míos, utilizad el fuego: es aliento de *Helios:* es más poderoso que el rayo, es más pavoroso que el trueno: él levanta el Océano, y hace saltar la tierra!

*Esteropes* entornó sus párpados, y, apoyando la cabeza contra el suelo, besó la tierra y expiró.

Sonó el chillido áspero del milano cuando cogía entre sus garras la tórtola

cenicienta; el sol se ocultó entre nubes pardas, y los niños, que aún rodeaban al anciano, le seguían llamando:

—¡*Esteropes,* viejo *Esteropes,* sálvanos!

Pero el viejo dormía, dormía serenamente, y su cuerpo frío no sentía ya las caricias de los niños, que más tarde serían, según la conseja contada por la luna, los redentores de una generación doliente y pervertida.

## IV

### Germinal.

Marcaba el espíritu de la nueva raza un egoísmo terrible, verdaderamente brutal: hacía muchos años que un filósofo, en sus caminatas por la vida, había arrojado entre los hirsutos pinos que formaban con sus troncos un templo, en el que alentaba el alma druida, la simiente de su escuela; y el hombre, que siempre es campo fértil para cobijar y producir la maldad, cultivó ésta con amor celoso, y el fiero egoísmo surgió arrogante como fruto abrillantado por la fantasía del anémico, pero triunfal y boyante como canto de perdiz.

No quedaban restos de lo pasado: la población moderna, ensanchada por todo el valle, ocupaba lo que antes fué flora luminosa como pedrería pulimentada; al prado sucedió el rastrojo; y los bosques, que cerraban con el misterio de sus secretos el paisaje, fueron talados, quedando tan sólo escasos tocones, monumentos perennes, documentos vivos que cantaban la belleza del tiempo que se hundió en el abismo de lo eterno.

Los hombres, aquellos hombres hercúleos, fornidos, leñadores incopiables, de constitución orgánica atorada, con músculos de acero templado y carnes duras como el corazón enciniego, fueron sucedidos por otros diminutos, burlesca caricatura del macho racional, y sus artes, sus ciencias, sus iniciativas, unían á su pobreza un sello de ruindad y de decaimiento que las trocaba en repugnantes.

El sol fecundo, el sol grandioso, el sol padre, el sol, señor eterno de todo lo viviente, adorado sobre rocas graníticas y feldespáticas como ser y supremo monarca, fué sustituído por la mujer, y ésta se convirtió, por arte del decaimiento morboso característico del tiempo presente, en única fuente inspiradora, pobremente sentida y expresada de modo imperfecto.

Despreciábase lo que fué para el *heleno* soplo divino que, levantándose de la tierra, le hacía volar por las no vistas regiones del ideal; y la Naturaleza, la que tanto costó copiar y asimilar á la vida, se olvidó, y tristemente fué relegada á un lugar secundario; y así, los que antes fueron genios, tuvieron por descendientes á minúsculos ergástulos, y los gigantes que atisbaron el paso gradual de la nueva ciencia, procrearon eunucos sin intelecto que preferían la azulada ojera y el flácido pecho de la meretriz á la soberbia encarnación de la mujer de cabellos como los de *Hermes,* formas poderosas, óvalo robusto, cara encuadrada, párpados de vigoroso relieve, turgentes senos, actitudes de reina, expresión de salud, alma calmada; mujer no comprendida por los calenturien-

tos, que no adivinaron lo que *Fidias* expresó con su diosa de *Milo; Venus* fuerte, como el mágico cincel que la dió vida; *Anfititre* serena, como la asombrosa fantasía del eterno enamorado de *Atenea Partenos.*

Y á esa visión raquítica y miserable del arte practicado por el desocupado para entretenimiento de un tiempo aburrido, y por el mercader para explotar el antiestético gusto de una generación incapaz de sentir una íntima conmoción ante la puesta de un sol otoñal, se unió la decadente concepción musical y poética.

La vibrante epopeya cantada por el artista que convirtió la obscura leyenda en poema épico y grandioso, se despreciaba; *Dante,* enamorado, no se comprendía; el amor, incapaz de expresarse en la página escrita por un mortal, de sublime y divino se convirtió en vulgar y humano, y la mujer que inspiró al poeta sus cantos elegíacos se quiso encarnar en el alma mediterránea de una actriz; y el poeta que tal hizo, aunque grande en la pequeñez de los más, fué pequeño lírico enamorado de las formas falsas de una belleza asequible: ni *Byron,* terrible en las dudas que mordían su alma; ni el mayestático *Heine,* escupiendo á la vulgaridad desde París, turbaban la grosera calma de un espíritu sensible sólo al cosquilleo de la impresión, cuando el verso perfumado como cortesana barata, y la canción afinada y pulida como obra de mujer, llegaban á sus oídos; y á la endecha viril, al pujante himno que levantó hasta el cielo la figura de *Aquiles* ufano, atravesando con su lanza el casco de bronce y rompiendo el hueso de la cabeza del hijo de *Antenor,* era preferida la nueva canción á la carne, estrofas templadas por la novedad del momento, integradas de palabras ininteligibles, de acepciones equívocas, que requerían una precisa aclaración para comprender su laberíntico significado.

¡Pobre pueblo! Gritaba y pedía: ¡Arte, Arte!; y el Arte se quería vender, encerrando el misterio de su divina constitución en fórmulas editadas por los que nunca entendieron el majestuoso misterio que al Arte dió vida. Y así sucedió que lo que por tal consideraban, no era más que una copia difusa: quisieron avanzar y conquistar lo que se cernía por cima de la inteligencia como finalidad y último refugio del pensamiento, y después su conquista se redujo á copiar los rayos del sol con tosco carbón; y así, allí no había nada de lo que hubo, porque la verdad se ocultó con las galas de una utopía abstrusa, y el pueblo, cegado por la nueva idea, olvidó la verdadera, y, copiándola, fué afeminado y torpe; esculpiéndola, débil y ciego; cantándola, rimador caído en la vulgaridad de lo original; y cuando, con las combinaciones del pentagrama, quiso crear y mover el corazón con la enérgica emoción artística, en vez de ser el gladiador fornido que se imaginó, sólo fué un humilde gimnasta averiado, un bufón de la idea, un payaso que haría reir si los hombres no hubiesen dado en la tontería de llorar, usurpando con esto lo único que les faltaba para ser mujeres.

Así era el nuevo pueblo: el pueblo vanamente titulado grande, artista, soñador y revolucionario. Sus mares rientes no se abatían por el peso de ninguna idea, y los hombres en el circo, en vez de ver á *Tais* bailadora é ideali-

zada, adoraban á *Fornarina* prostituída, y la moral no consistía en las máximas de *Séneca,* sino en las de *Epicuro,* pero dislocadas, sustituídas, tronzando las vallas que aquél puso al deleite, dejando vagar á éste á su antojo por el campo del deseo, y cometiendo la vileza de hacer de aquel pensador fornido un protector del placer, sin obstáculos que impidan á éste una marcha victoriosa que luego origina una repugnante decrepitud.

¡Y este pueblo quería ser feliz y díscolo, y revolucionario y grande!

Sólo los escasos hijos que quedaban de *Esteropes* guardaban en su corazón las reglas de la buena vida: su arte, encarnado en *Miguel Angel,* los elevaba sobre el cielo de la realidad; la Grecia, siempre viviente, les señalaba el camino del arte puro. El estruendo del torrente, combinado con el quejido de la nube partida por el rayo, inició á uno de ellos en el misterio de una música desconocida, á cuyo atrevido orquestal las diosas de ojos grises avanzarían guerreras y triunfantes, y en los cantos inimitables á la raza viril encontraban el encanto poderoso que los animaba.

Los descendientes de *Esteropes,* reunidos en una noche del mes de invierno, acordaron redimir al pueblo.

Así no podían vivir: el hombre era egoísta; la mujer no amaba por amar; la república estaba convertida en patrimonio del opulento; la ley, en escudo del malvado; el moralista, en encubridor del vicio; la mentira, en verdad única; y la Naturaleza olvidada, el sol injuriado y el arte pervertido clamaban por su liberación.

Á los que así pensaban tachábaseles de locos y visionarios: luchadores espirituales y románticos, en su percepción material de la vida, llevaban sobre sus frentes el lema que autorizaba al bestial sayón para cometer toda clase de violencias, matando el débil cuerpo para castrar con el dolor la inteligencia procreadora... Sabios ignaros, adulados por una muchedumbre de falsarios aleccionados para lisonjear cuanto del primer repúblico procediese, trocábanse en cinceladores ciegos del espíritu ajeno, y unos por la envidia—eterno patrimonio del ser incompleto—, y otros por el bien prometido—móvil que prostituye la idea sana—, violaron las formas del pensamiento bellamente escrito, sin observar que á cada golpe mutilador la belleza periférica caía, pero la idea ensangrentada espiritualmente cuajaba, brillando con rojos fulgores de amor y de sangre. Discutieron los hijos de *Esteropes,* y acordaron salvar el pueblo.

Los unos decían:

—Predicaremos la paz, el amor y el arte: es bandera bendita que nadie injuriará.

Los otros contestaban:

—Son sordos; no escuchan porque ni quieren ni pueden; mejor sería destruir, deshacer, y de sus ruinas quizá renazca el pueblo y el tiempo de nuestros antepasados...

Alguno interrumpió:

—Así es: *Esteropes* dijo que él sorprendió á la Naturaleza en su laboratorio grandioso, y sin esfuerzo le arrancó el secreto de la destrucción.

Otro añadió:

—En su gruta quedó la clave con la que podremos obtener la mezcla misteriosa.

El más joven murmuró:

—¡Yo, yo la tengo, yo la poseo; pero me falta la materia, el componente!

Y al escuchar esto se unieron; sus rostros encendidos quemaban, el aliento era fuego, la palabra reactivo poderoso, y todos juntos formularon el proyecto para conjurar el mal, dar al Arte el antiguo esplendor, llegar á conquistar el amor, nunca entendido á pesar de ser poseído por la pálida y rubia amante de *Hamlet*...

—¡Ah!—exclamaron—. Ahora, ahora volverá *Ofelia* á la vida; *Dante* al mundo; *Beatriz* á la tierra; *Byron* alentará entre nosotros; el hombre será el prototipo de lo que tiene que ser: su música, la de los elementos conjurados por la luz azulada del relámpago: *Wagner;* sus almas, las de los modelos fibrosos del artista que, odiando la carne, dió vida á sus concepciones: *Greco;* su canto, el himno guerrero: *Troya* destruída, *Homero* triunfante...

Era preciso, forzoso, absolutamente necesario: ellos restaurarían el Arte; pero el Arte verdadero, el Arte de la vida bella, la belleza como fin, y el fin conseguido por el amor... Amar el sol, la luz, las figuras quebradas y dislocadas por el artista, que, como *Miguel Angel,* encerró el espíritu que se cernía sobre el mundo en líneas asombrosas por la grandeza poética de sus ademanes. Amar la estatuaria que *Fidias* y *Praxiteles* hicieron palpitar en mármoles que temblaban cuando con sus masas frías y veteadas formaban los senos divinos y sensuales de las mujeres helénicas... Amar y hacer que los hombres amasen, no la superficialidad de un colorido hábilmente extendido sobre el lienzo, sino el alma de la creación, que alentaba en las composiciones del *Greco* espiritual. Amar la estrofa vibrante, vigorosa y libre, quebradora valiente de las reglas que esclavizan la inspiración y hacen del poeta un *paria*... Amar todo lo que sea bello é independiente, porque de esa independencia nace el aliento, que imprime vigor y fuerza, arranques y energías, audacias viriles y pensamientos reformadores, á cuyo impulso la Humanidad caminará en busca de un ideal supremo...

¡Ideal de amor, ideal de verdad, sólo ansiado por los escasos artistas que iban cayendo ante el golpe de una idea material, grosera é infecunda!

Y los sucesores de *Esteropes* se separaron, y, dándose la mano, se marcharon por el mundo: predicarían su doctrina, y si despreciaban la predicación, la impondrían con férrea energía. Un lustro estaba marcado por plazo para que la Humanidad oyese y escuchase; si lo hacían, los nuevos apóstoles, en su unión, caminarían en busca del ideal; si no lo lograban, los hijos de *Esteropes* buscarían la materia para fabricar el rayo misterioso, y el mundo se desharía sin piedad: si lo primero, el día señalado tremolarían los discípulos blancas banderas; si la destrucción se imponía, entonces el rojo sería el color de la enseña...

Y se marcharon y volvieron: llegó el más viejo, y sentándose sobre la peña viva, cayó exclamando:

—¡Murió el Arte!

Arribó otro, y sentándose al lado del caído, le preguntó:

—Hermano, ¿qué conseguiste?

Y éste le contestó:

—Despertar odios: los hombres son irredentos... ¡Murió el amor!

Se acercó uno nuevo, y al verle sus compañeros herido y cruelmente aviejado, le interrogaron dolorosamente, y éste contestó:

—¡El hombre ya no es hombre!

Por fin, retornaron los demás: cada uno izaba el rojo trapo, que á guisa de bandera levantaban saludando, y cuando todos ya juntos pensaban acordar la fecha en que la nueva propaganda comenzaría, divisaron á lo lejos una blanca bandera, valientemente tremolada por el menor de los nuevos profetas, que llegaba riente como un Eros y triunfante como Niké.

—¿Corriste la tierra?—preguntó el más viejo.

—La corrí—respondió el joven.

—¿Te escucharon?

—Me escucharon y me comprendieron...

—¿Qué gentes fueron las únicas que quisieron oir la verdad?

—No fueron gentes, hermanos míos, porque siempre creí inútil que valiera de nada el plazo concedido á los hombres para que pensasen...

—¡Es verdad!—murmuró el que vió que los hombres de hoy ya no eran hombres.

—Siempre creí ridículo—continuó el joven—hablar de amor á los que viven odiándose...

—Es verdad—murmuró el que vió que el amor había muerto.

—Siempre creí estéril tratar de iniciar al hombre en los sacrosantos misterios del Arte.

—¡Es verdad!—murmuró el que de su peregrinación había deducido que el Arte dejó de existir.

—Y por eso—continuó aquél—he ido á las rocas y las he dicho: Dadme *carbonatos,* dadme *sosa.* Y las rocas me los dieron. Penetré en las profundidades de las minas, removí piritas, estanqué el agua; llegué á la falda de los volcanes, detuve sus líquidas exudaciones, pedí *ácidos,* y ellas, amantes, me dieron el *sulfúrico.* Quemé los cuerpos grasos, aproveché los sulfatos, utilicé los álcalis, manejé los cloruros, y ellos me regalaron la dulce substancia de la *glicerina.* Llegué á poseer el agua que corroe y destruye cuanto toca, y el *ácido nítrico* se presentó triunfal á mi vista. Cogí sílice del desierto, amasé las substancias y obtuve esta mezcla... ¡Aquí la tenéis! Con ella puedo volar un pueblo, destruir una ciudad, cambiar el curso de los ríos, incendiar la tierra, partir las nubes. ¡Yo puedo destruir los hombres!, y sólo necesito que vosotros me digáis si de vuestra peregrinación sacasteis el convencimiento de que la palabra basta, ó, por el contrario, la acción es precisa...

Y los demás, atónitos y mirando con extravío al hermano que acababa de hablar, exclamaron:

—¡Feliz tú, tú fuiste feliz! Las peñas y las aguas te dieron su substancia; *Esteropes,* la regla escrita para la mezcla; tu talento, la prudencia para manejarla; feliz tú, tú fuiste victorioso, y por eso tremolabas la blanca bandera; pero á nosotros, los hombres, burlándose, nos llamaron idiotas y visionarios; les ofrecimos la parábola pacificadora, y nos llamaron utópicos; los amenazamos, y, persiguiéndonos como á fieras, nos tildaron de asesinos. Hermano, tú tenías razón: destruir es crear. ¡Á destruir!

Y juntos marcharon. Aquella noche la luna alumbraba con fulgor, y los moradores de la ciudad, sobrecogidos de espanto, escucharon el eco horrísono de un estampido que todo lo conmovió.

Nadie sabía á qué atenerse; los falsos sabios achacaban á los astros la convulsión sufrida.

Sólo los hombres sucesores de *Esteropes,* profetas nuevos, sentados á la orilla del torrente, escuchaban con religioso fervor al joven hermano de la blanca bandera, y éste, presa de agitación que iluminaba sus ojos con fulgores obsedantes, hablaba llorando...

—Vendrán, vendrán los tiempos que mi corazón pide, y las doncellas refrescarán el alma con el beso perfumado que impriman sobre nuestras frentes pemantes... La Jerusalén del día se derrumbará con sólo escuchar el triunfal sonido de nuestras trompas guerreras, y los que predicamos la nueva vida, el *Germinal* celeste, caeremos, pero caeremos cantando, como canta el pájaro á quien le punzan los ojos para que afine sus trinos...

Y la luz plateada de la luna vestíalos de blanco, y el joven que así hablaba, puesto de pie, con su mirada posada en el infinito, semejaba al nuevo Lázaro, resucitado y triunfal.

«Así nació el Anarquismo.»

JUAN DÍAZ-CANEJA.

# LOS DOS HIDALGOS

## I

### EL HIDALGO RICO

Sobre gallarda tordilla
enjaezada á la jineta,
que va orgullosa é inquieta
por los campos de Castilla,
gozoso de su heredad,
el hidalgo castellano
extiende la vista, ufano
de mirar su propiedad.
En todo pone sus ojos,
en todo está su atención:
el riego, el surco, el terrón,
el sembrado, los rastrojos.
Luce flamante gorguera,
verde gabán jironado
de terciopelo leonado
igual al de la montera;
morisco alfanje pendiente
de tahalí verde y oro,
arrebatado á algún moro
por algún bravo ascendiente;
borceguíes de labor
de manos privilegiadas,
y espuelas tersas, pintadas
también del mismo color.
El sol brinda en el ocaso
sus rayos de oro á la cumbre,
incendiando con su lumbre
débiles nieblas de raso.
La noche, al morir el día,
en Oriente se apresura,
tendiendo por la llanura
su parda melancolía.
Y el hidalgo hacia el hogar
torna, hacia el hogar, albergue
de santa paz, que se yergue
á las puertas del lugar;
venerable caserón
de monotonas fachadas,
con nobles armas talladas
en piedra sobre el balcón...

Una campana argentina
de una torre secular
se oye trémula sonar...
Mudo el hidalgo camina...
Á su lado va un lebrel,
y sobre la verde alfombra,
una prolongada sombra
que corre delante de él.

## II

### EL HIDALGO POBRE

Tapando de su ropilla
la variedad de botones,
el enredo de jirones
que su jubón acuchilla,
lo mohoso del acero,
que ni riñe ni amenaza,
del herreruelo la hilaza,
el trasudor del sombrero,
y el hambre que á su paciencia
suman la olla, el salpicón,
las noches de colación
y los días de abstinencia,
el hidalgo escuderil
que sus cuellos escarola,
y sus zapatos charola
con el humo del candil,
sale á despedir la luz
á la hora del rosario:
la nobleza es su calvario;
la ejecutoria, su cruz.
Escóndese de las gentes
para comer mal, sin fuego;
pero hace hipócrita luego
al palillo de los dientes;
y consigo mismo en guerra,
por mantener un decoro
que no tiene más tesoro
que dos yugadas de tierra,
suele, cuando el arrebol
anuncia que muere el día,
rezar un avemaría
en las exequias del Sol.

La luz, que corona el monte
con sus últimos reflejos,
teñir parece á lo lejos
de carmín el horizonte.
Una campana argentina
de una torre secular
se oye trémula sonar...
Mudo el hidalgo camina...
Al compás de sus pisadas
palpita su corazón,
en delirios de ilusión
se iluminan sus miradas,
y hacia la luz va anhelante,
pues, aunque advierte quizás
que conforme avanza más
está la luz más distante,
no cabe en él fantasía
que sus anhelos mitigue,
y si una sombra le sigue,
una esperanza le guía.

***Mariano Miguel de Val.***

---

# LA MEJOR VIDA

SONETO

Á D. Alejandro Pidal.

No ambiciono riquezas ni oropeles,
Paz y tranquilidad es lo que ansío,
Y ser dueño y señor de mi albedrío,
No esclavo del afán que engendra hieles.
Por coronas de mirto ó de laureles,
Quien persigue el placer ó el poderío,
Trueca en celos, traición, dolor y hastío,
Benditos goces de cariños fieles.
Para una vida honrada es muy bastante
Aire sano, agua pura, sol radiante,
Sueño reparador, sobrio alimento;
Y limpios siempre espíritu y conciencia,
Rendir á la Verdad la inteligencia,
Y al Bien y á la Belleza el sentimiento.

***Angel Avilés.***

# TERRA MATER

Por estas llanuras feraces cruzaron los celtas,
de músculos recios, de acciones gallardas y rudas,
montando caballos briosos, de formas esbeltas,
blandiendo pesados lanzones y espadas desnudas.

Cercano á esa mísera villa de aspecto vetusto
en donde la mano potente de Roma dejara su rastro,
con bélica pompa las fuertes legiones de Augusto,
sedientas de sangre española, sentaron el castro.

Sobre esa colina, que un pueblo de humildes habita,
é, inmóvil, de luchas y azares recuerda un período,
haciendo la vida callada de triste eremita,
pasara sus últimos años un rey visigodo.

En esta risueña campiña, mirando á ese río
de linfas tranquilas y puras, de orillas agrestes,
del fiero califa agareno tembló el poderío
al ver su pendón humillado, vencidas sus huestes.

En ese castillo ruinoso, de rotas almenas,
testigo de cuadros sangrientos que el ánimo oprimen,
un rey implacable, con sangre de tigre en sus venas,
rompía los ocios de caza fraguando algún crimen.

Aquí perecieron los bravos que, en noble porfía,
por sus libertades alzaron glorioso estandarte;
aquí, cuando el mundo postrado á sus plantas gemía,
lidió con soldados bisoños el gran Bonaparte.

¡Oh tierra que piso, vivero de fuertes varones,
que sufres la huella del bueno y al malo rechazas!
¡Tu suelo sagrado, tus pardos y secos terrones,
contienen semilla de pueblos, fermento de razas!

***Narciso Alonso Cortés.***

# Información ibero-americana

## *España*

### Notas financieras

#### LA FORMACIÓN DE UNA BUENA CARTERA DE VALORES

El conocido banquero de París M. Alejandro Hamburger acaba de publicar un interesante libro, en el que consigna su opinión con respecto al enunciado tema, que, por lo autorizada, nos interesa extractar y reproducir.

En general, el capitalista debe adquirir cuantos antecedentes y datos le sea posible: cuantos más, mejor; siempre ha de serle útil y provechoso informarse de personas competentes con quienes pueda discutir y aquilatar las buenas cotizaciones y las malas, los riesgos posibles, las probabilidades de éxito ó de fracaso de un negocio.

Durante largo tiempo, el público ha vivido influído por la equivocada idea de que existían valores de toda confianza, respecto á los cuales, una vez adquiridos, no era necesario preocuparse de otra cosa sino de percibir sus utilidades. Reconocemos sin dificultad que en la variada y extensa gama de los títulos mobiliarios aparecen algunos que ofrecen un alto grado de seguridad, pero que adolecen del defecto de no proporcionar sino un rendimiento fijo y bastante escaso, que no responde á las necesidades ni á las exigencias de la vida moderna.

En cambio de esta seguridad, adolecen dichos valores del riesgo de una conversión que venga á reducir todavía más el rendimiento. Por estas consideraciones, tales títulos no son hoy día sino valores de gran lujo para sus poseedores.

Siendo siempre la composición de una cartera asunto de proporcionalidad, habrá de procurarse, en todo caso, conseguir la división de los riesgos, ateniéndose al refrán que aconseja no guardar todos los huevos en el mismo cesto.

Respecto de las Empresas que tienen un pasado, una historia, constituye fácil y exacta medida de su estabilidad su funcionamiento anterior, la marcha y desenvolvimiento de sus negocios, la curva de sus dividendos, el importe de sus amortizaciones, el de sus reservas y el de su fondo de previsión.

Pero tratándose de negocios nuevos, el verdadero peligro radica en el entusiasmo infundado que á veces suelen provocar. Al lado de Sociedades que nacen viables, otras no reservan sino lamentables decepciones. El capitalista se ve en ciertas épocas asediado materialmente por circulares, folletos y anuncios de toda clase referentes á nuevas emisiones, á constitución de nuevas Sociedades, etc., que no son, en resumen, sino ataques encubiertos al bolsillo ajeno.

No hemos de descender á los vituperables detalles, abusos y malas artes á que concurre la industria de colocación de valores sospechosos. La ley francesa y la de algunos países no se muestran, desgraciadamente, tan severas como la vigente en Inglaterra acerca de las afirmaciones, fraudulentas ó inexactas, contenidas en los prospectos de una emisión.

Cuando se presenten en el mercado títulos de Sociedades nuevas, deberá el capita-

lista asegurarse previamente de las probabilidades de éxito y de la moralidad de los patrocinadores de la Empresa; pues, en general, los negocios buenos no son del dominio de la banca de segundo orden.

Si después de este examen el capitalista persiste en la idea de interesarse en la nueva Empresa, deberá informarse y asegurarse de que el tipo de emisión no es exagerado, ó de que las primeras cotizaciones no son producto de manejos interesados.

La seguridad no consiste únicamente en la solidez que presente la organización de una Sociedad, sino que se funda, en gran parte, en el número de transacciones que de sus títulos se opera en el mercado. Cuanto más abundantes sean las negociaciones diarias, más y más se afirmará la solidez del título, y, hasta en caso de baja ó de pánico, será más fácil encontrar comprador. Esto vale tanto como decir que los capitalistas deben conceder preferencia á los valores que tengan mayor mercado.

Las evidentes ventajas de seguir esta opinión resultan todavía más estimables si este mercado es á fecha, pues entonces será fácil aumentar el rendimiento de la cartera mediante la venta de primas, operación ideal susceptible de proporcionar ganancia, lo mismo en caso de alza que en caso de baja, y de la cual ciertos establecimientos bancarios obtienen una buena parte de sus ingresos.

El capitalista deberá dar siempre pruebas de iniciativa. Durante diez años, durante veinte años, los títulos del Crédit Foncier, de la villa de París y de los ferrocarriles franceses han podido bastar á las necesidades de los capitalistas; pero, á medida que ha ido avanzando la evolución económica de los pueblos, los valores industriales han adquirido una indiscutible preponderancia. Así, quien compró hace diez años Río Tinto, ha triplicado su capital. La vida financiera está constituída por movimientos alternativos, y es menester seguirlos; así, cuando un valor parece llegar á su apogeo, debe venderse, sin perjuicio de recomprarlo cuando descienda á un tipo de capitalización satisfactorio.

Si alguna vez ocurre que la Bolsa no ofrece circunstancias favorables á las colocaciones ó inversiones definitivas, puede utilizarse con prudencia el recurso de las operaciones de *report,* que ofrecen considerables ventajas, y que se reducen á préstamos sobre títulos, con la garantía del título mismo y la del intermediario, y que, al liquidarse mensualmente, puede decirse que el capitalista tiene siempre liquidado su dinero.

Para terminar: guárdense los lectores de los métodos seguidos en ocasiones para lanzar al mercado títulos nuevos por Sindicatos, grupos de banqueros, etc., y, en general, de todas las operaciones que no aparezcan sencillas y diáfanas.

La buena composición y la útil gestión de una cartera no requieren, en resumen, sino reflexión y prudencia.

## BANCO DE ESPAÑA

### Establecimiento de una Agencia en Tánger

El Banco de España, obligado, al fin, por la presión que ejercen sobre el Sr. Maura los elementos catalanes, acordó, en una de las últimas sesiones de su Consejo, establecer una Agencia, ya que no una Sucursal, en Tánger.

Resistióse á ello cuanto pudo, en consideración á que la dicha Sucursal significaría tanto como hacerse competencia á sí mismo, toda vez que el Banco es uno de los primeros accionistas del Banco oficial del Imperio de Marruecos; pero las circunstancias políticas le han obligado á la referida solución, por estimar probable que la Sucur-

sal de Tánger se hubiera reducido á colocar un rótulo más y á mantener una oficina sin negocio apenas.

Reconozcamos, sin embargo, que, ascendiendo la moneda española en circulación en el Imperio marroquí á 200 millones de pesetas, no deja de ser mercado considerable y y de seguro porvenir, más ó menos pronto.

La carta geográfica del comercio entre Europa y Marruecos nos da las siguientes cifras:

| | | |
|---|---|---|
| Inglaterra | 80 | millones. |
| Francia | 40 | — |
| Alemania | 15 | — |
| Italia | 10 | — |
| España | 5 | — |

La cantidad correspondiente á España no será, en relación con las de los otros países, proporcionada á lo que debiera ser por razón de su mayor proximidad al Imperio; pero no por eso deja de ser muy respetable.

## El dividendo

Se ha comentado mucho la disparidad de criterio que se observó en el seno del Consejo, cuando antes de fin de año se trató de estipular la cuantía del dividendo complementario de 1907.

Prevaleció el criterio medio, es decir, ni el más alto (55 pesetas por acción), ni el más bajo (50); pero esto realmente no ha tenido consecuencias en la cotización de sus valores.

Para que se forme idea de lo que se va reduciendo anualmente la cuantía del dividendo complementario, copiamos á continuación las cifras del último quinquenio:

| AÑOS | Beneficios. | Dividendo. |
|---|---|---|
| 1903 | 20.763.998 | 60 |
| 1904 | 18.189.778 | 58,50 |
| 1905 | 18.268.242 | 55 |
| 1906 | 21.998.242 | 55 |
| 1907 | 19.962.500 | 52,50 |

La conservación del tipo alto se debe, no obstante, á la confianza que inspira la austeridad en que se funda esa conducta, cuyo principal móvil es reforzar la situación, llevando fuertes sumas á reserva, y sanear la cartera.

# BOLSAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

## Últimas cotizaciones de Enero y Febrero de 1908.

| PLAZAS | COTIZACIÓN Última Enero. | COTIZACIÓN Última Febrero. |
|---|---|---|
| MADRID | | |
| **FONDOS PÚBLICOS** | | |
| 4 % INTERIOR | | |
| Serie F, de 50.000 ptas. nom... | 82 20 | 83 00 |
| Serie E, de 25.000..... | 82 25 | 83 10 |
| Serie D, de 12.500..... | 82 90 | 83 30 |
| Serie C, de 5.000..... | 84 10 | 84 60 |
| Serie B, de 2.500..... | 84 15 | 84 90 |
| Serie A, de 500..... | 84 15 | 84 85 |
| Serie G-H, de 100 y 200..... | 84 15 | 84 75 |
| En diferentes series..... | 84 15 | 84 85 |
| Fin de mes..... | 82 25 | 83 00 |
| Fin próximo..... | 82 45 | 83 05 |
| 5 % AMORTIZABLE: TÍTULOS | | |
| Serie F, de 50.000 ptas. nom... | 101 70 | 101 15 |
| Serie E, de 25.000..... | 101 75 | 101 00 |
| Serie D, de 12.000..... | 101 55 | 101 05 |
| Serie C, de 5.000..... | 101 80 | 101 00 |
| | 10 35 | 101 10 |

| PLAZAS | COTIZACIÓN Última Enero. | COTIZACIÓN Última Febrero. |
|---|---|---|
| Azucarera General, preferentes | 103 75 | 106 25 |
| Idem, ordinarias..... | 44 50 | 45 25 |
| Cédulas beneficiarias al portador..... | » | 85 00 |
| Construcciones Metálicas..... | » | » |
| Altos Hornos de Vizcaya..... | 265 00 | 272 00 |
| Duro-Felguera..... | 40 00 | 40 00 |
| Hidráulica de Santillana..... | 79 50 | 141 75 |
| Sociedad Editorial de España.. | 105 00 | 104 50 |
| OBLIGACIONES | | |
| Banco Hipotecario, cédulas 4 por 100..... | 102 05 | 102 50 |
| Electricista Chamberí 5 %..... | 97 00 | 97 00 |
| Mediodía..... | » | » |
| Sevillana de Electricidad 5 %. | » | » |
| Madrileña de Electricidad..... | 97 00 | 98 50 |
| Norte de España 4 % (nuevas). | 97 25 | 95 75 |
| Madrid-Zaragoza-Alicante 3 % | 91 70 | 94 35 |
| Valladolid-Ariza 5 %, serie A.. | » | 107 00 |
| Serie C, 4 %..... | 96 65 | » |
| Oeste de España 4 por 100..... | » | » |

| PLAZAS | COTIZACIÓN Última Enero. | COTIZACIÓN Última Febrero. |
|---|---|---|
| Auroras..... | 53 35 | 53 35 |
| Banco de Gijón..... | 164 00 | 164 00 |
| Banco Guipuzcoano..... | 199 50 | 203 00 |
| Papeleras..... | 40 00 | 50 00 |
| Hidroeléctrica..... | 105 00 | 112 00 |
| Calas..... | 104 00 | 103 50 |
| Obligaciones del Norte..... | » | 81 00 |
| **EXTRANJERO** | | |
| PARÍS | | |
| 4 por 100 Exterior..... | 95 00 | 94 12 |
| 3 por 100 Francés..... | 96 32 | 97 25 |
| 4 por 100 Ruso..... | 82 50 | 84 02 |
| 5 por 100 Ruso..... | 97 00 | 96 15 |
| 4 por 100 Turco..... | 96 65 | 95 95 |
| 4 por 100 Brasileño..... | 85 00 | 86 65 |
| 4 por 100 Argentino..... | 91 20 | 92 10 |
| Ferrocarriles Nortes..... | 280 00 | 280 00 |
| Idem Alicantes..... | 380 00 | 378 00 |
| Río Tinto..... | 1.689 | 1.567 |

| | | |
|---|---|---|
| Sisas Ayuntamiento de Madrid. | » | » |
| Obligaciones de ídem de 250 pesetas | » | 101 00 |
| Idem íd. de Erlanger y C.ª | 67 00 | 69 00 |
| Idem Municipales por Resultas 4 por 100 de 500 pesetas | 85 50 | 85 25 |
| Idem del Ayuntamiento de Madrid para pago de expropiaciones en el interior, 5 por 100 de 500 pesetas | 97 75 | 97 50 |
| Cédulas ídem íd. para íd. en el ensanche, 4 1/2 por 100 | 96 00 | 96 00 |
| Obligaciones 6 por 100 Diputación provincial de Madrid | 102 00 | 102 00 |
| **ACCIONES** | | |
| Banco de España | 454 50 | 454 00 |
| Banco Hipotecario | 221 50 | 222 00 |
| Banco de Castilla | » | 90 00 |
| Banco Español de Crédito | 113 00 | 112 00 |
| Banco Hispano-Americano | 148 75 | 148 50 |
| Compañía Arrendataria de Tabacos | 405 50 | 405 75 |
| Unión Española de Explosivos | 325 00 | 325 00 |
| Electricista de Chamberí | » | 93 50 |
| Electricista del Mediodía | 94 00 | » |
| Ferrocarril de Langreo | » | » |
| Azufrera Coto de Hellín | » | » |

| | | |
|---|---|---|
| Duro-Felguera 5 % | 97 00 | » |
| Hidráulica Santillana | 98 00 | 97 50 |
| **CAMBIOS** | | |
| París á la vista | 14 35 | 14 25 |
| Precio medio | 14 416 | 14 30 |
| Londres á la vista | 28 78 | 28 78 |
| Precio medio | 28 775 | » |
| **BARCELONA** | | |
| Interior fin de mes | » | 83 00 |
| Amortizable ídem | » | » |
| Idem contado | 101 85 | » |
| Acciones Norte | 67 10 | 67 50 |
| Id. Madrid-Zaragoza-Alicante | 90 80 | 91 35 |
| Idem Orenses | 27 15 | » |
| Idem Banco Hispano-Colonial | » | 72 00 |
| Obligaciones Madrid-Zaragoza-Alicante | » | 100 75 |
| Idem Valladolid-Ariza | » | » |
| Idem N. Villalba-Segovia | 105 85 | 106 00 |
| Idem Almansa, adheridas | 105 25 | » |
| Francos | » | 14 50 |
| Libras | » | 28 85 |
| **BILBAO** | | |
| Explosivos | 319 50 | 325 00 |
| Altos Hornos | 261 50 | 273 00 |
| Resineras | 144 00 | 140 00 |
| Industria y Comercio | 255 00 | 258 50 |

| | | |
|---|---|---|
| | 307 00 | » |
| Sosnowice | 1.750 | 15 77 |
| Crédit Lyonnais | 1.188 | 1.188 |
| Banco Otomano | » | » |
| 4 por 100 Interior | 73 00 | » |
| Chartered | » | » |
| Goldfields | 87 00 | 71 00 |
| Transvaal C. L. | » | 44 00 |
| Rose Deep | » | » |
| East Rand | 97 00 | 81 00 |
| Randmines | 144 00 | 124 00 |
| Village | 100 00 | » |
| De Beers | 376 00 | 323 00 |
| Cape Copper | 188 00 | 173 00 |
| Tharsis | 154 00 | 150 00 |
| Platine | » | » |
| Hartmann | » | 495 00 |
| Maltzof | » | » |
| **LONDRES** | | |
| Exterior, 4 por 100 | 92 50 | » |
| Consolidado inglés | 86 68 | 87 56 |
| Renta alemana | 93 90 | 92 90 |
| Brasil 4 por 100, 1889 | 82 00 | 84 75 |
| Idem 5 por 100, 1895 | 94 25 | 94 25 |
| Uruguay 3 1/2 por 100 | 69 75 | 68 87 |
| Mejicano 5 por 100, 1899 | 101 10 | 101 50 |
| **METALES** | | |
| Plata en barra. Onza Stand | 25 87 | 25 15 |
| Cobre (lib. pos ten). Contado | 63 02 | 57 76 |

# Reglamento de la ley de Protección á la Infancia

## CAPÍTULO PRIMERO

### DE LA ACCIÓN PROTECTORA Á FAVOR DE LA INFANCIA

Artículo 1.° La protección que la ley de 12 de Agosto de 1904 establece á favor de los menores de diez años, comprende la salud física y moral del niño, la vigilancia de los que han sido entregados á la lactancia mercenaria ó estén en casa-cuna, escuela, taller, asilo, etc., y cuanto directa ó indirectamente pueda referirse á la vida de los niños durante ese período.

Art. 2.° Consistirá dicha protección en el ejercicio de las funciones siguientes:

1.ª La protección y amparo á la mujer embarazada.

2.ª La reglamentación de la lactancia mercenaria y su vigilancia.

3.ª La inspección de las casas-cunas, escuelas, talleres, espectáculos y cuantos centros de modo permanente ó transitorio alberguen, recojan ó exhiban á los niños.

4.ª La investigación de los daños, sevicias ó explotaciones de que puedan ser objeto los niños con padres ó sin ellos.

5.ª La denuncia y persecución de los delitos contra menores.

6.ª El amparo á los niños moralmente abandonados, recogiéndolos de la vía pública y proporcionándoles educación protectora.

7.ª La corrección paternal de los llamados rebeldes, incorregibles ó delincuentes.

8.ª El cuidado de la educación é instrucción de los llamados anormales.

9.ª La vigilancia y exacto cumplimiento de las leyes protectoras vigentes.

10. El estudio constante de las reformas que deben proponerse en la legislación en favor de los niños, así como la creación de una Liga Internacional de Protección á la Infancia.

Art. 3.° Ejercerán esta acción protectora:

*a)* Un Consejo Superior de Protección á la Infancia, constituído en el Ministerio de la Gobernación, bajo la presidencia del ministro.

*b)* Juntas provinciales, bajo la presidencia del gobernador.

*c)* Juntas locales, presididas por el alcalde.

Art. 4.° El Consejo Superior de Protección á la Infancia y estas Juntas provinciales y locales tendrán, además de la acción protectora que les corresponde respecto á los menores de diez años, las atribuciones que sean necesarias para proteger á los menores de edad mayores de diez años, con arreglo á las disposiciones legales, cooperando especialmente al exacto cumplimiento de lo preceptuado en el núm. 3.° del art. 8.° del Código penal, y de lo dispuesto en las leyes de 26 de Julio de 1878, 13 de Marzo de 1900 y 23 de Julio de 1903, referentes al trabajo de los niños en espectáculos públicos, fábricas y talleres, y á la protección de niños abandonados y mendigos.

## CAPÍTULO II

### DEL CONSEJO SUPERIOR

Art. 5.° El Consejo Superior de Protección á la Infancia se compone de vocales natos y electivos.

Los vocales natos son: el vicepresidente del Real Consejo de Sanidad, el obispo de

la diócesis, el gobernador civil, presidente de la Audiencia, presidente de la Diputación, inspector general de Sanidad interior, inspector general de Sanidad exterior. Será presidente el señor ministro de la Gobernación, y vicepresidente el vicepresidente del Real Consejo de Sanidad.

Art. 6.° Los vocales electivos lo serán por las Corporaciones siguientes: Real Academia de Medicina, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Real Academia de Legislación y Jurisprudencia, Sociedad Española de Higiene, Junta de Damas de Honor y Mérito, Sociedad Protectora de los Niños, Sociedad Económica de Amigos del País, Sociedad la Cuna de Jesús, Consultorio para niños de pecho, Ateneo de Madrid, Círculo de la Unión Mercantil, Círculo Industrial, Escuela Normal de Maestros, Escuela Normal de Maestras, Asociación de Propietarios, Asociación para el mejoramiento de la clase obrera, Fomento de las Artes, Centro Instructivo del Obrero, Asociación de la Prensa, Asociación Nacional de Sanatorios y Hospicios Marinos é Instituto de Reformas Sociales.

Las Corporaciones arriba expresadas designarán oportunamente las personalidades que hayan de representarlas en el Consejo.

El ministro nombrará seis personas de reconocida competencia, entre las cuales habrá dos madres de familia, dos padres de familia y dos obreros.

Ningún consejero podrá representar dos entidades, salvo si fuera por cargo oficial.

Art. 7.° El Consejo elegirá de su seno una Comisión ejecutiva, encargada de llevar á la práctica sus acuerdos. Cada Sección designará dos individuos de su seno para formar parte de dicha Comisión.

Art. 8.° El nombramiento de secretario general se hará por el ministro de Real orden, á propuesta del Consejo Superior.

La Comisión ejecutiva nombrará un vicesecretario de su seno que sustituya al secretario general en ausencias y enfermedades.

Art. 9.° El Consejo ó la Comisión ejecutiva podrán reclamar, cuando lo estimen necesario, el concurso de personas peritas, ajenas á la Corporación, quienes tendrán voz en las deliberaciones, pero no voto.

Art. 10. El Consejo se dividirá en las siguientes Secciones:

1.ª *Puericultura y primera infancia.*
2.ª *Higiene y educación protectora.*
3.ª *Mendicidad y vagancia.*
4.ª *Patronatos y corrección paternal.*
5.ª *Jurídica y legislativa.*

Art. 11. Los consejeros pertenecerán á una ó varias Secciones, distribuyéndose el total de vocales en las mismas, y pudiendo cambiar ó permutar de Sección, con anuencia del presidente, siempre que redunde en beneficio de los trabajos.

Art. 12. Cada Sección nombrará su presidente, vicepresidente y secretario.

Art. 13. El Consejo podrá nombrar las subcomisiones precisas para el más rápido desempeño de los servicios.

Art. 14. El presidente y vicepresidente del Consejo presidirán las Secciones cuando lo consideren necesario. El secretario general es vocal nato de todas las Secciones.

Art. 15. El vicepresidente del Consejo, en caso de ausencia, será accidentalmente reemplazado por el presidente de Sección más antiguo ó de mayor edad, presente.

Art. 16. En caso de enfermedad, ausencia prolongada ú otra causa del vicepresidente, el ministro de la Gobernación designará, entre los presidentes de Sección, el que haya de sustituirle.

Art. 17. Será obligatoria la asistencia de los señores consejeros á las Secciones á que pertenezcan, así como á los plenos.

Art. 18. El consejero que, por cualquier circunstancia legítima, no le sea dado concurrir, excusará su falta por escrito, y la no asistencia á las sesiones del pleno ó de la Sección á que pertenezca durante tres meses, indicará que renuncia á dicho cargo, procediéndose á proveer su vacante, manifestándolo á la Corporación de que proceda. Si ésta no eligiera otro miembro, el ministro de la Gobernación, de acuerdo con el Consejo, adoptará la resolución más conveniente, nombrando la persona que deba sustituirle.

Art. 19. Son atribuciones del presidente, y en su defecto del vicepresidente, señalar las horas y días de sesión durante el año, tanto del pleno como de la Comisión ejecutiva y de las Secciones.

Abrir y dirigir las sesiones, concediendo la palabra, llamando al orden ó á la cuestión cuando lo estime necesario; autorizar las actas aprobadas y acuerdos del Consejo; representar á éste en sus relaciones con el Gobierno y las autoridades, firmando las comunicaciones, trasladando las consultas, dándole conocimiento de las vacantes y efectuando los nombramientos del personal auxiliar ó burocrático; designar las Comisiones que hayan de representar al Consejo en cualquier acto público; disponer de los fondos asignados, y ordenar los pagos en la forma que previene este reglamento en el capítulo VIII.

Art. 20. La Secretaría del Consejo se organizará con el personal auxiliar necesario. En caso de ausencia del vicesecretario, sustituirá al secretario general un secretario de Sección.

Art. 21. Son obligaciones del secretario general: ordenar el reparto de citaciones, tanto de las reuniones del Consejo como de las de la Comisión ejecutiva y Secciones; redactar y autorizar los acuerdos de la Comisión ejecutiva; redactar las actas y comunicaciones, auxiliado con el personal oportuno, ordenando el traslado de dichos documentos á los libros correspondientes; ordenar y recoger los trabajos de las Secciones, de las cuales es vocal nato; rubricar las órdenes, autorizando con su firma la correspondencia y documentación del Consejo; vigilar la tramitación de expedientes procedentes de las Juntas provinciales y locales, y mantener la debida relación con ellas; conservar el Archivo, obras y escritos que constituyan la Biblioteca del Consejo, mandando formar el debido catálogo; redactar la Memoria anual reglamentaria y dirigir las publicaciones que el Consejo acordare; proponer al Consejo los individuos que deban auxiliarle en sus tareas.

Art. 22. Las sesiones se celebrarán con arreglo á las prescripciones reglamentarias propias de estas asambleas, concediéndose por turno la palabra á los señores consejeros ó á las personas que tengan voz en las reuniones. La presidencia resolverá en caso de empate en las votaciones.

Art. 23. El cargo de consejero electivo durará seis años, siendo reelegibles las personas salientes, y haciéndose las renovaciones por mitad cada tres años.

Para ser reelegible se requiere no haber incurrido voluntariamente en las faltas de asistencia á que se refiere el art. 17.

Art. 24. El Consejo reunirá y acordará los documentos enviados por las Juntas provinciales, con el fin de elevar al Gobierno anualmente un informe acerca de los trabajos de dichas Juntas, sus resultados, medidas necesarias para asegurar y difundir los beneficios de la ley, proponiendo si ha lugar las recompensas y premios á que se refiere el capítulo VII, cooperando á la formación de una estadística detallada de la

mortalidad de los niños durante la primera infancia, especialmente de aquellos que están sometidos á la inspección.

Art. 25. La Comisión ejecutiva evacuará los asuntos urgentes y de régimen interior, dando cuenta al Consejo de sus acuerdos. Recogerá las denuncias formuladas, y entenderá, auxiliada por las Secciones correspondientes, de las querellas promovidas para perseguir las infracciones punibles relacionadas con las leyes protectoras. Designará y otorgará poder en forma á las personalidades del Consejo que en nombre del mismo deban intervenir ante los Tribunales con arreglo á la ley.

## CAPÍTULO III

### DE LAS JUNTAS PROVINCIALES

Art. 26. En cada capital de provincia se organizará una Junta provincial, que será al propio tiempo la municipal del término, compuesta del gobernador, que la presidirá, el alcalde ó su delegado, prelado ó autoridad eclesiástica superior, presidente de la Diputación ó su delegado, presidente de la Audiencia ó magistrado que le represente, inspector de Sanidad, subdelegado de Medicina, un profesor de la Escuela Normal de Maestros y una profesora de la Escuela Normal de Maestras, propuestos por los Claustros respectivos, un representante de las Asociaciones que tengan analogía con las que componen el Consejo Superior, un profesor del Instituto de segunda enseñanza propuesto por el Claustro, dos representantes de Asociaciones benéficas legalmente constituídas, un individuo de la Junta de Reformas Sociales, otro de una institución sanitaria infantil, dos madres de familia, dos padres de familia y dos obreros, nombrados también por el gobernador.

Art. 27. El presidente, por su iniciativa ó á propuesta de la Junta, podrá reclamar el concurso de personas de notoria competencia en las mismas condiciones señaladas en el art. 9.º de este reglamento.

Art. 28. Se constituirá una Comisión permanente, organizándose las Secciones de que hace mención el art. 10.

Art. 29. Es de la competencia de la Junta el estudio de todas las cuestiones previstas en el presente reglamento referentes á asuntos de protección, especialmente la vigilancia de menores de que se ocupa la ley. Recogerá y ordenará los trabajos de las Juntas municipales, y evacuará las diligencias que la encomiende el Consejo Superior, dirigiendo á la Secretaría general, trimestralmente, una relación de los trabajos realizados, así como los datos estadísticos pertinentes á aquéllos.

Art. 30. Se reunirá la Junta provincial en pleno cuantas veces fuera menester, y por lo menos una vez al mes, rigiéndose por las mismas prescripciones reglamentarias que las indicadas para el Consejo Superior.

Art. 31. En las capitales de provincia y pueblos de gran vecindario podrán organizarse Juntas de distrito.

## CAPÍTULO IV

### DE LAS JUNTAS MUNICIPALES

Art. 32. En los pueblos que no sean capital de provincia se organizarán Juntas locales de Protección á la Infancia, constituídas por el alcalde, el cura párroco de superior categoría, un médico titular designado por el alcalde, el juez de primera instancia, ó, en su defecto, el municipal, un maestro y una maestra, una madre de familia, un padre de familia y un obrero.

Todas dependerán de la provincial respectiva y del Consejo Superior.

Art. 33. Estas Juntas entenderán en todos los asuntos expresados ya en los capítulos anteriores.

Llevarán un registro de las personas que se dediquen á la crianza ó al cuidado de los niños, bien como nodrizas, bien como guardadoras de ellos en su propio domicilio, mediante remuneración.

Proporcionarán á las nodrizas que deseen ejercer su industria los documentos á que se refiere el art. 8.º de la ley.

Darán cuenta periódica á las Juntas provinciales de los documentos expedidos á las nodrizas, así como también del estado de salud de los niños que estén sometidos á lactancia mercenaria en la localidad, estableciendo á favor de éstos la vigilancia necesaria bajo la dirección de los inspectores municipales.

Enviarán asimismo á la Junta provincial los datos estadísticos relacionados con la obra protectora y cuantas observaciones juzguen de interés, especialmente las referentes al movimiento de asilados á que se refiere el art. 11 de la ley, denuncias formuladas y servicios prestados por la Junta.

Art. 34. Podrán designar los auxiliares que á su juicio crean necesarios para ejercer la vigilancia é inspección protectora bajo la dirección é inspiraciones de la Junta, dando cuenta al Consejo de dichos nombramientos.

## CAPÍTULO V

### DE LAS SECCIONES

Art. 35. Tanto el Consejo como las Juntas provinciales, para el mejor desempeño de su cometido, se dividirán en Secciones, con arreglo al art. 10 de este reglamento.

Art. 36. La Sección primera, llamada de *Puericultura y primera infancia,* se ocupará:

*a)* De procurar el exacto cumplimiento del art. 8.º de la ley de 13 de Marzo de 1900, referente al trabajo de las mujeres durante la gestación y después del alumbramiento, fomentando para ello la creación de mutualidades maternas, comedores gratuitos para embarazadas y madres indigentes que lacten á sus hijos, y cuantas instituciones tengan por objeto velar y proteger la vida del niño antes de su nacimiento y en los primeros meses de la vida.

*b)* De la vigilancia de las nodrizas y de las Agencias, recogiendo los datos necesarios para la mejor inspección, así como comprobando si se cumple el precepto de la ley que exige que el niño de la nodriza quede alimentado por el pecho de otra mujer.

*c)* De las estadísticas de los niños lactados en las Inclusas y en el seno de las familias, ó entregados á nodrizas fuera del hogar paterno.

*d)* De reunir todos los datos que se relacionen con las casas-cunas y centros de protección de la primera infancia, proponiendo al Consejo las disposiciones convenientes, á fin de que los niños no sean objeto del menor abandono, descuido ó sevicia.

*e)* De estudiar los medios que contribuyan al abaratamiento de la leche y á conservar su pureza en el mercado.

*f)* De proponer las recompensas á que sean acreedoras las nodrizas ó personas encargadas del cuidado ó vigilancia de los niños, procurando los medios conducentes para garantizar la salud y los salarios de las nodrizas.

Art. 37. La Sección de *Higiene y educación protectora* se ocupará con preferencia:

*a)* De mejorar las condiciones higiénicas de las escuelas y asilos donde se reúnan

los niños, promoviendo la creación de inspectores médicos, y dando cuenta á las Juntas respectivas del estado de los locales y del mobiliario.

*b)* De reunir las estadísticas de mortalidad por epidemias ú otras causas que puedan presentarse en la segunda infancia, estudiando su remedio más eficaz.

*c)* De recoger cuantos particulares de interés se refieran á la instrucción y educación de los niños, especialmente en las escuelas maternales ó de párvulos, escuelas-sanatorios de anormales, etc.

*d)* De comunicar al Consejo cuantos casos de sevicia puedan existir en dichos centros, á fin de que sean objeto de represión ó castigo por las autoridades.

*e)* De contribuir al fomento ó creación de escuelas de los sistemas Frœbel y Manjón, refectorios, casas maternas, refugios, dispensarios, etc., y cuantas instituciones se dediquen á recoger, alimentar, sanar ó educar á los niños necesitados de protección.

Art. 38. La Sección de *Mendicidad y vagancia* se ocupará:

*a)* De la investigación de los casos previstos en la ley de 23 de Julio de 1903.

*b)* De formar, con el auxilio de las Corporaciones benéficas, un registro de familias pobres cuyos niños estén moralmente abandonados.

*c)* De fomentar las instituciones de asistencia por el trabajo y socorrer á domicilio á los padres indigentes, como medio de reprimir y evitar la mendicidad.

*d)* De formar un registro donde se clasifiquen los niños amparados por las autoridades ó Asociaciones benéficas á que se refiere el art. 8.° de la citada ley de 1903, á fin de ejercitar la inspección protectora, mejorando en lo posible, física y moralmente, á aquéllos.

*e)* De cooperar á la extinción de la mendicidad y de la vagancia.

Art. 39. La Sección de *Patronatos y corrección paternal* se ocupará:

*a)* De recoger y denunciar al Consejo cuantos hechos lleguen á su conocimiento de malos tratos ó corrupción de menores por parte de padres, encargados ó gentes extrañas al niño.

*b)* De estudiar los medios de ejercer protección adecuada y eficaz á favor de los niños llamados mártires, así como de los calificados de delincuentes sin discernimiento.

*c)* De favorecer las instituciones benéficas que se interesen por los niños hijos de penados ó recogidos en las cárceles cerca de sus madres, así como también los centros de corrección paterna dedicados á niños rebeldes ó moralmente abandonados.

*d)* De comprobar el exacto cumplimiento de los preceptos de la ley de 26 de Julio de 1878, relacionada con los niños dedicados á ejercicios peligrosos ó á trabajos teatrales.

*e)* De combatir las causas que contribuyan á la desmoralización y perversión de la infancia.

Art. 40. La Sección *Jurídica y legislativa* se ocupará principalmente:

*a)* De reunir y comentar las leyes y reglamentos nacionales y extranjeros que más ó menos directamente se relacionen con la protección á la infancia.

*b)* De informar al Consejo y á las Juntas en todas las cuestiones jurídicas y legislativas relacionadas con la infancia.

*c)* De proponer las reformas que la experiencia considere necesarias, á fin de elevarlas en su día al Gobierno.

*d)* De crear una biblioteca especial de consulta referente á las cuestiones protectoras.

*e)* De organizar Asambleas ó Congresos protectores, con el fin de constituir una Liga Internacional de Protección á la Infancia.

## CAPÍTULO VI

### DE LOS AUXILIARES Y DEL DISTINTIVO OFICIAL

Art. 41. El Consejo y las Juntas, á propuesta de las respectivas Secciones, podrán nombrar los auxiliares gratuitos que se comprometan á ejercer vigilancia protectora en todos los casos á que se refiere la presente ley. Serán elegidas de preferencia las personas de reconocido celo, inteligencia y caridad.

Art. 42. El distintivo especial á que se refiere el art. 7.° de la ley para ser reconocidos los consejeros, individuos de las Juntas y auxiliares por los agentes de la autoridad, consistirá en una medalla con el lema *Pro Infantia* y el escudo de armas nacional.

Los consejeros llevarán la misma en los actos oficiales, al cuello, pendiente de un cordón con los colores nacionales, y los demás señores en el ojal, unida á un lazo azul celeste.

Art. 43. Los auxiliares á que se refiere el art. 41 serán provistos de una tarjeta personal de identificación, con su retrato, firmada y sellada por el Consejo Superior, la cual exhibirá siempre al solicitar la cooperación ó auxilio de los agentes de la autoridad, dando cuenta de la denuncia al Consejo ó á la Junta respectiva, por escrito y en plazo de tiempo menor posible, para los efectos oportunos. Si el auxiliar hiciese uso indebido de dicha tarjeta, ó la cediese á otra persona no autorizada, quedará el propietario privado de aquélla. Los consejeros é individuos de las Juntas estarán provistos de dicha tarjeta.

Art. 44. En la Secretaría del Consejo se llevará un registro donde se consignarán los nombres y domicilios de los individuos á quienes se concediese uso de la tarjeta, así como los servicios prestados por éstos.

## CAPÍTULO VII

### PREMIOS Y RECOMPENSAS

Art. 45. El Consejo en pleno examinará las propuestas de premios que deban elevarse á la Superioridad á favor de las personas que hubieren ejercido actos dignos de premio, á que se refiere el apartado 4.° del art. 6.° de la ley de Protección.

Art. 46. Podrán ser objeto de premio ó recompensa:

1.° Las nodrizas que demuestren haber conservado con mayor celo la vida de sus hijos y la de los niños encomendados á su cuidado, previo informe detallado de las Juntas locales respectivas, ó á petición de éstas, y evacuadas que sean las averiguaciones necesarias para la perfecta comprobación.

2.° Los maestros, médicos, directores de fábricas ó talleres ú otras personas que hayan contribuído con su personal trabajo, propaganda oral ó escrita, á realizar actos meritorios, á la disminución de la mortalidad de la infancia, ó á mejorar la suerte de las madres y de los niños. En cada caso se abrirá una información con justificantes.

3.° Los fundadores de instituciones destinadas á proteger á las madres pobres embarazadas, á las madres que lacten á sus hijos, á socorrer los niños desamparados, maltratados ó enfermos, mediante casas-cunas, asilos, dispensarios, escuelas, sanatorios, etc.

4.° Los que donen premios metálicos para fines protectores al Consejo ó á las Juntas.

5.° Los que hayan prestado excepcionales servicios á las Juntas ó al Consejo en cualquiera de los extremos relacionados con la aplicación de las leyes protectoras.

Art. 47. Los premios consistirán en medallas de oro, plata ó bronce, según la impor-

tancia de los hechos realizados, y diploma especial. Las medallas y recompensas serán distribuídas solemnemente en sesión pública convocada al efecto por el señor ministro de la Gobernación, con asistencia del Consejo en pleno.

Art. 48. En casos especiales, y cuando el estado de fondos lo permita, se podrán conceder recompensas metálicas á las nodrizas ó personas necesitadas que, con notorio sacrificio, contribuyan á realizar actos protectores de verdadera importancia.

Art. 49. También podrán ser elevadas por el Consejo, á las Academias que distribuyan premios á la virtud, las debidas solicitudes á favor de las referidas personas, así como propuestas á la Superioridad de otro género de distinciones previstas por las leyes del Reino.

## CAPÍTULO VIII

### ORGANIZACIÓN ECONÓMICA DEL CONSEJO

Art. 50. Los necesarios recursos para la realización de las funciones propias del Consejo se obtendrán por los medios siguientes:

1.° La suma que anualmente se asigne en los Presupuestos del Estado con este objeto.

2.° El producto de las publicaciones que haga el Consejo; y

3.° Los donativos y subvenciones que los particulares ó Asociaciones deseen otorgar, en cualquier forma, para contribuir á los servicios y beneficios que ha de prestar esta institución.

Art. 51. Queda autorizado el Consejo Superior de Protección á la Infancia para recibir en representación del Estado, por herencia, legado ó donación, los bienes y cantidades que le fuesen confiados para cumplir fines especiales, crear premios, establecer fundaciones ó instituciones de diversa índole, relacionadas de modo directo con los benéficos y patrióticos propósitos que persigue.

Art. 52. La Comisión ejecutiva organizará el presupuesto anual de ingresos y de gastos con la debida antelación, el cual, una vez discutido y aceptado por el Consejo en pleno, será aprobado por el señor ministro de la Gobernación, como presidente de dicho Consejo.

Art. 53. El presidente del Consejo, y en su defecto el vicepresidente, ordenará los pagos que hayan de hacerse con fondos del Consejo, autorizando con los oportunos cargaremes, suscritos por el secretario general, la percepción de ingresos.

Art. 54. Uno de los individuos de la Comisión ejecutiva, designado por la misma, ejercerá el cargo de contador-tesorero, auxiliado por el personal de la Secretaría.

Art. 55. Los fondos y valores ingresarán en el Banco de España, llevándose la contabilidad por partida doble, y rindiéndose anualmente cuenta detallada con documentos justificantes.

Art. 56. La cuenta anual de ingresos y gastos, autorizada por el presidente con su visto bueno, se presentará al Consejo, y así que sea aprobada se publicará en la *Gaceta* oficial, consignándose en la Memoria de Secretaría.

## CAPÍTULO IX

### DE LAS REGLAMENTACIONES ESPECIALES

Art. 57. El Consejo discutirá y aprobará las disposiciones complementarias y reglamentos especiales que redacten las Secciones y se consideren necesarios para organizar y mejorar los servicios previstos en la ley y en el presente reglamento.

Los modelos de las tarjetas de identidad, de los registros y de las libretas para las nodrizas serán determinados por el Consejo, previo informe de la Comisión ejecutiva.

Aprobado por el Consejo Superior en pleno en sesión del 18 de Enero de 1908.—El secretario general del Consejo, *Manuel de Tolosa Latour*.

***

«No hay galardón para las obras grandes», dijo el poeta y es cierto, acaso porque no haya con qué pagarlas; pero es evidente que los más provechosos, útiles y desinteresados esfuerzos de los hombres en beneficio de la Humanidad no suelen tener proporcionada recompensa á la que á veces se obtiene por algo insignificante, como representar en Cortes á un distrito, ó caciquear en él para pasto de la voluntad caprichosa ó antojadiza.

El reglamento que anteriormente publicamos no ha obtenido del Parlamento ni de la prensa los elogios á que era acreedor; pero no hemos de incurrir nosotros en omisión tan imperdonable.

La obra activa y fecunda del doctor eminente D. Manuel de Tolosa Latour nos ha merecido siempre devoción verdadera. En números anteriores hemos publicado el cuadro espantoso de lo que fué en España la mortalidad de niños, y ante aquel recuerdo es como han de estimarse el talento, la ciencia, los cuidados asiduos y cariñosos del sabio doctor, todo corazón y todo entendimiento, que, haciéndose querer tanto como admirar, viene á ser, dondequiera que entra, algo así como una providencia de salud y alegría.

Á su labor diaria de médico insustituíble, hay que sumar muy notables libros, entre los que resaltan *La madre y el niño* y las *Cartas á Mimí;* el generoso, incesante esfuerzo para la creación del Sanatorio de Chipiona, y, finalmente, por no citar otros, el empeño incansable puesto al servicio de la infancia desvalida, á fin de que la ley y los Poderes públicos la atiendan y protejan.

Otro día analizaremos la ley y el reglamento de Protección á la Infancia, que hoy nos concretamos á reproducir.

# Teatros.

**Febrero**

Este mes ofrece la crónica teatral una variedad mucho mayor que la del pasado. Ha predominado, como era de suponer, lo mediano sobre lo bueno, pero no nos podemos quejar en punto á novedades artísticas.

En el *Real* debutó brillantemente la señorita Pandolfini con *Mefistófeles,* obteniendo un verdadero y legítimo triunfo. Tuvo lugar, por fin, el tantas veces anunciado *Enrique VIII,* de Saint-Saens, que logró sólo una fría acogida por parte del público. *Enrique VIII,* como obra musical, es bastante inferior á otras de su ilustre autor (por ejemplo, á *Sansón y Dalila).* Fuera de los bailables y de algunos trozos del último acto, apenas si una tenue ráfaga de inspiración viene á colorear el ingrato erial de la partitura. Parece escrita á dis-

gusto, con hastío, sin entusiasmo, y ésta fué la misma impresión que tuvo el público al escucharla. El maestro catalán Lamote de Grignon dirigió la orquesta muy discretamente; pero, según era de suponer, se sintió tan falto de entusiasmo como el compositor, y cada severo golpe de su helada batuta sepultaba en la tumba del olvido las glaciales notas de la insoportable partitura.

Todo se indemnizó después con la *reprise* de *La Walkyria,* que fué admirablemente dirigida por el maestro alemán Walter Rabl, y cuya audición echaban hace tiempo muy de menos los amantes del divino arte.

*Apolo* ha continuado en su espantosa soledad artística, y la despedida del genial actor Emilio Carreras, que ha marchado á América, perjudicó notablemente á la Empresa. Un estreno se ha verificado en este teatro: el de *El palco de la presidencia,* pero el público hizo *retirar los toros,* y la *corrida* no pudo continuar.

La *Zarzuela* ha estrenado, con éxito halagüeño, la obra de Linares *Santos e meigas.* Por lo demás, no ha habido *novedad,* y ni siquiera ha reanudado la Empresa el buen camino por el que comenzó, en los días de *Payasos* y de *La Bohemia.*

*La Calabresa* (mal suceso), *La corte de los casados* (de Pérez Capo; bien escrita, pero que resultó poco interesante) y *El quinto pelao* (arreglo, en tres actos, con música de Lleó, de *Servicio obligatorio),* en *Eslava; El niño de los tangos* (letra de Mihura Alvarez y Cumbreras, música de Gosset), en *Novedades; Los sucesos de la semana* (letra de Soler, música de Carbonell), *El húsar de la guardia* y *El tío de Alcalá,* en el teatro de *La Latina;* y *La judiada* y *Gota serena,* en *Barbieri,* han continuado la serie de estrenos *chicos* en este mes.

*Lara* ha seguido sosteniéndose principalmente con *Los intereses creados,* estrenando tan sólo *Botones de fuego* (de Rafael Santa Ana) y *El tercer demonio.*

En la *Comedia* se ha representado el arreglo de *Raffles,* hecho muy discretamente por D. Antonio Palomero. Resulta una obra entretenidísima, bien hablada y de las que no *hacen pensar,* por lo cual el público, harto de sociologías, sutilezas y transcendentalismos, ha premiado la labor del arreglador y el acierto de la Empresa, llenando todas las noches el teatro.

En la *Princesa,* después de *El mirlo,* entremés de Diógenes Ferraud y López Barbadillo, se estrenó *Señora ama,* de Jacinto Benavente, á quien corresponde este año, sin disputa, el lauro de la temporada teatral. *Señora ama* es una obra delicadísima, sentida, emocionante, muy digna del autor de *Rosas de otoño,* y harto mejor, á nuestro juicio, como producción dramática, que los ensalzadísimos y pesadísimos *Intereses creados.*

Por último, el *Español* ha acrecentado el caudal de estrenos con los de *El preferido y los cenicientos* (de D. Librado Ezguieura, seudónimo indudable de D. José Echegaray) y *El crimen de ayer* (del Sr. Dicenta).

Los estrechos límites de una crónica como la presente nos impiden tratar, con la extensión que deseáramos, de estas dos últimas obras, de las cuales la

segunda nos parece una desagradable equivocación del Sr. Dicenta, que nos tiene acostumbrados á mejores cosas, y que, á pesar de todo, ha puesto en ese drama rasgos de pasión vibrante y conmovedora.

*El preferido y los cenicientos* es un bello drama, que interesa extraordinariamente y que revela el innegable talento de su autor. Se ha querido ver en esta obra (en nuestra opinión, sin bastante fundamento) un propósito simbolista. Lo indiscutible es que el drama tiene todos los defectos y todas las grandes cualidades del teatro de su ilustre autor: conocimiento de la técnica del arte, suprema habilidad para producir conflictos de intensa emoción, pensamientos profundos, y, al mismo tiempo, ambiente abstracto, tipos de matemático, hombres y mujeres que no suelen ser como los que encontramos en la vida.

W.

# Sport

## AUTOMOVILISMO

### Grand Prix 1908 y Grand Prix Voiturettes

*Elección del circuito.*—Ya es definitiva la elección del circuito en que han de correrse las dos grandes pruebas automovilistas del año actual.

La Comisión deportiva del Automóvil Club de Francia ha adoptado por fin el circuito del Sena Inferior ó de Dieppe, el mismo en que el año pasado se corrió el *Grand Prix.*

Forma el circuito un triángulo, cuyos tres vértices son Londinières, Eu y un punto situado á dos kilómetros de Dieppe, y que recuerda por su viraje en ángulo agudísimo la famosa Fourche del circuito de La Sarthe.

Todo el recorrido se asemeja más á este circuito que al famoso de la Auvernia, en que vimos á Thery ganar la última Copa Gordon-Bennett.

Las carreteras que comprende el circuito que nos ocupa son, en general, bastante anchas y bien cuidadas, sin grandes pendientes y únicamente dos ó tres virajes difíciles, y cuya misma dificultad descarta toda clase de peligros.

El circuito mide 77 kilómetros, próximamente.

En vista de las observaciones hechas por los constructores de *voiturettes,* referentes á las inscripciones, la Comisión acordó, con muy buen acierto, rebajar los derechos, quedando establecido que serían la décima parte de los coches grandes, esto es: un coche, 500 francos; dos coches, 900 francos; y tres coches, 1.200 francos.

*Fechas de ambas carreras.*—Como indica el comunicado oficial del A. C. F., ambas pruebas se disputarán en las siguientes fechas y condiciones:

El día 6 de Julio de 1908, *Grand Prix de Voiturettes,* en un recorrido de 462 kilómetros, ó sean seis vueltas al circuito.

Día 7 de Julio de 1908, *Grand Prix del Automóvil Club de Francia;* recorrido, 770 kilómetros, ó sean diez vueltas al circuito.

*Las inscripciones.*—Son hasta la fecha 45 para el *Grand Prix A. C. F.*, y 60 para el *Grand Prix de Voiturettes;* números que desde luego aseguran el buen éxito de tan interesantes carreras.

## La Copa Catalunya

Un grupo de *sportsmen* barceloneses organiza la celebración de una carrera de automóviles, mejor dicho, de *voiturettes,* que se correrá el día 28 de Mayo próximo.

En dicha prueba se disputará la Copa Catalunya, y el reglamento de la carrera ha sido ya publicado, habiendo informado en su confección un amplio espíritu de tolerancia para procurar sumar elementos y facilitar concurrencia de toda clase de *voiturettes.*

Uno de los puntos más importantes y difíciles de resolver era, sin duda alguna, la elección del circuito en que debe celebrarse la carrera. En principio escogióse el formado por las carreteras que, saliendo de Sitges, pasan por Villafranca, Vendrell, Villanueva y Sitges; pero la inspección que del mismo efectuaron los individuos de la Comisión Sres. Garriga, Rafols, Casadellá, Rodríguez y Salazar, convencióles de las dificultades que ofrecería tan largo circuito, dado el mal estado de las carreteras y su mucho tránsito, y el tener que atravesar tres pasos á nivel.

En consecuencia, decidieron proponer se adoptara el circuito del Bajo Panadés, ó sea el en que vienen celebrándose las carreras de motos, que, aunque algo pequeño y compuesto por carreteras poco anchas, es, hoy por hoy, el único cercano á Barcelona.

La Comisión estimó acertada la proposición, quedando adoptado el circuito indicado, ó sea el formado por las carreteras que, saliendo de Sitges, pasan por San Pedro de Ribas, Cañellas, Villanueva y Geltrú y Sitges, y que representa unos 28 kilómetros.

*Los premios.*—Los premios de dicha carrera serán los siguientes:

1.° Copa Catalunya, medalla de oro de *El Mundo Deportivo* y 5.000 pesetas.
2.° Objeto de arte, regalo del Sr. Rafols, y 3.000 pesetas.
3.° 2.000 pesetas.
4.° 1.000 pesetas.

# CICLISMO

## Federación Ciclista de España

El entusiasmo que hay por esta Sociedad se demuestra palpablemente en el gran número de socios que están ingresando constantemente, lo que prueba la gran aceptación que tiene entre el elemento ciclista español.

La Federación Ciclista de España ha publicado el primer número de su *Boletín Oficial,* en el cual se insertan los Estatutos de la misma.

La excursión correspondiente al mes de Marzo será circular, tomando como base el castillo de Batres, y tendrá lugar el día 1.° de dicho mes, con el siguiente itinerario:

Madrid, Alcorcón, Móstoles, Navalcarnero, El Álamo, Batres (punto objeto de la excursión), Serranillos, Griñón, Torrejón de la Calzada, Parla, Getafe y Madrid.

Sin perjuicio de celebrar su excursión mensual, verificará otras la Federación con relativa frecuencia, al objeto de propagar el velocipedismo por las provincias limítrofes á Madrid.

El secretario de la Federación, D. Ricardo Ruiz Ferry, hizo un viaje á París con la misión, entre otras, de adquirir los planos del futuro velodromo de la Federación en la Ciudad Lineal.

Por último, según se nos comunica oficialmente, advertimos á cuantos estén identi-

ficados con la idea de la Federación (y á los que, sin estarlo, sean amantes del ciclismo) que deseen recibir *gratis* el *Boletín Oficial* de la misma, que pueden pedirlo por escrito á la Secretaría, Magdalena, 28.

Ahora trabaja activamente la Junta directiva en la confección de los reglamentos de excursiones y carreras.

## AEROSTACIÓN

### El globo «Valencia»

El capitán Kindelán, presidente del Real Aero-Club de España, ha recibido ya el globo *Valencia,* que, como recordarán los lectores, le fué ofrecido por el vecindario de la población levantina á raíz de su accidentada ascensión en el globo *María Teresa,* con ocasión del concurso aerostático de Valencia.

### La Copa Gordon-Bennett

Ya está decidida la fecha en que se celebrará este año la Copa aerostática Gordon-Bennett, que el pasado año ganaron los alemanes á los norteamericanos.

El preciado trofeo será disputado el día 18 de Octubre en Berlín-Tegel, habiéndose ya inscrito para tomar parte en dicho concurso los Aero-Clubs de Francia, América, Bélgica y España.

### La Copa de los Pirineos

Según anuncia la prensa deportiva francesa, á fines de Abril vendrá á Madrid una delegación del Automóvil Club del Sudoeste, con objeto de hacer entrega oficial al Real Aero-Club de España de la Copa de los Pirineos, el glorioso trofeo ganado por el malogrado Jesús Duro con su famoso viaje de Pau á Guadix, y que le ha sido definitivamente atribuído.

Con ocasión de dicha visita, se celebrará en Madrid, probablemente, una fiesta aerostática.

## FOOT-BALL

### El campeonato de España

Se han remitido á los periódicos importantes de la corte, y en breve se enviarán á los Clubs de provincias y de la capital, las bases del campeonato de España que organiza la Sociedad Madrid Foot-ball Club, figurando como premios la Copa de S. M. el Rey y medallas de oro.

Sabemos de varias Sociedades que es casi seguro vengan á disputar el título de campeón, siendo una de ellas el Barcelona Foot-ball Club, que cuenta este año con un equipo muy bueno y con jugadores de mucho mérito, como son Wallace, Bru, Quirante, Forns, Steinberg y Comamala.

También el Vigo Foot-ball Club es casi seguro que venga, pues cuenta con un equipo de primera, y será uno de los favoritos del campeonato.

Estos dos Clubs, el Vizcaya y el Madrid Foot-ball Club, Salamanca, Huelva, Irún, Valencia y tal vez alguno más, harán que presenciemos unos partidos reñidos é interesantes.

# LAWN-TENNIS

## Concurso en San Sebastián

En la capital donostiarra, y con motivo de las fiestas que se celebrarán en el mes de Marzo, el *San Sebastián Recreation Club* organiza un concurso internacional de *lawn-tennis,* dotado con premios por valor de 2.500 pesetas, y que se verificará en los *courts* que la simpática Sociedad posee en Alegorrieta, del 23 al 27 del próximo mes de Marzo.

Las pruebas que se disputarán son las siguientes:

1.ª Copa de primavera.—Partidos individuales de caballeros *(gentlemen's singles).* Premio: una copa de plata, por valor de 500 pesetas, que quedará en propiedad del vencedor.

2.ª Parejas de caballeros *(gentlemen's doubles).*

3.ª Parejas mixtas *(mixed doubles).*

4.ª *Handicap* de caballeros. Partidos individuales *(gentlemen's singles handicap).*

5.ª *Handicap* de parejas de caballeros *(gentlemen's doubles handicap).*

6.ª *Handicap* de parejas mixtas *(mixed doubles handicap).*

# TIRO DE PICHÓN

## Triunfo de un español

En el tiro de pichón de Montecarlo se ha disputado el premio O'Brien *(handicap),* así titulado en recuerdo de un tirador español, el conde de O'Brien, vencedor que fué una vez del gran premio de Montecarlo.

Y este año se ha dado el caso de ganar dicho premio otro tirador español, el simpático deportista andaluz D. José Tejero.

La *poule* reunió 69 tiradores entre los de mayor renombre mundial, y nuestro compatriota se llevó el premio, tirando y matando sin errar uno, 12 pichones, á 25 metros y medio.

Quedó segundo el Sr. A. Fraser (inglés), matando 13 de 14 pájaros, á 29 metros.

La victoria del campeón de Huelva, harto conocido y querido entre sus compañeros de los tiros de pichón de Madrid y Andalucía, será por todos apreciada y conocida con satisfacción.

# BOXEO

En París se ha verificado un sensacional *match* de boxeo ante numeroso público, que llenaba por completo la amplia sala del Nouveau Cirque.

Eran los luchadores el célebre Marc Gaucher, campeón de Francia *(poids lourd),* y Marcel Moreau, campeón de Francia *(poids leger),* actuando de juez el profesor Chabrier.

En los primeros *rounds* Moreau atacó vivamente, teniendo á su favor alguna ventaja. Marc Gaucher, que hasta entonces se había reservado, en el sexto *round* atacó con mucho ímpetu, desconcertando á su rival, bastante cansado por el esfuerzo hecho al principio.

Abundaron mucho los cuerpo á cuerpo, teniendo el *referee* necesidad de dar aviso repetidas veces á Marc Gaucher, que abusaba de ellos; parte del público pedía que se le descalificara, pero sin resultado.

## NATACIÓN

En París se ha verificado un *match* de natación entre Meister, campeón de Francia, contra Berelta, campeón de Italia.

El trayecto era atravesar el Sena de un lado al otro, cerca del puente de Alejandro.

Al sonar la detonación, señal de la salida, ambos nadadores se lanzaron al agua, tomando Berelta un cuerpo de ventaja. Hacia la mitad del río consiguió Meister alcanzarle, y en los 30 metros últimos, merced á un esfuerzo superior, logró el campeón francés llegar á la meta con varios cuerpos de ventaja.

Ambos nadadores se quejaban del estado del agua, verdaderamente glacial.

## CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID

**Temporada de primavera (días 15, 18, 21 y 24 de Mayo).**

Acaba de publicarse el programa, del que entresacamos los siguientes datos:

### Primer día

Primera carrera.—*De venta.*—Premio: 1.000 pesetas. Para toda clase de caballos enteros, capones y yeguas de tres años en adelante. Distancia, 2.000 metros próximamente. Matrícula, 50 pesetas.

Segunda.—*Criterium de cruzados.*—Premio: 1.250 pesetas; 1.000 pesetas al primero y 250 al segundo. Para caballos enteros y yeguas, cruzados y angloárabes, de tres años en adelante, nacidos en la Península. Distancia, 2.000 metros próximamente. Matrícula, 65 pesetas.

Tercera.—*Gran Premio de Madrid.*—Premio: 5.250 pesetas; 5.000 al primero y 250 al segundo. Para potros enteros y potrancas de tres años, nacidos y criados en la Península. Distancia, 2.500 metros próximamente. Matrícula, 250 pesetas. No disputando la carrera cuatro caballos, se reduce el primer premio á 4.000 pesetas.

Cuarta.—*Madrid Polo Poneys.*—Premio de la Sociedad Madrid Polo Club: un objeto de arte.

Quinta.—*Militar.*—Premio de S. A. R. el Infante D. Fernando: un objeto de arte y 500 pesetas del Centro del Ejército y de la Armada; el objeto y 250 pesetas al primero, y 250 pesetas al segundo. Para caballos enteros, capones y yeguas procedentes del Ejército y propiedad del Estado, montados por señores oficiales. Distancia, 2.000 metros próximamente. Matrícula, 25 pesetas.

### Segundo día

Primera carrera.—*De venta.*—Premio: 1.000 pesetas. Para toda clase de caballos y yeguas de tres años en adelante. Pesos: de tres años, 55 kilogramos; de cuatro años, 62 $^1/_2$ kilogramos; de cinco ó más años, 63 kilogramos. Distancia, 1.200 metros próximamente. Matrícula, 50 pesetas.

Segunda.—*Gran Peña.*—Premio: un objeto de arte de S. A. R. el Infante D. Carlos y 2.000 pesetas de la Gran Peña; el objeto de arte y 1.500 pesetas al primero, y 500 al segundo. Para caballos y yeguas de pura sangre, de tres años en adelante, nacionales ó importados. Distancia, 2.000 metros próximamente. Matrícula, 100 pesetas.

Tercera.—*Criterium nacional.*—Premios: un objeto de arte de S. A. R. la Infanta doña Isabel y 2.000 pesetas. El objeto de arte y 1.500 pesetas al primero, y 500 al se-

gundo. Para potros y potrancas de tres y cuatro años nacidos en la Península. Distancia, 2,000 metros próximamente. Matrícula, 100 pesetas.

Cuarta.—*Madrid Polo.*—Premio de la Sociedad Madrid Polo Club: un objeto de arte.

Quinta.—*Saltos (vallas).*—Premio: 1.500 pesetas; 1.250 pesetas al primero y 250 al segundo. Para caballos enteros, capones y yeguas de todas razas, de cuatro años en adelante. Distancia, 3.000 metros próximamente. Matrícula, 75 pesetas.

## Tercer día

Primera.—*Casino de Madrid.*—Premio del Casino de Madrid: 1.000 pesetas. *Handicap* para toda clase de caballos y yeguas de tres años en adelante, á vender por precio máximo de 5.000 pesetas. Distancia, 1.600 metros próximamente. Matrícula, 50 pesetas.

Segunda.—*Omnium.*—Premio: 1.250 pesetas; 1.000 al primero y 250 al segundo. Para toda clase de caballos enteros y yeguas, cruzados y angloárabes, de tres años en adelante, nacidos en la Península. Distancia, 3.000 metros próximamente. Matrícula, 65 pesetas.

Tercera.—*Alfonso XII.*—Premio de S. M. el Rey: 3.000 pesetas; 2.500 al primero y 500 al segundo. Para toda clase de caballos enteros y yeguas de pura sangre, de tres años en adelante. Distancia, 3.000 metros próximamente. Matrícula, 150 pesetas.

Cuarta.—*Concurso hípico (steeple chase).*—Premio de S. M. la Reina Doña María Cristina: un objeto de arte. Para toda clase de caballos enteros, capones y yeguas que no sean pura sangre, que hayan tomado parte en el concurso hípico de Madrid de 1907, y no hayan ganado ninguna carrera pública. Montados precisamente por *gentlemen riders* y señores oficiales del Ejército que hayan igualmente tomado parte en dicho concurso. Distancia, 3.000 metros próximamente. Matrícula, 25 pesetas.

Quinta.—*Steeple chase militar.*—Premio de S. M. el Rey: 1.750 pesetas al primero y 250 al segundo. Para caballos enteros, capones y yeguas procedentes del Ejército y propiedad del Estado, montados por señores oficiales. Distancia, 3.000 metros próximamente. Matrícula, 50 pesetas. Dos saltos de valla. Entrada de *steeple* por la puerta de Madrid. Saltar los obstáculos pequeños y los grandes, volver á saltar los pequeños, salir por la curva, y terminar saltando una valla.

## Cuarto día

Primera.—*Handicap de cruzados.*—Premio: 1.500 pesetas; 1.250 al primero y 250 al segundo. Para toda clase de caballos y yeguas, cruzados y angloárabes, que hayan tomado parte en una de las carreras de esta reunión. Distancia, 1.800 metros próximamente. Matrícula, 75 pesetas.

Segunda.—*Gran handicap pura sangre.*—Premio: 2.500 pesetas; 2.000 al primero y 500 al segundo. Para toda clase de caballos enteros y yeguas de pura sangre, de tres años en adelante, que hayan tomado parte en una de las carreras de esta reunión. Distancia, 2.500 metros próximamente. Matrícula, 125 pesetas.

Tercera.—*Militar de saltos.*—Premio del Ministerio de la Guerra: 1.500 pesetas. Para caballos enteros, capones y yeguas procedentes del Ejército y propiedad del Estado, montados por señores oficiales. Distancia, 2.500 metros próximamente. Matrícula, 50 pesetas.

Cuarta.—*Handicap de saltos (vallas).*—Premio de S. M. el Rey: 2.000 pesetas; 1.500 al primero y 500 al segundo. Para toda clase de caballos enteros, capones y yeguas, de

tres años en adelante, que hayan tomado parte en la carrera de saltos del segundo día. Distancia, 3.500 metros próximamente. Matrícula, 100 pesetas.

Quinta.—*Consolación.*—Premio: 1.000 pesetas. *Handicap* para toda clase de caballos enteros, capones y yeguas que hayan corrido en esta reunión sin ganar un primer premio. Distancia, 1.600 metros próximamente. Matrícula, 50 pesetas.

# *Portugal*

## Después de la tragedia.

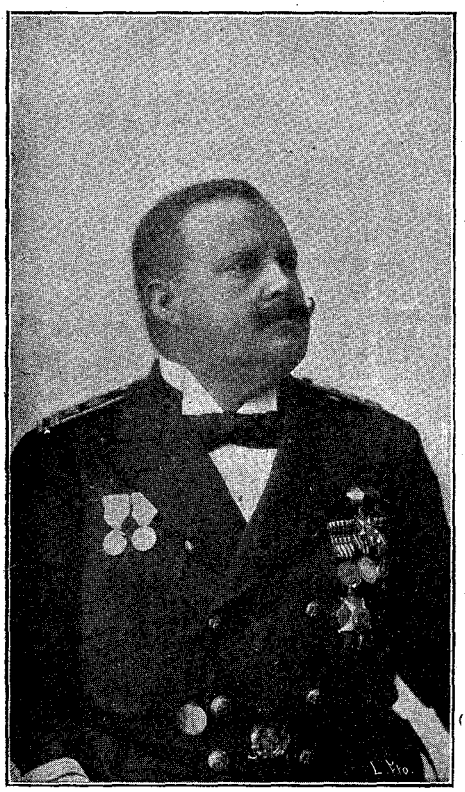
En la historia portuguesa, historia ennoblecida por la grandeza de los Reyes, por el heroísmo de los conquistadores, por la intrepidez de los navegantes, por la constancia de un pueblo entero, que, no obstante su pequeñez, se sostiene independiente después de haber desempeñado brillante papel en la civilización humana, dando el ejemplo y enseñando el camino de los descubrimientos marítimos, se ha escrito una página de sangre. El Rey y el Príncipe Real, los que eran presente y porvenir de la Monarquía portuguesa, han caído bajo las balas homicidas de dos hombres á quienes la exaltación de las pasiones políticas despojó de todo sentido moral, hasta el punto de hacerles cometer el más abominable de los crímenes.

La primera impresión que produjo la funestísima noticia fué de profundo estupor, no sólo en extrañas tierras, sino aun en el mismo Portugal. Temíanse, fundadamente por cierto, graves alteraciones de orden público, dado el desacierto del gobierno dictatorial de Joao Franco, y los extremados rigores á que había llegado en la represión. Acaso no hubiera sido extraño un verdadero movimiento revolucionario. Tal vez en Lisboa alguien recordaba por aquellos días la audacia del mariscal Deodoro da Fonseca en Río Janeiro, cuando, haciendo embarcar á bordo del *Alagoas* al noble y anciano Emperador D. Pedro II y su familia, acabó con la Monarquía brasileña, y derribó el único Trono que había logrado arraigar en el continente americano; pero un asesinato, si altamente reprobable como medio, más reprobable aún, si cabe, como fin, nadie lo esperaba ni podía esperarlo. La Historia tiene sorpresas sangrientas. Han pasado pocos días desde que las egregias víctimas reposan al lado de sus mayores bajo las bóvedas de San Vicente de Fora, y ni aun con el ánimo más sereno y el criterio más imparcial es posible estudiar un hecho semejante, cuando el horror que despierta el crimen se sobrepone á todo. Es aún demasiado pronto para que el Tribunal de la Historia entre en funciones; pero puede anticiparse que su fallo será severísimo, no sólo para los autores del horrendo atentado, sino para los que traten de buscarle disculpa, y altamente favorable para el desventurado Monarca, que si pudo equivocarse al no poner coto á las demasías de un ministro soberbio y desequilibrado, lo hizo creyendo sinceramente que servía mejor á su pueblo, y que contribuía á una obra de regeneración. Y en cuanto al Príncipe D. Luis Felipe, es y será siempre mirado como la más inocente de las víctimas que han podido inmolar los desenfrenos del odio.

***

Llevando en el alma las tristezas, y en el cuerpo los lutos de una catástrofe inesperada, ha subido al Trono el Infante D. Manuel, mozo de condición apacible y simpática, aunque no desprovisto de sana energía y de claro y cultivado entendimiento. Pesadí-

sima es la carga que la desgracia ha arrojado sobre los hombros del nuevo Rey, pero todo induce á creer que sabrá soportarla con entereza. Cuenta con un Ministerio en que figuran los nombres ilustres de dos veteranos de la Armada portuguesa, Ferreira do Amaral y Augusto Castilho, y otros de prestigiosos políticos, como Campos Henriques, Wenceslau de Lima, Affonso d'Espregueira y Sebastiao Telles. Se debe confiar en que Julio de Vilhena, jefe del partido regenerador, y José Luciano de Castro, jefe del progresista, pondrán sus fecundas iniciativas el uno, su probada experiencia el otro, al servicio del joven Rey, y que en momento oportuno el jefe de la extrema izquierda mo-



**Don Carlos I.**

Asesinado el día 1.º de Febrero de 1908.



**La Reina Doña Amelia.**

nárquica, José d'Alpoim, hallará campo abonado para sus anhelos de libertad. Y si todos prestan su leal ayuda y tienen especial cuidado en proceder con suma prudencia, huyendo de los brutales rigorismos que tan detestado hicieron el gobierno de Joao Franco, el Trono portugués estará firmemente afianzado. En Portugal, el pueblo, la masa, no es precisamente republicana, á menos que sea hostigada por los excesos del Poder público. Allí, como en todas partes, lo que quieren es que se gobierne bien; y nadie, sin más móvil que un amor platónico á determinados regímenes, osaría alzarse contra un buen gobierno.

En las manos de los prohombres monárquicos está el lograr que lo que llegó á tomar los caracteres de impulso general de la opinión, se reduzca á los límites nada alarman-

tes de un ideal sostenido por las elucubraciones de algunos pensadores; en fin, á que el partido republicano vuelva á ser un partido de doctores y publicistas á los que se mire con respeto por su saber, pero no se los siga. Y ojalá que D. Manuel II sea tan feliz como lo fué el primero de igual nombre, y ya que no son estos tiempos de guerras ni de conquistas, si no ilustran su reinado nombres como los de Vasco de Gama, de Pedro Alvares Cabral, de Joao da Nova, de Corte-Real, de Affonso d'Alburquerque, de Duarte Pacheco Pereira, de Vicente Sodré, de D. Francisco d'Almeida, de Antonio d'Abreu, de Soares d'Albergaria, y de tantos otros exploradores y guerreros que extendieron los dominios de Portugal por los más apartados confines de la tierra, que otros hombres, adecuados al espíritu del siglo, venzan en las luchas incruentas de la cultura y del progreso, y que algún día diga la Historia que también D. Manuel II, como su glorioso homónimo, mereció ser llamado *el Venturoso,* porque reinó en paz, é hizo próspero á su Reino.

SALVADOR DÍAZ-BERRIO.

---

# *Americanerías*

Luis Rodríguez Embil es un muchacho cubano, bastante más cubano que Insúa, y que tiene mucho talento, pero, en cambio, no tiene biblioteca propia. Váyase lo uno por lo otro, digo yo. Sin embargo, las gentes del mundo piensan de otro modo. Se necesita, no sólo talento, sino medios de exteriorizarlo. Un talento oculto es como un capital en onzas de oro arrinconado en un desván lleno de telarañas... Entre los medios más propicios de sacar á luz el talento que Dios nos ha dado, dicen las gentes del siglo que están los periódicos, las revistas, los libros; por fin, en grado máximo, las bibliotecas, sobre todo cuando las dirige D. Alberto Insúa... Si la sociedad estuviese mejor organizada, quizá no sería menester recurrir á estos expedientes de manifestación...

Hoy por hoy, y mientras las cosas sigan así, publicar un libro es un medio bastante directo para revelar el mayor ó menor talento que Dios nos ha concedido. Noto que hablo de las gentes del siglo como un cenobita podría hablar desde su eremitorio del desierto, ó un monje en clausura desde su convento. Y pienso que quizá sería un ideal que todos los artistas tuviésemos nuestras abadías laicas, nuestras Telemas aisladas, como quiso Anatolio France, para vivir lejos del profano vulgo y del ruido mundanal...

Por todo eso, Luis Rodríguez Embil, que es en muchas cosas un resignado —quizás en la vida lo es también—, ha escrito un bello libro; y no encontrando sitio mejor y más á mano donde publicarlo, lo ha publicado *chez* Insúa.

Rodríguez Embil es un artista psicólogo: apenas tiene miradas para el mundo exterior, aunque no afirmo que no lo vea en absoluto. En cambio, dentro de la interior caverna, asistido por la intensa iluminación que da la facultad analítica ejercitada, ve con ojos de lince hasta las más recónditas cavidades. Sus novelas cortas, sus esbozos novelescos, son verdaderos *interiores*

*de almas.* Stendhal creía que el oficio del novelista era descubrirlos. Yo pienso también en verdad que para el novelista la perspicacia psicológica debe ser la *facultè maîtresse.* Hay que tener muy aguzado el don de análisis, y muy despierta y cosquilleante la intuición, para poder hoy hacer algo bueno en novela. El mundo exterior se agota pronto; pero la cantera psicológica es inexhausta. Cuando uno va á hacer novela santanderina, le sale al paso la sombra de don José María de Pereda, y si quiere hacer novela asturiana, tropieza con don Armando Palacio Valdés; y cuando uno se preparase á pasmar al mundo haciendo la novela andaluza, ¡quién sabe si surgiría, escopeta al hombro, el señor Martínez Barrionuevo, reclamando la propiedad intelectual..., que es, al fin, una propiedad, de todas esas tierras soleadas y morunas que baña el Guadalquivir, y donde viven tantas bonitas muchachas morenas!...

Rodríguez Embil, que vive en Cádiz, no ha querido, sin duda, indisponerse con el Sr. Martínez Barrionuevo, y por ahora le ha perdonado la vida... literaria, dejándole en paz con sus novelas andaluzas, aunque malas. No ha intentado, pues, el joven literato hacer novela andaluza.

Ha hecho simplemente novela universal y humana. Ha cantado el dolor de las almas separadas á pesar de los cuerpos unidos; el eterno dolor y el eterno misterio, vibrantes y latentes lo mismo en Arkángel que en Málaga. ¡Y cuán sangrante y humano palpita este dolor, como entraña ulcerada, en las breves narraciones de Rodríguez Embil!... *Gil Luna, artista,* se titula el libro del culto y joven literato; pero ésta no es sino la primera narración que da nombre al volumen. Es también la de mayores dimensiones, y quizá por eso prepondera sobre las otras.

*Gil Luna* es la historia trágica de un artista que mata á su mujer por celos; no por celos infundados, disparatados y locos, como es uso entre los galanes españoles, sino por celos positivos y reales. En esta narración se adivina que, á pesar de estar avecindado entre nosotros hace poco, Rodríguez Embil siente cantar dentro de sí la melodía de la raza, y es genuinamente ibérico en esto de saber interpretar nuestro temperamento de impulsivos atávicos. Por la violencia de la narración, por la impetuosidad de los episodios, por la acuidad de las reflexiones, hechas en frío por el artista Rodríguez Embil, y que no hubiera hecho en caliente el artista Gil Luna, esta *nouvelle* es lo mejor del libro.

El autor la hace preceder de este *Epílogo breve* (sutil ironía la de poner epílogo al comienzo de una obra): «Hace algunos meses, recorriendo distraídamente las columnas de un periódico, tropezaron mis ojos con una noticia que detuvo mi mirada errante. Tratábase del crimen de un joven artista, quien había dado muerte á su mujer por celos. El pobre criminal, según el periódico, seguía amando locamente á su víctima después de muerta; la desesperación de aquél en el calabozo donde se hallaba encerrado era indescriptible. No sé por qué hubo de impresionarme tanto esta noticia y producirme tal compasión, mezclada con tan viva curiosidad de conocer el sombrío drama desarrollado en el alma del escultor amante y homicida, que llegué, sin haber pasado nunca—y quiera mi Destino que no haya de pasar jamás—por ninguna de sus

trágicas experiencias, á tratar de reconstruir aquel drama en mi imaginación. De aquella impresión y este deseo es fruto lo que va á leerse. Mi probidad artística y mi lealtad de hombre me impulsan á declararlo, y á declarar asimismo que ignoro si los celos del escultor eran ó no fundados. Una vez puesta mi imaginación á su tarea, aprovechó, para la reconstrucción de la tragedia, todos los materiales que le parecieron más apropiados á su objeto, con la libertad ilimitada que sólo ella posee. Y como si no fuera mi mano sino el instrumento dócil del propio héroe, y corriese impulsado por una telepatía imprevista, trazó el relato en forma autobiográfica. Puede, pues, leerse lo escrito—en lo esencial al menos—como la propia confesión de aquel espíritu atormentado y digno de piedad. Yo he sido tan sólo el instrumento inconsciente de su expresión, su vehículo intuitivo, y casi el espectador conmovido de su tragedia. Y al dar á luz esta narración lamentosa y acaso no del todo estéril, he querido hacer constar esta humilde parte que en ella me corresponde, y enviar á las almas de sus actores sin ventura lo único y acaso lo mejor que á un alma en tribulación puede enviarse: mi sincero deseo de Paz.»

Aunque *Gil Luna* me ha encantado, especialmente en la descripción de la tómbola artística en que conoció Gil á su futura esposa, confieso, no obstante, que me agrada más, en conjunto, *El velo de la diosa,* segunda novelita del volumen, que, con el subtítulo de *Aventura vulgar,* da una sensación más intensa y presenta un boceto de novela realista, el más completo, el más acabado, el más *hecho* de la obra. Aquellos amores con la comedianta; aquella iniciación en la bravía belleza del amor-pasión; aquella Elena que reaparece á los tres años, ajada y marchita, como un *bouquet* que se ha aspirado mucho, en la capital de provincia donde vive el joven abogado, todo es de una veracidad tan humana que nos deja conmovidos...

Rodríguez Embil, que no es sólo un artista puro, un visual y un sensitivo, sino también un pensador, en quien toda sensación va acompañada de una cerebración consiguiente, desenlaza de la impresión agridulce que produce al joven abogado su aventura una conclusión de aterrador pesimismo filosófico. *El velo de la diosa* es el velo de fantasía que cubre toda realidad... No hay que rasgar ese velo, so pena de encontrarse con toda la horrible y cierta fealdad de la vida real... El amor es un velo dorado; bajo el velo, quizá la llaga purulenta hiede... La vida, analizada, es un tratado de bacteriología, y no puede suministrar materia de arte... En ese sentido, el emblema artístico de Rodríguez Embil podría ser el de Eça de Queiroz en sus últimos años: *Sob a nudez forte da Verdade o manto diaphano da fantasia...* Quizás es éste el emblema estético más acertado, el que resume por igual las hediondeces del naturalismo y las vaporosidades del romanticismo... Se dirá que éste es un eclecticismo bastardo... Los tontos ponen el *schiboleth* de *ecléctico* (lo que en lenguaje vulgar se llama pastelero) á todo el que no se decide de una manera tranchante y dogmática por una ó por otra escuela. En estética, donde todo es tan variable y sujeto á mudanzas, donde el clima de una nación ó la complexión física de un individuo decide muchas veces del valor de una obra de arte, se cae en el ries-

go de ser ridículo cuando se quiere ser dogmático. Conste, no obstante, que yo reconozco valores estéticos, categorías señaladas y cánones consagrados... pero hasta cierto punto nada más. Me pasa en esto lo que Renan decía de cierto Papa: *Il croit à l'âme inmortelle... Seulement, c'est comme toutes les choses auxquelles on croit; on n'en est jamais bien sûr.*

Decía yo que la enseña adoptada por Eça de Queiroz cuando se apaciguó en él aquel furor naturalista que fué inmediato sucesor de otro furor romántico no menos predominante en su juventud—y que hoy conocemos mejor por los fragmentos recogidos en su obra póstuma *Prosas bárbaras—;* que esa enseña podría ser el mejor *modus vivendi,* ó dígase acuerdo de dos escuelas que hasta ahora han venido oponiéndose radicalmente una á otra por sus adversarios igual que por sus defensores: la escuela romántica y la escuela naturalista. En esa enseña concílianse y convergen aquellas dos direcciones artísticas, no tan opuestas como se cree... Viene á ser como un remanso al que confluyen dos ríos hermanos que han andado serpeando por diferentes tierras... Si la desnudez fuerte de la Verdad se aliase siempre con la Fantasía, para que ésta la cubriese con su manto diáfano, todo marchara á maravilla, y el mundo de la estética sería una gloria... Ocurre, no obstante, que la Verdad es—ó tal la hacen los que la manipulan—hembra arisca y segura de sus gracias, que, por lo mismo, gusta de mostrarse en toda su paradisíaca y primordial desnudez, á veces ofensiva, como la de los cuadros de Rubens...

Los artistas son, por otra parte, hostiles de por sí á todo lo que signifique concordato y transigencia con escuelas rivales. El que es romántico, quiere mostrarse como tal; y al que es naturalista, le pasa lo mismo. Por naturaleza rehuyen todo lo que huela á pacto tácito ó confabulación amistosa con los enemigos: El artista tiene tendencia á ser rebelde...

Hoy, no obstante, asistimos al apaciguamiento del naturalismo, que ya el profeta de Medán previó. La fórmula se ha disuelto. No se escribe ya con arreglo á un canon definido y á un plan trazado. El novelista puede ser hoy alternativamente romántico ó naturalista, á discreción, y nadie le afeará por ello. Sobre todo, hemos rechazado del naturalismo el cargamento seudocientífico que consigo llevaba: «lo más intolerable del realismo», según dice el mencionado Eça de Queiroz por boca de uno de sus personajes, Carlos de Maia; y no sabiendo si el autor mismo siente eso, porque el gran novelista de *A Reliquia* fué uno de los que más rígidamente cumplieron el precepto de Flaubert, su maestro, á quien sigue paso á paso, y á veces hasta literalmente copia, sin perder por ello su gran personalidad: «el autor debe estar ausente de su obra»; ó si se limita á interpretar el estado de alma de su personaje, y hace que se le escape en una discusión acalorada entre amigos aquella invectiva mordiente, fatal para la escuela á que el novelista estaba afiliado: «*O mais intoleravel no realismo eran os seus grandes ares scientificos, a sua pretenciosa esthetica deduzida d'una philosophia alheia, e a invocaçao de Claude Bernard, do experimentalismo, do positivismo, de Stuart Mill e de Darwin, a pro-*

*posito d'una lavadeira que dorme con un carpinteiro.*» *(Os Maias: Episodios da vida romantica,* VI; volumen I, segunda edición, páginas 224 y 225.)

Los novelistas actuales ya no se sujetan á estas ligaduras: escriben como les place, en romántico ó en naturalista. Gabriel D'Annunzio, el gran novelista italiano, que es naturalista por lo escabroso y aun obsceno de ciertos detalles de sus obras, queda adherido á la escuela romántica por el endiosamiento egotista, renovado de la corriente directriz de 1850, pero veteado de algo nuevo, de nietzschianismo. No ve la vida como observador; y para ser novelista naturalista en 1880—época de auge de la escuela—, había que verla así. La ve como poeta magnífico. En España, nuestra genial doña Emilia Pardo Bazán, que fué en su tiempo la más gentil propulsora de la novela naturalista, se convierte hoy á nuevos rumbos; y sus últimas obras, *Misterio* y *La quimera,* no son ya novelas naturalistas. Esperemos á la próxima, *La Sirena negra,* para formar juicio.

Entre los jóvenes, aún se señala más esta perfecta insubordinación á escuelas determinadas. Reina una absoluta acracia estética. Gabriel Miró, González Anaya, José Francés, Ramírez-Angel, Pérez de Ayala, Martínez-Sierra, Alberto Insúa, Téllez y López, García Sanchiz: todos estos jóvenes, y algunos otros más (que ahora no cito porque no los recuerdo, ó por no hacer larga la enumeración), son novelistas... Algunos pretenden serlo nada más... Pero basta hojear una página de sus obras para ver que, real ó efectivo, cada cual lo es á su modo.

Mirando así las cosas, la novelita de Rodríguez Embil, *El velo de la diosa,* que es naturalista por los detalles é idealista por la conclusión, está completamente dentro de nuestro modo actual de entender y hacer la novela. No hay que aquilatar mucho en finezas psicológicas para comprender que la conclusión de la novela es francamente idealista, á la par que pesimista; aunque algunos no entiendan que se puedan conciliar estos dos conceptos lógicos. Los egipcios sabían bien que Isis sin velo ya no era Isis. Por eso, nadie se atrevió en los tiempos antiguos á presentar una Isis desvelada, hasta que, en nuestros días, madame Blavatsky, la gran maestra de teosofía y ocultismo, escribió su *Isis devoiled...*

Rodríguez Embil ha dejado en su novelita un recuento de impresiones psicológicas de gran fuerza, que á ratos transcienden de la esfera meramente literaria para remontarse á la región de las ideas puras. Hay páginas del libro que más parecen escritas por un *magister philosophiae,* que por un literato joven. Recuerdo en este momento aquella en que Rodríguez Embil nos presenta al protagonista despierto al lado de su amante, y recuperando un momento su *yo.* He aquí esta página arrancada del dietario (porque la novelita está trazada en forma de hojas de un diario íntimo, modo literario tan grato á los franceses, notémoslo de paso, porque sirve para comprender un poco mejor la personalidad del joven artista): «Esta mañana me desperté temprano. Elena dormía aún al lado mío. Por las ventanas comenzaba á penetrar el día, tan sereno, tan claro, que tan sólo el verlo juguetear en las

cortinas é iluminar los muebles con sus rayos, ponía un contento primordial, infantil, en el corazón. Tendido en el lecho, embozado casi hasta los ojos en las sábanas, por un instante, olvidado de todo, me sentí niño, y artista, y poeta místico: sentí á mi espíritu, libertado de miserias y dudas, irse hacia el cielo, comulgar con el alma ignota del mundo confundida en el rayo de luz que besaba jugando las cortinas. ¡Magia incomparable y única de la Naturaleza! Basta un rayo de sol, unas hojas que cantan en un bosque solitario, al correr de un arroyo entre piedras, para lavarnos por dentro, aclararnos la vista y los oídos, y prepararnos para hacer *sentir* la verdad, la verdad que está en ella, en nosotros, en todo cuanto existe, y que los hombres, cegados y contaminados por los libros que la falsean, por nuestra vida, también falsa y morbosa, en casi todo el curso de nuestro existir vano, agitado y efímero, no queremos ó no sabemos ver. Tuve un momento de felicidad completa, *inmotivada,* y por eso completa, ó, mejor dicho, un atisbo súbito, como he tenido otros dos ó tres en mi vida, de la felicidad. A quien no haya experimentado nunca este sentimiento de liberación es incomunicable lo que se experimenta en tales momentos; el que lo haya sentido no necesita explicación alguna. Todas las cosas terrenas, aun las que tenemos nosotros mismos, comúnmente, por más importantes, pierden su valor á nuestros ojos. *Todo cuanto es individual y egoísta pierde su valor.* Un amor infinito é inefable llena todo el ser; un amor infinito, inefable y celeste...»

En Rodríguez Embil apenas hay paisaje. Podría decirse que hay más bien en sus obras un continuado «paisaje interior», como el que (en otro orden estético) encuentra en Sully Prudhomme su más reciente biógrafo: E. Zyromski; paisaje que éste llama *la región sacrèe des sources.* En realidad, si hemos de medir bien las cosas, confesemos que en todo buen poeta—exprésese en prosa ó en renglones rimados—, la descripción jamás es ni debe ser pura descripción, descripción arbitraria, sino que siempre su espíritu sobreañade á ella algo de emoción y de ensueño...

*El velo de la diosa* es, como iba diciendo, la mejor narración del libro. Hay en ella bella acumulación de sensaciones casi inéditas, ó, por lo menos, muy remozadas por el espíritu del autor. Á esto debe aspirar todo gran artista: á dar alguna sensación nueva del mundo interno ó exterior, ó á dar, al menos, una sensación vieja en forma nueva. Díganme si no hay nuevo modo de ver el arte en esta sensación artística, que viene á ser como la síntesis y conclusión de la novela: «Será esto que acabo de pasar un incidente como ocurren muchos en la vida de muchos hombres; pero los acontecimientos, en sí mismos, no son grandes ni pequeños, ni importantes ni pueriles. Son los que hacen nuestra sensibilidad, nuestro grado de evolución espiritual, nuestra mayor ó menor *preparación* para sentir, bajo la corteza de los hechos corrientes, la savia del enigma que bajo ella circula invisible; para ver desgarrarse poco á poco el velo de la diosa Tanit, cuya única virtud reside en la superstición que se le atribuye, y alzarse un extremo del velo de Isis, la diosa eterna, hermética y sagrada, cuya inviolable y casta desnudez guarda la cla-

ve ignota de la vida. Yo presiento confusamente otra vida más amplia y elevada, á cada nuevo paso que voy dando hacia adelante, á cada nueva desilusión que va desnudando mi espíritu. La presiento ahora mismo, entre las sombras de la noche que me envuelve, en la soledad de mi alcoba. Y presiento también que acaso me hace falta seguir andando en las tinieblas, para encontrar nuevos desengaños y dolores más hondos que acaben de abrir mis ojos, aún casi cerrados, á fin de que puedan ellos aprender á distinguir á la postre, entre estas sombras que los rodean, la luz serena é inmortal...»

De esto á lo del *Upanischada:* «Todas las cosas existen en mí, y fuera de mí no existe nada»—que tanto deleitaba al cascarrabias de Schopenhauer—, sólo hay un paso. Véase, pues, cómo por el camino de la psicología artística se llega á la meta de un sistema metafísico, siquiera éste sea en esbozo y en embrión. Y véase también cómo el artista y filósofo coinciden y se dan la mano en los momentos supremos de exaltación lírica y de exaltación discursiva. En suma: el sendero para alcanzar el País de lo Absoluto es uno mismo con diversas ramificaciones y trayectorias: el Ensueño en el Arte, la Reflexión en la Filosofía, la Investigación en la Ciencia y el Extasis en la Religión... Medios en el fondo idénticos, aunque aparentemente distintos, para alcanzar un mismo fin...

He fijado mi atención especialmente en los dos trabajos más considerables del libro de Rodríguez Embil: el que da el nombre al volumen *(Gil Luna)* y el que me parece superior entre todos los que contiene la obra *(El velo de la diosa)*. Las restantes narraciones son más breves, reduciéndose á simples apuntes del natural, tentativas de cuento, ó croquis de novelas apenas diseñados. Recomiendo, sin embargo, á la lectura las narraciones tituladas *Multa pax in cella, Teresa, Breve comedia de verano, Dos entierros, Fantasía invernal* y *Un cerdo...*

En suma: debe felicitarse por su libro al Sr. Rodríguez Embil—aunque descontando que hará en su día cosas superiores—, y en él, como por incidencia, á la nueva generación que, contando con muchos artistas de tal guisa, no tardará en poder decir con Alfredo de Musset:

*On vent nier en vain les choses et les hommes;*
*nous aurons à nos fils une page à laisser...*

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid, Febrero de 1908.

# La Vida en los Ateneos

## *Ateneo de Madrid*

### Conferencias dadas durante el mes de Febrero.

| FECHAS | CONFERENCIANTES | TEMAS |
|---|---|---|
| | **Sección de Literatura.** | |
| Día 16..... | D. Federico García Sanchiz ..... | La fábula de la lechera. |
| Día 19..... | D. Rafael Urbano..... | *El crimen de ayer,* de D. Joaquín Dicenta. |
| Día 23..... | D. Miguel A. Ródenas ..... | *Señora ama,* de D. Jacinto Benavente. |
| | **Otras conferencias.** | |
| Día 3..... | D. Manuel Antón..... | II. Las razas en los pueblos del Mediterráneo. |
| Día 9..... | D. Antonio Ballesteros..... | Alfonso XI ante la Historia. |
| Día 10..... | D. Manuel Antón..... | III. Las razas en los pueblos del Mediterráneo. |
| Día 17..... | D. Manuel Antón..... | IV. Unidad ó diversidad de razas en España. |
| Día 18..... | D. Lucas Fernández Navarro.... | Pozos artesianos y su perforación en Madrid. |
| Día 28..... | D. Juan Medinaveitia..... | Alpinismo en España. |

En la Escuela de Estudios Especiales han continuado las explicaciones de sus respectivas cátedras por los señores profesores.

Las clases de idiomas y Taquigrafía han seguido como en los meses anteriores.

### Las razas en los pueblos del Mediterráneo.

Las conferencias dadas con este tema por el ilustre catedrático, diputado á Cortes y ex vicepresidente del Ateneo D. Manuel Antón Ferrándiz han sido notabilísimas, y se han visto muy concurridas.

Lástima que nos haya sido imposible obtenerlas taquigráficamente, y que el Sr. Antón, por sus muchas ocupaciones, no haya podido facilitarnos siquiera un extracto de ellas.

No obstante, reproducimos los siguientes párrafos que nuestro colaborador

distinguido D. Constancio Bernaldo de Quirós ha publicado en una importante revista:

«El Sr. Antón ha visto que las tres grandes estirpes étnicas actuales de Europa, á saber: la llamada propiamente *europea* (dolicocéfalos rubios), la *alpina* (braquicéfalos rubios) y la *mediterránea* (dolicocéfalos morenos), se encuentran repartidas en nuestro país en proporción distinta: mínima, la europea; media, la alpina; máxima, la mediterránea.»

«Partiendo de la consideración del índice cefálico, fijado en promedio para España por Olóriz en 77, Antón entiende que esta mesocefalia general no depende del cruce entre los mediterráneos (dolicocéfalos) y los alpinos (braquicéfalos), sino de la presencia de una gran raza mediterránea de tipo cefálico medio, que ha constituído siempre el estrato más espeso y profundo de la población de España. Esta raza es la ibera, de origen camita, según la nomenclatura que recuerda á los hijos de Noé, ó eurafricana, según la terminología moderna.»

«Finalmente, Antón considera al aragonés actual como el más puro ibero, el más castizo español de los españoles.»

Con lo dicho basta para dar idea de la importancia del estudio del Sr. Antón, y del interés que despertaron sus notables conferencias.

El ilustre ex profesor de la Escuela de Estudios Superiores ha recibido unánimes elogios de la prensa, y ha sido agasajado con un banquete por sus admiradores.

# El crimen de ayer.

(Lectura dada en el Ateneo de Madrid á propósito del drama en tres actos y en prosa de D. Joaquín Dicenta así titulado.)

19 de Febrero de 1908.

Señores: Estamos todavía bajo el peso de la más honda y profunda de las emociones.

No hace mucho, algunas horas, una joven agraciada, como todas las que ofrece la crónica del crimen, ha cometido en un rapto de locura, disculpable, sin embargo, el más terrible y odioso de los delitos: ha dado muerte, con un instrumento de su profesión, á su tornadizo amante, dejando huérfano y sin nombre para siempre á un niño de varios meses.

Este hecho real, sucedido tantas veces y relatado otras tantas en la prensa, fingido y evocado por el arte, constituye el argumento de *El crimen de ayer*, drama original de D. Joaquín Dicenta.

La Sección de Literatura de este Ateneo, concediéndome, en verdad, un honor inmerecido, me ha designado para hacer una crítica de esta obra; y heme aquí en el mayor y más grave de todos los compromisos que he aceptado voluntariamente en esta vida.

Es un compromiso grave, y gravísimo para mí principalmente, porque, señores—¿para qué decirlo de otro modo?—, yo no veo con los mejores ojos toda la producción dramática contemporánea.

Semejante manifestación artística me parece muy inferior, muy primitiva, muy digna de otras épocas de cultura, y muy impropia, por consiguiente, de la época que vivimos todos los hombres en este instante.

Los medios de enseñanza y de educación de que disponemos ahora, las diversas maneras por que podemos manifestar nuestra protesta y nuestra crítica sobre cualquier orden establecido, han relegado á un término muy secundario la producción dramática.

Así, si hoy tuviera un Esquilo el soberbio propósito de revelar los misterios y descubrir ante el mundo la hipocresía de los sacerdotes, subiría á una tribuna improvisada en la plaza, y desde ella, como desde la escena griega, actor y autor al mismo tiempo, revelaría cuanto tuviera que revelar á los hombres.

Hoy la prensa y el libro satisfacen con creces el papel y la misión que ha tenido en otros tiempos la dramaturgia, y hay mil órganos, mil vehículos para llegar á la multitud y al hombre con mayor intensidad y energía que han llegado en las épocas más remotas los dramaturgos.

Sí; en las épocas más remotas. Porque sólo en lo remoto de las civilizaciones es donde aparece el autor dramático, aunque ese remoto esté tan próximo á nosotros como los días de Calderón y de Tirso, tan cerca de la Francia contemporánea como el siglo de Racine, tan inmediato del imperialismo británico como la época de Shakespeare, y tan dentro de hoy en Noruega como estos días en que ha muerto el Esquilo del Norte, el celebérrimo Enrique Ibsen.

Nos vamos apartando de todo eso, y véase cómo los genios más antiguos de todos los pueblos no son, en último término, sino sus genios dramáticos. Cuando más, lo que puede ocurrir es que haya algún retraso, y que el genio científico nazca muy cerca del genio del drama, nacido ya algo tarde á la vida.

Un drama es una revelación, una doctrina. ¿Para qué se escribe si no un drama? En todo producto del hombre hay, á pesar suyo, una tesis, una idea, un propósito y un fin, del que no puede renegar el hombre, á menos de renegar de sí mismo.

Este hecho se va concretando más y más en las épocas de progreso y de avance, y hace, naturalmente, que el drama desaparezca, feneciendo en la lamentación de un individuo auxiliada por varios monigotes.

En el verdadero drama, el drama antiguo, el heroísmo del pueblo y de la raza no conoce personalidad alguna. El autor, como un Dios majestuoso y omnipotente, se cierne sobre su obra, sin bajar, como los dioses de la decadencia y de la redención, de la sangre y del castigo, al lado de los personajes para arrebatarles la vida é infundirles las ideas. El drama no es el suceso de un individuo, sino el hecho indivisible que acaece y se verifica entre todos los elementos que le integran.

Esos dramas han pasado, y sólo volverán á representarse en un grado superior de progreso, cuando sea de la mayor urgencia la revelación de la raza.

Sin querer, por encima de toda la voluntad de los autores contemporáneos, sus dramas son lirismos personales de un individuo, al que ayudan como testigos, pero no como ministros del sacramento dramático, una serie de personajes.

Y la mayor parte de los testigos puede suprimirse.

***

Con esta elevadísima concepción del drama, salvando todos los respetos que merecen esos hombres esforzados que quieren detenernos en un momento de la vida, porque le creen el mejor, no pueden obtener grandes sufragios por el mérito de sus creaciones, aunque los reciban con la mayor efusión, por otra parte, por su empeño nobilísimo y entusiasta.

Un dramaturgo verdad no puede producirse, sin embargo, entre nosotros, aunque alguien se lo proponga muy de veras.

Hay que tener más desinterés, hay que ser más humano, más superhumano que los demás hombres, y que interesarse por igual por todos los seres.

Para alcanzar tan extraordinaria condición, hay que sufrir todos los dolores y vivir todas las vidas. Sin una dualidad cerebral, es absolutamente imposible la generación de los caracteres y la fijación obligada de los mismos.

El autor dramático, imposible en nuestro tiempo por la natural evolución fisiológica del hombre, si no quiere resignarse á una triste regresión, ha de ser el más imparcial historiador de los hechos y el más desapasionado de los observadores, á fuerza de apasionarse debidamente por todos los detalles del suceso...

Cuando la vida era más clara, más simple, más sencilla; cuando sólo era preciso ver y decir, el autor lo era cualquiera que se empapara y bañase dentro de la realidad y de la vida. La comedia, el engaño, el autoembromamiento, la regresión ó la inversión de los sentidos, eran tan innecesarios como improbables.

Los intereses de la vida eran más sencillos, más factibles de imitación todos los caracteres, que no arrastraban sobre sí sino escasísima historia y ningún refinamiento.

La mujer más femenina de nuestros días sería un problema masculino para todos los hombres de la época de Esquilo, con la misma razón que el más desaplicado de nuestros bachilleres, pero no del todo sin memoria, sería un prodigio para cualquiera de los jueces hebreos ó de los escribas egipcios.

El recurso más honesto es imitar; y, podéis creerme, es muy difícil recibir y trasladar la naturaleza tal como es y como debemos recibirla, si tenemos el propósito de llamar la atención hacia ella de nuestros semejantes.

En el caso presente vamos á tener ocasión de comprobarlo.

***

El asunto de *El crimen de ayer* está ya referido; pero debemos explanarlo mejor para poderle examinar debidamente.

El numeroso y escogido público que ocupa las localidades del antiguo Corral

de la Pacheca conoce casi todo él el asunto del drama. *El crimen de ayer,* antes de estrenarse en el teatro Español, se ha estrenado en la Habana, y ha sido juzgado ya por la prensa de las Antillas, trasladándose sus críticas y sus elogios en nuestra prensa periódica.

La acción se desarrolla en tres actos, pero podría realizarse en uno, si no fuera porque en la mente del autor ha parecido de mayor necesidad preparar con algunos detalles el término de la obra.

El primer acto nos recuerda esas *Escenas de la vida bohemia,* de Murger, que, con *La dama de las camelias,* han destrozado á tantos muchachitos.

Mariano, un pintor que ha conseguido algún dinero, ha obtenido una segunda medalla; convida á sus amigos: un músico, un poeta modernista, un corredor de arte, un escritor y un joven estudiante que espera recibir de un momento á otro la borla de doctor.

Las amigas y compañeras de todos ellos ayudan á la de Mariano á preparar la comida y disponen, finalmente, la mesa, á la que se sientan con la mayor alegría mientras baja tembloroso y gravemente el telón.

En este acto, realmente no ha pasado nada. Con dos palabras en el siguiente podía suprimirse.

Carmen, la amiga de Julián, el estudiante que ha de doctorarse en breve, acude al banquete de Mariano predispuesta á la tristeza, porque su amigo se va desviando visiblemente de ella á medida que va concluyendo sus estudios. El fruto del idilio estudiantil es mirado por Julián con alguna indiferencia. Julián no besa al niño, no siente por él esos extremos, que parecen para las gentes apasionadas y románticas la mayor expresión del cariño, y se mantiene gravísimo y digno, lleno, al parecer, de hondas y terribles preocupaciones, pues si la paternidad no le ha tocado en el corazón, le ha llenado por lo menos de inquietud.

La única nota alegre de este cuadro, que quiere serlo, la da una pareja modernista que jamás ha existido, y que delata á la legua una honda preocupación del Sr. Dicenta. Ruderico, que así se llama el joven modernista, expone sus ideas estéticas significando, como el malogrado Cornuty, que quiere dar la impresión de sus sensaciones por medio del color. Tiene su drama: un drama morado, como el *Nocturno* de Adriá Gual, con personajes morados, situaciones moradas y otros efectismos de color.

El corredor de objetos de arte, catalán acentuado, descuelga luego un trabuco naranjero para asustar al modernista, y este habilísimo efecto sirve como signo premonitorio del terrible suceso que se está preparando.

El primer acto es eso. No es nada más. Una exposición sobria, intencionada, y una crítica de las horas opalescentes, moradas, crepusculares, y demás necedades de Ruderico.

El ambiente del crimen, la cuna del mismo, está presentado con una habilidad sorprendente y superior á todo encomio.

Una nota final, delicadísima, tiernamente sentida, nos hace la última indicación de la tragedia. Irene, la enamorada compañera de Mariano, brinda con

él por su dicha. Julián quiere hacer algo. Carmen le espía, esperando que irá á sus brazos; pero Julián... se sienta tranquilamente á la mesa.

Esta decepción, vista y no vista, es un relámpago de luz, un terrible desgarramiento del cielo que nos enseña á lo lejos una escena trágica y terrible, más amarga que el cáliz que el Señor apuró en el Huerto de los Olivos.

***

El segundo acto podría también suprimirse. Es verdad; pero el autor ha tenido que forjarlo para continuar la exposición.

No ha tenido más remedio.

El marchante de cuadros, amigo de Mariano, aparece en este acto dando la última mano á la exposición de obras del pintor, que se efectúa en un gran piso alquilado para el efecto.

Las mejores producciones del artista se exponen y se venden. Sus amigos, á los que dejamos comiendo en el acto anterior, han celebrado ya el banquete del doctorado de Julián, y acuden á la exposición de Mariano para hacer bulto.

Con la amiga del pintor llega Carmen, que se impresiona muchísimo ante un lienzo, de espaldas al público, que representa á las mil maravillas uno de los dramas más terribles que hay en la vida, y que no por haberlo visto muchas veces en las portadas de las novelas de Luis de Val es menos impresionante, si vale la palabra.

Una madre abandonada apretuja contra su seno, en medio de la nieve que cae, al hijo de sus entrañas, dejado en el olvido por la premura del viaje, de la fuga, de la huída, por el padre.

Aquello clama á Dios. Es horroroso, terrible. Alguien quiere acaso que asome por un lado del cuadro la cabeza del lobo; pero eso fuera demasiado. Sería, no arte, sino un refinamiento malsano de crueldad.

Aquí todo es natural, sencillo. He oído decir que parecía cursi, de mal gusto. No lo comprendo. Un pintor como Mariano no podría hacer una obra mala. ¿Se sabe, por ventura, que el padre que huye lleva un pantalón á cuadros? ¿Está el niño desdibujado? ¿Une la madre las manos como ocho lombrices?

No hay nada de eso.

La desventurada Carmen se queda contemplando el cuadro, donde lee claramente su porvenir, gracias á la adivinación del laureado pintor, que ha sabido fijar en el lienzo la historia de un amigo, de la misma manera que esos pobres novelistas sin imaginación alguna, á pretexto de perseguir la realidad, confeccionan una novela con la primer conversación que escuchan ó apuñalando un periódico.

Abierta la exposición, empiezan á desfilar los aficionados y los compradores, fijando sus tarjetas sobre las obras adquiridas.

El maravilloso lienzo no atrae á nadie. Carmen le sigue mirando, y dos amigos de su amante, enfrente del mismo, ignorantes de aquella parte de vida de

Julián, hablan de su próxima boda y de la protección que le dispensa el jefe de un partido político.

La revelación es terrible; y con la congoja de la joven abandonada ya, cae el telón, abrumado é inexorable, fatigado también por la desgracia.

***

El tercer acto es todo el drama. La escena es tristísima. Carmen é Irene están en la modesta habitación de la primera.

Un nido de amor con máquina Singer.

El decorado es sencillo.

Las palabras de las dos amigas, demasiado graves, van y vienen á flor de los labios, informándonos de la próxima partida de Julián.

Empieza á obscurecer.

Una hora opalescente, morada, de colores liliáceos y mortecinos, sigue á las últimas horas de la tarde, y precede á las primeras horas de la noche.

La luz, degradándose hasta la obscuridad, se retira lentamente de la escena, cesando de brillar en los dorados de la cama y en las chapas de metal de la máquina.

El espejo inclinado de la consola ó del tocador queda muerto y sin brillo como un pliego de papel de plata; y el último rayo del sol, después de besar al niño, se retira como un hilo de miel que sigue á su madeja de oro.

Las mujeres lloran, comprenden su destino, y se separan después.

Un poco más tarde aparece Julián. El hombre, que ha conquistado la borla de doctor, viene á despedirse, á dar un beso á su hijo, el único beso que quiere darle. Carmen se interpone.

—No, no le beses ahora.

De seguida empieza el final del drama. La madre no quiere nada, nada para sí; quiere todo, absolutamente todo, para su hijo. Hasta prescindirá de él; pero quiere sólo una cosa: que lleve el nombre de su padre, que pueda presentarse luego esa criatura como se presentan las demás, las que tienen nombre, las que se llaman de algún modo.

—Bien; seamos razonables—empieza á decir Julián—. Has de ver, has de tener en cuenta que mis padres, etc., etc.

La violencia de la situación no puede prolongarse. Julián se levanta y se dispone á salir, cuando Carmen, ebria, loca, frenética, enfurecida ya, después de haber suplicado de rodillas el nombre para su hijo, se precipita sobre Julián y le clava unas tijeras en el pecho...

El niño abre los ojos en la cuna, y la madre le tapa la cara con la cortina para que no vea al que no quiso ser su padre.

El telón cae y nos separa bruscamente del crimen.

La obra ha terminado.

El telón se levanta ocho ó nueve veces, y el autor de *El crimen de ayer* sale entre atronadores aplausos entre los principales actores del drama, Ma-

ría Guerrero y Mariano Díaz de Mendoza, que han desempeñado admirablemente sus papeles.

Por los admiradores del autor y los de los actores, el telón estaría subiendo y bajando toda la noche.

***

Tal es *El crimen de ayer:* un crimen vulgar, y un crimen del que hemos de libertarnos poco á poco, á medida que vaya progresando nuestra evolución moral.

He dicho mal. Estamos libertados ya los que estamos en las fronteras de toda modernidad verdadera.

Los espíritus cobardes pueden ver un drama donde no existe; fingirlo y darle realidad donde sólo hay una apariencia y una esclavitud del espíritu.

El drama del Sr. Dicenta es una regresión al romanticismo. En realidad, no existe ni se da en ninguna sociedad contemporánea, ni menos en ese medio donde ha querido desarrollarlo.

Una mala educación y un espíritu policíaco, degradadísimo en las gentes, son los únicos peticionarios de esa carta civil que quiere la pobre protagonista del drama del Sr. Dicenta.

Boccacio, Erasmo, el Aretino, Chamford, Girardin, D'Alembert, Leonardo de Vinci, Dumas padre, todos los expósitos, los adulterinos, los hijos naturales, todos los hijos fuera de la ley, merecen y han merecido en todo el mundo y en todas las edades la justa consideración á que se han hecho acreedores por sus talentos.

Inculpar á esos hombres un delito que no han cometido, ha sido la obra de una época desdichada de la historia de Europa, época que ha pasado, y que no ha conocido, por lo demás, ningún pueblo, por salvaje y degradado que haya sido.

Semejante drama es improbable en nuestros días, donde los hombres se hacen el nombre, y en vez de honrar el de su padre, han de hacerse dignos de llevar el que llevan.

En la misma caballería, jamás se llegó á esa crueldad que constituye todo el eje del drama del Sr. Dicenta. Hijo de tal, hijo de cual, todos se hacían hijos de nadie al emprender la caballería para conquistar allí un nombre que no había de agradecerse sino al esfuerzo del brazo y del valor del llamado.

Este punto del drama del Sr. Dicenta es verdaderamente censurable en él, más que en ninguno, no por sus afectaciones de hombre revolucionario, sino porque no es «el aire de la calle» ni el aliento de las masas el que le ha inspirado tan desdichada creación.

Si alguna mujer, en el caso de la protagonista del Sr. Dicenta, perpetrase ese delito, aun haciéndolo con un instrumento de su oficio, no creo que fuese absuelta por los Tribunales, ni perdonada por la opinión sin reconvenirla por poco reflexiva.

Esta pobre mujer ya veis que no ha resuelto nada: además de dejar á su

hijo sin el nombre de su padre, le deja sin madre por algún tiempo, y le quita toda *dulcificación* posible en su *infelicísimo* estado.

En una situación más inferior, en otro medio muy distinto del que se ha escogido por el autor, y no en ese donde precisamente el nombre personal vale tan poco que á veces se sustituye con otro, el fetichismo del apellido podría concebirse y ser el núcleo del drama; pero en ése... En ése es absolutamente imposible.

Á mí no me interesan, no me llaman la atención, esas preparaciones de efecto, que acreditan un desconocimiento del artificio, y la ignorancia de aquellas famosas palabras del prólogo del *Fausto,* que dicen, poco más ó menos, en romance:

«Si bien es cierto que el público, acerca de las obras maestras, no está mal acostumbrado, no lo es menos que ha leído espantosamente.»

La coincidencia y la casualidad son las únicas formas en que puede resucitar el Destino decadente de los griegos, el hilo subterráneo que decía Juan Pablo Richter que pasaba por toda la acción trágica.

Pobre recurso; pero hay vidas que están llenas de pobrezas, de miserias y de coincidencias tan vulgarísimas, que parecen rebuscadas de puro sencillísimas y fáciles.

Un consejero, un amigo cariñoso como D. Ramón, D. Lorenzo, D. Gabriel, D. Anselmo, D. Esteban, D. Severo, D. Julián, D. Jenaro, D. Baltasar, don Prudencio, D. Leandro, D. Bernardo, D. Baudilio ó D. Ecequiel, qué bien hubieran hecho á esa pobre muchacha, desempeñando tras ella esa dirección civil en que parece ha vivido toda la familia española al concluir con la dirección espiritual de los siglos XVI y XVII, según Echegaray.

Esos grandes domadores de las pasiones de Daniel, de Ricardo, de Rafael, de Raimundo, de Fernando y de Ernesto, han ejercido una misión providencial en toda la dramaturgia de la decadencia, y podían utilizarse aún con ventaja en cualquier obra romántica.

Viejo y anticuado el procedimiento, no deja de ser aplicable cuando se quiere resucitar una época pasada, un mundo muerto, donde parece que han ejercido tanto influjo esos grandes componedores de las cosas, que han echado á perder tantas vidas y sembrado tantas desgracias con palabras gravísimas, pronunciadas en la gama de los bajos más profundos.

Rodeada de personas más prudentes y reflexivas, la protagonista de ese crimen de ayer, de hace ya tanto tiempo, no lo hubiera cometido, á buen seguro.

Lo que no puede aceptarse es lo que han sostenido algunos abogados de la misma, y es que se procese como instigadores del delito ó preparadores del ánimo delincuente de la acusada á los jóvenes modernistas que intervienen en la obra, produciendo con su insulsez indisculpable una perturbación en el ambiente.

El hecho no ha de tener transcendencia; yo aseguro que, incautado el juez de guardia del instrumento del delito, procesada la delincuente y condenada

en primera instancia, su abogado, que será en definitiva su propio juzgador, pedirá, como es costumbre en tales casos, el recurso de casación, fundándose en las consabidas infracción de ley y quebrantamiento de forma, obteniendo la absolución de la procesada en el Tribunal Supremo de la Opinión y de la Justicia.

Más vale así.

Pero hay un extremo que quita toda poesía y toda disculpa al crimen de esta mujer.

Son unas palabras impropias, de interés, de dinero, de la fortuna del padre, que han de disfrutar los hijos que pueda tener en su matrimonio.

La mayor falta de la obra está en esas palabras.

Es verdad todo eso que se nos dice del factor económico en la vida; pero en la suprema exaltación dionisíaca de nuestro mejor imperativo, ¿quién ha pensado jamás en el dinero?

La inconcebible imprudencia de esas palabras rápidas, breves, pero bastante apreciables en el momento en que se pronuncian, nos reduce el drama á una lucha de egoísmos repugnantes, que no existen, por fortuna, en la realidad, ni en los individuos, ni en los pueblos.

Si, siguiendo al pie de la letra la expropiación que predica Kropotkine, los revolucionarios de la gran revolución futura se preocupan, antes que nada, de lo que siempre han olvidado en las revoluciones pasadas, y conquistan el pan y la pitanza, la contrarrevolución que siga no tendrá que luchar con ningún revolucionario, y bastará á los restauradores con un carro donde transportar á los hartos, que ya no tendrán ningún partido.

El Sr. Dicenta sabrá desquitarse seguramente de este fracaso que se ha creado por volver la cara atrás, olvidando la máxima que en nuestra paremiología popular dice: «El que adelante no mira, atrás se queda.»

Si prefiere romantizarse á entrar en el modernismo, que tanto le molesta, allá él; pero más vale que persista en su actitud retrógrada en el arte que en la vida política, porque en ésta las rectificaciones son muy difíciles.

Toda la mala literatura que llevaron á la vida social y al gobierno de España los malos escritores del año 68 ha engendrado los males que padecemos.

No, por Dios; quédense en la literatura todas las concepciones equivocadas y malsanas del espíritu. En la misma literatura se purifican. No, de ninguna manera; yo aplaudiré con entusiasmo una y mil veces á la señora Guerrero, que sabe hacer tantos autores, tantas obras y tantas maravillas de las cosas más insignificantes por la virtud de su talento; pero no quiero que el Sr. Dicenta se dedique á hacer obra social.

Esas pobres mujeres que cualquier *Juan José* toma como su propiedad, y como su propiedad aniquila, se verían sorprendidas de la noche á la mañana con un código que las obligara á llevar las tijeras del tormento colgando de la cintura, como llevan el Cristo de sus dolores las hermanas de la caridad.

Francamente. No hay derecho.

RAFAEL URBANO.

# BIBLIOGRAFÍA

*The soul of Spain*, by Havelock Ellis.—London, Constable & C.º, 1908; 420 páginas.

Importa señalar la publicación de este libro, compuesto de diez y seis estudios acerca de asuntos españoles (Introducción, El pueblo español, La mujer española, El arte español, Velázquez, Los bailes españoles, Raimundo Lulio y Palma, Don Quijote, Juan Valera, Santa María del Mar, Los jardines de Granada, Segovia, Sevilla, La catedral de Sevilla, Monserrat, Los actuales ideales españoles). El autor, hombre de ciencia de los más distinguidos y estimados de Inglaterra, es también de los hispanófilos más inteligentes. La raza, el suelo, el arte, la literatura clásica y contemporánea, le son familiares y queridos. Su libro es uno de los espejos más claros en que podemos mirarnos los españoles. Sería de desear que esta obra, interesante, amena, fácil, sugestiva, hallara entre nosotros un traductor fiel que la hiciera asequible al público.

C. Bernaldo de Quirós.

***

*Todo el mundo fotógrafo.*

¿Quiere usted conocer todos los secretos de la fotografía sin necesidad de maestro? Pues consulte la segunda edición española del notable libro del profesor italiano Rodolfo Namias, titulado *Manual Práctico y Recetario de Fotografía;* obra que, á petición de gran número de fotógrafos y aficionados, acaba de publicar la casa editoral de los Sres. Bailly-Baillière é Hijos, de Madrid.

La segunda edición de este *Manual,* reconocido universalmente como el más práctico y completo de cuantos se conocen, aparece notablemente reformada y aumentada, formando un grueso volumen de 594 páginas, ilustrado con 146 grabados intercalados en el texto y 35 ilustraciones tiradas en papel *couché.*

Consultando el *Manual Práctico y Recetario de Fotografía* del profesor Namias, cuantas dudas, fracasos y contratiempos puedan ocurrir están previstos y fácilmente resueltos, puesto que en este libro tiene cabida cuanto con la fotografía se relaciona: la fotomicrografía, la fotografía panorámica, ferrotipia, fotominiatura, fotorrelieves y fotografía de realce, todo ello se da á conocer en sus más pequeños detalles. Con esta obra, cualquiera que sepa manejar un poco el aparato puede obtener magníficos retratos y pruebas excelentes de monedas y medallas, manuscritos, reproducir lo impreso, decorar vidrios, porcelanas y cristales, y fotografiar con acierto sobre tejidos y maderas. La elección de aparatos, objetivos y laboratorios son asuntos tratados con gran atención, así como cuantos procedimientos existen sobre el desarrollo de placas, fijado de negativos, refuerzos y debilitamientos. Además, en este libro se hace un estudio detenido de cuantos productos se usan en la fotografía, del tratamiento de los residuos, de los venenos y sus antídotos, y, en una palabra, de cuantas recetas y procedimientos son conocidos; lo que hace que este *Manual* sea indispensable á cuantos quieran cultivar con éxito la fotografía y conocerla á fondo.

El *Manual Práctico y Recetario de Fotografía* se vende en todas las librerías y en la de sus editores, Sres. Bailly-Baillière é Hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid, al precio de cuatro pesetas en rústica y cinco encuadernado en tela. En provincias, 25 céntimos más para certificado.

***

*Las veladas del hogar.*

Bajo este título genérico, acaba de publicar la casa editorial P. Orrier una colección de novelas destinada á las familias. Hacían falta en España libros como los que han de publicarse en esta colección: libros sanos, amenos, destinados á enseñar al mismo tiempo que á recrear.

El primer tomo publicado son *Las cartas á Paquita*, de Marcel Prévost, el insigne literato francés; y para que nuestros lectores tengan una idea de la obra y de su valor,

creemos lo mejor copiar á continuación el juicio crítico que de ella hace *Colombine* en una de sus críticas femeninas:

«En las admirables *Cartas á Paquita,* un escritor insigne como Marcel Prévost ha acumulado los tesoros de su experiencia y las galas de su pluma para formar la verdadera Biblia de la mujer.

»Es un libro para las señoritas, despojado en absoluto de la pesada forma didáctica; puede leerse como una encantadora novela en que se desarrolla la historia sencilla de una jovencita durante los últimos años de colegio, y de los inocentes amores que preceden á su matrimonio; pero en tan vulgar fábula, Marcel Prévost ha intercalado pensamientos profundos acerca de la educación, de la sociedad, del hogar y de cuanto concierne á la vida femenina. Es, en suma, un libro necesario á todas las mujeres que se educan en la penumbra, algo claustral, de nuestras costumbres, para no extraviarse en el campo del ideal, y adquirir un concepto justo del mundo y de la vida.»

Un tomo de 320 páginas. Precio, 3,50 pesetas. (P. Orrier, editor; plaza de la Lealtad, 2, Madrid.)

***

Maurice Montégut, el autor de *Las tentaciones de Próspero,* que acaba de publicarse, acertó en esta obra á equilibrar la tendencia de la moderna escuela naturalista ó *verista* con el atractivo que, como condición indispensable, debe avalorar toda ficción novelesca: el interés.

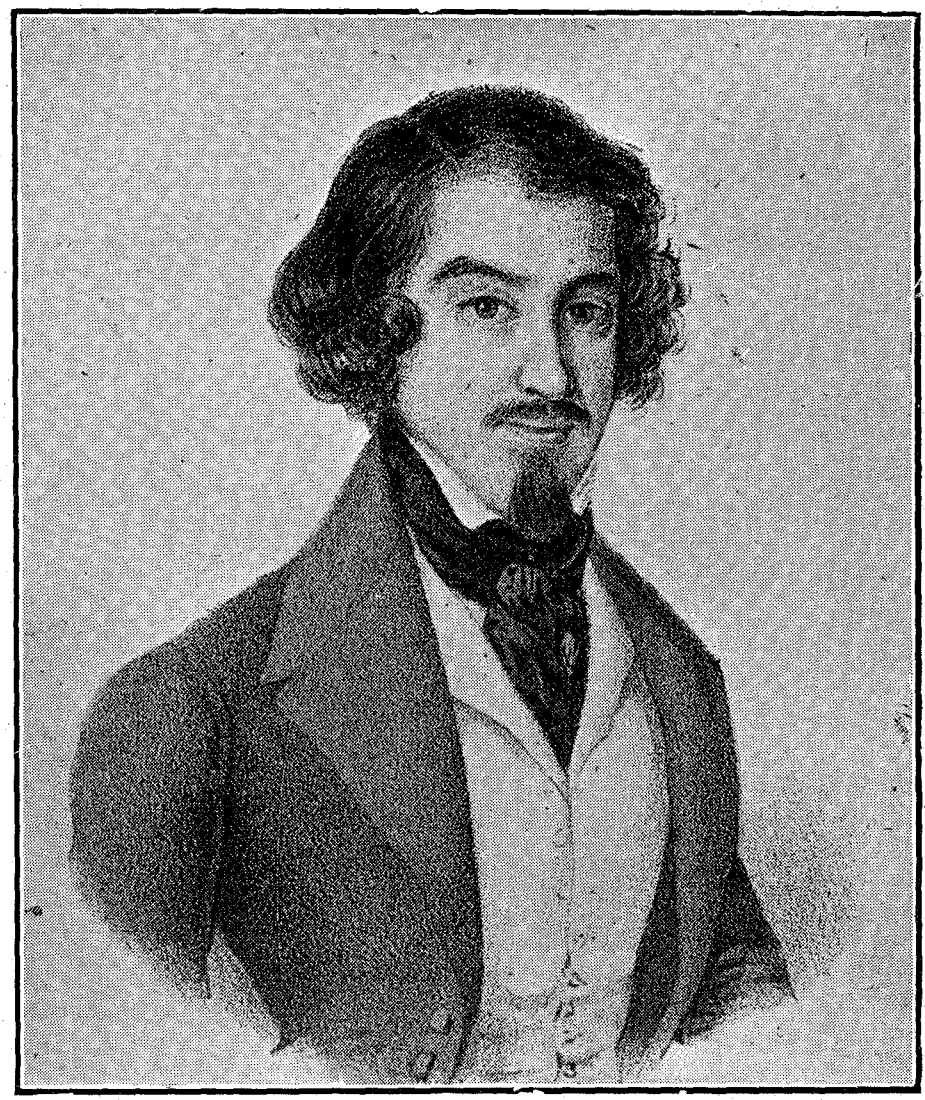
Los personajes que figuran en *Las tentaciones de Próspero* no hacen el efecto de maniquíes que se mueven ingeniosamente á merced de la voluntad del autor; son seres de carne y hueso, estudiados en la realidad escueta de la vida; no los mueve el impulso caprichoso de una inventiva más ó menos afortunada, sino que obran lógicamente, según sus instintos y sus pasiones, según el ambiente social que respiran...; y cuando despunta el drama conmovedor, se comprende que su destino no podía ser otro.

Bastaríale á Montégut haber creado el tipo de Próspero Thibault, héroe ó protagonista de la obra, para conquistarse con legítimo derecho el título de finísimo observador. Rasgos y detalles hay en este personaje que de él son propiedad exclusiva, y que sólo con su especial temperamento se armonizan, sin que sus altibajos psicológicos (que son la historia entera de su vida) se aparten de las leyes comunes de la humana naturaleza.

Realmente, no hay figuras borrosas en la novela de Montégut *Las tentaciones de Próspero,* ni tampoco de relleno ó inútiles; el que saboree su lectura acabará por identificarse con ellos, y conocerlos como si los hubiese tratado.

Y por lo que toca al interés, nunca con más justo motivo podrá decirse, aplicada la frase de rúbrica á esta creación novelesca, que es difícil comenzar á leerla sin sentir el invencible deseo de continuarla hasta el fin.

Un tomo, 3,50 pesetas. (P. Orrier, editor; plaza de la Lealtad, 2, Madrid.)



**Don José de Espronceda y Delgado.**

ATENEO
BIBLIOTECA
DE MAD

# PARTIDA DE NACIMIENTO

*«José Ignacio Xabier de Esproceda y Lara=En la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Purificacion de la Villa de Almendralejo en veinte y cinco de Marzo de mil ochocientos ocho, el abajo firmado capellan por Su R.l Mag. y cura Párroco Castrense del Regim.to Cavalleria de Borbon, Baptizé solemnemente un niño nacido á las seis y media del propio dia, á quien puse los nombres de José Ignacio Xabier, Oriol, Encarnacion, hijo legitimo del T.te Coronel D.n Juan Espronceda Sarg.to Mayor del expresado Regim.to natural de los Barrios en el Campo de Gibraltar y de D.a Maria del Carmen Delgado y Lara natural de Pinos del Balle Arzobispado de Granada: Abuelos P. P. el coronel Dn Diego de Espronceda, natural de Tafalla en Navarra y D.a Agustina Fernandez Pimentel natural de Zeuta: Maternos Dn José Delgado y D.a Tadea de Lara naturales de Pina del Valle: fue su Padrino el Exmo Sor el Vizconde de Zotina Brigadier de la R.les Extos y Coronel del propio Cuerpo, quedando adbertido del Parentesco y obligacion q.e habia contraido: Se hallaron ptes como testigos Dn Carlos Franco y Dn Juan Quadrado, Capit.n del mismo Reg.o = Juan Antonio Jordan. Rubricado.»*

(Es copia del folio 14 vuelto del volumen núm. 1.242 del libro de bautizados del Archivo del Vicariato General Castrense.)

# PARTIDA DE DEFUNCIÓN

*«Don José Espronceda.—Como Teniente Mayor de Cura de la Parroquia de San Sebastián de esta M. H. Villa de Madrid, Provincia del mismo nombre, mandé dar sepultura en el día de la fecha al cadáver de D. José de Espronceda, natural de Almendralejo, Provincia de Badajoz, de treinta y cuatro años de edad, de estado soltero, Secretario de la Legación de Holanda y Diputado á Cortes por la Provincia de Almería, hijo del Brigadier D. Juan de Espronceda y de doña María del Carmen Delgado, su mujer: Falleció en veintitrés de Mayo de mil ochocientos cuarenta y dos, de una inflamación en la laringe, según certificación de facultativo: hizo testamento, y fueron testigos Ramón Núñez y Antonio Miranda, dependientes de esta parroquia.—Y para que conste, lo firmo á veinticuatro del mes y año referidos.—Antonio Pérez Arcas.»*

(Es copia literal del folio 126 vuelto del libro 44 de difuntos de la parroquia de San Sebastián, de Madrid.)

# Poesías de José de Espronceda

## Á LA PATRIA

ELEGÍA

¡Cuán solitaria la nación que un día
poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
del Ocaso al Oriente!
Lágrimas viertes, infeliz, ahora,
soberana del mundo,
¡y nadie de tu faz encantadora
borra el dolor profundo!
Obscuridad y luto tenebroso
en ti vertió la muerte,
y en su furor el déspota sañoso
se complació en tu suerte.
No perdonó lo hermoso, Patria mía;
cayó el joven guerrero,
cayó el anciano, y la segur impía
manejó placentero.
So la rabia cayó la virgen pura
del déspota sombrío,
como eclipsa la rosa su hermosura
en el sol del estío.
¡Oh, vosotros del mundo habitadores!
Contemplad mi tormento:
¿igualarse podrán ¡ah! qué dolores
al dolor que yo siento?
Yo, desterrado de la Patria mía,
de una Patria que adoro,
perdida miro su primer valía,
y sus desgracias lloro.
Hijos espúreos y el fatal tirano
sus hijos han perdido,
y en campo de dolor su fértil llano
tienen ¡ay! convertido.
Tendió sus brazos la agitada España,
sus hijos implorando;
sus hijos fueron, mas traidora saña
desbarató su bando.

¿Qué se hicieron tus muros torreados,
oh mi Patria querida?
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
tu espada no vencida?

¡Ay! De tus hijos en la humilde frente
está el rubor grabado:
á sus ojos, caídos tristemente,
el llanto está agolpado.

Un tiempo España fué: cien héroes fueron
en tiempos de ventura.
Y las naciones, tímidas, la vieron
vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
su frente se elevaba;
como el trueno á la virgen amedrenta,
su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,
yaces desamparada,
y el justo desgraciado vaga incierto
allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío
pobre hierba y arena,
y el enemigo, que tembló á su brío,
burla y goza en su pena.

Vírgenes, destrenzad la cabellera
y dadla al vago viento;
acompañad con arpa lastimera
mi lúgubre lamento.

Desterrados, ¡oh Dios!, de nuestros lares,
lloremos duelo tanto.
¿Quién calmará, ¡oh España!, tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

Londres, 1829.

# AL SOL

HIMNO

Para y óyeme, ¡oh Sol! Yo te saludo
y extático ante ti me atrevo á hablarte;
ardiente como tú mi fantasía,
arrebatada en ansia de admirarte,
intrépidas á ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
sublime resonando,
del trueno pavoroso
la temerosa voz sobrepujando,
¡oh Sol!, á ti llegara
y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! Si la llama que mi mente alumbra
diera también su ardor á mis sentidos,
al rayo vencedor que los deslumbra
los anhelantes ojos alzaría,
y en tu semblante fúlgido, atrevidos,
mirando sin cesar, los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, Sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
siendo niño inocente,
seguirte ansiaba en el tendido cielo,
y extático te vía,
y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
que ciñe el rico en perlas Océano,
al término sombroso de Occidente,
las orlas de tu ardiente vestidura
tiendes en pompa, augusto soberano,
y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el día,
y, alma y vida del mundo,
tu disco en paz majestuoso envía
plácido ardor fecundo,
y te elevas triunfante,
corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cenit dorado
al regio trono en la mitad del cielo,
de vivas llamas y esplendor ornado,
y reprimes tu vuelo;
y desde allí tu fúlgida carrera

rápido precipitas,
y tu rica encendida cabellera
en el seno del mar trémula agitas,
y tu esplendor se oculta,
y el ya pasado día
con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
en su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
de imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío
secas y leves hojas desprendidas,
que en círculos se mecen,
y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de tu cólera divina,
viste anegarse el universo entero
cuando las aguas por Jehová lanzadas,
impelidas del brazo justiciero,
y á mares por los vientos despeñadas,
bramó la tempestad, retumbó en torno
el ronco trueno, y con temblor crujieron
los ejes de diamante de la tierra;
montes y campos fueron
alborotado mar, tumba del hombre;
se estremeció el profundo,
y entonces tú, como señor del mundo,
sobre la tempestad tu trono alzabas,
vestido de tinieblas,
y tu faz engreías,
y á otros mundos en paz resplandecías.
Y otra vez nuevos siglos
viste llegar, huir, desvanecerse
en remolino eterno, cual las olas
llegan, se agolpan y huyen de Oceano,
y tornan otra vez á sucederse;
mientra inmutable tú, solo y radiante,
¡oh Sol!, siempre te elevas,
y edades mil y mil huellas triunfante.
¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
pierda su resplandor, siempre incansable,
audaz siguiendo tu inmortal carrera,
hundirse las edades contemplando,
y solo, eterno, parenal, sublime,

monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
si de lejos te sigue,
no menos anhelante te persigue.
¡Quién sabe si tal vez pobre destello
eres tú de otro sol que otro universo
mayor que el nuestro un día
con doble resplandor esclarecía!!!
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡oh Sol!, que cuando el pavoroso día
llegue que el orbe estalle y se desprenda
de la potente mano
del Padre soberano,
y allá á la eternidad también descienda,
deshecho en mil pedazos, destrozado,
y en piélagos de fuego
envuelto para siempre y sepultado,
de cien tormentas al horrible estruendo,
en tinieblas sin fin tu llama pura
entonces morirá; noche sombría
cubrirá eterna la celeste cumbre:
¡ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

## SONETO

Fresca, lozana, pura y olorosa,
gala y adorno del pensil florido,
gallarda, puesta sobre el ramo erguido,
fragancia esparce la naciente rosa.
Mas si el ardiente sol, lumbre enojosa,
vibra del Can en llamas encendido,
el dulce aroma y el color perdido,
sus hojas lleva el aura presurosa.
Así brilló un momento mi ventura
en alas del amor, y hermosa nube
fingí tal vez de gloria y alegría.
Mas ¡ay!, que el bien trocóse en amargura,
y deshojada por los aires sube
la dulce flor de la esperanza mía.

# CANTO Á TERESA

## DESCANSA EN PAZ

Bueno es el mundo, ¡bueno!, ¡bueno!, ¡bueno!;
como de Dios al fin obra maestra;
por todas partes de delicias lleno;
de que Dios ama al hombre hermosa muestra.
Salga la voz alegre de mi seno
á celebrar esta vivienda nuestra.
¡Paz á los hombres! ¡Gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

*(María,* por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

¿Por qué volvéis á la memoria mía,
tristes recuerdos de placer perdido,
á aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?
¡Ay!, que de aquellas horas de alegría
le quedó al corazón sólo un gemido,
y el llanto que al dolor los ojos niegan,
lágrimas son de hiel que el alma anegan.

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
sus alas de carmín y nieve pura,
al sol de mi esperanza desplegando,
pasaban ¡ay! á mi redor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
el sol iluminaba mi alegría,
el aura susurraba entre las flores,
el bosque mansamente respondía,
las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh!, ¡cuán suave resonó en mi oído
el bullicio del mundo y su ruïdo!

Mi vida entonces, cual guerrera nave
que el puerto deja por la vez primera,
y al soplo de los céfiros suave
orgullosa despliega su bandera,
y al mar dejando que sus pies alabe,
su triunfo en roncos cantos, va velera
una ola tras otra bramadora
hollando y dividiendo vencedora,

¡Ay!, en el mar del mundo, en ansia ardiente
de amor volaba; el sol de la mañana
llevaba yo sobre mi tersa frente,
y el alma pura de su dicha ufana;
dentro de ella el amor; cual rica fuente
que entre frescuras y arboledas mana,
brotaba entonces abundante río
de ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo; un noble sentimiento
exaltaba mi ánimo, y sentía
en mi pecho un secreto movimiento,
de grandes hechos generoso guía.
La libertad con su inmortal aliento,
santa diosa, mi espíritu encendía,
contino imaginando en mi fe pura
sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
del noble Bruto, la constancia fiera
y el arrojo de Scévola valiente,
la doctrina de Sócrates severa,
la voz atronadora y elocuente
del orador de Atenas, la bandera
contra el tirano macedonio alzando,
y al espantado pueblo arrebatando;

El valor y la fe del caballero,
del trovador el arpa y los cantares,
del gótico castillo el altanero
antiguo torreón, do sus pesares
cantó tal vez con eco lastimero,
¡ay!, arrancada de sus patrios lares,
joven cautiva, al rayo de la luna
contemplando su ausencia y su fortuna;

El dulce anhelo del amor que aguarda,
tal vez inquieto y con mortal recelo;
la forma bella que cruzó gallarda,
allá en la noche, entre medroso velo;
la ansiada cita que en llegar se tarda
al impaciente y amoroso anhelo;
la mujer y la voz de su dulzura,
que inspira al alma celestial ternura:

A un tiempo mismo en rápida tormenta
mi alma alborotaban de contino,
cual las olas que azota con violenta
cólera impetuoso torbellino.
Soñaba al héroe ya; la plebe, atenta,
en mi voz escuchaba su destino;
ya al caballero, al trovador soñaba,
y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
que el alma sólo recogida entiende;
un sentimiento misterioso y santo,
que del barro al espíritu desprende;
agreste, vago y solitario encanto,
que en inefable amor el alma enciende,
volando tras la imagen peregrina
el corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
con los ojos extáticos seguía
la nave audaz que en argentada raya
volaba al puerto de la Patria mía.
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
solo y perdido en la arboleda umbría,
oir pensaba el armonioso acento
de una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
de la mágica luna se colora;
del sol poniente al lánguido desmayo,
lejos entre la nube se evapora;
sobre las cumbres que florece Mayo
brilla fugaz al despuntar la aurora,
cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslízase en el cielo
allá en la noche desprendida estrella.
Si aroma el aire recogió en el suelo,
es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
cruza la esfera, y en su planta huella,
y en la tarde la mar olas le ofrece
de plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,
mujer que nada dice á los sentidos,
ensueño de suavísima ternura,
eco que regaló nuestros oídos;
de amor la llama generosa y pura,
los goces dulces del amor cumplidos,
que engalana la rica fantasía,
goces que avaro el corazón ansía.

¡Ay! Aquella mujer, tan sólo aquélla
tanto delirio á realizar alcanza;
y esa mujer tan cándida y tan bella
es mentida ilusión de la esperanza:
es el alma que vívida destella
su luz al mundo cuando en él se lanza,
y el mundo, con su magia y galanura,
es espejo no más de su hermosura.

Es el amor que al mismo amor adora,
el que creó las Sílfides y Ondinas,
la sacra ninfa que bordando mora
debajo de las aguas cristalinas;
es el amor que recordando llora
las arboledas del Edén divinas;
amor de allí arrancado, allí nacido,
que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa!, ¡celestial anhelo!,
¡sentimiento purísimo!, ¡memoria
acaso triste de un perdido cielo,
quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes, y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer! ¡Qué imagen ilusoria
tan pura, tan feliz, tan placentera,
brindó el amor á mi ilusión primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
¡ah!, ¿dónde estáis que no corréis á mares?
¿Por qué, por qué como en mejores días
no consoláis vosotras mis pesares?
¡Oh! Los que no sabéis las agonías
de un corazón que penas á millares
¡ay! desgarraron y que ya no llora,
¡piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh, dichosos mil veces, sí, dichosos
los que podéis llorar! Y ¡ay! sinventura
de mí, que entre suspiros angustiosos
ahogar me siento en infernal tortura.
¡Retuércese entre nudos dolorosos
mi corazón, gimiendo de amargura!
También tu corazón, hecho pavesa,
¡ay!, llegó á no llorar, ¡pobre Teresa!

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,
que fuera eterno manantial de llanto
tanto inocente amor, tanta alegría,
tantas delicias y delirio tanto?
¿Quién pensara jamás llegase un día
en que, perdido el celestial encanto
y caída la venda de los ojos,
cuanto diera placer causara enojos?

Aún parece, Teresa, que te veo
aérea como dorada mariposa,
ensueño delicioso del deseo,
sobre tallo gentil temprana rosa,
del amor venturoso devaneo,
angélica, purísima y dichosa,
y oigo tu voz dulcísima, y respiro
tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron
á los cielos su azul, y las rosadas
tintas sobre la nieve, que envidiaron
las de Mayo serenas alboradas;
y aquellas horas dulces que pasaron
tan breves, ¡ay!, como después lloradas,
horas de confianza y de delicias,
de abandono y de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
y pasaba á la par nuestra ventura,
y nunca nuestras ansias las contaban,
tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura.
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,
llanto tal vez vertiendo de ternura:
que nuestro amor y juventud veían,
y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin. ¡Oh! ¿Quién, impío,
¡ay!, agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
manantial de purísima limpieza;
después, torrente de color sombrío,
rompiendo entre peñascos y maleza;
y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
astro de la mañana luminoso?
Angel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
á este valle de lágrimas odioso?
Aún cercaba tu frente el blanco velo
del serafín, y en ondas fulguroso,
rayos al mundo tu esplendor vertía,
y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay!, que es la mujer ángel caído,
y mujer nada más, y lodo inmundo,
hermoso ser para llorar nacido,
ó vivir como autómata en el mundo.
Sí, que el demonio en el Edén perdido,
abrasara con fuego del profundo
la primera mujer, y ¡ay!, aquel fuego
la herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente,
que á fecundar el universo mana,
y en la tierra su límpida corriente
sus márgenes con flores engalana;
mas ¡ay!, huid, el corazón ardiente
que el agua clara por beber se afana,
lágrimas verterá de duelo eterno,
que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no queréis que llegue un día
en que, enredado en retorcidos lazos
el corazón, con bárbara porfía
luchéis por arrancároslo á pedazos;
en que al cielo en histérica agonía,
frenéticos alcéis entrambos brazos,
para en vuestra impotencia maldecirle,
y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron,
las dulces esperanzas que trajeron
con sus blancos ensueños se llevaron,
y el porvenir de obscuridad vistieron.
Las rosas del amor se marchitaron,
las flores en abrojos convirtieron,
y de afán tanto y tan soñada gloria,
sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡Al recordarte siento
un pesar tan intenso! Embarga impío
mi quebrantada voz mi sentimiento,
y suspira tu nombre el labio mío.
Para allí su carrera el pensamiento,
hiela mi corazón punzante frío
ante mis ojos la funesta losa,
donde, vil polvo, tu beldad reposa.

Y tú, feliz, que hallaste en la muerte
sombra á qué descansar en tu camino
cuando llegabas, mísera, á perderte
y era llorar tu único destino;
¡cuando en tu frente la implacable suerte
grababa de los réprobos el sino!,
feliz, la muerte te arranco del suelo,
y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roída de recuerdos de amargura,
árido el corazón, sin ilusiones,
la delicada flor de tu hermosura
ajaron del dolor los aquilones.
Sola, y envilecida, y sin ventura,
tu corazón secaron las pasiones;
tus hijos ¡ay! de ti se avergonzaran,
y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
tu rostro cadavérico y hundido;
único desahogo en tu quebranto,
el histérico ¡ay! de tu gemido:
¿quién, quién pudiera en infortunio tanto
envolver tu desdicha en el olvido,
disipar tu dolor, y recogerte
en su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
en ti, mezquina sociedad, lanzada
á romper tus barreras turbulenta,
nave contra las rocas quebrantada,
allá vaga, á merced de la tormenta,
en las olas tal vez náufraga tabla,
que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
y está en mi corazón; un lastimero
tierno quejido que en el alma hiere,
eco suave de su amor primero.
¡Ay!, de tu luz, en tanto yo viviere,
quedará un rayo en mí, blanco lucero,
que iluminaste con tu luz querida
la dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
abre su cáliz al naciente día,
¡ay!, al amor abrí tu alma temprana,
y exalté tu inocente fantasía;
yo, inocente también, ¡oh!, cuán ufana
al porvenir mi mente sonreía,
y en alas de mi amor, ¡con cuánto anhelo
pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
en tus brazos en lánguido abandono,
de glorias y deleites rodeado,
levantar para ti soñé yo un trono;
y allí, tú venturosa y yo á tu lado,
vencer del mundo el implacable encono,
y en un tiempo sin horas ni medida
ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
áridos ni una lágrima brotaban;
cuando ya su color tus labios rojos
en cárdenos matices se cambiaban;
cuando de tu dolor tristes despojos
la vida y su ilusión te abandonaban,
y consumía lenta calentura
tu corazón al par de tu amargura;

Si en tu penosa y última agonía
volviste á lo pasado el pensamiento;
si comparaste á tu existencia un día
tu triste soledad y tu aislamiento;
si arrojó á tu dolor tu fantasía
tus hijos ¡ay! en tu postrer momento
á otra mujer tal vez acariciando,
madre tal vez á otra mujer llamando;

Si el cuadro de tus breves glorias viste
pasar como fantástica quimera,
y si la voz de tu conciencia oíste
dentro de ti gritándote severa;
si, en fin, entonces tú llorar quisiste
y no brotó una lágrima siquiera
tu seco corazón, y á Dios llamaste,
y no te escuchó Dios, y blasfemaste,

¡Oh! ¡Cruel! ¡Muy cruel! ¡Martirio horrendo!
¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas, maldiciendo,
morir, el corazón desesperado!,
tus mismas manos de dolor mordiendo,
presente á tu conciencia lo pasado,
buscando en vano, con los ojos fijos
y extendiendo tus brazos, á tus hijos.

¡Oh! ¡Cruel! ¡Muy cruel!... ¡Ay! Yo, entretanto,
dentro del pecho mi dolor oculto,
enjugo de mis párpados el llanto
y doy al mundo el exigido culto.
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
mi propia pena con mi risa insulto,
y me divierto en arrancar del pecho
mi mismo corazón, pedazos hecho.

Gocemos, sí; la cristalina esfera
gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol; la primavera
los campos pinta en la estación florida;
truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

# ESPRONCEDA EN LA LÍRICA

«¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
¡Mentida ilusión de niño
que halagó mi juventud!
¡Dadme vino!... En él se ahoguen
mis recuerdos...; aturdida,
sin sentir, huya la vida;
paz me traiga el ataúd.»

Quien así solloza es Espronceda, víctima ya del «mal del siglo». Quien así niega la virtud, posee una madre virtuosa y que por él se sacrifica; quien así blasfema del amor, es bien amado; quien de ese modo se retuerce en el potro de la desesperación, quien en su copa cincelada por el genio de Grecia vierte el alcohol de los garitos, es un joven para el cual la vida ha sido clemente. Vino á ella ya predestinado para la gloria y la fortuna. Trajo al nacer todos los dones que, al servicio de la voluntad, dan en el combate del vivir la prez de la victoria. Nació entre los privilegiados. No conoció nunca la pobreza. Buscó la gloria, y la encontró temprano. Estuvo exento de las dificultades que suelen torcer las vocaciones. Con su negra cabellera riza jugaron beldades hechiceras, y hasta aquella que le abandonó, le abandonó adorándole. ¿Cómo entonces nos viene con la historia de que «la vida es un tormento», pretendiendo usurpar la compasión, de que debemos ser avaros, ya que los infortunios verdaderos, los que no se cantan ni se lloran á los dulces sones de la lira, la están reclamando á todas horas con más razón y más derecho á nuestro corazón, atormentado por la contemplación eterna de tanto dolor inmerecido, de tantos ensueños malogrados, de tantas lágrimas vertidas en la obscuridad y en el silencio?...

No hay que tomar muy por lo serio la desesperación de este filósofo de la casa llana, que se va á un burdel á descifrar entre los brazos de Jarifa el enigma del destino humano... Su voz es la voz que se oye entonces en toda la Europa literaria. Es la lamentación sonora de la legión romántica, que va paseando por el mundo las quiméricas pompas de su espíritu. Arrulla, es verdad, muy dulcemente el sueño de la vida; pero la audaz y vocinglera legión romántica se compone principalmente de neurópatas, egoístas, melancólicos y soberbios, homicidas lentos de su propia conciencia y voluntad, que falsifican y corrompen la sincera visión del mundo, y cuya acción es un tejido de aspiraciones ideales y de bajezas innobles. Sin embargo, Espronceda, con ser el primer lírico del romanticismo castellano—el catalán tomó otros rumbos—, no exagera la nota satánica y sombría. Por el canto *Á Jarifa,* en el que se dice que es mentira todo—todo, en efecto, mas sin excluir el gesto del cantor—, pasa, sin duda, gimoteando, la sombra de Musset. Pero ¡qué diferencia tan enorme entre el amante temporero de la vulgar Jarifa y aquel infeliz autor de *Rolla,* á quien llamaba un crítico «mademoiselle Byron»!... Éste se encenaga en los placeres,

é, impotente para luchar contra su propio corazón, se rinde indefenso á la fatalidad inexorable. Espronceda no llega á aclimatarse en la sensualidad y el desenfreno, y esa Jarifa, en cuyos brazos busca el reposo y el olvido, es, en la vida del poeta, una sombra fugaz. Musset, en su suprema angustia, en su infinito desconsuelo, como ha observado Taine, «no mintió nunca». La mitad, al menos, de las penas del vate español son afectadas. Satánico es, como su época; pero es un Satán muy atenuado éste que, á vuelta de plantearse el eterno, abrumador conflicto entre la fe y la duda, halla la solución diciéndose:

«Que así castiga Dios al alma osada
que aspira loca, en su delirio insano,
de la verdad, para el mortal velada,
á descubrir el insondable arcano.»

Las reflexiones como ésta—digna de servir de tema para cualquier sermón de capuchino—en Espronceda no son raras. Á través de las sombras de su espíritu descúbrese á las veces un rayo de la luz cristiana que brilló sobre su cuna. Los románticos son profundamente religiosos; y se puede citar, en prueba de ello, la conmovedora avemaría que reza Byron en *Don Juan*. Pero en el *mea culpa* de Espronceda no está el romanticismo. El poeta habla como un cura que acaba de salir del Seminario. Es un intransigente neocatólico: condena el libre examen; declara que el empleo de la inteligencia, independiente de la fe, en toda especulación é investigación sobre los primeros principios, es una criminal osadía, un *insano delirio* que nos lleva por fuerza á ruina espantosa en justo castigo que impone Dios. De esto á la condenación de la «fatal manía de pensar», hay poco camino. Aun reconociendo que en España, como indica Valera, cuando alguien escribe en verso no tiene plena conciencia de lo que dice, y aun sabiendo también cómo se escribe cuando se busca el sonsonete, importa subrayar esta ortodoxia del vate que pasa por impío.

Se ha dicho que, de todas las poesías de José de Espronceda, la que más retrata su pensamiento y su carácter es *Á Jarifa en una orgía:* acaso es verdad; pero añadiendo—porque Espronceda cambia mucho en el decurso de su vida—: el pensamiento y el carácter del poeta español desde 1836 á 1840, época en la cual su pensamiento y su carácter comienzan á modificarse, esbozándose en él un hombre nuevo. El canto *Á Jarifa* marca para él aquel período en que, rota su unión con la mujer que fué el tormento y la delicia de su adolescencia tumultuosa, buscó en la Venus mercenaria un alivio á sus penas. Sólo consiguió, como era lógico, ponerse en la necesidad de hacer alguno que otro viaje á unas termas, ya entonces reputadas, de la provincia de Murcia. Pero el alivio á sus dolores, más imaginarios que efectivos, se lo trajo el tiempo, derramando sobre su mudable corazón el agua del Leteo. Otras mujeres, poseídas de una dulce piedad, coadyuvaron á la curación del melancólico poeta, tan joven y ya tan infeliz, y á quien una ingrata había tratado tan inhumanamente. Y aquellas gentes que admiraban en la colección de las *Poesías,* publicada en 1840, el canto *Á Jarifa,* escrito algunos años antes, tal vez ignoraban que el poeta estaba ya restablecido merced á los cuidados íntimos de una «generala», en-

tonces célebre por su hermosura singular, y á quien el poeta, agradecido, dedicó la obra en un soneto, al que precedían dos iniciales, á través de las cuales todo el mundo—menos, naturalmente, el general—vió el nombre y apellido de una dama tan bella y tan caritativa... Si alguien desease remover cenizas amorosas, podría agregarse á este capítulo de los amores de Espronceda algo que las malas lenguas decían á la sazón, mezclando el nombre del poeta con el ya ilustre de una hermosa poetisa cubana llegada entonces á Madrid, y á la que esperaba más de un triunfo en la escena española. Y aun se añadía que estas andanzas amorosas no eran del todo incompatibles con cierta vaga aspiración á contraer nupcias legítimas, y, á ser preciso, hasta prosaicas, dando la razón al santo que había dicho tan discretamente: «Es mejor casarse que quemarse.»

No ha de contarse ahora cómo trataba á las mujeres de carne mortal el melancólico poeta. Á la simbólica *Jarifa* la trató ásperamente, y, en vez de ser para con ella el indulgente moralista que lo comprende todo y lo perdona todo, le dice—¡oh gran descubrimiento!...—que su ternura es falsa y que sus besos son mentira... En la canción de *Childe Harold* á Inés, Byron es mil veces más piadoso. Y es que Byron, en todo lo que hace y en todo lo que piensa, es un hombre de mundo que contempla la miseria humana sin hacer aspavientos. Espronceda, en cambio, es constantemente un niño grande. Hay, ciertamente, semejanzas entre el autor de *Childe Harold* y el poeta español; pero éste no es, como se ha dicho, un mero imitador del lord aventurero. Y, sin embargo, casi toda la crítica honda consagrada á Espronceda se reduce á afirmar—sin demostrarlo, por supuesto—que imitó á Byron. Si Espronceda hubiese confesado estas imitaciones, como hizo con respecto á Ossián en *Oscar y Malvina,* ¿en qué hubiesen entonces empleado su intelecto los críticos?

Estas imitaciones son muy vagas; además, son muy pocas. Don Juan Valera, que es el único que cita los textos imitados, ve entre algunos trozos de lord Byron y otros de Espronceda estas semejanzas: entre la canción de *Childe Harold* á Inés, y la canción *Á Jarifa;* entre el primer párrafo del canto primero de *El corsario,* y la célebre *Canción del pirata;* entre la carta de Julián á D. Juan, y la de Elvira á D. Félix en *El estudiante de Salamanca;* y entre las digresiones y genialidades del poema *Don Juan,* y las de *El Diablo Mundo.* Con respecto á esto último, basta haber leído el *Tristam Shandy,* de Sterne, para comprender que no fué á Byron, sino al humorista inglés á quien el autor de *El Diablo Mundo* imitó en las festivas digresiones que abundan tanto en su poema. Donde está el espíritu de Byron, más que en ninguna obra de Espronceda, es en Sancho Saldaña, de la novela de este título. Sancho, en efecto, es un personaje lírico de la misma casta y catadura que la mayor parte de los héroes del Olimpo «byrónico».

Estas imitaciones, del mismo modo que las otras que se han visto en *El canto del cosaco* y en la elegía *Á la Patria* (1), no merman la gloria de Espron-

(1) Según Valera, cuyo juicio copia, dándole como suyo, el P. Blanco García, Espronceda, en *El canto del cosaco,* imita á Beránger, «aunque igualándole, si es que no le vence». Y en la elegía *Á la Patria,* al decir de Escosura, la primera estrofa de Espronceda recuerda otra de Quintana.—*(N. del A.)*

ceda como poeta original. Los románticos se imitaban los unos á los otros, inconscientemente. Chateaubriand, en sus *Memorias de ultratumba,* acusa á lord Byron de haberle tomado su *René* para convertirlo en *Childe Harold.* Y Goethe, hablando de *Manfredo,* escribía: «Esta tragedia de Manfredo me ha impresionado mucho. Este poeta metafísico se ha apropiado mi *Fausto* para alimentar su hipocondría.» Pero Byron no sabía alemán ni había leído el *Fausto...*

Lo cierto del caso es que los vates del romanticismo, los pesimistas de estro indómito, sin que se propusiesen imitarse los unos á los otros, tenían cierto aire de familia.

Los poetas de aquel tiempo comprendían su misión, que no era, por cierto, la que cumplen en los tiempos actuales los industriales ó covachuelistas que cultivan las letras, dando á esta noble y pura ocupación del alma el carácter de una profesión prosaicamente lucrativa. El poeta entonces no escribía ni debía escribir por arte, sino por inspiración; su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante: hasta en el vestido se debía diferenciar el poeta de los demás hombres; y el universo mundo le debía considerar como á un apóstol con misión especial que cumplir en la tierra. Víctima de su misión y de su genio, no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una *planta maldita con frutos de bendición.* En sus amores, debía aspirar el poeta á un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna, y, sin embargo, amar á una mujer con delirio, imaginando ver en ella á la maga de sus sueños, á la paloma del diluvio y á la *rosa de Jericó;* mas al cabo debía *palpar* la *realidad,* conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle, y llorar sus *ilusiones perdidas,* ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose á los pies de los altares y entonando plegarias á la Virgen y á Jesucristo.

Otra de las manías de los románticos, presentada de mil maneras diferentes, consecuencia del malestar y agitación de los espíritus y presentimiento del socialismo, era la idealización de los hombres patibularios, y la creencia de que sus crímenes se debían imputar, no al destino inflexible, no á alguna divinidad malévola, como ocurría en la familia de Atreo, en Medea, Mirra, Fedra y otros héroes y heroínas del gentilismo, sino á la sociedad mal organizada y á la grandeza de sentimiento de los tales héroes, á quienes esta mezquina sociedad les venía estrecha.

Espronceda no pudo sustraerse á la mentalidad romántica, y en poesías cuya acción es más oratoria que poética, como *El mendigo, El reo de muerte* y *El verdugo,* pagó su simpático tributo al humanitarismo de la época.

He aquí la popular composición titulada *El reo de muerte:*

«Reclinado sobre el suelo,
con lenta, amarga agonía,
pensando en el triste día
que pronto amanecerá,
en silencio gime el reo,
y el fatal momento espera
en que el sol por vez postrera
en su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo
y la enlutada capilla,
lánguida vela amarilla
tiñe en su luz funeral;
y junto al mísero reo,
medio encubierto el semblante,
se oye al fraile agonizante
en són confuso rezar.

El rostro levanta el triste
y alza los ojos al cielo;
tal vez eleva en su duelo
la súplica de piedad.
¡Una lágrima! ¿Es acaso
de temor, ó de amargura?
¡Ay ¡Á aumentar su tristura
vino un recuerdo quizá!!!

Es un joven, y la vida,
llena de sueños de oro,
pasó ya, cuando aún el lloro
de la niñez no enjugó:
el recuerdo es de la infancia,
¡y su madre que le llora,
para morir así ahora
con tanto amor le crió!!!

Y á par que sin esperanza
ve ya la muerte en acecho,
su corazón en su pecho
siente con fuerza latir;
al tiempo que mira al fraile,
que en paz ya duerme á su lado,
y que, ya viejo y postrado,
le habrá de sobrevivir.

Mas, ¿qué rumor á deshora
rompe el silencio? Resuena
una alegre cantilena,
y una guitarra á la par,
y gritos, y de botellas
que se chocan el sonido,
y el amoroso estallido
de los besos y el danzar.
Y también pronto en són triste
lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma*
*del que van á ajusticiar!*

Y la voz de los borrachos,
y sus brindis, sus quimeras,
y el cantar de las rameras,
y el desorden bacanal
en la lúgubre capilla
penetran, y carcajadas,
cual de lejos arrojadas
de la mansión infernal.
Y también pronto en són triste
lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma*
*del que van á ajusticiar!*

II

¡Maldición! Al eco infausto,
el sentenciado maldijo
la madre que, como á hijo,
á sus pechos le crió;
y maldijo el mundo todo,
maldijo su suerte impía,
maldijo el aciago día
y la hora en que nació.

Serena la luna
alumbra en el cielo;
domina en el suelo
profunda quietud:
ni voces se escuchan,
ni ronco ladrido,
ni tierno quejido
de amante laúd.

Madrid yace envuelto en sueño,
todo al silencio convida,
y el hombre duerme y no cuida
del hombre que va á expirar;
si tal vez piensa en mañana,
ni una vez piensa siquiera
en el mísero que espera,
para morir, despertar:
que sin pena ni cuidado
los hombres oyen gritar:

*¡Para hacer bien por el alma*
*del que van á ajusticiar!*

¡Y el juez también en su lecho
duerme en paz! ¡Y su dinero
el verdugo, placentero,
entre sueños cuenta ya!
Tan sólo rompe el silencio
en la sangrienta plazuela
el hombre del mal que vela
un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
sueños de angustia y fiebre y devaneo
el alma envuelven del confuso reo,
que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños
confunde
la muerte,
la vida;
recuerda
y olvida,
suspira,
respira
con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas
vaga, y siente miedo y frío,
y, en su horrible desvarío,
palpa en su cuello el dogal;
y cuanto más forcejea,
cuanto más lucha y porfía,
tanto más en su agonía
aprieta el nudo fatal.
Y oye ruido, voces, gentes,
y aquella voz que dirá:

*¡Para hacer bien por el alma*
*del que van á ajusticiar!*

Ó ya libre se contempla,
y el aire puro respira,
y oye de amor que suspira
la mujer que un tiempo amó,
bella y dulce cual solía,
tierna flor de primavera,
el amor de la pradera
que el Abril galán mimó.

Y gozoso á verla vuela,
y alcanzarla intenta en vano,
que al tender la ansiosa mano
su esperanza á realizar,
su ilusión la desvanece
de repente el sueño impío,
y halla un cuerpo mudo y frío,
y un cadalso en su lugar,
y oye á su lado en són triste
lúgubre voz resonar:

*¡Para hacer bien por el alma*
*del que van á ajusticiar!»*

De otro lado, la pasión política inflama su mente, y siguiendo los cánones que había promulgado Víctor Hugo en el preámbulo del *Cromwell,* especie de código de los románticos franceses, combate por la libertad, fustiga á los déspotas y defiende á los desheredados. Este grupo de composiciones por la política inspiradas, é improvisadas las más de ellas, son de un valer muy relativo, y practicando algunas podas en las florestas literarias del poeta político, tal vez se salvarían únicamente el magistral soneto *Á la muerte de Torrijos,* y la elegía de corte bíblico que dedicó á la Patria. Pero las poesías en que Espronceda llega á la perfección son aquellas que, como el himno *Al Sol,* la *Canción del pirata* y el romance *Á la noche,* tienen más imágenes espléndidas que filosofías baratas. Del mismo modo lo entendía el público de aquella época, que aplaudía en los salones y en las veladas del Liceo la *Canción del pirata,* cuyas copias corrían de mano en mano, y que, puesta en melodiosa música por un compositor muy distinguido, era cantada en las tertulias de primer rango de la corte.

Hace setenta años que fué escrita la *Canción del pirata,* y aún está fresca esta poesía, tan soberbiamente concebida, tan armoniosamente versificada, tan bien dispuesta en todas sus partes, tan bella en su material estructura é indefinida variedad de metros.

Oid, oid una vez más el canto de uno de los héroes más gratos al romanticismo:

«Con diez cañones por banda,
viento en popa á toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman,
por su bravura, el *Temido,*
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
y allá á su frente Stambul.

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo á torcer alcanza,
ni á sujetar tu valor.

»Veinte presas
hemos hecho,
á despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
á mis pies.»

*Que es mi barco mi tesoro,*
*que es mi Dios la libertad;*
*mi ley, la fuerza y el viento;*
*mi única patria, la mar.*

«Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra:
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
á quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho,
y dé pecho
á mi valor.»

*Que es mi barco mi tesoro...*

«Á la voz de «¡barco viene!»,
es de ver
cómo vira y se previene
á todo trapo á escapar:
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

»En las presas
yo divido
lo cogido
por igual:
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.»

*Que es mi barco mi tesoro...*

«¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me río:
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navío.

»Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la dí,
cuando el yugo
del esclavo
como un bravo
sacudí.»

*Que es mi barco mi tesoro...*

«Son mi música mejor
aquilones:
el estrépido y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno
al són violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,*
*que es mi Dios la libertad;*
*mi ley, la fuerza y el viento;*
*mi única patria, la mar.»*

Nadie, exceptuando solamente al joven Zorrilla, fué más popular que Espronceda. La crítica—¿existía acaso por entonces?—no le estudió hondamente. Pero el poeta consiguió lo que realmente vale más que las alabanzas oficiales de las Academias y de las Sociedades eruditas, es decir, el homenaje, delicadamente anónimo, de sus amigos ignorados, de sus admiradores desconocidos, y de esas multitudes condenadas á la perpetua alternativa de la risa y las lágrimas, y entre las cuales dispersó, al azar de su fantasía, el eco de su ironía ó de su entusiasmo, el reflejo de sus metamorfosis sentimentales, y el grito de su amor y de su desesperación. Entristecía ese lirismo desolado que resulta de las disonancias profundas que el cantor de Teresa había encontrado en la armonía aparente de la dicha amorosa... Se le seguía de etapa en etapa, de obra en obra: desde las estrofas del *Pelayo* en que celebra el heroísmo, hasta las poesías triunfales en que apostrofa al Sol. Del preludio al epílogo se veía nacer, crecer, desarrollarse, desenvolverse en variaciones, un canto de ternura apasionada y de nostalgia melancólica, entrecortado por sollozos, interrumpido por invectivas, exasperado á veces por la cólera, mezcla única de poesía y de elocuencia, de idealismo y de verdad, de *humour* y de tristeza, de esperanza y de desilusión. Se defendía contra el olvido, contra la amenaza cruel de la frivolidad humana, la sonrisa dulce y candorosa de la *Serenata,* las finas modulaciones de *El pescador,* el sueño frágil de *Á una estrella,* el sudor de agonía que se destila gota á gota del canto *Á Jarifa;* y no sólo esto, mas también las pequeñas medallas, los fragmentos de metal purísimo donde se grabó la imagen de un sueño fugaz, los trozos de vida, los centelleos de amor, las ruinas ligeras de la dicha, las llamas furtivas del despecho, y todo, en fin, hasta el más leve átomo de esa ceniza luminosa, parecida al polvo de un diamante destrozado y deshecho...

El poeta mismo que en la *Canción del pirata* hace sonar con tal vigor la trompa épica, sabe, sin embargo, con la suavidad y la ternura de Meléndez, decirnos:

«Pescadorcita mía,
desciende á la ribera,
y escucha placentera
mi cántico de amor;
sentado en su barquilla,
te canta su cuidado,
cual nunca enamorado,
tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre,
y calla manso el viento,
y el mar sin movimiento
también en calma está;
á mi batel desciende,
mi dulce amada hermosa:
la noche misteriosa
tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,
sin otros pescadores,
suavísimos amores
felice te diré,
y en esos dulces labios
de rosas y claveles,
el ámbar y las mieles
que vierten, libaré.

La mar adentro iremos,
en mi batel cantando,
al són del viento blando,
amores y placer;
regalaréte entonces
mil varios pececillos,
que al verte, simplecillos,
de ti se harán prender.

De conchas y corales
y nácar á tu frente
guirnalda reluciente,
mi bien, te ceñiré;
y eterno amor mil veces
jurándote, cumplida
en ti, mi dulce vida,
mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,
ni el viento proceloso,
que al ver tu rostro hermoso
sus iras calmarán;
y sílfides y ondinas
por reina de los mares
con plácidos cantares
á par te aclamarán.

Ven ¡ay! á mi barquilla;
completa mi fortuna;
naciente ya la luna
refleja al ancho mar.
Sus mansas olas bate
süave, leve brisa;
ven ¡ay!, mi dulce Elisa,
mi pecho á consolar.»

Pero su obra capital, en cierto modo superior al mismo *Diablo Mundo,* es la leyenda titulada *El estudiante de Salamanca,* escrita con pensamiento filosófico en el gusto germánico y formas románticoespañolas, y cuyo asunto está tomado de una tradición popular, transmitida, sin duda, oralmente, y conservada tal vez en algún mal romance de ciego. Don Félix de Montemar, el protagonista de la leyenda, está vaciado en la misma turquesa de donde han salido para nuestro teatro y nuestros cuentos antiguos tantas damas burladas y tantos atrevidos é insolentes burladores, empezando por *Don Juan Tenorio.*

Véase el retrato de Elvira, que el poeta hace en las siguientes octavas:

«Bella y más pura que el azul del cielo,
con dulces ojos lánguidos y hermosos,
donde acaso el amor brilló entre el velo
del pudor, que los cubre candorosos;
tímida estrella que refleja al suelo
rayos de luz brillantes y dudosos,
ángel puro de amor que amor inspira,
fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,
tierna y feliz y de su amante ufana,
cuando al placer su corazón se abría,
como al rayo del sol rosa temprana,
del fingido amador que la mentía,
la miel falaz que de sus labios mana
bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
de que, oculto en la miel, hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
más descuidado el candoroso infante,
que ella en los falsos lisonjeros lazos
que teje astuto el seductor amante:
dulces caricias, lánguidos abrazos,
placeres ¡ay! que duran un instante,
que habrán de ser eternos imagina
la triste Elvira en su ilusión divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto
con nacarado sueño en su pureza,
todo lo juzga verdadero y santo,
presta á todo virtud, presta belleza
del cielo azul al tachonado manto,
del sol radiante á la inmortal riqueza,
al aire, al campo, á las fragantes flores,
ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Félix la infeliz doncella
toda su dicha, de su amor perdida;
fueron sus ojos á los ojos de ella,
astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus labios con sus labios sella,
cuando su voz escucha embebecida,
embriagada del Dios que la enamora,
dulce le mira, extática le adora.»

Las tres primeras partes de la leyenda *El estudiante*—que se divide en cuatro—están henchidas de bellezas de primer rango. La carta de Elvira, el romance que empieza

«Está la noche serena
de luceros coronada»,

y algunas otras estrofas donde pinta el poeta el dolor y la muerte de la infeliz beldad—á quien, exagerando los elogios, han comparado algunos críticos con la Eva de Milton y la Margarita de Goethe—son de lo más hermoso y más sentido que se ha escrito en lengua castellana. La parte tercera—donde la forma dramática es una novedad que Espronceda imita cuerdamente de autores extraños—es un cuadro acabadísimo, rico de verdad y de poesía. Difícil también será encontrar en toda nuestra literatura, tan sobresaliente en lo dramático, nada que supere las escenas de este cuadro. En la última parte decae el talento del autor, aunque es innegable que demuestra una poderosa fantasía, un gran manejo del lenguaje, de la dicción poética, del metro y de la rima. Pero si Espronceda hubiese escrito un centenar de versos más, la visión de don Félix y todos aquellos lances de su entierro y de sus bodas con el esqueleto diabólico, hubieran hecho mil veces más efecto en el ánimo de los lectores; hubieran tenido más verdad estética: no hubieran parecido un vano capricho y un juego de la fantasía, como parecen.

Pero no queremos terminar la lectura de *El estudiante* sin invitar á los lectores á admirar estos versos, repetidos y celebrados de generación en generación:

«Murió de amor la desdichada Elvira,
cándida rosa que agostó el dolor,
süave aroma que el viajero aspira
y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores
reflejó en su cristal la luz del día;
mas la tierra empañó sus resplandores,
y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente:
alma celeste para amar nacida,
era el amor de su vivir la fuente,
estaba junta á su ilusión su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
llena de amor murió y de juventud:
despertó alegre una alborada hermosa,
y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó también de su locura
al término postrero de su vida,
y al abrirse á sus pies la sepultura,
volvió á su mente la razón perdida.

¡La razón fría, la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!...
¡Ella feliz, que de tan dura carga
sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
su mejilla una lágrima abrasó;
y así al infiel, con temblorosa mano,
moribunda su víctima escribió:

«Voy á morir: perdona si mi acento
vuela importuno á molestar tu oído:
él es, don Félix, el postrer lamento
de la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento...
Adiós; ni amor ni compasión te pido...
Oye y perdona si al dejar el mundo,
arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

»¡Ah!, para siempre adiós; por ti mi vida
dichosa un tiempo resbalar sentí,
y la palabra de tu boca oída,
éxtasis celestial fué para mí.
Mi mente aún goza en la ilusión querida
que para siempre, ¡mísera!, perdí...
¡Ya todo huyó, despareció contigo!
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

»Yo las bendigo, sí, felices horas,
presentes siempre en la memoria mía,
imágenes de amor encantadoras,
que aún vienen á halagarme en mi agonía.
Mas, ¡ay!, volad, huid, engañadoras
sombras, por siempre; mi postrero día
ha llegado; perdón, perdón, ¡Dios mío!,
si aún gozo en recordar mi desvarío.

»Y tú, don Félix, si te causa enojos
que te recuerde yo mi desventura,
piensa están hartos de llorar mis ojos
lágrimas silenciosas de amargura,
y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
concede este consuelo á mi tristura:
estos renglones compasivo mira,
y olvida luego para siempre á Elvira.

»Y jamás turbe mi infeliz memoria
con amargos recuerdos tus placeres;
goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
dichas el mundo, ¡amor otras mujeres!
Y si tal vez mi lamentable historia
á tu memoria con dolor trajeres,
llórame, sí; pero palpite exento
tu pecho de roedor remordimiento.

»Adiós, por siempre adiós; un breve instante
siento de vida, y en mi pecho el fuego
aun arde de mi amor; mi vista errante
vaga desvanecida... Calma luego,
¡oh muerte!, mi inquietud... ¡Sola..., expirante!...
Ámame: no, perdona: ¡inútil ruego!
Adiós, adiós; ¡tu corazón perdí!
¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida
momentos antes de morir, y al pecho
se estrechó de su madre dolorida,
que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
y á su madre sus brazos apretaron
con nervioso y convulso movimiento,
y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansión dichosa
do los ángeles moran... Tristes flores
brota la tierra en torno de su losa;
el céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
sombra le presta en lánguido desmayo.
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
baña su tumba en paz su último rayo...»

Y llegamos, por fin, á *El Diablo Mundo,* que ha sido la obra que á Espronceda ha dado más prestigio. ¿Cuál es el pensamiento de esta obra? Hay un hombre que, en el año de 1840, en que el poeta empieza á escribir su poema, elige entre la muerte que se le presenta y que va ya á llevársele, y la inmortalidad que se le ofrece. El hombre opta por la inmortalidad, y sale remozado de alma y de cuerpo, dotado de vida inmortal, y tan inocente y limpio de toda

experiencia y recuerdo como si acabara de nacer. Es un nuevo Adán, que, en vez de hallarse en el Paraíso y hablar en él con Dios, despierta en una casa de huéspedes, en un piso tercero de la calle de Alcalá, en pleno siglo XIX. Posee el nuevo Adán todas las energías y aptitudes que pueden hacer perfecto á un hombre en el cuerpo y en el alma. Para desplegar tan grandes facultades, para emplearlas bien ó consumirlas malamente, le concede el destino tiempo sin límites.

La idea del hombre que se remoza ó que vive segunda vida se había ya ocurrido á muchos, y había sido asunto de famosos poemas, entre los cuales ha sido el más celebrado el de Edgardo Quinet sobre el judío errante. Espronceda amasó y fundió las dos ideas: la del rejuvenecimiento y la de la inmortalidad; pero añadió otra nueva, al menos para nosotros, que no recordamos haberla visto en poema ni en leyenda alguna: la del hombre en toda la plenitud de su vida, y tan inocente, sin embargo, y tan candoroso é inexperto como si acabase de salir de manos de su Creador, lanzado en medio de la sociedad actual. ¿Qué le sucederá á este hombre? Lo que le suceda va á ser el inmenso asunto del poema, y á dar ocasión á que Espronceda, como dice su prologuista Ros de Olano, nos enseñe el mundo físico y moral, y nos pruebe que la inmortalidad es el hastío y la condenación sobre la tierra. Claro es, pues, que el propósito del poeta era enseñárnoslo todo: lo moral y lo físico; pero, ¿lo sabía él? ¿Lo imaginaba siquiera? ¿Es posible que en el día lo sepa nadie, ó que crea que lo sabe, é infunda en los demás hombres su creencia? Esto equivale á preguntar si en nuestros días es posible un libro sagrado nuevo, como la Biblia, los Vedas ó el Zend-Avesta, ó si es posible, por lo menos, algo de la importancia y transcendencia de las epopeyas primitivas, como la *Ilíada* de Homero y la *Teogonía* de Hesiodo. Ya el prologuista Ros de Olano tiene sus dudas sobre esta posibilidad, y reconoce que ni Virgilio, ni Dante, ni Goethe han atinado á ser lo que Homero. ¿Cómo había de serlo Espronceda tampoco? Escribir hoy una epopeya es una aspiración que raya en delirio, pero que han tenido muy grandes ingenios, como los ya citados Goethe y Quinet.

Si Espronceda no tenía la ciencia de Goethe, ni su crítica reflexiva tampoco, lo que es en ingenio no le cedía. Así, pues, *El Diablo Mundo,* considerado en general y en su conjunto, tiene que aparecernos como el infeliz resultado de una arrogante locura. ¿Qué nos ha de enseñar sobre los destinos de la Humanidad y del Universo quien deja sus estudios á los quince años, se entrega del mundo á los engaños, y cuando escribe lo hace sin ton ni són, sin regla ni compás y donde va su gusto, como él mismo confiesa? La arrogancia de Espronceda es mayor aún si se atiende á que no toma la materia épica ya creada por el pueblo, como han hecho los mejores poetas, incluso Goethe en el *Fausto,* sino que todo quiere que sea suyo: emanación de su rica personalidad.

Tales eran, sin embargo, el ser de poeta que en Espronceda había y su admirable potencia creadora, que en *El Diablo Mundo,* que aquí, donde debemos ser severos é imparciales historiadores, es fuerza calificar, en su plan y propósito, de disparate, se contienen, aisladamente considerados, los trozos más

bellos y magníficos de poesía que hay en castellano, y tal vez en lengua alguna. Consideremos, pues, *El Diablo Mundo,* no como un todo, sino como una serie de composiciones que publica por cuadernos el editor Boix, dando al poeta un par de mil reales por el original de cada cuaderno. El poeta escribía al compás que se iban imprimiendo y vendiendo; y aunque estaba seguro de sí mismo, no lo estaba tanto del editor ni del público, como decía al fin de un canto ó cuaderno, prometiendo otro:

«El cual sin falta seguirá, se entiende,
si éste te gusta y la edición se vende.»

Miradas ya las cosas así, no hay crítica que valga contra Espronceda: tenemos que ponerle sobre las nubes; es fuerza declararle sobrehumano prodigio. Daba por entregas un tesoro de poesía. Era fuente perenne de inspiración que sólo pudo secar la muerte. El editor no se cansó, la edición fué vendiéndose, y el público gustó de los cuadernos ó cantos, de modo que se publicaron hasta seis, más la introducción, que suman siete.

La introducción ó prólogo—obra maestra en el género fantástico descriptivo—es un torrente desatado de espontánea poesía, que fascina y conmueve. La imaginación se pierde; la crítica no sabe á qué cabello asirse; el entendimiento tiene que arriar pabellón, sin combate, bajo el irresistible, deslumbrante fuego de aquel buque pirata, que ha izado bandera negra contra toda regla, y sin misericordia dispara contra toda conveniencia. No pueden ir más lejos las excentricidades ilógicas, ni se ha pintado nunca con tan espantosa verdad el desorden enérgico de una fantasía en el paroxismo del más fantástico delirio.

Aquel á modo de aquelarre de monstruos, demonios y vestiglos, en medio del cual se halla el poeta, está soberbiamente pintado. La figura del demonio colosal, que representa al Genio del hombre, es grandiosa y sublime. Los coros y las voces aisladas que oye el poeta encierran gran poesía. El discurso que pronuncia el Genio del hombre en medio del hondo silencio impuesto por él á voces y coros, tiene bellezas como éstas que, á la vuelta de sesenta y cinco años, no se han marchitado aún:

«Tendió una mano al infernal gigante
y la turba calló; y oyóse sólo
en silencio el estrépito atronante
del flamígero mar; luego un acento
claro, distinto, rápido y sonoro
por la vaga región cruzó del viento
con rara, melancólica armonía,
que brotaba doquiera,
y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa
viene de allí, y del alto firmamento,
crece bajo la tierra temblorosa,
vaga en las alas del callado viento;

voz de amargo placer, voz dolorosa,
incomprensible, mágico portento;
voz que recuerda al alma conmovida
el bien pasado y la ilusión perdida.

«¡Ay!», exclamó con lamentable queja,
y en torno resonó triste gemido,
como el recuerdo que en el alma deja
la voz de la mujer que hemos querido.
«¡Ay! ¡Cuán terrible condición me aqueja
para llorar y maldecir nacido
víctima yo de mi fatal deseo,
que cumplirse jamás mis ansias veo!

»¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre
de eterna luz que altísima se ostenta,
tal vez en trono de celeste lumbre
su incomprensible majestad se asienta;
de mundos mil la inmensa pesadumbre
con su mano tal vez rige y sustenta,
sempiterno, infinito, omnipotente,
invisible doquier, doquier presente.

»Y allá en la gran Jerusalén divina
tal vez escucha en holocausto santo,
del querub que á sus pies la frente inclina,
voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
del mundo rueda en derredor, en tanto;
y entre aromas, y gloria, y resplandores,
recibe humilde adoración y amores.

»*¡Santo, Santo!*, los ángeles le cantan;
*¡Hosanna, Hosanna!*, en las alturas suena;
rayos de luz perfilan y abrillantan
nubes de incienso y transparencia llena;
y en ella con murmullo se levantan,
paz demandando á la mansión serena,
las preces de los hombres en su duelo,
y paz les vuelve y bendición el cielo.

»¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
y hierve el rayo en su irritada mano,
y la angustia, el dolor, la muerte lanza
al inocente que le implora en vano?
¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,
frívolo, injusto y sin piedad tirano,
del corazón del hombre, y le encadena,
y á eterna muerte al pecador condena?

»Embebido en su inmenso poderío,
¿es Dios el Dios que goza en su hermosura,
que arrojó el universo en el vacío,
leyes le dió y abandonó su hechura?

¿Fué vanidad del hombre y desvarío
soñarse imagen de su imagen pura?
¿Es Dios el Dios que, en su eternal sosiego,
ni vió su llanto ni escuchó su ruego?»

En el discurso del Genio del hombre se diría que el poeta lo adivina todo, aunque algo superficialmente. Cuantas filosofías primeras, cuantos sistemas y teologías son posibles para explicar las relaciones de Dios con el mundo y con el hombre, están allí expuestos y como cifrados. No hay, con todo, afirmación alguna. No hay más que confusiones y arcanos. El Genio no sabe á qué atenerse. El término de su discurso es un ¿quién sabe?

Animado é informado por este escepticismo de la introducción está el resto del poema. El primer canto empieza de un modo parecido al *Fausto*. Un viejo que se llama don Pablo, y que, como Fausto, ha estudiado mucho, logrando y alcanzando menos que Fausto, pues vive ignorado y pobre en una casa de huéspedes, se lamenta, como Fausto, de su vejez y de su malaventura, y vacila entre el deseo de morir y acabar de una vez, y el deseo de nueva juventud y de larga vida.

«Sobre una mesa de pintado pino
melancólica luz lanza un quinqué,
y un cuarto, ni lujoso ni mezquino,
á su reflejo pálido se ve.
Suenan las doce en el reloj vecino
y el libro cierra que anhelante lee
un hombre ya caduco, y cuenta atento
del cansado reloj el golpe lento.

Carga después sobre la diestra mano
la ya rugosa y abrumada frente,
y un pensamiento fúnebre, tirano,
fija y domina, al parecer, su mente.
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;
vuelve á leer, y en tanto que obediente
se somete á su vista, á su porfía,
lánzase á otra región su fantasía.

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!»,
con sonrisa sarcástica exclamó;
y en la silla tomando otra postura,
de golpe el libro y con desdén cerró.
Lóbrega tempestad su frente obscura
en remolinos densos anubló,
y los áridos ojos quemó luego
una sangrienta lágrima de fuego.

«¡Ay! ¡Para siempre—dijo—la ufanía
pasó ya de la hermosa juventud,
la música del alma y melodía,
los sueños de entusiasmo y de virtud!...

Pasaron, ¡ay!, las horas de alegría,
y abre su seno hambriento el ataúd,
y único porvenir, sola esperanza,
la muerte á pasos de gigante avanza.

»¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?
¡Un misterio también!... Corren los años
su rápida carrera, y escondida
la vejez llega envuelta en sus engaños.
Vano es llorar la juventud perdida,
vano buscar remedio á nuestros daños;
un sueño es lo presente de un momento,
muerte es el porvenir; lo que fué, un cuento...

»Los siglos á los siglos se atropellan,
los hombres á los hombres se suceden,
en la vejez sus cálculos se estrellan,
su pompa y glorias á la muerte ceden;
la luz que sus espíritus destellan
muere en la niebla que vencer no pueden.
y es la historia del hombre y su locura
una estrecha y hedionda sepultura.

»¡Oh! ¡Si el hombre tal vez lograr pudiera
ser para siempre joven é inmortal,
y de la vida el sol le sonriera
eterno de la vida el manantial!
¡Oh! ¡Cómo entonces venturoso fuera!
Roto un cristal, alzarse otro cristal
de ilusiones sin fin contemplaría,
claro y eterno sol de un nuevo día...»

El viejo se queda dormido. Acude entonces la Muerte, se le presenta en sueños, le canta una bella canción, y le convida á reposar para siempre en su regazo.

«Con lástima y pena, mirando al anciano,
vaporosa sombra de un lejano bien,
de vagos contornos confusa figura,
cual bello cadáver, se alzó una mujer.

Y oyóse en seguida lánguida armonía,
música suave, y luego una voz
cantó, que el oído no la percibía,
sino que tan sólo la oyó el corazón:

«Débil mortal, no te asuste
mi obscuridad ni mi nombre:
en mi seno encuentra el hombre
un término á su pesar;
yo, compasiva, le ofrezco
lejos del mundo un asilo,
donde á mi sombra tranquilo
para siempre duerma en paz.

»Isla yo soy del reposo
en medio el mar de la vida,
y el marinero allí olvida
la tormenta que pasó;
allí convidan al sueño
aguas puras sin murmullo,
allí se duerme al arrullo
de una brisa sin rumor.

»Soy melancólico sauce
que su ramaje doliente
inclina sobre la frente
que arrugara el padecer,
y aduerme al hombre, y sus sienes
con fresco jugo rocía,
mientras el ala sombría
bate el olvido sobre él.

»Soy la virgen misteriosa
de los últimos amores,
y ofrezco un lecho de flores
sin espinas ni color,
y amante doy mi cariño
sin vanidad ni falsía;
no doy placer ni alegría,
mas es eterno mi amor.

»En mí la ciencia enmudece,
en mí concluye la duda,
y árida, clara, desnuda,
enseño yo la verdad;
y de la vida y la muerte
al sabio muestro el arcano,
cuando al fin abre mi mano
la puerta á la eternidad.

»Ven, y tu ardiente cabeza
entre mis manos reposa;
tu sueño, madre amorosa,
eterno regalaré.
Ven, y yace para siempre
en blanda cama mullida,
donde el silencio convida
al reposo y al no ser.

»Deja que inquieten al hombre,
que loco al mundo se lanza,
mentiras de la esperanza,
recuerdos del bien que huyó:
mentira son sus amores,
mentira son sus victorias,
y son mentira sus glorias,
y mentira su ilusión.

»Cierre mi mano piadosa
tus ojos al blando sueño,
y empape suave beleño
tus lágrimas de dolor.
Yo calmaré tu quebranto
y tus dolientes gemidos,
apagando los latidos
de tu herido corazón.»

El viejo se rinde al atractivo de la Muerte, y ya va á morir, cuando se rompe el muro de su estancia y se abre á la vista un cielo infinito y luminoso, por donde discurre la pompa espléndida de la Inmortalidad material de los seres; la vida del mundo con todos los deleites, esperanzas, glorias y riquezas que contiene en sí. Naturalmente, el viejo se deja seducir: prefiere volver á ser joven y ser inmortal; y joven é inmortal se vuelve. Tanto la canción de la Muerte como la canción de la Inmortalidad, son bellísimas. Y mejor es aún, quizá lo mejor de este poema y de todos los poemas españoles, la rica descripción del séquito ó comitiva que á la diosa de la Inmortalidad circunda.

Sin embargo, así en la introducción como en el canto I, se advierte ya el defecto gravísimo, el defecto fundamental de *El Diablo Mundo*. Los poderes sobrenaturales que en él intervienen y obran, carecen de consistencia y de ser real. Todavía puede disimularse que la figura alegórica del Genio del hombre, con toda su comitiva de diablos, se muestre vanamente en la introducción, sin hacer otra cosa que perorar y lamentarse. En la introducción no hay acción alguna. Si la introducción no es tan impertinente y extraña, es tan ociosa como el *Canto á Teresa*. Pero en el canto I, fundamento del poema todo, es donde se nota, de modo lastimoso, la vanidad de los poderes sobrenaturales, por cuya energía ha de desarrollarse la acción toda del poema.

La verdad estética es una, y la verdad científica, lógica y real, es otra; pero una de las dos es indispensable. Para un poema basta la verdad estética. En la vida real, no creeremos en brujas, tal vez seremos tan escépticos que no

creamos en diablos; pero nos basta saber que en diablos y en brujas creen ó han creído muchos hombres, para que tenga verosimilitud, interés y consistencia la transformación de Fausto de mozo en viejo, merced al diablo y á la bebida mágica que la bruja le propina. Sin creer en milagros de santos en una historia, el más volteriano aceptará los milagros de santos en un poema. Sin dar fe á las hadas, nos deleitaremos con cuentos de hadas. Sin ser ya gentiles, aceptaremos todos los prodigios de los dioses del Olimpo, como los refiere Homero. Hasta la monstruosa mitología india tiene consistencia y eficacia en el *Ramayana* y en el *Mahabarata*. En la acción de un poema puede intervenir todo esto, sin que la acción se desvanezca y como se evapore. Lo que sí desvanece y destruye la acción es la mera alegoría. Pase cuando el poema todo es alegórico, como una loa y como muchos autos sacramentales. Pero cuando el poema quiere ser viva representación de la realidad, no puede ni debe fundarse en mera alegoría. ¿Cómo saltar á la vida real, representada artísticamente, por obra y gracia de una figura retórica? Don Pablo no se transforma de viejo en mozo, y de mortal en inmortal, ni por medio de brujas, ni por medio de hadas, ni en virtud de la portentosa operación de diablos, de genios ó de dioses conocidos, sino porque dos figuras retóricas, la Muerte y la Inmortalidad, se le aparecen en sueños personificadas, y él elige la Inmortalidad. Estos fantasmas vanos no ejercen poder alguno. La voluntad de don Pablo es el único poder sobrenatural, cuando opta entre los dos fantasmas y lo que representan, y, apenas opta y elige, logra lo que ha elegido. Ni se diga que esto es muy profundo, que esto es muy filosófico, que esto significa que la voluntad humana es la grande y verdadera diosa, taumaturga, hacedera de prodigios; porque, aun dando de barato que Espronceda tuvo tal pensamiento, el pensamiento será muy hondo, pero deja de manifestarse con la suficiente virtud poética para que veamos tan claro el milagro del remozamiento como, por ejemplo, en Fausto. Así es que, al saltar del canto I al canto III, ó hacemos un esfuerzo para olvidar el prodigio inverosímil del remozamiento, y tomar á Adán por un mozo sin experiencia y por ser vivo, ó seguimos viendo en él un vano capricho de la fantasía, que casi se evapora, y no tiene, ni con mucho, la personalidad de Fausto ó de Ashavero.

De todos modos, *El Diablo Mundo* es, hasta aquí, de una elevadísima poesía. Desde el tercer canto hasta el final de lo que Espronceda dejó escrito, la obra, por el asunto, decae demasiado; es, como novela de costumbres contemporáneas, algo en el género de las de Eugenio Sué (1), donde figuran presidiarios, bandidos, rameras y otra gente menuda y perdida; donde son los principales lugares de la escena, cárceles, tabernas y lupanares; donde se habla mucho en *caló* y se dan lecciones dignas de darse en este lenguaje, y donde se

(1) No puede decirse, sin embargo, como afirma el P. Blanco García, demostrando en esto una ignorancia enorme, que Espronceda se inspirase, al trazar ciertos cuadros de *El Diablo Mundo*, en los novelones de tendencia socialista «que por entonces» publicaba Eugenio Sué. Por entonces Sué sólo había escrito algunas novelas de costumbres marítimas. *Los Misterios de París* y *El Judío Errante*, que son las obras á que hace referencia el seudocrítico, vieron la luz: la primera, á fines de 1842, y la segunda, en 1844, cuando ya había fallecido Espronceda.—*(N. del A.)*

cuentan robos y otras cosas por el estilo. Hay, sin embargo, en estos cuatro últimos cantos trozos bellísimos, aisladamente considerados: así, la pintura de Adán al aparecer convertido en mozo; la de su primera unión amorosa con la Salada, el mejor tipo de mujer que ha creado el poeta; todo el diálogo de la Salada y de Adán en la habitación de aquélla, cuando Adán la refiere el sueño que ha tenido; y no pequeña parte de la descripción del palacio de la condesa de Alcira. La desesperación de la Salada al darse cuenta la infeliz de su villana condición; su angustia y su pasión frenética, llegan al alma del que escuche estos lastimados gritos:

«Jamás, jamás, Adán, nunca hasta ahora
mi bajeza en el mundo he conocido;
mi corazón, que desgarrado llora,
tan amargo dolor nunca ha sentido.

¡Oh! ¿Qué me da mi condición villana,
despreciable mujer, juguete vil,
arrojada en el mundo una mañana
cuando la luz entre miserias vi;

cuando entre bosques que el viajante ignora
mi madre moribunda me parió,
nacida al mundo en maldecida hora,
fruto podrido, hija de un ladrón?

¿Sabes, Adán, lo que le guarda el mundo
á la que nace como yo nací?
En una cárcel un rincón inmundo,
y un hospital quizá donde morir.

Una belleza, infame mercancía,
que una pobre mujer por oro trueca,
y, gozando en su propia villanía,
un corazón que el infortunio seca.

Y en pecado y vergüenza concebida,
y en la frente el escándalo, marchar
á abrirse campo en su azarosa vida
con lucha eterna é incesante afán.

¡Miserable de mí! ¡Yo había vivido
contenta con mi orgullo en mi bajeza!
Tú no lo sabes; pero tú has herido
un alma, en fin, que á comprenderse empieza.

Tú, Adán mío, sin querer has hecho
pedazos mi amargado corazón,
perdida ya la que guardó mi pecho
ilusión dulce de un dichoso amor.

¡Oh! ¡Ven acá te estreche entre mis brazos;
déjame en mi dolor llorar así;
fueran, Adán, eternos estos lazos,
y yo llorara en mi aflicción feliz!

¡Déjame que te bese con locura,
déjame que té apriete el corazón!
No sé qué voz secreta en mi amargura,
Adán, me dice que á perderte voy.

¡Perderte! Y ¡para siempre! Y yo, que nada
quiero ya sino á ti, ¡voy á perderte!
Déjame así morir; así abrazada
muriendo yo, bendeciré mi muerte!

Mira, Adán mío, alma de mi vida,
yo no soy más que una infeliz mujer
pobre en el mundo, una mujer perdida,
con sólo desventuras que ofrecer.

No tengo nada; ¡pero te amo tanto!
¡Tengo un tesoro para ti de amor!
¡Oh! No me dejes, muévate mi llanto,
muévate mi afligido corazón.

¡Oh! No me dejes, y pues ansías oro
y dichas que no alcanzo á darte yo,
el mundo te prodigue su tesoro,
y yo, tu esclava, te daré mi amor.

Yo sufriré en silencio tus desvíos;
yo, tu criada, partiré tu pan;
y una mirada de esos ojos míos
hará mi dicha, premiará mi afán.»

*El Diablo Mundo,* además, está lleno de digresiones y de disertaciones y genialidades que interrumpen la narración, y en cierto modo la adornan y sazonan. También en estas digresiones hay, á veces, no poco que alabar. Ya son graciosos epigramas, ya discursos semicómicos, ya pensamientos ó meditaciones de alto vuelo. Los chistes y la gracia abundan allí, como, por ejemplo, en aquel adiós que da el poeta á la juventud y los amores, cuando advierte, una mañana al afeitarse, que tiene ya muchas canas. Hoy, al leer esas estrofas, se ve que la jovialidad, la naturalidad y la ternura de la escuela de Campoamor las bebió el autor de las *Doloras* en los manantiales de Espronceda. Los sentimentalismos suaves, las filosofías ligeras, las voluptuosidades embozadas en platonismo, y el estilo insinuante y blandamente sentencioso del gran Campoamor, no hubo de inventarlos él: ya están en estas áureas rimas con que comienza el canto III de *El Diablo Mundo:*

«¡Cuán fugaces los años,
¡ay!, se deslizan, Póstumo!», gritaba
el lírico latino, que sentía
cómo el tiempo crüel le envejecía
y el ánimo y las fuerzas le robaba.
Y es triste, á la verdad, ver cómo huyen
para siempre las horas, y con ellas

las dulces esperanzas que destruyen
sin escuchar jamás nuestras querellas.
¡Fatalidad! ¡Fatalidad impía!
Pasa la juventud, la vejez viene,
y nuestro pie, que nunca se detiene,
recto camina hacia la tumba fría.

Así yo meditaba
en tanto me afeitaba
esta mañana misma, lamentando
cómo mi negra cabellera riza,
seca ya, como cálida ceniza
iba por varias partes blanqueando;
y un triste adiós mi corazón sentido
daba á mi juventud, mientras la historia
corría mi memoria
del tiempo alegre por mi mal perdido,
y un doliente gemido
mi dolor tributaba á mis cabellos
que canos se teñían,
pensando que ya nunca volverían
hermosas manos á jugar con ellos.

¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!
Perdonad, hombres graves, mi locura,
vosotros, los que veis sin amargura,
como cosa corriente,
que siga un año al año antecedente,
y nunca os rebeláis contra el destino.
¡Oh! Será un desatino;

mas yo no me resigno á hallarme viejo
al mirarme al espejo,
y la razón averiguar quisiera
que en este nuestro mundo misterioso,
sin encontrar reposo,
nos obliga á viajar de esta manera.
Y luego las mujeres todavía
son mi dulce manía;
ellas la senda de ásperos abrojos
de la vida suavizan y coloran,
y á las mujeres los llorosos ojos
y los cabellos blancos no enamoran.

*¡Griegos liceos! Célebres hospicios*
(exclamaba también Lope de Vega,
llorando la vejez de su sotana)
*que apenas de haber sido dais indicios,*
si moristeis del tiempo en la refriega
y ejemplo sois de la locura humana,
¡ah, no es extraño que el que á treinta llega
llegue á encontrarse la cabeza cana!

¡Adiós, amores, juventud, placeres;
adiós, vosotras, las de hermosos ojos,
hechiceras mujeres,
que en vuestros labios rojos
brindáis amor al alma enamorada!
¡Dichoso el que suspira,
y oye de vuestra boca regalada
siquiera una dulcísima mentira
en vuestro aliento mágico bañada!
¡Ah, para siempre adiós! Mi pecho llora
al deciros adiós: ¡ilusión vana!
Mi tierno corazón siempre os adora;
mas mi cabeza se me vuelve cana.» (1).

En suma: *El Diablo Mundo,* producción en su título pretenciosa y en su pensamiento metafísica con exceso, es, en su ejecución y desarrollo, un poema tan de veras poético, tan espontáneo, tan vario en estilo y en cuadros, tan rico en tesoros de versificación, tan pródigo en interesantes episodios—todo él no es, en realidad, más que una serie de episodios—, que sólo quien esté dotado de un alma de hielo y de un entendimiento de pedante, podrá resistir á la poderosa magia con que los sentidos fascina.

Al aparecer *El Diablo Mundo,* el público de aquella época aplaudió los cuadros pintorescos y las estrofas brillantísimas, pero sin darse exacta cuenta del pensamiento filosófico que la obra encerraba. Verdad es que los contemporáneos del inmortal poeta no «distinguían de colores». Le celebraban, eso sí; pero instintivamente, á la buena de Dios, pasmados ante la belleza de sus creaciones deslumbrantes, arrullados por la blanda música de aquellas octavas que el poeta, en són de dulce cantilena, solía recitar en los salones después de haber dado sus primicias á la gente maleante del *Parnasillo* bullicioso. La crítica docta no acertó á ver en Espronceda al águila potente que en la lírica tenía la misma magnitud que el duque de Rivas en la escena, y que entre la multitud de medianías que siempre le rodeaban, fué el poeta que sintió más hondo y pensó más alto. El mismo D. Alberto Lista, que le profesaba tanto afecto, y que le pegó más de una vez con el incensario en las narices, no comprendió á Espronceda. El insigne Larra falleció antes de que Espronceda publicase la colección de sus *Poesías,* y la única vez que le mentó fué para censurarle su comedia *Ni el tío ni el sobrino,* que se había estrenado por entonces en el teatro de la Cruz. Zorrilla, al hacer su colección, tiene un prologuista digno de él, pues Pastor Díaz es alguien... En cambio, Espronceda sale al campo con un lindo par de protectores que han de resultar, andando el tiem-

(1) El dolor que produce al afligido vate su canicie precoz es insincero, y responde á una coquetería que hay que disculparle y absolverle. *Un año después* de la publicación de *El Diablo Mundo,* vió Escosura á Espronceda, al pasar éste por París, de vuelta de La Haya, y da de él estos detalles: «Fué aquélla la vez postrera que mis brazos le estrecharon y que mis ojos le vieron. Su hora suprema se acercaba veloz; el ángel de la muerte tenía ya levantada sobre aquella hermosa cabeza, cuyo magnífico cabello *todavía no matizaba una sola cana,* la segur inexorable, de que todos hemos de ser víctimas.»—*(N. del A.)*

po, sus protegidos. Ven la luz sus *Poesías* llevando un prólogo ridículo de un tal García Villalta. Sale el poema *El Diablo Mundo* con un prefacio pedantesco de Antonio Ros de Olano, que fué más tarde un «modernista» de temperamento original, pero que aún no era otra cosa que un excelente militar aficionado á la literatura. Este mismo señor colaboró con él en la comedia fracasada *Ni el tío ni el sobrino;* colaboración que, al fin y al cabo, se explica mejor que aquella otra, más inverosímil, que engendró el drama titulado *Amor venga sus agravios,* estrenado en el Príncipe, y original del gran poeta y... ¡de un señor Moreno López!...

Y luego, el buen público era tan democrático, que no admitía en literatura clases ni jerarquías. Una vez, la Asociación Literaria de Granada dispuso una velada esplendorosa y solemnísima en loor de Espronceda... y Santos Alvarez, y ambos compartieron por igual aplausos y laureles, siendo nombrados uno y otro socios beneméritos, y aclamados los dos como unos príncipes después de haber leído el gran poeta trozos de su leyenda *El estudiante,* inédita aún, y el otro unas coplas tan pedestres como todas las suyas. El mismo Espronceda, que era el hombre más modesto del mundo, no se tenía por superior á aquel enjambre de poetillas que vivían á su sombra, que participaban de su hacienda, y entre los cuales hasta hubo quien, en los dramas amorosos del pobre poeta, hizo el papel de Yago. Siguiendo la moda de aquel tiempo, prodigaba Espronceda los epígrafes al frente de sus composiciones, y por efecto de esta práctica, ¡qué esfuerzos no han debido de emplearse por el portero de la Gloria para evitar que Santos Alvarez, cosido á los faldones de Espronceda, se colase en el templo consabido vociferando como un loco:

«¡Bueno es el mundo! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!»

Merced á estas «malas compañías», que no regateaban á Espronceda la capitanía del grupo ó «partida del trueno», ni el honor de pagar el gasto hecho en las mesas del *Parnasillo,* pero que en las letras se juzgaban iguales á él (1), ha quedado en la Historia el gran poeta como el tipo perfecto del bohemio vicioso y estragado. Á esta leyenda dieron pábulo sus primeros biógrafos. Cuando un amigo cariñoso publicó la primera biografía, ¡qué bien muerto estaba el que yacía en su pobre y olvidado nicho del cementerio de San Nicolás!... ¡Qué bien muerto estaba el gran poeta cuando aquel día no despertó para maldecir á sus biógrafos y repetir la carcajada con la que un día acabó, insensato, su *Canto á Teresa!* Aquel retrato que los necios encontraban hermoso, no era, ciertamente, el suyo... No fué él en el mundo, por donde pasó como un relámpago que ilumina un instante la vasta tormenta, un Montemar aborrecible. ¡Montemar él, que, lejos de matar á Elvira, estuvo á dos pasos de que Elvira le echase á la fosa!... No era el Montemar de su leyenda, como decía Ferrer del Río. Era sencillamente un hombre, mezcla de cualidades contrapuestas,

(1) De tal modo, que Alvarez, después de la muerte de Espronceda, quiso continuar *El Diablo Mundo;* desvariado propósito que su habitual desidia le impidió realizar.—*(N. del A.)*

ayuno de sentido práctico, y juguete, como él mismo dice, de sus pasiones... Apasionado por instinto; valiente por vanidad; bondadoso de sentimientos; débil de razón; imprevisor por carácter; supersticioso cuando piensa; humanitario cuando escribe; escéptico cuando habla; ligero aun en las cosas más serias y más graves; liberal con exceso en la amistad; demasiado déspota en amor; delicado como una señorita; fuerte como un hombre; franco hasta la indiscreción; servicial sin discernimiento; vagabundo de cuerpo y de alma; cosmopolita por gusto; patriota de opinión; rico en ilusiones y en caprichos; pobre de cordura y de esperanza, y más hipócrita del vicio y de la impiedad que impío y vicioso realmente: así era el hombre sugestivo que se llamó José de Espronceda, y que en los años borrascosos de 1834 á 1842 llenó á Madrid con el estruendo de sus poesías de circunstancias, de sus campañas de periódico, de su epopeya de teniente de la Milicia Nacional, de sus discursos en las Cortes, de su *Diablo Mundo* por entregas, de sus lances de amor y de política y de sus blasfemias y sarcasmos, que salían de una boca desdeñosa, medio oculta entre un fino bigote y una larga perilla...

Polígrafo, como casi todos los escritores de su tiempo, cultiva el drama, la comedia, la novela, la lírica, la sátira política y social; y lo cultiva todo, si no con estricta sujeción á los cánones, con espontaneidad que subyuga y que hace que se le absuelvan sus desbarros. Y en la lírica, á la que libertó para después avasallarla, su lira, más que lira, es orquesta, en cuyos sonidos, ora tétricos, ora suaves, ya desgarradores, ya dulcísimos, ya melancólicos, ya alegres, recoge el poeta todas las palpitaciones del alma y todos los ecos de las catástrofes, de los dolores, de las dudas, de los atrevimientos y de las esperanzas del siglo. En sus versos esplendorosos se ve el oleaje infinito de aquella inspiración oceánica que se desata, rueda, choca, resuena, llora y ruge como un mar azotado por las tormentas. La Musa soberana del poeta, vestida de púrpura, con la frente coronada de rayos, con los pies hundidos en la abrasadora ceniza de devastador incendio, es la amazona de un ideal de libertad y de justicia que el poeta entrevió, y que tal vez no tendrá nunca una completa aplicación sino en los dominios de la idea...

La revolución literaria hecha con todos nuestros instintos poéticos, como la revolución política se hizo con todas nuestras necesidades sociales, triunfa, sobre todo, por él; sobre todo, en él; ó, mejor dicho, triunfa por él solo. Pero la revolución literaria se paraleliza con la revolución política, y Espronceda, como tantos otros, esgrime, iracundo, la «espada del canto». Por eso no es posible analizar su producción artística sin separar el oro del oropel, sin echar á un lado, sobre todo, los elementos extraños al arte que á aquella producción se mezclaron, haciéndola ser alternativamente admirada y vilipendiada por los partidos más hostiles entre sí y por las escuelas más diversas. Á los que, siendo librepensadores en religión y revolucionarios en política, admiren tal cuadro de Espronceda porque en él se pinta el sensualismo de un hombre de sotana, ó cuáles estrofas porque en ellas ruja la pasión política ó se escupa al déspota en la cara, sería en vano decirles que el poeta, cuando se metía á pre-

dicador, no sentía su papel y resultaba inferior á sí mismo. ¿Cómo persuadir, por otra parte, á un ultramontano empedernido, de que Espronceda no es un diablo con rabo y pezuñas? ¿Cómo convencer á un reaccionario de que el poeta de *El verdugo,* al decir en generoso arranque:

«Al que á muerte condena, le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?»,

no es un demagogo, un anarquista, una especie de ciudadano Nerón, con el cabello aborrascado y la garganta en carne viva á fuerza de dar voces? No es de los más intransigentes, en calidad de ultramontano, el historiador Blanco García. Y, sin embargo, al aplaudir «el soberano ingenio con que enriqueció Dios al poeta», no lo hace sino «separándolo del lado con que él lo manchó, poniéndolo al servicio de malas causas y de torpes ideales». Estos «torpes ideales»—¡válganos Dios, qué miedo!—fueron los del partido progresista; y el pecado gordo de Espronceda, por el que se le lanza al purgatorio, fué el de aspirar á establecer en la vida pública española estas ficciones de libertad, con las que durante tanto tiempo nos hemos distraído, y que aun á estas horas los Gobiernos pretenden quitarnos...

No entra nada de esto en la jurisdicción de la crítica. Para ésta, Espronceda, cualquiera que sea su partido político ó su escuela literaria, es grande y excelso porque es artista, y artista humano y profundamente religioso; porque, en medio de una edad positivista, idólatra del oro y sometida á la brutalidad del éxito, sabe derramar sobre nuestras almas agostadas la benéfica lluvia del ideal. Soñador impenitente, su ilusión es bella, su profecía es consoladora. Herido por los abrojos de la senda obscura, hundiendo en la nieve de las cumbres su planta, pidiendo á un poder desconocido la luz redentora, fijos los ojos en la altura, y, semejante al héroe de la poesía de Longfellow, *¡Excelsior!, ¡Excelsior!,* va gritando, como si aspirase á conseguir los galardones del afán terrestre y el perdón prometido á los que amaron mucho, en otras regiones más felices...

ANTONIO CORTÓN.

# EL BURLADOR DE SALAMANCA

Leyenda lírica de José de Espronceda, adaptada á la escena en dos actos.

## OVERTURA

(El telón se levanta antes de terminar la música. Los últimos compases se combinan con el fragor de un terrible huracán.)

## ACTO PRIMERO

### CUADRO PRIMERO

**La casa de juego.**

Habitación sombría, pobremente amueblada, cuyas paredes están ennegrecidas por el humo. En el centro de la estancia, una gran mesa de pino, pintada de color obscuro, en torno de la cual están sentados seis hombres que juegan á los naipes. En medio de la mesa, un gran velón encendido de cuatro mecheros. Puerta de entrada en el fondo. A la derecha, postigo que abre paso á las habitaciones interiores. A la derecha también, ventana con vidrios de colores.

### ESCENA PRIMERA

JUGADORES 1.°, 2.°, 3.° y 4.°

JUGADOR 1.° El caballo aún no ha salido.
JUGADOR 2.° ¿Qué carta vino?
JUGADOR 1.° ¡La sota!
JUGADOR 2.° Pues, ¡por poco se alborota!
JUGADOR 1.° (Con rabia.)
¡Un caudal llevo perdido!
¡Voto á Cristo!...
JUGADOR 2.° ¡No juréis,
que aún no estáis en la agonía!
JUGADOR 1.° ¡No hay suerte como la mía!
JUGADOR 2.° Y... ¿como cuánto perdéis?...
JUGADOR 1.° ¡Mil escudos, y el dinero
que don Félix me entregó!...
JUGADOR 2.° ¿Dónde anda?
JUGADOR 1.° ¡Qué sé yó!...
No tardará...
JUGADOR 3.° ¡Envido!
JUGADOR 1.° ¡Quiero!
JUGADOR 4.° * Y ese don Félix, ¿quién es?
JUGADOR 1.° * ¿No lo sabéis?
JUGADOR 4.° ¡No, por cierto!
JUGADOR 1.° * Pues que os guardéis, os advierto,
* del escolar cordobés.
Segundo don Juan Tenorio,
alma fiera é insolente,
irreligioso y valiente,
altanero y reñidor;

siempre el insulto en los ojos,
en los labios la ironía,
nada teme, y todo fía
de su espada y su valor.
Corazón gastado, mofa
de la mujer que corteja,
y hoy, despreciándola, deja
la que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca,
ni recuerda en lo pasado
la mujer que ha abandonado
ni el dinero que perdió.
Ni vió el fantasma entre sueños
del que mató en desafío,
ni turbó jamás su brío
recelosa previsión.
Siempre en lances y en amores,
siempre en báquicas orgías,
mezcla en palabras impías
un chiste á una maldición.
En Salamanca, famoso
por su vida y buen talante,
al atrevido estudiante
le señalan entre mil.
Fueros le da su osadía,
le disculpan su riqueza,
su generosa nobleza,
su hermosura varonil.
Que su arrogancia y sus vicios,
caballeresca apostura,
agilidad y bravura,
ninguno alcanza á igualar:
¡que hasta en sus crímenes mismos,
en su impiedad y altiveza,
pone un sello de grandeza
don Félix de Montemar!

## ESCENA II

Dichos y DON FÉLIX, á quien acompaña su criado CAMACHO. DON FÉLIX, joven de airoso porte, entra con arrogancia; lleva levantada el ala del sombrero, y apoya la mano izquierda en el pomo de la espada.

JUGADOR 1.° (Á don Félix.)
Don Félix. ¡Á buena hora
habéis llegado!
DON FÉLIX. ¿Perdisteis?
JUGADOR 1.° El dinero que me disteis
y esta bolsa pecadora.
(Mostrándole una.)
JUGADOR 2.° Don Félix de Montemar
debe perder. ¡El amor

le negara su favor
cuando le viera ganar!

DON FÉLIX. (Con desdén.)
Necesito ahora dinero,
y estoy hastiado de amores.
(Al corro, con altivez, quitándose una cadena que lleva al pecho.)
¡Dos mil ducados, señores,
por esta cadena quiero!

JUGADOR 3.° ¡Alta ponéis la tarifa!

DON FÉLIX. (Con altivez.)
La pongo en lo que merece.
Si otra duda se os ofrece,
decid...
(Al corro.)
¡Se vende y se rifa!

JUGADOR 4.° (Aparte.)
¿Y hay quien sufra tal afrenta?

DON FÉLIX. Entre cinco están hallados.
A cuatrocientos ducados
os toca, según mi cuenta.
Al as de oros. Allá va.
(Va echando cartas, que toman los jugadores en silencio.)
Uno, dos...
(Al perdidoso.)
Con vos no cuento.

JUGADOR 1.° ¡Por el motivo lo siento!

JUGADOR 3.° ¡El as! ¡El as! ¡Aquí está!

JUGADOR 1.° Ya ganó.

DON FÉLIX. (Al jugador 3.°)
¡Suerte tenéis!...
¡Á un solo golpe de dados
tiro los dos mil ducados!

JUGADOR 3.° ¿En un golpe?

JUGADOR 1.° (A don Félix.)
¡Los perdéis!

DON FÉLIX. ¡Perdida tengo yo el alma
y no me importa un ardite!...

JUGADOR 3.° Tirad.

DON FÉLIX. Al primer envite.

JUGADOR 3.° (Con impaciencia.)
¡Tirad pronto!

DON FÉLIX. ¡Tened calma,
que os juego más todavía,
y en cien onzas hago el trato,
y os lleváis este retrato
con marco de pedrería.
(Saca un retrato del bolsillo.)

JUGADOR 3.° ¿En cien onzas?

DON FÉLIX. ¿Qué dudáis?...

JUGADOR 1.° (Tomando el retrato.)
¡Hermosa mujer!...

JUGADOR 4.° No es caro.

DON FÉLIX. ¿Queréis pararlas?

JUGADOR 3.° Las paro.
Más ganaré.
DON FÉLIX. Si ganáis,
(Se registra todo.)
no tengo otra joya aquí.
JUGADOR 1.° (Siguiendo en su contemplación del retrato.)
¡Si esta imagen respirara!
DON FÉLIX. A estar aquí, la jugara
á ella, al retrato y á mí.
JUGADOR 3.° Vengan los dados.
DON FÉLIX. Tirad.
JUGADOR 2.° Por don Félix cien ducados.
JUGADOR 4.° ¡En contra van apostados!
JUGADOR 5.° ¡Cincuenta más! ¡Esperad!
¡No tiréis!...
JUGADOR 2.° ¡Van los cincuenta!
JUGADOR 1.° Yo, sin blanca, á Dios le ruego
por don Félix.
JUGADOR 5.° Hecho el juego.
JUGADOR 3.° ¿Tiro?
DON FÉLIX. (Colérico.)
¡Tirad, con sesenta
de á caballo!
(Todos se agrupan con ansiedad alrededor de la mesa. El tercer jugador tira los dados.)
JUGADOR 4.° ¿Qué ha salido?
JUGADOR 2.° ¡Mil demonios, que á los dos
nos lleven!
DON FÉLIX. (Al jugador 1.°, con calma.)
¡Bien, vive Dios,
vuestros ruegos me han valido!
Encomendadme otra vez,
don Juan, al diablo; no sea
que, si os oye Dios, me vea
cautivo y esclavo en Fez.
JUGADOR 3.° Don Félix, habéis perdido
sólo el marco, no el retrato,
que, entrar la dama en el trato,
vuestra intención no habrá sido.
DON FÉLIX. ¿Cuánto dierais por la dama?
JUGADOR 3.° ¡Yo la vida!
DON FÉLIX. No la quiero.
Mirad si me dais dinero,
y os la lleváis.
JUGADOR 3.° ¡Buena fama
lograréis entre las bellas,
cuando descubran altivas
que vos las hacéis cautivas
para en seguida vendellas!
DON FÉLIX. Eso á vos no importa nada.
¿Queréis la dama?... ¡Os la vendo!
JUGADOR 3.° Yo de pinturas no entiendo.
DON FÉLIX. (Colérico.) Vos habláis con demasiada

altivez é irreverencia
de una mujer, y si no...

JUGADOR 3.° De la pintura hablé yo.

TODOS. ¡Vamos, paz! ¡No haya pendencia!...

DON FÉLIX. (Sosegado.)
Sobre mi palabra os juego
mil escudos.

JUGADOR 3.° Van tirados.

DON FÉLIX. ¡Á otra suerte de esos dados,
y el diablo les prenda fuego!

## ESCENA III

Dichos y DON DIEGO DE PASTRANA, que entra embozado y con el sombrero hasta las cejas. Sin saludar á nadie, se dirige á don Félix, y clava en él los ojos.

DON FÉLIX. (Á don Diego, irónicamente.)
Buen hombre, ¿de qué tapiz
se ha escapado—el que se tapa—,
que entre el sombrero y la capa
se os ve apenas la nariz?

DON DIEGO. ¡Bien, don Félix, cuadra en vos
esa insolencia importuna!

DON FÉLIX. (Al jugador 3.°, sin hacer caso de don Diego.)
Perdisteis.

JUGADOR 3.° Sí, la fortuna
se trocó; tiro y van dos.
(Vuelven á tirar.)

DON FÉLIX. ¡Gané otra vez!
(Al embozado.)
No he entendido
qué dijisteis, ni hice aprecio
de si hablasteis blando ó recio
cuando me habéis respondido.

DON DIEGO. Á solas hablar quería.

DON FÉLIX. Podéis, si os place, empezar;
que por vos no he de dejar
tan honrosa compañía.
Y si Dios aquí os envía
para hacer mi conversión,
no despreciéis la ocasión
de convertir tanta gente,
mientras que yo, humildemente,
aguardo mi absolución.

DON DIEGO. (Desembozándose con ira.)
Don Félix, ¿no conocéis
á don Diego de Pastrana?

DON FÉLIX. A vos, no; mas sí á una hermana
que imagino que tenéis.

DON DIEGO. ¿Y no sabéis que murió?

DON FÉLIX. ¡Téngala Dios en su gloria!

DON DIEGO. Pienso que sabéis su historia,
y quién fué el que la mató...

DON FÉLIX. (Con sarcasmo.)
¡Quizá alguna calentura!
DON DIEGO. (Fuera de sí.)
¡Mentís vos!
DON FÉLIX. Calma, don Diego,
que si vos os morís luego,
es tanta mi desventura,
que aun me lo habrán de achacar,
y es en vano ese despecho.
Si se murió, á lo hecho, pecho;
¡ya no ha de resucitar!
DON DIEGO. Os estoy mirando, y dudo
si habré de manchar mi espada
con esa sangre malvada,
ó echaros al cuello un nudo
con mis manos, y, con mengua,
en vez de desafiaros,
el corazón arrancaros
y patearos la lengua.
Que un alma, una vida, es
satisfacción muy ligera,
y os diera mil si pudiera,
y os las quitara después.
Jugo á mi labio han de dar
abiertas todas tus venas,
que toda tu sangre apenas
basta mi sed á calmar.
¡Villano!
(Saca la espada; todos los jugadores y Camacho, que desde su entrada ha estado hablando con el jugador 6.°, se interponen.)
TODOS. ¡Fuera de aquí
á armar quimera!
DON FÉLIX. (Levantándose con calma.)
Tened,
don Diego, la espada, y ved
que estoy yo muy sobre mí,
y que me contengo mucho,
no sé por qué, pues tan frío,
en mi colérico brío,
vuestras injurias escucho.
DON DIEGO. (Con furor reconcentrado y conservando la espada desnuda.)
Salid de aquí, que á fe mía
que estoy resuelto á mataros,
y no alcanzará á libraros
la misma Virgen María.
Y es tan cierta mi intención,
tan resuelta está mi alma,
que hasta mi cólera calma
mi firme resolución.
¡Venid conmigo!
DON FÉLIX. Allá voy.
Pero si os mato, don Diego,
que no me venga otro luego

á pedirme cuenta. Soy
con vos al punto. Esperad
cuente el dinero... Uno..., dos:
¡son mis ganancias!
(Á don Diego.) Por vos
pierdo aquí una cantidad
considerable de oro
que iba á ganar... Y ¿por qué?...
Diez, quince... ¡Por no sé qué
cuento de amor!... ¡Un tesoro
perdido!... Voy al momento...
¡Es un puro disparate
empeñaros en que os mate!...
Lo digo como lo siento.

DON DIEGO. ¡Remiso andáis, y cobarde,
y hablador en demasía!

DON FÉLIX. ¡Don Diego! ¡Más sangre fría!
¡Para reñir nunca es tarde!
Y si aún fuera otro el asunto,
yo os perdonara la prisa;
pidierais vos una misa
por la difunta, y, al punto...

DON DIEGO. ¡Mal caballero!

DON FÉLIX. Don Diego,
mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa;
la vi, me amó, creció el fuego,
se murió... ¡No es culpa mía!
Y admiro vuestro candor,
que no se mueren de amor
las mujeres de hoy en día.

DON DIEGO. ¿Estáis pronto?

DON FÉLIX. Están contados.
(Sonriéndose.)
Vamos andando.

DON DIEGO. (Con voz solemne.) ¿Os reís?
¡Pensad que á morir venís! (Sale.)

DON FÉLIX. (Saliendo tras de don Diego, y embolsándose el dinero con indiferencia.)
Son mil trescientos ducados.

## ESCENA IV

Dichos, menos DON DIEGO, DON FÉLIX y CAMACHO.

JUGADOR 1.° Este don Diego de Pastrana
es un hombre decidido.
¡Desde Flandes ha venido
sólo á vengar á su hermana!

JUGADOR 2.° ¡Pues no ha hecho mal disparate!
Me da el corazón su muerte.

JUGADOR 3.° ¿Quién sabe? Acaso la suerte...

JUGADOR 4.° ¡Me alegraré que lo mate!

TELÓN RÁPIDO

## INTERMEDIO MUSICAL

### CUADRO SEGUNDO

**La aparición.**

La decoración representa la calle del Ataúd, estrecha y alta, y una pequeña plaza á la derecha. Adosada á uno de los muros de la calle, se ve una imagen de Cristo, alumbrada por un farolito de aceite. Es la una de la madrugada.

### ESCENA PRIMERA

Salen DON FÉLIX y CAMACHO: aquél, arrogante y sereno, llevando aún la espada desnuda en la mano; éste, medroso y mirando con recelo á todas partes.

CAMACHO. * ¡Buena la hais hecho, señor!
* Dísteisle en la misma cruz
* de Santiago, que llevaba
* en el pecho; pero aún
* creí ver que su cadáver
* se levantó así...
(Irguiéndose.)
¡Jesús!
(Santiguándose ante la imagen.)
* ¡Calle fatal y medrosa
* la calle del Ataúd!...
* ¡Señor!... ¡El muerto!... ¡Que viene!...
* ¡Corred, por Dios!

DON FÉLIX. Corre tú,
* si serenidad te falta
* para seguirme.

CAMACHO. (Cómicamente.)
¡Según!
* ¡Yo de vos no me separo!
* ¡Ay, que se apaga la luz!
(La luz del farol vacila, y acaba por extinguirse.)
* ¡Vámonos! ¡Cielos!... ¡Un duende!...

DON FÉLIX. * ¡Camacho, por Belcebú!

CAMACHO. * ¡¡No le nombréis, señor!!

DON FÉLIX. ¡Calma
* tu ridícula inquietud!

CAMACHO. * ¡Una sombra se aproxima!

DON FÉLIX. * ¡Una sombra! Será algún
* perro que quiere embromarte.

CAMACHO. * No, señor. ¡Por mi salud,
* que ya antes la vi y no dije
* nada! ¡Escuchad el run... run!
* Os juro que un enlutado
* á mi lado
pasó,
* tan guardado
* y embozado,
* que su rostro

* me ocultó.
Se desliza
y atraviesa
junto al muro
de una iglesia,
y en la sombra
se perdió.
* Mas, ¿qué digo?...
* ¡Vuelve!... ¡Vedle!...
* ¡Detenedle!...
* ¡Por allá viene, señor!
(Ocúltase con miedo tras de don Félix )

## ESCENA II

Dichos, coros de sombras y TEODORA.

**Voz de Teodora.** Hojas del árbol caídas,
juguete del viento son;
las ilusiones perdidas,
¡ay!, ¡son hojas desprendidas
del árbol del corazón!

DON FÉLIX. ¿Qué rumor
lejos suena,
que el silencio
en la serena,
negra noche interrumpió?

CAMACHO. Densa niebla
cubre el cielo,
y de espíritus
se puebla
vaporosos y sin cuento.

CORO 1.° (Canta.)
Nosotros, genios del mal,
aunque en nosotros no cree,
somos su Dios, condenado
nuestro influjo á obedecer.

CORO 2.° (Canta.)
Yo turbaré sus amores,
disiparé su ilusión,
atizaré sus rencores,
haré eternos sus dolores,
mal llagado el corazón.

DON FÉLIX. ¿Es del caballo la veloz carrera,
tendido en el escape volador,
ó el áspero rugir de hambrienta fiera,
ó el silbido, tal vez, del aquilón?
¿Ó el eco ronco de lejano trueno
que en las hondas cavernas retumbó,
ó el mar que amaga con su hinchado seno,
nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

CAMACHO. (Asustadísimo.)
¡Vago enjambre de vanos fantasmas

de formas diversas, de vario color,
en cabras y sierpes montados, y en cuervos,
y en palos de escobas, con sordo rumor!...
¡De cien truenos juntos retumba el fragor
en bosques, montañas, cavernas, torrentes;
quizá son del miedo los genios potentes,
que el cántico entonan de espanto y terror!

**Coros 1.° y 2.°** (Cantan.)
¿Quién calmará su dolor?
¿Quién enjugará su llanto?
¿No habrá alivio á su quebranto?
¿Nadie escucha su clamor?
¡Genios, venid, venid,
vuestro mal con el hombre á repartir!

(Aparéce Teodora, vestida de blanco y con el cabello suelto sobre la espalda, ante la imagen de Cristo, que vuelve á iluminarse. Camacho cae al suelo desvanecido.)

TEODORA. Isla yo soy de reposo
en medio el mar de la vida,
y el marinero allí olvida
la tormenta que pasó;
allí convidan al sueño
aguas puras sin murmullo;
allí se duerme al arrullo
de una brisa sin rumor.
Soy melancólico sauce
que su ramaje doliente
inclina sobre la frente
que arrugara el padecer;
y aduerme al hombre, y sus sienes
con fresco jugo rocía,
mientras el ala sombría
bate el olvido sobre él.
Soy la virgen misteriosa
de los últimos amores,
y ofrezco un lecho de flores
sin espinas ni color,
y amante doy mi cariño
sin vanidad ni falsía;
no doy placer ni alegría,
mas es eterno mi amor.

DON FÉLIX. * ¡Gallarda sombra! ¡Quién eres
* he de saber, vive Dios!

(Se acerca á Teodora, pero ésta le detiene con un ademán.)

TEODORA. * ¡Aparta!... ¡No me toques!

DON FÉLIX. * Si no eres ilusión,
* déjame que me acerque
* y hablaremos de amor.

TEODORA. * ¡No me toques! ¡Aparta!
* ¡Tu hora no llegó!...
* ¡Una hora de vida
* te queda!

DON FÉLIX. (Con indiferencia.) ¿Una? ¡Ó dos!...

* Mil veces me lo han dicho,
* pero siempre ocurrió
* que vi el aniversario.

TEODORA. * ¿No te causa terror?
* Pues ven dentro de una hora,
* que aquí tornaré yo.

(Desaparece. Don Félix queda asombrado, pero sin manifestar temor alguno.)

Coros 1.° y 2.° (Cantan.)
¿Quién calmará su dolor?
¿Quién enjugará su llanto?
¿No habrá alivio á su quebranto?
¿Nadie escucha su clamor?
¡Genios, venid, venid,
vuestro mal con el hombre á repartir!

Voz de Teodora. Hojas del árbol caídas,
juguete del viento son;
las ilusiones perdidas,
¡ay!, ¡son hojas desprendidas
del árbol del corazón!

TELÓN RÁPIDO

# ACTO SEGUNDO

## CUADRO PRIMERO

### La serenata.

A la derecha, una plaza. Á la izquierda, un pequeño jardín y la casa de Irene.

### ESCENA PRIMERA

DON FÉLIX y CAMACHO.

DON FÉLIX. * Aun tengo tres cuartos de hora
* para acudir á la cita.

CAMACHO. * ¿Pero acudiréis?

DON FÉLIX. ¡Bonita
* duda!

CAMACHO. Yo que vos, ahora,
* más que á caza de aventuras,
* señor, iría á acostarme...;
* de ánimos, ya, ni un adarme
* tengo.

DON FÉLIX. Por poco te apuras.

CAMACHO. * Pero ¿lo habéis meditado,
* señor?

DON FÉLIX. Si dispuesto estoy
* á ir á la cita, no voy
* á esperar petrificado;
* el tiempo he de entretener

* de algún modo hasta el instante
* preciso.

CAMACHO. No tengo aguante
* para oir ni para ver.
* ¡Hace ya que no me siento
* veinte horas ó cosa así!

DON FÉLIX. * Vete á la cama, que aquí
* tengo ya entretenimiento.

CAMACHO. * ¿Qué vais á hacer?

DON FÉLIX. Dar el alto
* á don Luis de Haro, que viene
* á rondar á doña Irene,
* y tomarle por asalto
* la plaza.

CAMACHO. (Tembloroso.)
¡Grano es de anís!

DON FÉLIX. * Verás cómo, sin reproche,
* me cede por esta noche
* su doña Irene don Luis.

CAMACHO. * En lides tan generosas
* huelgo yo.

DON FÉLIX. No tengas miedo.

CAMACHO. * No, señor; es que no puedo,
(Cómicamente.)
* no puedo ver ciertas cosas.
(Vase.)

## ESCENA II

DON FÉLIX, DON LUIS DE HARO y MÚSICOS.

DON FÉLIX. (Á don Luis, que entra seguido de los músicos.)
* ¿Adónde se va?

DON LUIS. ¿Quién es
* el osado que pregunta?

DON FÉLIX. * Quien tiene espada con punta.

DON LUIS. * ¡Yo le haré igual tener pies!

DON FÉLIX. * ¡Cuidad no os salga al revés!

DON LUIS. * ¡Gallardo os mostráis!

DON FÉLIX. La dama
* que venís á cortejar,
* me la tenéis que dejar
* esta noche, porque es fama,
* ó á mis oídos llegó,
* que, si vos no habéis entrado,
* otros muchos lo han logrado,
* y aspiro á lograrlo yo.

DON LUIS. * ¡Calle tu lengua!

DON FÉLIX. ¿La mía?
* Pues hable entonces la espada,
* porque ya, desenvainada,
* con el relente se enfría.
* ¡Libre el campo!

DON LUIS. (Sacando también su espada.)
¡Dueño tiene!

DON FÉLIX. (Deteniendo á los músicos, que intentaban huir.)
* ¡Eh, muchachos! ¡No os marchéis!
* ¡Fuerza es que me acompañéis
* cuando cante á doña Irene!
(Á don Luis, acometiéndole y hablando al mismo tiempo.)
* ¡Defiéndete... y en mí fía!
* ¡Retrocede!... ¡Echate aparte!
* ¡Hoy no quisiera matarte!...
* ¡Ya te mataré otro día!
(Don Luis se bate en retirada, y deja libre el campo á don Félix. Éste envaina la espada y se acerca á los músicos.)

## ESCENA III

Dichos, menos DON LUIS DE HARO.

DON FÉLIX. (Envainando la espada.)
* Lo que no se da, se quita,
* y á quien se va, no se mata.
(Á los músicos.)
* ¡Tocad una serenata,
* que tengo luego una cita!

(Cantan.)

Dueña de rubios cabellos,
tan altiva,
que creéis que basta el vellos
para que un amante viva
preso en ellos
el tiempo que vos queréis;
si tanto ingenio tenéis,
que entretenéis tres galanes,
¿cómo salieron mal hora,
mi señora,
tus afanes?
¡De cuántas mañas usabas,
diligente!
Ya tu voz al viento dabas,
ya mirabas dulcemente,
ó ya hablabas
de amor, ó dabas enojos;
y en tus engañosos ojos,
á un tiempo los tres galanes,
sin saberlo tú, leían
que mentían
tus afanes.
Ellos de ti se burlaban,
tú reías;
ellos á ti te engañaban,
y tú, mintiendo, creías
que te amaban.

Decid: ¿quién aquí engañó?
¿Quién aquí ganó ó perdió?
Sus deseos los galanes
al fin miraron cumplidos;
tú, fallidos
tus afanes.

## ESCENA IV

IRENE y DON FÉLIX.

(La reja de la casa de Irene se ha iluminado al final de la serenata anterior. Terminada ésta, don Félix hace señas á los músicos de que le dejen solo. Vanse los músicos, y sale Irene á la reja.)

IRENE. * ¿Podría yo suplicar,
* sin hacerlo en són de queja,
* á quien viene á honrar mi reja,
* que la deje ya de *honrar?*

DON FÉLIX. (Con ironía.)
* Señora, no hay caballero
* que no apetezca serviros.

IRENE. * Hablar de ello pude oiros;
* ¡gala hacéis de pregonero!...
* Pues sabedlo, aunque os asombre:
* caballero que á una dama
* á voz en grito difama,
* no merece de ello el nombre.

DON FÉLIX. * ¡Oh divina maldición!...
* ¡Os van tan bien los enojos
* cuando encienden esos ojos,
* que enojaros es razón!
* Mas, aun cuando no os convenza,
* sabed vos, Irene mía,
* que ahuyentar á quien venía
* con más miedo que vergüenza,
* á fingiros merecer
* un lugar á vuestro lado
* (que, al verlo, como hoy, sitiado,
* no sabría defender),
* poner es de manifiesto
* cuán digno de vuestro amor
* será quien tiene valor
* para llevarlo bien puesto.

IRENE. * Y ¿cómo, si así me amáis,
* podéisme ofender?

DON FÉLIX. ¿Ofensa?
* Prueba fué de lo indefensa
* que estabais. ¡Ya no lo estáis!...
* ¡Que venga á decir de vos
* alguno lo que yo dije,
* y á ver si no se le exige
* la lengua partida en dos!
* ¡Oh soberana belleza!

* ¿De qué os podría valer
* un querer que no es poder,
* un amor sin fortaleza?

IRENE. * ¡Cierto!...

DON FÉLIX. Pues si el padre soy
* de tanta tranquilidad,
* ¡dime si no es propiedad
* que te hable de tú desde hoy!

IRENE. * ¡Sois singular!

DON FÉLIX. Tú también
* eres singular por bella;
* constelación más que estrella,
* porque brillas como cien;
* y creo muy natural
* que á estas alturas, repares
* en que, con dos singulares,
* se puede hacer un plural.
(Irene se ríe.)
* Mientras todo lo que diga
* te haga lucir la blancura
* de esa hermosa dentadura,
* razón será que prosiga;
* ¡dientes hay vanidosillos,
* y galantería es,
* cuando tan blancos los ves,
* dar ocasión de lucillos!

IRENE. * ¡No os va mal tanta osadía!

DON FÉLIX. * Parecerte así, es triunfar.

IRENE. * Mas, ¿cómo crédito dar
* á tanta palabrería?

DON FÉLIX. * ¿Palabrería? ¡No á fe!
* No hay ligereza ó capricho
* en nada de lo que he dicho
* ni de lo que te diré.

IRENE. * ¡Se oyen pasos!

DON FÉLIX. Es la ronda.

IRENE. * ¡Idos, pues!

DON FÉLIX. ¡Vaya una idea!
* ¡Si quieres que no me vea
* tú debes ser quien me esconda!

IRENE. * ¡Idos, por Dios!

DON FÉLIX. No me voy.

IRENE. * ¿Qué hacéis?

DON FÉLIX. (Abriendo la reja.)
Franquear la ventana.
* Si había de entrar mañana,
* ¿cuánto más vale entrar hoy?
(Salta al interior, y penetra en la habitación de Irene.)

TELÓN RÁPIDO

## INTERMEDIO MUSICAL

### CUADRO SEGUNDO

**El entierro del burlador.**

La misma decoración del cuadro segundo del acto primero.

### ESCENA PRIMERA

DON FÉLIX; después, TEODORA.

DON FÉLIX. Dios presume asustarme. ¡Ojalá fuera,
* para mayor torpeza, el diablo mismo,
que entonces, ¡vive Dios!, quién soy supiera
el cornudo monarca del abismo!

(Al pronunciar don Félix estas palabras, aparece ante la imagen del Cristo Teodora, vestida de blanco, arrodillada, en actitud de orar. Don Félix queda unos instantes mirándola. Después se acerca á ella y procura atraer su atención.)

En vano, dueña, es callar
ni hacerme señas de no;
he resuelto que sí yo,
y os tengo de acompañar.
Y fuerais vos Satanás,
con sus llamas y sus cuernos,
hasta en los mismos infiernos,
vos delante, y yo detrás,
hemos de entrar, ¡vive Dios!,
aunque lo estorbara el cielo,
que yo he de cumplir mi anhelo
aun á despecho de vos...
Y perdonadme, señora,
si hay en mi empeño osadía,
mas fuera descortesía
dejaros sola á esta hora,
y me va en ello mi fama,
que, juro á Dios, no quisiera
que por temor se creyera
que no he seguido á una dama...

(Don Félix permanece silencioso algunos momentos. La dama no contesta.)

¡Es para volverse loco
si insistís en tal porfía!
¡Con los mudos, reina mía,
yo hago mucho y hablo poco!

(Procura abrazar á la dama, pero ella le rechaza y se levanta.)

TEODORA. ¡Hay riesgo en seguirme!
DON FÉLIX. ¡Mirad qué reparo!
TEODORA. ¡Quizá luego os pese!
DON FÉLIX. ¡Puede que por vos!
TEODORA. ¡Ofendéis al cielo!
DON FÉLIX. Del diablo me amparo.

TEODORA. ¡Idos, caballero, no tentéis á Dios!
DON FÉLIX. Siento me enamora más vuestro despego,
y si Dios se enoja, pardiez que hará mal;
véame en vuestros brazos y máteme luego.
TEODORA. ¡Vuestra última hora quizá ésta será!...
Dejad ya, don Félix, delirios mundanos.
DON FÉLIX. ¿Hola, me conoce?
TEODORA. ¡Ay! ¡Temblad por vos!
¡Temblad, no se truequen deleites livianos
en penas enternas!
DON FÉLIX. Basta de sermón,
que yo, para oirlos, la Cuaresma espero,
y hablemos de amores, que es más dulce hablar;
dejad ese tono solemne y severo,
que os juro, señora, que os sienta muy mal.
La vida es la vida; cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.
¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.
Si mañana muero, que sea en mal hora,
ó en buena, cual dicen; ¿qué me importa á mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,
y el diablo me lleve, si quiere, al morir.
TEODORA. Forzoso es que tenga de diamante el alma,
que no sienta el pecho de horror palpitar,
quien cual vos, don Félix, con serena calma,
ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

(Déjase caer de rodillas ante la imagen del Cristo. La música comenzó desde las primeras palabras de Teodora. Óyese un espantoso trueno. Las campanas doblan á muerto.)

DON FÉLIX. ¡Vive Dios! ¿Qué pasa aquí?
O Satanás se chancea,
ó no debo estar en mí,
ó el Málaga que bebí
en mi cabeza aún humea.
Sombras, fantasmas, visiones...
¡dale con tocar á muerto!
y en revueltas confusiones,
danzando estos torreones
al compás de tal concierto.
Y el juicio voy á perder
entre tantas maravillas,
que estas torres llegué á ver,
como mulas de alquiler,
andando con campanillas.

(Aparece por la plaza una larga procesión de enlutados, que marchan en dos filas con grandes cirios en las manos. Van cantando el salmo L:

*¡Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam!*
*¡Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam!*

Detrás otros enlutados llevan á hombros dos féretros: en el primero va don Diego de Pastrana; en el segundo, una imagen que representa á don Félix.)

## ESCENA II

Dichos y enlutados.

DON FÉLIX. (Acercándose con aire arrogante al primer féretro, y mirando al que va en él.)
* ¡Oh!... ¡No se podrá quejar
* el don Diego de Pastrana!...
* ¡Creía que hasta mañana
* no le hubieran de enterrar!...
(Acercándose al segundo féretro.)
* ¿Quién será el otro difunto?...
* ¡Cómo!... ¡Soy yo!... ¿Habrá delicia?
* ¡Morir sin tener noticia!
* A ver á quién lo pregunto...
(Queda unos instantes pensativo.)
* Por don Diego de Pastrana
* bien pensado está el entierro;
mas es diligencia vana
enterrarme á mí, y mañana
me he de quejar de este yerro.
(Á un enlutado.)
Diga, señor enlutado,
¿á quién llevan á enterrar?

ENLUTADO. (Con voz ronca.)
¡Al estudiante endiablado
don Félix de Montemar!
* En un duelo lo han matado.

DON FÉLIX. ¡Mientes, truhán!

ENLUTADO. ¡No por cierto!

DON FÉLIX. Pues decidme á mí quién soy,
si gustáis, porque no acierto
cómo al mismo tiempo estoy
aquí vivo y allí muerto.

ENLUTADO. ¡Yo no os conozco!

DON FÉLIX. ¡Pardiez!
que si me llego á enojar,
tus burlas te haga llorar
de tal modo, que otra vez
conozcas ya á Montemar,
¡villano!... Mas esto es
ilusión de los sentidos,
el mundo que anda al revés,
los diablos entretenidos
en hacerme dar traspiés...
¡El fanfarrón de don Diego!
De sus mentiras reniego,
que, cuando muerto cayó,
al infierno se fué luego
contando que me mató.

(La procesión, que marchaba lentamente, ha desaparecido, aunque todavía se oye lejano su canto. Las campanas suenan cada vez más despacio, hasta extinguirse por completo su doblar.)

## ESCENA III

DON FÉLIX, TEODORA y COROS.

DON FÉLIX. (Á Teodora.)
Conque, en fin, ¿dónde vivís?
¡Que se hace tarde, señora!

TEODORA. Tarde, aún no; de aquí á una hora
lo será.

DON FÉLIX. ¡Verdad decís!
¡Será más tarde que ahora!

TEODORA. Cada paso que avanzáis,
lo adelantáis á la muerte,
don Félix. ¿Y no tembláis,
ni el corazón os advierte
que á la muerte camináis?

DON FÉLIX. Esa voz con que hacéis miedo,
de vos me enamora más;
yo me he echado el alma atrás:
juzgad si me dará un bledo
de Dios ni de Satanás.
Que un poder aquí supremo,
invisible, se ha mezclado,
poder que siento, y no temo,
á llevar determinado
esta aventura al extremo.

(Aparecen varias sombras que representan esqueletos. Bailan en torno de don Félix una danza macabra, señalándole todas, de vez en cuando, con el dedo. En tanto, cantan coros invisibles.)

CORO 1.° (Canta.)
Nosotros, genios del mal,
aunque en nosotros no cree,
somos su Dios, condenado
nuestro influjo á obedecer.

CORO 2.° (Canta.)
Ya la esperanza á los hombres
para siempre abandonó;
los recuerdos son tan sólo
pasto de su corazón.

COROS 1.° y 2.° (Cantan.)
¡Genios, venid, venid,
vuestro mal con el hombre á repartir!

DON FÉLIX. ¿Dónde estoy?... ¡Tal vez bajé
á la mansión del espanto!
¡Tal vez yo mismo creé
tanta visión, sueño tanto,
que donde estoy ya no sé!
. . . . . .
¿Quiénes sois, genios sombríos
que junto á mí os agolpáis?
¿Sois vanos delirios míos,
ó sois verdad? ¿Qué buscáis?
¿Qué queréis? ¿Adónde vais?
. . . . . ..

Aquí tornan
y allí giran;
ya se juntan,
se retiran,
ya se ocultan,
ya aparecen,
se evaporan,
se coloran,
y entre sombras
y reflejos,
cerca y lejos
ya se pierden;
ya me evitan
con temor,
ya se agitan
con furor,
en aérea danza fantástica
á mi alrededor!.....

(Á Teodora.)

* Por fin, señora, á conocernos vamos;
tanto mejor si sois el diablo mismo,
y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
y acabe de una vez tanto embolismo.

(Le levanta rápidamente el velo, y descubre una calavera. En este momento la escena queda completamente á obscuras. Sobre el fondo negro se destacan tan sólo las figuras de don Félix y Teodora. Don Félix exclama:)

* ¿Qué es esto? ¿Delira
* mi mente? ¿Es ficción?
* ¿Realidad? ¿Mentira?
* ¿Verdad? ¿Ilusión?

(Las campanas vuelven á doblar, y los coros cantan lo que sigue. La actitud de don Félix durante esta escena no es de pavor ni de inquietud, sino de altanera indiferencia. Es necesario que el actor tenga muy en cuenta esta observación para no desnaturalizar el tipo, que hasta el final conserva su carácter insolente.)

CORO 1.° (Canta.)

¡Ay!... ¡Yo caí de la elevada cumbre
en honda sima que á mis pies se abrió!
¡Grande es mi pena, larga mi agonía!
¡Una mano!... ¡Ayudadme! ¡Compasión!

CORO 2.° (Canta.)

Errante y amarrado á mi destino,
vago solo y en densa obscuridad.
¡Siempre viajando estoy, y mi camino
ni descanso ni término tendrá!

TEODORA. * ¡Vuestra mano, don Félix!

(Tendiéndole la suya.)

DON FÉLIX. (Irónicamente.) ¡Sí, hermosa!

(Le tiende también la suya, pero la retira inmediatamente.)

* ¡Vive Dios!... ¡Es de nieve!

TEODORA. (Con tristeza.) ¡Quizá!

* ¡Soy Teodora!

## ESCENA IV

Dichos y DON DIEGO DE PASTRANA.

(Aparece súbitamente, siempre sobre el fondo negro, la figura de don Diego de Pastrana, vestido de negro, con espuelas doradas, cruz de Santiago y una mancha roja en el pecho.)

DON DIEGO. (Á don Félix.)
¡Es Teodora, tu esposa!
(Á Teodora.)
* ¡Cumplió su palabra! ¡Tuyo es y será!
(Á don Félix.)
Mi muerte os perdono.

DON FÉLIX. Bien está, don Diego;
* y aun cuando pensaba que muerto os dejé,
me alegro de veros con tanto sosiego,
que, á fe, no esperaba volveros á ver.
En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,
raro casamiento venísme á ofrecer;
su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;
mas no se os figure que os quiera ofender;
por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
y espero no salga fallido mi plan,
que en caso tan raro, y mi esposa muerta,
tanto como viva no me cansará.
Mas decidme si Dios ó el demonio
me trajo á este sitio; que quisiera ver
al uno ó al otro, y en mi matrimonio
tener por padrino siquiera á Luzbel.
Cualquiera, ó entrambos, con su corte toda,
estando estos nobles espectros aquí,
no perdiera mucho viniendo á mi boda...
Hermano don Diego, ¿no pensáis así?
(Don Diego desaparece.)

TEODORA. ¡Para ti los amores acabaron!
¡Todo en el mundo para ti acabó!
¡Los lazos que á la tierra te ligaron,
el cielo para siempre desató!
¡Ay del que descubre por fin la mentira!
¡Ay del que la triste realidad palpó!
¡El que el esqueleto de este mundo mira,
y sus falsas galas loco le arrancó!
(Abraza á don Félix. Éste se resiste y forcejea por desasirse, pero pronto se agotan sus fuerzas y desaparece en brazos de Teodora. La escena queda entonces completamente á obscuras. Las campanas doblan á muerto. Mientras recita el coro lo que sigue, el telón baja con gran lentitud.)

CORO. ¡Mentira son los amores,
mentira son las victorias,
y son mentira las glorias,
y mentira la ilusión!

***Martín de Samos.***

# EN CONMEMORACIÓN DE ESPRONCEDA

## CANTO ROMÁNTICO

Hoy te es lícita, oh musa, toda audacia;
dispón las alas al más alto vuelo,
que, en la grandeza enorme del modelo,
para toda osadía hallarás gracia.
No esquives, pusilánime ó rehacia,
la ley mayor ni su mayor quebranto;
junta, en mar de emoción, risas y llanto,
y asume violencias destructoras,
ya que aquel cuya gloria conmemoras
detuvo un día al sol, para su canto.

No la lección del verbo domeñado
—caudal rugiente en torbellinos de ira,
para el que dique fué tu propia lira
de que brotó armonioso y concertado—;
no la ciencia ni el arte del letrado
que acopla formas por divina traza;
yo adoro en ti el espíritu de raza
que puso, haciendo añicos tu cadena,
un gesto de león en tu melena
y en tu cantar un lampo de coraza.

Que tú, soberbio exaltador de amores,
noble Espronceda, y aquel otro mago
que desató sobre el hispano estrago
líquida vena de rimadas flores,
padres que no han tenido sucesores,
hidalgos sin herencia ni escudero
en el hogar del viejo caballero,
sois, de la Patria vigilantes manes,
él, la cruz de elegantes gavilanes,
y tú, la hoja sombría de su acero.

Pálido vate de melena obscura,
cuyos ojos de fiebre han presentido
sobre su carne de oro, en un descuido,
todas las hembras de mi estirpe dura;
de yunque te sirvió la desventura
donde forjar, para tu gente ingrata,
la fiera espada de luciente plata,
con triple cifra que á la edad resista,
de hambre, de rebelión y de conquista:
¡el Mendigo, el Cosaco y el Pirata!

No hay, en los hornos de la raza nuestra,
tizón que no marcara tus canciones;
lava que no corriera á borbotones
entre las ondas de tu voz maestra:
segunda vez nos modeló tu diestra

en expresión cabal; y, mientras fluya
la vena de la edad, ya quien concluya
no habrá, al mirar la raza y ver tu huella,
si en ella vives tú porque eres de ella,
ó si ella vive en ti por ser tan tuya.

No fiesta familiar, en larga mesa
nos junta aquí; ni, triunfo de la estancia,
coronado de frutos de abundancia,
el padre hogar de llamas se empavesa.
Un trágico relámpago atraviesa
nuestra miseria y postración actuales;
ya no saben herir nuestros puñales,
ya no saben cantar nuestros cantores,
y es nuestra vida ir derramando flores
en unas ceremonias funerales.

No hay bronce ya en el alto campanario,
que, suelto, anuncie el irrumpir del día;
ni vino corre aquí para la orgía,
ni hay, para fiesta de almas, incensario:
este mar de cabezas tumultuario,
Padre Espronceda, y la contradictoria
multitud que se ampara de la Historia,
acudiendo al conjuro de tu nombre,
no es pueblo en fiesta que se junta á gloria,
¡es raza en dispersión que busca un hombre!

Es montaña de gloria que, comida
de un volcán interior, se desmorona;
estirpe que ha perdido una corona
y no supo á la vez perder la vida;
hueste que á la hora actual llegó rendida
de haber sido hasta ayer aventurera;
pueblo que lleva adentro la quimera
de aquella reina loca, y vaga incierto
por las llanuras, custodiando á un muerto,
entre blandones de amarilla cera.

¡Oh! ¡Látigo las cuerdas de tu lira
para la espalda de la Patria sean!
¡Los que á ti acuden, que en tus ojos vean
el relámpago antiguo de tu lira!
Padre y cantor... ¡la Libertad expira!;
y esta nación por quien pidió tu anhelo
corona á las estrellas, manto al cielo,
ya no merece tu inmortal plegaria,
que, por no verla inmensa y solitaria,
le cercenaron la mitad del suelo!

Milagro tuyo, no cuidado nuestro,
en este siglo de miseria, ha sido
que triunfara tu nombre del olvido,
puesto á caución en tu divino estro...
Pero, pues ya nos ves, Padre y Maestro,

de la vil deserción venir á enmienda,
y acudir á tus pies, no con la ofrenda
de que es estéril nuestra lira rota,
sino como las huestes en derrota
que del caudillo acógense á la tienda,

recibe tú, Señor á quien negamos,
desde tu excelsa y solitaria cima,
con una bendición que nos redima,
este pacto filial que te juramos:
«Sobre los hombros débiles tomamos
la herencia singular que nos hiciste:
la Libertad por ideal nos diste,
la Libertad por cetro y por espada;
¡danos, antes que verla profanada,
morir en juventud como moriste!»

Y vosotras, mujeres... Él ha sido
vuestro cantor: escrito está en su lira:
«murió de amor la desdichada Elvira...»;
el elogio mayor que os han rendido.
Sea en el hombre el vergonzoso olvido;
no en vosotras, que amáis: niñas, ancianas,
esposas, madres, ídolos, campanas
de poesía en catedral de amores:
como de las imágenes las flores,
los poetas son vuestros, sus hermanas.

No lo olvidéis, que vuestro fué... Su canto
tomad en vuestra voz como un tesoro,
y en ella vaya, como en arca de oro,
á la inmortalidad, que él amó tanto:
música, fuego, lágrimas y llanto
como perlas coged de sus canciones,
y reseguid con ellas los florones
de los viejos damascos castellanos,
ya que es de tradición que vuestras manos
borden el estandarte á las Naciones.

No lo olvidéis, que él os amó: la raza
de vuestro corazón toma la hechura:
si mejorar queréis la edad futura,
idle mezclando versos en la hilaza;
crecerá así y enmendará la traza;
vosotras lo podéis, magas divinas:
¡sedle, á su voz, custodias argentinas,
que la nave de Dios y los poetas,
de edad á edad, la empuja en olas quietas
un blanco de mar de manos femeninas!

***E. Marquina.***

# En la velada del teatro Español.

Esta noche has vestido tus mejores galas y has preparado tu mejor sonrisa; has venido al teatro, y te lo has encontrado de fiesta; sin duda estás contento, y te dispones á coger esta hora como una flor para guardarla en el tesoro de tus buenos recuerdos. Pero, ¿has pensado siquiera un instante lo que ella significa, ó lo que vienes aquí á glorificar, glorificando la memoria de un gran poeta? Sencillamente, la memoria de un gran dolor. Sí, bellas damas: porque á una de vosotras se le antojó antaño hacer sufrir á un hombre incomparablemente, llevan ya casi un siglo de sonar por el mundo unas cuantas palabras; sólo palabras, sí, señoras mías; pero inmortales por estar escritas con sangre del corazón. Y si ha habido un poeta endemoniado, cuyas blasfemias contra el amor os asustan deliciosamente, es porque una suave mano femenina le mostró, casi niño, el camino que conduce al infierno.

Patria y mujer—hembras las dos, al cabo—dieron al hombre pan de desilusión; y el poeta, que no pudo dejar de amar ni aun cuando hubo dejado de creer, por toda venganza maldijo, y, al maldecir, inmortalizó. Así suelen vengar los poetas sus agravios de hombre, y ésta es su corona y su cruz, su rosa y su espina: que hasta su más negro dolor y la tragedia de su vida hayan de florecer en canción para gozo de quien los oye. Sí; al emocionarnos ante una bella estrofa amarga, estamos abrevándonos de lágrimas y sangre, y acaso—tan sabrosa es la emoción, y tan insaciable de ella el espíritu nuestro—, acaso pensamos que el dolor es hasta un privilegio, y decimos: ¡quién nos diera la herida tan maravillosamente cantada! Pero, ¿no creéis que los buenos versos nacidos de las penas hondas deben llegar á inspirar al poeta cierto aborrecimiento, como hijos felices á padre desdichado? Sí, sí; sin duda es insolencia en hijos y en versos salir triunfando por el mundo á costa del corazón paternal herido.

Así, insolentemente, triunfan y triunfarán siempre las rimas de este formidable sentimental, de este soñador irreductible, de este rebelde contra toda ley por exceso de amor á la justicia, que se pasó la vida derribando altares por no encontrar ídolo bastante grande para su insaciable necesidad de adoración. Que éste es el secreto de no pocas apostasías: el corazón del sacrificador que no cabe en el templo y le destruye.

Claro es que al hundirse el edificio hieren las piedras al derribador, y entonces es el «¡ay de mí!». Unos poetas en el lamento ponen una oración; otros hacen del alarido blasfemia; pero, de todos modos, el «¡ay de mí!» es incienso, porque cuando cae la bóveda quedan frente á frente los ojos y el cielo, y hablan cara á cara Dios y el sacerdote.

Todos habéis oído, casi al despertar á la vida, y no habéis podido olvidarle ya nunca, el clamor de esta gran desolación; porque los versos de Espronceda son de las muy contadas voces que, habiendo sonado para nuestra generación en las horas de infancia, la pueden acompañar de por vida. Apenas comprendemos ya nosotros el sacudir de la melena romántica, que nos parece un gesto—con toda su innegable belleza—demasiado pueril, y no pocas palabras exaltadas, á cuyo choque nos hirvió la sangre de los doce á los quince, son en nuestros oídos—atentos hoy preferentemente al sentido oculto de la vida y á la inquietud, quién sabe si cordial ó cerebral, del ¿por qué? y ¿para

qué?—, son, digo, poco más que sonora palabrería, algo como pasar de vientos ó rumor de mares, y sonreímos al seudoescepticismo tan hondamente enamorado del vivir que maldice la vida:

«que cuando el amor injuria,
cerca está de perdonar».

Sálvanse de esta suerte común las maldiciones de Espronceda por el latir de humanidad que las hace sinceras «á pesar de todo», es decir, á pesar de las palabras, que en poesía parecen serlo todo; porque es innegable el gesto deliberadamente byroniano de nuestro poeta, es indudable que se miró al espejo para ensayar la mueca más altiva, y que mezcló en retortas sutiles acíbar con hiel para engendrar las más amargas rimas: por entonces estuvo Lucifer muy en moda en Europa, y Espronceda, como hombre viajero y de buen gusto, no había de desdeñar la gallarda postura de ángel á un tiempo caído y fustigador. Rimó, pues, con satánica altisonancia; pero se salvaron sus rimas porque, si el satanismo no fué absolutamente sincero, era cierto el dolor; y dentro de un instante, cuando oigamos llorar la voz dolorida

«Truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?»,

podremos dudar de la sinceridad del cinismo, pero habremos de creer en la realidad del sufrimiento, y nos conmoveremos, porque ahí está todo, tanto en la vida como en el arte: sufrir es vivir; donde el dolor habló, calla toda palabra; y el que no ha sufrido, ¿qué sabe?

Nos conmoveremos, y éste será nuestro mejor homenaje, poeta, y tu gloria más pura. Sonarán tus versos, y tú los estarás oyendo sonar, al mismo tiempo que nosotros, desde lo alto de tu inmortalidad; tal vez como rumor externo y cosa ajena á ti, como si mirases y escuchases pasar una clara corriente desde una orilla plácida, y no turbarán tu serenidad los sonidos un tiempo tan familiares tuyos. «¡Bellas palabras mías!—dirás con caricia condescendiente—. ¡Bellas palabras mías!...»; pero á las palabras seguirá un gran silencio, y de lo más hondo de él subirá hasta ti una palpitación extraña, no hecha de cien latidos, sino engendrada en el instante fugitivo durante el cual habrán cesado de latir cien corazones, y tu corazón de inmortal se parará también sobrecogido, y acaso te lleves las manos al pecho, diciendo: «¡Ay, la emoción!» Sí, poeta; nuestra emoción que habrá ido á visitarte, y que no habrá llamado en vano á tu puerta. Nuestra emoción suscitada por la tuya, que á través del tiempo está aún en tus estrofas —rosa clavada á golpe de puñal—; la emoción, gloria y alma del verso, única razón de la vida. Gracias, poeta, por ella, en nombre de todos los que aquí serán dignos de sentirla pasar; gracias por todos los labios que han de temblar, por todos los ojos que se han de humedecer, por todas las gargantas que se han de apretar al són de tu elocuencia dolida. Gracias en nombre de los ya viejos, que, al escuchar la estrofa que aprendieron de jóvenes, sentirán un momento en la sangre el calor de las glorias marchitas; gracias en nombre de los jóvenes, que te tienen por joven y por suyo, ya que amor y dolor y belleza no pueden ni morir ni envejecer, y tú, haciendo belleza del amor y el dolor, te instituíste en juventud inmortal.

Gregorio Martínez Sierra.

# SONETOS ROMÁNTICOS

(† JOSÉ DE ESPRONCEDA)

## I

Recuerdo que en mi casa, cuando era yo muy niño,
había un libro viejo, fantástico y sonoro,
de pastas carcomidas y título de oro,
que nuestra madre siempre leía con cariño.

Hoy, ya que una corona romántica me ciño,
enlazo en los recuerdos de mi íntimo tesoro
un libro amarillento de heráldico decoro
y unos cabellos blancos más puros que el armiño.

Tal vez ya habré olvidado mi vida fragorosa;
pero, como el perfume de una obstinada rosa,
dentro de mi alma, incólume ese recuerdo queda.

Y así es como conservo de aquellos ideales
un rizo ensortijado de canas maternales
opreso entre las hojas del libro de Espronceda.

## II

Noble capa que cubres los hombros triunfadores
del clásico Estudiante de Salamanca, un día
alfombraste la senda de amor y poesía
por donde se alejaron los viejos trovadores...

Tú envolviste en tus pliegues poesías y amores;
y dibujaste un trazo de heroica bizarría,
que borró sus perfiles en esa lejanía
en que á perderse fueron mis épocas mejores...

Bajo de ti el florete se estremeció entre el puño
de los audaces choques; tal vez leve rasguño
te ha hecho un embozado que entre la sombra escapa;

y por eso es que ahora, sentada en los escombros
del pasado, mi Musa cuelga sobre sus hombros
un verso de Espronceda como una noble capa...

## III

Nave antigua, que acosas como lobo el rebaño
de las olas, ¿adónde se aventura tu intento?
Tus inútiles lonas se desgarran al viento.
La tempestad que un día domaste, hoy te hace daño.

Como un fantasma triste, dibujas un extraño
perfil en la borrosa lejanía de un cuento.
Ya la luna no riela sobre el mar turbulento...
El Capitán Pirata murió de desengaño...

Á tu lírica prosa se abrazó una sirena
y en un último canto fué muriendo de pena;
y en tu mástil tronchado se posó negra un ave.

Y por eso es que ahora, ya entre vagos reflejos,
en la playa, mi Musa ve pasar á lo lejos
un verso de Espronceda como una antigua nave...

IV

¿Muere de amor alguna mujer? Antes sería.
Se ha marchado y no vuelve la romántica Edad;
y al soñar en las cosas que pasaron un día,
hay muy pocos que sienten yo no sé qué ansiedad.

Las mujeres, que fueron tu más dulce manía,
ya, Poeta, no buscan tu divina amistad:
ya no aprenden tus versos; y, como una ironía,
sin querer van diciendo con los ojos: ¡Amad!

Ya el amor no es el triunfo del florete galante,
de la capa de seda, del laúd de diamante,
del laurel en las sienes y del beso en la flor;

y por eso es que ahora vanamente mi Musa,
al pensar en tus versos, va buscando confusa
á una Elvira, á una sola, que se muera de amor.

V

Poeta que vibraste tus cláusulas de fuego,
cuando en el Dos de Mayo tronó la patria lira,
¿por qué ya en santa ira Pelayo no te inspira,
ni la Nación inmensa, ni el gran Patriota griego?

Poeta que á Jarifa brindaste un amor ciego,
¿por qué ya en tus estrofas Teresa no suspira,
ni se ríe Salada, ni se lamenta Elvira?
¿En dónde está tu apóstrofe? ¿En dónde está tu ruego?

Pues bien: si fué en tus tierras donde nació el hispano
que con pompas incaicas ilustró su broquel,
y si el Sol detuviste con tiránica mano

y en flamígera Oda le exigiste un laurel,
te saludo hoy en nombre de ese Sol, que no en vano
yo nací de los Incas, y los Incas de él.

***José Santos Chocano.***

Madrid, 25 de Marzo de 1908.

# LA ENLUTADA DE LAS FLORES

Á la memoria de Bernarda Beruete, la fiel prometida de Espronceda.

En la tumba del poeta siempre hay flores.
Llévalas una enlutada misteriosa
que á diario se arrodilla ante el sepulcro,
reza y llora.

La *Enlutada de las flores,* se la llama;
nadie sabe de su nombre, de su historia;
nadie sabe de su rostro...; nadie sabe
si es hermosa.

Los crespones de su luto, tal la encubren
y la guardan y defienden con sus ondas,
que alguien duda si es un ángel ó es un hada
ó una sombra.

Se oyen lentas, en la casa de los muertos,
sus pisadas resonar sobre las losas;
y á través de las desiertas galerías,
muda y sola,

pasa triste hacia la fría sepultura;
vuelve triste cuando luego la abandona,
y en el puesto de las flores que ayer trajo,
deja hoy otras...

Se oyen lentas, en la casa de los muertos,
sus pisadas resonar sobre las losas...
y alguien duda si es un ángel ó es un hada
ó una sombra.

***Mariano Miguel de Val.***

—oOo—

# ESPRONCEDA, MÍSTICO

La mística es el nervio de la lírica. ¿Cómo no había de ser místico el príncipe de la lírica española?

La Ciencia, esa magna lírica de la Humanidad como un Todo-vivo, arranca, trozo á trozo, sus secretos al Misterio; pero el *Misterium magnum,* que diría Paracelso, está en el hombre mismo, y el Genio, el Satán humano, aspira con la Mística á resolver de golpe, en los cortos momentos de su paso sobre la Tierra, aquel Misterio que acaso dé resuelto la Ciencia en su postrero día, el día de su apoteosis triunfal, el día en que se unifique con lo divino.

Hay varios momentos solemnísimos en la evolución del místico.

El primer momento es épico: cifra todo en la contemplación de la Naturaleza, en sus cielos, en sus iris, en sus paisajes; en suma, en su grandeza. Chispa divina el hombre, quiere atesorarla en sí, apoderarse de ella...; pero, ¡ay!, su vaso es frágil y pequeño para abarcar tanta sublimidad. Además, en la Naturaleza todo cambia, se destruye todo; y lo que cambia y se destruye pugna siempre con esa íntima persuasión que tiene el hombre de que su Esencia es permanente y superior á la objetividad que le cerca. ¿Á qué fiarse, pues, de lo que siempre cambia? ¿Para qué llamar con lágrimas, con gallardías, con vanos conatos taumatúrgicos, á lo que no responde, á lo que, en su inconsciencia ciclópea, no distingue de grandes ni pequeños, de héroes ni cobardes, de justos ni de injustos?... El místico en embrión llora su insignificancia, y, bajando silencioso de la cumbre objetiva, se retira vencido.

Y he aquí el segundo momento, el momento dramático, aquel en que el paramístico busca en la Humanidad lo que no hallara en la Naturaleza. La Humanidad, al menos, le responde, ¡y cuán fuertemente!, con el sexo, en todas sus divinas grandezas creadoras y toda su grosera animalidad. Mas, una vez pasado el amoroso deliquio, viene el hastío, el resurgir más potente del deseo, el ansia infinita de poseer por siempre lo que también es dolorosamente transitorio, mayávico... El corazón del místico, que se alegrase un punto al ver que sus anhelos hallaron eco y falsa satisfacción de un día, sufre un segundo golpe, aún más amargo que aquel otro que le descargase el yerto mutismo de la Naturaleza. Para mayor dolor, todas las miserias humanas completan el fracaso espiritual del amor físico con la letal indiferencia de los extraños, con las ingratitudes de los amigos y con ese ambiente cruel de la humana injusticia, que parece quererle cortar su misteriosa carrera hacia lo divino, cual los fantasmas y endriagos á todos los héroes de la andante caballería... ¡Tampoco allí halla la paz el místico!

Pero de este rudo combate, que deja, cual despojos mortales, el cieno y el hastío, nace un fénix inmortal: la lírica. Si es ley cósmica la de que nada se crea ni nada se destruye, esta ley ha de cumplirse, y de hecho se cumple, en

el paramístico. Vistas desde el lado interior, aquellas tamañas derrotas aparecen, por una ley de simetría geométrica, dos señalados triunfos. Aquella Naturaleza, indiferente y fría en apariencia, se muestra esplendorosa en las cálidas evocaciones de la fantasía, vivificada por las añoranzas del sentimiento del bien perdido. Dócil á la magia interior, reproduce, á voluntad del feliz vencido, todos sus cuadros, sin sujeción á esas tiránicas leyes objetivas de tiempo, espacio, forma, nota, color ó número... El vencido entonces se ha transformado en un dios. Aquella su Naturaleza-Misterio le obedece, aprisionada por una facultad: la fantasía.

Pero el triunfo dista mucho de ser completo, porque lo humano aún no le ha obedecido: que no basta la más fértil fantasía para sorprender los resortes de la dinámica humana, los secretos de las intenciones, los abismos sin fondo del corazón... He aquí también la decepción del lírico. Dolorido, amoroso, suplicante, mariposea en torno de un problema que es, para aquella facultad, insoluble. El lírico rasga los aires con su dolor, y, lejos otra vez del Verbo que, desconocido, le animara, canta con el ilustre salmantino:

«¿Y dejas, pastor santo,
tu grey en este valle hondo, obscuro,
con soledad y llanto?
Y tú, ¿rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?»

Y viene ya el cuarto estado, el de la lírica sin palabras, el de aquella visión en la ciudad de los eternos ciegos, que decía Schiller: la del colorista á quien le habla el matiz, la del matemático á quien le cantan los números, la del músico que alcanza á columbrar cristalinas cascadas de colores en los poemas sinfónicos y dulces esfumados de melodía; la del poeta, en fin, cuyo ritmo interior, romanza sin palabras, jamás fué fielmente vertido por la tosca pluma...

Y viene después un quinto estado, en que, no ya las cosas, sino las fuerzas del cosmos, parecen tomar en nuestra vida interior aspectos objetivos, y en que son transparentes los pensamientos ajenos y cera maleable los pensamientos propios, y en que parece que los sentidos se trastruecan, y se piensa, afinando, con los oídos, y se gustan, palpan, desnudan y penetran las cosas con la vista, y se tocan ya realidades internas permanentes en las que lo objetivo y lo subjetivo se identifican. Entonces se hace silencio en el humano cielo durante media hora ó medio siglo, que diría el Apocalipsis.

Y viene después un sexto estado, en que se trastruecan también las facultades internas, ó, mejor dicho, se identifican en una desconocida, y se es bueno para saber, y sabio para amar, y voluntarioso de indomable energía para conquistar de una vez el Misterio con esa poderosa tétrada de la Voluntad, el Bien, la Verdad y la Belleza sindicadas y transcendidas, hasta llegar, en fin, tras tan dolorosísima como lenta peregrinación, á esos misterios Inefables, Epópticos; los misterios que, al decir de Platón, se enseñaban en el más recón-

dito Adyta de los Templos muy de tarde en tarde, y de los que el gran Plotino sólo disfrutó seis veces en su vida... Misterios columbrados también por las grandes escuelas españolas, cristiana, árabe, lulista, kabalista y alquimista.

***

¿Qué momentos de éstos pueden determinarse en la obra de Espronceda?

El primero, el momento épico, se evidencia en la mayoría de sus cantos; pero especialmente en la introducción al *Diablo Mundo,* que sólo podría instrumentar un Wagner. El segundo, el de amor humano orlado con todas las galas de la fantasía, en el *Canto á Teresa* y en otros cien de enojosa é inútil cita. En cuanto al tercer momento, el verdaderamente lírico, no conozco nada mejor que *Á Jarifa en una orgia.*

Séame permitido detenerme en él, pues le creo tan grande, tan excelso, como la propia oda de Fray Luis, seguro de no ofender con ello sentimientos piadosos.

Espronceda piensa en lo inmanente; lucha contra el misterio del vivir, que transforma alquímicamente en dolores los placeres, y enloquecido, falto aún de la inspiración mística, pide auxilio á Jarifa, la hastiada, como él, de falsos placeres:

«Trae, Jarifa, trae tu mano;
ven y pósala en mi frente,
que en un mar de lava hirviente
mi cabeza siento arder.
Ven y junta con mis labios
esos labios que me irritan,
donde aún los besos palpitan
de tus amantes de ayer.»

El poeta aparece vencido en la humana lucha, y el asco á los elementos inferiores surge en el momento dramático de la iniciación mística. Por eso exclama:

«¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
Mentira, ilusión de niño
que halagó mi juventud.»

No dijo otra cosa el Sabio: «vanidad de vanidades; y todo es vanidad, miseria y aflicción de espíritu».

El poeta, vencido una vez más, busca en vano la huída, y clama por la muerte, la gran pacificadora:

«Dadme vino: en él se ahoguen
mis recuerdos; aturdida,
sin sentir, huya la vida;
paz me traiga el ataúd.
El sudor mi rostro quema,
y en ardiente sangre, rojos
brillan inciertos mis ojos,
se me salta el corazón.»

Y cual el místico autor del *Desprecio á las cosas del mundo,* continúa:

«Huye, mujer; te detesto.
Siento tu mano en la mía,
y tu mano siento fría,
y tus besos hielo son.»

Seguro ya de la miseria y mentira de los estados pasionales transitorios comprende, como el Bagavad-Gita, la ilusoria naturaleza de los placeres; por eso dice:

«¡Siempre igual! Necias mujeres,
inventad otras caricias,
otro mundo, otras delicias,
ó maldito sea el placer.
Vuestros besos son mentira,
mentira vuestra ternura,
es fealdad vuestra hermosura,
vuestro gozo es padecer.»

No dijo más ningún Padre de la Iglesia; ni alcanzó á más en sus anhelos divinos la mística Doctora de Avila, que Espronceda en sus excelsas ansias:

«Yo quiero amor, quiero gloria,
quiero un deleite divino
como en mi mente imagino,
como en el mundo no hay.
Y es la luz de aquel lucero
que engañó mi fantasía,
fuego fatuo, falso guía
que errante y ciego me tray.»

Es el mismo aliento del Fausto «buscando lo no sabido, por no bastar á nuestro ser lo conocido». Es el mismo deliquio hacia el «Esposo Divino», que repitió en Santa Teresa la eterna fábula-símbolo de Psiquis celeste. Es el anhelo hacia lo ideal, lo inmarcesible, lo supremo, lo eterno, lo *in abscondito,* la *Luz Interior,* en fin, alimento espiritual de sabios, filósofos, místicos, músicos y poetas.

Psiquis ha volado á los cielos: del poeta, sólo queda la carne fermentescible; él ve, como los santos, cuál se apoderan de su cuerpo los gusanos; ha quedado solo, triste y ciego, como quedaran los del hondo valle al desaparecer la radiosa nube, y, parafraseando al propio Job, llora:

«¿Por qué murió para el placer mi alma,
y vive aún para el dolor impío?
¿Por qué si yazgo en indolente calma,
siento, en lugar de paz, árido hastío?
¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?
¿Por qué este sentimiento extraño y vago,
que yo mismo conozco un devaneo,
y busco aún su seductor halago?

¿Por qué aún fingirme amores y placeres,
que cierto estoy de que serán mentira?
¿Por qué en pos de fantásticas mujeres
necio tal vez mi corazón delira?»

Repasad la vida de los infinitos Santos que fueran viciosos en su juventud, antes de cambiar sus carnales amores por el Grande Amor Incorruptible. Si reproducís mentalmente la escena de su conversión, os convenceréis de que ellos pensaron ni más ni menos que lo que rimara espléndido el vate extremeño, quien, de este modo, sintió como sintiera San Agustín.

Por ley psicológica indiscutible, entre la noche de la desesperación de un alma combatida y el día de su fe, suele mediar un crepúsculo más ó menos largo de escepticismo. También se ve este estado de equilibrio inestable cuando sigue:

«¡Oh! Cesa. No, yo no quiero
ver más ni saber ya nada:
harta mi alma y postrada,
sólo anhela descansar.
En mí muera el sentimiento,
pues ya murió mi ventura;
ni el placer ni la tristura
vuelvan mi pecho á turbar.»

Job también maldijo así, cuando quiso raer de entre los días el día aquel en que nació.

Llegado á esta altura pavorosa, también ve el poeta, en la ciudad de los ciegos psíquicos, lo que éstos no logran ver. Miremos lo que describe en verdadera visión astral, esa de los caprichos de Goya, ó de las visiones de San Antonio. Su «pasad, pasad», tiene la sublimidad de un conjuro.

«Pasad, pasad en óptica ilusoria
y otras jóvenes almas engañad:
nacaradas imágenes de gloria,
coronas de oro y de laurel, pasad.
Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
con danza y algazara en confusión;
pasad como visiones pavorosas
sin conmover ni herir mi corazón.»

La bestia humana, en riesgo notorio de desaparecer para siempre, vuelve por sus fueros y pide:

«Y aturdan mi revuelta fantasía
los brindis y el estruendo del festín,
y huya la noche y me sorprenda el día
en un letargo estúpido y sin fin.»

Pero la bestia cae para no levantarse más, abrasada por el fuego del más casto y fraternal amor. Redimido por su salvaje esfuerzo, el poeta siente en

sí el fuego divino redentor; llama á la cuitada, en quien ve otra entenebrecida Chispa de lo Divino, y en el más espiritual de los amores, clama:

«Ven, Jarifa; tú has sufrido
como yo; tú nunca lloras;
mas, ¡ay triste!, que no ignoras
cuán amarga es mi aflicción.
Una misma es nuestra pena,
en vano el llanto contienes...»

Y entrambas almas se funden como el Amor y Psiquis:

«Tú también, como yo, tienes
desgarrado el corazón.»

Esto sólo puede decirlo un místico, con derecho perfecto á ser perdonado, como la Magdalena, por haber amado mucho.

MARIO ROSO DE LUNA.

## Á ESPRONCEDA

Tu romántica figura de poeta peregrino,
por los campos milagrosos del ensueño veo cruzar,
con Elvira la doliente, de perfil grave y divino,
y la enérgica figura del bizarro Montemar.

Como el ala vibradora de un gran pájaro marino,
la cantiga del pirata se oye á bordo resonar,
y en la orgía, donde lucha la tristeza con el vino,
—¡Oh Jarifa!—clama alguno de nostálgico mirar.

Tú encerraste luminoso en la red de tus canciones
todo el orbe con sus luchas, sus miserias, sus pasiones;
siempre irónico y altivo, ¡siempre débil en amor!

Muchas rosas juveniles deshojaste en el sendero,
¡y fué al pie de los rosales, oh galante caballero,
donde pálido caíste tras el beso de una flor!

***Alfredo Gómez Jaime.***

Madrid, 1908.

# VERSOS Á ESPRONCEDA

Poeta de mi Patria, poeta de un momento
de rebelión, de angustia, de inquietud: yo te siento
muy cerca de mi espíritu. No soy el turbulento
cantor que da sus rimas indignadas al viento.

No soy signo de lucha ni clarín de protesta;
pero al clamor del tuyo mi corazón contesta,
y en todo lo que amabas el alma tengo puesta.
Seré voz de tu coro y antorcha de tu fiesta.

Soy tu amigo, y en busca de un latido fecundo
de humanidad, con grandes y humildes me confundo.
Quiero atisbar lo excelso, sondear lo profundo;
quiero sentir el ritmo del corazón del mundo.

Corazón que fogoso palpitaba en tus días
desordenado, lleno de pasiones bravías;
y tú, voz de tu tiempo, su espíritu sabías
encerrar en estrofas radiantes ó sombrías.

Tú forjabas el verso con fuerza de martillo
sobre el hierro que sale candente del hornillo.
Son chispas tus palabras; por su temple y su brillo,
tu canción es aguda, cruel como un cuchillo.

Sabes tomar el barro, lo amasas y lo animas;
todo lo transfiguras y todo lo sublimas.
La flor del entusiasmo, que se logra en las cimas
del espíritu, sabes enlazar á tus rimas.

Tu amor es un incendio concentrado y voraz;
un viento de pasiones lo aviva pertinaz,
y se asoma con llama violenta y procaz
por tus ojos febriles á tu pálida faz.

Yo te veo, poeta, noctambular errante
por la ciudad. La noche, misteriosa y sedante,
cobija tu dolor. Huye, quizá, delante
de ti, la vaga forma que viera tu Estudiante.

Sueñas... Tu paso firme suena en la calle sola,
y una luz mortecina, que se aviva y tremola,
cuando pasas, con leve resplandor arrebola
tus melenas románticas y tu capa española.

***Enrique Díez-Canedo.***

# Elogio de Don José de Espronceda.

Espronceda es el poeta de la soberbia, del orgullo, de la pasión desenfrenada y dominadora. Y estas condiciones de su espíritu, precisamente las que siempre nos han enseñado á temer, son el primero, el único motivo de nuestra admiración al autor de ese himno de odio y de sangre que se llama la *Canción del cosaco.*

Las poesías de rendimiento amoroso que compuso Espronceda son vulgares y forzadas: no hay en ellas la hermosa espontaneidad, el fogoso arrebato y la candente elocuencia que constituyen lo esencial de su personalidad. Espronceda no fué nunca un amante rendido. Si alguna vez la pasión—su alma—le obligaba á claudicar, era sólo por muy breves instantes. Pronto su inmenso deseo de dominación se sobreponía á todo, y de nuevo le atormentaba aquel afán de imperio que, al no verse siempre saciado, fué la indudable causa de muchos de los sufrimientos del poeta.

Espronceda no nació para hacer versos. Nació para hacer una revolución. No encontró medios por la cobardía ambiente, fracasó en diversas tentativas, y toda su energía anímica se desbordó en poesía. Por eso Espronceda jamás es lírico, y siempre es dramático. La dramática es en la poesía representante de la acción.

¡Oh, si Espronceda hubiese encontrado ambiente; si en España, las enormes energías derrochadas generosamente durante la Gran Epopeya no hubiesen agotado el depósito que se escondía en el alma nacional! Pero España, débil; el espíritu español, necesitado de reposo tras aquel esfuerzo, no eran campo á propósito para tales empresas. Y así, durante todo el siglo XIX, en España vivieron sin provecho grandes almas, extraordinarias energías individuales, ahogadas por una atmósfera de egoísmo y de indiferencia.

Espronceda tuvo que ser poeta. Todos los grandes revolucionarios, los héroes, los dominadores, han sido poetas. Pero poetas de la acción, porque para ello encontraron campo. Sus vidas nos atraen con el mismo encanto que un poema. ¡Desgraciados los que han de contentarse con escribir la vida que hubieran deseado! Compadezcamos á Espronceda, el gran hombre de acción de nuestro siglo XIX, que tuvo que ir fuera de España para batirse por una causa gloriosa, y que cuando se batió en España vió ante sí desde el primer momento la derrota implacable.

Los versos de Espronceda, los más hermosos, son fuego, son acción. Ya citamos el *Canto del cosaco;* citaremos ahora una vulgaridad: la *Canción del pirata.* Y, además, ese *Estudiante de Salamanca,* Don Félix de Montemar, que puede servir de maestro al gran Don Juan Tenorio. En todas estas poesías, Espronceda va todavía más allá de lo que señalan las palabras. Por encima de ellas, envolviéndolas, flota como un intenso deseo del poeta de ser lo que

son sus personajes. Pero de serlo viviendo las aventuras á que se lanzan ellos; viviéndolas tales como son en la realidad, con todas sus vibrantes y agotadoras emociones; no como en los versos, empobrecidas, aparecen.

Y esa intención del poeta es lo que debemos elogiar en su obra, nosotros, novecentistas que hemos venido á la vida en un ambiente miserable, donde la fuerza parece ridícula. Esa pasión, ese arrebato; la locura quijotesca y arriesgada que movía el alma de Espronceda, y que se derramó en sus versos porque no pudo encender en nuestros abuelos el fuego revolucionario, es lo que hemos de elogiar nosotros, novecentistas que tuvimos la desgracia de contemplar constantemente envueltos en una sonrisa de indiferencia escéptica nuestros alardes de afán heroico.

Espronceda no pudo ser un héroe, y fué un poeta. Admiremos en él al héroe que hay debajo de su poesía. Elogiemos en él la pasión que enloquece y que arrastra. Por ella se han hecho en el mundo todas las grandes cosas. Y hoy, aquí, nos hace falta pasión: odio, cólera, amor...

Y admiremos en él, sobre todo, al que quiso dominar; al que se sintió siempre movido por una sed infinita de preeminencia; al que tuvo por ideal estar siempre más arriba. Hoy adoramos los rincones. Y de ahí nuestra humilde tristeza, nuestra pobre debilidad. ¡Oh, si el alma de Espronceda fuese con nosotros!... Entonces tendríamos orgullo y voluntad: entonces seríamos fuertes.

DANIEL LÓPEZ ORENSE *(Fantasio)*.



EL PRINCIPE MURAT

# Murat y la espada de Francisco I.

La residencia del lugarteniente del Emperador en España, frontera al Palacio de los Reyes, era, en los últimos días de Marzo y primeros de Abril de 1808, el centro de las mayores zozobras y alternativas. Ni el gran duque de Berg ni su «entourage» conocían los recónditos pensamientos del *Amo;* obraban por tanteos y tomando meras indicaciones de Cancillería, no siempre acordes con las terminantes y rigurosas instrucciones militares. De ahí que, en el espíritu de aquel *Magister Equitum* de los escuadrones imperiales, cualquier incidente pesara, y toda novedad produjera, cuando menos, motivo de atención cuidadosa.

Su claro instinto de soldado, y de soldado meridional, le hacía ver la conveniencia de seguir una política de halagos y de balancín, mediante la cual se granjease las simpatías del pueblo español, sin abandonar un punto la obra conquistadora y absorbente que barruntaba ser la finalidad de su Emperador y cuñado.

Pero el *Amo* había embocado falsamente, torpemente, el negocio, y las contrariedades, naturales siempre en todo asunto complejo y con doble naturaleza política y militar, le exasperaban y sacaban de quicio, dejándose llevar de las violencias de su temperamento, y exteriorizándolas con los realismos de su lenguaje imperativo y elocuente.

Por los días antes citados, dos hechos de distinto carácter evidencian el estado de espíritu de Murat y definen claramente el nervosismo del Emperador.

Unos soldados franceses que hacían la compra de su batallón garbearon por sus manos, del mostrador de un carnicero, un trozo de carne. El cortador, al ver que el oficial de compra, siguiendo las instrucciones severas de Murat, arrestaba á los soldados largos de uñas, pidió clemencia para ellos. El oficial, sordo á sus requerimientos, llevó presos al cuartel á los rateros.

Hubo de apercibirse el pueblo madrileño del hecho; todavía duraba la buena impresión producida en el vecindario de la villa y corte por las tropas francesas, y la concurrencia de curiosos siguió á los detenidos hasta el cuartel; movida á compasión, pidió á la guardia de prevención la libertad de los detenidos. Como el tumulto aumentaba, el oficial de guardia, temeroso de verse obligado á hacer fuego contra el gentío, que gritaba desaforadamente, puso en libertad á los dos soldados, quienes fueron llevados en triunfo por el buen público callejero bajo los balcones del actual Ministerio de Marina, donde el gran duque de Berg vivía, á fin de implorar su gracia. Informado Murat del hecho, y oyendo las aclamaciones de la calle, aunque ignorando la escena del cuartel, «frappé surtout de ce témoignage significatif de la bienveillance des espagnols pour nos soldats, finit par accorder cette grâce, qui fut saluée par de longs aplaudissements» (1).

---

(1) Murat al Emperador (1.° de Abril).

Pero el Conquistador no estaba de humor para semejantes bagatelas. Desde su residencia de Bayona lanzaba su descontento en los términos escuetos y viriles que le caracterizaban, añadiendo: «Depuis quand la populace de Madrid a-t-elle le droit d'imposer mes troupes? Il y a dans tout cela de la faiblesse...» (1). Y, desconociendo la ética de nuestro pueblo y el estado moral de él en aquellos instantes, remachaba el clavo al siguiente día, con las palabras siguientes:

«Je vois que vous attachez en général trop d'importance à l'opinion de la ville de Madrid. *Je n'ai pas réuni de si grandes armées en Espagne pour suivre les caprices de la populace*» (2).

Murat, Savary y Bauharnais constituyeron una trinidad por demás disforme y perjudicial para llevar asuntos tan delicados y tan obscuros, que precisamente necesitaban de la unidad de pensamiento y de ejecución. Y mal podía existir nada de esto con la disposición de espíritu del Emperador, manifiesta en cualquiera de los detalles del asunto.

Donde más se evidencia lo que decimos, es en otro negocio resuelto por estos días, bien triste ciertamente para nosotros. ¡Habíamos caído tan bajo!

Pese á su condición advenediza de Príncipe y de individuo de una dinastía revolucionaria, Murat sentía el honor nacional con la violencia misma que lo sintieron los mariscales todos del Emperador. La vista de la espada de Francisco I en la Armería Real hería sus sentimientos de francés y de soldado; y en diferentes comunicaciones á Napoleón (3) se mostraba deseoso de arrancar el trofeo de Pavía, para así borrar, ¡ilusión!, el recuerdo de una jornada mortificante para el orgullo de sus compatriotas.

Insinuante por demás acerca de este asunto, cuidó de hacer ver á cuantos rodeaban á Fernando VII, y muy singularmente al ministro Ceballos, lo agradable que sería á Napoleón el ofrecimiento de un trofeo tan glorioso. Y como los vientos entonces soplaban del cuadrante de la complacencia y de la debilidad, el Rey se apresuró á enviar la espada de Francisco I á Murat, con una carta, acompañando otra autógrafa, en que decía:

«Señor, mi Hermano: Tan pronto como mi Secretario de Estado me ha dado cuenta, de parte de V. A. I., que podía ser agradable á S. M. el Emperador de los franceses, Rey de Italia, el poseer la famosa espada de Francisco I, Rey de Francia, ganada por el Emperador Carlos V en la batalla de Pavía, no he dudado un momento en decidirme á ofrecerla á S. M. I. y R., porque el mayor anhelo de mi corazón es el de probarle que quiero anticiparme á cuanto pueda serle grato, convenciéndole, además, de los sentimientos de alta estimación que abrigo hacia S. M. I. y R.

»La mediación de V. A. I. es también uno de los motivos que aumentan el placer que experimento dando esta prueba tan clara de mi afecto á S. M. el Emperador; no podía confiar en mejores manos dicha espada, que depositán-

(1) El Emperador á Murat (8 de Abril).
(2) El Emperador á Murat (9 de Abril).
(3) 28, 29 y 30 de Marzo de 1808.

dola en las de V. A. I. y R., tan dignas por tantos títulos, merecedora de la confianza y de la estimación de S. M. el Emperador, no solamente por los lazos de sangre que á ella le unen, sino, además, por las hazañas gloriosas que le han grangeado un nombre universal, valiéndole la honorable distinción de ser su Lugarteniente en España.

»Espero que V. A. I. se apresurará á remitir á S. M. el Emperador esta célebre espada, con la carta adjunta que sobre ello he escrito, confiando además en que será cerca de S. M. I. y R. fiel intérprete de mis sentimientos hacia su Augusta persona, así como de los deseos que experimento de estrechar cada vez más la amistad y la alianza íntima que constituyen la felicidad de nuestro pueblo.

»Soy, con los sentimientos de estimación y de afecto más sinceros, de V. A. I. y R., su hermano,

FERNANDO.

»Madrid, 30 Marzo 1808.»

***

La *Gaceta de Madrid* del 5 de Abril de 1808 confirma cuanto va expuesto, entresacado de interesante volumen (1) publicado recientemente por el conde Murat. La Forest nada nos dice en su interesantísima correspondencia, porque aún no había llegado á Madrid. Pero basta con lo que contiene la obra de Murat y con lo que manifiesta el órgano del Gobierno de entonces, para alcanzar el grado de sumisión á que se había llegado.

El 4 de Abril de 1808, según Toreno, por virtud de Real orden dada al caballerizo mayor, marqués de Astorga, se condujo la espada al alojamiento del duque de Berg, con el ceremonial que sigue:

En el testero de una rica carroza de gala se colocó la espada sobre una bandeja de plata cubierta con paño de seda «de color punzó», guarnecido de galón ancho brillante y fleco de oro; al vidrio se pusieron el armero mayor honorario D. Carlos Montargis y su ayudante D. Manuel Trotler. Esta carroza iba conducida por un tiro de mulas con guarniciones también de gala, y á cada uno de sus lados caminaban tres lacayos del Rey con grandes libreas, como asimismo los cocheros.

Dentro de otro carruaje, también con tiro y dos lacayos á pie, iba el caballerizo mayor, marqués de Astorga, acompañado del teniente general duque del Parque, capitán de guardias de Corps.

Precedía á este coche un correo de gabinete, y al estribo izquierdo cabalgaba el caballerizo de campo honorario D. José González, «según corresponde uno y otro á la dignidad de caballerizo mayor en tales casos». Concurrió al acto, «de orden de S. M.», una partida de reales guardias de Corps, compuesta de un subbrigadier, un cadete y veinte guardias, de los cuales cuatro rompieron marcha, y los demás seguían detrás de la carroza en que iba la espada.

(1) *Murat, Lieutenant de L'Empereur en Espagne;* Paris, 1897.

En esta disposición, se dirigió el acompañamiento, á las doce del día 31 de Marzo (1)—habla la *Gaceta*—, desde la casa del marqués de Astorga á la en que se halla hospedado el serenísimo señor gran duque de Berg; luego que llegó la carroza en que iba la espada, se apearon los dos armeros, y, tomando el honorario la bandeja con ella, aguardaron á que lo verificasen el señor caballerizo mayor y capitán de guardias, y subiendo delante de SS. EE. hasta el salón en que esperaba el gran duque...

Una vez allí, con todas aquellas ceremonias que tan justamente califica Arteche de «degradantes», tomó la bandeja el marqués de Astorga, y luego de entregarle la carta de Fernando VII, tras una «corta arenga», presentó la bandeja y la joya histórica á Murat, quien expresó de esta suerte sus sentimientos:

«Recibo y toco con un santo respeto el arma de un bravo. Si la jornada de Pavía puso en poder de los españoles un trofeo de tanta gloria, esto no empañó en nada el nombre francés, porque la fortuna es veleidosa.

»Este arma ocupará en adelante un lugar en el seno de la capital de una gran nación donde florece la bravura... Ella recordará á los siglos venideros el siglo del gran Napoleón y el siglo de Carlos V. ¡Acaso sea también la garantía sagrada de una amistad constante entre las dos naciones, y la consolidación para siempre de los lazos de buena armonía que les unen!»

Concluído este acto, la comitiva retornó á Palacio para «dar cuenta á S. M. de haber cumplido su comisión».

La tiranía de gloria que el Emperador ejercía, y singularmente la embarullada política planteada y desarrollada desde Bayona, no le dejaban tiempo ni humor para descender á ceremoniales é historias, ajenos al propósito tenaz de amarrar España al carro del flamante remedo de Imperio romano por él instaurado en la Europa revolucionaria. Y así, prestamente, acremente, decía en 6 de Abril á su cuñado:

«La espada de Francisco I no valía la pena de que hicieseis aparatosas ceremonias en estas circunstancias. Francisco I fué Rey de Francia, sin duda, pero era un Borbón; y su espada no fué, por otra parte, tomada por los españoles, sino por los italianos...»

Sobradamente sabía él que Francisco I era un Valois, y que manos españolas, y no italianas, fueron las que le apresaron en aquel memorable día de 24 de Febrero de 1525. Mas así era su condición de injuriante, y á tal punto había llegado su imperiosa voluntad de César.

Barajaba la historia con saña, como barajó los pueblos á su antojo, y quiso realizar idéntico sistema en España.

Y ésta fué su gran laceria, laceria esencialmente de estadista, que no podía, como no pudo, enmendar el Capitán, dado que ha sido, es y será una verdad que la guerra es una humilde servidora de la política.

José Ibáñez Marín.

---

(1) Arteche no dice el día; Toreno ya hemos visto que señala el 4 de Abril

# Homenaje á Curros Enríquez

## ELOGIO DEL POETA

Tuve yo noticia por primera vez de sus obras en el Incio. Analizaba Benigno Quiroga la psicología gallega, y, atribuyendo á la tranquila belleza de sus valles y al color brumoso de su cielo la melancolía que refleja el carácter de sus habitantes, nos daba como prueba de sus asertos el sello especial de la poesía gallega. Alguien citaba los cantares de Rosalía de Castro, cuando uno de sus hijos trajo el volumen titulado *Aires da miña terra*. Tener el libro y empezar á hojearlo, fué todo uno.

La casualidad hizo que nos fijáramos en el «Nouturno».

Era el anochecer, y la hora y el paisaje algo agreste de aquel valle parecían responder á la primera estrofa, en que la mano maestra del poeta traza en cuatro versos un admirable cuadro de paz y de reposo:

D' aldea lexana fumegan as tellas;
detrás d' os petoutos vay pondos' o sol;
retornan pr' os eidos co' a noite as ovellas
triscando n' as veiras o céspede mol.

Pero esos cuatro versos, que ponen calma en el espíritu y bienestar en el alma, preceden á otros cuatro que, con rudo contraste, evocan la figura del Dolor, encarnada en un anciano que trabajosamente sube la cuesta del monte:

Un vello, arrimado n' un pau de sanguiño,
o monte atravesa de car' o piñar;
vay canso; unha pedra topou n' o camiño,
e n' ela sontouse pra folgos tomar.

Y apenas esbozado así el protagonista, surge la nota característica de la poesía, la voz de la Naturaleza, que responde indiferente á la angustia de los mortales:

—¡Ay!—dixo—. ¡Qué triste,
qué triste eu estou!
Y un sapo q' o oía
repuso: *¡Cro, cro!*

Queda un momento suspenso el ánimo, presintiendo el obscuro drama que el poeta prepara, y que aparece en las dos siguientes estrofas, síntesis desgarradora de la desgracia humana, que el pobre anciano refiere en términos familiares á los paisanos de Galicia. ¡Cuántos las recordarán al oir sonar la campana de la torre!:

¡As ánemas tocan! Tal noite com' esta
queimóusem' a casa, morreum' a muller;
ardeum' a xúgada n' a corte y-a besta,
n' a terra a semente botous' a perder.

Vendín pr' os trabucos vacelos e hortas,
e vou po-lo mondo d' enton a pedir;
mais cando non topo pechadal' as portas,
os cans sayenm' elas e fanme fuxir.

¡Pobre criatura! ¡Cuál se encoge el corazón y se cierra la garganta ante su cruel abandono! Él llora; ¿quién le oirá? Ningún ser humano le tiende la mano; pero en medio del silencio suena la voz misteriosa de la Naturaleza, que le habla el lenguaje de lo infinito, y al oirla el caminante, parece entenderlo, y le dice:

Canta, sapo, canta:
ti e-eu! somos dous!
y-o sapo, choroso,
cantaba: *¡Cro, cro!*

Á cuya respuesta, para todos, menos para él, ininteligible, desborda la amargura de aquel corazón herido, y, comparándose con el mísero ser que suspira en la obscuridad, solloza estas palabras:

Soliños estamos entrambos n' a terra;
mais n' ela un buraco ti alcontras y eu non;
á ti non te morden os ventos d' a serra
y á min as entrañas y-os osos me ron.
Ti, nado n' os montes, n' os montes esperas,
de cote cantando, teu término ver;
eu nado entr' os homes, dormendo entr' as feras,
e morte non hacho, si quero morrer.

Y mientras estas palabras, que parecen lágrimas, caen de sus labios, la campana de la vieja torre lanza al aire su melancólico tañido, cuya vibración despierta en el alma la idea de un ser supremo que, allá en la noche, en la obscuridad y en la desgracia, nos habla de algo que nuestro espíritu ignora, pero que presiente como su única redención. Y entonces el alma dolorida exclama aquellos dos versos en los cuales la amargura se confunde con la desesperación:

Xa tocan... recemos,
que dicen q' hay Dios!

Exclamación que el poeta recoge diciendo:

Él reza, y-o sapo
cantaba: *¡Cro, cro!*

Pero esto no basta. Faltaba algo en ese cuadro de suprema tristeza: faltaba el desenlace del drama. Era precisa la nota que enlazase la primera estrofa con las demás, y viniese á resumir el poema de lágrimas y angustias:

A noite cerraba, y-o rayo d' a lua
n' as lívidas cumes comenza á brillar;
curisco que tolle n' os albores brua
y escoitase ó lexos o lobo ouvear.

O probe d' o vello, c' os anos cangado
erguouse d' a pedra y-o pau recadou;
virou par' os ceos o puño pechado
e car' os touzales rosmando marchou.

Y así desaparece la visión entristecida. Aquella silueta del mendigo errante parece la síntesis de la existencia humana. El cuadro en que se destaca, el cantar melancólico del sapo, la infinita tristeza de la versificación, son una página de sublime pesimismo que sólo encuentra semejante en el *Resorgimento* de Leopardi. La inspiración inimitable de Curros Enríquez supo agrupar magistralmente los elementos todos de la existencia. La Naturaleza, que vive, sonríe y dura; el ser humano, que sufre, marcha y desaparece en la noche, y el destino fatal que enlaza ambos términos, y que Curros Enríquez resume en la última estrofa:

C' os ollos seguindo-o
n' a escura extensión
o sapo quedouse
cantando: *¡Cro, cro!*

El gran Quintana, en una inspiración semejante, lanza al espacio su vigoroso acento, y, elevándose sobre la miseria humana, exclama:

Y el mundo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío,

Curros Enríquez dice eso mismo á sus olvidados, tristes paisanos; pero se lo dice en el único lenguaje en que pueden entenderle; en su forma especial, inimitable, poética. Porque nadie que haya leído esta poesía, pensando y revolviendo en su memoria sucesos y momentos que se asemejen á los dolores del viejo y desgraciado caminante, dejará de repetir, humedecidos sus ojos y temblorosa la voz, aquella desgarradora frase del «Nouturno»:

Xa tocan... recemos,
que dicen q' hay Dios!

***Segismundo Moret.***

Madrid, 29 de Marzo de 1908.

---

# POESÍAS

O reiseñor gallego que entora
cantigas tan fermosas qu' asombraron
ó mund' enteiro cand' abríu o bico
pra gabar o qu' é dino de gabalo,
aquil poeta que levou na testa
unha croa de lus, o soberano
xenio qu' ergueu un moniment' aterno
a Virxe do Cristal, n-aqueles cantos

pechóu os ollos lonxe da terriña
mais torn' á ela pra topar descanso.
Retorn' ôs patreos lares cubizoso
dos aires d' esta terra; ven buscando
no garimoso colo de Galicia
un leito con calor pr' o destarrado.
Non lle labredes mármores preciosos,
que nunca por él foron cobizados.
Deixad' os mausoleos pr' os que morren
e poiden esquencerse; mais o bardo
qu' ô nome de Galicia dou tal groria
faguendoó com' o Sol brilar tan alto,
nunca poide morrer. Esta durmindo.
¡Podémolo gardar: non enterralo!
¡Non morreu, non! Enmudeceu tan soilo
c' o pesar de vivir en lar estrano.
Non lle fagás, ¡por Dios!, leito de pedra
que lle será moi dur' e mancarado.
Fagueill' un niño antr' escondidas frondas
coma colo de nai acurrunchado.
Galicia sin ventura, nai chorosa,
xa tes no colo o fillo idolatrado.
Outros fillos amantes cho trouxeron
¡axinollate, patrea, pra abrazarlos!
¡Viñeron de tan lonxe para traguelo...
qu' ese favor xa nunca veras pago!
Agradece ese don que non ten preceo,
amostra que non tés un peit' ingrato.
Amostra no qu' escimas o tesouro
que che traen esos fillos de regalo,
e pr' o filliño que durmido chega
cansiño de loitar, o mal pocado!
Fai un leito de frores moi moliño
pra que no sono ô fin tope descanso,
de lirios e de brancas margaridas
bord' a unha rica saba pra empanalo
de caraveles e de frescas rosas
pra lle cobril-o leito tex' un manto.
De loureiros e olentes madreselvas
con roseiros espiños enlazados
fai as curtinas pr' escondel-o niño,
deix' as verxas de ferro pr' os escravos.
Non durmido encarceles o poeta
que non ha de fuxir com' un malvado.

Pr' os ambiceosos e os soberbos deixa
os mármores e os ricos alabastros,
que poetas tan grandes non precisan
de golpes de cincel pra relembrarlos.
Pon antr' as rosas unha imaxe linda
da Virxe do Cristal qu' él quixo tanto
e xa verás, Galicia, que contento
dorme os pes da sua dona, o noso bardo.

***Filomena Dato Muruais.***

## Á CURROS ENRÍQUEZ

O xenio hé ser estraño e vagabundo,
e do alto obten suas soberbias galas;
e as añoranzas d' un ignoto mundo,
soe traer nas suas xigantes alas.
.....
.....

Seu gran xenio o levou. O luminoso
mundo do ocaso demandou fervente,
para avivar seu estro poderoso,
nos fulgores do Trópico candente.

Apricóu sobre o círculo abrasado
sua frente ansiosa; mais con forza dura
da inspiración o rayo sublimado,
abrasou sua mísera envoltura.

E pois seu xenio estrémio xa perdemos,
seu resto honrare como honor demande;
e o seu xácigo ilustre siñalemos
dicindo á todos con orgullo:—Un grande.

***Eduardo Pondal.***

Ponteceso, 20 de Marzo de 1908.

# SAUDO

Saúde, compañeiros do loitador xigante,
da alma solitaria que tanto nos amou...
Saúde, hirmans queridos do trovador errante
qu' a terra en que nacera hastra morrer lóou.

Él foi dos longos mares âs illas misteriosas
das penas prisioneiro e altiva a honrada sen,
creeu... dudou... cingueuse d' espiñas mais que rosas,
¡sufreu! para aldraxalo non ten razón ninguén.

Él era quen das noites de lua crara, inxentes,
os ritmos vagorosos sabía adiviñar:
maldixo dos tiranos, dos déspotas serpentes,
e tuvo pr' a virtude seu peito sempre altar.

Eu veño, alá d' Aurosa, das prayas feiticeiras,
das rías briladoras tinguidas de zafir,
dos vales prefumados, das vírxenes ribeiras
aos vosos frolecidos e célticos xardins.

Eu veñu, nobre Cruña, c' o corazón doente
do morto idolatrado seus restos á bicar;
o labio esmorecido, sin luz na torva frente,
o pensamento murcho, a lira sin cantar.

Saúde, camaradas do loitador xigante,
da alma solitaria que tanto nos amou...
Saúde, hirmans queridos do trovador errante
qu' a terra en que nacera hasta morrer lembrou.

***Lisardo Barreiro.***

# SURSUM CORDA!

Á la muerte del poeta gallego Manuel Curros Enríquez.

¡El fué!...
(MANZONI.)

*¡Alzad los corazones! ¡Él fué!...* Sobre las olas
yo vi volar un alma, vestida de aureolas,
cubierta por un dívago y misterioso tul...
Las olas se encrespaban, batiendo en el rocaje,
en los cantiles negros con ímpetu salvaje,
entre la espuma eléctrica de nuestro mar azul.

La vi llegar, volando, en la extensión desierta...
Era el fulgor del alma; era una luz ya muerta...
Buscaba el suelo idílico y triste en que nació...
Cayó sobre el escudo, cual gladiador romano,
y el *Genio* de la Patria, al extender la mano,
*¡Oh, mi Galicia, espérame!,* muriendo, pronunció.

La vi. Pasó el suspiro. En brumas de tristeza,
do lo mundial acaba y lo divino empieza...,
saltáronse las lágrimas, ¡sólo pensando en *él!*
De Dios á la mirada se estremeció el espacio...
Cubrióle, compasivo, con alas de topacio
el ángel implacable, ¡el pálido *Azrael!*

¡Cayó!... Y estalló el lloro. Oyéronse suspiros,
de penas y sollozos; en los revueltos giros
la muerte fué..., y atónita la Patria se humilló...
¡El poeta de la raza; el poeta de la vida!
El que cantó los lares, con rima no aprendida,
y fustigaba impávido á aquel que en odio ardió...

¡Luchó!... Campeón del alma, buscó el germen divino...,
las *Triadas* de otros tiempos de amores..., el destino.
Cortó la Parca lúgubre las sartas de oro y luz.
Orfebre de la rima; artista imponderable;
cantor de nuestra tierra; el genio de inefable
misterio... subió al Gólgota. También llevó su cruz...

La gaita rumorosa que, cuando canta, llora;
los pinos que murmuran, con nota arrulladora;
el agua chispeante, que es lira de cristal...

El mar azul que gime, de arena áurea en los bordes,
los aires de la tierra..., se funden los acordes
y cantan al unísono su endecha celestial...

¡El canto de la muerte! ¡El canto de la nada
que se unen allá arriba, y en lluvia ya irisada
descienden, como en vértigo, de lágrimas de amor!...
Y la neblina vaga, que baja desde el cielo,
las flores de la vida perfumes de consuelo
y la *esperanza* fúlgida es folio del *dolor!*

Cantor de la tristeza; cantor de los amores;
cantor de nuestra Patria; cantor de los cantores;
de nuestra lengua espléndida fué el dulce Trovador...
¡Oh, *Campo de la Estrella,* donde la luz desmaya!
Alzadle en mármol párico la nítida *Walhaya*...
¡Al lado de la *Tórtola* que duerma el *Ruiseñor!*

Que duerma entre nosotros. Su carne es carne nuestra.
Alzadle allí su tumba. Que deje la siniestra,
profunda fosa y lívida que tiene allende el mar.
Sus huesos, sus cenizas, la sangre de su raza,
satura el sol del cielo que en oro nos abraza...
¡Queremos que su espíritu nos vele sin cesar!

¡Oh, la dulzura celta, nostalgias del gallego;
la bruma de la nada, que al genio dejó ciego;
el estertor fatídico que le venció falaz!...
¡Todo pasó!... ¡Oh, poetas del esperar de albores!
Sembrad del *Rey de canto* la tumba con las flores...
Su voz desde los cielos nos dice: *¡Creed y amad!*

***José de Pazos.***

# OTRA HISTORIA DE AMOR

## I

Al salir del Real, Gómez Pola y Serín iban lentamente, calle del Arenal arriba, lleno aún el espíritu de divinas armonías. Serín era un apasionado; Gómez Pola odiaba el sentimentalismo.

—Mire, amigo Serín; deje á un lado su gusto, y dígame: ¿hay ideas en Tchaikowski?

Serín se detuvo en medio de la acera, y, abriendo los brazos, todo vibrante de indignación, exclamó:

—¡Hombre!... Á mí no me hable de ideas en música. Háble me de sentimiento, de poesía...

—¡Bah!... Para eso Rossini.

Y Gómez Pola prosiguió la marcha, sonriendo, satisfecho de la ironía. Pero Serín, mortificado en su orgullo de *amateur,* lo retenía, agarrándolo por un brazo:

—¡Hombre!... Lo primero es escuchar. Si no me escucha, mal puede comprenderme. Digo lo del sentimiento...

—¡Caramba!... ¡Vuelta con el sentimiento!...

Y, como no queriendo incomodarse, Gómez Pola aseguró la chistera sobre su cabeza, y continuó murmurando mientras miraba complacido los efectos de la luz al reflejarse en sus zapatos de charol:

—Yo no sé cómo hay quien hable de sentimiento en pleno siglo veinte... Vamos, que no me lo explico...

Y volviéndose rápidamente hacia Serín:

—¿Quiere que le diga la palabra definitiva sobre Tchaikowski? ¿Lo quiere?... Pues... ¡Tchaikowski es hueco!

Serín quedó anonadado.

—¡Hombre!... ¡Tanto como hueco!...

Y con una rápida transición:

—¡Adiós, Pepe!

Pepe se acercó, diminuto, nervioso, envuelto en el gabán. No se veían de su cara sino los grandes bigotes enhiestos.

—¿Adónde se dirigen?... ¡Demonio!... ¡Cómo ha refrescado el tiempo!... Así vienen las pulmonías. Estos cambios... Yo voy aquí, á La Mallorquina, á tomar un chocolate. Padezco de debilidades. ¡Esta vida!

Gómez Pola sonrió, levemente irónico:

—No se puede ser Don Juan, querido Pepe.

—¡Oh, yo!... Las ocasiones, nada más que las ocasiones...

Y, satisfecho, procuraba erguirse sobre las puntas de sus coquetones zapatitos. Serín reía.

—¡Las ocasiones!... ¡Buenas están las ocasiones!... ¡Tú, que eres una fiera!... Esos bigotes...

Y el pobre Serín se acariciaba el labio superior, donde, de trecho en trecho, crecía un pelo vergonzante. Su desesperación: ¡no tener bigote! Después agregó:

—Yo también me voy á tomar chocolate contigo. ¿Y usted no viene?

—Gracias. No tomo chocolate. Eso está bien en ustedes, que admiran *El barbero*. Á mí, Wagner y cerveza. Me voy á la plaza de Santa Ana. Adiós, señores.

Se separaron. Serín y Pepe entraron hablando en La Mallorquina.

—¿Y la de luto?

—La vi de nuevo anteayer... No; espera... Sí, sí; anteayer, en...

Gómez Pola, con las manos en los bolsillos y el cigarro en la boca, atravesó la Puerta del Sol, y por la carrera de San Jerónimo y la calle del Príncipe, se dirigió á la plaza de Santa Ana. Entró en una cervecería.

—¡Hola, Pepe!

El mozo correspondió al saludo con un: «Muy buenas, don Carlos», y le colocó delante un gran *bock* de cerveza.

Gómez Pola miraba la vida por el lado bueno. Rico, joven, sin vicios transcendentales, espíritu cultivado y curioso, hacía gala de un escepticismo que, en realidad, no existía; en el fondo era un buen muchacho, bastante inteligente, y que se había propuesto, como fin único, gozar sabiamente de todas las cosas buenas que hay en la vida, y no acordarse de las malas. Después de haber oído buena música, y teniendo delante un *bock* de cerveza, Carlos Gómez Pola se sentía feliz. Sus reflexiones eran de color de rosa. Únicamente le faltaba conversación.

—Oye, Pepe. ¿No vino por aquí esta noche ningún amigo?

—No, señor; nadie.

—Es raro.

Comenzó á tararear un trozo de la overtura de *Los maestros cantores*. Después pensó: «Tendré que irme ahí enfrente. Acaso esté Manolo.» Pero no acabó de decidirse.

—¡Hombre, Pola!... ¡Al fin te encuentro!... Buscándote por todas partes desde anteayer... Pero, ¿dónde te metes, chico?

—Pues, donde siempre. Ya tenía ganas de verte yo también.

Y pensó: «Ni que me hubiera oído. ¡Qué oportunamente llega!»

—Bueno, Polita, bueno. ¿Qué cuentas, hombre? ¿Has estado en el concierto?

—De allí vengo.

—¿Y qué tal?

—Regular. Demasiado Tchaikowski. Á la gente le gusta. ¡Qué idiotas! Siempre seremos así los españoles: enamorados de la bambolla.

—No te hago caso, Polita; no te hago caso. Para ti es malo todo lo que no sea Wagner. Hay que tener un espíritu más amplio. Y Tchaikowski hace cosas bonitas.

—¿También tú, Manolo? Sólo falta que me vengas á hablar de sentimiento y de poesía, como ese imbécil de Serín...

Manolo, que en aquel momento bebía un trago de cerveza, estuvo á punto de atragantarse, acometido de un violento ataque de risa al escuchar estas palabras de Gómez Pola.

—¿Has discutido con Serín? ¡Vaya, hombre! ¡En qué momento se me ocurre elogiar á Tchaikowski!...

Y siguió riendo.

—Bueno, Manolo; acaba de reir. Di: ¿para qué me buscabas?

—¡Ah! Es verdad... Pues te buscaba porque eres un hombre inteligente.

—Gracias. Pero no veo...

—Ahora verás. Me suceden cosas que sólo puedo contar á un hombre inteligente. Me acordé de ti, y te busqué: ése es el secreto

—Vamos: te has acordado de mí para colocarme una historia. Gracias...

—No te asustes, Pola; la historia te interesará. ¡Si vieras qué feliz soy!

—¡Caray! ¿Á que es una historia de amor?

—Adivinaste. De amor; de amor terrible.

Gómez Pola se humanizó. Las historias de amor eran su flaco. Se las daba de conocer á fondo el corazón femenino, y todos sus amigos lo escogían como confidente y consejero. Manolo—alto, un poco desgarbado, pelo crespo, rostro cetrino, ojos inteligentes, vivos, inquietos; hombre de tan extraordinaria expresión al hablar, que todo él vibraba al ritmo de su voz—comenzó á contar su historia.

—¿Sabes, Pola? ¡La encontré! Á ella, ¿sabes? Á *Ella,* así, con letra mayúscula. ¡Qué ojos, Pola! Hay en su interior un mundo espiritual. Se los mira, y es como si se mirase un abismo: producen el vértigo de lo insondable. Y, además, parece que todo en ellos es amor; un amor dulce, dulce... Un mar de amor inmenso. Al mirarlos, siento un deseo inexplicable de anegarme allí, de sumergirme todo, alma y cuerpo, en aquel mar de amor, en aquel misterio, y de desaparecer en él, fundiéndome, convirtiéndome en su mismo espíritu y en su misma materia.

Iba hablando con arrobamiento entusiasta, de un modo concentrado, intenso, apagada la voz voluntariamente, como si temiera que con ella se marchase el secreto de una felicidad poseída, y con ella se perdiese.

—Nunca vi otros ojos iguales, Pola. Son negros como la noche, y, como la noche, tienen dentro todos los sueños: los trágicos y los dichosos. Y es un poder de sugestión tan grande el que ejercen sobre mí, que en cuanto los miro ya estoy soñando...

Gómez Pola interrumpió:

—En efecto; y creo que ni necesidad tienes de mirarlos: basta con que los recuerdes.

Manolo quedó un poco desconcertado.

—¿Lo dices por esto que te cuento?

—Claro. ¿Quieres mayor sueño que el de ver tantas cosas dentro de unos ojos?

—Eso prueba su virtud. Unos ojos vulgares, ¿tendrían tal poder?

—Es cierto. Deben de ser muy bonitos los ojos de esa muchacha... Pero, dejándolos á un lado, dime: ¿quién es?, ¿dónde la conociste? Explica algo, porque hasta ahora no has hecho otra cosa que hablarme fantásticamente de sus ojos, y, ¡vive Dios!, que, á juzgar por lo que les prodigas los elogios, casi estoy por creer que es lo único en ella elogiable.

Manolo tuvo un movimiento de indignación.

—¿Lo único? ¡Estás fresco, Pola! Por esta vez te equivocas en tus presunciones de medio á medio. En ella todo es elogiable, Pola; todo... ¡Y qué bondad! ¡Qué espíritu comprensivo! Es una de las mujeres más inteligentes que conozco. En fin, juzga cómo será, que yo estoy decidido, pero decidido en absoluto, á casarme con ella...

—¡Manolo!...

—No te asombres, caray, no te asombres... Tengo la seguridad de que si tú encontraras otra mujer así, que realizase tu ideal, que te comprendiera como ella me comprende, harías lo mismo que yo... Tú sabes lo que pienso en esa materia; cómo he corrido siempre tras esa mujer, espíritu gemelo del mío, capaz de seguirme en todos mis sueños y aventuras, y lo que odio á la otra mujer, la vulgar y casera, que todo lo tiene en orden, y es incapaz de remontarse hasta vivir un poco la bella vida ideológica que es mi ambición... Tanto tiempo busqué sin fruto aquella mujer, que ya desesperaba de que existiese, y comenzaba á resignarme á pasar la vida solo con mis sueños. Pero, al fin, ahí está, Pola, ahí está. Encontré la compañera, la que puede seguirme en la fantasía y en la realidad... ¡Qué espíritu el de esa mujer, Pola!...

—¿Y cómo se llama?

Quedó Manolo callado un segundo; después dijo con cierta turbación:

—Pues..., chico..., todavía no sé.

Lleno de una indignación terrible, saltó Gómez Pola:

—Pero, hombre... ¡Esto sí que tiene tres pares de bemoles!... ¿De modo que no la has tratado aún?... ¿Que todo eso que me has contado es una fantasía?...

—No; fantasía, no. Es una realidad. Los ojos no engañan, y yo he leído en los ojos de esa mujer todo lo que te he dicho... ¿Crees que unos ojos así pueden pertenecer á una mujer vulgar? Di, hombre, ¿crees eso?

—¿Pues no lo he de creer? Si precisamente en los ojos de las mujeres no hay sino lo que se pone. ¿Sabes de algo más misterioso, más inquietante que los ojos de una idiota?

—Hombre, no; idiota, no. Ésta no es idiota... ¡Caray!... ¡Pues no faltaría más!...

Y Manolo accionaba de un modo violento al rechazar aquella acusación indirecta. Gómez Pola, vuelto á su imperturbabilidad, sonreía ante las frases acaloradas de su amigo.

—Vaya, Manolito, tranquilízate; no tomes las cosas por donde queman.

¿Cómo voy á suponer que esa muchacha sea idiota, si no la conozco? Solamente quise hacer un argumento.

—Pero me dolió, Pola; me dolió. Tú no sabes lo que yo quiero á esa mujer.

—Estás coladísimo, y eso es malo. Vas para calzonazos.

Se levantaron y salieron.

Las calles, silenciosas, solitarias, más iluminadas por la luna que por los faroles, encantaban á Gómez Pola. Aun en noches de frío, en las claras noches de Enero, soportaba la helada crudísima para vagar sin rumbo por ellas, soñando. En aquélla, la temperatura era suave, y los árboles olían á primavera.

—¡Es lástima que esté cerrado el Retiro! Daríamos un paseo delicioso, ¿eh, Manolo?

—Podemos ir á la Castellana. No sabía que te gustaban los paseos nocturnos.

—Me encantan.

—¿Y á mí? En la tierra, de muchacho, escapaba de casa y marchaba por el campo, en el gran silencio. ¡Qué miedos pasé!

—Yo me acordaré toda la vida de una noche, hace dos ó tres años. Valflores y yo salimos del Casino de San Sebastián á las tres de la mañana, y marchamos todo á lo largo de la orilla del mar. No había luna; sólo estrellas. Las cosas se presentían, porque era imposible verlas... ¡Qué grandeza!...

—¡Cómo se siente la inmensidad!, ¿eh, Pola?

Y así, entre evocaciones y recuerdos, marchaban los dos calle de Alcalá abajo, haciendo sonar fuertemente sus pasos sobre el asfalto de las aceras. En Recoletos volvieron á hablar del amor de Manolo.

—¿Dónde la viste?

—En la Casa de Campo; no falta un día... Hasta esa coincidencia, ¿eh?

—Sí, hombre.

—Va con un viejo que debe de ser su padre. Un señor muy simpático, con unas barbas evangélicas. Ahora ya me espera todas las tardes. Hoy me sonrió, y yo la saludé.

—¿Y el viejo?

—No nota nada.

—Ó hace que no nota.

—Pero, hombre, ¡que has de ser tan mal pensado!

—¡La experiencia, Manolo!

Callaron. Por la plaza de Colón atravesaba el último tranvía, lleno de luz, resonante en el gran silencio. Al desaparecer, los envolvió de nuevo la paz de la noche, á que daban aún mayor solemnidad los hoteles envueltos en tinieblas, tras los árboles, llenos ya de hojas. ¡Misterio de palacio encantado, perdido en la espesura de un bosque sin nombre!

—¡Ay, Pola! Tú no puedes figurarte lo que yo quiero á esa muchacha. Es una pasión como ninguna, como creí que no la tendría nunca. ¡La pasión por el ideal, chico! Porque ésa es, ¿sabes? ¡La pasión por el ideal!

Gómez Pola aclaró pedantescamente:

—Sí, comprendo. Hay ahí los dos amores: el corriente del hombre á la mujer, y el especial del artista á su creación.

—Eso, eso. Muy bien, Polita; tú lo has dicho; tú has dado en el clavo. ¿Ves ahora lo que yo tengo que querer á esa muchacha?

—Sin embargo, debes esperar. La precipitación es peligrosa en estas cuestiones. Lo primero es tratarla...

—Tienes razón; pero estoy seguro de que no me desencantará: lo juraría. Y, en cuanto la conozcas, pensarás lo que yo.

—Hombre, sí. Creo que debes enseñármela.

—Pues ven mañana á la Casa de Campo.

Hubo un momento de silencio, y después Manolo comenzó á soñar. Toda una vida de venturas inefables y románticas, poema ideal de dos almas amadas de la Poesía, fué cantada por él—el buen artista—en el bello silencio perfumado de aquella noche, bajo las estrellas, entre árboles. ¡Oh madre obscuridad, diosa de los sueños, sugeridora inimitable de nobles fantasías! ¡Cómo amaste al poeta aquella noche!

## II

—¡Qué calor!

—No corresponde á la época en que estamos. Aún han de venir fríos.

Gómez Pola se detuvo bajo un árbol de tupido ramaje, buscando la sombra, y se limpió el sudor que corría por su frente. Después, sintiéndose humanitario, comenzó:

—Lo que se necesita es lluvia. Está reseca la tierra, y si no viene agua se perderán las cosechas. Eso es lo importante.

—No sigas, Polita. ¿Tú qué entiendes de eso?

Á Pola le molestó que se pusiera en duda su ciencia agrícola.

—De eso entendemos todos un poco. Además, yo me crié en el campo, y siempre tuve afición á las cosas de la agricultura.

—¡Bah! Lo que menos te preocupa á ti es que se pierdan ó no las cosechas. ¡Todo el dinero lo tienes en papel del Estado!

Gómez Pola se sintió muy ofendido.

—¡Hombre, Manolo! ¿Crees que yo no pienso más que en mí? No sé qué motivos tienes para dudar de mi interés por los otros. Lo que hay es que tú nos juzgas á los demás por ti mismo, y como á ti, fuera de la literatura, todo te importa un bledo...

—¡No, caray, no! No tienes derecho á decir eso... ¿No es el *Talión* una novela social? Pues ya ves que me preocupa alguna otra cosa que la literatura.

—¡Vaya una utilidad la del *Talión!* ¡Puro romanticismo! ¡Sociología romántica! ¡Lo mismo que nada!

—Yo no hablo de su utilidad, ni mucho menos la afirmo... ¿Pero me puedes negar la intención?

—¡Ah! ¡Bah!... De intenciones..., ya sabes. Aquí lo que se haga debe ser útil, útil. El *Talión,* como literatura, admirable; como sociología, hediondo... ¡Á estas alturas sociología sentimental!...

Y, metidos en la discusión, caminaban lentamente por la sombría alameda, cubierta del fresco follaje recién nacido, de verdor claro y alegre. La soledad era grande, y en el silencio de la siesta, se alzaban sonoras y airadas las voces de los dos amigos, arrojando á la Naturaleza floreciente sendos chorros de propósitos transcendentales.

—¡Unamuno! ¡Vaya una autoridad!... ¡Puras ideologías!... ¡Un misticismo deleznable!... ¡Nada más! ¡Aquí lo que sobra es eso; lo que hace falta son ferrocarriles! ¿Sabes, Manolo? ¡Ferrocarriles!... ¡Cosas prácticas!...

Se sentaron frente al lago.

—Por aquí vienen siempre. No creo que tarden.

Y siguieron hablando. Un guarda pasó con dos chiquillos que corrían persiguiéndose y chillando. Algún pájaro surcaba el aire rápidamente, describiendo sobre la resplandeciente superficie del estanque inmóvil, curvas veloces y harmónicas.

Comenzaban á llegar los paseantes. De cuando en cuando se oía rumor de coches. Unos señores pasaron á caballo, trotando ruidosamente, y desaparecieron tras una espesura de árboles. Volvió á reinar el silencio, la paz: aquel silencio casi campesino, recogido y dulce; aquella paz del ambiente luminoso, del agua dormida bajo el sol, del boscaje en calma.

Gómez Pola y Manolo callaron también, llenos los espíritus de la sensación de campo, tan intensa, tan extraña allí, á dos pasos de la ciudad odiada, de la ciudad febril y mentirosa: sirena que los torturaba y los atraía y de la que no podían huir. ¡Oh, su encanto agridulce, su misterioso poder incontrastable!

Y de pronto, Manolo:

—¡Allí vienen!

Inclinóse Gómez Pola hacia donde el dedo de su amigo señalaba, y miró lleno de curiosidad. Su rostro adquirió una gran expresión de asombro.

—¡Pero si es Conchita!

—¡Conchita!... ¿La conoces, Pola?

—Ya lo creo, hombre...

Y mirando á Manolo con los ojos llenos de burla, preguntó:

—¿Y es ésta la de los sueños, y el espíritu grande, *et sic de coeteris?*... ¡Estás fresco!... ¡Una muchacha que se duerme escuchando *Parsifal!*...

Manolo quedó anonadado.

—Es imposible, hombre; es imposible... Tú exageras.

Gómez Pola, levantándose, ratificó:

—Dormida..., profundamente dormida.

Y dejando á Manolo sumido en un mar de confusiones, se adelantó á saludar á Conchita y á su padre.

—¡Buenas tardes, don José! Y usted, Conchita, ¿qué tal?

Don José se detuvo, miró curiosamente, con ojos cansados, mortecinos, desde detrás de las antiparras, á Gómez Pola, y un rayo de alegría corrió por todo su rostro evangélico.

—¡Oh, don Carlos!... ¡Cuánto tiempo sin tener el gusto de verle!

Mientras, Conchita sonreía, también gozosa, y miraba de vez en cuando hacia el lugar donde Manolo esperaba, lleno de turbación. Esta escena duró poco. Gómez Pola era un buen amigo.

—¿Pasean ustedes?

—Sí, señor. Un paseo higiénico. Me lo recomendó Covisa, ya sabe usted, Ramón Covisa.

—Sí, sí; ya recuerdo.

—¡Un gran médico, don Carlos! Se lo recomiendo á usted para cuando necesite de la ciencia de Hipócrates..., que ojalá sea muy tarde... Eso es... Pues sí; me lo recomendó: un paseo por el campo, por el verdadero campo, todas las tardes... Y como á la niña tampoco le viene mal..., eso es..., pues aquí nos tiene usted diariamente.

—Sí, don José. Este es un lugar muy sano. El aire puro, además, no le hace daño á nadie.

—Eso precisamente es lo que yo digo.

—Pues si no soy molesto, tendré mucho gusto en acompañarles un rato.

—¡Por Dios, don Carlos!... ¡Molesto usted!... Al contrario, hombre, al contrario... Para mí un gran placer el de pasear con usted... Charlaremos como *in illo tempore*... Vaya, vaya...

—Pues, en ese caso, les presentaré á ustedes un amigo que está ahí... Hemos venido juntos... Persona recomendable, muy recomendable. Un literato distinguido, de gran porvenir...

—No siga, don Carlos, no siga. Siendo usted el presentador, el presentado reunirá todas las condiciones necesarias para gozar de nuestro aprecio.

—Pues entonces...

Así conoció Manolo á Conchita.

## III

Después de hablar con ella, de anegar su alma en la luz de aquellos grandes ojos negros, tan sugeridores, tan profundamente misteriosos, no desapareció aún la intranquilidad de Manolo.

«¿Se habría dormido oyendo *Parsifal?*»

¡Qué divinas sensaciones al lado suyo! ¡Qué dulzura de voz! Era música, verdadera música; era una voz toda armonía: voz maravillosa para recitar los versos de un poeta amado. Escuchándola hablar, toda el alma de Manolo vibraba, toda su inteligencia se recogía en un inmenso esfuerzo de atención. ¡Qué dulzura! Comenzaban las palabras á salir de sus bellos labios, y comenzaba Manolo á perder la noción de la realidad. Como si escuchara á Beetho-

ven. Su espíritu iba quedando sumido en una deliciosa vaguedad, como envuelto en una bruma de luz, y de pronto comenzaba á ascender, á ascender, arrastrado por una fuerza suavísima, á ascender por espacios apacibles y serenos, donde todo era de una indecible pureza... Pero...

«¿Se habría dormido oyendo *Parsifal?*»

Y sus manos... ¡Oh, bellas manos suaves, bellas manos finas! Eran blancas, como del más puro mármol; de un mármol que pareciese transparente conservando su opacidad real. Eran tenues y sólidas—paradoja que no lo es—. Manos para el gran amor, caricias y bofetadas. Aquella mano blanca entre unos cabellos negros... (Era Manolo el que soñaba.) Aquella mano blanca entre unos cabellos negros... Pero...

«¿Se habría dormido oyendo *Parsifal?*»

¡Oh, cuerpo divino, líneas de harmonía suprema! Los brazos... ¿Y la gran corona de oro de sus cabellos? Eran luz; luz de aurora y de triunfo, aquellos cabellos rubios, de un rubio pálido é impreciso. Tendidos en toda su amplitud sobre la espalda (era Manolo el que soñaba), tendidos en toda su amplitud sobre la espalda, ¡qué soberbia nube refulgente! Venus blanca, coronada de fuego; y las dos noches infinitas de sus ojos... Pero...

«¿Se habría dormido oyendo *Parsifal?*»

## IV

La tranquilidad volvió al espíritu de Manolo una bella tarde en que, sentado con Conchita frente al estanque de la Casa de Campo, hablaban de gustos y preferencias. Don José leía por quincuagésima vez *El sí de las niñas.*

—Yo no, Manolo; no. Las tostadas de manteca con el chocolate no las soporto.

—¡Ah! No me diga eso, Conchita; están riquísimas.

Manolo aprovechó la ocasión. Aquel era el momento de aclarar la duda, la terrible duda.

—Gómez Pola me ha dicho que se conocieron ustedes en el paraíso del Real...

—Sí; vamos siempre. Somos muy aficionados.

—Yo también. Es una verdadera pasión. Wagner, ¿eh?, ¡qué genio!

—¡Uy!... No diga eso. Yo no puedo con él, y mi padre tampoco. ¡Tenía cada disputa con Carlos!

A Manolo le latía el corazón con indecible apresuramiento. Era verdad; era verdad aquel horrible suceso. ¡Conchita se había dormido escuchando *Parsifal!* ¡Conchita no podía soportar á Wagner!

Y Conchita seguía hablando:

—Lo único que le gusta algo es el *racconto* de *Lohengrin,* sobre todo si lo cantan en castellano. Pero á mí, ni eso. Lo que me encanta es *El barbero.* ¿Y *Lucía?* ¡Qué rondó! ¡Qué delicadeza!

La mirada espiritual de Manolo abarcó un nuevo horizonte: Conchita amaba la delicadeza afiligranada, femenina... Natural. Wagner, genio vigoroso... Claro. ¿Cómo no se había de dormir oyendo sus obras? Un temperamento como el de aquella muchacha... Lo mismo que si la llevaran á ver un partido de *foot-ball*. Rechazaba lo grande, lo fuerte; gustaba de las miniaturas, de las delicadezas un poco convencionales... ¡Oh, la mujer ideal! ¡Qué femenina, qué eminentemente femenina se le revelaba durmiéndose mientras ejecutaban *Parsifal!* Decididamente: Gómez Pola no era un psicólogo.

Disipada así, por este razonamiento, la duda que una frase imprudente de su amigo había despertado en Manolo, ya no hubo para él en su porvenir amoroso sino dichas inefables. Todas se le revelaron de pronto en aquella hermosa tarde; fueron el triunfo de la primavera. Y entonces, arrebatado por un gran impulso lírico, le habló á Conchita de su amor, de aquel gran amor que ella le inspiraba. Conchita oía callada y confusa. Tuviera ya novios y ninguno hablaba de este modo. Todos eran de espíritu semejante al suyo, bien poco idealizador. Así, las palabras de Manolo, tan llenas de fantasía; su amor cantado con frases elocuentes, de aquella elocuencia exaltada é imaginista que fluía espontáneamente de labios del muchacho cuando comenzaba á soñar, fué para la niña de los grandes ojos en que estaban todos los sueños, como el hallazgo de algo grande y amado: algo presentido vagamente, y de tan singular belleza, que, con sólo presentirlo, el deseo de lograrlo surge en nosotros impetuoso y constante.

—Te adoro, Conchita; te adoro. Antes de que la vida nos pusiera frente á frente, te adoraba ya. Era un predestinado. Pensé en ti, y en ti esperé desde antes de saber lo que es amor. *Ella* vendrá, *ella* vendrá..., decía yo siempre, cuando una mujer en quien creía encontrarte pagaba en dolores mi amor. Y esta esperanza me sostenía: *ella* vendrá, la amada, la muy amada; aquella de los ojos en que están todos los sueños encerrados: tus ojos, Conchita. Mi principal amor es el ensueño; yo quisiera hacer de toda mi vida un gran ensueño de belleza pura, inmarcesible. Y ahora que te amo, tus ojos me darán todos los sueños que yo les pida.

—¡Por Dios, Manolo!... Mi padre...

Roja, confusa, no supo terminar. Manolo le cogió una mano. Don José seguía leyendo. Inmóvil, el estanque plomizo se llenaba de la refulgente púrpura del sol, próximo á su ocaso; una inmensa y dulce paz envolvía la arboleda, la tupida y sombría arboleda, rota en algún sitio por la mancha rosada del árbol del amor, ó por la mancha blanca de una casita. Todo era silencio; sólo los pájaros lanzaban al aire, tranquilo y aromado, la música regocijada de sus voces.

—Toda nuestra vida será así: un sueño de felicidad. Huir del mundo, apartarse de la vida... ¡Qué belleza!... ¿Conoces algo más odioso que esto de vivir?

Conchita comentó:

—¡Qué loco!

Emprendieron el regreso lentamente. En las largas alamedas, bajo la cubierta de ramaje, la luz iba palideciendo. Sobre el claro azul del cielo comenzaba á revelarse la nívea mancha de la luna. Callaban los pájaros, y en el silencio creciente se alzaba violento, apresurado, como en una puja impetuosa, el salvaje concierto de las ranas.

Manolo murmuraba todavía:

—Un sueño; nuestra vida será un largo sueño; un sueño múltiple, formado con todos los que hay en tus ojos, Conchita; en esos bellos ojos tuyos, en tus ojos sin fondo.

Ella se estremecía desde lo más íntimo de su ser con un estremecimiento nuevo. *Éste* la amaba. Sentía la verdad en sus palabras; y, sobre todo, en aquel estremecimiento ignorado y en la inmensa ternura que, al conjuro de la elocuencia del amante—elocuencia de las palabras y de los ojos, elocuencia de la voz intensificada, vehemente en su apagamiento voluntario—, iba invadiendo su espíritu y conmoviendo su cuerpo.

Despidiéronse al llegar á la cuesta de San Vicente. Ellos subieron al tranvía, y Manolo emprendió la marcha á pie, lento, abstraído en medio de la ruidosa balumba de carros y coches, en la atmósfera asfixiante de polvo que rodeaba las luces de una tenue nubecilla blanca, fosforescente. Iba todo lleno de amor.

## V

Eran las doce de una espléndida mañana de Septiembre. Calor intenso. La habitación en una simpática semiobscuridad. Gómez Pola dormía aún. Dormía y soñaba.

Alzábase la iglesia en el fondo de una gran plaza rodeada de árboles sin hoja. En la nave central del templo se agrupaba buen número de personas: los señores de frac; las señoras descotadas y con joyas y adornos en la cabeza; ninguna de mantilla ni de sombrero. Esto causaba á Gómez Pola mucha extrañeza. Se dirigió á un señor gordo y calvo, que veía por primera vez, y lo interrogó de una manera brusca:

—Oiga. ¿Por qué vienen las señoras con este traje á una boda?

El señor gordo y calvo respondió con vocecilla tenue y trémula que sorprendió extraordinariamente á Gómez Pola:

—¡Qué frío hace! Cogeremos una pulmonía.

Á Carlos le pareció descortés aquella actitud del señor gordo y calvo.

—Eso no es contestar. Diga usted: ¿por qué vienen las señoras con ese vestido á una boda?

El señor gordo y calvo daba diente con diente. Su pobre vocecilla volvió á oirse quejumbrosa:

—¿Por qué no cerrarán la puerta? Cogeremos una pulmonía.

Gómez Pola, exasperado, murmuró:

—¡Idiota!

A su alrededor, las señoras charlaban apresuradas y gesteras; los hombres permanecían tiesos, mudos, impasibles, con un extraño aspecto hierático. Carlos pensó:

—¡Estas mujeres! Tienen el privilegio de la inoportunidad.

Y, lleno de indignación, se dirigió hacia el cura. Éste, sonriente y amable, leía cosas ininteligibles en un libro de encuadernación color de rosa, ante Manolo y Conchita, arrodillados, enlazadas las manos. Gómez Pola tocó en un hombro al cura y lo interpeló rudamente:

—¿Cómo consiente usted que las mujeres estén de este modo en la iglesia?

Al cura le hizo mucha gracia la pregunta.

—¡Ja..., ja!...

Rió á grandes carcajadas. Después cerró el libro, y, guiñando un ojo á Carlos, aseguró:

—Es una de las mujeres más guapas que he casado.

Gómez Pola recordó los artículos de *El Motín* leídos en sus jóvenes años de furioso radicalismo. «Era un escándalo la perversión del clero.» Pensaba en esto cuando un caballero flaco y huesoso, de elevada estatura y voz bronca, se les acercó, y, abrazándolos de un modo cordial:

—Hombre, Pola; usted que es padrino podrá acaso decirme... ¿Hay banquete?

El cura volvió á reir, y, dándole al recién llegado un golpecito en el estómago, soltó un «¡goloso!» con voz meliflua, que á los dos les hizo mucha gracia. Pero Gómez Pola llegó al colmo de su indignación.

—¡Señores!, ¿qué va á ser esto? Usted sobre todo, señor cura, ¿cómo olvida de tal manera los respetos debidos al sagrado ministerio que ejerce?

El rostro del cura enrojeció súbitamente:

—¿Y quién es usted para decirme á mi eso?

—Soy un caballero...

—Pues me dará usted una satisfacción.

—Ahora mismo.

El cura abandonó su libro en manos de un monago, y se dispuso á salir. Arrojó violentamente á un lado la estola, y comenzaba á desembarazarse de sus vestiduras cuando Manolo, que permanecía arrodillado con Conchita, levantó su voz quejumbrosa y doliente:

—¿Pero no acaba usted de casarnos?

El cura pareció volver en sí:

—¡Ah! Es verdad... Me había olvidado.

Y, recogiendo el libro, reanudó su lectura.

El alto y huesudo señor de la voz bronca cogió del brazo á Gómez Pola y se dirigió con él hacia un rincón sumido en la obscuridad. Los detuvo un leve murmullo que de allí salía. El señor huesudo tuvo una risa fina y significativa, que en él resultaba inconcebible:

—Son Pepe y Pilar. Hacen méritos para arrodillarse donde están esos desgraciados.

Y señalaba el grupo formado ante el altar por Manolo y Conchita. Después agregó:

—Vamos á otra parte. No me gusta estorbar.

Atravesaron la iglesia. Sus pasos resonaban fuertes, graves; las sombras los envolvían. Otro murmullo brotaba de detrás de una columna. El señor alto se limitó á murmurar:

—¡Caray!

Y, cambiando de rumbo, fué hacia el fondo de la iglesia. Una risa argentina, breve, sofocada, los detuvo. Gómez Pola no pudo contenerse:

—Esto es un verdadero escándalo.

El alto y huesudo señor de la voz bronca lo miró con ojos llenos de indulgencia amable y algo irónica:

—Se asusta usted de bien poco... ¿Usted no ha hecho nunca eso?

—¡Hombre!... En la iglesia...

—¡Ah! Pues ahí está el encanto precisamente. Amarse en la iglesia, ¡qué sensación de adorable satanismo! Es como realizar un robo en el Gobierno civil...

Y después, con una rápida transición:

—En fin..., hablaremos aquí. Todo será bajar la voz.

Acercó sus labios al oído del otro, y murmuró:

—Ya tenemos ahí al doctor.

Gómez Pola lo miró, sorprendido.

—¿Al doctor?

—Sí, hombre. Al doctor que ha de hacer el injerto.

Carlos no sabía qué pensar. «¿Estará loco este hombre?»

—Bueno, caballero; espero que usted se explique. No comprendo á qué injerto puede usted referirse.

El asombro se pintó en la cara del alto y huesudo señor de la voz bronca. Quedóse mirando á su compañero con los ojos muy abiertos, y, al fin, como decidiéndose á tomar un partido, comenzó á reir.

—Vaya con Pola. ¿Conque no comprende usted á qué injerto me refiero? ¡Ja..., ja! Tan bromista como siempre.

Gómez Pola se impacientó.

—¿Y cómo sabe usted que yo soy bromista, si hasta este momento no he tenido el honor de conocerle?

En el rostro de aquel señor se manifestó una viva inquietud. Indudablemente pensaba que Gómez Pola no tenía en estado muy perfecto sus facultades mentales.

—¿Pero habla usted de veras?—preguntó con voz conmovida, mirándolo con ojos llenos de compasión.

Gómez Pola afirmó:

—Y muy de veras. Le doy á usted mi palabra.

La inquietud del alto y huesudo señor se hizo más viva aún. Lanzaba miradas á todos lados, y procuró varias veces sonreir sin lograrlo. En toda su

fisonomía se retrataba una expresión de temor. Quiso cambiar de conversación, y al propio tiempo iba acercándose al grupo de los que se hallaban ante el altar.

—¿Ha visto usted cómo varió el tiempo?...

Gómez Pola le interrumpió:

—Bueno. ¿Pero quiere usted decirme?...

No pudo terminar la frase. El alto y huesudo señor de la voz bronca se había escabullido por detrás de una columna, desvaneciéndose en la obscuridad de una de las naves laterales.

A Carlos le preocupaba ya lo del injerto. Aquello quería decir algo. Pasado un momento, obsesionado, acercóse á un gallardo anciano de engomados bigotes y aspecto militar, que movía los labios muy de prisa, como rezando.

—¿Querría usted indicarme qué es eso del injerto?...

El anciano, sin mirarlo, respondió enérgicamente:

—¡No me interrumpa!

Gómez Pola hizo un gesto de contrariedad. ¿Sería cosa de no enterarse? Después insistió:

—Yo le rogaría que...

Volvióse entonces airadamente el anciano. Las engomadas guías temblaban de cólera; el entrecejo canoso aparecía fuertemente fruncido:

—¡Le repito á usted que no me interrumpa!

Dijo esto en tono imperativo que no admitía réplica. Después recobró tranquilamente su posición primitiva, y siguió moviendo los labios y las guías con un apresuramiento cómico. Gómez Pola pensó: «A este tío no se le podrá sacar nada.» Y siguió andando. De pronto se interpuso en su camino una figura amable:

—¡Hola, querido cliente! ¿Cómo va?

Era un señor muy agradable, de bella barba gris y gafas de oro. Gómez Pola se dijo regocijado: «¡Qué hombre tan simpático! Éste me lo va á contar todo.» Y lo cogió del brazo. Comenzaron en esta forma á dar paseos por la iglesia, departiendo de un modo amigable. El caballero de la barba gris tenía constantemente en los labios una sonrisa amable en que se adivinaba cierta finura irónica, de una ironía mundana y nada agresiva. Hablaban.

—¿Y qué tal, qué tal? ¿No le quedó á usted desarreglo ninguno á consecuencia de la operación?... Yo le recuerdo á usted siempre en aquel momento; no puedo olvidar su serenidad...

—¿Á qué operación se refiere usted?

—Al injerto.

Gómez Pola quedó desconcertado.

—¿Pero me han hecho á mí esa operación?

—Ya lo creo. Yo mismo.

El asombro que salió al rostro de Carlos pareció ser una revelación para el simpático señor. Acentuó su sonrisa, y los ojos, grises, acerados, dejaron

escapar una mirada penetrante y dura—la del hombre hecho á la observación del detalle casi imperceptible.

—Ya veo que, como sospechaba, la operación ha tenido para usted consecuencias enfadosas. Hasta ahora son pocos los casos en que el injerto no ha producido sino las ventajas. Por lo general, quedan los que lo han sufrido sujetos á perturbaciones de origen nervioso. Es una cosa que me preocupa; pero, hasta la fecha, no he encontrado el remedio...

—¿Y en mí, dice usted?...

—En usted noto ahora una agnesia indudable. Y si no, vamos á ver: ¿me recuerda usted á mí?

—No, señor. Creo que ésta es la primera vez que tengo el honor de hablarle.

—Muy bien. Ya son dos datos. Ni me recuerda usted á mí, ni recuerda haber sufrido la operación del injerto el día de su boda...

—¡De mi boda!... ¿Pero es que estoy yo casado?

La fisonomía del hombre de la barba gris se iluminó.

—¿Tampoco recuerda usted que está casado? ¡Hombre!... Es curioso. El más curioso sin duda de los casos que encontré...

Pero ya Gómez Pola, impacientado, decía:

—Estoy verdaderamente confuso... No le extrañará á usted... En fin, yo le ruego que, punto por punto, me explique lo que es eso del injerto y de mi matrimonio... Entre paréntesis: ¿usted es el doctor, y viene por Manolo?

—Sí.

—Muy bien. Ahora, ¿quiere usted explicarme?...

—Con mucho gusto. Hasta puede servirme de experimento para ver si, reproduciendo los hechos, se despierta en usted el recuerdo.

El doctor pensó un momento, y después, sin que de sus labios desapareciera la sonrisa ni por un instante, fué diciendo:

—Se casó usted hace cosa de diez meses. No he vuelto á ver desde entonces á su señora, pero recuerdo perfectamente que era alta y esbelta, de una gallardía de movimientos que le daba cierto aire..., ¿cómo diré yo sin ofenderle?..., cierto aire chulesco y un si es no es descocado... Usted perdonará, pero quiero que el retrato sea lo más exacto posible. Era muy morena, de cara algo mofletuda, con el bigote bastante pronunciado, los ojos no muy grandes, negrísimos y redondos, y el pelo abundante y también extraordinariamente negro. Así era su esposa el día que se casó.

(Un tipo de mujer que odiaba Gómez Pola, adorador entusiasta de rubias espirituales y románticas.)

El doctor pensó nuevamente unos segundos, y después reanudó aquella especie de disertación. Gómez Pola escuchaba atentísimo.

—Varios médicos, preocupados por la idea de proporcionar á la humanidad el mayor bienestar posible, buscaron sin éxito durante mucho tiempo un medio por el cual evitar la disparidad de aficiones y sentimientos entre cónyuges, causa hasta la fecha, como usted sabe muy bien, de casi todos los grandes disgustos. Por fin, uno, el Dr. Pérez Sisón, de Tegucigalpa, realizó tan

transcendental descubrimiento. Su sistema está basado en dos descubrimientos anteriores, uno ya bien antiguo, y otro muy moderno: el de la operación del trépano y el de las células cerebrales donde reside la determinante, que podríamos decir, de los gustos, las inclinaciones y los sentimientos. Con estos datos no le será á usted difícil comprender el mecanismo de la operación. Trepanados los cráneos de ambos cónyuges, precisamente en el sitio que corresponde á ese grupo de células, se extrae de ellas la mitad exacta, determinada por medio de una balanza de precisión, y las del uno se colocan en el lugar que han dejado, al ser extraídas, las del otro, y viceversa...

Gómez Pola exclamó con entusiasmo:

—¡Ah! Comprendo..., comprendo... ¡Admirable!...

Y asaltado de una duda, reflexivo:

—Pero... la operación debe de ser delicadísima... Se corre en ella peligro de muerte...

El doctor sonrió indulgentemente.

—Ahí está el invento, ahí: en hacer el injerto sin que la vida de los operados corra el menor peligro...; y esto se logra por medio de una inyección de cierto líquido...

En este instante, un gran ruido de voces vino del fondo de la iglesia. El cura agitaba los brazos alegremente, gritando:

—¡Vaya, señores: *c'est fini!*

Gómez Pola y el doctor corrieron hacia Manolo, que en medio de un grupo recibía enhorabuenas y abrazos. Á su lado, Conchita sonreía haciendo grandes reverencias á todos, y preguntándoles llena de interés:

—¿Qué tal?... ¿Les ha gustado?

Carlos se encontró, sin saber cómo, en los brazos de su amigo, que lo estrechaba de un modo extraordinario, dándole en la espalda terribles palmadas.

—¡Por Dios, no tanto!... ¡Ay!...

Y Carlos Gómez Pola despertó gritando. Manolo, al lado de la cama, reía á grandes carcajadas, y lo sacudía de un modo violento:

—¡Vamos, haragán, despierta!... ¡Vaya una manera de dormir!... ¡Qué barbaridad!...

## VI

Gómez Pola se frotó los ojos, apartó de la frente el pelo que sobre ella caía enmarañado, y tendió por la habitación una mirada sorprendida.

—¡Vaya un sueño el que he tenido!...

Y fué contándoselo á Manolo. Escuchaba éste con regocijo las terribles aventuras, y de cuándo en cuándo comentaba:

—En plena novela de Wells.

Y al acabar la historia, añadió:

—Pues mira si es casualidad, hombre. Yo venía precisamente á hablarte para que seas mi padrino de boda.

Carlos quedó estupefacto.

—¡Tu padrino de boda!... ¿Pero es ya eso una cosa definitiva?

—¡Caray! Y tan definitiva... Como que, si no me caso, muero de amor.

—¡Bah! Serías el primero.

—Hombre, qué sé yo... Es tremendo esto de enamorarse. No vive uno. Ya ves; yo, que por deber profesional no hice otra cosa que cantar el amor en todos mis libros, era un escéptico terrible...

—¿Escéptico tú?

Y Gómez Pola, riéndose compasivamente, le recordó todos los amores que había padecido.

—Cincuenta enamoramientos, lo menos. Una barbaridad. Y todos los tomabas por la tremenda: qué te ibas á morir... ¡Y que me vengas ahora á hablar de tu escepticismo!...

—Pues, á pesar de todo, en el fondo yo era un escéptico; decía eso por *pose,* nada más que por *pose.*

—De manera que ahora...

—¡Ay, Polita! Esto de ahora ya es más serio... Aquí no hay *pose,* sino un amor inmenso. Esa muchacha me ha vuelto loco, completamente loco.

Después fué contando sus trabajos de aquellos días.

—Atareadísimo, chico; no puedes formarte idea de lo que dan que hacer unos preparativos de boda... Á las nueve estoy en la calle...

Gómez Pola quedó maravillado.

—¡A las nueve en la calle!... ¿Tú? ¿Tú á las nueve en la calle?... ¡Pero Manolo!... ¿Eres el mismo que yo conocía?

Manolo reíase bonachonamente.

—Sí, hombre; soy el mismo. Un poco cambiado nada más.

Pero Gómez Pola no salía de su asombro. Este Manolo no podía ser aquel otro Manolo, bohemio por temperamento. Imposible.

—No lo creo, chico, por más que me digas. ¡Levantarte tú antes de la una ó las dos de la tarde!... Vaya, que no lo creo.

Y Manolo seguía riendo con su risa un poco ingenua de buen muchacho.

—Es Conchita, que me ha predicado yo no sé cuántos sermones para hacerme cambiar de vida.

Gómez Pola no escuchaba. Veíase claramente que una preocupación invadía su espíritu. Por fin habló:

—Entonces..., ¿á qué hora te acuestas?

—Estoy con Conchita hasta las diez y media. Á esa hora me voy á casa, y me meto en la cama. En ella suelen darme las once.

La estupefacción de Carlos ya no tuvo límites.

—¡Á las once!...

Y miraba á Manolo con un aire de susto bastante cómico.

—¡Á las once!... ¡Pero Manolo!...

Asombro tan reiterado llegó á molestar al muchacho.

—Hombre, cualquiera diría que se trata de alguna cosa extraordinaria... ¡Caray!

En realidad, Manolo estaba un poco avergonzado. A sí mismo se confesaba que Conchita era demasiado fuerte. Había llegado á dominarlo, y él, ya, ni pensaba sin el consentimiento de la novia. Manolo comprendía esto muy bien; veía su situación de sometimiento con perfecta claridad; pero no era capaz de rebelarse. Era débil. Además...—y éste era el gran cambio, la gran transformación espiritual del antiguo bohemio—, además, Manolo reflexionó que estas nuevas costumbres que le imponía la muchacha no eran las peores. Desde que las practicaba sentíase más fuerte, con más ánimo para el trabajo. Todo el verano lo había pasado escribiendo. Y explicaba esta situación de su espíritu á Gómez Pola, que, mientras, se vestía.

—Nunca trabajé con tantas ganas ni con tal provecho; puedes creerme. Concebía con una claridad... Y, sobre todo, no he sufrido nada al producir; me mantuve en frío, dentro de un equilibrio perfecto, cosa que en mí es bien rara. Tú recordarás lo que me costaba antes llenar una cuartilla: sólo á fuerza de café y trasudores... Y ahora, nada; ni el más leve desarreglo. Es magnífico. Conchita lo atribuye al método.

Gómez Pola dió un salto.

—¿Al método? No comprendo esa palabra en tus labios.

Manolo se limitó á responder:

—Tú también caerás.

Después salieron juntos, y se sentaron delante del *Lion d'Or* á beber un *whisky and soda*. Brillaba un bello sol dorado y fuerte; el calor era intenso; la sombra, grata bajo el toldo. Pasaban los tranvías sonando sus timbres desmayadamente; algún coche cruzaba también la calle, y de cuando en cuando tronaba un automóvil. El ambiente era de paz veraniega, aunque ya el otoño acercaba su dulce melancolía.

Allí soñó en alta voz Manolo, acaso por última vez, una inacabable ventura de amor; un ventura poética y algo romántica. Pero ya de los labios de Gómez Pola no se apartaba, al escucharlo, cierta sonrisa entre compasiva é irónica.

—Habrá que convencerla, y eso no es fácil; porque la muchacha, en cuanto á terquedad, tiene lo suyo. Pero, en fin, con un poco de constancia... Además, tengo pensado, para cuando reúna dinero suficiente, comprar en mi tierra un hotelito no muy grande, ¿sábes?... Un hotelito con su...

Y fué hablando, hablando, de aquellas cosas soñadas; fué desarrollando sus sueños—su amor—con aquel entusiasmo un poco infantil, y tan ingenuo... Sus palabras volaban bellamente ante la sonrisa de Gómez Pola, en aquel ambiente pesado de un fin de estío, envueltas en la deprimente, en la cegadora luz de oro.

## VII

Pasó mucho tiempo; no tanto como en los cuentos de hadas. Pasó mucho tiempo. Gómez Pola no veía á su amigo; no sabía de él sino lo que los periódicos decían con motivo de la publicación de algún libro suyo; ahora sus libros no se sucedían tan de tarde en tarde como en aquellos tiempos en que soñaba en alta voz, paseando sin rumbo bajo el resplandor de los arcos voltaicos.

A decir verdad, tampoco Gómez Pola se acordaba mucho, entre la incesante diversión que constituía su vida, de aquel buen muchacho que lo eligiera por confidente. Pero una noche... Era fría, ferozmente fría, aquella noche; y Carlos se encaminaba apresurado al Casino, con ánimo de no apartarse del fuego en toda ella, cuando, al cruzar la calle de Alcalá, oyó que lo llamaban de un coche:

—¡Eh!... ¡Carlos!...

Se acercó lleno de curiosidad al contemplar en el interior una forma femenina.

—¡Rosario!...

—Creí que ya no me conocías.

—¿No había de conocerte? Eres de las que no se olvidan con facilidad.

Rosario suspiró.

—¿Tienes que hacer ahora?

—No; iba ahí, al Casino, á acabar la noche junto al fuego...

—Pues si te es lo mismo, vente; te convido al teatro.

—¿Adónde vas?

—Á Apolo.

Subió al coche Gómez Pola, nada pesaroso, ciertamente, del cambio de plan.

—¿Sabes que estás guapísima? Ya llevábamos tiempo sin vernos?

—Dos años, seguramente. Estuve fuera.

—¿Sola?

—No; primero con Valflores, en París; después con Tetrowsky en Odessa, y en Constantinopla, y en Alejandría, y qué se yo en qué más sitios; recorrimos medio mundo, pero siempre por tierras muy raras.

—¿Tetrowsky..., Tetrowsky?... No sé quién es ése.

—Ni falta que te hace. ¿Qué más da que sea uno ú otro?

—Tienes razón. Siempre te has distinguido por un extraordinario sentido común.

Rosario volvió á suspirar.

Llegaron á Apolo, y, ya instalados en su palco, miraron un momento las contorsiones de una muchacha que en el escenario bailaba frenéticamente. Después siguieron su plática. Ella decía:

—Estaba deseando encontrarte.

—¿Á mí?

—Sí; ó á Serín, ó á algún otro amigo de Manolo...

—Ah, vamos... Es por Manolo.

Y un supremo desencanto se pintó en el rostro de Gómez Pola.

—Sí; es por Manolo. Al volver me dijeron que se había casado. Fué un escopetazo.

—Pero yo creí que ya todo terminara entre vosotros.

Otro suspiro brotó del pecho de Rosario.

—Eso creía yo también... Pero no; ahora es cuando estoy realmente enamorada; ahora que he conocido bien á los otros...

Y con un gesto de cansancio infinito, de inmenso disgusto:

—Estoy hasta aquí de prosa... ¡Tengo una sed de idealidad!... Y ésa, sólo Manolo puede calmarla; sólo él..., tan poeta...

En su rostro pálido, un poco romántico, los ojos azules, clarísimos, dejaban ver algo de aquella ansia poética. Gómez Pola, contemplándolos, pensaba en lo triste de su destino, condenado de por vida á escuchar confidencias de amor. Y no obstante este empeño en indignarse consigo mismo al verse tan complaciente, no podía conseguirlo, atraído por aquellas historias de almas. Era un predestinado. Y lo razonaba llamándose *amateur d'âmes*. Su afición al análisis, á los ensayos de psicología práctica, lo arrastraban á este papel de triste pasividad. Como todos los buenos muchachos que son algo inteligentes, se empeñaba en desnaturalizar su bondad, presentándola como producto de un cálculo sutil para lograr fines egoístas.

—Sólo Manolo puede calmarla... Sólo él... Cuando recuerdo aquel tiempo que estuvimos juntos..., no hubo otro más dichoso para mí. Siempre andábamos soñando locuras; y luego las hacíamos... Fueron unos meses deliciosos. Pero al fin nos encontramos sin dinero. Ni una peseta ninguno de los dos; nada. Y claro, yo, que no estaba hecha á privaciones... Pero ahora... Ahora estoy bien decidida. Aunque me muera de hambre, no me separaré de él...

—Pero si está casado.

—¿Y qué importa? ¿Crees tú que con su carácter puede estar satisfecho? No deseará otra cosa que plantar á la momia de su mujer. Me han dicho que es una perfecta burguesa. Figúrate tú..., burguesas á Manolo.

Gómez Pola le contó el enamoramiento del muchacho; el cambio de costumbres aun antes del matrimonio.

—Conque ahora, después de casado, seguramente Conchita ha logrado una terrible influencia sobre él.

Y filosofó:

—No sabes tú las conchas que tienen esas burguesitas. Os dan quince y raya á todas vosotras...

Pero Rosario no pensaba lo mismo. Tenía seguridad de que Manolo correría á su lado; y entonces, ¡qué idilio!

—Porque con el amor, Carlitos, sucede lo mismo que con las enfermedades: lo peor es la recaída.

Y, acompañada por las notas alocadas de un tango, iba la muchacha desarrollando sus confidencias, y convenciendo á Gómez Pola. Por último, al despedirse quedaron convenidos.

—Pero hija, si yo no sé dónde vive, ni lo he visto desde que se casó...

—Lo averiguas por un amigo. Te recibirá admirablemente.

—Además, la comisión...

—¡Bueno! ¿Vamos á salir con esas? ¿Para qué sirven entonces los amigos?

—Iré, caramba, iré. ¡Todo sea por Dios!

Y como si fuera un decreto del destino aquella visita, al entrar en la *Maison Dorée* para tomar algo después del teatro, tropezó con Serín, que salía.

—¡Hombre! Me alegro de encontrarte. ¿Qué tal?

Y después, muy de prisa, entró en materia.

—Sí, caray, quería encontrarte; porque has de saber que hace unos días pasé más de dos horas con Manolo. ¡Qué gordo está! No lo conoces seguramente. Es otro. El matrimonio le sentó maravillosamente. Pues, sí. Estuve con él, y me dijo que quiere verte. Debes ir á su casa.

—¿Dónde vive?

Le dió el otro las señas.

—Hablamos de ti un gran rato. Te tiene cariño. Estaba preocupado con tu ausencia tan larga. Como él sale poco, y siempre con su mujer, no pudo buscarte. Ese es el secreto, ¿sabes? Vaya, me voy. No dejes de ir á casa de ése, ¿eh?

Y, envuelto en el gabán de pieles, desapareció en la sombra de la calle, dejando á Gómez Pola disgustado por su falta de voluntad al no rechazar comisiones tan desagradables como la que aquella noche le habían encomendado.

## VIII

Un interior claro y alegre, propio para alojar á quien se muestra satisfecho de la vida. Gómez Pola pensó: «Felicidad tenemos.» El despacho, no muy grande, aparecía ordenado y limpio. Había en él pocos libros, y éstos con encuadernaciones espléndidas en que se derrochara el oro; los lomos resplandecían, heridos por el sol que penetraba á través de las dos grandes ventanas. El visitante iba de asombro en asombro. Un momento creyó haberse equivocado de señas y estar en casa distinta de la que buscaba, al tropezar, cerca de la puerta del despacho, con un piano armado de su correspondiente pianola.

«No es posible que esta casa sea la de Manolo... Este orden... Esos libros... Y la pianola...»

Pero la duda duró poco. Manolo apareció, y tras él un niño que á duras penas andaba, balbuciendo trabajosamente, en medio de otra porción de sonidos inarticulados:

—Papá..., papá...

Manolo y Gómez Pola se abrazaron, conmovidos, dos ó tres veces.

—¡Cuánto tiempo sin vernos!... Parece imposible.

Y Manolo reprochaba al otro su pereza, lo débil de su amistad.

—Ni una sola vez..., no has venido ni una sola vez. Hasta Serín estuvo aquí... Pero tú...

—Ya sabes lo que me ha pasado siempre. Además, en todo este tiempo estuve muy poco en Madrid.

—Sí; ya me contaron tu viaje al Japón.

—No, hombre. ¡Si no he ido al Japón! Ni lo he pensado siquiera. Estuve en Londres unos meses, y otros en Bruselas. Además, he ido á Bayreuth.

—¿Y qué tal?

—¡Oh! ¡Maravilloso!

Y comenzó á narrar sus sensaciones con acompañamiento de grandes gestos.

—...Y el silencio es absoluto... Allí la gente está como en la iglesia...

El pequeño, arrastrándose á gatas por entre las piernas de Manolo, canturreaba:

—Papá..., papá...

Y Gómez Pola, lleno de entusiasmo por el recuerdo, olvidándose del objeto de su visita y de todo, continuaba su apología de Bayreuth.

—Allí es donde se comprende la grandeza de ese hombre..., donde su genio resplandece como ninguno...

El niño logró escalar las rodillas de su padre, y ya en ellas, comenzó á tirarle de la nariz y de la barba, y á intentar cogerle los ojos.

—Pero, hombre, ¿te estarás quieto?

Rió el niño, é insistió en sus aviesas intenciones. Manolo entonces, interrumpiendo á Gómez Pola de un modo brusco, le presentó al pequeño:

—Todavía no me has preguntado quién es este ser.

Y con gran orgullo, agregó:

—Es mío, ¿sabes? Se llama Pepito. ¿Verdad que está muy alto para su edad? Tiene veintiséis meses.

—Sí, sí; está muy alto.

—Pues ya voy á tener otro. Será para fines de Marzo. Yo quiero niña; ¿no te parece que debe ser niña?

Gómez Pola, sin saber qué decir, miraba á Manolo. «Está completamente cambiado. ¡Quién lo diría!» Después reanudó sus disquisiciones á propósito de Wagner. Pero no duraron mucho. Manolo lanzó una opinión que fué para Carlos como un escopetazo.

—Hombre, la verdad... Yo ya no siento por Wagner el mismo entusiasmo de antes. Hace pensar; exige un esfuerzo muy grande de atención... Además, le excita á uno, y produce preocupaciones... Y yo en esto de la música estoy por la que traiga el equilibrio al espíritu... Es como en el teatro: nada de dramas con tesis, ni de comedias transcendentales; no, no. Comedias ligeritas, *vaudevilles* divertidos... En todas estas cosas, mi divisa actual es: amenidad, amenidad y amenidad.

Tremendamente indignado, lo insultó Gómez Pola mentalmente:

«¡Burgués!»

Siguieron hablando, interrumpidos á veces por Pepito, que jugueteaba con la cadena del reloj de su padre. En la casa reinaba un agradable silencio; el

despacho estaba lleno de la alegría de aquel sol de invierno que penetraba por las ventanas; al través de ellas aparecían las ramas escuetas, desnudas, de los árboles; la calle no enviaba los característicos ruidos de una gran ciudad; sólo muy de tarde en tarde llenaba el aire el estruendo de un tranvía. También sonó lentamente la campana de un convento vecino. Y Manolo seguía contando su vida; una buena vida de hombre trabajador y feliz.

Aquella narración fué un canto al hogar; un elogio fervoroso y entusiasta de las cualidades de Conchita. Manolo se enternecía recordándola. De tal modo, que Gómez Pola ni siquiera se atrevió á dudar de la verdad de aquel amor. Y mucho menos á hablar de Rosario. Desde el comienzo había sospechado que su comisión no daría fruto. ¡Hablarle de Rosario á Manolo cuando lo veía suspenso entre Pepito y Conchita! Y como una confirmación, Manolo afirmó:

—No vivo más que para ellos.

Entonces, Pepito hizo una pirueta y cayó. Sus gritos se elevaron penetrantes, rabiosos, en la apacible serenidad de aquel ambiente. Gómez Pola y Manolo se precipitaron á cogerlo, y con caricias procuraron calmar su desesperación. Todo fué inútil. El pequeño cada vez levantaba más la voz. Y Manolo se volvía loco:

—No lo siento por él; esto no es nada. Un trastazo más ó menos... Lleva veinte en el día. Lo peor es su madre. Figúrate tú; en su estado, al oirlo gritar, ¿eh?... Puede asustarse... Y eso es tremendo..., tremendo.

Fué la última prueba. Ya no le quedaba á Gómez Pola duda alguna. Era inútil abordar la cuestión de Rosario. Y levantándose:

—Ahí tienes á la niñera... Vaya; á ver si lo calmas, hombre. Ya volveré, ya volveré... Recuerdos á tu mujer... Adiós...

Salió. Por las calles alegres y llenas de sol fuése apresurado, envuelto en el gabán, recibiendo en el rostro el aire frío y seco. Iba lleno de una preocupación profunda. «¿Tendrá razón Manolo en ser como es, y no como era?»

Rosario, muy inquieta, esperaba el resultado de la entrevista. Recibió á Carlos en un gabinetito tapizado de verde malva, y no del todo elegante. Había allí unas marinas...

Al ver á Gómez Pola, se levantó.

—¿Qué?... ¿Qué hay?...

Y de su regazo resbaló un libro y fué rodando por la alfombra. Gómez Pola pudo ver que era una novela de Manolo.

—Pues... Resignación, Rosario. ¡Manolo no piensa en nada más que en su mujer!

Rosario, lánguidamente, se tumbó en un sofá; dió á su actitud un bello aire de melancolía, y haciendo vagar por el espacio sus grandes ojos azules, limitó los comentarios á una frase:

—¡Ya no hay poesía!...

Suspiró profundamente, y, sin duda porque quisiera aceptar un consuelo, se dejó abrazar por Gómez Pola.

DANIEL LÓPEZ ORENSE *(Fantasio)*.

# Recuerdos de niñez y de mocedad

POR MIGUEL DE UNAMUNO

Puede ser que se diga al leer este libro: «Aquí Unamuno ha dejado su tormento espiritual y ha reposado contando plácidamente unas horas benditas...»

Yo me permitiría dudar un poco.

¿Descansar?... Pero ¿puede descansar este hombre, eternamente preocupado, eternamente inquieto, eternamente desgarrando su alma con su corvo pico inquisidor?

Porque Unamuno se ha propuesto eso: deshacerse las entrañas del alma á fuerza de inquirir, y desgarrarse el espíritu inquiriendo.

Es el corazón una flor cerrada, llena de perfume y de misterio. Pocas veces madura y se abre por sí sola para los demás.

Casi siempre, cuando somos generosos y queremos que se abra la flor divina para nuestros hermanos, es preciso que nosotros mismos forcemos los pétalos de la flor y la hagamos sangrar. Como en toda empresa generosa, el pago es de sangre y de dolor.

Es fatal. Si no, dejemos cerrado el capullo y dormido el aroma; durmámonos nosotros también, y acabemos la vida durmiendo.

Pero el que quiere el tormento y se goza en él, no descansa nunca.

Digo, pues, que yo me permitiría dudar que Unamuno haya pretendido descansar ahora.

Mejor: no dudo; creo que no descansa.

No basta leer en este libro suyo de ahora la sola narración de su niñez y de su juventud, sino estudiar la formación de un espíritu que ya comienza á estar agitado, y parar en el momento de la influencia de lo místico ó seudomístico. Pararse allí, y ver todo el pasaje con el mayor detenimiento.

Y si en nuestra formación psicológica ha habido un momento semejante, apreciar la hondura de ese momento tal y como lo expone este hombre, siempre inquieto, porque el que es ley que se inquiete y consuma, nace ya atormentado.

Esa crisis mística es lo más interesante y lo más decisivo de una vida; y en el libro de Unamuno es lo más decisivo también, lo más hondo, y sobre lo que escribe el autor en el comienzo del capítulo palabras de una gran altura.

«La más pura poesía humana es inaccesible á quien no haya pasado alguna vez en su vida por crisis mística más ó menos efímera.»

«Cuando, al entrar en la vida, se nutre el alma de altos pensamientos ultramundanos, aun pareciendo inadecuados á la ternura de la niñez, obran sobre el ama infantil, vaso de gracia, mucho más eficazmente que sobre el alma adulta. Como los pueblos nacientes, así, en las almas que se abren á la vida,

aparece más augusto el misterio del mundo, más vivificantes los reflejos de la aurora, y más solemnes las sombras de la noche.»

«Si la vida del hombre es trasunto y resumen de la vida del linaje humano, no puede tenerse por verdaderamente hombre quien no haya por lo menos pasado por un período sinceramente religioso, que, aun cuando pierda su perfume, su oculta savia lo vivificará. Los pensamientos más profundos no son los que brotan en fórmulas concretas de las inteligencias excelsas, sino los que como nubes se forman en el cielo con los vapores que exhalan los corazones puros, y bajan luego, en dulce arrullo, á rociar á los espíritus humildes.»

Bien inquieto, bien buscador, bien inquisidor es este libro, bajo su apariencia apacible.

Acaso su apacibilidad venga también de algo que se busca y encuentra en Unamuno á menudo: la acritud. Eso sí que no lo tiene este libro. Es sereno, cariñoso y benevolente. Son recuerdos que un hombre evoca de una edad tan hermosa, tan hermosa, que todo lo perfuma y lo hermosea.

Y así, aquella vida es la mejor, y los hombres y las cosas de aquella vida, benditas cosas, santificadas por el recuerdo. Y los hombres se cubren con un polvillo de oro, polvo de vejez y de recuerdo, que á todo lo purifica y lo unge.

Esta benevolencia, esta caridad, esta serenidad hay en el libro de Unamuno para todo aquello.

Y ello es tan fluyente, tan tranquilo y tan apacible, que viste la narración de esa tranquilidad de reposo que desorientará un poco.

Esa bondad sí que la hay allí, y un como perdón difundido en las páginas de la obra.

Pero hondura, agitación, marejada..., también las hay y tenía que haberlas.

Es claro: la acritud, el chispazo, surge en el choque con las cosas de ahora: cosas malas, cosas feas, hombres malos y cobardes; entonces todo es bueno, y aquello de entonces, á través de la niebla del tiempo, mejor nos parece aún que era.

No teníamos hiel, y todo nos parecía sin amargura; y la miel de la niñez ha dejado en nuestra alma el único sabor dulce de la vida: un lejano sabor que aún hoy nos dulcifica.

Pero es una pena que algunos niños no sean como los otros. Esa crisis mística, esa crisis mística y otras crisis y otras inquietudes que se ven en aquel alma que se forma, ya acusan un oleaje en el lago sereno, y traen amagos de tempestad.

Eso, meditar al armonio y leer á Balmes, y dejar correr libre una imaginación que no despliega las alas, sino que las recoge y se acurruca en un rincón del alma para soñar en silencio...

Porque los niños verdaderamente niños, ó sea verdaderamente felices, corren por el campo á la luz del sol, y no meditan ni sueñan; ó, por lo menos, no deben meditar, sino correr.

Pobres almas, para lo futuro, las de los que mediten...

¿Pobres ó ricas? ¡Quién lo sabe!

Pero lo cierto es que sufren tormento, tal vez purificador y redentor, para emprender una misión santa, pero tormentosa y pasionaria. No podemos darnos á los demás, sin que nosotros suframos pasión y sangría. Una pasión que casi comienza en la cuna.

El tormento lo advierto yo en este libro del maestro, y lo hay; lo que no hay es acritud.

De la vida, de la propia vida, brotan allí consecuencias y comentos tan fuertes y originales como los da siempre el cerebro y el corazón que los dicta.

Hermosamente lo dice Unamuno: como la Humanidad, los hombres, después de las tempestades, y problemas, y negruras, y tormentos dantescos de su edad media, vuelven los ojos del alma á la sencilla frescura y fuerte inocencia del infantil poema homérico, que tiene más de hermoso por inocente que por fuerte. Así Helena reencarna en el *Fausto*.

Lo triste es que no dejemos para siempre la vista en aquella dulzura.

Volverán los generosos á desgarrarse á picotazos el corazón para ver más adentro.

FRANCISCO ANTÓN.

# ABIOTICA É HIPERBIOTICA

El estudio de la Biología, no bien se inicia, produce indefectiblemente, en cuantos á él se lanzan, el curioso resultado de polarizar las energías mentales en forma tal, que, insensiblemente, de la concepción experimental de dicha ciencia, se desciende á las abstracciones filosóficas basadas en hipótesis. Explicar el por qué de lo enunciado, no es cosa fácil: corresponde al orden introspectivo, y si á ello se llega, vemos que el armazón de dicha aberración metódica susténtase masivamente en la carencia de límites precisos entre la Biología propiamente dicha y el estudio de los seres no vivos ó Abiotica. De ahí que, entendiendo nosotros cuán necesario es poner de manifiesto las causas de dicha ilimitación, encabecemos este artículo con un término no perteneciente al uso cotidiano: el de *hiperbiotica,* en contraposición con el de *abiotica.*

Lo primero que á la imaginación acude al intentar definir concisamente lo que significa la dicción Biología, es abarcar en la breve frase «ciencia de la vida» al conjunto de sus acepciones todas. Etimológica y lógicamente, así debía ser; mas una definición tan simplicista no satisface al humano espíritu, por la sencilla razón de que *la vida* es una *abstracción* aún no definida. Decir ciencia de la vida cuando á esta última la conocemos únicamente por la noción que de nosotros mismos poseemos, es decir, por la visión de sus efectos, que, en gracia á su complejidad, ocultan el acto informador primordial, es lo mismo que ciencia de lo supuesto, de lo desconocido.

Aun y poseyendo definiciones tan concisas y claras como la de Varigny: «ciencia de las relaciones de los organismos, primero con el medio, y segundo con los organismos presentes y pasados», la dificultad subsiste integralmente, pues por lo mismo que los organismos son el *substratum* donde se manifiesta esa forma de energía conocida por vida, y ésta nos resta desconocida, jamás podrá considerársela como ciencia perfectamente establecida ó cíclica, pues que se basa sobre el frágil terreno de una serie de suposiciones más ó menos lógicas, mas no por ello desprovistas del carácter de problemáticas.

En el orden de ideas apuntado, es donde se manifiesta con mayor nitidez lo fragmentarios que son nuestros conocimientos. Los físicos, con la ayuda de la abstracción matemática, han desarrollado numéricamente esa admirable gama de las vibraciones que, partiendo de la unidad, remóntase á las cifras inimaginables de las vibraciones ultravioladas. Mas esta gama no deja de presentar sus lagunas. Al proclamar la unidad de la Naturaleza y su sabia previsión, muchos olvidan que los mayores desórdenes é imprevisiones preséntanse *ante nosotros* á cada instante. En la citada serie ascendente de las vibraciones existe una hasta hoy no colmada laguna, en la cual pudiera muy bien ser se encontrase la clave de la vida. De intento subrayamos las palabras *ante nosotros* para dar á entender que las omisiones al parecer por la Naturaleza cometidas, son subjetivas, no objetivas; patrimonio exclusivo nuestro, hijo de lo imper-

fectamente que los sentidos nos comunican con el mundo externo, y acerca del cual nuestra conciencia nos informa.

Por el mero hecho de asignar al estudio de la vida una entidad científica independiente, cometemos un *lapsus* lógico imperdonable. Los fenómenos de los seres vivos cuyo estudio nos es asequible, son manifestaciones de otros fenómenos antecedentes; cortejo indispensable de cualquiera de ellos es un consecuente ó consecuentes fenómenos de orden *más* ó *menos elevado* que nuestros sentidos perciben, mas no siempre comprenden. Es fenómeno interno absolutamente nuestro el asignar á cada sensación una personalidad independiente (ley de la diferenciación nerviosa, de Müller). Luz, calor, gravedad, son creaciones de nuestro espíritu; la vida, por paradójica que la suposición parezca, quiza sea otro tanto.

De lo dicho, y teniendo muy en cuenta que las manifestaciones de los seres vivos entran de lleno, primero, en el terreno de los hechos explicados (ósmosis, metabolismo, tactismos, tropismos, etc.), y segundo, en el de los todavía desconocidos (herencia, reproducción, amfimixia, biogénesis), podemos deducir que, al igual que otras muchas ramas del humano saber, la Biología en la actualidad se basa sobre la Abiotica y sobre hipótesis acerca de fenómenos irreductibles, que, por ser inaccesibles á nuestra comprensión, dada la situación actual de la ciencia, entendemos puede denominarse su estudio *hiperbiotica*.

Puede objetársenos, y aun quizás inculparnos, de introducir en una tan enmarañada cuestión como la que nos ocupa, una nueva causa de divagación é incertidumbre. Mas no hay tal. Tarea de filósofos y de psicólogos es la de interpretar, por el esfuerzo mental escueto, cuanto el hombre desea saber, y no puede conseguirlo por falta de hechos concretos. Oscar Hertwig, en su admirable obra *La célula*, no se recata en afirmar al final del prólogo que «la diversidad de opiniones sobre la vida y el desarrollo son necesarias á la ciencia..., y la contradicción de ideas y observaciones concurren precisamente al rápido progreso científico».

Ínterin, bueno es digamos con sinceridad que, á pesar de su floreciente estado, la Biología es ciencia comparable á una palanca de primer género desprovista de punto de apoyo, es decir, flotando entre la Abiotica é Hiperbiotica.

Al porvenir le está reservada la satisfacción de edificar sobre sólidos cimientos el magno monumento de la Biología ó Biotica propiamente dicha.

MARIANO POTÓ.

# Primer viaje..., primera entrevista

## I

Llegaba tarde. El tranvía eléctrico que le condujera hasta la estación habíase detenido en diversas ocasiones durante el trayecto, tardando en él más minutos de los que nuestro protagonista esperaba. Ya es sabido lo fácil que es retrasarse cuando se usa de semejante medio de locomoción: aquí, uno que manda parar y anda premioso para tomarlo; más allá, otro que desea bajar, y, después de haber parado, quiere que el tranvía ande todavía unos metros más. Todo esto entorpece la marcha de los vehículos urbanos, siendo causa de que no puedan usarse cuando se quiere llegar á tiempo con toda seguridad á un sitio.

Al entrar en el andén de la estación del Mediodía, el tren correo de Madrid debía de hacer largo rato que había llegado, pues los viajeros que partían ocupaban ya sus asientos. Únicamente los que salieron á despedirlos permanecían arrimados á los coches en animada charla con los que dentro esperaban la partida, para la cual seguramente no faltaban sino algunos minutos.

Como la obscuridad que ordinariamente reina en los andenes de las estaciones españolas dominaba por todas partes, hubiérale sido difícil á Carlos encontrar lo que buscaba, si un misterioso instinto no encaminase sus pasos en dirección á un coche de primera clase, bajo una de cuyas ventanillas colgaba el cartelito de «No se permite fumar».

Ante la abierta portezuela de este departamento permanecían de pie dos muchachas, como si esperasen algo que no llegaba, y adentro, en el vagón, sentada en un asiento de ventanilla, una señora ensombrerada y con un traje de alpaca color ceniza claro, vigilaba, á través del velo que cubría sus fulgurantes ojos, las idas y venidas de las jovencitas.

Al cruzar Carlos junto á las muchachas, una de ellas, la mayor, dirigióle una mirada que podría traducirse por un «¡Creí que ya no venías!» Carlos le devolvió el reproche con amoroso cariño, y penetró en el departamento donde la señora aguardaba. Después de arrojar su abrigo en uno de los rincones, precisamente en el opuesto al en que se encontraba sentada la señora, sombrero en mano se dirigió á saludarla, presentándose á ella con rendimiento y sencillez de perfecto caballero, no obstante su natural y manifiesta turbación.

Aunque hacía mucho tiempo que Carlos deseaba conocer á doña Mariana, que así se llamaba tan distinguida dama, hasta entonces no se le había presentado ocasión. Cierto es que no la había buscado, pues las circunstancias inherentes á la relación que debía establecerse entre los dos pedían que se demorase este conocimiento. Retenido por tal freno, Carlos no había hablado nunca con su futura madre política; sin embargo, no le era completamente desconocida, no ya en la parte física, que forzosamente tenía que conocer por hacer muy cerca de un año que se había convertido en sombra suya y de sus

hijas, una sombra que seguía detrás como aquel bigardo soldadote de *Los Madgiares,* sino hasta en la parte moral.

Aprendiz de psicólogo y opositor á novelista, tiene adquirida Carlos la costumbre pícara de observar minuciosamente á las personas, sobre todo á aquellas que algo le interesan, construyendo ideológicamente su organización psíquica y su contextura moral, y adivinando su modo especial de ser por la observación de su manera particular de obrar. Esto había hecho con la persona de doña Mariana, sirviéndose de cuantos datos había podido recoger por amigos y conocidos suyos, y de aquellos otros mil detalles que él mismo había coleccionado las muchas veces que tuvo ocasión de sentarse cerca de ella y de oirla hablar, ya con sus hijas, ya con otras señoras de su edad y condición. No obstante, deseaba confrontar con observaciones directas los juicios formulados hipotéticamente, comprobando hasta qué punto eran ciertos sus pensamientos con los datos arrancados á la realidad viviente y parlante.

A las pocas palabras que Carlos habló con doña Mariana, comenzó á ver dibujarse las líneas de su carácter, tal y como él lo tenía previamente imaginado. Era aquello una victoria alcanzada por el atisbar psicológico del novelista en embrión.

Doña Mariana era una de estas señoras con las cuales pasamos hablando dos horas sin apenas notarlo, saltando la conversación de un extremo á otro, variando con frecuencia de asunto, demostrando que en todos ellos puede desenvolverse con soltura, amenidad y discreción admirables. Lo difícil que es hallar entre las mujeres españolas algunas, muy pocas, con las que sea posible conversar durante largo rato sin acudir á los lugares comunes de los chismes y de los cuentos, de las modas y de los trajes, hacía más deliciosa la conversación sostenida con tan inteligente mujer, la cual sabía en todo momento dar un juicio acertado ó una impresión rápida de cuanto había visto ú oído.

Á poco de entrar Carlos en el departamento, subieron á él las dos hijas de doña Mariana, Blanca y Lola, las cuales, después de ser saludadas por el joven, ocuparon sus asientos. Blanca, junto á su madre, entre ella y la ventanilla; Lola, enfrente. La conversación sostenida hasta entonces entre doña Mariana y nuestro protagonista, generalizóse desde aquel instante con la intervención de las dos muchachas.

A los pocos momentos el tren se puso en marcha.

***

¿Cómo son estas dos muchachas, Blanca y Lola? La obligación del novelista es presentar lo más fielmente á sus personajes, tratando de darlos á conocer física y moralmente hasta en sus menores detalles. La parte moral va exponiéndose conforme se desarrollan los acontecimientos; pero, en cambio, el retrato físico á la pluma es preciso hacerlo desde el principio, para que con él en la mano, mejor dicho, en la mente, vaya el lector conociendo lo demás de las personas.

Á pesar de ser hermanas, Blanca y Lola diferéncianse notablemente, no sólo en el rostro, sino en el carácter. Las dos son bonitas más que hermosas, dos tipos muy aceptables, confundiéndose en ambas el color negro de sus ojos y de sus cabellos, acaso más acentuado en Lola que en su hermana. Aquélla es en su tipo una perfecta miniatura de la madre, tiene sus mismos ojos, y si no tiene las mismas facciones, es debido á la diferencia de edad, pudiendo asegurarse que la madre tuvo las de la hija, y que la hija tendrá las de la madre. De tal modo se parecen.

Blanca es distinta que su hermana. Es un tipo menos gitano, más espiritual, menos llamativo, más atrayente. Blanca es una muchacha deliciosamente bella, con una hermosura sosegada y pacífica, una de esas mujeres nacidas para ser amadas eternamente, en las que el amor es todo delicadezas, todo encantos, todo ternuras. En cambio, su hermana es algo muy distinto. Lola, todavía un capullito de mujer, promete serlo hermosa, arrogante y altiva; una de esas mujeres que llevan en sí el mando, la dirección y el gobierno de las cosas y de los hombres. El reverso de la medalla de Blanca, la cual está propicia á sufrir toda clase de ajenas direcciones, deseosa de someterse á quien encauce por buen camino sus sentimientos y sus gustos, más propicia á ser oveja que pastor.

Por eso Blanca buscará para marido un hombre de voluntad enérgica, dominante, de espíritu noble, leal, de alma entusiasta, ardorosa; mientras que Lola se conformará con una voluntad sumisa, esclavizable, un espíritu acomodaticio, dúctil, un alma apagada, sin entusiasmos, deseosa de someter su marido al guía de su voluntad y á la norma de su dominio.

La tal diferencia fraternal que ya el aspecto físico descubre y delata, muéstrase de un modo más claro y perfecto cuando se examinan con el vidrio del análisis sus caracteres. Entonces se ponen de manifiesto las dotes de la una y las condiciones de la otra, el carácter resuelto de Lola y la dulzura bondadosa y pacífica de Blanca. Lola es menos sosegada que su hermana, acaso por ser menor el número de sus años. Tiene más ánimo para emprender las cosas, aunque, como generalmente sucede en estos caracteres resueltos, sea menos constante y más tornátil que su hermana, la cual, si tarda más en decidirse, es, en cambio, más duradera en su acción, y más constante en su voluntad.

Ambas muchachas han sido educadas en su casa, con maestros y preceptores, estando libres de todas las faltas que tiene la enseñanza de los colegios, en donde la reglamentación exigida por el número mata en germen toda iniciativa personal. Comprendiendo doña Mariana cuál es la verdadera obligación de una madre, ha dedicado por completo su vida al cuidado y educación de sus hijas, no separándose ni un momento de ellas, acompañándolas á todas partes, violentando muchas veces su voluntad por satisfacer los deseos lícitos y honestos de las muchachas, y siendo siempre para ellas maestra cariñosa, compañera amable y atenta vigilante. Producto natural de esta educación es la confianza absoluta que las dos muchachas tienen en su madre, consultándola todas sus dudas, dándole á conocer hasta sus más pequeños pensamientos,

viendo en ella á la mejor consejera de su vida. Esta confianza, que debiera existir en todas las familias, y es el mejor cimiento en que puede basarse el cariño de los hijos para con los padres, desgraciadamente no es muy común encontrarla, pues, de ordinario, las jóvenes transmiten antes sus pensamientos y sentimientos, y consultan sus dudas con el primer extraño que se acerca á su lado con paciencia para escucharlas, ó con la amiga íntima con quien sostienen correspondencia desde su salida del colegio, que van á contarles sus cuitas á sus padres, en quienes hallarían los mejores y más desinteresados consejeros.

La educación de la mujer es cosa que requiere tantos cuidados y tan celosa vigilancia, que nadie como las mismas madres para encauzarla y dirigirla. La unión constante con otras muchachas tiene más de perjudicial que de conveniente, por tratarse de una edad en que los caracteres tienen la impresionable blandura de la cera caliente, y adoptan para siempre la más ligera presión que se ejerza sobre ellos. Por eso es preciso cuidar con sumo tacto las relaciones que tienen, pues si en los hombres es pernicioso el efecto de las malas compañías, en las mujeres, por lo delicado y afectivo de su espíritu, es mucho mayor la influencia, cayendo fácilmente en las redes de una amistad engañosa y de un afecto traidor.

La vigilancia materna debe ser extremadamente celosa y estrecha, cuidando mucho las amistades, no dejando que se les haga indispensable el trato de otras muchachas, sobre todo en los primeros años de su juventud, inculcándoles la idea de que su madre ha de ser su mejor y, á ser posible, su única amiga. Cuanto dejamos dicho había sido la norma de conducta seguida por doña Mariana en la educación de Blanca y Lola, y lo seguía siendo. Sin estar por completo alejadas del trato social, que esto fuera demostración de huraño y esquivo carácter, daban á aquél la importancia que se le debe dar, sin extremar la cosa, viviendo en lo espiritual bastante alejadas de todas esas triquiñuelas y pequeñeces que arrastran tras sí las relaciones sociales.

***

¿Cuáles fueron las primeras palabras que Carlos cruzó con su novia, con la gentil Blanca? El incipiente novelador que emborrona estas líneas quisiera apuntarlas, pero no las sabe. Deseando ser sincero y fiel cronista de este viaje que relata, confiesa su ignorancia, y sigue adelante. Recuerda, sí, como detalle curioso, que Blanca necesitó de la indicación velada de su madre para ocupar el sitio próximo á su novio. Notábase en éste cierta emoción natural que velaba un poco sus palabras, emoción que desaparecía conforme avanzaba en la conversación sostenida con sus tres compañeras de viaje.

De cuando en cuando, Carlos acariciaba á una juguetona perrilla que atendía al nombre bohemio de *Mimí,* propiedad de Lola, que sentía por ella un gran cariño, y la cuidaba y regalaba con la misma solicitud que si se tratase de una criatura de pocos años.

El tren se había puesto en marcha después de la reglamentaria confusión

de voces, campanadas, silbatos y pitos. Los primeros momentos de todo viaje tienen algo de misteriosos, de inciertos, como todo aquello que se comienza sin saber á ciencia cierta cuál será su fin. Carlos y Blanca permanecieron envueltos algunos instantes en este ambiente de misterio, hasta que, viendo la muchacha la atención que ponía su acompañante en la contemplación del cielo, exclamó con una dulzura angelical:

—Esta noche no hay luna.

Efectivamente: la amada de los poetas soñadores, la compañera que suele guardar secretos de enamorados, holgaba aquella noche. No por esto el cielo dejaba de estar hermoso, tachonado completamente de estrellas que parpadeaban sobre la sombría y monótona campiña de la capital augustana, y franjeado por la tenue nubecilla que señala el camino del apóstol Santiago. Los dos amantes contemplaban silenciosos aquella extensión sin límites concretos, cuyos lejanos contornos esfumábanse en las extremidades del paisaje.

Las primeras palabras que Carlos dirigió á Blanca fueron dichas en un tono de voz tan quedo, que ni aun sirviéndose del más sensible de los aparatos fonográficos hubiera sido posible recogerlas. Si el lector estuvo alguna vez enamorado y en situación parecida á la de nuestro personaje, fácil le será suponer cuáles fueron, ya que el amor balbuceado tiene siempre parecidas iniciaciones.

Blanca tuvo que interrumpir varias veces su charla para decirle que no le oía, pues la voz de Carlos, como si anduviese en deseos de recatarse, iba paulatinamente decreciendo, hasta hacerse casi ininteligible. Entonces elevaba un poco el tono; pero pronto su emoción hacíale bajar hasta seguir sonando con la canturía de un secreteo confidencial.

El amor que Carlos sentía por ella habíase visto tan probado en el yunque de la constancia, que no dejaba lugar á dudas. Durante mucho tiempo siguió tras la muchacha embobado, absorto, como siguen los chiquillos de una aldea al músico ambulante que atraviesa la tristeza del pueblo, dejando tras sí una estela de alegría. La indiferencia casi despreciativa que Carlos sintiera hasta entonces por el sexo contrario vióse derrotada por la imagen de aquella muchacha encantadora que se cruzó en su vida, grabándose en su mente con la fuerza de esas figuras monstruosas y extrañas que la fantasía esculpe en los bordes roquizos de las montañas.

Si loco estaba antes de alcanzar lo que tanto deseara, más y más lo estuvo desde el día en que, tras señales de correspondencia, vinieron realidades de felicidad; y tal fué la de que se vió poseído, que desde aquel momento su espíritu llenóse de recelos y de desconfianzas de toda especie, dándose á pensar muchas veces qué era lo que él había hecho para merecer tanta dicha. Los meses de constante adoración, los sacrificios por permanecer cerca de ella, los viajes interrumpidos para no dejar de verla, su paciencia extremada para aguantar indiferencias, todo ello, y mucho más, nada le parecía. Nada tampoco el gran amor que le profesaba, pues encontraba tan natural el haberla amado desde el momento en que la había visto, que el hacerlo así no signifi-

caba para él mérito alguno, como nada supone el someter la voluntad á una ley ineludible de la Naturaleza.

Á pesar de que no podía creer que Blanca le quisiera, y sí únicamente que existía en ella cierto buen deseo y cierta simpatía hacia él, no por eso dejaba de ser feliz y de gozar de su dicha. Tenía tal confianza en su amor, estaba tan seguro de que con el tiempo, y al conocerle Blanca, no podría menos de amarle, que sólo el hecho de poder escribirse con ella traíale en extremo regocijado, pues pensaba, creemos que acertadamente, que por el torno de su correspondencia lograría introducir su amor hasta el recinto clausurado del corazón de su amada.

***

¿Era Blanca tal como su amante se la imaginara? ¿Había en las ideaciones de éste más fantasía que realidad? Porque bien pudiera suceder que él hubiese forjado en su mente la estatuíta de una figura ideal, y que luego, al desbastarla con el trato, al intentar señalar las líneas efectivas de la misma, la verdadera conformación de aquélla no respondiese á lo que Carlos había imaginado.

Esto no hubiera sido extraño, pues suele suceder con mucha frecuencia. La fantasía suele distraernos con sus engañosas imágenes, brillantes artificios de oropel y percalina, y luego la realidad preséntase ante nuestros ojos con el desmayado aspecto y la tristona apariencia de un arco de triunfo después de pasado el cortejo. Hay un crepúsculo de alegrías idas, un desfallecer de pasados resplandores.

Sin embargo, quien esto escribe ha interrogado á Carlos en diversas ocasiones, obteniendo siempre la misma respuesta:

—Blanca es ideal, divina, superexquisita, adorable. La muchacha que yo imaginara al verla, resultaría una vulgaridad á su lado. Del mismo modo que el escultor deshace á martillazos sus obras, en un arranque de sublime modestia y de arrebato artístico al contemplar las estatuas clásicas, yo he arrojado al olvido aquellas primeras concepciones ideales de mi mente, para adorar de rodillas, con mística unción y fervoroso entusiasmo, el prodigio de candor, belleza y bondad con que la Naturaleza ha querido premiar mis méritos futuros con un rasgo de hermoso desinterés.

Claramente queda demostrado en estas palabras el entusiasmo, la férvida pasión amorosa del corazón de nuestro amigo. Porque Carlos es amigo nuestro, y de los íntimos, de los que no tienen secretos para nosotros, de los que comparten con nosotros lo mismo sus dolores que sus alegrías: aquéllos, para buscar el consuelo de nuestras palabras; éstas, para hacer que el regocijo brille también en nuestros ojos.

No todos los hombres gustan de las mismas mujeres; es decir, no hay ni una sola mujer cuya belleza sea admitida y adorada por todos los hombres. Unos enloquecen con las muchachas alegres, con las que pasan el día en continua risa, con las que conservan el infantilismo de los primeros años para no

verse agobiadas por la seriedad; otros se enamoran de las jóvenes algo serias, algo juiciosas, reservadas para la alegría y compasivas para el dolor. Los primeros gozan del amor á grandes bocanadas, en medio de estruendosas risas; un amor espumoso que crece muy á prisa, efervescente, gaseoso, que desaparece muy pronto, decaído, deshecho. Los segundos son más calurosos en el entusiasmo, más discretos en la expresion de su amor, más reservados en sus afectos, más cautos en la comunicación; pero más constantes en sus pasiones, más sinceros en sus palabras, más confiados y más seguros. Su amor, si no es breve por desilusión de fallidas esperanzas, es eterno por consecución de imaginadas dichas. Los primeros obran solamente con el corazón, un pobre loco que camina inconsciente dando trompicones por el camino de la vida; los segundos obran también con el corazón, pero razonando sus actos, calculando sus decisiones, porque ven dónde está el ridículo, y temen caer en él.

Carlos era de los segundos. Si por un lado presentábase calmoso, discreto, reservado y cauto, en cambio, por el otro, mostrábase constante, sincero, confiado y seguro, sujetando su pasión amorosa con el freno de la razón y las riendas del sano juicio, aunque resuelto, una vez puesto en camino, á seguir hasta el final, salvando cuantos inconvenientes, trabas, peligros y obstáculos se le pusiesen por delante. Con respecto al amor, Carlos había mantenido siempre ideas muy extrañas, que, si por un lado presentaban raíces de un naturalismo asaz crudo, miradas desde otro punto de vista, solían estar condimentadas con el aliño de un romanticismo tan exagerado, que elevábase varios codos sobre las cimas más altas de la más pura idealidad. Era una mescolanza anómala, algo así como un compuesto de dos materias que mutuamente se repugnasen, y que dentro de la mezcla formada continuasen riñendo entre sí la batalla misteriosa de los átomos. Su naturalismo amoroso manteníalo á falta de idealidad en que fundir las románticas pasiones de su alma. Veía tan difícil encontrar una mujer como la que él tenía soñada, que siempre que del amor hablaba, hacíalo partiendo del principio de que no existía aquella perfección en donde poder cimentar una pasión eterna, y pensando que era preciso tomar al amor como una cosa pasajera, como un gusto que se satisface al vuelo, hoy aquí, mañana allá, tal la mariposa que marcha volando de flor en flor.

Pero... ¡qué cambio en sus ideas desde el momento en que conoció á Blanca! Los arraigados prejuicios en que se afirmaran las que él tenía por convicciones, la idea de que la mujer soñada no tenía existencia terrena, cayeron deshechos y fueron á confundirse con otras muchas cosas ya olvidadas. Existía, vivía en el mundo lo que él creyera ideal; y no sólo esto, sino que la casualidad ponía tan peregrina joya en sus manos, como el rico presente de un hada bienhechora.

Era Blanca cual Carlos la imaginó anticipadamente en sus sueños. Seria y juiciosa, había que creer noblemente cuantas palabras saliesen de sus labios: que jamás apareció la mentira en el umbral de su boca, ni aun siquiera por el portillo del fingimiento. La sinceridad es una flor que nace en los corazones nobles, y Blanca teníala arraigada honda y fuertemente en el suyo.

## II

Mientras nuestra pluma se ha deslizado veloz sobre las albas cuartillas con el intento de presentar en síntesis el amor de Carlos hacia Blanca, también el tren que los conducía se ha deslizado sobre los carriles, alejándose á gran velocidad por el camino de la corte. Han pasado varias estaciones, y, durante sus paradas, la conversación generalizada ha permitido á Carlos sondear en el carácter de doña Mariana, adquiriendo en ello confirmaciones de lo que ya sabía por referencias.

Estando el tren en marcha, y tratando de elevar la voz más allá del tono confidencial en que estas cosas de amores gustan de tratarse, Carlos iba deslizando en los oídos de Blanca muchas de sus contenidas ternezas del tiempo pasado, de aquellos días en que nuestra pareja anduvo separada, avivadas aquéllas por el brillar regocijado y alegre de los negros ojos de la muchacha, que recordaban á Carlos aquella mujer pálida, de negro vestida, que, como una sombra, pasa á lo largo de los versos de Gautier:

*Carmen est brune. Un trait de bistre*
*cerne son œil de gitana...*
*Les cheveux son d'un noir sinistre;*
*sa peau, le diable la tanna...*

En ocasiones, el silencio extendía su velo de brumas entre los dos enamorados. Diríase que uno y otro, sintiéndose incapaces de traducir con palabras sus agitaciones sentimentales, dejaban volar sus pensamientos en el silencio y en la sombra para que allí se comunicasen, sin tener que fundirse en el molde harto grosero de la palabra. Carlos recordaba entonces un párrafo leído en cierto libro reciente, y lo cotejaba con su situación: «El medio de expresión más en armonía con el pensamiento y la emoción es el silencio. Desde el momento en que uno pretende expresar lo que siente y piensa por medio de la palabra hablada ó escrita, lo adultera.»

Nada más acertado para expresar los sentimientos que agitaban su corazón, las emociones que estremecían su espíritu, y los pensamientos que en carnavalesca algazara cascabeleaban en su mente.

Pero era forzoso romper el silencio, aprovechar aquellos momentos de felicidad para comunicarse muchas cosas que hacía tiempo tenían que decirse, y que todavía no se habían dicho. Por eso Carlos iba vertiendo sus ternezas en los oídos de Blanca, mientras el tren escapaba á través de las tierras aragonesas.

Las locas correrías de la perrita *Mimí* de un lado para otro del departamento, el relato de sus travesuras caseras hecho por Lola, y sus temerarias curiosidades, que la impulsaban, con sobresalto de su dueña, á sacar el morro por una de las abiertas ventanillas, distraían la conversación de los amantes y detenían brevemente la charla de Carlos. La conversación mariposeaba de uno en otro asunto. Eran tantos los que deseaban tratar, y tan escaso el

tiempo de que disponían, que entreteníanse en iniciarlos todos, sin dar fin á ninguno. Algo así como los caprichos de un niño goloso que, ante una bandeja de pasteles, mordisquease todos ellos, sin comerse ninguno por completo.

Las horas del tren íbanse deslizando veloces, rapidísimas. Blanca sentía un invencible temor cuando el tren, para salvar los accidentes del camino, huroneaba á través de las montañas, enhebrándose por el ojo sombrío de los túneles. En sus oídos repercutía con pavoroso vibrar el tableteo horrísono del convoy, y sus nervios vibraban estremecidos al compás de aquella música de enganches, de hierros y de cadenas, salpicada con los agudos y penetrantes silbidos del vapor.

Conociendo Carlos el efecto que en su novia producían los túneles, distraíala con su charla para conseguir que no se enterase de ellos. Únicamente el último, quizás el más largo, fué apercibido por la muchacha. Sus ojos adquirieron extraños y rápidos fulgores, sus labios comenzaron á temblar un poco, y en su continuado silencio había inciertos temores y sobresaltos á punto de iniciarse. Pero todo pasó á los pocos momentos, desapareció el bronco repercutir de la fuga acelerada por las entrañas de la tierra, y el tren siguió la marcha, huyendo á través de las negruras de la noche.

En el cielo parpadeaban los astros. Una estrella corrió de un extremo á otro, presagiando felicidad para los amantes. Estaban llegando á Bílbilis. El alumbrado de la población parpadeaba entre las sombras que cubrían el paisaje del lado derecho, y junto á sus explosiones de luz columbrábanse las formas difuminadas y confusas del caserío, sobre el cual emergían sus siluetas más señaladas las torres y campanarios de algunas iglesias.

Nuestros viajeros tenían allí una parada de tres horas de espera, que si para doña Mariana y Lola constituía el mayor inconveniente del viaje, para los dos novios era un delicioso oasis en donde acamparía por unos instantes la caravana de su amor viajero.

Entraba el tren en agujas, sonaban broncas las planchas giratorias. Puestos de pie, y mientras las señoras ordenaban sus bolsos, Carlos bajó el cristal del centro, y, levantando la falleba exterior, abrió la portezuela. El fresco de la noche hizo su entrada en el departamento. Carlos, una vez detenido el tren, descendió y se dispuso á dar la mano á las señoras para el descenso, algo peligroso por la altura á que quedaban los estribos del suelo y la obscuridad ordinaria de nuestras estaciones.

Doña Mariana descendió la primera, siguiéndole Lola, y siendo la última en hacerlo Blanca, demostrando hasta en esta falta de apresuramiento el sosiego de su carácter. Por cierto que, al hacerlo, hubo de tropezar y saltar con un poco de precipitación, acaso porque su novio, emocionado, no acertó á sujetar lo debido á la monísima viajera.

Una vez en el andén, dirigiéronse hacia la fonda de la estación, una estancia cuadrangular bastante espaciosa, cuyo centro veíase ocupado por una larga mesa, y el testero por un mostrador con un gran armario en uno de sus lados, y varios aparadores. Arrimadas á las paredes había algunas mesitas de ma-

dera, y colgados de aquéllas, algunos espejos y varios cromos anunciadores de vinos y galletas. En una de estas mesitas sirvieron á Blanca una taza de té, mientras doña Mariana y Lola la emprendían con un suculento bisté en la mesa del centro. Carlos no tomó nada. La satisfacción le había quitado el apetito.

El mayor inconveniente de esta parada que han de hacer en Bílbilis los viajeros que, viniendo en el correo de la capital, se dirigen hacia Teruel ó Valencia, no son las tres horas que es forzoso detenerse, sino el ser las horas medias de la noche, precisamente aquellas en que la temperatura desciende de modo más brusco. Aun en el verano, es preciso en esas horas, desde las doce de la noche hasta las tres de la madrugada, echar sobre los hombros los abrigos ligeros; conque no digamos nada lo que será la espera en el invierno, acurrucados los viajeros con sus mantas en torno á la encendida chimenea de la fonda, cerca de los leños chisporreantes, mientras en el andén el viento azota las siluetas erguidas y sarmentosas de los árboles desnudos.

Hacía tiempo que Carlos pensaba con delicia en aquellas tres horas, soñando con pasear por el andén al lado de Blanca, entre sombras, haciendo sonar junto á ella la dulce tarantela de los amores. Pero no contaba con la huéspeda; y la huéspeda en este caso fué la temperatura refrescante de aquella noche de principios del mes de Julio, que no convidaba á permanecer al aire libre. Fué preciso recluirse en el comedor de la fonda, estrechar relaciones y comunicarse opiniones, para lo cual doña Mariana comenzó á hablar con Carlos.

—No parece hija mía—decía aquélla, refiriéndose á Blanca—. Tiene el carácter de su pobre padre. Lola y yo somos más vehementes, menos tranquilas y más variables.

Carlos, depurando un poco la natural modestia de la madre, contrastaba en aquellas palabras el imaginado carácter de su novia. Esto le dejaba satisfecho.

—Muchas veces—continuaba diciendo doña Mariana—, cuando yo tengo pocas ganas de salir de casa, la única que se conforma en seguida es Blanca, pues Lola siempre insiste repetidamente para que salgamos de paseo. A mi hija no le importa quedarse en casa, trabajando en sus labores ó estudiando su lección de piano, sin sentir apenas lo que para la otra es un gran contratiempo.

Como sucede por regla general en estos casos, la buena señora mezcló en su conversación recuerdos de melancólica nostalgia, deteniéndose algunos instantes en la rememoración de su difunto esposo, cuyo recuerdo abatió por unos instantes sus sombras de duelo sobre los interlocutores. Ante los restos de aquel drama tan vulgar y tan corriente, pensaba Carlos en la desgracia de aquellas dos muchachas que se encontraron huérfanas en edad temprana, y el dolor de aquella mujer que vió desaparecer á su esposo en la plenitud de la vida.

Doña Mariana poseía una extensa hacienda en un pueblecillo de la cuenca

del Jiloca, y en él pasaba una buena parte del verano, gobernando su casa con la entereza y el acierto del hombre más entendido en materias de administración y de menesteres agrícolas.

Las tres horas de la parada andaban cerca de su fin. Para Blanca y para Carlos habían transcurrido harto veloces; mas para doña Mariana y Lola quizá no tanto. Un mozo del ferrocarril vino á decirles que el tren de Valencia estaba ya dispuesto, y, cogiendo los bultos que á la mano llevaban, encaminaronse hacia aquél, cruzando las sombras que cubrían los andenes de la estación.

Hallábase el tren todavía sin alumbrar y con la máquina desenganchada. Nuestros viajeros subieron á él por una de las escalerillas extremas del coche, y á lo largo del pasillo fueron buscando un departamento en donde cómoda y espaciosamente se instalaron.

Carlos había oído ponderar de tal manera el material móvil de la Compañía del Central de Aragón, que sufrió una pequeña decepción al penetrar en el departamento, pues si bien éste era confortable, sus asientos eran un poco altos, el pasillo lateral angosto, extraña la confusión de clases dentro de un mismo coche, y sucios y mal cuidados los lavabos y retretes, haciéndose muy de notar la ausencia de las toallas. Además, reinaba en estos coches la ordinaria falta de limpieza de los ferrocarriles españoles, la escasez de luz en las lámparas, el polvo depositado sobre los asientos; y si bien éstos podían transformarse en camas, el departamento se obstruía de tal modo, que, una vez hecha la transformación, los viajeros no podían ni ponerse en pie.

Junto á la ventanilla en que se colocaron los novios, uno frente á otro, una locomotora preparaba sus calderas. Maquinista y fogonero trajinaban atareados disponiéndolo todo, cuidando de que nada faltase, mientras allá en la incierta lejanía clareaba lentamente la foscura del cielo.

Algo misterioso gravitaba sobre el espíritu de los enamorados. La idea de la separación se les mostraba más cierta ahora que estaban próximos al punto de destino. Su pena pretendía distraerse generalizando la charla, haciendo intervenir en ella á doña Mariana y á Lola.

Hablóse del teatro. Las tres mujeres considerábanlo como una de las mejores y más instructivas diversiones, no sin lamentar las escabrosidades del repertorio moderno, que cierran las puertas del teatro á las personas decentes. Encontraban un poco atrevida la comedia benaventesca, sentían más predilección por los sentimentalismos delicados de los Quintero, y, sobre todo, deleitábanse con las antiguas comedias de enredo, aderezadas con sal gruesa, en las cuales el espectador no deja ni un momento de reir. Como tales mujeres, gustaban de la alta comedia por el lujo del vestuario y la fingida riqueza del *atrezzo,* así como de la zarzuela grande, género de creación eminentemente nacional. En cambio, el género chico les era odioso por el ambiente de grosería en que de ordinario se mueven los personajes. Recordaban haber asistido á la representación de algunas zarzuelillas entretenidas y cultas, con música agradable, y aun á ratos inspirada, que constituían un repertorio selecto y visible, lamentando que estas obras fueran olvidadas ante la avalancha de

groserías que el extraviado ingenio de los autores arroja sobre la escena, derribando la estatua de la moral.

Encendidas las lámparas del tren, éste, después de esperar durante unos minutos la llegada del correo de Madrid, anunció su salida con unos pitidos semejantes á los que lanzan las sirenas de los barcos.

—¿Cuántas estaciones faltan?—preguntó Carlos con un dejo de amarga tristeza.

—Seis—contestó Blanca—; en la séptima bajamos.

Era la primera vez que Carlos viajaba por aquella línea, sintiendo cierta curiosidad por contemplar el paisaje. El valle del Jiloca alargábase entre dos confines de montes no muy altos, que poco á poco iban descendiendo. Los árboles de los huertos balanceábanse agitados por el viento fresco de la madrugada, y los gallos lanzaban sus voces á lo alto, claras, sonoras, calientes, anunciando la llegada del sol. Agrupados caprichosamente en la falda del monte, los pueblos iban apareciendo por el lado izquierdo de la vía. Sus casas de adobes confundíanse con la grisácea coloración de los terrenos propincuos, y en medio de aquéllas alzábase la torre cuadrada de una vieja iglesia, mostrándose las campanas á través de los ventanales de los campanarios, péndulas como cuerpos de criminales en racimo de horca.

Por los caminejos que reptaban monte arriba ó descendían culebreando á través de las huertas con rumbo á la cañada abierta en amplio collado, caminaban algunos borriquillos con cántaros, y detrás, arreándolos, una lugareña sórdida y menesterosa ó un labriego avejentado y mísero, que comenzaban su cotidiano trabajo antes de que el sol destrenzase sobre la tierra la dorada cabellera de sus rayos.

## III

Ya las viajeras disponíanse para el descenso. En la primera parada del tren habían de dejarlo, pues sería la estación del pueblecillo en donde pasarían el verano. La tristeza de Carlos iba en aumento, y al verlas poner los sombreros, al contemplar cómo el velo cubría el rostro encantador de Blanca, una emoción intensa embargó su espíritu, y parecióle por un instante ser aquella la última vez que vería los hermosos ojos de su novia. Era una tristeza especial, una tristeza jamás por él sentida, la que en aquellos momentos llenaba su pecho y subía á su garganta, poniendo en ella un dogal tan estrecho, que casi detenía por completo sus palabras.

De buena gana se hubiera parado en el pueblecillo todo el día, dejando para otra ocasión el comenzado viaje á Teruel. Pero esperábale en Calamocha un amigo suyo que se había ofrecido galantemente á acompañarle á la ciudad de Francés de Aranda, y no era cosa de dejarle plantado. Por eso no había más remedio que continuar el viaje.

Al parar el tren, Carlos descendió al andén para ayudar á las viajeras. Al

despedirse de él, doña Mariana agradecióle las atenciones que para con ellas había tenido durante el viaje, y le encareció mucho les transmitiese las impresiones que experimentase en su visita á Teruel. Lola despidióse del novio de su hermana con gentil fineza, demostrando en todas sus maneras la graciosa vivacidad de su carácter. Blanca quedó retrasada. Al dar su mano á Carlos, éste temblaba emocionado, y hubiese querido retenerla entre las suyas Dios sabe cuánto tiempo.

En el exterior de la estación las esperaba un coche. Antes de subir Carlos al vagón, esperó á que Blanca traspusiese la puerta de salida, para enviarla el último adiós. ¡Qué desamparado se sintió entonces! ¡Después de tanta dicha, tanta desgracia! ¡Después de ir tan bien acompañado, continuar el viaje tan solo!

Deseaba que el tren partiese para satisfacer su curiosidad de ver los alrededores del viejo pueblo aragonés, aquellos caminos por donde su novia pasearía durante todo el verano, sin que á él le fuera dado caminar á su lado, hablándole de su amor.

¡Qué tristeza tan honda, qué emoción tan intensa la que recibió Carlos al arrancar el tren! Muy abiertos los ojos, como si por ellos quisiese escapar su vida, permanecía asomado de bruces en la ventanilla del coche, y mirando fijamente al edificio de la estación, que dejaba atrás, para ver si le era posible contemplar el vehículo que conduciría á las viajeras. Pero no pudo verlo. La vía avanzaba en línea recta, y, á poco de salir, unos árboles frondosos ocultaron la estación y el lugar por donde el coche se encaminaría. Unos cascabeles, sonando irónicos á lo lejos, hacían más triste la contrariada situación de nuestro enamorado.

Pasaron una, dos, varias estaciones, sin que el espíritu de Carlos supiese salir á flote del mar de pena en que se había hundido. Cerca de Luco, el tren detuvo su marcha en un descampado, reanudándola á poco con gran lentitud. La vía estaba en obra, y el tren cruzaba el Jiloca por un puente provisional, mientras el de la línea veíase á la derecha en reparación. Entonces Carlos recordó las inundaciones que acaecen con tanta frecuencia por esa parte, y, asimismo, la catástrofe ferroviaria de Entrambasaguas, no tan lejana que no se conservasen frescas todavía sus lamentables huellas.

En Calamocha reunióse con Carlos su amigo Rafael, con el que hacía tiempo tenía convenido un viaje á Teruel, y juntos siguieron hasta la ciudad de los Amantes. Carlos tenía, respecto del camino que sigue hasta Teruel el ferrocarril central de Aragón, una idea muy distinta de la realidad. Imaginábase un país montuoso y pelado, lleno de puentes y de túneles, y no aquella marcha, primeramente por un valle hermoso, y luego por unas extensas planicies limitadas á la derecha por la elevada sierra de Albarracín. Su amigo, como del país que era, íbale enumerando los pueblos que se veían desde las ventanillas, los caminos que á uno y otro lado se encontraban, el punto adonde aquellos caminos se dirigían, las costumbres observadas por los campesinos que trabajaban aquellas tierras, y la vida que hacían en el invierno,

cuando el frío barría con sus vendavales el llano, y los montes aparecían cubiertos con espesa capa de nieve.

De este modo iba dándose Carlos perfecta cuenta de cuanto desfilaba ante sus curiosos ojos, y los conocimientos naturales de su amigo servíanle para que su viaje fuese mucho más provechoso que si hubiese ido solo y desamparado de toda enseñanza regional. Antes de llegar á Teruel ya sabía por su amigo cuál era la vida de sus habitantes, la vida tranquila y sosegada de una capital de provincia de tercer orden, por no haber cuarto; y su sorpresa ya no fué tanta cuando, al dar una vuelta el tren, presentóse ante sus ojos el caserío de la ciudad, encaramado en un cerro casi cortado á pico sobre la vía.

Aquellos deseos de ver cosas nuevas que acometen ordinariamente al viajero apenas pone los pies en un punto que le es desconocido, no existían en Carlos en aquella ocasión. Todo desaparecía ante la inmensa tristeza que le embargaba, todo mostrábase indiferente para sus ojos, todo anodino para su espíritu viajero; y si el horario del ferrocarril no hubiese regulado la vuelta en condiciones contrarias á su deseo, en aquel punto hubiese tomado otro tren que lo volviese pasos atrás. Para entretener las horas de espera, nada mejor que visitar la población, corretear por sus calles, y ver al paso cuantas bellezas y particularidades más ó menos artísticas encerrase la vetusta ciudad de los Amantes.

Y, sobre todo, eso, ver los Amantes. Hay en todas las poblaciones, grandes y chicas, viejas y modernas, una cosa que es como la nota característica que las distingue dentro de la general confusión, y esto es lo que el viajero debe visitar con preferencia á todo lo demás, para que sirva de punto de enlace á todos los restantes recuerdos é impresiones de la visita. Porque ir á Teruel y no ver los Amantes, hubiera sido tanto como estar en Sevilla y marcharse sin ver la Giralda, pasar por Burgos y no ver la catedral y el papamoscas, estar en Madrid y salir de la corte sin dar una vuelta por la Puerta del Sol.

Era, pues, ineludible la obligación de visitar á los Amantes. Por eso, después de ascender la empinada cuesta que desde la estación del ferrocarril conduce al Óvalo—un precioso paseo desde donde se divisa una hermosa vista sobre la vega—, y de meterse en la fonda para lavarse y dejar los abrigos, que hasta llevados al brazo molestaban, nuestros dos viajeros encamináronse hacia la iglesia de San Pedro, en donde se conservan las momias de los célebres enamorados. Al paso penetraron en otra iglesia, y antes también de visitar San Pedro dieron una vuelta por los soportales de la plaza del Mercado, en cuyo centro levántase una fuente que tiene encima de una columna el célebre *torico de la plaza,* una figura de bronce que disuena por su menudo tamaño del alto pedestal que la sostiene.

La plaza del Mercado congrega en las horas de la mañana extraordinaria animación. Tanto los puestos de verduras y leñas que llenaban el centro de la plaza, en torno de la fuente, como los comercios que abren sus puertas bajo los irregulares soportales de las casas, en todos ellos advertíase un gran mo-

vimiento de compradores, gente lugareña venida á Teruel para hacer sus compras, volviéndose á sus pueblos con el carro lleno de los encargos que les hicieran sus convecinos.

Desde la plaza, y por una empinada calleja que lleva el nombre de Hartzenbusch, los dos amigos dirigiéronse á San Pedro. Es una iglesia muy antigua, con su torre de preciosos dibujos labrados en ladrillo, y bajo cuyo arco cruza una calle de pobres y viejas viviendas. El interior de la iglesia es muy alegre por los colorinescos dibujos que adornan sus paredes. Preguntaron en la sacristía por el encargado de enseñar las momias, y dijéronles que se las enseñaría el sacristán cuando terminase la misa que se estaba celebrando en una de las capillas, teniendo que adquirir para ello unos billetes que se expendían en un comercio de la plaza del Mercado. Allá fueron en busca de los billetes, cuyo módico importe se dedica al monumento en proyecto, y después de andar un rato por empinadas y pedregosas callejuelas, volvieron de nuevo á San Pedro, y penetraron en el recinto donde se conservan las momias de Isabel de Segura y Diego Marsilla.

Es el tal recinto una especie de capilla separada de la iglesia por un patinillo en donde crece la hierba, y á la cual se penetra abierta una puerta de madera labrada. En el centro de la no muy espaciosa estancia, llenándola casi por completo, aparecen tendidas y un poco inclinadas dos hermosas cajas de madera tallada, con cristales en su cara superior, á través de los cuales se divisan los restos momificados, cubiertos con unos faldellines de terciopelo. En las paredes cuelgan algunos cuadros con documentos y vistas del monumento proyectado en honor de los Amantes.

Después de salir de allí, nuestros viajeros entraron en la catedral; fueron á ver los Arcos, dando la vuelta por unos barrios muy pobres en cuyas alturas está la plaza de toros, y subieron un momento á la Audiencia. Vistas las momias, los Arcos, algunas torres y el *torico de la plaza,* Teruel tiene pocos atractivos.

Después de comer, salieron á tomar café en el Casino, entretuvieron un buen rato jugando á carambolas, y cuando todavía picaba el sol, próximo á iniciar su crepuscular desfallecimiento, encamináronse hacia la estación. Bajaban á ella con bastante antelación, esperando sentados en un jardincillo umbroso la llegada del correo de Valencia, que había de volverles á sus moradas respectivas.

El viaje de vuelta hízose para Carlos muy corto. En Calamocha separóse de su amigo, deseándole un feliz verano, y desde allí al pueblecillo en donde se había separado de su novia fué escuchando la interesante conversación de sus compañeros de viaje, dos capitalistas bilbaínos propietarios de cotos mineros, que fueron hablando de la riqueza minera de la provincia de Teruel.

Al acercarse el tren al pueblecillo, Carlos asomóse á la ventanilla, ganoso de atisbar entre las sombras de la noche los pintorescos detalles del paisaje que rodeaba el poblado en donde su novia pasaría el verano. El cielo estaba hermoso, constelado todo él de estrellas que brillaban estremecidas, mientras

las arboledas llenas de misterio que se alargan por todo el amplio collado del valle invitaban á pasear bajo las altas copas de sus árboles idilios de amor idealista y romántico.

La luna derramaba sobre los campos su claror de plata. En la foscura del paisaje iban poco á poco apareciendo indicios de que el tren se aproximaba á poblado, pues de trecho en trecho divisábanse entre las arboledas algunas construcciones campestres, y allá á lo lejos extendíase una línea sinuosa é incierta de parpadeantes explosiones de luz, que señalaba el camino desde la estación hasta las primeras casas del pueblo. Como fondo de todo, la mancha de sombra inmensa del monte que le sirve de cimiento y lo oculta entre sus repliegues, abriendo una cañada para guarecerlo, y más en lo alto, recortándose en el azul del cielo, la línea aserrada de sus picachos almenados.

Á poco el tren detuvo su marcha. Husmeó Carlos el andén, aunque estaba seguro de no hallar á nadie conocido. Unas muchachas, de blanco, clamoreaban junto al tren parado, despidiendo á unos viajeros, encargos, consejos, agudezas, etc.; y un mozo, sentado en el escalón de piedra del andén, y estribando sus pies en el carril de la línea descubierta, rasgueaba en la guitarra los aires valientes y siempre animados de la jota aragonesa.

La parada fué corta: dos ó tres minutos. Al partir el tren, Carlos continuó de bruces en la ventanilla, viendo cómo se alejaban las luces del pueblo; y cuando la última de éstas murió, tragada por la sombra del campo, nuestro enamorado sintió envidia de aquellas temblequeantes estrellas que desde su elevado observatorio miraban al pueblecillo, repartían su luz por las calles, por las plazuelas, por los patios de los vetustos caserones, y quién sabe si hasta lograban colarse de rondón en las habitaciones por los resquicios y grietas de balcones y ventanas.

La ansiedad por saber si llegaría el tren á enlazar en Calatayud con el expreso de Madrid, distrajo el trayecto hasta la antigua Bílbilis. Esperábanle allí varios amigos, con objeto de hacerle más cortas las horas de espera, caso de tener que aguardar el correo, aprovechándolas para dar una vuelta por la ciudad á la luz de la luna. Pero Carlos estaba fatigadísimo; la noche anterior no había dormido, aquel día lo había pasado azacaneado de un lado para otro por las callejuelas turolenses, y al día siguiente debía emprender de nuevo la caminata para las playas del Norte, pasando una noche entera en el tren. De modo que tenía grandes deseos de llegar á casa y meterse en la cama á descansar. Tuvo, pues, que renunciar á la satisfacción de conversar durante un par de horas con sus buenos amigos bilbilitanos, pues aquella noche el correo de Valencia enlazó en Calatayud con el expreso de Madrid.

Hasta Augusta, y en el expreso, el trayecto se hace brevísimo. Carlos lo pasó entero en el pasillo, de pie junto á una de las portezuelas, soñando despierto en lo que se dejaba detrás. Al llegar tomó una berlina, que en pocos minutos lo llevó á su casa; entró en ella sin despertar á nadie, y á los diez minutos estaba en su cama durmiendo y soñando con Blanca.

## EPÍLOGO

Van pasando interminables y angustiosos los días de la ausencia; van ascendiendo los amantes por el empinado calvario de su separación; vase deslizando el verano por el monótono cauce del tiempo. Agosto termina; Septiembre empieza.

Ya las mañanas suelen ser frescas; ya las noches suelen serlo también. Las gentes que abandonaron sus hogares y salieron de sus casas en busca de la salud ó del esparcimiento, comienzan á tornar en busca de sus nidales de invierno. Aves son que emigraron con el calor; aves que tornan con el frío. Golondrinas de invierno.

Unas antes, otras después, todas vuelven. Todas, no: que algunas quedaron en apartados lugares encerradas en tres palmos de tierra. Salièron en busca de la salud, y hallaron la muerte. Estaba escrito.

Para nuestros enamorados el verano se hizo interminable. Fueron dos meses que no se acababan nunca. Cruzáronse sus cartas llevando promesas de amor eterno, y en ellas fueron retratándose las vidas de ambos. La veraniega de él, con sus excursiones mar afuera y sus expediciones tierra adentro, con sus paseos nostálgicos á orillas del mar y sus marchas melancólicas á través de los montes de la aldea vasca; la veraniega de ella, pletórica de sencillez y de paz, sin agitaciones ni sobresaltos, simplemente pueblerina, haciendo siempre lo mismo y á las mismas horas.

El afecto que los uniera continuó indeleble. Las promesas hechas quedaron cumplidas, cumplidos los juramentos cruzados, y nada turbó la existencia de aquellos dos corazones que se amaban, de aquellas dos almas en el amor mellizas. Sirvió la ausencia para contrastar el temple de sus amores, y al hallarse cercana la fecha de su encuentro, prepararon los dos sus corazones como para una fiesta. La fiesta de su cariño en honor al término de su separación.

José García Mercadal.

## APARTE

Nos olvidan. Se lanzan en el *hall* las parejas
á la embriaguez del baile. Yo, que bailar no sé,
yo, que estoy enfadado contigo, te doy quejas...
¡Cómo desmaya el frívolo vals de Rodolphe Berger!...

Tu amor propio se pica. Frunces las finas cejas;
después finges que atenta miras yo no sé qué,
y expresión desdeñosa tienes, y hablar me dejas...
Callo por fin... La música languidece... ¿Me iré?...

No me iré. Nuevamente quiero hablar; pero ahora,
suplicante, murmuro cobardías de amor...
La música se arrastra, se extingue, se evapora...

Y en tanto hacia mí vuelves tu rostro vencedor,
sonriente—nocturno celaje que la aurora
vivifica y aclara con su primer albor...

## SIESTA

Los estores caídos y las maderas juntas
al fiero sol desarman. Medio día. Verano.
Nuestras tazas humean. Como desde un lejano
mundo, con voz dormida—¿Muy dulce?—me preguntas.

¡Oh tus brazos desnudos y el mirar soñoliento
de tus ojos! Callada, vas á abrir el piano...
Das un paso y te sientas otra vez: es en vano.
¡Oh pereza felina de cada movimiento!

La sombra y el silencio y el calor nos apresan
en una urdimbre mágica... Dan las tres... ¡Cómo pesan
los párpados!... Cedemos al sopor invencible...

¡Naturaleza humana, miserable y sumisa!
Sonrío... ¡ritmo suave de tu pecho apacible!...
y el sueño viene á la mitad de la sonrisa...

***Enrique Díez-Canedo.***

## ESTOICISMO

Aprende, corazón, á ser más fuerte;
escúdate en tu noble estoicismo.
No salgas nunca de tu propio abismo,
y vencerás al tiempo y á la muerte.

Procura cada día á conocerte.
Vive en la soledad y en el mutismo.
No tienes más ayuda que á ti mismo,
y en medio de este mundo estás inerte.

Enciérrate en tu círculo de hierro;
ausculta con ahinco tus entrañas,
y no pidas á nadie protección.

Eres como un monarca en el destierro,
que, harto de saludar gentes extrañas,
se recluye en su fosco torreón...

## EL TEDIO

Mais l'orgueil est la forme altière de l'ennui.
(VÍCTOR HUGO.)

Yo soy el rey cansado de un imperio hecho trizas;
bajo el montón de cieno palpita un ideal;
y en mi alma siempre sigue á un loco carnaval
un pardo y melancólico miércoles de cenizas.

Sonoro por sí solo como toda una orquesta,
en mi espíritu gime un llanto de violín;
si estoy en un teatro, sueño con un jardín;
recuerdo un funeral cuando voy á una fiesta.

Y en medio de este tedio y esta desolación,
yo hubiera deseado ser jefe de estación
en la paz soñolienta de un pueblo castellano.

Si me encuentro en un baile, sueño en un monasterio;
mas mi tedio es mi orgullo... Y así, del vasto imperio
de mi propia persona yo soy el soberano.

***Andrés González-Blanco.***

# TIERRA DEL ALMA

La casita feliz, medio escondida
entre el cacaotal; la casa en cuyo
patio, en las noches de la edad florida,
prendió mi agilidad más de un cocuyo;
patio donde su suave algarabía
con el sumiso harem dasata el gallo,
y donde empieza, al declinar del día,
á pastar en las yerbas el caballo;
patio donde las voces resonantes
perduran, y los francos alborozos
de los muchachos que jugaron antes,
ora al *gato ladrón* ó á los corozos;
patio lleno de flores, que engalana
con su fresco verdor la platanera:
tú has visto, al despuntar de la mañana,
cómo la hornilla del trapiche ufana
el campo, con el rojo de su hoguera.
Tú has visto, al alba, cómo tiende el vuelo
el humo de la lumbre en la cocina
—santa oración que eleva en voz divina
la dulce paz del campesino al cielo—.
Casa llena de luz, en cuyo alero
la *bellísima* enreda sus bejucos:
guardas aún, en ademán severo,
entre muchos recuerdos, el ligero
vaivén de tus pretéritos bambucos.
¡Oh paisajes! ¡Oh ceiba enorme, adorno
vivaz de la llanura dilatada!
¡Oh árbol, que en la hora del bochorno
solar prestas tu sombra á la vacada!
Sauce doliente: en la barranca dura
del turbio río, tu tristeza fragua
un sueño, cuando ves pasar el agua
del *Cauca* en melancólica postura.
¡Cuán doloroso para ti el destino:
llorar sobre la tierra que derrumba
el río, y sobre el leño que sin tino
navega..., y sobre el mármol de la tumba!
¡Oh *guásimo* gentil, que abres tus brazos
frondosos, á la vera del camino,

como una añosa cruz que tiende lazos
de amor al fatigado peregrino!
Yo he visto entre tu espléndido ramaje
lucir la flor silvestre: la azucena,
que, de los musgos con el gris ropaje,
finge una niña delicada y buena.
¡Oh monte obscuro! ¡Oh *burílico* esbelto,
rey humoroso del boscaje huraño,
que dominas las sendas donde he vuelto
á renovar mis éxodos de antaño!
Y el *pisamo,* de donde se deshoja
la sangre en flor; donde la errátil garza
el vuelo posa, y donde el sol engarza,
ya en el atardecer, su seda roja.
Campos llenos de sol, en cuyo ambiente
vuela el trino vivaz de la guitarra
campesina, que llora un són doliente;
rama donde registra eternamente
su triste monocordio la cigarra.
Recuerdos florecidos de la tierra
que mana leche y miel; del valle ameno
en donde todo para el hombre es bueno:
el verde llano, la empinada sierra,
la senda amiga ó el alcor sereno.
Noches de luna, férvida algazara
del infantil enjambre que se entrega
al *chimbilaco,* y que se apresta para
el voltejear de la *gallina ciega.*
Alma: vuelve los ojos al encanto
de la tierra natal; busca las huellas
de noches claras, y verás que, en tanto,
la luna sobre el pueblo reza el santo
rosario en su camándula de estrellas.
Y el alegre correr, y el ágil quite
que hace el rapaz al perro del vecino
cuando, para jugar al *escondite,*
salta la cerca con brincar ladino.
¡Oh noches inocentes! ¡Oh serenas
horas de escuela y de retozo!—palma
que hoy flota entre la sombra de mis penas—:
yo llevo por fragantes y por buenas
muchas de aquellas horas en el alma.
Casita de la escuela, banca dura
donde grabé mi nombre; goce diario

de la fácil lección; pizarra obscura,
citolegio con el abecedario...
Iglesita vetusta donde antaño
oía los domingos mi alma pura
la palabra piadosa con que el cura
del pueblo apacentaba su rebaño.
Torre sencilla, silencioso claustro
en donde canta y reza la campana;
ojiva luminosa donde el austro
ligeramente su oración desgrana.
Torre musgosa: cuando yo volvía
al terruño, feliz como un buen hijo,
vi que tu cruz, al fenecer del día,
fué la primera cruz que me bendijo.
¡Oh voz de las campanas provinciales
—aves sagradas de armonioso trino—,
que ríen en las fiestas parroquiales,
y lloran cuando muere algún vecino!
Conmigo van vuestros repiques claros
y vuestro funeral; bendita sea
vuestra argentina voz; ¡cómo olvidaros,
campanas parlanchinas de mi aldea!
Callejón polvoroso, con aroma
de *piñuelas* maduras; lotanía
del viento alegre; *manga* donde asoma
la vaca que prendieron en la loma,
junto al zanjón, con la lozana cría.
Callejón polvoroso, grata senda
por donde, ya en la paz del sol extinto,
retorna el jornalero á su vivienda
—el leño al hombro y el machete al cinto—.
Fértiles lomas, en donde las matas
son búcaros fragantes; humo vano
con que atristan el día las fogatas
en los áridos tiempos del verano.
Lomas que el pueblo circundáis; lugares
donde florece el arrayán; picachos
distantes, que pisé con los muchachos
de mi tiempo, en retozos familiares.
Tardes caucanas, tardes luminosas,
en que, como un pintor de experta mano,
se pone el Sol á coronar de rosas
la testa invicta al farallón lejano.
Crepúsculos de seda; parda grulla

que regresa en la tarde mortecina
al árbol predilecto; río que arrulla
el silencio del pueblo á la sordina.
Charco azul de ribera florecida
en donde el agua límpida se estanca,
y en donde, en tiempos de alegría franca,
caí como una piedra desprendida
de la cúspide audaz de la barranca.
Tierra de amor y paz; montes ufanos
de flores, nidos y verdor; falanges
de garzas vespertinas; luengos llanos
que fulgen cual si en ellos bravas manos
esgrimiesen innúmeros alfanjes.
Gradual sonoro de penacho verde
que al soplo de la tarde se desmaya
y cabecea; bosque en que se pierde
el vuelo alegre de la guacamaya.
Intensidad divina de la hora
en que el trabajador su acero envaina,
y en que el alma sutil de la dulzaina
en los recodos del camino llora.
Ingenua timidez de la muchacha
que va en la soledad y que se apena
si la incitan al mal...; golpe del hacha
que en el silencio montaraz resuena.
Soles que vi caer desde la proa
de frágiles piraguas; rumor lento
con que el agua, rizada por el viento,
acaricia el andar de la canoa.
Niña alegre que vas para la escuela
á desgranar tus voces cristalinas,
contigo llevas lo que te consuela:
el frasco de agua, las agujas de la
costura y tus sabrosas golosinas.
En ti me finjo la primera novia
de trajes cortos y de pies desnudos,
y tú me evocas los amores mudos,
hoy que la cruz del recordar me agobia.
Huertos donde la fruta sazonada
en su propia dulzura se deslíe,
y donde, ya entreabierta, la granada
como una boca de mujer sonríe.
Playas del *Cauca,* deleznable orilla
que del agua los ímpetus se llevan;

playas donde, doblando una rodilla,
bajo el calor meridional, abrevan
el potro arisco y la gentil novilla.
*Cauca,* río sereno, cuya entraña
la luz nocturna de la choza incendia;
tierra maravillosa que compendia
todo lo bueno y fértil que el Sol baña.
Recuerdos que, al través de la distancia
y del tiempo, duplican su fragancia:
vosotros sois al corazón del hombre
lo que la playa al náufrago; tu nombre
dulce, tierra del alma, va conmigo
y es mi blando refugio y es mi amigo.
Prestigio de las sendas olorosas
á manzanilla en flor; olor de rosas
en tapia antigua, con
tomillo verde. ¡Oh tierra: todavía
en la hora triste que ennegrece el día,
yo quisiera estrechar todas tus cosas,
todas tus cosas, contra mi corazón!...

***Carlos Villafañe.***

Santa Fe de Bogotá (Colombia).

---

## CIELO GRIS

Tristeza de cielo plomizo,
dosel de cendales parduzcos:
horadas mi ser lentamente
con golpe callado y oculto.
No veo las salas risueñas
del gran edificio del mundo,
cubiertas por bóveda rica,
magnífico palio de triunfo,
por lámpara inmensa adornadas
que cuelga de dedos augustos,
henchidas de amor y de fuerza,
vibrando de Dios al impulso;
en donde se traban combates
de luz, de color, de dibujos,
con rayos de sol por espada,
con haces de luz por escudo.

No veo el grandioso techado
teñido de azul limpio y puro,
que adornan preseas de fuego,
dispuestas en áureos grupos,
cerrando una atmósfera tersa
bañada de brillo difuso,
que puebla una grey clamorosa
de vida, de amor, de susurros.
Un toldo me cubre grisáceo,
consorcio de niebla y de humo,
vestido de velos y gasas,
de luz y alegría desnudo.
La hermosa mansión de la tierra
parece que así no disfruto;
que vivo en el lóbrego fondo
de un antro penoso y obscuro.
Sin duda, su imperio ha sentado
el Rey del Silencio Nocturno,
que oculta su pálido rostro,
que viste ropajes de luto,
y cuando, rendido de pena,
comienza á llorar su infortunio,
derraman raudales de llanto
sus ojos inmobles y turbios.
Tal vez la mirada divina
se asoma á través de un rasguño;
tal vez un instante aparecen
los rayos de un sol moribundo...
¡Oh genio que riges el día!
Levanta, soberbio, tu busto,
y rasgue la bruma en jirones
tu espada de filos agudos.

***Narciso Alonso Cortés.***

# Información ibero-americana

## España

### Asamblea de la Prensa española.

Nuestro director, que también lo es del *Diario de Avisos de Zaragoza,* fué honrado, á raíz de una visita que hizo á aquella ciudad el ilustre director del *Heraldo de Madrid* y diputado á Cortes D. José Francos Rodríguez, con una notable carta que este maestro querido de periodistas le dirigió, formulando una iniciativa ya á estas horas acogida con aplauso por todos los periódicos de España.

ATENEO se adhiere también al pensamiento, y se complace en reproducir la carta del Sr. Francos, en la seguridad de que nuestros lectores la leerán con gusto, y apreciarán por ella la importancia grande de la Asamblea de la Prensa en proyecto:

«Sr. D. Mariano Miguel de Val.

»Mi querido amigo y compañero: En mi rápida visita á Zaragoza, y durante una conversación que con usted y Ariño mantuve, les hablé de algo que voy á repetirles, para ver si ustedes y los demás periodistas de la noble ciudad aragonesa quieren aceptar el patrocinio de una iniciativa que considero útil.

»Para conmemorar el Centenario de los Sitios, Zaragoza reunirá en la Exposición que prepara y en los Congresos que convoca, lo más lucido y granado de la Patria entera. Nosotros, los periodistas, debemos coadyuvar á los cultos festejos con uno que pueda ser digno de nuestro nombre y de nuestro oficio. En Zaragoza debiérase reunir una Asamblea de la Prensa española, con el propósito de que se conocieran personalmente los que la ejercen en toda la nación, y, además, con el fin interesante de adoptar acuerdos de carácter general para cuanto sea común á la vida del periodismo español.

»Esta Asamblea, primera de las que cada año ó cada dos años se reuniesen después en distintas capitales de provincia, iniciaría un movimiento de solidaridad, de que estamos harto necesitados; porque á diario pregona equivocadamente la Fama que los periodistas vivimos estrechamente unidos, pero es lo cierto que no formamos hermandad ni cosa que se le parezca. Por el contrario, son frecuentes entre nosotros motivos de división que alegran el alma á cuantos en la suya sienten rencor contra las hojas diarias que escribimos.

»Nuestra tarea es la de ser propagandistas de ideas, difusores de la cultura; y á quienes tan noble empresa acometen, no les está mal celebrar periódicamente Congresos en los que se traten puntos de interés y se adopten acuerdos de transcendencia, en consonancia con el papel que en la sociedad representamos.

»Es deber nuestro infundir en el país, con manifestaciones ostensibles, cuál es la transcendencia é importancia del periodismo. Para ello servirán esas reuniones anua-

les, en las que se debatirían puntos de alta importancia, acordándose luego conclusiones de carácter positivo. No olvidemos nunca que el periodismo tiene misiones pedagógicas y sociales, para cuyo mejor cumplimiento importan mucho los Congresos, en que se exponen las tendencias y se definen los procedimientos.

»Los hombres de ciencia se reúnen para cambiar entre sí opiniones y verdades fundadas y adquiridas en el estudio y en la investigación. Las Asambleas del periodismo español pueden servir para que cuantos le ejercen se transmitan mutuamente enseñanzas logradas con la experiencia que se adquiere en el trabajo cotidiano.

»Además, estas Asambleas, de carácter nacional, que mostrarán al país el valer efectivo de su Prensa, pueden llegar á tener carácter internacional, y, con ello, redundar en provecho de la misión que nos está confiada.

»Al mismo tiempo que una Asamblea Nacional de la Prensa, se podía proyectar una Exposición de la Imprenta ó del Periódico. No hay tiempo ya para que en Zaragoza se verifique ésta; pero podía acordarse su celebración el año próximo, y en ella, no sólo se reunirían datos interesantes para la historia del desarrollo de la cultura en España, sino, además, muestras del progreso industrial en las Artes gráficas, que tanto influyen en la civilización.

»Zaragoza puede dar el alto y noble ejemplo de que se inaugure la serie de Asambleas ó Congresos (el nombre importa poco) del periodismo español. Que en determinados días del mes de Octubre se reúnan en la hermosa é invicta ciudad representantes de todos los periódicos españoles. Activemos en esas reuniones los medios que mejoren y faciliten nuestra misión social; organicemos las Asociaciones provinciales para llegar á la federación de ellas; establezcamos correspondencia con los colegas de todo el mundo; exterioricemos, en suma, cuáles son los ideales que nos impulsan en nuestros permanentes trabajos.

»Al mismo tiempo que se celebra la Asamblea, y durante los días en que se verifique, podrá publicarse en Zaragoza un periódico redactado por escritores de todas las provincias, homenaje del país entero á la ciudad heroica, en el que, conmemorando las glorias de la Patria de ayer, se hiciese algo en favor de la Patria de hoy para bien de la futura.

»¿Le parece oportuna la idea? Pues, si así es, ustedes, los periodistas de Zaragoza, pueden darle vida y forma; hagan el llamamiento, y formen el programa. El éxito tengo por seguro que será feliz.

J. Francos Rodríguez.»

# Notas financieras

## PERÍODO DE INACTIVIDAD

Las transacciones bursátiles continúan en disminución, habiéndose, de un año á esta parte, manifestado con tal fuerza este fenómeno, que ya reviste caracteres de verdadera gravedad; constituye la preocupación de los hombres que á esta clase de negocios se dedican, y es el tema obligado en los círculos financieros, en la Bolsa, dondequiera que se reúnen agentes ó rentistas ó informadores, entre los cuales ha hecho cundir la alarma y la inquietud propias del que siente extinguirse sus medios naturales de sostenimiento.

No cabe dudarlo. El *Boletín Oficial* sería suficiente prueba para quienes no lo ven más claro todavía en la soledad de la Bolsa, en la desanimación de los corros.

Los estados mensuales de la negociación de fondos públicos, que periódicamente se insertan en la *Gaceta,* nos dan, con la muda elocuencia de los números, el total aniquilamiento de la contratación. Véase, para que nadie lo dude:

(En millones de pesetas.)

| DESIGNACIÓN DE LOS VALORES | MES DE ENERO DE | | | |
|---|---|---|---|---|
| | 1905 | 1906 | 1907 | 1908 |
| Interior contado | 55,71 | 36,37 | 26,98 | 22,42 |
| Idem á plazo | 347,55 | 44,25 | 24,65 | 29,00 |
| Amortizable contado | 21,67 | 9,65 | 9,63 | 11,79 |
| Idem á plazo | » | » | » | 0,25 |
| Idem carpetas provisionales | » | » | 1,77 | » |
| Obligaciones del Tesoro | » | 6,19 | 0,33 | 0,17 |
| Cédulas hipotecarias al 4 por 100 | 2,31 | 1,86 | » | 1,11 |
| Obligaciones de la Diputación | 0,37 | 0,06 | 0,07 | 0,02 |
| Idem municipales | 1,00 | 0,53 | 0,80 | 0,51 |
| TOTAL MILLONES | 428,63 | 98,92 | 64,56 | 65,29 |

Es decir, que en sólo dos años, de 1905 á 1907, las transacciones mensuales en la Bolsa de Madrid se han mermado en 364,07 millones de pesetas; disminución que, ciertamente, no es peculiar de uno á otro valor, sino que alcanza á todos los clasificados en la categoría de fondos públicos, pero, en primer término, á la Deuda reguladora, tanto al contado como á plazo.

Entre las principales causas de este resultado, puede apuntarse, en primer lugar, la nueva ley del Timbre del Estado, desde cuya fecha (1.° de Enero de 1906), recargado considerablemente el impuesto sobre las operaciones de Bolsa, aquella baja de 364 millones no ha producido, por cierto, al Estado el efecto que se apetecía de aumentar los ingresos del Tesoro.

Otra de las importantes causas de la ruina de la especulación es la casi absoluta desaparición del papel flotante.

La Deuda interior hállase hoy tan requerida merced á la confianza que, después de nuestros desastres coloniales y las más graves crisis económicas, ha podido inspirar por la intangibilidad de sus intereses, religiosamente pagados en todo momento, que siendo, como es, limitada, y arraigando como arraiga en las carteras de los rentistas, escasea tanto más cada día, cuanto mayores elevaciones alcanza.

Ello es un mal para el ahorro, que se verá dentro de poco tiempo obligado á seguir nuevos rumbos; pero no es ésta la única razón por la que puede lamentarse el actual estado de cosas, es decir, la paralización del mercado de valores.

La especulación no puede ni debe desaparecer. No sólo es necesaria, sino indispensable para el sostenimiento del crédito público, al que presta incalculables servicios.

Hay, pues, que poner todos los medios necesarios, á fin de evitar los males que pudieran sobrevenir algún día.

Dos soluciones hay: la supresión del *affidávit* y la emisión de un empréstito en condiciones atrayentes para el capital.

Uno y otro medio producirían instantáneamente la baja de la Deuda reguladora por el arbitraje que se estableciera entre ésta y el nuevo valor cotizable; pero el rentista encontraría nuevos elementos para la contratación ventajosa de su dinero; y la especulación, que tan grandes servicios prestó á la Patria en horas de angustia, sacaría de su atonía al mercado, haciéndole recobrar la animación que por momentos se extingue.

# BOLSAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

## Últimas cotizaciones de Marzo y Abril de 1908.

| PLAZAS | COTIZACIÓN Última Marzo. | COTIZACIÓN Última Abril. |
|---|---|---|
| MADRID | | |
| **FONDOS PÚBLICOS** | | |
| 4 % INTERIOR | | |
| Serie F, de 50.000 ptas. nom... | 83 95 | 83 00 |
| Serie E, de 25.000..... | 83 95 | 83 00 |
| Serie D, de 12.500..... | 84 20 | 83 20 |
| Serie C, de 5.000..... | 85 10 | 84 00 |
| Serie B, de 2.500..... | 85 55 | 84 15 |
| Serie A, de 500..... | 85 55 | 84 15 |
| Serie G-H, de 100 y 200..... | 85 55 | 84 15 |
| En diferentes series..... | 85 50 | 84 00 |
| Fin de mes..... | 83 95 | 82 95 |
| Fin próximo..... | 84 15 | 83 15 |
| 5 % AMORTIZABLE: TÍTULOS | | |
| Serie F, de 50.000 ptas. nom... | 101 75 | 101 85 |
| Serie E, de 25.000..... | 101 75 | 101 85 |
| Serie D, de 12.500..... | 101 70 | 101 85 |
| Serie C, de 5.000..... | 101 80 | 101 85 |
| Serie B, de 2.500..... | 101 90 | 101 85 |
| Serie A, de 500..... | 101 90 | 101 85 |
| En diferentes series..... | 101 85 | 101 85 |

| PLAZAS | COTIZACIÓN Última Marzo. | COTIZACIÓN Última Abril. |
|---|---|---|
| Azucarera General, preferentes | 105 25 | 102 25 |
| Idem, ordinarias..... | 43 50 | 40 50 |
| Cédulas beneficiarias al portador..... | 80 00 | 75 00 |
| Construcciones Metálicas..... | 64 00 | 66 00 |
| Altos Hornos de Vizcaya..... | 275 00 | 270 00 |
| Duro-Felguera..... | 43 50 | 40 00 |
| Hidráulica de Santillana..... | » | 144 00 |
| Sociedad Editorial de España.. | 105 00 | 104 00 |
| OBLIGACIONES | | |
| Banco Hipotecario, cédulas 4 por 100..... | 103 00 | 101 15 |
| Electricista Chamberí 5 %.... | » | » |
| Mediodía..... | 100 00 | 99 00 |
| Sevillana de Electricidad 5 %. | » | » |
| Madrileña de Electricidad..... | 100 00 | 99 75 |
| Norte de España 4 % (nuevas). | 92 85 | 92 90 |
| Madrid-Zaragoza-Alicante 3 % | » | » |
| Valladolid-Ariza 5 %, serie A.. | 108 75 | 106 00 |
| Serie C, 4 %..... | 97 25 | » |
| Oeste de España 4 por 100..... | 38 00 | 30 20 |
| Azucarera General de España 5 %..... | 105 00 | 103 60 |

| PLAZAS | COTIZACIÓN Última Marzo. | COTIZACIÓN Última Abril. |
|---|---|---|
| Auroras..... | 64 00 | 56 65 |
| Banco de Gijón..... | 164 00 | 164 00 |
| Banco Guipuzcoano..... | 203 00 | 204 00 |
| Papeleras..... | 50 00 | 40 00 |
| Hidroeléctrica..... | 122 00 | 121 00 |
| Calas..... | 109 00 | 104 00 |
| Obligaciones del Norte..... | » | » |
| **EXTRANJERO** | | |
| PARÍS | | |
| 4 por 100 Exterior..... | 94 80 | 93 45 |
| 3 por 100 Francés..... | 96 60 | 96 45 |
| 4 por 100 Ruso..... | 82 90 | 83 05 |
| 5 por 100 Ruso..... | 97 40 | 98 70 |
| 4 por 100 Turco..... | 94 80 | 94 62 |
| 4 por 100 Brasileño..... | 87 00 | 84 15 |
| 4 por 100 Argentino..... | 93 00 | 91 80 |
| Ferrocarriles Nortes..... | 284 00 | 282 00 |
| Idem Alicantes..... | 381 00 | 377 00 |
| Río Tinto..... | 1.647 | 1.598 |
| Metropolitano..... | 495 00 | 497 00 |

| OBLIGACIONES DEL TESORO 3 % | | |
|---|---|---|
| Serie A, de 500 pesetas | » | » |
| Serie B, de 5.000 | » | » |
| Sisas Ayuntamiento de Madrid. | » | » |
| Obligaciones de ídem de 250 pesetas | 102 00 | 102 50 |
| Idem íd. de Erlanger y C.ª | 69 00 | 69 00 |
| Idem Municipales por Resultas 4 por 100 de 500 pesetas | 87 00 | 87 25 |
| Idem del Ayuntamiento de Madrid para pago de expropiaciones en el interior, 5 por 100 de 500 pesetas | 99 00 | 99 25 |
| Cédulas ídem íd. para íd. en el ensanche, 4 1/2 por 100 | 97 00 | 96 00 |
| Obligaciones 6 por 100 Diputación provincial de Madrid | 102 50 | 102 00 |
| **ACCIONES** | | |
| Banco de España | 458 50 | 459 00 |
| Banco Hipotecario | 224 50 | 226 00 |
| Banco de Castilla | 90 00 | 90 00 |
| Banco Español de Crédito | 115 00 | 116 25 |
| Banco Hispano-Americano | 148 00 | 148 50 |
| Compañía Arrendataria de Tabacos | 413 00 | 414 00 |
| Unión Española de Explosivos | 328 00 | 333 00 |
| Electricista de Chamberí | 94 00 | 94 00 |
| Electricista del Mediodía | » | » |
| Ferrocarril de Langreo | » | » |
| Azufrera Coto de Hellín | » | » |
| Construcciones Metálicas 5 % | » | » |
| La Papelera Española | » | » |
| Duro-Felguera 5 % | » | » |
| Hidráulica Santillana | 98 00 | 99 00 |
| **CAMBIOS** | | |
| París á la vista | 114 75 | 114 55 |
| Precio medio | » | » |
| Londres á la vista | 28 84 | 28 73 |
| Precio medio | » | » |
| **BARCELONA** | | |
| Interior fin de mes | 83 21 | 82 90 |
| Amortizable ídem | 101 70 | » |
| Idem contado | 101 80 | 101 75 |
| Acciones Norte | 68 75 | 68 65 |
| Id. Madrid-Zaragoza-Alicante. | 91 35 | 91 45 |
| Idem Orenses | 27 45 | 27 20 |
| Idem Banco Hispano-Colonial. | 165 10 | 162 20 |
| Obligaciones Madrid-Zaragoza-Alicante | 103 25 | 101 00 |
| Idem Valladolid-Ariza | 103 50 | 105 00 |
| Idem N. Villalba-Segovia | 106 00 | 105 50 |
| Idem Almansa, adheridas | 105 65 | 105 00 |
| Francos | 15 05 | 14 80 |
| Libras | 28 94 | 28 82 |
| **BILBAO** | | |
| Explosivos | 328 00 | 333 00 |
| Altos Hornos | 275 00 | 270 00 |
| Resineras | 132 00 | 134 00 |
| Industria y Comercio | 260 00 | 269 00 |
| Tomson | 614 00 | 607 00 |
| Briansk | 300 00 | 287 00 |
| Sosnowice | 1.642 | 1.575 |
| Crédit Lyonnais | 1.164 | 1.158 |
| Banco Otomano | 730 00 | 736 00 |
| 4 por 100 Interior | 73 12 | 72 45 |
| Chartered | 17 00 | » |
| Goldfields | 71 00 | 73 00 |
| Transvaal C. L. | » | » |
| Rose Deep | » | » |
| East Rand | 80 00 | 81 00 |
| Randmines | 130 00 | 135 00 |
| Village | 84 00 | 85 00 |
| De Beers | 297 00 | 256 00 |
| Cape Copper | 175 00 | 170 00 |
| Tharsis | 148 00 | 145 00 |
| Platine | » | » |
| Hartmann | » | » |
| Maltzof | » | » |
| **LONDRES** | | |
| Exterior, 4 por 100 | 93 50 | 92 25 |
| Consolidado inglés | 87 56 | 86 50 |
| Renta alemana | » | » |
| Brasil 4 por 100, 1889 | 82 25 | 82 25 |
| Idem 5 por 100, 1895 | 94 50 | 94 50 |
| Uruguay 3 1/2 por 100 | 68 87 | 70 00 |
| Mejicano 5 por 100, 1899 | 102 50 | 101 75 |
| **METALES** | | |
| Plata en barra. Onza Stand | 25 56 | 24 31 |
| Cobre (lib. pos ten). Contado | » | » |

# *Portugal*

## La normalidad constitucional. Campaña de descrédito.

El pueblo portugués ha vuelto á tener representación legítima. Pasada aquella funesta pesadilla de la dictadura, que tan trágico desenlace tuvo, el Gobierno de Ferreira do Amaral, Gabinete de *acalmaçao,* como se le denominó desde los primeros momentos, ha procurado restablecer el imperio de las leyes y llevar la paz á los ánimos. No se puede afirmar que lo haya logrado del todo; pero no sería justo desconocer que ha puesto cuantos medios ha tenido á su alcance, como el indulto de los marineros sediciosos, el abandono de las medidas extraordinarias que cohibían la emisión del pensamiento, y, por último, la convocatoria de las elecciones, que se han celebrado recientemente.

No recuerdo otra ocasión en que el pueblo portugués haya acudido á las urnas con más ferviente entusiasmo por la lucha y más decidido empeño por alcanzar el triunfo. El número de sufragios emitidos ha excedido con mucho á los que consignaron los escrutinios en las más ardorosas contiendas precedentes, y se ha visto el deseo que todos sentían de ejercitar sus derechos, desconocidos durante el tiempo de la dictadura.

La contienda electoral ha sido, más que entre partidos, entre regímenes. De un lado, los monárquicos unidos; de otro, los republicanos, que en Portugal constituyen una sola agrupación política. Claro es que la victoria ha correspondido á los elementos monárquicos, que han sacudido por esta vez su indiferencia en acudir á las urnas, y han ido á dar la batalla por la dinastía. Así, pues, el resultado de las elecciones ha sido altamente satisfactorio para el Gobierno.

Cierto es que no sólo han obtenido los republicanos algunos puestos más que en las anteriores elecciones, sino que, aun en los distritos donde han sido derrotados, han alcanzado un número de sufragios que, si no era suficiente para vencer, era sobrado para acreditar el grande é indiscutible aumento de sus fuerzas. Por ello se consideran satisfechos y dan rienda suelta á sus ilusiones, no faltando tampoco fuera de Portugal quien, fijándose sólo en las apariencias, considere probable un cercano cambio de régimen. No creo que pueda suceder así; y, si por acaso sucediera, obedecería seguramente á causas distintas.

Si, desapasionadamente, sin prejuicios de escuela, sin inclinación á determinadas personalidades, se estudian las elecciones portuguesas, teniendo en cuenta el estado del país, se comprenderá que los republicanos habían de alcanzar número considerable de votos, sin que por eso peligrase el régimen. La causa es sencillísima. Todavía está muy próxima la dictadura, con todas sus violencias y desmanes; y aunque se haya restablecido la legalidad, aunque las libertades públicas hayan vuelto á ser disfrutadas por los ciudadanos, queda un sedimento de rencores que sólo el tiempo y la observancia constante del derecho por parte del Poder público serán bastante á desvanecer. Al ejercitar de nuevo el derecho de sufragio, hubo muchos que creyeron que tanto más lo afirmaban cuanto más radicales fuesen los candidatos favorecidos con él, como más opuestos á la situación precedente. Hubo, además, muchos que, incorporados á las filas republicanas en los últimos tiempos de Joao Franco, conservaban aún el ardor de neó-

fitos al llegar las elecciones. Pero si los Gobiernos secundan los nobles propósitos del Rey D. Manuel, que desea firmemente mantenerse dentro de los límites señalados por la Constitución, unos y otros se irán convenciendo que no hay incompatibilidad entre la Corona, ceñida por un Monarca altamente digno de simpatía y respeto, y el pacífico y ordenado disfrute de las libertades que reconoce el Código fundamental. Algún tiempo de sosiego durante el cual puedan realizarse los excelentes propósitos del Soberano, algún acierto en sus ministros, y cuando lleguen otras elecciones, las fuerzas republicanas acusarán sensible disminución. Decía, y repito, que el peligro de un cambio de régimen no estaba en el incremento que hayan podido tomar los elementos hostiles al hoy vigente. El peligro está en que los partidos monárquicos olviden lo que deben al país, á la Corona y á sí mismos, y no procedan con el desinterés y prudencia que el actual estado de la política requiere.

El Gabinete Ferreira do Amaral es un Gobierno puramente circunstancial, indicado por las necesidades del momento. Compuesto, casi en partes iguales, de elementos de los dos grandes partidos de turno, salvo algún compañero de profesión y amigo personal del presidente, esta composición se refleja en la de la mayoría parlamentaria, constituída por número casi igual de regeneradores y progresistas, y unos cuantos amigos del Sr. Ferreira do Amaral. Esta mayoría compone casi la totalidad de la Cámara popular, puesto que, fuera de los que en ella figuran, apenas toman asiento poco más de una docena de diputados republicanos, disidentes y nacionalistas.

El plan de campaña de los republicanos y aun de los disidentes progresistas, si estos últimos no se colocan resueltamente del lado de la Monarquía, ha de ser el procurar la desunión de sus adversarios, haciendo surgir diferencias entre ellos, y acaso reavivando antiguos resquemores, hoy acallados por la necesidad de la concentración. Pero si los regeneradores y los progresistas sacrifican sus peculiares miras, y tratan, ante todo, de afianzar el orden y consolidar el Trono; si se sostienen compactos ante el enemigo; si se conservan leales al pacto que les ha unido, la labor de esa Cámara, labor de pacificación, puede ser tan provechosa como brillante. Los hechos dirán si cumplen todos con su deber.

***

Las elecciones se vieron turbadas en Lisboa por un episodio sangriento. Exceso de celo por parte de los elementos avanzados en la defensa de la pureza del sufragio, exceso de celo también por parte de la fuerza encargada de mantener el orden, determinaron un choque de tristes consecuencias. Justo es que se lamente, que se procure poner remedio para lo sucesivo, que se investigue acerca de las causas que motivaron el deplorable suceso y se castigue á quien lo merezca. Pero de ahí á considerar extraordinariamente grave la situación de Portugal, y á difundir rumores sobremanera alarmantes, hay una gran diferencia. Se quejan, con razón, los elementos de orden, de que por la prensa europea corran las más estupendas noticias acerca de Portugal, y arremeten contra las publicaciones extranjeras, en lo cual la razón no les acompaña. Fíjense en que esas noticias tienen origen exclusivamente portugués; en que son, por punto general, portugueses los que las transmiten; en que la prensa avanzada de Portugal se ocupa de cualquier dificultad con la hipérbole que por allá se acostumbra, y se convencerán de que en la propia casa deben buscar el origen del mal y poner el remedio: que, al fin, los extranjeros no tienen la culpa de que haya en Portugal quien, por atacar al Gobierno, no vacile en perjudicar al país con sus exageraciones.

SALVADOR DÍAZ-BERRIO.

# *República Argentina*

## Actualidad política.

La vehemencia con que algunos grandes periódicos bonaerenses aprecian el resultado de las elecciones últimas, destinadas á la renovación de sus Cuerpos Colegisladores, no quita valor alguno al triunfo que han obtenido en ellas los actuales partidos de gobierno. Y tampoco le quitan al criterio, ya formado aquende el Océano, de que la presiden-



**Dr. José Figueroa Alcorta.**
Presidente de la República Argentina.



**Dr. Benito Villanueva.**
Presidente del Senado argentino.

cia del Dr. Figueroa Alcorta se hace cada día más acreedora, por sus procedimientos ecuánimes, al apoyo y al sufragio consciente de la opinión pública argentina.

El Dr. Figueroa Alcorta ha sabido hacerse querer y respetar de esa opinión por tres grandes títulos: el valor cívico, la grandeza de miras y la equidad de carácter. Además de haber demostrado ser un hombre de conciencia y honradez política sin tacha, también ha demostrado poseer las cualidades de hombre público que son más necesarias para presidir el Gobierno de un país: la firmeza de carácter, unida á la bondad de corazón, y el talento del estadista, puesto siempre al servicio de la más elevada concepción de las ideas de patria, justicia y libertad. Sólo así se comprende con cuánta autoridad ha podido disolver un Parlamento y abrir inmediatamente los comicios al voto popular para reconstruirle en forma que permita al país desenvolverse sin perturbaciones ni el menor asomo de transgresión á la ley constitutiva, que da esfera propia de acción á la legislatura y á los demás Poderes públicos.

El resultado de dichas elecciones hace concebir, por lo demás, una esperanza tranquilizadora, y es la de que el candidato á la próxima presidencia argentina deberá salir de entre las filas más autorizadas de aquella misma opinión.

Aunque ya suenan algunos nombres, todavía no existen candidaturas resueltamente presentadas al examen del país. Faltan aún dos años para que la Administración se renueve, y parece temprano para iniciar la circulación de carteles políticos.

Entre los hombres públicos que, no obstante, empiezan á ser señalados por la simpatía nacional para suceder en el mando supremo al Dr. Figueroa Alcorta, destácase ya en forma visiblemente conciliadora el Dr. D. Benito Villanueva, actual presidente del Senado argentino.

El Dr. Villanueva pertenece á esa falange de estadistas platenses que, como el doctor Pellegrini, muerto hace dos años, deben su popularidad y su prestigio al valeroso espíritu democrático con que, privada y públicamente, han sabido consagrarse en todos los momentos de su vida al servicio de la Patria y de la sociedad en que han vivido.

Abogado, escritor, legislador, político sagaz como ninguno y hombre de una gran sencillez republicana, el Dr. Villanueva sería verdaderamente uno de los pocos argentinos del tiempo actual capaz de mantener en la presidencia de la República la tradición de honradez y de grandeza de propósitos que no logró imponer el malogrado doctor Quintana, pero que hoy ha quedado impuesta, entre la admiración de propios y de extraños, merced á la alta y bien inspirada política del Dr. Figueroa.

M.

# Información extranjera

## *Austria*

### El "Draug nach Osten„.

Nuestros lectores no se extrañarán de que empleemos la palabra extranjera, puesto que la prensa, ávida de términos nuevos, les va ya acostumbrado á ellos. El *Draug nach Osten,* ó sea la expansión tan deseada de Austria en los Balkanes, ha venido durante todo el año de 1907 preparándose, y, sin embargo, es aún relativamente desconocida de aquella nación á la que más interesa: de Rusia. Para comprender la oportunidad del ministro d'Aehrenthal, bastaría acordarse de la Conferencia de Algeciras y de los servicios que entonces prestó el ministro V. Welsersheimb á su colega alemán. Austria se mostró entonces fiel amiga de su aliada Alemania, y no es de extrañar que pidiera también algunas ventajas para sí. El Tratado de Berlín y la entrevista de Mürzsteg habían proclamado el *statu quo* en la península balkánica; no podía Austria olvidarlo. Sin embargo, la situación era diabólicamente atractiva: su rival Rusia, debilitada por una guerra fatal, iba á volver pronto los ojos hacia los Balkanes en cuanto se repusiera; era preciso aprovechar el tiempo, por aquello de que el que da primero, da dos veces. Alemania sólo debía apoyarla, y también el asunto de Marruecos daba motivos para obrar con alguna elasticidad. ¿Se respetaba el Acta de Algeciras? No podía Austria respetar el *statu quo* sin quedar inmóvil. Fué cuando el activo Aehrenthal ideó su proyecto de ferrocarril de Urak á Mitrovitsa, la unión directa de la Bosnia á Macedonia y á Salonichi, el sueño dorado de Austria.

El efecto producido fué grande: Rusia llamó acto seguido á su embajador á Petersburgo; Alemania aplaudió; Francia é Italia simpatizaron con Rusia; Inglaterra estudió inmediatamente la conducta que había de seguir y que viene desarrollando tenazmente.

La importancia económica del ferrocarril es indudable; pero su importancia política supera con mucho la primera, pues sabido es que Austria y Turquía tienen ocupado el Sandjak ó provincia de Noribazar; la construcción del ferrocarril significa, ni más ni menos, la ocupación efectiva por Austria de Noribazar; el echar á las tropas turcas de allí será fruto de otra ocasión favorable. Discutida entre las diplomacias, se hizo, sin embargo, ver que el *statu quo* no era violado, demostrando la superioridad de la importancia económica y de sus consecuencias para facilitar las reformas en Macedonia sobre la política. Rusia, que no había sabido evitar la concesión por el Sultán, presentó su contraproyecto de ferrocarril. La política de Aehrenthal había triunfado; y si no se logró el hecho antes, y pasó un año entre la Conferencia de Algeciras y lo anterior, se debe atribuir más bien á la discusión del pacto entre Austria y Hungría, que tanto que hacer dió al Gobierno austriaco.

El *Draug nach Osten* justifica en su nueva manifestación, justa y brillantemente, lo que se afirma en un artículo de *El Mundo* del mes de Noviembre: Austria es un factor acaso más importante y más firme que lo hizo hasta ahora prever su política pasiva. ¿No hace falta para conservar el edificio algo quebrantado una mano viril y enérgica? ¿No será ella, que obra por intermedio del ministro Aehrenthal?

Esta mano, digámoslo, es el futuro imperador, el semiregente actual del Imperio.

EM. ROUSSELOT.

# La Vida en los Ateneos

## *Ateneo de Madrid*

## Conferencias dadas durante Marzo y Abril.

### Sección de Música.

| | | |
|---|---|---|
| Día 20 Marzo.. | D. Eduardo López Chavarri..... | Tres momentos en la expresión de la música: I. La expresión clásica. |
| Día 23..... | El mismo..... | II. La expresión romántica. |
| Día 27..... | El mismo..... | III. El alma popular. |
| Día 30..... | El mismo..... | IV. Estudio comparativo de las tres tendencias en los cantos de cuna y en las composiciones con piano. |

Estas conferencias-conciertos fueron ilustradas con ejemplos musicales, ejecutados éstos por una orquesta de instrumentos de arco, dirigida por el conferenciante, siendo interpretada la parte de piano de la última por la señorita Lola Gracia.

### Sección de Literatura.

| | | |
|---|---|---|
| Día 6 Abril.... | D. Mariano Benlliure..... | Crítica sobre *Paraître,* de Maurice Donnay. |
| Día 10..... | D. Ernesto Mario Barreda..... | Lectura de poesías. |
| Día 10..... | D. Rafael Urbano..... | Crítica sobre *La montaraza de Olmeda,* de D. Luis Maldonado. |
| Día 11..... | D. Joaquín López Barbadillo.... | Lectura de la semblanza de Pedro Aretino, que como prólogo lleva su comedia *El herrador.* |
| Día 20.... .... | D. Rafael Urbano..... | Crítica sobre *La araña,* de Guimerá. |

### Otras conferencias.

| | | |
|---|---|---|
| Día 1.º Abril. . | D. José Casares..... | El Yellowstone National Park de los Estados Unidos. |
| Día 7..... | D. Carlos Lickefett..... | Consideraciones político-sociales. |
| Día 24..... | D. Miguel Romera Navarro ..... | El feminismo. |

## Veladas.

### Sección de Literatura.

| | |
|---|---|
| Día 8 Abril .... | En honor de Espronceda. |

### Sección de Música.

| | | |
|---|---|---|
| Día 20 Abril.... | Srta. María Luisa Guerra..... | Concierto de piano. |

# Discusiones.

## Sección de Ciencias Históricas.

Ha continuado con interés la discusión de la Memoria del Sr. Sánchez Ocaña sobre «La crisis de la idea de Patria», habiéndose celebrado sesiones los días 2, 6, 9, 13, 23 y 27 de Abril.

## Sección de Ciencias Morales y Políticas.

También han sido animadas las sesiones de esta Sección celebradas los días 4, 11 y 25, en las que ha seguido la discusión de la Memoria sobre «La clase media», que presentó don Vicente Almela.

—oOo—

# Concurso fotográfico de "Il Piccolo„ de Trieste.

En vista de los grandes progresos del arte fotográfico, y con la finalidad de contribuir á su desarrollo, á sus extensas aplicaciones y á su beneficiosa influencia sobre el gusto artístico del pueblo, el periódico *Il Piccolo* abre un concurso con premios, con sujeción á las reglas que siguen:

1.ª Los aficionados y fotógrafos que presenten trabajos al concurso pueden escoger los argumentos, sujetos, formas y géneros que quieran. Entera libertad se les deja para ello.

2.ª Se exceptúan tan sólo los sujetos y argumentos que no puedan exponerse por razones de moralidad y decoro. Los sujetos de actualidad serán preferidos.

3.ª Podrá añadirse á cada fotografía una breve explicación.

4.ª Se admitirán fotografías procedentes de cualquier parte del mundo.

5.ª No hay limitación del número de fotografías que cada uno quiera presentar al concurso.

6.ª Se excluyen del concurso las *diapositivas* y, en general, los trabajos fotográficos que deben ser mirados por transparencia. No así las *fotografías de colores sistema Lumière,* para las cuales se establece un premio especial.

7.ª Los trabajos enviados podrán llevar el nombre del autor, ó bien un lema, que, en este caso, se repetirá en el exterior de un sobre cerrado, cuyo sobre contendrá el nombre, apellido y dirección del autor.

8.ª Todas las fotografías y trabajos serán enviados con esta dirección: *Segreteria del giornale* Il Piccolo, *Sezione Concorso fotografico.*

9.ª Las fotografías enviadas quedarán de propiedad del establecimiento editorial de *Il Piccolo.*

10. Los trabajos admitidos al concurso se expondrán en seguida al público en nuestro *salón de informes,* y los mejores y más adecuados (ya por el tamaño, ya por el argumento) se proyectarán con el aparato expresamente instalado en lo alto de nuestro edificio en la plaza C. Goldoni, en Trieste. La Dirección de *Il Piccolo* se reserva el derecho de no exponer los trabajos que no juzgase dignos de ello ó que no resultaran ade-

cuados; sin embargo, estos trabajos serán también remitidos, como todos los expuestos en nuestro salón, á la Junta que será llamada á dictaminar acerca de la asignación de los premios.

11. El concurso queda abierto en 1.° de Febrero de 1908, y quedará cerrado el 31 de Enero de 1909. Los trabajos enviados después de esta fecha se devolverán, sin admitirlos.

12. Premios.

Se adjudicarán los premios siguientes:

1.° Un premio de 500 coronas (ó bien una targa de oro del mismo valor) al trabajo que sea juzgado el mejor de todos bajo todos los aspectos.

2.° Un premio de 200 coronas al mejor trabajo que se refiera á asunto local de Trieste.

3.° Un premio de 200 coronas á la mejor fotografía de color sistema Lumière.

4.° Un premio de 200 coronas á una serie de fotografías que reproduzcan las sucesivas fases de una acción ó de un suceso real ó fantástico.

5.° Un premio de 100 coronas al que haya enviado el mayor número de fotografías juzgadas dignas de exposición.

6.° Un premio de 100 coronas á la fotografía más humorística.

13. La Junta llamada á dictaminar acerca de la asignación de estos premios será nombrada por la Dirección de *Il Piccolo,* y juzgará sin apelación en los primeros meses de 1909. Los nombres de los que compondrán dicha Junta se publicarán oportunamente.

14. Todos los que presenten trabajos quedan libres de declarar que los envían *fuera de concurso.* En este caso, tendrán los mismos derechos que los demás, pero desde luego no participarán de premio alguno. Los trabajos que hubiesen presentado los miembros de la Junta calificadora quedan desde luego comprendidos en esta categoría.

15. Los nombres de los premiados se publicarán en el periódico *Il Piccolo.*

16. Los sobres con los nombres de los que hubiesen enviado sus trabajos con un lema y no hubiesen obtenido premio, serán inutilizados á los treinta días después de publicarse el resultado del concurso.

***

*Il Piccolo* llama la atención de los aficionados sobre la variedad de los premios y el interés que despertará en la ciudad de Trieste este concurso internacional, en el cual desea vivamente que tomen participación preferente los aficionados y fotógrafos españoles y de la América latina.

# BIBLIOGRAFÍA

*Masochismus und Masochisten,* de Wanda von Sacher-Masoch; Berlín y Leipzig, sin fecha (1908).

La mujer divorciada del famoso novelista Leopoldo Sacher-Masoch replica en este opúsculo á Carlos Félix von Schlichtegroll, que lanzó tantas acusaciones contra ella en su biografía del autor de *La Venus de las pieles.* Hay en este opúsculo muchos detalles íntimos de la vida de Leopoldo, de la misma Wanda, de Hulda Meister, segunda mujer de aquél, que completan el contenido de *Confesion de ma vie,* recientemente publicada por Wanda. La cubierta del libro muestra—regulares y simétricas—las tres lágrimas de sangre del sentimiento masoquista.

***

*La cumbre,* novela de Juan Díaz-Caneja; Madrid, 1908.

Díaz-Caneja, que en 1903 publicó un estudio original sobre *Los vagabundos de Castilla,* reaparece ahora en las letras trayendo una novela montañesa de bondad y sencillez, bautizada con el nombre alto, claro y significativo de *La cumbre.*

El hidalgo emigrado que regresó al lugar nativo con la hija arrancada á una madre frívola, sufre ahora el terrible desgarramiento de ver morir á la niña, y se dispone á cumplir el voto de volver con su madre, expresado por la tierna moribunda, subiendo á la cumbre que domina la tierra cántabra, última, imperecible reliquia de sus amores.

Este drama intenso y fácil de producirse en la vida de los hombres, se desenvuelve entre escenas de vida campesina, bajo la sombra de los altos Picos de Europa, gigantes impasibles y seductores. Hay en las páginas de esta novela tantos hermosos paisajes como estados de alma buenos y sencillos; de modo que, como dice Acebal, su prologuista, su mayor interés está en ser una «aromada evocación de vida agresca».

En la cual—añadiremos nosotros—sólo nos gustaría suprimir los nombres exóticos de Gogol, Tolstoi y Gorki, que así son familiares á los ecos del Cerredo y la Peña Santa, como los de Pereda y Palacio Valdés á los Urales y el Cáucaso.

***

*Alma rebelde,* de J. A. Meliá; Madrid, 1908.

Cuentos, crónicas, impresiones, poesía —todo bajo la inspiración del ideal socialista—, componen este volumen, que firma un joven satisfecho de su alma rebelde en el mundo de las mentiras convencionales. Frente á los productos de pura literatura, á las preciosidades del estilismo y de las originalidades forzadas, este libro, que batalla de buena fe por la justicia social, hace un contraste notable..., del cual—añadiremos muy claro—no sale en manera alguna perjudicado. Los que se imaginen el ideal socialista vuelto hacia el lado económico de la vida, podrán ver en él cuánto tiene de sentimental, cuáles son sus ternuras. La bella traducción de los versos de Morris Rosenfeld, en que un padre obrero se lamenta de no poder ver á su hijito sino dormido, destaca entre todas.

C. Bernaldo de Quirós.



A la revista Ateneo de Madrid
en el 1er Centenario de la
Guerra de la Independencia

Alfonso R.

1908.



**Excmo. Sr. D. José López Domínguez.**

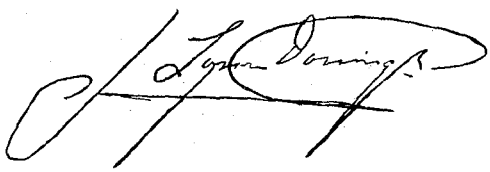
Capitán general de Ejército.
Ex presidente del Consejo de ministros.
Ex ministro de la Guerra.

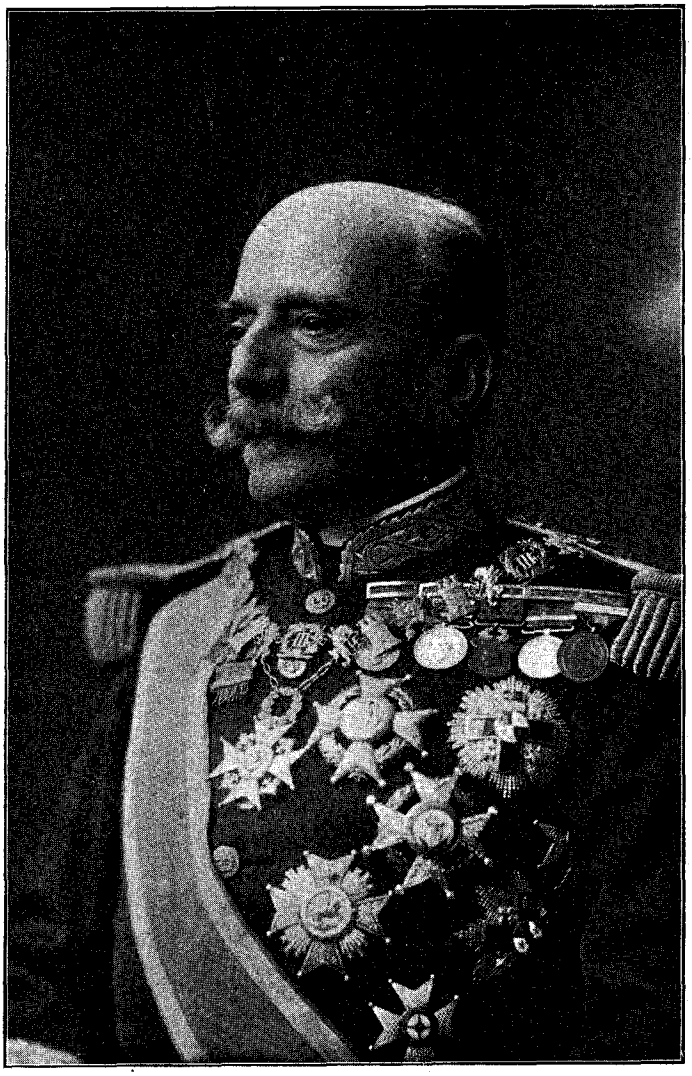
Fot. Kâulak.

# Inmortales defensores

Cuando se conmemora la epopeya de nuestra independencia, justo es que se nos pidan juicios y opiniones sobre los sitios de la inmortal Zaragoza; pero, ya viejos para trabajos luminosos y extensos que puedan servir de ejemplo á la juventud militar y de admiración al pueblo español, excitando su patriotismo, no sorprenderá á los que tienen la bondad de pedirme alguna idea, como veterano militar, sobre los sitios indicados, que sea sobrio en mis apreciaciones, y que sólo exponga la admiración y el entusiasmo que siempre despertó en mi espíritu la lectura de los hechos gloriosos y heroicos de aquellos inmortales defensores, Ejército y Pueblo, que, arrebatados por el nobilísimo sentimiento del amor á la independencia de la Patria, todo lo improvisaban, á todo atendían, todo lo aprovechaban, bajo las órdenes de un Palafox y ante la inspiración de heroínas y de voluntarios: que para todos la vida en holocausto de la Patria era lo menos que podían sacrificar, del general al último paisano, pasando por las heroínas, cuyos nombres honran la historia de los sitios, esculpidos en mármoles y bronces, que serán siempre ejemplos vivos de lo que puede un pueblo cuando se trata de defender á la Patria, cuya sacrosanta bandera á todos nos cobija.

Termina estos cortos y modestos renglones con un viva entusiasta á la sacrosanta Patria, un veterano que tuvo siempre por norma sacrificar su vida, y lo que de ella resta, en defensa de la integridad de la Nación española.





**Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera, marqués de Estella.**

Capitán general de Ejército.

Ministro de la Guerra.

# Los Sitios

Tiene la vejez muchos privilegios, siquiera por su mayor parte no sean envidiables; es uno de ellos el de constituir una crónica viva de los sucesos acaecidos á tres ó cuatro generaciones.

Por esta circunstancia, y por el hecho de tener entre mis antepasados por ambas ramas muchos militares y marinos, algunos de jerarquías elevadas, he oído relatos de hechos, é impresiones de hombres y de acontecimientos, que se grabaron desde que era mozalbete en mi memoria, y que después, por las vicisitudes de mi carrera, ya tan larga, se han refrescado en ocasiones y casos diversos.

Fué mi abuelo materno el marqués de Sobremonte, un soldado que inició su carrera con Carlos III y que la concluyó como virrey de Buenos Aires, cuando los ingleses desembarcaron en aquel vasto y rico territorio, del que tan briosamente fueron arrojados en vísperas de la guerra de la Independencia.

Mi padre, oficial de la Real Armada con Carlos IV y con Fernando VII, desempeñó al final de su vida la cartera de Marina, y luchó en la guerra de la Independencia desde los sucesos del Dos de Mayo, y precisamente en el sitio primero de Zaragoza tomó parte muy principal, como consta en su expediente.

Debió de tener mi familia excelente amistad con Palafox, porque al fugarse mi padre de Madrid, á raíz del Dos de Mayo, fué á refugiarse en Zaragoza, donde, ya en el mes de Junio de 1808, se halló en la batalla de las Eras, sirviendo la artillería que defendía el Portillo.

El 2 de Julio mandó dos cañones en la huerta de Santa Engracia todo el tiempo que duró el ataque del enemigo, logrando rechazarlo. Mandó después las baterías de Santa Engracia, Portillo, Puente de Piedra y en la Vigía de la Torre Nueva, debiéndose, dice un documento oficial, «á su celo, vigilancia y oportunos avisos el que no fuese sorprendida la plaza».

Cuando el cerco se cerró y comenzaron á escasear la pólvora, los comestibles y las tropas, fué comisionado por Palafox para que, el 24 de Julio, saliese en un bote por el Ebro para recolectar y facilitar la introducción de socorros, «lo que desempeñó á satisfacción de dicho jefe».

El 5 de Agosto, hallándose el convoy á dos leguas de Zaragoza, le ordenó el marqués de Lazán, hermano de Palafox y general también, que se adelantase solo y entrase en la ciudad para animar á los defensores con la noticia de la proximidad del auxilio, «lo que efectuó á pesar de haber sido perseguido por las partidas de caballería enemiga».

Dos hermanos de mi padre, D. Antonio y D. Joaquín, tomaron también parte en los sitios.

Don Antonio era teniente cuando los sitios; en el último fué herido en el brazo izquierdo, y cayó prisionero al rendirse la plaza. Don Joaquín debió de ser hombre de temple duro y de sangre ardiente, porque las peripecias de su vida le llevaron á luchar en el ejército de Aragón y en el segundo sitio de Zaragoza, cayendo igualmente prisionero cuando se rindió la plaza inmortal, y escapándose de su cautiverio para luchar de nuevo por la libertad de su Patria, é ir á pelear después en América, resultando segunda vez prisionero en la batalla de Maypú, y siendo asesinado por los insurgentes el 8 de Febrero de 1819.

Merced á esta serie de ascendientes que he conocido personalmente, ó cuyas frases y conversaciones he oído á mis padres y á mis numerosos parientes, llegaron á mí sucesos de reinados ya lejanos, como el de Carlos III, y, sobre todo, detalles y referencias de la lucha sostenida contra Napoleón y sus huestes aguerridas, así como las campañas separatistas de la América continental.

Uno de los hechos que aún recuerdo haber oído cuando muchacho es que, ya en los últimos días del segundo sitio de Zaragoza, el mariscal más soldado y de mayor pericia táctica de cuantos había hecho el Emperador, el joven Lannes, duque de Montebello, estaba verdaderamente impaciente por rematar aquella carnicería infernal que suponía la conquista de cada casa y el avance por cada calle. Cuando mayor era su nerviosismo, varios disparos hechos á boca de jarro le agujerearon la casaca; molesto y excitado por el desafuero que contra él se hacía, siquiera olvidase lo que es una lucha nacional del carácter de la que mantuvieron nuestros padres, ordenó que se castigase al osado que tal atrevimiento se permitía.

Mas el problema era encontrar al baturro que había hecho el disparo. Para conseguirlo, el mismo Lannes, que desde una azotea observaba el desarrollo de la pelea, hizo unos disparos de fusil contra los huecos de un patio de donde creía le habían hecho fuego; pero cuál no sería su asombro cuando, en vez de acallar los tiros de sus mágicos enemigos, éstos redoblaron las descargas y le mataron uno de los ayudantes que le rodeaban, sin que el mariscal consiguiera dar caza á los matadores.

En las escenas sangrientas que nuestras discordias políticas han originado, luchando yo en las calles de Zaragoza sesenta años después, al ver cómo menudeaban los invisibles escopeteros que procuraban sostenerse contra las fuerzas del Ejército, me dí cuenta de la excitación de Lannes. Porque, aun no siendo las contiendas por mí presenciadas de carácter nacional, y sí enconadas querellas de banderías internas, ¡tiraban bien y con tesón los aragoneses!

***

El segundo sitio de Zaragoza es de los hechos que más me han admirado entre los mayores que nuestra Historia registra.

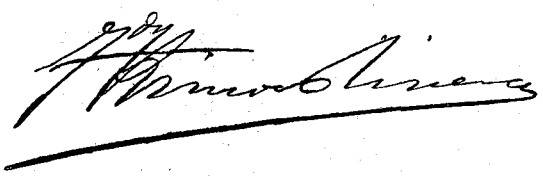
Contemplando en muchas ocasiones los edificios y monumentos que, en mi tiempo, aún mostraban en sus fachadas las gloriosas cicatrices que la obstina-

ción ejemplar de sus defensores les ocasionaron, pensaba siempre acerca de lo que puede la fibra y el aliento de un gobernador como Palafox.

Porque, aun habida cuenta de los enormes progresos de la poliorcética, y contra los cuales el valor temerario ha de ser siempre escarmentado, no es posible desconocer que la energía, la fortaleza en el mando y el aliento y la abnegación de la obediencia serán siempre los elementos primeros de la guerra, y más aún en la defensa de una plaza, siquiera la de Zaragoza, en sus dos inmortales sitios, sólo tuviera de tal el nombre.

Interin los hombres constituyan los primeros y principales elementos de la guerra, y eso se me antoja que todavía será en bastantes años, á pesar de todos los progresos de la máquina, cuando una plaza fuerte por el arte ú obligada á serlo por las circunstancias, haya de apelar á una defensa extrema, el gobernador y sus subordinados habrán de inspirarse siempre en el ejemplo de los Palafox, los Alvarez de Castro, los Herrasti, los Menacho, los Santocildes, con sus huestes beneméritas de soldados y de patriotas, en Zaragoza, Gerona, Ciudad Rodrigo, Badajoz y Astorga.

¡Y ya es un consuelo estimulador, aun para los que estamos en las fronteras de la muerte, tal serie de recuerdos y las vidas de aquellos soldados ejemplares!





**General Hipólito Bonnal.**

Director de la Escuela Superior de Guerra de París.

# Psicología de Napoleón en España

Una Memoria redactada por Bonaparte en 1794, dirigida al Comité de Salud pública, contiene esta frase:

*No puede entrar en ninguna cabeza bien organizada el tomar á Madrid.*

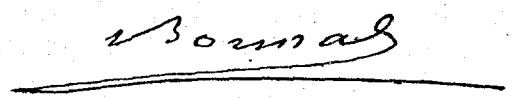
Trece años más tarde, Napoleón, embriagado por victorias sin ejemplo, quiso apoderarse de Madrid, y para ello no dudó en jugar un papel indigno de su carácter en la triste comedia de que fué teatro el castillo de Marracq.

Toda mala acción lleva en sí el germen de su castigo.

El Bonaparte de 1794 adivinó la resistencia indomable de los españoles.

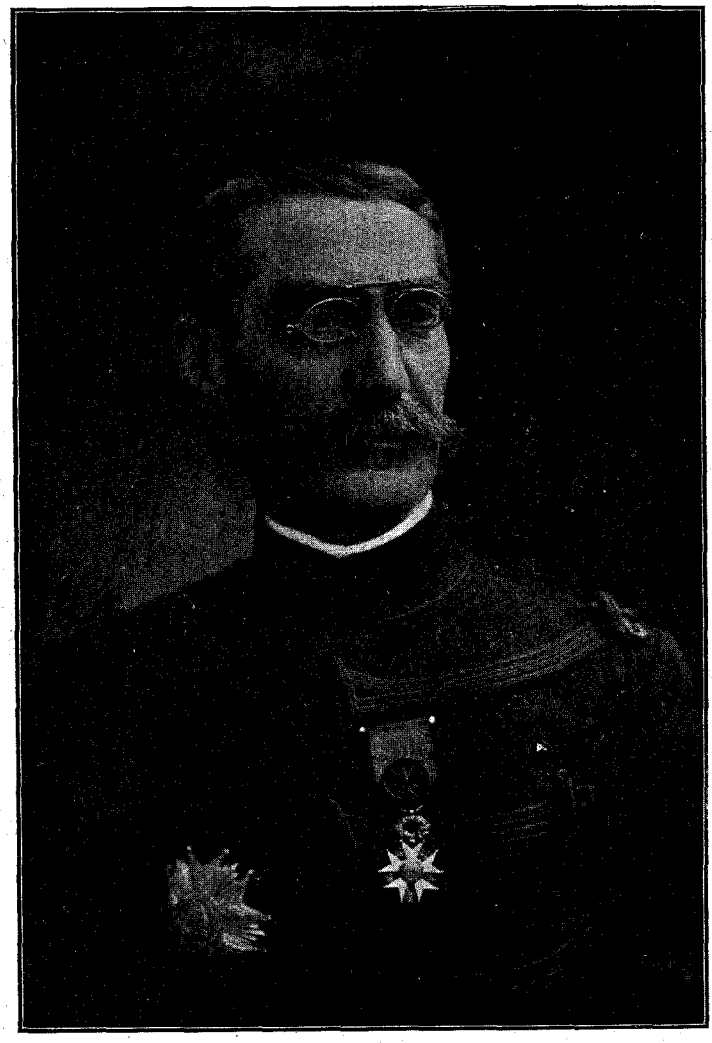
El Napoleón de 1807 y de 1808 creyó poder escamotear la Corona de España en provecho de su hermano José.

Su desilusión fué grande; pero más grande aún fueron su orgullo y su castigo, porque la invasión de España resultó la causa primera de la ruina del régimen imperial.



El general Hipólito Bonnal es el gran maestro de arte militar moderno, deducido de las campañas del Emperador. Su enseñanza como profesor y director de la Escuela Superior de Guerra de París, y, sobre todo, su riquísima producción de estudios de casos concretos de las campañas del siglo XIX, constituyen los materiales más sólidos de estudio para la moderna oficialidad.

Goza de altísima y merecida reputación en Francia y en el mundo todo. Obtuvo el año pasado el Gran Premio Gobert, y bien puede decirse que ninguno como él ha analizado tan concienzuda y provechosamente el arte del gran maestro de la guerra moderna.



**General José Gallieni.**

Gobernador militar de Lyon.
Comandante del 14.º Cuerpo de Ejército.

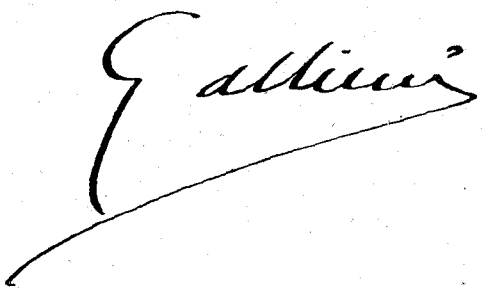
# La guerra de España en 1808

Guerra salvaje: tal es el carácter general de aquella lucha, que puso en riesgo durante seis años, de un lado, á un ejército reputado de invencible; de otro, á un pueblo resuelto, nada preparado para su propia defensa, pero poderosamente ayudado por un hombre de tenacidad extraordinaria.

Comenzada por un drama donde vaciló el prestigio moral del Emperador; emprendida cuando todavía eran los medios insuficientes; continuada por Napoleón, que, menos feliz que en otros días, no alcanzó allí el éxito buscado; y mantenida, después de su marcha, por un Rey filósofo y por jefes en su mayoría convencidos de que, al fin, sus esfuerzos y los de sus soldados resultarían estériles, aquella lucha acabó con un memorable desastre: Vitoria, «el Leipzig del mediodía».

En ninguna otra campaña pueden apreciarse aspectos tan múltiples. Así resulta para el militar un manantial inagotable de enseñanzas de todo género. Puede encontrar allí guerra militar, con jefes tales como Napoleón, Massena, Lannes, Wellington, Soult, Suchet; sitios famosos, batallas sangrientas, escaramuzas, persecuciones, retiradas, etc.

De su estudio se desprenden, desde el punto de vista moral, rudas lecciones que para todos sirvieron de enseñanza; porque si los franceses debieron acaso sus tropiezos á una dirección frecuentemente inoportuna y á sus divisiones, los españoles vieron su Patria invadida y á punto de ser mutilada, ya que no sumisa, por la escasez y el descuido de sus elementos militares.



Lyon, 4 de Marzo de 1928.

El general José Gallieni es uno de los jefes más ilustres del Ejército francés, y, al mismo tiempo, de los más jóvenes, pues nació en 1849, habiendo llegado á mandar el 14.° Cuerpo de Ejército y Gobierno militar de Lyon á los cincuenta y siete años. Es un gran escritor profesional, habiéndose distinguido sobremanera en las campañas coloniales, y particular, mente en la pacificación y colonización de la gran isla de Madagascar, que es, sin duda una de sus más legítimas glorias.



**General Jorge Alberto Bazaine-Haiter.**

Gobernador militar de Le Mans.
Comandante del 4 ° Cuerpo de Ejército.

# Lección y ejemplo

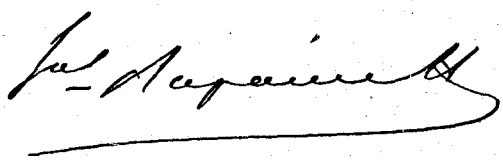
Sr. D. Mariano Miguel de Val.

Señor director: Me considero muy honrado con haber merecido de usted la distinción que se digna hacerme, ofreciéndome un lugar en su ilustrada Revista; pero me encuentro en activo servicio, y las formalidades reglamentarias correspondientes me impiden disponer del tiempo necesario para colaborar dignamente en una publicación de ese género.

¿Qué podría yo decir á usted sobre la campaña de 1808?

El recuerdo de los sufrimientos heroicos de vuestros soldados durante aquella guerra que bien hubiera podido evitarse sin comprometer en nada el sistema napoleónico, mantiene vivo el ardiente patriotismo de los españoles; por otra parte, no hay temor de que jamás se olvide tampoco la lección gloriosa dada por un pueblo celoso de sus derechos y resuelto á todos los sacrificios para el mantenimiento de la integridad nacional.

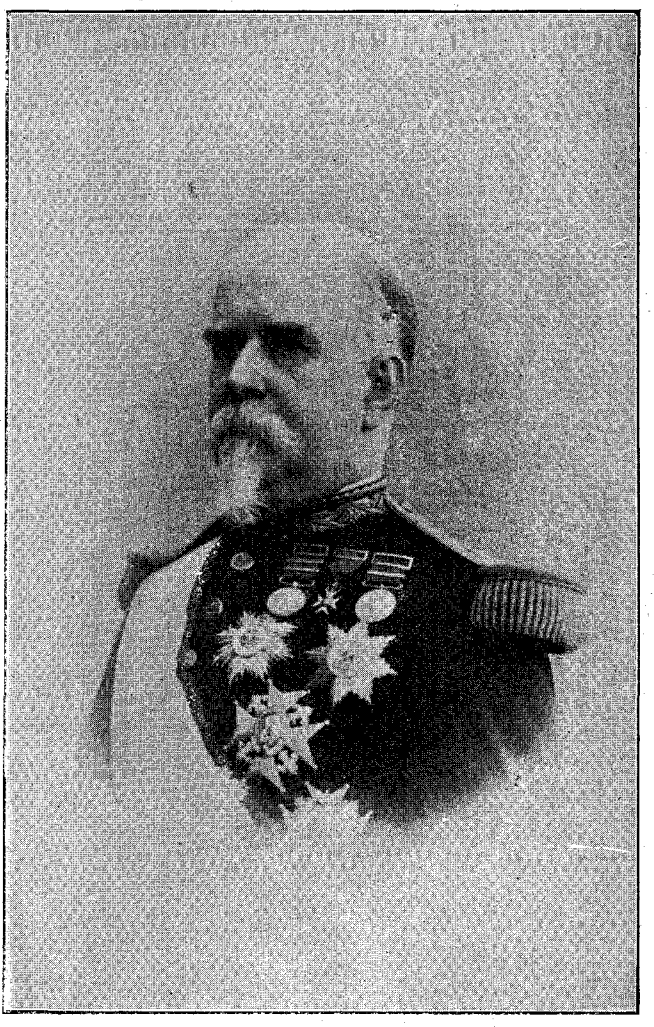
Reciba, pues, señor, con mis saludos respetuosos, la seguridad de mi mayor simpatía por ese acto de justo homenaje que persigue.



Le Mans, 12 de Marzo de 1908.

El general Jorge Alberto Bazaine-Haiter figura como uno de los hombres que mejor representan la novísima evolución de las ideas militares en Francia: lo demuestra el hecho de que haya ido recientemente á dar una conferencia en la Escuela de Altos Estudios Sociales, en la Sorbona.

Actualmente manda el 4.º Cuerpo de Ejército, cuya cabecera está en Le Mans.



**Excmo. Sr. D. Marcelo de Azcárraga.**

Teniente general.
Ex presidente del Consejo de ministros.
Ex ministro de la Guerra.
Presidente del Senado.

# Los mariscales franceses y Zaragoza

«... l'intention de l'Empereur est que vous poussiez avec la plus grande viguer le siège de Saragosse.»

Desde San Agustín, momentos antes de dar vista á Madrid, á las tres de la madrugada del 2 de Diciembre de 1808, el Príncipe de Neufchatel, mayor general del Emperador Napoleón, daba la orden precedente al mariscal Moncey, duque de Conegliano, después de mostrarle su disgusto por no haber triturado al ejército de Castaños y á parte del de Aragón en la batalla de Tudela y sus resultas, del 23 al 27 de Noviembre.

El nervioso carácter del Gran Capitán moderno tuvo en España su máximo de intensidad. El recuerdo de Bailén y la clase de guerra que nuestros abuelos le hacían eran motivo sobrado para que su sagacidad y su experiencia vieran en toda su amplitud la extensión y complejidad del problema que en la Península tenía que resolver. Á mayor abundamiento, ardía en deseos de tener frente á frente á los «eternos enemigos del Continente», como él llamaba á los ingleses, los cuales tenían aquí un sólido ejército, capitaneado por sir John Moore, general que había de alcanzar tan gloriosa muerte en Elviña, á las puertas mismas de la bahía coruñesa, donde los buques de la Gran Bretaña le esperaban para embarcar los restos de sus regimientos, acosados en famosa retirada por las huestes imperiales.

Con la vehemencia de destrozar los núcleos de resistencia, activa ó defensiva, mientras él personalmente volaba tras las sombras de ejército que le presentábamos, Napoleón ordenaba que el mariscal Moncey, con el tercer cuerpo de ejército, cuidase del ataque de Zaragoza, colaborando desde el Ebro á su acción el mariscal Mortier, duque de Trevisa, comandante del quinto cuerpo de la *Grande Armée,* masa de hombres que tan alto renombre había alcanzado en las campañas de Alemania y de Polonia de los anteriores, y tan sólida reputación había dado también á sus dos divisionarios, Gazón y Suchet, mariscal después este último por sus acertadas campañas en Aragón, Cataluña y Valencia.

El mariscal Moncey, conocedor ya de los españoles por las campañas contra la República y por llevar en la nueva etapa varios meses entre nosotros, no se hizo nunca ilusiones respecto de Zaragoza. Desde que abrió la primera paralela comprendió que la empresa era obra de tiempo, de sacrificios y de sangre. Con lo cual acreditaba una vez más la discreción y el conocimiento de los problemas militares, que eran y fueron hasta su muerte sus principales características.

Sin duda vió él más claro que Mortier, quien en 21 de Diciembre decía, dejándose llevar por sus deseos: «... Je pense que dès demain matin Saragos-

se pourrait être *sommé...»;* deseos de que participaron Junot y Lannes pocos días después cuando á ellos les encomendó el Emperador la tarea del sitio.

De los tres proyectos de ataque que presentó á Moncey el bravo é inteligente Lacoste, su comandante general de Ingenieros, que había de alcanzar muerte tan gloriosa pocas horas después, Moncey eligió el que podía ofrecerle alguna mayor probabilidad de éxito, esto es, el ataque á San José.

Pero, después de contener las vigorosas salidas que la guarnición ejecutó el 31 de Diciembre, cuando con más celo proseguía su empresa, Moncey fué relevado del mando, atrayéndose las censuras del César por la lentitud con que llevaba los trabajos del sitio.

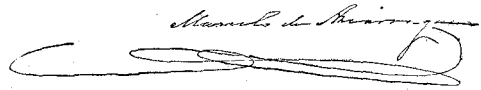
La lentitud de las operaciones, falta que el Emperador Napoleón achacó en España á casi todos sus mariscales, no consistió seguramente en falta de celo ni en pereza por parte de ellos. Nacía de las condiciones del suelo y de la clase de guerra que hacían nuestros abuelos.

España no era Alemania, donde con la derrota de un ejército quedaba la Nación vencida á los pies del conquistador; ni sus plazas, casi indefensas, caían en su poder con la facilidad que solían las de otros países.

Había un espíritu en el país y una fe en sus elementos más influyentes, que doblablan la eficacia de los ejércitos y hacían inexpugnables las plazas rodeadas de tapias. Por eso, por el tesón inagotable de nuestros mayores, pudieron sacar de la nada núcleos constantemente, y organizados como se podía, á pesar de la serie de reveses que los caudillos de la *Grande Armée* les produjeron.

Tras Tudela y Uclés, surgió un numeroso ejército en las faldas de Sierra Morena; después de Burgos y Somosierra, otro en Almaraz; y luego de Espinosa de los Monteros y del embarque de los ingleses, Romana reorganizó y vigorizó una masa respetable, que, de concierto con *abades* de eterna nombradía y con guerrilleros famosos que colaboraron á su obra, hizo una interesante campaña en Galicia y raya de Portugal, que bien merece el estudio de los aficionados á la pequeña guerra, para la que tan admirables aptitudes tiene nuestro pueblo.

El desfile de mariscales franceses frente al débil recinto de Zaragoza es uno de los síntomas, á mi juicio bien elocuente, del estado de ánimo del Emperador. No se desconcertó éste frente á todas las coaliciones de la Europa, y perdió, en cambio, la claridad genial de su juicio al ponerse cara á cara del vigoroso pueblo español.





**Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler, marqués de Tenerife.**

Teniente general.
Ex ministro de la Guerra.

# Palafox y el soldado español

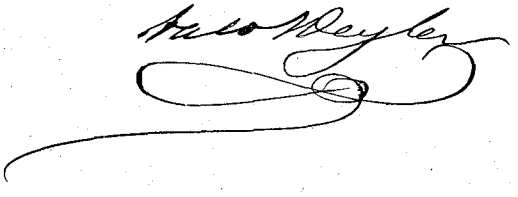
Sr. D. Mariano Miguel de Val.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Contesto á su atenta de 6 del próximo pasado, en que me invita á escribir un artículo sobre los sitios de Zaragoza, y, sintiéndolo mucho, no puedo complacerle, no sólo porque, ocupado actualmente en un trabajo de importancia para mí, cual es el relativo á mi mando en Cuba, apenas me queda tiempo disponible, sino también y más principalmente porque no me considero con medios de investigación ni con fuerza para emitir nuevos juicios de índole profesional, después de la obra de erudición y de crítica realizada por ilustres escritores militares compatriotas nuestros, alguno de los cuales ha ocupado gran parte de su vida y encanecido en esta labor meritísima.

Atendiendo sólo á lo que se debe á la historia y á la teoría de la guerra, ha podido alguno de estos distinguidos escritores no encontrar justificado, por ejemplo, que el héroe principal de aquellos hechos memorables, el glorioso general Palafox, no hubiese dejado fuera de la plaza las dos terceras partes de la guarnición en el segundo sitio, para que operasen como ejército de reserva. Pero, ¿se saben las razones, se conocen por la luz lejana de aquellos sucesos las circunstancias todas que le indujeron á ello? Harto sé que los generales en jefe determinan á veces su conducta por motivos que no se hacen ostensibles, y que después el tiempo borra ó desvanece. Lo que hay de indudable es que venció su espíritu y su esfuerzo; porque el sucumbir como sucumbió Zaragoza, cubierta de laureles y animando con su ejemplo á la Nación entera para que al fin triunfase, vale tanto como alcanzar una gran victoria.

En el aniversario ó centenario que se celebra, le confieso á usted que me encuentro más inclinado que á realizar estudios profesionales, á ver en este día, que debe ser de júbilo y de inmensa satisfacción para todos los españoles, como una afirmación entusiasta de nuestra intangible nacionalidad, un testimonio espontáneo de que la raza es aquí siempre la misma, y de que, unidos Pueblo, Ejército y Soberano, como lo estuvieron los héroes de la Independencia, por un vivo é indomable espíritu de patriotismo y de nacionalidad, España estará en condiciones de realizar con el tiempo algún ideal glorioso.

Tal es la impresión, ante el recuerdo de aquellos sucesos, de un soldado que ha pasado la mayor parte de su ya larga vida en los cuarteles y los campos en operaciones de campaña, y que, conociendo la inmensa importancia y la eficacia de los modernos progresos militares, y habiéndolos procurado, en la medida de los recursos del país, para nuestro Ejército, cree también con no menos fe que las buenas condiciones personales del soldado, su resistencia á las fatigas, su valor, su disciplina y una intensa compenetración entre el espíritu del Ejército y el del país, dará siempre, en igualdad de condiciones, la victoria, como ocurrió en la guerra de la Independencia; siendo esta enseñanza la principal y más útil que puede sacarse de aquella larga campaña, de aquella gloriosa epopeya.





**Excmo. Sr. D. Camilo G. de Polavieja.**

Teniente general.
Ex ministro de la Guerra.

Fot. Kâulak.

# La gloria del triunfo

Sr. D. Mariano Miguel de Val.

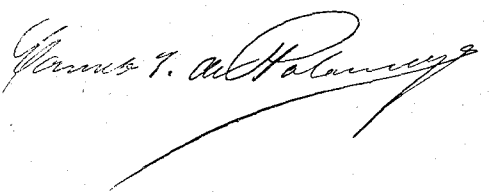
Mi distinguido y estimado amigo: Acabo de tener el gusto de recibir su carta, y crea usted que siempre he deseado complacerle; pero las muchas ocupaciones de mis cargos en el Consejo Supremo de Guerra y Marina y en la Asamblea Suprema de la Cruz Roja no me permiten disponer del tiempo que merece el asunto, ya que se trata de cosas tan grandes y memorables como las defensas de Zaragoza.

En 1808 combatieron allí, defendiendo á la Patria, el noble compañerismo, la voluntad firme y resuelta, la energía indomable, el espíritu de sacrificio y el valor heroico; por ello, las huestes de Napoleón sólo dominaron sobre sombras humanas, montones de cadáveres y humeantes ruinas.

En tan memorable ocasión, el pueblo de Zaragoza templó para la lucha el alma de la Patria.

Á él, pues, la gloria del triunfo, toda nuestra gratitud, toda nuestra veneración y todo nuestro amor.

Le repito el testimonio de mi consideración más distinguida, y quedo suyo afectísimo amigo, q. b. s. m.,





**Excmo. Sr. D. Federico Ochando y Chumillas.**

Teniente general.

# TESTIMONIOS IMPARCIALES

## sobre los dos sitios que sufrió en 1808 y 1809 la inmortal Zaragoza

Para que pueda formarse imparcial juicio, con testimonios irrecusables, he registrado en mi biblioteca, y voy á recopilar, lo más saliente que encuentro de las Memorias y escritos de ilustres extranjeros ingleses, franceses y prusianos, así como de las cartas, conversaciones y Memorias históricas que avaloran *los hechos realizados durante los dos sitios* que sufrió la ciudad de Zaragoza en los años de 1808 y 1809, no detallando *los de la condesa de Bureta, Agustina de Aragón* y otros muchos de hombres y mujeres serenos y valientes, porque ésos merecen que los esculpan las plumas y los cinceles más afamados de España, no correspondiendo hacerlo á este modesto general, que se fija principalmente en el precioso libro *Sitio de Zaragoza,* del general barón de Rogniat, que fué nombrado, como coronel de Ingenieros que era, comandante de Ingenieros del sitio á la muerte del general Lacoste, por cuya razón dirigió todos los planes de ataque finales cuando cruenta y terrible era la lucha en el segundo sitio, que, entre los militares, es el que se estudia más desde el punto de vista del ataque y defensa de las plazas.

En la traducción y comentarios de los Sres. Rodríguez Landeira y Galiay, capitán de Infantería y auditor de Guerra de Zaragoza, respectivamente, encuentro datos muy curiosos; y aunque merecía darse á conocer todo el libro, me limitaré á consignar algunos de aquéllos, que honran sobremanera á los heroicos defensores de Zaragoza.

### Historia de los sitios que pusieron á Zaragoza en los años 1808 y 1809 las tropas de Napoleón, por el cronista D. Agustín Alcaide Ibieca; tomo II.

Llegada del general inglés Doyle á Zaragoza, después del primer sitio.—Llegó á lo más remoto el eco de tan brillantes acontecimientos. El Gobierno británico, celoso observador de las operaciones del continente, conociendo lo que podía influir este ejemplo de heroísmo para las empresas ulteriores, fijó su atención sobre Zaragoza, y dió orden á sir Williams Carlos Guillermo Doyle, militar de graduación de los ejércitos de S. M. Británica, que estaba en Madrid, para que viniese á enterarse de lo ocurrido. Arribó, con efecto, el 10 por la mañana, y fué recibido con todo el aparato correspondiente á su representado. En los tres días que permaneció, visitó las obras, almacenes y demás objetos de atención; y al contemplar las ruinas y reconocer las tapias que sirvieron de baluarte á Zaragoza, exclamó atónito: «¡Es posible que los vencedores de Dantzig, Ulma y Magdeburgo se hayan estrellado contra estos frágiles muros! No creerán en Londres mismo tal entusiasmo y tales sacrificios, hechos por huir de la esclavitud.» Palafox revistó á su presencia la tropa, y aun dispuso maniobrasen algunos cuerpos; viéndole deseoso de asociarse á los gloriosos esfuerzos de los aragoneses, le remitió el despacho de mariscal de campo; y en la contestación que dió, admitiendo esta distinción, encargó que sus sueldos y emolumentos los destinase al alivio de los habitantes de Zaragoza.

Todos rebosaban entusiasmo y parecían revestidos de un nuevo espíritu. La justa admiración que habían atraído sobre sí los zaragozanos acaloraba todas las imaginaciones; y éstos, al ver los elogios que les tributaban, á una con su jefe, comenzaron á experimentar las sensaciones más halagüeñas. El Ayuntamiento de la villa de Madrid, deseando dar una prueba del placer que tomaba en el resultado ventajoso de tan singulares triunfos, dirigió al general Palafox el siguiente oficio:

«Excmo. Sr.: El Ayuntamiento de la villa de Madrid ha mirado con la mayor admiración los singulares esfuerzos de ese reino en defensa de nuestra sagrada religión, Patria y Rey Fernando VII (q. D. g.), de que no hay ejemplo en las historias; y, deseoso de dar una idea de su reconocimiento por el beneficio que, así al Estado como á la villa de Madrid, le ha resultado por la gloria de las armas que V. E. con tan incomparable acierto manda, tiene por su mayor satisfacción la de contar á V. E. en el número de sus individuos. Así lo acordó en 25 de Agosto próximo, según lo acredita la adjunta certificación; y se promete de la atención de V. E. que se dignará admitir esta pequeña prueba de gratitud y consideración.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 2 de Septiembre de 1808.—Excmo. Sr.—*Angel González Barreiro.*—Excmo. Sr. D. José Palafox y Melci.»

Los habitantes de Madrid, á su vez, y á la menor insinuación que hizo el intendente Calvo, entregaron con el mayor desinterés camisas, dinero y alhajas para surtir de lo necesario al ejército de Aragón, que los directores de los cinco gremios recaudaron con el mayor celo y exactitud; y por lo que, agradecido Palafox, quiso darles un testimonio público de su aprecio, dirigiéndoles una gratulatoria en estos términos:

«El capitán general de Aragón á los benéficos madrileños que han contribuído generosos á socorrer las necesidades de sus tropas con dinero, ropas y otros efectos.

»Me llamo mil veces dichoso al ver la actividad con que los compasivos vecinos de Madrid se apresuran á dar consuelo á mis amados aragoneses. Nada más noble, nada más digno de grandes corazones que el demostrar un verdadero patriotismo en beneficio de estos tan valientes como honrados hijos de Fernando. Su desnudez llamaba tiernamente la compasión de los pechos generosos, tanto más que, empeñados en las lides, nunca les vi buscar abrigo, nunca les oí quejarse. *A morir vamos*—me decían—; me lastimaba; les miraba con aflicción, y me consolaban diciendo: «No sabemos rendirnos, y nuestras carnes sólo se visten de gloria.» ¡Qué acciones les he visto hacer en la desnudez! ¿Y qué no les veré hacer ahora con los auxilios que les preparan los dignos corazones de los habitantes de Madrid? Vosotros, que en el centro de esta Monarquía no habéis sufrido menos que nosotros, bien sabíais que vuestra hermosa caridad había de brillar en las provincias; estabais bien seguros que Aragón sería el teatro de la guerra, y así vuestros esfuerzos benéficos querían ya de un principio dirigirse aquí. ¡Oh, cuán dulce es la beneficencia, y cómo empeña el agradecimiento de los que reciben sus dones! Sí, Madrid; sí, digna capital de España; sí, valientes del Dos de Mayo: los pechos de Aragón serán vuestra valla y vuestra defensa; aún no han vencido cuanto tienen que vencer; aún no han acabado de pelear; aún les falta sentar en vuestra capital al mayor de los reyes, á nuestro prisionero Fernando. Proseguid, nobles corazones, en vuestros loables beneficios; y yo, que moriré defendiendo vuestros hogares y nuestra Patria, bendeciré vuestras manos dadivosas y pediré al cielo os haga siempre felices.

»Cuartel general de Zaragoza, 30 de Septiembre de 1808.—*Palafox.*»

**Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España escrita por Clarke, Southey, Londonderry y Napier, publicadas en Londres en 1829 por D. José Canga-Argüelles.**

Memoria del general Foy.—El general Foy, en sus Memorias, dice que Palafox «se había mostrado digno de la confianza de sus conciudadanos, y que, no bien tomó el mando, puso fin á las conmociones populares, desplegando el mayor acierto, energía y dignidad en el desempeño de sus deberes, y justificando el proverbio de que «es voz de Dios la voz del pueblo». «Algunos—añade—acusarán á Palafox de haber hecho frente con paisanos indisciplinados al ejército vencedor de Europa. ¡Felices las naciones en donde durante sus disturbios políticos se encuentran hombres capaces de cometer tales temeridades!»

Heroísmo de Zaragoza.—Zaragoza, en los momentos en que se supone acabado el espíritu de la Nación, sin muros y sin defensas, con sólo el valor de sus vecinos, y sirviendo sus pechos de parapetos y baluartes, cumplió el juramento que hiciera de hundirse bajo sus ruinas antes que capitular. Sus bravos hijos resisten en las calles y en las casas el violento empuje de treinta mil franceses, que por espacio de noventa días emplearon todos los instrumentos de la guerra y toda la pericia de sus generales para rendir unos edificios, viejos los más, y que no ofrecían resistencia; siendo al mismo paso testigos de la impavidez con que los militares, los paisanos y hasta el sexo débil sufrían los efectos de la explosión de las minas y lanzaban el último suspiro gritando: *¡Guerra y venganza!,* sin haber logrado que transigiera con ellos el general que mandaba este recinto de horrores, de patriotismo y de honor.»

**Guerra de la Independencia, por D. José Gómez de Arteche y Moro.**

Dice el prusiano Schepeller:

«El primer sitio de Zaragoza coloca el nombre de esta ciudad al lado de los de Numancia y de Sagunto. Ninguna desgracia ulterior, ningún triste resultado de paz ó guerra podrá borrarlo, como no podrá los de aquellas dos ciudades de la antigüedad. Los españoles pueden adornarse sin temor con este laurel; ninguna otra nación moderna les opondrá otro semejante. Si el abandono de Moscou fué grande á manera de los escitas, la defensa de Zaragoza lo sobrepuja, como el combate sobrepuja en nobleza al incendio y la fuga, por más que éstos hagan obtener un resultado más importante.»

**Versión y crítica de la relación del segundo sitio de Zaragoza, del teniente general barón Rogniat, jefe del servicio de Ingenieros del ejército sitiador, por D. Francisco Rodríguez Landeira, capitán de Infantería, y D. Francisco Galiay, teniente auditor de Guerra.**

Los ingenieros españoles de Zaragoza se veían con frecuencia obligados á ceder á la opinión de jefes que, con todo el valor necesario para defender bien un puesto, no tenían los conocimientos precisos para juzgar de su construcción. Como sucede muchas veces, que se tiene por el más hábil al artillero que hace más disparos por minuto, sin pensar en la importancia de las punterías,

así en la fortificación se aprecia también más un foso profundo, un parapeto elevado y empalizadas bien agudas, que una desenfilada y un flanqueo, infinitamente más esenciales. Los que daban, á veces un poco tumultuariamente, sus consejos, y sus consejos valían por órdenes, eran los mismos que debían guardar las obras. Lo principal en toda guerra, y sobre todo en la que los españoles sosteníamos, es el aumentar la confianza del soldado y de sus jefes; y era buen modo de hacerlo el de construir á su gusto las obras de fortificación que ellos habían de defender. El señor general Rogniat dice «que los habitantes, entusiasmados con el resultado del primer sitio, ponían sobre todo su confianza en la guerra de casas». Esta preocupación, que en aquellas circunstancias se debía tomar en cuenta, obligó á concentrar las defensas, é impidió el que no se les diese más importancia de la que quería darles el pueblo, que, como el bravo Chamilly, encontraba siempre que el enemigo se ponía demasiado lejos, y esperaba á que entrase en la ciudad para que estuviera más al alcance de sus balas. La autoridad por sí sola no basta para conducir á los hombres: es preciso deferir á sus ideas y, con frecuencia, á sus preocupaciones.

A la vista tenemos un curiosísimo autógrafo de San Genis, consistente en un vale, librado ya casi en los comienzos del sitio, por una importante cantidad de «adobes para la construcción de baterías».

Después de lo dicho anteriormente, con tan desconsoladora sinceridad, por el ilustre y bizarro teniente coronel Caballero, director de las obras y actor en la resistencia al amparo de ellas realizada, huelga cuanto se pueda añadir para formarse cabal juicio de lo que eran las fortificaciones de Zaragoza. No obstante, por mera curiosidad, detallaremos en qué consistían dos de ellas, precisamente las que más á prueba se pusieron en el primer ataque de los franceses: las baterías de los tejares y del Macelo eclesiástico, en el Arrabal, donde se cubrieron de gloria el 21 de Diciembre los artilleros, infantes y paisanos que las guarnecían. La primera, la de los tejares, pomposamente llamada por algunos «importante reducto», no era otra cosa que una baja tapia formada con los ladrillos y cascotes procedentes de las hornadas hechas recientemente en los tejares, colocados unos sobre otros y sin otra trabazón que barro y algunos residuos de yeso viejo. A mayor abundamiento, no tenía foso. La batería del Macelo eclesiástico se formó con tepes, protegida por una pequeña zanja, semejante á una acequia para riego, que se podía salvar de un salto.

En suma: bien puede afirmarse, con el juicioso autor de la *Guerra de la Independencia* M. Agustín Príncipe, que si «Zaragoza era débil en Junio desde el punto de vista en que el arte considera las plazas militares, débil era también en Diciembre, desde el mismo punto de vista, porque el arte no puede hacer milagros sin ciertas condiciones naturales. Palafox encargó á San Genis la fortificación «provisional» que el tiempo y el apuro consentían. Débiles medios todos, harto débiles para llevar la resistencia á cabo, á faltar el valor sobrehumano que á los defensores de Zaragoza asistía.»

Siempre tuvo el general Lacoste grande empeño en atacar el Arrabal. Por sus indicaciones cayó sobre él el día 21 la división Gazan. La empresa salió malograda; mas no fué por culpa del general Lacoste, ni ello demostraba que su plan no debiera seguirse. Obstinadamente insistió en que se tomase el Arrabal. Lo hizo así hasta las postrimerías del sitio, en que el general Lannes comprendió la razón de ello. Indiscutiblemente, el sitio no hubiera tenido la duración que tuvo, de seguirse las indicaciones de Lacoste.

El duque de Montebello confirió el mando de los ingenieros al coronel Rogniat al morir el general Lacoste.

«La experiencia nos hizo conocer—dice Rogniat—que las casas derribadas totalmente por las minas eran con frecuencia un obstáculo á nuestro progre-

so, porque sus ruinas no ofrecían el menor abrigo para el ataque de las casas próximas; no podíamos atravesar esos montones de escombros sino á costa de mucho trabajo y mucho peligro. Los oficiales de Ingenieros calcularon la carga de los hornillos de manera que abriesen brecha sin derribar las casas, y emplearon particularmente las minas para abrir brecha en los conventos y edificios grandes, que formaban como ciudadelas en el interior de la ciudad.»

«Disputábamos con el enemigo los casetones que había á la derecha de las ruinas del hospital. Dos veces hicimos saltar los hornillos en una gran casa blanca que se extendía hasta el Coso; dos veces la atacamos sin éxito, y sólo en el tercer asalto fué cuando nos apoderamos de sus escombros. (Casa llamada del «Cuadro de la Soledad». El desplome de este edificio, según dice Casamayor, mató al presbítero D. Antonio Gil, comandante de treinta paisanos que estaban en aquel punto, á cuyo tiempo hicieron un vivo fuego desde las ventanas, que duró toda la tarde y la noche sin intermisión, tirando al mismo tiempo infinidad de bombas y granadas.) Se peleaba en medio de las llamas y de una granizada de metralla que vomitaban las piezas colocadas en las desembocaduras de las calles que están á la otra parte del Coso. Se arrojaban granadas de mano, se hacían rodar granadas y bombas, y se disputaban todos los pisos al mismo tiempo con igual furor. En este género de guerra, la exaltada resistencia que se experimentaba dependía mucho del grado de energía del oficial enemigo que estaba á la cabeza. Era preciso muchas veces matar á estos obstinados para vencerlos.»

La voladura del convento de San Francisco, realizada á las tres de la tarde del 10 de Febrero, fué uno de los más espantosos y sangrientos episodios registrados en Zaragoza. La razón no se explica que después de hecatombe tan tremenda, ocurrida en el mismo centro de la ciudad, y cuyos efectos de aniquilamiento y espanto repercutieron en toda ella, quedaran ánimos en aquellos hombres, depauperados por la miseria y la peste, rendidos por un velar constante, para prolongar la lucha un solo momento más.

Y, sin embargo, se luchó, y se luchó con creciente empuje; y no cuando, pasados los momentos primeros de aquella aterradora explosión, reaccionaran los ánimos, sino seguidamente, sin vacilar, entre el torbellino macabro de cuerpos despedazados que en los aires trazaban horribles siluetas; entre el alud de piedras salidas del cráter de la explosión, recorriendo en todas direcciones trayectorias de muerte; entre los muros que se cuarteaban y los techos que se hundían; entre el polvo de las ruinas y el humo denso de la pólvora.

No parece sino que la horripilante artería de haber amagado un ataque á cuerpo descubierto contra aquellos bravos que á todas horas desafiaban al enemigo para que saliese á luchar cara á cara, á cuyo engaño, cándidos y gozosos, se entregaron, ocupando en grandes masas los frentes del convento y coronando todas sus alturas, hizo estallar en los escasos sobrevivientes esa rabia invencible en que en ocasiones se traduce la nobleza atropellada.

Dos oficiales de Ingenieros del ejército sitiador, el famoso Prost y el barón de Lejeune, se habían colocado bajo una puerta abovedada de las ruinas del hospital, para no privarse del sugestivo golpe de vista que había de ofrecer aquella catástrofe extraordinaria; desde allí la siguieron en todo su desarrollo, y refiriéndose á tan sensacional momento, del que seguramente fueron los únicos tan curiosos como crueles espectadores, escribió después uno de ellos lo siguiente:

«Observándola de tan cerca, aquella explosión no nos dejó ver sino una masa informe y confusa en que la rapidez de la ascensión nos impedía distinguir los objetos separadamente. Pero en el momento en que llegaban á lo alto de la curva y trazaban la parábola, su marcha, más lenta, nos permitió

distinguir, aunque vagamente, hombres y materiales que iban á ser precipitados.

»Casi al momento, un espeso torbellino de polvo y humo nos envolvió de tal manera, que fué imposible ver y casi respirar. En ese mismo instante, el ruido de la caída sobre los tejados próximos fué mucho más violento que el de la explosión, que había sido muy sordo. Algunos segundos después comenzó á disiparse ligeramente, y al grito de ¡hurra!, ¡adelante!, ¡adelante!, cada uno se lanzó, baja la cabeza, á su frente, no sabiendo con seguridad dónde iba, y sin poder tomar por guía más que los fogonazos de los fusiles de los españoles que tiraban sobre nosotros...

»Esperábamos que los españoles se llenaran de espanto por la conmoción, que hizo temblar á lo lejos todo el barrio, y por lo enorme de la catástrofe; pero nuestro repentino ataque aumentó, por el contrario, su furor. Defendían palmo á palmo el terreno, y no era éste bastante espacioso para aquella lucha á todo trance. Fué necesario perseguirlos y combatir hasta en los tejados, y vimos á aquellos locos precipitarse sin vacilar de lo alto de las paredes del edificio, á ochenta pies de elevación, antes que rendirse al vencedor que les tendía la mano para salvarlos...

»Rara vez ha presentado la guerra cuadro más espantable que el de las ruinas de San Francisco durante el asalto y aun después de él. No sólo destruyó la explosión la mitad del edificio y los subterráneos, en que muchas familias se creían seguras de las bombas, sino que hizo perecer más de cuatrocientos obreros ó defensores, entre los cuales desapareció una compañía entera de granaderos del regimiento de Valencia. Los jardines de Fuentes, todo el suelo de los alrededores y los tejados ofrecían un aspecto horrible por la cantidad de restos humanos de que estaban cubiertos.

»No se podía dar un paso sin chocar con miembros desgarrados y palpitantes; y un gran número de manos y de fragmentos de brazos separados del tronco nos indicaban la extensión de la catástrofe.»

A grado tan sobresaliente llegó el arrojo y la heroicidad de los defensores de San Francisco, que los franceses hubieron de evacuar aquella noche parte de sus conquistas, por no poder resistir la mortal hostilidad de que eran objeto.

**Guerra de la Independencia, por D. José Gómez de Arteche y Moro.**

Segundo sitio de Zaragoza.

Carta de Lannes á Palafox.—«Cuartel general delante de Zaragoza, 24 de Enero de 1809.—Señor general: El bien de la Humanidad me obliga á intimaros la rendición de la plaza antes de reducirla á cenizas. Ya habéis podido convenceros que tengo cuatro veces más fuerzas de las que necesito para apoderarme de ella por asalto. Voy en dos palabras á presentaros la posición en que os halláis: el ejército inglés ha sido completamente derrotado; se ha visto en la precisión de embarcarse en la Coruña; les hemos cogido toda su artillería, sus equipajes, 7.000 hombres y 3.000 caballos. Las tropas del marqués de la Romana se han rendido, con los generales que las mandaban, y la Romana, solo, se ha embarcado con los ingleses. El mariscal Víctor ha hecho 18.000 prisioneros de tropa de línea al duque del Infantado el 13 del actual en Uclés; le ha cogido, además, cuarenta y dos banderas y toda la artillería. Habíais armado algunos miles de campesinos por la parte de Pina y de Perdigueras, y han sido destrozados por nuestras tropas; muy pocos de ellos

se han salvado, huyendo á los montes; los demás han sido muertos ó han caído prisioneros juntos. El contenido de esta carta es la pura verdad, señor general; os lo afirmo como hombre de bien. Si, á pesar de estos hechos, persistís en defender la plaza, os haréis digno de acusaciones muy graves. Reflexionad que sus 100.000 habitantes serían víctimas de vuestra imprudente obstinación.

»El mariscal duque de Montebello, comandante en jefe de Navarra, Aragón y el ejército sitiador de Zaragoza.—Firmado.—*Lannes.*»

La contestación de Palafox fué la siguiente:

«Señor general: El árbitro de los 100.000 habitantes que encierra esta ciudad no es el mariscal Lannes, ni los generales españoles se rinden sin batirse. La conquista de esta ciudad hará mucho honor al señor mariscal si la ganase á cuerpo descubierto y con la espada, no con bombas y granadas, que sólo aterran á los cobardes. Conozco el sistema de guerra que hace la Francia; pero España le enseñará á batirse, y yo con mis soldados sé exactamente las fuerzas que me sitian, y necesito diez veces más para rendirme. Sobre las mismas ruinas se hará honor esta ciudad; pero el general de Aragón que la manda, ni conoce el temor, ni se rinde. La gaceta adjunta responde á la pintura de la situación en que me hallo.—Cuartel general de Zaragoza, 24 de Enero de 1809. *Palafox.*»

El general Brandt, que, sirviendo entre los sitiadores, no había de ser muy admirador nuestro, pero que, no siendo francés, se inspiraría en sentimientos de alguna imparcialidad y justicia, se produce así al recordar el espectáculo que ofrecía Zaragoza cuando entraron los sitiadores: «La plaza—dice—del Pilar ofrecía uno de esos cuadros que no se olvidan jamás. Estaba llena de mujeres y de niños orando, de féretros, y de muertos para quienes habían faltado féretros. En algunos sitios había hasta veinte ataúdes apilados los unos sobre los otros... Uno de ellos, abierto, encerraba á un anciano revestido de un rico uniforme blanco con adornos encarnados. Cerca de él, y con el cabello todo suelto, su mujer ó su hija, señora joven y de una hermosura notable, rezaba con fervor. A veces levantaba con viveza la cabeza, mirando con ansiedad del lado de la iglesia, á ver si acudía el sacerdote que sin duda esperaba. Pero los curas no podían dar abasto á todo, aun cuando oficiasen en gran número y en todos los altares á la vez. El lúgubre amontonamiento seguía en el portal y en todos los sitios bajos; el suelo de la nave desaparecía bajo las negras figuras prosternadas, cuyos sollozos mezclaban con las salmodias. Vi también, no lejos del altar mayor, algunos soldados franceses arrodillados. El humo del incienso y de los innumerables cirios encendidos subía lentamente á la bóveda, agujereada en muchos puntos por nuestros proyectiles. La calle de Toledo estaba quizá más siniestra todavía: era el refugio principal de la población, de los barrios invadidos y bombardeados. En los arcos yacían mezclados en confusión indescriptible niños, ancianos, moribundos, muertos, muebles de toda especie y animales domésticos extenuados de hambre. En medio de la plaza, un montón de cadáveres, la mayor parte en estado de desnudez completa, y aquí y allá braseros en que aquellas pobres gentes hacían cocer su alimento. La vista, sobre todo, de los chicos, flacos y con los ojos ardiendo de la fiebre, hacía daño. Figuras sombrías, embozadas en sus grandes capas, hablaban con animación, callándose, sin embargo, en el momento en que nos acercábamos, y afectando no mirarnos. He asistido después á muchas escenas de carnicería; he visto el gran reducto de la Moscowa, uno de los más célebres horrores de la guerra...: en ninguna parte he sentido la emoción que allí. Y es que el espectáculo de la tortura es mucho más doloroso que el de la muerte.»

«El 21, día de la capitulación, la guarnición desfiló fuera de la plaza, depuso las armas en presencia del ejército francés, y nos apoderamos del resto de la ciudad, después de un sitio de cincuenta y dos días de trinchera abierta: veintinueve para entrar en la plaza y veintitrés en la guerra de casas.»

La ciudad presentaba un aspecto horrible; muchos barrios estaban arruinados por las minas; no ofrecían sino ruinas sembradas de miembros mutilados. Las mismas casas que las explosiones y los incendios habían respetado, estaban arrasadas por las bombas y granadas. El interior de los edificios hallábase horadado para las comunicaciones; las paredes exteriores, aspilleradas; las puertas y ventanas, tabicadas; las calles, embarazadas con numerosas barricadas y zanjas. La suciedad, la impureza del aire, la miseria, la ocupación por más de 100.000 almas de una ciudad que ordinariamente no albergaba más de 40.000, las privaciones inseparables á un largo asedio, todas estas calamidades reunidas produjeron una epidemia horrible, que consumía lo que la guerra dejara libre.

Por medio de las ruinas y de los cadáveres, de que estaban las calles repletas, andaban errantes algunas personas pálidas, macilentas, extenuadas, que parecía debían seguir bien pronto á los muertos, á quienes no habían tenido fuerzas para sepultar. De los estados necrológicos hechos antes y después de este sitio extraordinario y terrible, consta que perecieron en cincuenta y dos días 54.000 personas de todas las edades y sexos, á saber: las dos terceras partes de la tropa, y la mitad de los habitantes y refugiados.

La guarnición rendida no excedía de 9.500 hombres, poco más ó menos. Así lo afirma uno de los que marcharon prisioneros á Francia, y con ese número convienen muchos cronistas franceses.

Carta de Palafox á D. Sebastián Miñano.—«Muy señor mío: He leído con atención en su Diccionario el artículo que Vm. ha creído conveniente insertar sobre el primero y segundo sitio de la inmortal Zaragoza, y siento no haya Vm. juzgado oportuna la previsión de haberme preguntado sobre algunos extremos que abraza, no ignorando que existo aún, y que nadie tiene más datos para rectificar la relación de los hechos.

»La narrativa del primer sitio está demasiado concisa, siendo así que, para los que tuvimos la gloria de estar allí, es, indudablemente, más digna de extensión. En el segundo sitio parece se detiene Vm., persuadido de ser mayor y más grandioso á los ojos del militar y del historiador; pero en la realidad es todo lo contrario; y aunque en un artículo cual requiere el objeto de la obra no cabe extenderse mucho, sin embargo, no deben, á mi entender, quedarse truncados los hechos, ó pasados en olvido los más esenciales. En el primer sitio hubo menos medios de resistencia, y, por tanto, fué ésta mayor y de más mérito; si se quiere realzar el valor de los hijos de Zaragoza, allí fué su teatro, allí la arena donde se acrisolaron sus virtudes y nuestra lealtad al Soberano; justo será, por consiguiente, que los hechos heroicos y acciones arriesgadas que acreditaron allí estas cualidades no queden sepultados en el olvido en que los deja su artículo de Vm. El sitio primero duró setenta y dos días desde la investidura de la plaza, porque á ella siguió con intervalos el progreso de los trabajos de los sitiadores; por tanto, si hay lugar á rectificar ó á aumentar lo omitido, tendré el mayor placer en suministrar á Vm. los datos que tenga la bondad de pedirme, si gustase algún día dirigirse á este objeto.

»El segundo sitio fué todo efecto del arte y de la prudencia de los sitiadores, que hizo brillar la circunspección y perseverancia de los sitiados. En este sentido está el artículo de Vm.; pero hay algunos errores de hecho, que necesariamente producen errores de concepto.»

Una conversación sobre el Imperio, publicada en la «Revista de Dos Mundos», por M. de Villemain, en Abril de 1857.—El mayor elogio de Zaragoza y de sus defensores lo hacía poco después el mariscal Lannes, uno de cuyos últimos actos, próximo al sublime de su muerte en Essling, fué en desagravio de los defensores de Zaragoza, por lo que vamos á recordarlo aquí como término de nuestra tarea:

«Es verdad—decía en presencia del célebre M. de Villemain—que he fortificado esta costumbre (la de comer poco) en España, donde se necesita tan poco para vivir y se muere tan sin cuidado. Os lo aseguro: yo no me cuido absolutamente de esto. Se puede hallar Pultava en todas partes; pero lo que es todavía más funesto es tener, no ejércitos que batir, un pueblo que subyugar; tener que luchar con la desesperación...

»¡Qué guerra! ¡Qué hombres! ¡Un sitio á cada calle, una mina bajo cada casa! ¡Verse obligado á matar á tantos valientes, ó mejor, á tantos furiosos! Aquella guerra es horrible: se lo he escrito al Emperador; la victoria da pena...

»¡Ah, sí!—dijo el mariscal Lannes con un acento incomparable—; Italia es mi juventud, mi nombre, la patria de mi fortuna militar. ¡Cuán grandes éramos entonces, empezando por el general en jefe! ¡Qué comienzo; lanzarse desde los Alpes en Lombardía, para echar de toda la Península cuatro ejércitos austriacos; después, respetar al Papa que los había llamado, y devolverle Roma! ¡Cómo me gustaba también la Italia en Junio de 1800, al fin del siglo que tanta gloria arrojaba sobre el nuevo abierto para la Francia! ¡Pero hoy es necesario desplomar las casas sobre sus habitantes, tomar por asalto los conventos, matar los frailes que disparan desde lo alto de las ventanas, y dispersar á metrallazos las monjas en las trincheras! Eso es demasiado para los valientes. Uno dice que es una guerra política: no lo sé; pero es una guerra inhumana y antirrazonable; porque, para conquistar allí una corona, hay, por el pronto, que matar allí mismo una nación que se defiende, y eso es triste y largo...

»¡Son terribles aquellos frailes! Los dos consejeros del marqués de Palafox han hecho más que él en la defensa de Zaragoza, inspirando á aquella población intrépida, que nos ha sido necesario derribar á cañonazos como si fueran murallas. ¡Qué ciudadanos aquellos dos frailes y tantos otros como yo he visto, animando por todas partes al pueblo con crucifijo en la mano! Pero esto no les salvaba de las balas, y su muerte hacía frecuentemente la defensa más encarnizada y el martirio más ostensible.

»Es una falta muy grande y un gran mal el ensañarse así con las convicciones de los hombres; es una guerra interminable, porque la conciencia está por encima de la fuerza, y no se gasta como ella.»

En el segundo sitio de Zaragoza murieron los comandantes de Ingenieros de la plaza y del ejército sitiador: el bravo coronel español San Genis, á la edad de cuarenta y tres años, el cual había nacido en Albelda (Huesca), y el general francés Lacoste, que era un joven dotado de brillantes cualidades, adorado en su Ejército, casado con una señora francesa muy bella y á cuyo lado sólo le permitió la guerra pasar cinco días después de su matrimonio, muy apreciado por el mariscal Lannes y por el Emperador.

El heroico defensor de Zaragoza, D. José de Palafox, está retratado en la carta dirigida á un primo suyo durante el sitio, en la cual está vaciada toda el alma del patriota y del soldado, del paladín y del creyente.

Dice así:

«Mi querido primo: Ahí te envío veinte mil reales vellón que un digno patricio me ha dado para alivio y socorro de las necesidades; igualmente, un criado mío te lleva mis cubiertos de plata y mis dos relojes, único valor que

tengo, excepto un sable de plata *que por ser arma* no te lo envío. Vamos bien, y si quieren los paisanos, Torrero es hoy nuestro.

»Adiós. ¡Viva la Virgen del Pilar!—Tu primo, *Pepe.*»—(Hay una rúbrica.)

El mariscal francés ante el cual, hallándose enfermo Palafox, capituló la Junta Suprema de Zaragoza, era el glorioso Juan Lannes, nacido el 10 de Abril de 1769, el mismo año que Napoleón y que los mariscales Ney y Soult, del cual decía Napoleón en Santa Elena que lo consideraba como el primero de sus tenientes, que era un genio de la guerra, á quien la opinión pública francesa le dió el sobrenombre de Rolando del gran ejército.

Cuando el Cuerpo legislativo entregó en Febrero de 1798 al general Bonaparte una bandera en memoria de la batalla de Arcole, se la envió á Lannes el día 6 con la carta siguiente:

«Ciudadano general: El Cuerpo legislativo ha querido honrar al ejército de Italia en su general. Hubo un instante en los campos de Arcole en que la victoria incierta necesitó de la audacia de los jefes. Lleno de sangre y cubierto de heridas, abandonasteis la ambulancia, resuelto á morir ó á vencer.

»Os vi constantemente en esa jornada en primera fila entre los bravos. Vos igualmente fuisteis el primero que, á la cabeza de la columna infernal, llegasteis á Dego, pasando el Po y el Adda. Vos debéis ser el depositario de esta bandera que cubre de gloria á los granaderos que constantemente habéis mandado. Vos no la desplegaréis sino cuando todo movimiento á retaguardia sea inútil, y que la victoria consistirá en ser dueño del campo de batalla.»

Al ser proclamado Napoleón Bonaparte Emperador de los franceses, entre los catorce mariscales que nombró, uno fué Lannes, á los treinta y seis años de edad.

Herido Lannes en la batalla de Essling, murió el 31 de Mayo de 1809, haciendo derramar lágrimas á Napoleón, que fué á verle en el lecho y exclamó: «¡Qué pérdida para la Francia y para mí!»

Ese fué el destino reservado al antiguo voluntario de Gers, al héroe de los ejércitos de los Pirineos orientales, de Italia, Egipto, Marengo, Austria, Prusia, Polonia y España.

El mariscal Massena, duque de Rívoli, escribió á la viuda del mariscal Lannes lo siguiente:

«¡Ah! Si los azares de la guerra respetaran á los grandes hombres, si la bravura y las altas virtudes guerreras fueran escudos invulnerables, no tendríamos hoy que llorar.

»Yo, que he tenido el honor de ser su amigo, su compañero, pienso que no podía sernos arrebatado de una manera más gloriosa y más digna de él.»

El mariscal Davoust, Príncipe de Eckmühl, pronunció estas palabras en los funerales de Lannes en el panteón de Santa Genoveva, el 6 de Julio de 1810:

«Combatiendo por la gloria de nuestro Soberano y por la Patria, el guerrero cuyos restos depositamos aquí recibió la muerte. La vida del mariscal duque de Montebello ha sido corta, pero llena de acciones gloriosas, y la Historia contará la parte que tomó en todas las batallas que el gran Napoleón ha librado en Europa, Asia y Africa. Su valor de todos los días le había hecho merecer el sobrenombre de bravo entre los bravos, etc.»

La correspondencia con su esposa, que menciona el general Thoumas en sus Memorias, da á conocer su bondadoso carácter y el gran cariño para su familia.

Al capitular Zaragoza en 1809, siguió una conducta muy diferente de la que observó Murat el 3 de Mayo de 1808 en Madrid.

El Emperador Napoleón I, que había llenado durante veinte años la escena del mundo, fué á morir en Santa Elena, en una prisión, en una roca escarpada en medio del Océano.

Aquel genio de la guerra, que bien puede parangonarse con los grandes generales de la antigüedad, con Aníbal y con César, tuvo sus lunares negros, que el tiempo nos ha hecho ya perdonar. Consintió á Joaquín Murat, gran duque de Berg, su bando draconiano y los fusilamientos del 3 de Mayo de 1808 en Madrid; y el adagio vulgar español de que «quien á hierro mata, á hierro muere», tuvo aplicación para el gran general de la Caballería napoleónica, pues murió fusilado y sin formación de causa.

El general D. Mariano Alvarez de Castro, que tan gloriosa defensa hizo de la plaza de Gerona, y que, hablando de las heroicidades de Zaragoza, aunque de pasada, no quiero olvidar, dió á la intimación hecha por los sitiadores la contestación espartana siguiente, de su puño y letra:

«Excelentísimo señor general comandante de Ingenieros del ejército francés.

»Excmo. Sr: Nada tengo que tratar con V. E.; conozco sobradamente sus intenciones, y para lo sucesivo sepa V. E. que no admitiré ni tendré consideración á parlamentario ni trompeta alguno.

»Esto digo á V. E. en contestación á su papel de hoy. Dios guarde á vuecencia muchos años. Gerona, 2 de Julio de 1809.—*Mariano Alvarez.*»

¡Y aún resistió la plaza medio año! Pues este heroico general español fué tratado por los franceses según puede verse en las siguientes

**Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España, que escribe en inglés el teniente coronel Napier, publicadas en Londres en el año 1830 por D. José Canga-Argüelles.**

Muerte de D. Mariano Álvarez, gobernador de Gerona.—Hallándose enfermo cuando se rindió la plaza, no pudo salir de ella con la guarnición. Algo restablecido, fué llevado á Francia en compañía de su ayudante el capitán D. Francisco Satue y algunos criados; pero en Narbona recibió orden para regresar á Gerona, siendo conducido de cárcel en cárcel como un malhechor. Privado hasta del consuelo de que le acompañaran su ayudante y sus domésticos, fué encerrado en el castillo de Figueras, en donde se le halló muerto al día siguiente de su arribo. La opinión juiciosa de aquel tiempo, fundada sobre datos más que probables, fué la de que había perecido violentamente. Sea de esto lo que fuere, el bárbaro tratamiento que recibió Alvarez nos demuestra que Napoleón, á quien Napier llama hombre admirable, abrigaba en su pecho sentimientos crueles, porque sólo éstos pudieron hacerle prescindir del aprecio, de la consideración y hasta del respeto que como militar debía dispensar á un oficial cuya lealtad y cuya gentil firmeza le recomendaban á todos los hombres acatadores de las virtudes.

***

Haré punto en estos juicios, manifestando que, cuando los pueblos no toman parte de verdad en la defensa de un país, la guerra de invasión conforme á la estrategia y con elementos de guerra superiores, da siempre resultado; pero cuando sucede lo que en España en 1808, que un pueblo entero se levanta, apoyado en ejércitos extranjeros de mar y tierra, las reglas del arte de la guerra suelen fallar, como fallaron las combinaciones napoleónicas ante el valeroso pueblo español, que, impulsado por el fanatismo religioso y el

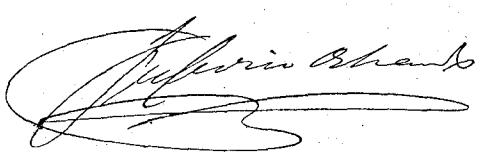
apego á su independencia, todo lo sacrificó, hasta que, con la ayuda de los ejércitos ingleses y portugueses, consiguió la expulsión de los invasores de la Península.

¡Gloria á los guerrilleros españoles!, ¡gloria al pueblo! y ¡gloria á los militares, que supieron sacar tanto partido de las fuerzas desorganizadas que á su disposición pusieron aquellos Gobiernos!

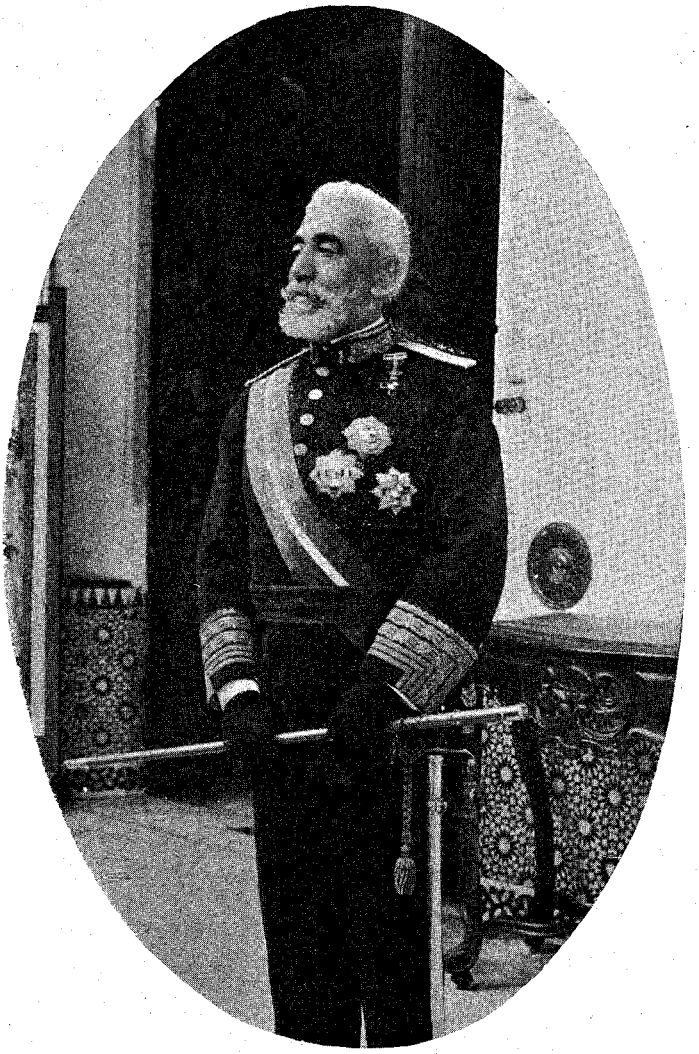
Cuando en Junio de 1898 estaba yo al frente de la Capitanía general de Aragón, y fuí trasladado á Sevilla á mandar el segundo cuerpo de ejército, me despedí del quinto cuerpo de ejército en orden general dada en Zaragoza el día 23, y en ella consigné lo siguiente:

«Y ya que por las vicisitudes de nuestras campañas coloniales ha sobrevenido la declaración del estado de guerra en la Península durante mi mando en Aragón, creo un deber de estricta justicia dirigir un afectuoso saludo de gratitud y de despedida á todas las autoridades, corporaciones y centros, que en las circunstancias actuales han tenido conmigo tantos respetos y tan delicadas atenciones, que harán imperecedero el grato recuerdo que llevo del sensato y noble pueblo aragonés, el cual verá en mí un general que simpatiza con su carácter y que es admirador de su historia.»

En estos conceptos me afirmo hoy y me ratifico, teniendo todas mis simpatías la heroica Zaragoza.



Madrid, 6 de Mayo de 1908.



**Excmo. Sr. D. Agustín Luque y Coca.**

Teniente general.
Ex ministro de la Guerra.

# Zaragoza

«Les paysans et les ouvriers manœuvraient l'artillerie, les femmes apportaient les tisons enflammés qui servaient de mèches, et les enfants tiraient les cadavres avec des cordes sur le Cosso, pour les jeter dans l'Ebre ou les brûler.»

(J. Belmás.)

## I

Si las mujeres llevaban las mechas y los niños arrastraban con cuerdas los cadáveres, el juicio que sobre los sitios de Zaragoza galantemente me pide, honrándome, la Revista Ateneo, lo hizo el escritor y jefe de Ingenieros del Ejército francés Belmás en la sencilla y desapasionada descripción que encabeza estas líneas. El poema que encierran estos hechos, que para comprenderlos hay que remontarse á Numancia, es tan grandioso, que, á mi juicio, el disertar sobre las arrogancias patrióticas de Palafox y sobre la ciega confianza de Lefebre, que se lanza al asalto sin preparación, es pálido, y aún más densamente pálido comparar las concepciones maquiavélicas del genio de la guerra para hacerse dueño de nuestra España con aquella sublimidad de las hembras zaragozanas, que llevaban las mechas para dar fuego á los cañones.

Mas fuerza es, por el compromiso que he adquirido, refrenar mi fantasía, moza en estos asuntos del patriotismo, y descender de las elevadas regiones de las ciencias morales, adonde por un momento me ha llevado la sencilla descripcción de Belmás, y, por difícil que sea, que lo es mucho, dejar que mi pluma, en canto llano, porque el épico lo agotaron los zaragozanos, escriba una opinión más sobre aquellos memorables sitios, que la fantasía, la leyenda y la Historia, salvando las fronteras, han popularizado en el mundo.

Soy entusiasta admirador de Napoleón; y lo soy, no por la impresión casi hipnotizadora que lleva á la mente alguna de sus geniales concepciones estratégicas, sino porque, al estudiar concienzudamente las etapas del progreso humano y rendir tributo de admiración á los grandes guerreros que simbolizaron cada época, no hallo figura más acabada, más genialmente colosal que la figura de Napoleón: es el símbolo moderno del genio de la guerra, que apareció oportunamente en la escena del mundo para mostrarnos el vasto panorama de las guerras continentales; es el maestro al que habrá que acudir siempre, porque en sus creaciones estratégicas y en la revolución que llevó á los órdenes tácticos, siendo el verbo de la ofensiva, á veces delirante, radican los gérmenes de la nueva doctrina que conmovió la Europa y perdurará siempre, mientras el hombre con nervios y corazón sea la primera máquina de guerra; y, lleno mi pensamiento de veneración para el sublime maestro, al tener hoy que analizar una de las nieblas de su inteligencia que más poderosamente contribuyó á su Waterlóo, casi no me acuerdo que soy español, y pregunto con profunda pena: ¿Es posible que á la penetración de Napoleón, á su conocimiento de la historia de los pueblos, se le escapase que en esta tierra fertilizada por sangre de romanos y árabes, cada morador es un salvaje en el culto de la independencia, hasta el punto de que, cuando se defiende la Patria, las mujeres llevan las mechas para los cañones y los niños arrastran los cadáveres al río?

Qué error más funesto para el Emperador, y qué desencanto para la pléyade de sus generales, que, posesionados de España por arteras mañas, de sus principales plazas de guerra, de los puntos más estratégicos, de los nudos de comunicaciones, sin ejército visible á quien combatir, se movían en el vacío, y, presa el alma de siniestros temores por la fúnebre soledad que les rodeaba,

no eran dueños de España, ni siquiera del terreno que pisaban. Acostumbrados al triunfo ruidoso, no adivinaban que una fuerza inmensa, tan poderosa como las olas embravecidas de todos los mares, contaba España para vencer: la misma fuerza que en París había abierto las puertas de la gloria guerrera á Bonaparte; la misma fuerza que, sin método, había barrido los ejércitos coligados contra la Convención francesa: el pueblo, que, soberano, había decidido en la aldea, en la villa y en la ciudad que jamás sería francés.

He aquí esbozado ya mi tema.

Bien se me alcanza que el camino por el que tengo que transitar en busca de novedad para desarrollarle es camino por demás trillado.

¡Zaragoza y el Dos de Mayo!

Al evocar el nombre de la heroica ciudad y la fecha escrita ya en caracteres de oro, pasan en tropel por mi imaginación, á guisa de películas fotográficas, poemas, cantos, juicios severos, crítica de los sitios de Zaragoza desde todos los puntos de vista, galeradas y más galeradas de prosa esparcidas por el mundo en centenares de volúmenes, que analizan, desde las más recónditas concepciones estratégicas de Napoleón sobre España, hasta el pensamiento íntimo de aquellos *guerrilleros* que deseaban continuar siendo españoles, y en esto consistía todo el secreto de sus hazañas.

Tiene, pues, los caracteres de la terquedad pretender buscar novedades, ó engolfarse en las controversias que se suscitaron aquende y allende los Pirineos sobre el juicio que les merecieron sitiados y sitiadores. La historia escrita por autores ingleses, franceses y españoles, adolece en general de pasión. Se vislumbra ya la verdad de aquella epopeya; quizás este centenario que glorificamos contribuya á que, en lo porvenir, el historiador sereno y tranquilo presente el cuadro interesantísimo que ha de dar más gloria y más renombre al sabio general Arteche por su severa imparcialidad.

Ahora, modestamente, como á mi juicio el camino está trillado, y los temas, desde todos los puntos de vista del arte de la guerra, están agotados, acabaré de esbozar el mío, que, ciertamente, no tengo la pretensión de que merezca los honores de la novedad:

*El íntimo consorcio del pueblo con el Ejército constituyó las sólidas murallas de Zaragoza.*

## II

Precisa estrujar la imaginación para hallar un símil que en una sola frase sintetice el cuadro, la fisonomía especial que presenta al observador la España de 1808. Encuentro uno, vulgarísimo, pero exacto: España jugaba á la gallina ciega. Era, en efecto, necesario tener espesa venda sobre los ojos para no ver las nubes que, en forma de divisiones, brigadas y batallones, se condensaban en España; era preciso que no anidara ni sombra de sospecha en el alma española para contemplar impasibles que un día llega Moncey á Vitoria; otro, Dupont á Burgos; que otro día, burla burlando, y con estrategia infantil, se apoderan los franceses de la ciudadela de Pamplona; que otro, tras anuncios sensacionales y exhibiciones teatrales por esos pueblos de Castilla, entra gallardo Murat en Madrid. ¡Qué espantosa miopia! Sí, quizá la mayor miopia que ha padecido un pueblo; pero, justo es decirlo, la padeció porque el pueblo español tenía una pasión: la pasión por Fernando VII; y como de aquellas nubes condensadas en forma de batallones y escuadrones no podía surgir para él otra tempestad que la de barrer el caduco trono de Carlos IV con su antipático Godoy, era en balde que los más avisados tratasen de arrancar la venda; Murat fué el escogido por la mano del destino para arrancarla.

Y, claro es: al surgir la tormenta, los relámpagos iluminaron el cerebro de los españoles, y al comprender que habían sido juguete, entretenimiento del gran Napoleón, todas las mezclas de sangre que forman el pueblo español hirvieron, y se vió surgir la tenacidad desesperante, frialdades que ponían espanto en el alma y acometividades delirantes, conglomerado que es la característica de España. ¿Qué importaba, para gentes que llevaban en sí esa variedad de glóbulos rojos, que Murat se enseñorease de Madrid, que los Reyes vegetasen en el destierro, que el Ejército hubiese sido alejado del suelo patrio por malas artes? Absolutamente nada. Al contrario, creo yo, como cree el más genial de los escritores militares españoles, Villamartín, que si Napoleón hubiese declarado la guerra á España, invadiéndola con cuerpos de ejército, haciendo la guerra con todos los respetos internacionales, la conquista de la independencia hubiese sido más costosa, más difícil para los españoles. Pero en la forma maquiavélica que se preparó el drama, ó España no era la que había luchado tenazmente siete siglos con los africanos, ó, de serlo, el resultado estaba previsto: la victoria enseñoreada, como dice Arteche, para premio de la *virtud, de la constancia y de la pobreza, que no se agotan jamás.*

Y esa virtud espartana de no espantar la pobreza, de quemar la hacienda antes de que cayese en poder del usurpador, lo mismo se anidaba en los vascos, que en los castellanos, catalanes, gallegos y andaluces. Se había perdido la idea del gobierno central, y cada provincia, respondiendo á la savia federal que llevaba en sí, y que es savia salvadora para la unidad de la Patria, se organizó como pudo, y, siguiendo el ejemplo del famoso alcalde de Móstoles, se apresuraron á declarar la guerra al genio colosal de la estrategia, y Napoleón tuvo que sostener un duelo á muerte con cuarenta y nueve Españas.

Examinaremos el duelo con los zaragozanos.

Zaragoza, como un solo hombre, protestó violentamente airada del engaño, exaltando los generosos corazones de los zaragozanos las escenas del Dos de Mayo de Madrid, que, á través de la distancia, aparecían agigantadas en desolación y luto.

—¡Armas! ¡Queremos los fusiles, los cañones del castillo de la Aljafería!— gritaban los zaragozanos en la mañana del 24 de Mayo al pie de la Capitanía general—. ¡Guerra al usurpador!

Y ante este grito, el pueblo se apresta á la lucha, empezando por barrer las autoridades constituídas, nombrando por aclamación al general que había de conducirlos al combate; y por este sistema revolucionario, el mismo sistema de las turbas de los arrabales de París, surgió Palafox, de noble alcurnia, joven, valeroso y patriota. Aragón, pues, tenía una autoridad superior militar en la que encerraba todas las aspiraciones de los aragoneses, y Zaragoza, con los medios que ingenian el patriotismo y el buen deseo, á veces exagerado, se aprestó con religioso entusiasmo á la lucha que presentía iba en breve á comenzar.

Mientras tanto, Lefebre, ya con órdenes concretas sobre Zaragoza, abandona á Pamplona, y sin que nadie le inquiete, reúne en Valtierra cuantas barcas le fué posible hallar; salva el inconveniente del puente de Tudela para amenazar por el lado derecho á la ciudad; sorprendido, no vacila, sin embargo, el vecindario; y sin trincheras, sin barricadas, sin orden, sin disciplina y casi sin armas, aquellos cinco mil hombres, de los cuales no llegarían á medio ciento los soldados que, burlando la vigilancia de los franceses, habían desertado de sus cuerpos y se habían unido á sus compatriotas, se lanzan todos ardientemente á la lucha, siendo barridos con suma facilidad por los imperiales, que, tras enérgico y rápido ataque, se apoderan de Tudela.

El marqués de Lazán, hermano de Palafox, reúne los dispersos, y pensando

cuerdamente que era imposible con aquellos pelotones de gentes que mandaba detener la marcha de Lefebre, decide regresar á la ciudad; pero se encuentra en el camino unos cuantos destacamentos de tropas que su hermano le envía, tropas que llevaban cuatro días de enseñanza militar, y, aprovechando la lentitud de Lefebre, reúne 3.000 hombres, y, á impulso del más ardiente de los patriotismos, pero del más absoluto desconocimiento de las condiciones del enemigo, pasa por su imaginación tomar la ofensiva, quizá también obligado por la obsesión que de pelear á todo trance predominaba en la muchedumbre salida de las tierras aragonesas.

Volvamos á Zaragoza.

Las sombras de la noche envolvían la ciudad, y rumor como de marea creciente ó de río que se desborda sentíase por todas las avenidas que desembocaban al campo del sepulcro. Líneas negras, tortuosas, que formaban hombres y mujeres y niños, avanzaban pausadamente al centro del campo donde, dando rienda suelta á la emoción que á todos embargaba por los recientes desastres que después de Tudela habían sufrido los patriotas en Mallén, y luego en Gallur, el clamoreo revestía, al decir de un testigo presencial, todos los caracteres de la locura. La tenue luz del alba apenas iluminaba aquella escena conmovedora de elegir los que allí se congregaban por libérrima voluntad, oficiales y jefes que habían de mandarlos. Entre las tinieblas, como si temieran que los de Lefebre se enterasen, organizaron en aquella noche eternamente memorable del 13 al 14, compañías, batallones, y cuando ya la luz radiante del sol de Junio iluminó aquel abigarrado montón de gentes de todas las clases sociales, haraposos los unos, uniformados caprichosamente los otros, y parecía que las compañías organizadas al calor del entusiasmo patrio iban á ocupar el lugar destinado para la defensa de la ciudad querida, abren las puertas y, delirantes porque llevan al frente al capitán general Palafox, salen camino de Alagón en busca de los franceses, para contenerlos y vengar las recientes rotas sufridas.

Si no se tratase de un tema que es de rúbrica acabar, ahora mismo dejaría reposar la pluma, porque la filosofía que se desprende de hecho tan locamente grandioso, es el mejor juicio crítico del primer sitio de Zaragoza, que tiene por prólogo el desbordamiento de 6.000 paisanos y 500 soldados de distintos cuerpos que habían llegado voluntarios á Zaragoza á pelear desbordados sobre un enemigo que, según fidedignas noticias, acababa de batirnos duramente en Tudela, Mallén y Gallur. ¡Hermoso concierto de paisanos y soldados!

Lefebre, que lentamente seguía avanzando y castigando duramente á las indisciplinadas masas que se le ponían delante, no meditó, sin duda, en aquellos momentos sobre toda la fibra, sobre toda la energía que necesitaban para luchar con sus aguerridos soldados aquellas turbas que en montón, sin orden, sin cohesión, se encontraban en su marcha. No les dió importancia, y si se la dió, fué desfavorable para los zaragozanos, considerando que tras los duros escarmientos de Tudela, Mallén, Gallur y perdida la última esperanza en Alagón, cuyos 6.000 españoles fueron totalmente dispersados, regresando cada cual como pudo á Zaragoza, creyó indudablemente que la moral de los zaragozanos no había podido resistir tan continuados y funestos desastres. Ciertamente, era lógico pensar como pensaba el general Lefebre, y por eso no opino yo que merece censura el valeroso general francés por su lentitud, y por lanzarse sobre Zaragoza como se lanzó sobre Tudela. ¿Quién iba á atajar sus victoriosas columnas en Zaragoza? ¿Las masas indisciplinadas que él había batido? En lo ordinario, había que pensar como pensó el general Lefebre; porque pensar en el heroísmo, es pensar en lo excepcional.

Mientras llegan á los puestos avanzados de Zaragoza las tropas de Lefebre, que se componían de 3.500 infantes, 100 caballos y seis piezas de campaña,

será oportuno ahora reseñar, siquiera sea ligeramente, las defensas de Zaragoza. Sencilla es la tarea, porque los zaragozanos, obedeciendo á impulsos de sus viriles corazones, desoyeron la voz de la previsión y de la prudencia, que les aconsejaba acumular en los puntos naturalmente avanzados de Zaragoza, Torrero, la Muela y Casa Blanca, todos los recursos que proporciona la fortificación provisional. Creyeron que era más gallardo, más patriótico, salir al encuentro de los que venían á turbar el reposo de sus hogares; y cuando la dura experiencia les demostró que habían gastado inútilmente las fuerzas, desangrándose antes de tiempo, y que la casa solariega no tenía más murallas que sus pechos, se apresuraron á improvisar baterías, parapetos y barricadas; algo que defendiese los puentes del Huerva, Santa Engracia y San José; obstáculos ante las puertas del Portillo y del Carmen; en una palabra: por la precipitación, nada consistente que pudiera resistir la artillería de campaña de Lefebre, ni nada serio en materia de fortificación que pudiera detener la brava infantería francesa; era tarde para sacar partido de la situación que ocupa Zaragoza con su castillo de la Aljafería y su monte de Torrero. La suerte estaba echada, y ya no había otro recurso que suplir con valeroso patriotismo las imprudencias cometidas; y, pensando así, se ocuparon los puestos avanzados del puente de la Muela y Casa Blanca, y se aprestaron á la defensa de la ciudad unos mil soldados veteranos de distintos cuerpos y 6.000 voluntarios recién alistados en los tercios, sin casi municiones, sin disciplina ni confianza, como dice Arteche, en sus jefes y oficiales, tan novicios como ellos. Por otra parte, Palafox, el ídolo de los zaragozanos, pensando acertadamente en que no debía encerrarse en la ciudad, y que su misión era reunir toda clase de recursos para socorrer á Zaragoza, trasladó su cuartel general á Belchite, quedando encargado de la plaza el teniente rey Sr. Bustamante.

Todo hacía presagiar que la libertad é independencia de los zaragozanos estaba herida de muerte; y tal confianza tenía Lefebre en que *acabaría pronto,* que en la mañana del 15 su vanguardia arrolla nuestros puestos avanzados del Canal, y tras porfiada lucha que le hizo perder mucho tiempo en el puente de la Muela y Casa Blanca, se dirige con tres columnas de ataque sobre las puertas de Santa Engracia, del Carmen y del Portillo.

Había llegado el momento decisivo. Avanzan briosamente las columnas francesas, y todo parece ceder á su empuje, pues ya están en el Portillo. Mas, ¡ah!, el desencanto va á ser terrible. Las turbas que huían en Mallén y Alagón se lanzan con infernal gritería á la lucha. Los cañones, arrastrados por los patriotas, vomitan metralla; á los fusiles no se les da punto de reposo, y cuando flaquean los que combaten en primera línea por el irresistible empuje de la infantería francesa, los habitantes todos de Zaragoza, que han abandonado sus casas y que forman masas imponentes detrás de los defensores, avanzan como las olas del mar, arrollándolo todo. Ceden momentáneamente los franceses; pero, creyéndose deshonrados porque no conciben ser detenidos por muchedumbre sin cohesión, se lanzan nuevamente al combate y se apoderan por fin del cuartel de Caballería; mas la noticia de la pérdida del cuartel ha corrido como chispa eléctrica, y la multitud, exhortada en algunos grupos por valientes sacerdotes, se lanza á recuperar lo perdido. El combate en las escaleras, en el patio, en los corredores, es cuerpo á cuerpo; y cuando, agotada la pólvora, brilla la navaja, la carnicería es espantosa. Vuelven á ceder los franceses, y el cuartel queda por los zaragozanos. El general francés Lefebre, sugestionado indudablemente por la sorpresa que le produce aquella resistencia, para él inconcebible, y rebelde á darse cuenta de la realidad, dispone la última acometida, y las columnas francesas, á impulsos del valor y de la ira, avanzan como ciclón devastador. El momento es verdaderamente angustio-

so para los sitiados...; *mas los paisanos conducían los cañones, las mujeres llevaban las mechas encendidas, y los niños arrastraban con cuerdas los cadáveres...* ¡Qué había de suceder! Los franceses, rendidos y maltrechos, se retiraron mustiamente fuera del alcance de los proyectiles de la ciudad, y, mientras tanto, en ésta el júbilo revestía los caracteres de la vehemencia. Sin distinción de sexo ni de clase, todos los zaragozanos acudían en tropel á postrarse ante la imagen venerada del Pilar, jurando, en medio de las plazas y de las calles, morir antes que permitir que *la virgen del Pilar fuera francesa.*

El sentimiento de la Patria, el sentimiento religioso y el consorcio con los militares que acudían de todas partes á engrosar las filas de los zaragozanos; todas estas íntimas afecciones del alma, con las que no habían contado los sitiadores, se exaltaron en el primer sitio de Zaragoza.

Renació la calma, y como no hay nada que enseñe más que la experiencia, comprendieron hasta los más furiosos que había que pensar seriamente en ponerse en estado de defensa. Palafox, maestro en el arte de agitar las fibras de las multitudes, publicó una hermosa proclama, enalteciendo justamente á los defensores y dictando líneas generales de conducta. Se organizó, pues, la defensa, bajo la dirección suprema del marqués de Lazán, gobernador de Zaragoza. Se distribuyeron los trabajos; se reorganizaron las compañías y batallones de voluntarios; se reorganizaron también las tropas veteranas; y como el entusiasmo y el patriotismo presidían todos los actos, no tardó Zaragoza en ser obstáculo de granito para Lefebre.

Sería interminable seguir paso á paso las peripecias del primer sitio. Autores esclarecidos, en estilo vibrante, han conmovido los corazones españoles, pintando con vivos colores aquel encarnizamiento en la lucha; aquellos temerarios asaltos de los franceses; aquellas impetuosas salidas de los zaragozanos, que parecían vendaval desencadenado; aquel espíritu hermosamente viril que no decae, ni por los horrorosos bombardeos, ni por la voladura del Seminario, de la cual se aprovechan los franceses, ni por la falta de municiones de boca y guerra; sino, al contrario, que cuando ya todo parece agotado, á las intimaciones de Verdier, que había llegado con refuerzos, elevando á 15.000 los sitiadores, se contestó por Palafox:—¡Guerra y cuchillo!

Y sobre todos estos rasgos soberanamente hermosos, flotando como imagen de la venganza, Agustina de Aragón, aplicando al cañón la mecha que arrancó de las yertas manos de su amor.

Vuelvo á la misma exclamación: ¡Qué había de suceder! Que, indomables, militares y paisanos de Zaragoza unidos, estrechamente unidos en el amor á la Patria, y fanatizados por el general Palafox, que con sus gallardías y arrogancias mantiene el fuego sagrado de la defensa, la prolongaron en el primer sitio hasta lo inconcebible, dando tiempo á que la fortuna de Castaños hiciera cambiar por el momento la faz de la guerra y levantasen el sitio Lefebre y Verdier, que tras el incendio y el destrozo abandonaron aquellos lugares, testigos de tantos heroísmos, dejando fusiles y cañones en número considerable, cuyos trofeos, como las águilas conquistadas, fueron la más preciada ofrenda que á los pies de la Virgen del Pilar depositaron los zaragozanos.

Sería ahora de rúbrica engolfarse en la estadística de los que pelearon de un lado y de otro, de los que murieron, de los aciertos y desaciertos de los unos y de los otros. ¿Para qué? Las estadísticas y los juicios más ó menos apasionados figuran en infinidad de libros escritos con ese exclusivo objeto. Mi imaginación ha tomado otros rumbos, y desde el punto de vista moral que yo examino los sitios de Zaragoza, considero que su inmortalidad, á costa de tantos sacrificios y de tanto heroísmo conquistada, fué, sin embargo, fácil

para los zaragozanos, porque el heroísmo lo llevaban en su sangre generosa bien demostrado, cuando por propio impulso ayudaban *conduciendo los cañones, llevando las mujeres las mechas encendidas, y los niños arrastrando los cadáveres al río.*

## III

La fortuna, espléndida con los españoles en los campos de Bailén, no quiso ser constante, y, obsesionada sin duda por el genio, prodigó una vez más sus favores al Emperador, que, abandonándolo todo, rápidamente había penetrado en España para demostrar á sus admiradores que las dificultades que sus mariscales encontraban en española tierra obedecían quizás á falta de cohesión, á falta de mutuas inteligencias. Tudela pudo ser el desencanto de Napoleón. En las orillas del Ebro debió obscurecerse su estrella, como se obscureció la de Dupont en las cercanías del Guadalquivir. Pero estaba escrito que nuestra constancia tenía todavía que ponerse á duras pruebas, y Tudela fué el cuadro sombrío de nuestras inveteradas discordias, de nuestros celos, tan antiguos como la agreste tierra que nos ha visto nacer. Bravamente pelearon los que nunca tienen celos, mas dirigidos sin enlace, sin idea definida, obrando cada general con arreglo á lo que consideraba mejor; la derrota, fatal para España, fué la consecuencia lógica del desacierto en la dirección.

Napoleón siguió su marcha triunfante á Madrid.

Zaragoza se vió por segunda vez amenazada. Al abrigo de la heroica ciudad fueron á dar las derrotadas huestes de Tudela, constituyendo con todos los elementos disgregados un cuerpo de ejército que algunos historiadores hacen subir á treinta y dos mil hombres. Palafox, amargado su espíritu por el recuerdo de Tudela, desplegó, sin embargo, una prodigiosa actividad para completar las defensas de Zaragoza. Se organizaron las tropas de infantería en dos divisiones, dando acertada distribución á los 1.500 artilleros con que contaba la plaza, constituyendo un núcleo con el jefe y oficiales que había en Zaragoza, y distinguidos voluntarios que se les agregaron. No se echó en olvido ni la reconstitución de los voluntarios ni la administración militar, que tan importante papel había de desempeñar; como las piezas de artillería eran numerosas, no escaseando las municiones y víveres, y era proverbial el heroísmo de los zaragozanos, y proverbial su íntimo consorcio con el Ejército, todo hacía presagiar que el segundo lance de honor con los imperiales iba á ser de desusada dureza.

Se presenta el mariscal Moncey á la vista de Zaragoza el 20 de Diciembre de 1808, seguido de dos cuerpos de ejército, compuestos en total de 47.000 hombres, con imponente tren de sitio; en una palabra, con todos los recursos para un largo asedio; y como eran dueños de Tudela y Alagón, podían tener en aquellas ciudades grandes depósitos de víveres y municiones. Sin pereza el mariscal, rómpense las hostilidades el día 21, perdiendo nosotros Torrero, efecto de hábil maniobra y rudo ataque de los franceses, hallando á renglón seguido la compensación en el combate del Arrabal, en donde ellos llevaron la peor parte. Fué sólo preludio, ligera sinfonía de la trágica obra que se preparaba; y para que hubiese algo teatral, Moncey, respondiendo á su carácter ó á inocente estratagema, apenas había acabado la sinfonía, intimó la rendición, so pretexto de que España entera estaba dominada por el Emperador.

¡Claro! ¿Qué había de contestar Palafox?

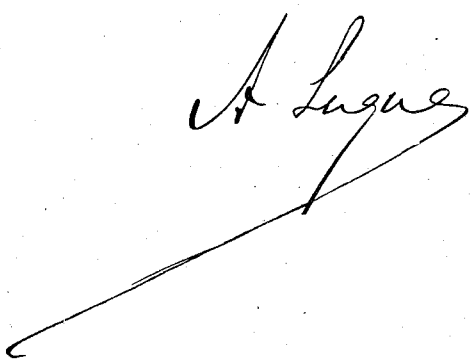
—Yo no sé rendirme.

Estaba dicho todo. El duelo iba á ser á muerte; se iban á agotar todos los recursos hasta entonces conocidos para rendir la plaza abierta. En efecto: mi-

llares de sacos de arena se amontonaron enfrente de la heroica ciudad para atrincheramientos. Se trazó la primera paralela y se trazó la segunda, porque aquellos asaltos de las tropas de Lefebre habían aprendido los franceses que era expuesto repetirlos en Zaragoza; y tras las paralelas vinieron más tarde las minas. Describir por etapas aquella lucha que duró sesenta días, poniendo de paso al descubierto errores que, si fueron grandes, los absolvieron el valor y el patriotismo, no es la misión que en este trabajo me he impuesto. Quisiera, sí, que mi pluma fuese inspirada para pintar con el colorido de los grandes maestros en el arte aquella titánica lucha de fuerte á fuerte, de calle á calle, de casa á casa, de piso á piso; lucha desesperada, á muerte, propia de locos sublimes; lucha en la que la victoria *da pena,* como decía el mariscal Lannes. No tengo colores para pintar el cuadro que por un momento ha pasado por mi imaginación. Sólo diré, en las postrimerías de mi trabajo, que cuando las calles estaban atestadas de cadáveres, y *ya los niños no tenían fuerzas para arrastrarlos al río,* porque no comían; *cuando las mujeres ya no podían llevar las mechas encendidas,* porque no había pólvora; cuando los soldados y paisanos, unidos también en la adversidad, hambrientos, apenas tenían fuerzas para manejar el cuchillo; cuando el arrogante ídolo de Zaragoza, el preclaro general de virtudes cívicas que, según *autógrafo suyo, entregaba los cubiertos de plata que le quedaban, conservando el sable* (también con puño de plata) *para combatir;* cuando Palafox, en fin, herido por fiebre mortal, fué alejado del ruido ensordecedor de aquella heroica ciudad que se derrumbaba, la Junta Suprema de Zaragoza, con temor en el alma, y sigilosamente, para que no se enterasen los cadavéricos defensores que aún en pie quedaban, firmó la capitulación.

Como español, vivamente emocionado ante el recuerdo glorioso que nos legaron los sublimes defensores de Zaragoza, considero como el mayor orgullo haber nacido bajo la misma bandera que á ellos les cobijó; y como militar, enamorado del arte, respetuoso siempre con el genio y el valor, mi pluma escribe sin apasionamientos los nombres de Lefebre, Moncey, Junot y Lannes, para dar fe de mi imparcial admiración por aquellos ilustres guerreros que honraron á su Patria.

Y ahora, para terminar, afirmaré que, por desesperadas que sean las circunstancias críticas que pudiera atravesar nuestra querida España; si pueblo y Ejército se unen en íntimo consorcio; si el aliento poderoso del espíritu público lleva ráfagas de amor al Ejército, España vencerá como venció en la guerra de la Independencia, cuyo centenario glorificamos, porque siempre surgirán, en trances parecidos al de Zaragoza, *paisanos que conduzcan los cañones, mujeres que lleven las mechas encendidas, y niños que arrastren los cadáveres al río.*



Madrid, 9 de Abril de 1908.



**Excmo. Sr. D. Vicente de Martítegui.**

Teniente general.
Jefe del Estado Mayor Central.
Ex ministro de la Guerra.

# Rendición gloriosa

Es la Historia foco de esplendorosa luz que se irradia para iluminar las generaciones que pasaron y, con las enseñanzas que atesora, á las que se suceden en la continuidad de los siglos.

Nuestra historia patria está llena de hechos gloriosos que, afectando todos ellos á la vida de la nacionalidad española, es dulce rememorar, y hasta puede decirse que es una necesidad en la época presente.

Las arrogancias de nuestra raza, que, con diverso sentido, han dado hoy no pocos en llamar *quijotescas,* tienen la más brillante justificación, no sólo en los sucesos culminantes de nuestros anales, sino hasta en detalles que algunos tienen por nimios, pero que suele recoger, guardar y conservar el historiador concienzudo y escrupuloso.

Leyendo yo, no ha muchos días, una de las páginas más hermosas de nuestra historia militar, la descripción de la batalla de Trafalgar, hallé uno de esos detalles á que acabo de referirme, que conmovió mi alma, me llenó de entusiasmo y me dió el tema de este artículo, que me había sido pedido, honrándome con una invitación que por su fin patriótico no me era posible declinar, y que echaba sobre mí un trabajo superior á mis fuerzas, tanto por falta de hábito, como por total carencia de aptitudes.

En el glorioso combate de Trafalgar, cuando, rota ya su arboladura, abierto su casco, muertos sus jefes principales, muertos ó gravemente heridos buena parte de sus tripulantes, obligado á arriar su pabellón ante las intimaciones de cuatro navíos ingleses que le cercaban por todas partes, tuvo que rendirse el buque español *San Juan Nepomuceno,* los comandantes enemigos, ansiosos de enorgullecerse con la presa que tanto les había costado conquistar, preguntaron al único oficial que quedaba en pie de toda la heroica dotación á quién se rendía.

—A los cuatro—contestó—; porque á uno solo nunca se hubiera rendido el *San Juan.*

¡Hermosas palabras que, á la vez que revelaban la altivez del héroe y su dignidad en el vencimiento, debieron hacer comprender al enemigo que su victoria no era para enorgullecerle, pues en aquella lucha cabía, por lo menos, tanta gloria al vencido como al vencedor!

Lo mismo hubiera podido contestar la inmortal Zaragoza á los franceses cuando, agotados ya sus recursos, sus barrios convertidos en escombro, sus defensores en espectros, defendidas las brechas palmo á palmo, las calles casa á casa, las casas piso á piso, exhausta de recursos de todo género, sin municiones, sin víveres, habiendo perdido más de la mitad de su población propia y de refugiados, es decir, más de cincuenta mil personas; siendo más, entre los que quedaban, los heridos que los ilesos y los enfermos que los sanos, y enfermo también el general Palafox, tuvo que declararse vencida. No se rindió sólo á la fuerza abrumadora del enemigo que la destruía, porque á una sola calamidad jamás se hubiera rendido Zaragoza, la ciudad patria de los grandes heroísmos, de las sublimidades increíbles. Se rindió al hambre, se rindió á la enfermedad, se rindió á la muerte.

Se rindió, y su rendición, en vez de anublar con levísimo celaje el hori-

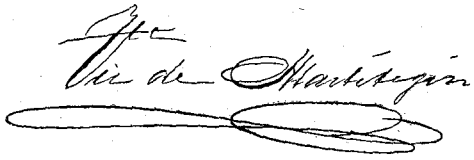
zonte de su gloria, lo abrillantó más y más. Cuando Lannes escribía á su Emperador aquella carta famosa, cuyas páginas ha recogido avara la historia del heroísmo, y en la que decía: «Este sitio, Señor, en nada se parece á nuestras anteriores guerras... Para tomar las casas, nos vemos precisados á recurrir al asalto ó á hacer uso de la mina... Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es posible formarse idea... Es ésta una guerra que horroriza... En estos momentos arde la ciudad por cuatro puntos distintos; llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores...» Cuando esto decía aquel general que había asistido á tantos combates, pudo creerse que el sitiador encarecía el valor de los sitiados para encarecer también el suyo, y encarecer con ello la importancia de la victoria que ya tenía casi conseguida.

Pero cuando cesó el sitio, y no ya Europa, sino el mundo pudo contemplar admirado aquella inmensa ruina y ver los restos de todo aquello que había sido una ciudad hermosa, una población viril; cuando el mundo vió los cementerios rebosantes, millares de cadáveres insepultos, los hospitales atestados, los heridos sin asistencia, los defensores supervivientes con sus armas rotas y sus ropas destrozadas, las multitudes hambrientas, entonces se comprendió que el mariscal del Imperio no había exagerado nada; que eran la sinceridad, el espanto, quienes hablaban por su boca y movían su pluma; que en sus palabras no había la exageración del que busca un mayor valor para su hazaña, sino la compasión del que, por mandato imperioso del deber, se siente obligado á vencer á toda costa.

Hechos como aquéllos, que son orgullo de nuestra historia y constituyen uno de los más hermosos timbres y grande honor de nuestra raza, sólo se explican por un amor inmenso á la Patria, que entretejía sus raíces en el fondo mismo del alma de aquel pueblo. Zaragoza tenía también fe en la Patria; sabía que España es una gran nación, y que era imposible fuera esclava de ninguna otra. Luchó, y luchó hasta morir; y cuantos caían, se llevaban con el último suspiro la convicción del vencimiento. Daban su vida á quien se la debían, á su Patria, y se la daban para su gloria, para conservar su independencia...

Esa fe en la Patria y ese amor á la Nación que todos sentimos, Zaragoza los tuvo en su grado máximo. Por eso el ejemplo de Zaragoza se presenta á todos los pueblos amenazados, para inspirar valor, para enseñar cómo se lucha y se muere por la integridad y la independencia.

Al conmemorar el centenario de sus sitios gloriosos, toda España debe volverse con gratitud, con reconocimiento, á la hermosa ciudad bañada por el Ebro, y saludarla con el más grande de los respetos. Si alguna vez llegara á debilitarse en nosotros la fe en la grandeza de nuestra Patria, tengamos por seguro que habremos de recobrarla con sólo leer aquellas páginas imperecederas de la historia de sus sitios; pues, como dice Balmes, estos recuerdos en una nación son *lo que en una familia caída los títulos de su antigua nobleza: elevan el espíritu, fortifican en la adversidad, y, alimentando en el corazón la esperanza, sirven á preparar un nuevo porvenir.*



Abril de 1908.



**Excmo. Sr. D. Julián González Parrado.**

Capitán general de la 7.ª Región.

# Bandera negra

Ardía la Península ibérica en cruda y empeñada guerra; era el año de 1808, memorable catálogo de epopeyas que asombraron al mundo y salvaron á Europa de la ambiciosa codicia del gran Napoleón, cuando, en 17 de Junio, salió de Barcelona el general Duhesme en dirección de Gerona, con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, estimando fácil empresa tomar posesión de aquella plaza, levantada en armas contra los invasores desde el día 5 del mes indicado.

En la mañana del 20 se presentaron las fuerzas sitiadoras en las alturas del Palau Lacorta, que dan vista á Gerona, y comenzaron su ataque contra la puerta del Carmen y fuerte de Capuchinos. La plaza contaba con sólo 300 hombres del regimiento de Ultonia, algunos artilleros y los cuerpos de paisanos armados para reivindicar la independencia de la Patria. Durante la noche, que fué muy obscura, los franceses se aproximaron al muro, á cuyo pie se trabó un encarnizado combate entre las tinieblas.

Amaneció el 26, y, al lucir los albores de aquel día, los habitantes de Gerona no apercibieron otros enemigos que los que, sin vida, se hallaban tendidos en el suelo. Duhesme, levantando el sitio, dió la vuelta á Barcelona, y entró en la capital de Cataluña con 700 hombres menos de los que sacara.

Poco acomodado aquel general francés con la humillación que ante la plaza de Gerona sufriera, codicioso de lavar la afrenta de sus armas en la intentona del mes de Junio, volvió á salir de Barcelona el 10 de Julio siguiente, llevando 6.000 hombres, gran tren de artillería, escalas y aprestos de sitio, pronunciando antes las siguientes frases: «El 24 llego, el 25 la ataco, el 26 la tomo, y la arraso el 27.»

El 24 se estableció, con efecto, al frente de Gerona, y allí se le incorporó el general Reille con nueve batallones y cuatro escuadrones; pero ni la atacó el 25, ni menos la tomó el 26. Llevó las operaciones del sitio con extremada lentitud, y el 12 de Agosto intimó la rendición. La Junta de salvación y defensa de Gerona contestó que se *hallaba resuelta á arrostrarlo todo antes que faltar á la fidelidad de la causa nacional.* En su consecuencia, la misma noche del 12 rompieron el fuego los sitiadores sobre los bastiones de Santa Clara y San Pedro y el castillo de Montjuich; cuando consideraban decaídos de espíritu á los sitiadores, se vieron el día 16 rudamente atacados por éstos, que, arrojándose sobre dos baterías enemigas, las tomaron é incendiaron, arrollando un batallón entero, sembrando el espanto en los sitiadores y regresando victoriosamente á la ciudad.

En la noche del 16 al 17 levantaron el sitio los generales franceses, y se retiraron, el uno á Figueras, á Barcelona el otro, después de abandonar

la artillería de batir, y perdiendo Duhesme la suya de campaña en su retirada.

Ambas defensas referidas se hicieron á las órdenes de D. Juan Bolívar.

El 6 de Mayo de 1809 volvieron á presentarse las fuerzas francesas, mandadas por el general Reille, á la vista de Gerona, y comenzaron el sitio. Del mando de éste se hizo cargo á pocos días el general Verdier, que no pudo, hasta el 31 de Mayo, conseguir otra cosa que posesionarse con gran trabajo de la ermita de los Ángeles. En los primeros días de Junio, las fuerzas sitiadoras, ascendentes ya á 18.000 hombres, circunvalaron la plaza y empezaron su ataque á algunos fuertes.

El 12 de Junio se presentó un parlamentario á intimar la rendición; la guarnición de la plaza se componía de 5.673 hombres, y era gobernador de la misma el heroico D. Mariano Alvarez de Castro; para reforzar su contingente contaban todos con su decisión y con el patriotismo de los moradores de la ciudad, que podría albergar unas catorce mil almas de todos sexos y edades.

Á la intimación hecha al gobernador, Alvarez de Castro, contestó éste con las siguientes palabras:

—*No quiero trato ni comunicación con los enemigos de mi Patria, y el emisario que en adelante venga, será recibido á metrallazos.*

En la noche del 13 al 14 empezó el bombardeo de Gerona, y hasta el 21 de Septiembre no se apoderaron los franceses, á pesar de ello, de San Feliú de Guixols, y aun esto á costa de mucha sangre. No obstante de que las fuerzas sitiadoras se aumentaron hasta el número de 30.000 hombres con las que allí llevó el general Saint-Cyr, no pudieron obtener ninguna otra ventaja en el resto del mes.

El 3 de Julio rompieron el fuego sobre Montjuich con veinte piezas de grueso calibre y dos obuses; dentro de aquél había 900 hombres de guarnición.

En la noche del 4 intentaron los enemigos el primer asalto, que no pudieron llevar á cabo; el día 8 volvieron á atacar el castillo en columna cerrada, y fueron también rechazados sucesivamente durante cuatro arremetidas, con pérdida de 2.000 hombres. Aquel día se voló nuestra torre de San Juan, intermedia entre la ciudad y Montjuich, pereciendo en la explosión casi todos los que la guarnecían.

Diez y nueve baterías vomitaban sus fuegos sobre el castillo, y todavía el 12 de Agosto lo custodiaban los restos de su guarnición; este día fué abandonado, después de haber hecho algunas salidas contra los asaltantes, de destruir la artillería y las municiones, de haber perdido, de los 900 hombres que contaba en su interior, 511 soldados y 18 oficiales muertos, y hallándose heridos casi todos los restantes.

Siguió la defensa de Gerona, á pesar de esto, con brava y noble tenacidad, bajo las órdenes de su gobernador Alvarez, que atendía á construir zanjas, cortaduras y obras de toda especie, como á colocar en batería cuantas piezas tenía á mano, y que no por ello dejó de hacer y ordenar salidas sobre los si-

tiadores, dando á todos varonil ejemplo de virtudes y amor patrio. Preguntóle en cierta ocasión un oficial que guiaba una salida en qué lugar se refugiarían caso de necesidad, y el impertérrito Alvarez contestó brevemente:

—*En el cementerio.*

El día 1.° de Septiembre pudo entrar en Gerona un convoy nuestro de 1.500 acémilas escoltadas por 4.000 infantes y 500 caballos, á las órdenes del general García Conde, de cuyo convoy salieron el 3 todas las fuerzas y acémilas, excepto 3.000 hombres que quedaron en la plaza.

Después de inútiles intimaciones de rendición, á las cuales contestó Gerona enarbolando bandera negra, se dió el asalto á la plaza el día 19 de Septiembre; los franceses se vieron rechazados y dejaron en las brechas más de dos mil cadáveres; los defensores de Gerona perdieron 400 hombres.

El 26 entró en la plaza otro convoy de 300 acémilas y una fuerza de 1.200 hombres, todos los cuales salieron el 12 de Octubre.

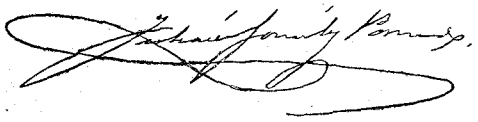
Augereau, que había llegado con nuevos refuerzos y tomado el mando del sitio, apretó el bloqueo, envió nuevos emisarios al indomable Álvarez, que los rechazaba ó los ponía presos, y el 2 de Diciembre abrió nuevas brechas; el día 11 del mismo mes, después de reñidos combates, cayó Gerona en poder de los franceses, que acordaron á sus defensores los honores de la guerra.

Pero, antes de que cayera, fué preciso que el hambre y la peste azotaran duramente á los valerosos patriotas que encerraban sus derruídos y calcinados muros, y que Álvarez se viera postrado en el lecho con aguda fiebre. Día hubo en que fallecieron de la epidemia 713 individuos; no quedó cuadrúpedo que no fuera comido; ratones hubo que se vendieron para alimento por precios alzados, y sólo 1.100 hombres hambrientos, rendidos de fatiga y escuálidos, contagiados de la enfermedad, quedaban en pie cuando Gerona obtuvo honrosa capitulación. El día 9, Álvarez, en un momento lúcido, había entregado el mando al teniente rey, después de haber pronunciado pocos días antes las siguientes frases, al oir á uno la palabra capitulación: *¡Cómo!*—le dijo—; *sólo usted es aquí cobarde. Cuando ya no haya víveres, nos comeremos á usted y á los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga.* En los mismos días hizo publicar el bando que sigue: *Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos, que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.*

Hemos hecho historia en extracto para recordar la conducta de una plaza española por españoles defendida, y asediada por un número de hombres y de bocas de fuego infinitamente mayor por espacio de largos meses. Hemos acudido á nuestra historia nacional, porque ella es la fuente de nuestro eterno consuelo, el depósito sagrado de nuestra gloria imperecedera, el campo fecundo de exuberante vigor y lozanía para nuestra generación; hemos recorrido sus páginas hermosas, porque á ellas acudimos cada vez que nuestro sentimiento patrio se mira herido por extrañas irreverencias á nuestra fiera altivez de raza.

A elegir para nuestro estudio la inmortal Gerona, émula y contemporánea de la no menos inmortal Zaragoza, nos ha impulsado la negra bandera que manos vigorosas izaron en sus baluartes, en elocuente respuesta á las intimaciones de rendición. Ese enlutado símbolo de muerte, azotando los aires por encima de las cabezas de sus defensores, sublime promesa de imponerse el sacrificio en debido amor á la Patria, en resuelto propósito de mantener incólume su integridad y su honra inmaculada, dió al mundo la medida del delirio con que esta tierra bendita enardece los corazones de sus hijos cuando se trata de luchar por la independencia de la tierra. Ese enlutado símbolo de muerte alzado ayer en Gerona por nuestros compatriotas marca la conducta que en casos semejantes deberemos seguir los que vinimos á heredar su historia.

Líbrenos Dios de cooperar nunca á que se determine que el trueno ruja, que las tempestades se desencadenen para llevar el luto y la desolación á país alguno; líbrenos Dios de formular amenazas ni de pretender ingerirnos en asuntos interiores de naciones extrañas, de aplaudir las conquistas ni las intervenciones, ni siquiera para lograr el aumento de nuestro territorio; pero líbrenos asimismo de que, tratándose de repeler toda ingerencia, toda intervención, toda conquista de nuestro suelo, sea nuestra voz tan cobarde, nuestro aliento tan menguado, nuestra abnegación tan mezquina, nuestro egoísmo tan poderoso, que callemos, débiles, y, pusilánimes, pidamos gracia, y, desleales y torpes, consintamos en nuestra infamia.





**Excmo. Sr. D. Ramón Echagüe, conde del Serrallo.**

Teniente general.

Jefe de la Casa Militar de S. M. el Rey.

# El mejor testimonio

El heroísmo de la noble ciudad de Zaragoza ha sido reconocido por el mundo entero.

Nada nuevo puede decirse relacionado con sus memorables hazañas.

Es, sin embargo, interesante recordar qué opinión se formó en los días del segundo sitio acerca del proceder de sus defensores, y, para ello, ningún testimonio de más valía que el del mariscal Lannes, duque de Montebello.

De toda la pléyade de insignes capitanes que rodearon á Napoleón, fué Lannes, por su juventud (treinta y nueve años, como el Emperador), por sus instintos de soldado, por su alma grande, el más completo de aquélla, pues ni Massena, ni Soult, ni Ney, ni Berthier podían igualársele.

Tal vez por sus cualidades y aptitudes, no menos que por el cariño que le profesaba Napoleón, le encargó el cometido más difícil de cuantos encomendara á sus mariscales durante las pocas semanas que el guerrero corso dirigió personalmente la campaña contra nuestro país.

Fué el cometido en cuestión, como se sabe, deshacer el ejército mandado por Castaños, vencedor en Bailén, y, por lo mismo, pesadilla del soberbio Emperador, y el apoderarse de la heroica ciudad del Ebro.

La primera parte de la empresa la realizó el joven mariscal en Tudela, donde nuestros bisoños soldados lucharon bien, aunque con desgracia, por razones y desventuras de todos conocidas.

La segunda parte, la de ganar Zaragoza para el Emperador, fué asunto más difícil, empresa más cruenta y de mayor cuidado, y desde el primer momento comprendió Lannes el esfuerzo que tendrían que realizar sus tropas para domar el brío, el tesón y el fanático coraje de los defensores.

La correspondencia sostenida con la mariscala Luisa de Montebello, su mujer, constituye, por su naturaleza íntima é ingenua, una prueba de la creciente admiración que Lannes sentía por el pueblo y por la guarnición de Zaragoza.

El mariscal se muestra en sus cartas constantemente asombrado del heroísmo de todos, y como soldado de espíritu noble, aquellas proezas, lejos de encender sus iras, le producen el respeto y la consideración que inspiran siempre el valor y la abnegación sin fortuna.

Se comprende bien, pues, la alegría que experimentó al recibir las primeras indicaciones para la capitulación.

En la tarde del 20 de Febrero de 1809, Lannes escribía á su mujer:

«*Saragosse vient de se rendre: quelle grande chose, ma chère amie!*»

Sin duda, fueron aquella fecha y las jornadas todas de las orillas del Ebro las más memorables de su gran carrera.

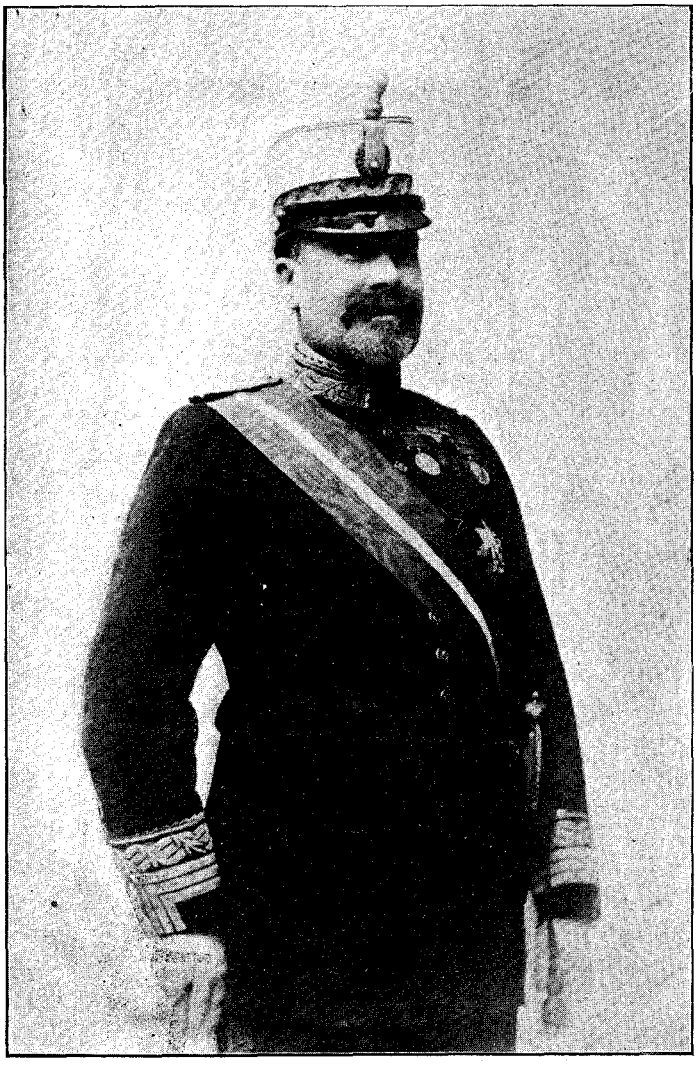
Por ello, sin duda, los testimonios del mariscal Lannes acerca del sitio de Zaragoza tienen un valor inestimable.

En 22 de Febrero de 1809, escribía al mayor general príncipe de Neufchatel:

«Vuestra alteza verá, por los estados que acompaño, que han muerto en Zaragoza más de **54.000** personas.»

Tal fué el cerco sufrido por la ciudad heroica; un hecho bélico que se sale de los términos naturales de la guerra.

El Conde del Serrallo



**Excmo. Sr. D. Julián Suárez Inclán.**

General de División.

# Palafox y la ciudad heroica

El recuerdo del alto ejemplo dado por la inmortal Zaragoza en los dos sitios que sostuvo contra las huestes de Napoleón I, se mantiene vivo al celebrarse el primer centenario de aquellos acontecimientos, y no se obscurecerá al través de las edades. Cual demostración gallarda de la energía moral de un pueblo que alcanza las mayores sublimidades del heroísmo y del amor patrio, puede la defensa de Zaragoza parangonarse con las más famosas que describe la historia del mundo, y aun cabe presumir que jamás será excedida en los tiempos venideros. Si en el decurso de los siglos ha habido defensas de plazas que, alcanzando larga duración, se nos presentan como dechado de valor, de pericia, de habilidad y de firmeza, no se refieren á pueblos abiertos que luchan desesperadamente, sin murallas ni obras fortificadas, sin posiciones adecuadas para guarecerse y extremar la resistencia, sin otros obstáculos que débiles tapias, aumentados con parapetos, baterías, aspilleras, barricadas y fosos, que la mano del hombre improvisó arrebatadamente en el momento del peligro, ó ya en el fragor del rudo combate.

Esto es, sin embargo, lo que se vió en Zaragoza desde mediados de Junio de 1808 á fines de Febrero de 1809.

***

Invadido nuestro territorio, ocupadas las plazas fuertes por los soldados imperiales, al lanzar España el grito de independencia, hallábase la capital aragonesa de todo punto desguarnecida. Imprevisores en aquellos tiempos, cual acostumbramos serlo siempre, aunque las guerras contra la República francesa debieran habernos mostrado la necesidad de cerrar la frontera, apercibiendo á la defensa para lo porvenir sus puntos estratégicos, nadie se cuidó de amparar á Zaragoza con obras permanentes, ni siquiera de guarnecerla con golpe de tropas adecuado á su importancia; y así, al estallar la guerra en 1808, tan sólo había allí un grupo insignificante de soldados, y el recinto de la ciudad formábanlo bajas y delgadas tapias, ó los muros de casas y conventos. Carecía por completo Zaragoza de medios de resistencia, y nadie que razonablemente discurriera podía concebir que ante ella se detuvieran un instante los soberbios invasores; y aun dió motivo para que se acrecentara más la confianza de éstos la facilidad suma con que Lefebre Desnouettes, que para ocupar la capital de Aragón, sublevada y puesta á las órdenes de Palafox por un movimiento popular, partió de Pamplona con una división débil en fuerzas de todas armas, aventó en Tudela, en Mallén, en Gallur y en Alagón las colecticias bandas que, prestamente reunidas, salieron, osadas, al campo, para ponerse frente á los cuerpos imperiales, que en aquella época, tras las victorias de Austerlitz, de Jena, de Friedland, eran los más sólidos y aguerridos que bajo sus águilas juntó en su carrera el excelso capitán á cuyo impulso desaparecieron Estados seculares, se derrumbaron tronos y se transformó la geografía política de Europa. ¿Cómo podían presumir los debeladores de Mantua, de Dantzig, de Magdeburgo, de Stralsund, de Stettin, que ante una plaza abierta habían de fracasar por largo tiempo los esfuerzos más vigorosos, los medios más eficaces de ataque, los más poderosos recursos del arte de la guerra y de la ciencia del ingeniero?

Y no solamente sufrieron con ello gran decepción generales afamados del Imperio, sino que el propio caudillo aragonés imaginó, sin duda, imposible, al ser batido en Alagón, que Zaragoza ofreciera resistencia seria; por eso mar-

chó al interior de la provincia con las fuerzas que después del vencimiento le quedaron. De suponer es que, en aquellos momentos, igualmente desconfiara Palafox de la consistencia y disciplina de las noveles tropas, más que otra cosa, agrupación de paisanos uniformados, que de su propia y personal pericia. Ingresado muy mozo, el año 1792, en el Cuerpo de Guardias de Corps, adonde le llevó lo esclarecido de su prosapia, pasó rápidamente por los empleos de cadete, de exento y de alférez, con su anexo de brigadier de Caballería, que alcanzó en 21 de Septiembre de 1805, no desempeñando otros servicios que los que aquella fuerza prestaba en la inmediación de la Real Persona, y constando únicamente en su hoja que se halló en la campaña de Francia el año de 1795, donde no debieron de tener importancia los hechos que realizara, pues ni en lo más mínimo se puntualizan en aquel documento, ni tampoco cuida Palafox de hacerlos resaltar en la relación de ellos que, bajo su palabra de honor, firmó en Madrid el día 2 de Enero de 1818.

Capitán general de Aragón por aclamación del pueblo, sancionada poco después por las Cortes de aquel Reino, ocupaba el altísimo cargo de general en jefe de un ejército en campaña que, con la mayor prontitud y con el enemigo delante, había de organizar, armar, proveer, aguerrir y disciplinar; y, demás de esto, agrupaba en su persona, á diferencia de lo que sucedía en otras regiones de la Monarquía, y con ventaja innegable, todo linaje de poderes y de facultades. No quiere ello decir, sin embargo, que ejerciera el gobierno sin género alguno de cortapisas ó de consejos más ó menos discretos: autoridad que tenía por fundamento la voluntad del pueblo, no podía desprenderse en toda ocasión del criterio de la masa, ó de aquellos que, influyendo más directamente sobre ella, eran al modo de auxiliares del mando, útiles y convenientes en muchas circunstancias para la mejor y más vigorosa ejecución de las órdenes superiores, acaso molestas y un tanto depresivas en otros casos, motivando resoluciones que el arte militar rechazara.

Carecía, como era lógico, Palafox de la experiencia que se aquista con servicios dilatados de campaña, y no tenía la práctica de la guerra que en el ejercicio de los sucesivos grados se adquiere entre las tropas; tampoco poseía los conocimientos doctrinales y la cultura que el estudio proporciona; sus talentos y su carácter no habían tenido ocasión de manifestarse.

Poco dado á la lectura profesional, según observa una interesante é inédita biografía suya, al llegar los sucesos que le elevaron á tan culminante puesto, faltábale la competencia necesaria para gobernar tropas en circunstancias difíciles; nadie podrá suponer que ni en talentos militares, ni en las demás cualidades apropiadas al caso, estuviera al nivel de caudillos franceses tan reputados en el mundo como Verdier, Moncey, Mortier, Junot y Lannes; y así se explica que por deficiencias en el mando y escasa consistencia de la mayor parte de la gente á sus órdenes, recién alistada y armada, fuese arrollado generalmente en campo raso, al igual que los demás generales españoles de aquel tiempo, que, de otra parte, quizá porque ninguno de ellos se conceptuaba inferior á sus compañeros, rehusaban someterse á una sola autoridad, que, si en todo es necesaria, se impone como inexcusable en la dirección de las operaciones militares.

Adornaba á Palafox clara percepción, que, bien adoctrinada por el estudio y aleccionada por la práctica de la guerra, habrían formado un capitán insigne; pero si le faltaban ciertas condiciones importantes para ser un general perfecto, rebosaban en él otras cualidades que, entre las aptitudes del caudillo, han de figurar en primer término. Son éstas, en opinión de Jomini, el alto carácter ó valor moral, que conduce á las grandes resoluciones, y la sangre fría ó valor físico, que domina los peligros. Con el carácter firme y el espíritu se-

reno, se arrostran las responsabilidades mayores; con el valor moral se afrontan las situaciones más difíciles y los trances más aventurados; y esas cualidades, que, á diferencia de otras, no pueden ser sustituídas, ni basta tampoco que en alto grado las posean los auxiliares del mando, teníalas Palafox, y á ellas y á la compenetración absoluta del jefe con soldados y habitantes, debióse la grandeza de los actos que en la ciudad del Ebro se realizaron durante los dos famosos asedios. De otra parte, las condiciones personales del caudillo, muy en armonía con la noble espontaneidad del pueblo zaragozano, sus arranques valerosos y gallardos, hicieron de él jefe apropiado para la gente aragonesa.

Y también poseía Palafox las vehemencias ardorosas de la mocedad, un natural amable y simpático, y la robustez necesaria para no sentir decaimientos corporales que, al cabo, se aparejan con las atenuaciones de la voluntad y del carácter. Preséntannos al defensor de Zaragoza los más de los historiadores como hombre que sólo tenía veintiocho años de edad en 1808; documentos verídicos é irrefutables demuestran que nació en la capital aragonesa, y fué bautizado en la iglesia metropolitana el día 28 de Octubre de 1775. Tenía, pues, Palafox treinta y dos años cuando fué proclamado capitán general, y había ya cumplido treinta y tres al comenzar el segundo sitio, en que sin interrupción dirigió la defensa.

Si en vez de imperar la discordia, cual ocurrió en más de una ocasión entre los que eran cabezas de los ejércitos constituídos apresuradamente en unas y otras regiones de España, hubiéranse sometido Cuesta, Castaños, Blake y Palafox á un general que á todos mandase, se habrían movido las tropas nuestras concertada y simultáneamente, y es seguro que si con oportunidad de tal suerte avanzaran sobre la izquierda del Ebro, entrando resueltos en las Provincias Vascongadas y Navarra, al finalizar el verano de 1808 habrían hecho retroceder á los cuerpos franceses, que, bajo las órdenes de José Bonaparte, se reorganizaban y reforzaban, aguardando que, finalizados los aprestos, se pusiera á su frente el invicto Emperador. No fuera entonces fácil á los imperiales sostenerse dentro de nuestro territorio; y, demorada la ofensiva de Napoleón, alejada hasta el otro lado de la frontera su base de operaciones, toda la campaña hubiera sufrido gran retraso, y los sucesos de Alemania, atrayendo irresistiblemente al excelso caudillo en la primavera de 1809, dejaran muy en sus comienzos la dominación y señorío de la Península, entregada, desde el punto en que la abandonó Napoleón, á las intrigas y egoísmos de sus mariscales, no mejor avenidos, por lo común, que los generales que mandaban los ejércitos españoles.

Hago esta consideración, porque pienso que acaso los acontecimientos posteriores de la guerra pudieran haber sufrido modificación profunda en nuestro favor.

He de decir, sin embargo, y con tanto más agrado, cuanto que ello enaltece la figura del célebre defensor de Zaragoza, que Palafox insistió mucho, durante aquellos días de juntas, consejos y opiniones con que se quiso formar un plan único de campaña, en la necesidad de acometer con el ala derecha de nuestros ejércitos á Pamplona, realizando él mismo este interesantísimo avance con el ejército de Aragón. La toma de aquella plaza en esos momentos, si hubiera podido realizarse, tendría importancia grande, quizá decisiva; y de que Palafox discurría con acierto, tenemos la prueba en lo que él mismo expone.

Oigámosle: «Concluído el sitio de Zaragoza (el primero) y libre ya la ciudad, envié una división, compuesta de algunas partidas y destacamentos que se me fueron reuniendo, los que tenía, y los nuevos tercios que formé de paisanos regimentados y escogidos, hasta el número de trece ó catorce mil hombres, al cargo del general D. Juan O'Neill, á ocupar á Sangüesa y cubrir la

línea del río Aragón, observada por los franceses. Este cuerpo de ejército sostuvo la acción de Lumbier y se batió victoriosamente en dicho punto y en Aybar. Organizada ya mi gente, y teniendo avisos continuos de los pasos del Pirineo en Aragón, de acciones repetidas, ya brillantemente sostenidas por los paisanos encargados por mí de su defensa, concebí la idea de que era menester no perder tiempo y aprovechar la gloriosa libertad de Zaragoza, no dando tiempo á los franceses para recobrarse de su vergonzoso descalabro, y entonces formé el proyecto de ocupar á Pamplona, para lo que facilité el tren de sitio y me procuré inteligencias dentro de la plaza. El mariscal Moncey estaba en Navarra reformando su gente, reparando las pérdidas pasadas, y, por supuesto, amenazando la línea de Aragón para nueva invasión. Propuse mi idea al Gobierno, cuando éste, mal instruído, á pesar de mis avisos, me mandaba dividir mis fuerzas y enviar una parte á Cataluña; pero, en virtud de mis clamorosas representaciones, accedió únicamente á que la división que mandaba el general Llamas en Tudela, fuerte de 8.000 hombres, pasase á mis órdenes, con lo que pude destacar 6.000 de los míos, al mando del marqués de Lazán, con destino á Cataluña, y obedecer, á pesar de tan críticas circunstancias, á la orden del Gobierno. No habiendo podido lograr que el general Llamas ocupase el puente de Caparroso, desalojando á los franceses que allí había, en número de 3.000 hombres, y siendo para mis ideas de la mayor importancia aquel punto, marché yo mismo desde Sangüesa, y por un rápido movimiento le ocupé, y ahuyenté á los franceses, haciéndome dueño de toda la línea del río, y por mi izquierda, de la comunicación con el ejército del centro. Tenía el intento de apoderarme de la plaza de Pamplona, para lo que de antemano me hallaba preparado del correspondiente tren de artillería gruesa y todo lo demás anexo á esta ardua empresa; pero el Gobierno no tuvo por conveniente asentir á este utilísimo plan, negándome todo auxilio, por lo que tuve que abandonar mis posiciones en virtud de orden suya, comunicada por el general Castaños, y ejecutar una imprudente retirada de nueve leguas, sin ser atacado ni amenazado, preparándose con esto la temible y malhadada jornada de Tudela.» Y siguiendo Palafox sus observaciones, en que demuestra su desacuerdo con Castaños, su orgullo profesional y la poca voluntad que tenía de acatar las órdenes de éste, añade: «En dicha acción se presentó el dicho general con la autoridad de jefe superior de todas las tropas, y mis valientes tercios se vieron por aquel momento separados de su jefe, que los tenía acostumbrados á la victoria.»

No es mi ánimo relatar la forma en que fueron batidos nuestros ejércitos y arrollada su extensa línea; deshecho el centro por Napoleón, y vencidos Blake en la izquierda y Castaños en la derecha, no le quedó otro recurso á Palafox que retirarse con los restos de su ejército á Zaragoza, *cosa* que, al decir suyo, bien se acomodaba con el género de guerra que se proponía hacer el Gobierno.

En luchas campales, igual en Alagón, que en Epila, que en Tudela, no pudo Palafox vencer con sus colecticias tropas á los ejércitos imperiales; pero los resistió impávido, inmortalizando su nombre, dentro del recinto, en las calles, conventos y casas de la ciudad heroica, desafiando con bravura inmensa los esfuerzos extraordinarios de sus diestros enemigos.

Y no siendo mi propósito relatar los sucesos acaecidos en la vida de Palafox antes de aquella época, me abstengo de referir los acontecimientos en que intervino desde que, en el mes de Marzo, á raíz del motín de Aranjuez, se encargó de la persona de Godoy, que entregó al general Excelmans por mandato de Murat; y no le seguiré tampoco en su viaje á Bayona y en las tentativas que allí hizo para traer á Fernando VII en libertad á tierra española. Recojo la persona del proscrito en Alfranca el día 25 de Marzo, que le

sacó de allí el pueblo zaragozano para traerle el 26 á las deliberaciones de la Junta ó Real Acuerdo constituído tras la destitución del capitán general don Jorge Juan de Guillelmi. Aclamáronle al punto las gentes por caudillo, y alegó su carencia de condiciones y merecimientos para ocupar tan elevado cargo. Si al rehusar el cumplimiento del deseo popular, no hubo de parte de Palafox la decisión que correspondiera á una rotunda negativa, no he de dilucidarlo. Sobre ello se expresa así el conde de Toreno: «Enmudecieron todos (al oir las excusas) y vislumbraron que no desagradaban á los oídos de Palafox los clamores prorrumpidos por el pueblo en alabanza suya.» Algún escritor rechaza tal suposición, juzgando que el carácter del general le ponía al abrigo de esa sospecha; mas, sin duda, la versión tomó vuelo, cuando el mismo Palafox creyó necesario explicar el suceso en la relación de sus servicios: «... Me hallé—dice—sorprendido con la prisión de Guillelmí y el levantamiento general de Zaragoza, con la presencia de su numeroso pueblo, que exigía de mí el que me pusiese á su cabeza, y con la orden del comandante general D. Carlos Mori para que fuese á Zaragoza á ayudarle en momentos tan críticos; cedí al empeño del pueblo, lisonjeándome su noble entusiasmo; obedecí la orden de Mori, y pasé á dicha ciudad entre un tumulto de voces y aclamaciones; al siguiente día me presenté en el Tribunal de la Real Audiencia, que estaba fluctuante en medio de tan delicadas circunstancias; hice mi protesta personal; me ofrecí á servir de simple soldado por defender la causa de la Nación, y á verter mi sangre entre las filas por rescatar á nuestro amado Soberano; pero rehusando el mando. Creció el tumulto, se vieron forzadas las puertas de aquel respetable Tribunal, y teniendo que optar entre la salud del pueblo y mi natural resistencia, todos me instan, todos me reconvienen con enérgicas reflexiones; accedo, y tomo el mando.»

Y por trazar Palafox á grandes rasgos cuáles fueron sus primeras y más urgentes resoluciones, sigo transcribiendo sus palabras: «Desde aquel momento me ocupé sólo de organizar la fuerza armada; nada había; todo tuve que crearlo: lo militar, porque no existía; lo político, porque no era conforme á las circunstancias, es decir, porque, habiendo variado éstas, era preciso variarlo: convoqué las Cortes de Aragón, que desde mucho tiempo hasta entonces no se habían celebrado, por ser conforme á las intenciones de S. M. mismo, que conoció no había otro medio para salvar la Nación, y así lo insinuó desde Bayona. Se celebró la reunión por Estamentos, según las leyes del Reino, con toda la formalidad digna de aquel acto; allí dí cuenta de las providencias que había tomado, y por declaración unánime de todos los diputados de voto en Cortes, admití la confirmación de mi nombramiento de capitán general y gobernador del Reino, pero sin admitir el grado militar y empleo de capitán general de ejército que las Cortes me daban...»

Tenemos desde entonces á Palafox con el cargo de capitán general de Aragón, confirmado por las Cortes.

En la plenitud de todas sus facultades y prerrogativas, ordenó un alistamiento general de hombres en estado de llevar las armas, é hizo con la mayor actividad todos los aprestos que el estado del país demandaba. Existía, por fortuna, en Zaragoza considerable número de armas y bastantes cañones, bien que de poca eficacia, que al punto fueron utilizados; pero escaseaban de tal modo las fuerzas regulares del Ejército, que, al decir de Palafox, antes de comenzar el primer sitio, sólo había unos cien fusileros y las partidas de banderas de algunos regimientos.

Mas si eran pocas las tropas regulares, había muchedumbre de paisanos, que, aun sin idea de la disciplina militar, hicieron conocer en seguida á Lefebre la imposibilidad de tomar la población á viva fuerza; y, en verdad, pudo

parecer cosa extraña que masas de hombres arrebatadamente reunidas hicieran frente con éxito al general francés el día 15 de Junio en las afueras de Zaragoza, después que los tercios y tropas formadas con alguna traza de orden habían sido fácilmente arrollados por el invasor en su marcha victoriosa desde Tudela á la capital aragonesa.

Iniciada furiosa resistencia, emplea el francés los medios más eficaces de un ataque regular, al modo que si luchase contra una plaza fortificada y guarnecida con arreglo á todas las exigencias de la defensa; refuerza sus elementos de ataque, y al poco tiempo descubre gruesas baterías y circunda la ciudad con numerosas tropas; incorporada la división Verdier, toma este general el mando de los sitiadores, que en conjunto se elevan á 14.000 hombres, según afirmación del Emperador; á poco más de 10.000, según otras versiones.

Del otro lado, habiendo penetrado en Zaragoza algunas fuerzas del primer regimiento de voluntarios de Aragón y del de Extremadura, concéntranse unos mil soldados, y con paisanos resueltos patrióticamente á la pelea, reúnense 7.000 hombres armados. Entre uno y otro bando, ni recias murallas, ni fuertes baterías: sólo endebles paredes y obras improvisadas. En estas condiciones, se mantiene por espacio de dos meses una lucha heroica, homérica, en que gentes sin traza ni instrucción militar resisten bizarramente tras las débiles tapias, los estrechos fosos, los endebles parapetos y las sencillas barricadas, dentro de conventos y edificios sólidos ó de viejas y carcomidas casas, causando al enemigo bajas sin cuento, á la par que ellos arrostran la muerte con ánimo alentado, rindiendo su vida por la Patria y por el Rey. Y no se limita su acción á una defensiva capaz de esterilizar los esfuerzos del sitiador, sino que, formando de cada manzana de casas un fuerte reducto, en vez de ser envueltos, envuelven y acosan por todas partes y en todas direcciones al enemigo, que, cuando se cree ya vencedor y dueño de la ciudad, retrocede ante una reacción ofensiva que arrolla todos los obstáculos y vence los alardes más enérgicos de los primeros soldados del mundo. Lucha gloriosísima que encumbra hasta la epopeya al pueblo zaragozano, á quien es muy justo atribuir principalmente el éxito favorable del primer sitio, sin que esto quiera decir en manera alguna que no interviniesen con fortuna los escasos cuerpos militares que, componiendo un vigoroso núcleo, sirvieron de base á la resistencia. Allí hubo jefes distinguidos, entre ellos, el brigadier Obispo, el coronel de Caballería Renovales y el de Ingenieros San Genis, que dirigieron activa y diestramente la defensa; y aparte la autoridad ejercida por el marqués de Lazán, que mandaba la plaza bajo la superior autoridad de su hermano el capitán general de Aragón, no ha de olvidarse que por los cuidados de este último fué Zaragoza socorrida y abastecida en los momentos de mayor apuro, llevando Palafox, durante la brillantísima jornada del 2 de Julio, en que los franceses sufrieron hondo quebranto, á la par que el socorro de 1.300 hombres, el entusiasmo con que su presencia inflamó el espíritu de los sitiados. Y ha de recordarse también que cuando ya se creyó todo á punto de perderse, salió el mismo Palafox á recoger personalmente el grueso refuerzo que venía de diversos puntos de Aragón y Cataluña, entrando primero, para satisfacer las más apremiantes necesidades, unos cuatrocientos guardias españoles con un convoy de pólvora, y el 5 de Agosto el mismo caudillo con más de dos mil hombres y víveres en abundancia. Con esto quedó la ciudad salvada; su propio esfuerzo había contenido briosamente los ataques del enemigo; y cuando, llegado el último extremo, se aproxima el momento de la rendición, la fuerza militar acude en su auxilio, y, penetrando por la orilla izquierda del Ebro, la libra del peligro de ser tomada. Porque no podía dudarse del resultado: la guarnición había recibido importantísimo socorro, y como á la par se acercaba á Zaragoza la divi-

sión valenciana, cuyo auxilio requiriera Palafox, era imposible la permanencia del francés en torno de la inmortal ciudad. Dióse la coincidencia de que, produciendo sus naturales efectos la victoria de Bailén y la rendición de las tropas que habían invadido Andalucía, se ordenó á Verdier la retirada á Navarra, siguiendo el repliegue general de las fuerzas imperiales al norte del Ebro en la proximidad de la frontera; pero, aunque así no fuere, la situación de Verdier era grandemente comprometida, y su permanencia alrededor de Zaragoza algún tiempo más pudiera ocasionarle un descalabro semejante al que sufriera Dupont. Por eso abandonó el campo á las calladas en la noche del 13 al 14 de Agosto, dejando en el fondo del canal la artillería gruesa, y en los parques y alojamientos, fusiles, municiones y abundantes víveres.

***

El segundo sitio, que comenzó el día 21 de Diciembre de 1808, y concluyó con la toma de Zaragoza el 21 de Febrero de 1809, tuvo un carácter distinto del primero. Variaron las condiciones del ataque y de la defensa: únicamente fueron iguales en uno y otro la constancia del sitiador, el heroísmo incomparable de los defensores y la indómita energía de Palafox. Tuvo el segundo sitio la misma duración que el primero; pero, aleccionados sitiadores y sitiados, llevaron los franceses mucho mayores elementos que para el anterior ataque, y los españoles, mejor apercibidos por los cuidados y actividad de su caudillo, no sólo juntaron guarnición numerosa, sino que construyeron parapetos, fosos, baterías y otras obras de defensa, aspilleraron edificios, cortaron calles y plazas con zanjas y barricadas, y juntaron todo linaje de abastecimientos. De este modo, al mayor esfuerzo y violencia del ataque, correspondieron los mayores elementos en la defensa.

Arrollados los ejércitos españoles por Napoleón y sus tenientes en Gamonal, en Espinosa de los Monteros y en Tudela, no halló Palafox otro recurso que recogerse en Zaragoza con las tropas aragonesas y valencianas que á sus órdenes habían peleado. Erale imposible mantener la lucha en campo abierto; mas por experiencia sabía que con la contienda dentro de la plaza desaparecía la inferioridad que sus tropas y él mismo tenían respecto de las fuerzas francesas, que peleaban bajo la autoridad de mariscales tan expertos como Lannes, Junot, Moncey y Mortier.

Aunque sin el tiempo y el esmero con que se ejecutan las fortificaciones permanentes, Zaragoza habíase puesto en condiciones de regular resistencia, bajo la ilustrada dirección del coronel de Ingenieros San Genis. Escribió Rogniat, que, cual testigo ocular, y en una parte del segundo sitio como jefe de los ingenieros franceses, pudo apreciar las obras de defensa con exactitud, no exenta, sin embargo, de cierto apasionamiento, que en *su traza y ejecución hubo más trabajo que arte;* pero hay que considerar que las obras eran muy extensas y fueron construídas en tres meses con escaso número de obreros aptos, y que no se hizo lo que se quiso, sino lo que se pudo hacer. Quizá debieron demolerse algunos edificios exteriores é inmediatos al recinto; acaso habría sido conveniente reforzar ciertos puntos dominantes, sobre todo Monte Torrero, donde se construyó un reducto abierto por la gola; mas, sobre faltar tiempo y recursos, fué preciso acomodar las obras á lo que demandaban las circunstancias y aun las exigencias de aquellos que habían de defenderlas, porque, como dijo el teniente coronel D. Manuel Caballero, que tomó parte en los sitios, «los ingenieros de Zaragoza viéronse con frecuencia obligados á ceder á la opinión de jefes que, con todo el valor preciso para sostener bien un puesto, carecían de los conocimientos necesarios para formar juicio de

él...» «Los que nos daban, algunas veces un poco tumultuariamente, sus opiniones, y estas opiniones eran órdenes, eran los mismos que debían guardar y defender los trabajos. Lo esencial en la guerra, y especialmente en la que nosotros sosteníamos, es aumentar la confianza del soldado y de sus jefes; y no había otro medio de lograrlo que construir á su gusto las obras que habían de defender. Por eso, durante el sitio no hubo ninguna señal de sospecha ó descontento contra el Cuerpo de Ingenieros, que conservó hasta el fin la confianza que necesitaba para el cumplimiento de sus funciones.»

Ni podía olvidarse tampoco que, según expuso con razón el general Rogniat, «los habitantes, entusiasmados por el resultado del primer sitio, ponían sobre todo su confianza en la guerra de casas»; y que, en su consecuencia, hubo que acercar las obras de defensa, ó ponerlas en el recinto y en el interior de la ciudad misma, para cumplir los deseos del pueblo, que aguardaba con afán que el enemigo se aproximara, para tenerlo más al alcance certero de sus balas.

Asediaron en los comienzos á Zaragoza el tercero y quinto cuerpos de ejército, que, respectivamente, mandaban los mariscales Moncey y Mortier, con efectivo de unos treinta y cinco mil hombres, y al punto se extendieron por las dos márgenes del Ebro, aunque la acción principal se condujo por la orilla derecha, donde está asentada la ciudad, que al otro lado del río sólo tiene el Arrabal, con que se comunica por un puente. Claro es que los medios de ataque correspondieron desde el principio á la entidad de la operación que iba á ejecutarse, contra un enemigo cuya bravura y fiereza eran bien conocidas; y, por otra parte, la importancia estratégica de la capital aragonesa, que Napoleón mejor que nadie apreciaba, y la numerosa guarnición allí encerrada, daban á la empresa sumo relieve.

En el interior de la plaza se refugió Palafox con 32.000 soldados, bisoños en su mayoría, juzgando que su acción sería más eficaz dentro de los muros, que asistiendo á la ciudad desde fuera por procedimientos indirectos que privaran al enemigo de toda comunicación con el exterior, que le obligaran á destacar en distintas direcciones numerosas fuerzas, y que facilitaran á la continua socorros y ayudas con que, á la vez que materialmente aumentaran el poder de los sitiados, enaltecieran su energía moral y su confianza en el triunfo; pero asunto es éste que yo no he de examinar detenidamente, ni tampoco si Palafox debió efectuar salidas vigorosas cuando para ello tenía bastantes tropas y elementos, sobre todo en la primera mitad del sitio, y muy principalmente en ocasiones en que el efectivo de los sitiadores, por unas ú otras causas, sufrió considerable merma. Fuérame preciso para ello entrar en el pormenor de las operaciones que sitiadores y sitiados efectuaron.

Si dentro del orden técnico se estudia el asunto, resulta excesiva la fuerza acogida en Zaragoza, y habría sido más conveniente dejar, por ejemplo, un tercio de ella dentro de la plaza, sacando el resto para levantar el país, acrecentar las tropas al amparo de tan importante núcleo, y amenazar á la continua la retaguardia y comunicaciones de los sitiadores, que pronto pudieran verse con ello en situación arriesgada; pero aquellos soldados carecían de instrucción y de solidez, no sabían maniobrar, y la carencia de próximo seguro refugio determinábales á prematuras retiradas, sobre todo cuando en campo raso veían amenazados sus flancos y retaguardia. Sacándolos de los muros de Zaragoza, bien podría suceder que los mariscales franceses, lanzándose enérgicos y veloces sobre ellos, destrozaran la novicia hueste, anulándola por completo en breves días.

Dentro de la plaza, en combates á corta distancia, en la defensa de muros, de parapetos, de tapias y de paredes, en la lucha de calles y en el interior de los edificios, desaparecía toda ventaja en pro del hombre disciplinado y del

soldado aguerrido y veterano: el valor únicamente decidía el éxito; la inspiración del genio no tiene, por lo general, ocasión de manifestarse en tales casos. ¡Qué extraño es, por tanto, que gentes recién alistadas, y batidas, por lo común, en batallas campales, prefiriesen luchar dentro del recinto de la ciudad! Conocía Palafox perfectamente la índole de la fuerza que mandaba, y no ha de sorprender que de semejantes ideas también participase. Explícanse por eso las opiniones del capitán general y de los jefes á sus órdenes, que autoridad tan ilustre y docta como el general Gómez de Arteche halla acomodadas á las circunstancias.

Pero si en este punto parece disculpable la conducta del caudillo aragonés, no debe, en mi concepto, aprobarse que dejara de hacer salidas vigorosas. Hubo, sobre todo, ocasión para ello bien propicia y determinada cuando el día 1.° de Enero de 1809 abandonó Mortier el campo con la división Suchet; pues, disminuídas entonces en cerca de nueve mil hombres las tropas sitiadoras, pudo y debió Palafox reunir una cantidad de fuerzas bastante considerable para acometer briosamente al enemigo, causándole inmenso daño y destruyéndole sus obras, sus almacenes y sus parques; y aun siendo cierto que aquellos soldados se batían flojamente en abierta campaña, sus movimientos se habrían efectuado al amparo de las murallas de Zaragoza, bajo el fuego de sus propias baterías, y, en último término, si la suerte de las armas les era adversa, tendrían segura retirada. Con una enérgica iniciativa de este género podría obtenerse resultado de extraordinario alcance, si se lograba la victoria; poco había de perderse, en resolución, si el combate no era afortunado.

Tuvo, por lo demás, el segundo sitio, en cierto orden de ideas, el mismo carácter que el primero. Cuando debía creerse domeñada la resistencia, á fuerza de bombardeos y de ataques sucesivos con que al cabo se señoreaban los asaltantes de las obras exteriores y del recinto, la defensa adquiría nuevos bríos é incomparable vigor. Guiados los militares por sus naturales jefes; los paisanos por hombres influyentes en las masas; estimulados su patriotismo y sentimientos religiosos por sacerdotes que les exhortaban y les conducían á la pelea; socorridos y ayudados por mujeres y niños, con lo que pudo decirse que la población entera tomó parte activa en la defensa, luchábase en las brechas á cubierto de traveses y barricadas; y luego que, anulados estos obstáculos, debiera quedar libre el paso, de las casas salían volcanes de fuego, sosteniéndose un piso tras otro con indecible arrojo é inusitada furia: palmo á palmo se disputaba el terreno. Llega á convencerse el francés de que cara á cara se agotan sus energías y se esteriliza el arrojo de sus soldados, que caen en número increíble, y entonces acude á la zapa y á la mina, conceptuando cada edificio como una fortaleza que se desploma con terrible explosión; á la lucha franca sucede la guerra subterránea, en que los enemigos superan á los nuestros, porque les dan ventajas el arte y la experiencia; y para que no hallen los asaltantes abrigo en su avance, á la obra de destrucción que la mina ejecute, unen los zaragozanos el incendio de los restos que permanecen en pie.

Al cabo, la incesante acometida de los franceses, mucho más fuertes después que el mariscal Lannes se encargó del mando, trayendo importantes refuerzos; el desarrollo de una epidemia que causaba millares de víctimas, atacando también por último al general Palafox; el gran número de bajas sufridas por los combatientes españoles, y, sobre todo, la toma del Arrabal, sito en la izquierda del Ebro, hicieron la resistencia imposible, y en medio de la más horrorosa de las desolaciones, fué preciso rendir el día 20 de Febrero la inmortal ciudad, cuya resistencia llenó de asombro al mundo. Todas las naciones de Europa admiraban el heroísmo de los zaragozanos; su conducta se mostró á todos los pueblos como digna de imitación y ejemplo.

Podría citar opiniones de nacionales y extranjeros, y juicios de los generales franceses, entre ellos el del mariscal Lannes, ensalzando la abnegación sin límites, la bravura sin igual de los zaragozanos; mas, para no extenderme sobradamente, transcribiré sólo los párrafos con que Palafox relata el fin de la épica lucha:

«Escarmentados, sin duda, del asedio pasado, cambiaron el plan con que tan mal le había ido al general Lefebre, y á fuerza de artillería, de proyectiles y zapa, trataron de vengar la afrenta de sus compañeros; yo seguí mis trabajos con calma, destruyendo los suyos, haciendo frecuentes salidas, previniéndoles siempre en sus miras y correspondiéndoles en la guerra subterránea, ya que no se atrevían á medir sus espadas contra las nuestras en los campos, testigos de su anterior arrojo é impotencia; más de 30.000 bombas y granadas, al pie de 400 bocas de fuego vomitando el trueno noche y día, continuos asaltos á las brechas, incendios y voladuras frecuentes, y una epidemia desoladora que me postró atacado del contagio, con centenares de hombres que desaparecían como el humo á cada instante, y una capitulación forzada que yo no hice, ni firmé, ni aconsejé jamás, fueron el fruto de setenta y cinco días seguidos de un sitio de que no hay ejemplo en la historia militar de las naciones.»

De las palabras de Palafox se desprende que no aprobó la capitulación hecha por la Junta de autoridades, presidida por el regente de la Audiencia, don Pedro María Ric, barón de Valdeolivos, y que, de hallarse él sano, prolongara más la resistencia; pero bien será recordar que el bizarro caudillo, ya enfermo, envió el 19 uno de sus ayudantes á tratar con Lannes; y si es verdad que el mariscal se negó con ásperos términos á aceptar la propuesta donde Palafox solicitaba una suspensión de armas por tres días, á fin de cerciorarse del estado y progresos de las tropas francesas en el Reino, y á la par pedía que, si llegaba el caso de capitular, la guarnición saliera libre para incorporarse á los ejércitos españoles, no es creíble que Palafox ni nadie pudiera demorar muchos días la caída de la ciudad, reducida al más apurado y terrible extremo. ¿Cómo había de prolongarse la defensa, cuando el mayor general de Infantería expuso que sólo se contaba con 2.822 hombres de aquella arma para el servicio; el de Caballería, que únicamente se disponía de 260 caballos; el comandante de Artillería, que no había más pólvora que los seis quintales elaborados en las últimas treinta horas; el de Ingenieros, que la única fortificación disponible á que podía darse este nombre era el castillo de la Aljafería, y que de todas las baterías levantadas antes del sitio únicamente subsistían las de las puertas de Sancho y del Portillo; cuando el mariscal de campo D. Felipe Saint-March manifestó que si el enemigo intentaba un ataque general, como era de temer, no habría medio de contrarrestar el ímpetu de las tropas francesas; pero que si se limitaba á ejecutar ataques parciales, él sólo podía ofrecerse á resistir tres ó cuatro días más, en el supuesto de que se le diera gente para reforzar los puestos y atender á los trabajos? Y ¿cómo seguir resistiendo, cuando durante el sitio habían perecido unos cincuenta y cuatro mil individuos, por mitad paisanos y militares; cuando la muerte se había señoreado de Zaragoza hasta el punto de que, en cada uno de los postreros días del asedio, sucumbieron, por término medio, unas seiscientas personas, que, por no haber quien pudiera enterrarlas ó conducirlas siquiera á los pórticos de los templos, yacían en las casas en medio de otras, próximas á seguir el mismo triste destino? ¡Escombros, ruinas, cenizas, cadáveres por todas partes! Cuadro horrible que relata minuciosamente, y con frase acomodada á tanto estrago, el cronista de los sitios D. Agustín Alcaide. Y porque aún la situación se ofreciera más espantosa y siniestra, seis grandes minas, cargadas de inmensa cantidad de

pólvora, bajo la calle del Coso, amenazaban destruir gran número de edificios, esparciendo la confusión y el horror. No era posible hacer más: los pocos defensores que restaban, extenuados por el hambre, la miseria y la fatiga, apenas tenían ya fuerza vital para mantenerse en pie y continuar una lucha que traspasaba los límites de lo humano.

Las fuerzas rendidas, que, según lo acordado en la capitulación, desfilaron por la puerta del Portillo al medio día del 21 de Febrero de 1809, fueron unos doce mil hombres, cuya octava parte por lo menos, al decir del teniente coronel Caballero, llevaba ya en su sangre el germen de la contagiosa epidemia. El 1.° de Enero del mismo año existían dentro de Zaragoza 30.524 soldados, de ellos, sólo 19.912 disponibles; el día 4 de Febrero, 24.837, de los cuales había 13.737 enfermos y heridos; y sólo la gente expresada en el momento de entregar las armas. Esto da idea clara de lo que fué aquella admirable defensa, que perfectamente sintetiza Palafox en una carta dirigida á un su amigo, cuya copia, tomada de documento que existe en el archivo del duque de Zaragoza, saco del Depósito de la Guerra. Según se ve, refuta en ella el ilustre general alguna versión que coloca la defensa de Zaragoza en nivel inferior á la de Gerona. Dice así:

«No convengo, amigo mío, en el lugar que pone usted á Zaragoza respecto á Gerona: se conoce que, sin embargo de mis noticias dadas á usted, no está enterado á fondo de lo mucho que sufrió aquella ciudad, siendo el quinto sitio que experimenta desde su creación; y así yo, como me he hallado en el último, podré detallar y hacer más justicia que usted á una ciudad cuyos moradores y defensores, por todas circunstancias afligidos, sacrificaron sus vidas.

»Motivos que obligaron la rendición de Zaragoza: sesenta y tres días de un riguroso sitio; cuarenta y dos días de un continuo bombardeo, mañana, tarde y noche; en los siete primeros arrojaron 8.000 bombas, granadas y bala rasa; 44 ataques, los más de ellos con el mayor denuedo y encarnizamiento. Tirarían en todo el sitio unas veinticuatro mil bombas, muchas con mixtos incendiarios; otras tantas granadas y bala rasa. Es rara la casa que no haya sufrido descalabro; la Audiencia, Intendencia y otros edificios, incendiados. Atacada una ciudad sin murallas, ni más defensa que las baterías de las calles, puertas y pechos de los nobles zaragozanos, sin más dominación que Torrero, ocupado ya por el enemigo. De la enfermedad epidémica serían, entre tropa y paisanos, más de treinta mil enfermos, comprendidos los heridos. En los últimos ataques, con el enemigo intruso en la ciudad, perdimos cerca de cuatrocientos bizarros oficiales; muertos los generales O'Neylle, Versac, Manso, Trivaller y varios oficiales de graduación que mandaban puestos. Se carecía de víveres, pues sólo había, con escasez, arroz, garbanzos y judías secas; el pan se tenía con mucho trabajo y de mala calidad. Por las calles, hombres difuntos arrimados á las puertas de las iglesias y de las casas; la hediondez de las caballerías muertas, la falta de comunicación, eran circunstancias que deterioraban el espíritu humano. Abandonados de todos y sin prometernos ningún socorro. Las mujeres, con sus escudos de mérito en el brazo, armadas de cananas y fusiles, han sido unas amazonas, acreditándolo con acciones de heroísmo. El corto número de tropa que existía, cadavéricos y cansados, ocupando los puntos de defensa día y noche con el arma en la mano, sin relevo, sin descanso, desnudos y con corto sustento. Estas circunstancias calamitosas y penetrantes precisaron á la destruída Zaragoza á rendirse al tirano usurpador, cruel é infame, en un terrible asedio que hace inmortal la valerosa resistencia de aquellos saguntinos.

»Con referencia á lo que tengo analizado auténticamente, podrá usted graduar con más conocimiento si Zaragoza debe someterse á aquellos geronenses,

numantinos, merecedores de este honorífico nombre por su heroísmo y valor; y así, seamos acordes en la distinción de que son dignas ambas ciudades, y proclamemos con general aceptación que Sagunto y Numancia han existido en este siglo.»

Hiciéronse también comparaciones entre el primero y segundo sitio de la ciudad heroica; en realidad, no cabe entre ellos parangón exacto, porque las condiciones de la lucha y los términos en que se realizó en uno y otro caso, fueron distintos. Alcaide da mayor importancia al primero, porque en él se manifestaron más potentes el heroísmo y el esfuerzo populares. «La diferencia—escribe—de que todo faltaba en el primero resulta de un modo luminoso; y aunque entonces no eran los franceses sino diez ó doce mil hombres, debió considerarse como un ejército más que suficiente para ocupar las puertas de la ciudad. Ni fosos, ni cortaduras, ni murallas, ni baterías, ni ejércitos; nada de esto había, y con todo, hicieron frente y contuvieron á las tropas y obligaron á Lefebre á que levantase el sitio. Es verdad que sin el ejército auxiliar de Valencia, y acaso sin la rendición de Dupont, hubiera sido forzoso capitular; pero el sufrir diez días al enemigo ocupando un recinto tan considerable, ¿no es lo más brillante y heroico que puede concebirse?»

El propio Palafox dijo acerca de este particular: «En el primer sitio hubo menos medios de resistencia, y, por tanto, éste fué mayor y de más mérito. Si se quiere realzar el valor de los hijos de Zaragoza, allí fué su teatro, allí la arena donde se acrisolaron sus virtudes y nuestra lealtad al Soberano; justo será, por consiguiente, que los hechos heroicos y acciones arriesgadas que acreditaron allí estas cualidades, no queden sepultadas en el olvido...»

«El segundo sitio fué todo efecto del arte y de la prudencia de los sitiadores, que hizo brillar la circunspección y perseverancia de los sitiados.»

Y el ilustre general Gómez de Arteche, conformándose con ese criterio, expuso análogos conceptos.

Sin duda alguna, en uno y otro sitio se manifestaron espléndidamente el patriotismo y la bravura de los zaragozanos; en su desarrollo hay la diversidad que surge de la índole de los elementos que tenían sitiadores y sitiados, y de la mayor y más sobresaliente acción que en el sitio primero desarrolló el pueblo. El combate del 15 de Junio de 1808, llamado de las Eras, en que una masa, en su mayor parte de paisanos, detiene y rechaza bizarramente el impulso enérgico de soldados veteranos, sin que entre uno y otro bando exista diferencia notable en el número de combatientes, es merecedor de la más grande alabanza, como lo es igualmente la lucha heroica del día 2 de Julio, y, sobre todo, la reacción ofensiva del 4 de Agosto, en que los defensores, después de haber abandonado en rudísima pelea casi toda la ciudad, se lanzan, sin concierto ni plan, á recobrar cuanto fueran perdiendo en muchos días de resistencia tenaz, y, en furiosísima acometida, hombres, mujeres y niños arrollan á un enemigo que, considerándose definitivamente victorioso, se desbandara, rotos los resortes de la disciplina, para entregarse al saqueo y al pillaje.

Pero, si esto es cierto, tampoco ha de negarse que en el segundo sitio puso el ejército francés la pericia de sus más afamados mariscales, los elementos más poderosos de ataque y los recursos más sabios de la poliorcética. Entonces se combatió á pleno aire, y á la vez en guerra subterránea; las explosiones continuas, los escombros humeantes, los cadáveres hacinados en las calles, el ambiente de muerte, la atmósfera infecta, la miseria y la hediondez hacían la situación por todo extremo angustiosa y triste.

Ni discurriendo racionalmente cabía pensar en socorro, que á Palafox constaba que no podía recibir, porque nada en el exterior estaba para ello

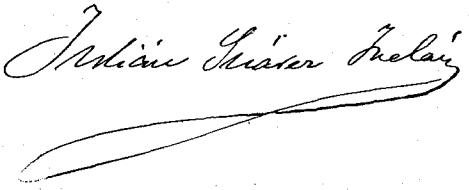
dispuesto; el sacrificio era, por consiguiente, estéril; la abnegación, sublime: se luchaba sin contar con el triunfo, y los sufrimientos llegaron á su colmo. Más que hombres posesionados de claro juicio, aquellos seres parecían aglomeración de gente enloquecida á la vista de tanta sangre, de tanta ruina y de tanto exterminio. La lucha gallarda mientras existe confianza en la definitiva victoria, cual ocurrió en el primer sitio, es siempre explicable en un pueblo valeroso; el combate desesperado cuando desaparece toda idea de salvación, como sucedió en el segundo asedio, alcanza los términos de lo épico y de lo sublime.

Hase dicho, y en ello insistieron mucho los escritores franceses, repitiendo conceptos de compatriotas suyos que tomaron parte en la lucha, que el triunfo de éstos alcanzó valor inmenso, porque había dentro de la plaza sitiada fuerzas mayores que las acaudilladas por Lannes; y recojo esta aseveración para discurrir brevemente acerca de ella.

No he de negar, porque si tal hiciera ofendería la exactitud, que en Zaragoza se refugió con Palafox una cantidad de tropas, si no superior, ni tampoco igual, poco inferior á la conducida por los cuatro mariscales del Imperio que atacaron la plaza. Si la calidad de unas y otras tropas fuese la misma, ó, por lo menos, semejante, rebajárase mucho el mérito de los sitiados y enalteciérase el de los sitiadores; pero ¿quién pudo poner en parangón los cuerpos imperiales con la novicia gente que mandaba el caudillo de la defensa? Aquellos hombres se alistaron á toda prisa, sin preparación marcial de ninguna clase; fueron á luchar en Tudela, y al encerrarse en Zaragoza llevaban en su mente la idea de que las tropas napoleónicas eran en el campo invencibles. Ya dije antes de ahora que esos soldados sólo de tal condición tenían el nombre y el traje con que se vestían; poco más significaban en punto á disciplina, orden, cohesión y consistencia, que el abigarrado paisanaje de Zaragoza. Rechazo por ello la jactancia francesa en este particular, bien que haga justicia á las cualidades que desplegaron los vencedores en los sitios de la capital aragonesa.

Pero á esto he de añadir una observación: si en vez de gentes bisoñas y colecticias hubiera tenido Palafox á sus órdenes tropas hechas, sólidas y aguerridas, ¿habría tomado Lannes á Zaragoza con los cuerpos que mandaba? Resueltamente, afirmo que no; y, en semejante caso, ó habrían tenido los invasores que aumentar el contingente sitiador de una manera desmesurada, abandonando otras muchas empresas militares en el territorio peninsular, ó habrían sufrido allí tremendos descalabros.

Con esto se demuestra una vez más que en anteriores épocas y en todos los tiempos, no debe dejarse para el momento de la guerra el apercibir y juntar soldados que formen ejércitos; quien tal haya hecho, ó en el presente ó en lo sucesivo pretenda hacer, está vencido antes de comenzar la lucha. Si á ella se va, no podrá tenerse esperanza alguna en el triunfo; el que sea más valeroso ó más patriota, llegará, si cabe, hasta sacrificar su vida; mas las naciones no deben tener ejércitos para morir, sinó tropas dispuestas para triunfar.





**Excmo. Sr. D. Enrique Hore y Agraz.**

General de División.

Comandante general de Artillería de la 1.ª Región.

# Los artilleros en los sitios de Zaragoza

El Cuerpo de Artillería, desde tiempo inmemorial, se ha identificado siempre con el elemento civil en aquellos puntos en que de ordinario presta el servicio de guarnición. El antiguo tercer Departamento ha sido constantemente modelo de lealtad y compañerismo, y las tradiciones artilleras se han conservado en él como elemento innato á la hidalguía aragonesa. Si á esto se une el importantísimo papel que juega en las guerras el arma de artillería, y muy especialmente en el ataque ó defensa de las plazas, no es de extrañar que los artilleros que en aquellos memorables sitios tomaron parte en la defensa de Zaragoza hicieran prodigios de valor, en unión de la oficialidad de otras armas y del pueblo aragonés en masa, que se propuso á todo trance impedir fuese tomada por el aguerrido ejército francés.

A grandes rasgos trataré de este asunto, pues es muy conocido para entrar en el detalle del heroísmo que presenció la ciudad amantísima de la Virgen del Pilar y que repercutió en toda la Península.

El Emperador Napoleón, vencedor de la Europa coligada, creyó asunto muy fácil el apoderarse de Zaragoza, cuya posición estratégica era muy necesaria á sus ejércitos, y, al efecto, el general Lefebre se presentó frente la ciudad con muy escasas tropas y sólo seis cañones de campaña, que después fueron clasificados por nosotros con el nombre de *cañones de batallón.*

Tal ansiedad tenía por complacer á su Soberano, que, sin aguardar otro material, se decidió al ataque. Cara pagó su confianza, pues tuvo que retirarse con grandes pérdidas, tomando posiciones hasta recibir los refuerzos en gente y material que conducía el general Verdier, tan importantes, que le permitió reunir un tren de sitio de sesenta piezas de varios calibres, con el cual se emprendió el segundo sitio.

Zaragoza no fué jamás plaza de guerra: allí no existían murallas ni baluartes; no se contaba con esa artillería especial que siempre ha dotado los puntos fortificados; en la guarnición no se conocía la artillería de plaza, y en su parque había escasa existencia de pólvoras y artificios: sólo lo necesario para el servicio de las verdaderas plazas de guerra que existían en aquella región española.

Todo hubo que improvisarlo: unas antiguas piezas llamadas *violentas* que existían en la Aljafería, y unas pocas que envió Lérida, fueron la base de la defensa; y como sólo contaban con dotación de balas, un escaso número de granadas y pólvora para un número limitado de disparos, hubo que fabricar ó improvisar los elementos más precisos, y especialmente la metralla, tan necesaria en los combates en que la artillería se utiliza á muy cortas distancias.

El personal se formó con un grupo de artilleros que estaban de paso en la ciudad, y al mando del capitán D. Juan Nepomuceno Cónsul y dos oficiales, formaron el núcleo que se encargó en el primer momento del servicio de las piezas. Ante el peligro que corría Zaragoza, acudieron á su recinto capitanes y subalternos con algún núcleo de tropa artillera, debido sólo á la iniciativa individual, lo que era fácil en aquella época de nuestra historia, en que se prescindía de la disciplina para atender sólo á lo que el patriotismo inspiraba á cada cual.

No fueron sólo los artilleros los que acudieron presurosos á servir las bocas de fuego: oficiales y soldados de otras armas y antiguos guardias de corps, paisanos y hasta religiosos, todos rivalizaron en heroísmo; pero debiendo siempre hacerse glorioso y entusiástico recuerdo de aquella intrépida *artillera* que, dando fuego á una pieza, evita la entrada del enemigo en la plaza, cuyo acceso había facilitado la más terrible de todas las contingencias: la muerte de todos sus defensores y sirvientes, que allí yacían sobre un mar de sangre.

Debemos mencionar al entusiasta artillero retirado D. Ignacio López. Cuatro años llevaba viviendo en Zaragoza dedicado á sus negocios. Pero al aproximarse el sitiador, pidió un puesto de honor en la defensa, y organizó talleres para la fabricación de pólvora, que tan necesaria era, alternando este difícil servicio con el mando de las baterías más amenazadas. Vió premiado con el empleo de coronel del Cuerpo su abnegación y su valor.

Terminado el segundo sitio, el inspector D. José Obispo hizo una clasificación de los defensores que existían en la plaza, y los artilleros contaban con el siguiente personal: un sargento mayor, tres capitanes, tres tenientes, tres subtenientes, diez sargentos, treinta y cuatro cabos y trescientos seis artilleros veteranos, de cuyo personal buena parte había ganado sus empleos sobre el campo de batalla; mejor dicho, al lado de sus piezas, durante las operaciones de los dos primeros asedios.

Hay que observar lo exiguo del personal artillero que existía en Zaragoza, y considerar los sacrificios que representa el mando de las piezas en un recinto tan extenso como el de la plaza, ampliado por su campo exterior, en el que se combatió rudamente, así como en el interior de la ciudad.

Para resistir el bombardeo de sesenta bocas de fuego durante cuatro días consecutivos, realizar la defensa de las puertas del Carmen, Portillo, Santa Engracia y cuartel de Caballería, y acudir á la homérica lucha realizada en las calles, es menester que aquellos pocos artilleros ostentasen la aureola del heroísmo; así no es de extrañar que, según dice un testigo presencial, «todo parecía poco á las matronas zaragozanas para obsequiar á los artilleros».

El día culminante del segundo ataque, el 4 de Agosto, las piezas de las baterías del Carmen y Santa Engracia quedaron indotadas por el sacrificio de todos los artilleros que las servían. El valiente comandante Ozta, aun viéndose gravemente herido por segunda vez, hubo de ser retirado á viva fuerza de aquella verdadera carnicería.

Retiradas las tropas francesas, quedó la plaza tranquila durante unos me-

ses, y en este tiempo, con la seguridad de un nuevo ataque, y conociendo las deficiencias observadas, se procedió á regularizar la defensa.

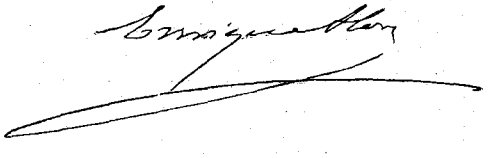
Numerosos cuerpos de tropas distintas reforzaron la guarnición; se aumentó el material de artillería, que llegó á contar unas doscientas piezas bien dotadas con personal y municiones para su buen servicio; se atendió á los mandos superiores del Cuerpo, nombrando un mariscal de campo y otros jefes de superior graduación.

Así resulta un hecho indudable el distinto aspecto que presentaron los ataques de la heroica Zaragoza. Al principio fué una lucha irregular, basada en la intrepidez de ambos grupos de combatientes; después, lo mismo el ataque que la defensa siguieron los procedimientos prevenidos para las plazas de guerra de primer orden.

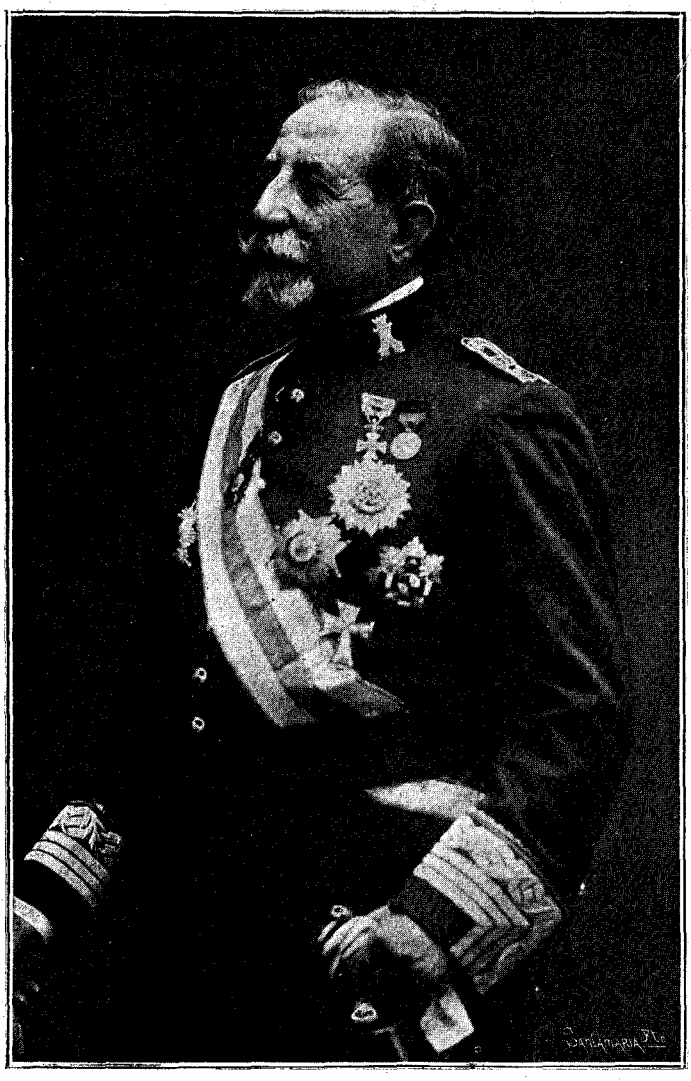
Zaragoza no lo era, ya lo hemos consignado; pero el mariscal Lannes, que tomó el mando de nuestros enemigos, tuvo que establecer baterías en las distintas paralelas, y las de brecha necesarias para irse apoderando de las ruinas de aquellos edificios que se convirtieron en ciudades, y en los cuales se respiraba el sagrado ambiente de *morir por la Patria,* resultando blindadas por los pechos de sus defensores.

La matanza de jefes, oficiales y tropa fué tan considerable, que justificó el nombre de *desgraciado* que mereció del general Palafox el Cuerpo de Artillería. Copiamos á continuación el párrafo de una alocución de aquel caudillo, que creemos digna de ser perpetuada: «Se hace sumamente recomendable la conducta de los individuos de este tan distinguido como *desgraciado* Cuerpo, tanto porque en él tuvo principio la gloriosa restauración de nuestra Patria, rompiendo los ocultos lazos con que pretendió el enemigo común ligar su libertad é independencia, como por la ardiente sed que manifiestan en ser destinados á los puntos de más riesgo.»

Palafox aludía á los héroes del Dos de Mayo; á los que en Madrid derramaron su sangre generosa por la libertad de su Patria. En Zaragoza demostraron los artilleros ser dignos compañeros de Daoiz y Velarde, y con ocasión del primer centenario de sus sitios, debemos todos rendir á su memoria tributo de respetuosa y entusiasta admiración.



Madrid, 11 de Mayo de 1908.



**Excmo. Sr. D. José Marvá y Mayer.**

General de Brigada.

Jefe de la Sección de Ingenieros del Ministerio de la Guerra.

Fot. Kâulak.

# Independencia ó muerte [1]

## PRELIMINAR

**La epopeya de la Independencia en su concepto general.—Caracteres de nuestros sitios de plazas.—Razones que aconsejan invocar en este relato el testimonio del invasor.**

La epopeya de la Independencia en su concepto general.—«La guerra de la Península—dice Belmás (2)— se distingue entre todas las que bajo Napoleón I han tenido lugar en Europa... Ofrece el espectáculo imponente de una gran nación que se levanta en masa para reconquistar su independencia.

»En esta lucha larga y cruel, los españoles mostraron una tenacidad sin ejemplo. No retrocedieron ante ninguna especie de sacrificios. Las más grandes privaciones, las más inauditas desdichas, no pudieron quebrantar su constancia ni abatir su valor. Sacerdotes, frailes, hombres del pueblo y de las distintas clases sociales, padres de familia, ancianos y niños, todos querían combatir á los franceses: unos iban á reforzar los ejércitos regulares, que, batidos siempre, se reorganizaban en seguida y parecía como que renacían del suelo; otros, conducidos por jefes emprendedores, formaban bandas de guerrillas que cubrían todo el país, mataban á los soldados aislados, pasaban á degüello los destacamentos pequeños ó mal vigilados, interceptaban correos, detenían convoyes, impedían la cobranza de las contribuciones, y, lejos de deponer las armas después de una derrota, reclutaban en su huída nuevos combatientes...»

Esta *guerra de España,* tan fecunda en sitios memorables, en batallas y combates encarnizados, en sorpresas, marchas y retiradas de un continuo pelear; en la que el invasor no disponía de más terreno que el que pisaba, ni de otras posiciones que las que ocupaba fuertemente; esta guerra fué la dura y sangrienta escuela de oficiales y soldados franceses que fuera de España pasaban por invencibles, y á quienes la indicación de su procedencia acreditaba de bravos é inteligentes, como tropas *d'élite,* retempladas y endurecidas en el fragor de porfiados combates, de fatigas y privaciones sin cuento.

Estos oficiales y soldados formaron el núcleo, los cuadros escogidos de las tropas imperiales, vencedoras en Lutzen, Bautzen, Dresde, etc.; temidas por las aguerridas huestes que Rusia, Austria, Prusia é Inglaterra opusieron al gran Napoleón.

¿Qué mayor elogio puede hacerse de nuestros abuelos?

Cuando en las campañas más reñidas pelean solamente los ejércitos, la conquista de un territorio es el resultado inmediato de operaciones, marchas y combates juiciosamente preparados y conducidos. El dominio territorial es

---

(1) Conferencia pronunciada por el general Marvá en el Círculo Aragonés de Madrid el día 22 de Junio de 1907.

(2) *Diario de los sitios hechos ó sostenidos por los franceses en la Península de 1808 á 1814,* por J. Belmás, comandante de Ingenieros; 1836.

la secuela inmediata de la victoria, y el ejército que la obtiene puede recorrer después todo el territorio conquistado, sin trabas ni peligros, sin inconvenientes ni limitaciones. Pero cuando, además de los ejércitos, los habitantes de un país toman parte activa en la lucha, ¡ah!, entonces el problema se complica enormemente. No basta ya derrotar á los ejércitos para considerarse dueño del país: hay que ocupar permanentemente gran número de posiciones y ciudades, guardar vías de todo género, adueñar las comunicaciones, poner en seguridad depósitos de armas, de municiones, de material, de víveres; hay que imponer, en fin, respeto á las poblaciones sojuzgadas, siempre dispuestas á levantarse.

El camino de Madrid á Bayona estaba guardado por más de 50.000 hombres escalonados en el trayecto, apoyados en plazas de guerra como San Sebastián y Pamplona; 11 puestos militares fortificados mediaban entre Bayona y Burgos; 8 entre Burgos y Madrid por Aranda y Somosierra; 11 por Valladolid, Segovia y Guadarrama.

Lo mismo sucedía en otros lugares de Castilla, así como en las regiones de Aragón, Cataluña, Andalucía, Valencia, la Mancha y Extremadura; en ellas, formando una verdadera red, se hicieron estaciones fortificadas, capaces de resistir durante algunos días á los ataques de guerrilleros y de pequeños destacamentos. Aprovechábanse con este objeto antiguos castillos, conventos, edificios sólidos, etc.

«Al apoyo de estos puestos fortificados—dice Belmás—, los convoyes y destacamentos podían caminar, *si no con entera seguridad, por lo menos con menor peligro*. Servíanles de puntos de etapa, de descanso, de aprovisionamiento de víveres y municiones, de depósitos de enfermos y heridos, etc. Conectando estos puestos, columnas móviles recorrían de continuo los intervalos.»

A pesar de todo esto, ¿se creerá que los convoyes, destacamentos y puestos fortificados estaban en seguridad? No había tal. Para expugnar esas fortificaciones apelaban las guerrillas á toda suerte de recursos; y no pudiendo derribarlas con el cañón por carecer de artillería, llegaron á demolerlas con la mina. Ejemplo, entre otros muchos, le ofrecen los guerrilleros de Castilla, que en 1811, después de un sitio de nueve días, se apoderaron del convento atrincherado de la Merced, en Calatayud, defendido por 500 franceses.

La fortificación fué por éstos empleada en grande escala, no tan sólo como elemento de posición, sino también para cerrar pasos, guardar desembocaduras y desfiladeros. Así se erigieron las líneas fortificadas del Ebro, Duero, Tormes, Tajo y Guadiana; así se levantaron las cuantiosas obras de Massena en Portugal, sobre el río Mayor y el Zezera; las de Suchet en Aragón y Valencia; las de Macdonald, Decaen y Lamarque en Cataluña; las de Soult en Andalucía y Extremadura.

Cuanto á los españoles, nadie ignora de qué modo suplieron su inferioridad numérica y táctica con las fortificaciones, las cuales supieron defender con un encarnizamiento y un heroísmo no superados en tiempo alguno.

Caracteres de nuestros sitios de plazas.—Hay pocas campañas que presenten un empleo más variado y extenso de los recursos de la fortificación. Desde este punto de vista, el relato de la guerra de la Península es por todo extremo interesante, y presenta ejemplos de defensas de plaza tan memorables é instructivos, que su estudio se hizo clásico entre los militares, y especialmente entre los ingenieros.

Napoleón I lo entendió así, y quiso que se escribiera la historia de estos sitios.

«Mi querido primo—escribía al Príncipe Berthier—: Es preciso hacer dibujar y grabar los planos de los sitios de Zaragoza, Lérida, Mequinenza,

Tortosa, Tarragona, Gerona, Ciudad Rodrigo, Almeida y Badajoz, no solamente para la instrucción de los oficiales de Ingenieros, sino para honor de los militares que se han distinguido en esos sitios.» (Belmás.)

Entre todos esos sitios memorables, el más insignificante de los cuales (si hubiese alguno insignificante) ocuparía lugar brillantísimo en la historia militar de cualquier país, se destacan dos con singularísimo relieve: *Gerona* y *Zaragoza*.

Pero estos dos sitios, dentro de la común esencia que los hace gloriosos, tienen caracteres perfectamente distintos. En ambos las tropas se baten de modo hectóreo; en ambos la población civil toma parte en la lucha; en ambos los rasgos de heroísmo llegan hasta nosotros con ráfagas inmensas de luz inextinguible.

Pero la defensa de Gerona es más militar; la de Zaragoza, más popular. Gerona defiende verdaderas bicocas de fortificación durante meses; resiste y rechaza repetidos asaltos á las numerosas brechas de su recinto; pero sucumbe al fin y tiene que capitular antes que el sitiador haya pisado las calles de la ciudad.

En Zaragoza, las masas populares toman parte activa en la lucha. Zaragoza defiende sus tapias con igual encarnizamiento y tenacidad que los baluartes y medias lunas de un recinto bien fortificado. Y, abierta brecha, al traspasar el sitiador ese recinto, la defensa no concluye: puede decirse que empieza. ¡Como que en Zaragoza las fortificaciones son toda la ciudad, y la guarnición todos sus habitantes!

Razones que aconsejan invocar el testimonio del invasor.—Como buenos aragoneses y castizos españoles (porque aragonés quiere decir español neto y puro), os preparáis á conmemorar el centenario de las hazañas de vuestros antepasados: el centenario de los sitios de 1808 y 1809.

Requerimientos amistosos me traen hoy á este lugar, impeliéndome inexcusable é inmerecidamente á encender la primera bengala en esos actos de legítima conmemoración; pero, al hacerlo, séame permitido expresar los dos encontrados sentimientos de satisfacción y pesadumbre que á la hora presente me embargan: de satisfacción, porque me veo entre vosotros, frente á los descendientes de aquellos esclarecidos é invictos varones que, al precio de su sangre, hicieron inmarcesible y glorioso el nombre de Zaragoza; de pesadumbre, porque ni mi palabra sabrá elevar los hechos á las épicas cimas que alcanzaron, ni en mi persona se cifran aquellos atributos de autoridad y de prestigio que sustituyen dignamente á los brillantes colores de la oratoria. Con la ruda franqueza de soldado, y sin expresiones de falsa modestia, he de deciros que, para narrar con adecuado acento las grandes acciones de que voy á ocuparme, requiérese otro conferenciante y otra palabra que la escuchada por vosotros indulgentemente.

Pero esa elocuencia que me falta he de suplirla de algún modo, y ninguno mejor que haciendo hablar á los propios enemigos de vuestros abuelos, á los sitiadores de Zaragoza. Nada más elocuente que el elogio del adversario.

Pero eso, á la exposición de los hechos llana y sucinta (porque de otro modo el asunto absorbería el espacio de cien conferencias), he de acompañar juicios y narraciones de los franceses mismos. Y no creáis que lo que voy á decir es rebuscado: no he tenido que desenterrar archivos ni perseguir datos. Obra es ésta que daría lugar á un verdadero monumento del heroísmo aragonés. Lo que voy á deciros es lo corriente, lo escrito en libros que están al alcance de toda mano.

Otro es también mi objeto al hacer constantes citas de escritores militares franceses.

En la presente generación existen seres que, incapaces de realizar las abnegaciones de nuestros antepasados, califícanlas de *leyenda*. ¡Leyenda la historia que han escrito nuestros mismos adversarios!... ¿Qué dirían los baturros de 1808 y 1809, si levantaran la cabeza y oyeran la negación de sus rasgos hazañosos? Lo que hacían en aquellos memorables días con los tibios y traidores: colgarlos en las horcas del Coso.

## PARTE PRIMERA.—PRIMER SITIO

**Aprestos y combates preliminares.—Los gabachos se acercan.—Primeras refriegas.—Defensas de la plaza.—Acción de las Eras.—El cerco se estrecha.—Bombardeo.—Asalto general.—Ataque regular.—Penuria de los sitiados.—¡Guerra y cuchillo!**

Aprestos y combates preliminares.—El 24 de Mayo se supo en Zaragoza la doble abdicación de Carlos IV y de Fernando VII en favor de Napoleón. Esta noticia, así como la presencia y discursos de D. José de Palafox, ex guardia de Corps que había acompañado á Fernando VII en su viaje á Bayona, exasperaron al pueblo de Zaragoza, que, inflamado de indignación, recorría las calles gritando venganza, y exigió al capitán general Guillelmi le fueran entregados 25.000 fusiles y 65 piezas de campaña que había en la Aljafería. Negóse éste; el pueblo se apoderó de las armas á viva fuerza, encerró y suspendió á dicha autoridad militar, y proclamó á Palafox capitán general. Convocó éste una asamblea de diputados de la provincia, la cual confirmó su nombramiento y señaló una Junta suprema compuesta de seis miembros, bajo la presidencia de Palafox.

A Zaragoza, foco del entusiasmo patrio, concurrieron oficiales de toda graduación, ingenieros de la escuela de Alcalá, soldados escapados de Pamplona y de Madrid y más de 10.000 paisanos aragoneses. Con estos elementos allegadizos formáronse tercios, batallones y compañías.

Esta agitación extendióse veloz á toda la comarca aragonesa. El marqués de Warsage formó en Calatayud un cuerpo de estudiantes y voluntarios, á quien se encargó la protección de los molinos de pólvora de Villafeliche.

En Huesca se formó otro cuerpo.

La ciudadela de Jaca y el fuerte de Benasque fueron puestos en estado de defensa.

Se enviaron emisarios á las provincias vecinas para solicitar socorros. El marqués de Lazán, hermano de Palafox, tomó el mando de las fuerzas activas, y con 2.000 hombres y cuatro cañones fué á Tudela para defender allí el paso del Ebro, sin que le impusiera respeto el medirse con las mejores tropas del mundo.

El Emperador, queriendo ahogar en su origen esta conflagración, ordenó al general Verdier y á Lefebre Desnouettes (7 de Junio) que desde Pamplona marchasen sobre Zaragoza. Lefebre derrotó al marqués de Lazán, fusilando á los prisioneros; tornó á Tudela, punto excelente á la entrada del Canal Imperial, centro de 12.000 almas que sirvió á los franceses como depósito de aprovisionamientos y heridos, y, finalmente, el 13 de Junio vuelve á batir en Mallén á las fuerzas españolas, causándoles más de mil bajas.

No podían mover á extrañeza las tristes jornadas de Tudela y Mallén. ¡Ejemplo edificante de ánimo viril ofrecían estas tropas, saliendo, sin instrucción ni disciplina, á retar en acción campal á los aguerridos batallones imperiales!

Pero, dando ya indicios de la *tenacidad* que en tan alto grado debían demostrar después, lejos de intimidarse por esos reveses y por la proximidad á Zaragoza de las tropas vencedoras, levantan el ánimo, se enardecen, cobran ímpetu, y *salen espontáneamente de la ciudad 6.000 hombres, obligando á Palafox á conducirlos al combate.* (Belmás, pág. 19.)

Tiene lugar el encuentro en Alagón (14 de Junio), sobre el Jalón, y otra vez la suerte les vuelve la espalda. Retíranse á Zaragoza, donde entran abrasados por la sed, enflaquecidos por el hambre, y extenuados por la fatiga y el calor.

Firmes ante los reveses, con terquedad irreductible, vuelven á los alcances del francés 3.000 hombres y una pieza, que son batidos y rechazados el 15 de Junio en Casa Blanca, cerca de las grandes esclusas.

Llega Lefebre á las tapias de Zaragoza, y, engañado por sus victorias reiteradas, juzga cosa baladí señorearse de la primera ciudad del Ebro.

Pero el problema había cambiado. No eran menester la disciplina ni los conocimientos tácticos de las tropas maniobreras de una batalla campal. Aquí el elemento básico era el valor, y éste sobraba.

Los gabachos se acercan.—Primeras refriegas.—Los zaragozanos barrican puertas y calles, aspilleran casas y tapias de recinto, y emplazan cañones en las grandes avenidas. Las casas se coronan de gentes armadas; la multitud se aglomera y empuja en las calles para batirse, para llevar municiones, para retirar los heridos.

¿Y qué iban á defender los zaragozanos? ¿Qué maravillas de fortificación iban á presentar ante los franceses, en tiempos en que la poliorcética daba pronta cuenta de las mejores fortificaciones permanentes, erigidas con todos los recursos del arte; en una época en que las mejores plazas fuertes de Europa se rendían á los pocos días de cercadas? Una verdadera bicoca.

Zaragoza podía considerarse como ciudad abierta, pues las débiles tapias que constituían su recinto eran debilísima defensa contra los medios de expugnación de aquel tiempo.

Llega el general Lefebre. Forma sus tropas en tres columnas, que avanzan hasta el pie de las tapias; avance tanto más fácil y seguro, cuanto que no estaban defendidas las merindades ni despejado el campo de tiro.

Acción de las Eras (15 de Junio).—Es conocida con este nombre porque se libró en las eras, entre las puertas del Carmen y del Portillo.

Los zaragozanos no habían ocupado los conventos de Agustinos, Trinitarios y Capuchinos, que estaban situados á vanguardia de las puertas del Portillo, Carmen y Santa Engracia.

Guarnecían las puertas abiertas, en que habían emplazado cañones, las tapias y las casas próximas.

Se inicia una serie de combates porfiados; llegan los franceses al Portillo, y tras uno de los repetidos ataques, penetran en el cuartel de Caballería; pero al fin son rechazados.

Interesa señalar como digna de nota la especial característica de estas primeras briosas muestras de la defensa No la precede un plan de conjunto, no la preside una dirección inteligente y única, no la encauzan disposiciones previamente comunicadas, y, sin embargo, aquélla se desenvuelve de un modo regular y ordenado: allí donde avanza un francés, surge un zaragozano cerrando el paso; á un disparo responde otro disparo; á un golpe, un contragolpe: parece como si el fuego del patriotismo, al inflamar los pechos de aquellos valientes, iluminara también sus cerebros, infundiéndoles la intuición de las reglas tácticas y el instinto del acuerdo colectivo.

Setecientos enemigos mordieron el polvo en estos asaltos, y seis piezas de artillería fuéronles arrebatadas.

Pero, al ver aquellas abigarradas turbas de paisanos encerradas ya tras mezquinos paramentos de ladrillo, la soberbia francesa debió de exclamar: ¡Ciudad tomada! En otro teatro y contra otra raza, esa exclamación fuera profética; pero ignoraba Lefebre que con enemigos del temple aragonés, aquellos zarpazos no eran más que el preludio de un drama inmenso.

Bien lo expresa Belmás (pág. 30):

«Todos estos éxitos no obtuvieron el menor resultado: los habitantes, emboscados en las casas y sobre los tejados, en las desembocaduras de las calles y detrás de barricadas, aplastaban, abrumaban á nuestros soldados bajo una lluvia de balas y de piedras. Aproximábase la noche, y el combate continuaba; el excesivo calor de todo el día, la fatiga de nueve horas de combate y las numerosas bajas sufridas por las tropas, hicieron que éstas empezasen á desanimarse ante tanto obstáculo. El general Lefebre ordenó la retirada para tomar posición á media legua de la ciudad...»

El cerco se estrecha.—Después de la batalla de las Eras y del primer ataque rechazado el 15 de Junio, que *demostró á los aragoneses que, si no podían resistir en línea á las tropas francesas, eran invencibles detrás de tapias y casas* (Belmás, pág. 24), empezó á organizarse la defensa, gracias á los esfuerzos de Calvo de Rosas, de Bustamante y, sobre todo, del marqués de Lazán, que, como hermano de Palafox, á la sazón fuera de Zaragoza en busca de auxilios, se hizo respetar y normalizó un tanto los aprestos defensivos.

Los franceses, escarmentados por el combate del 15, estuvieron en la inacción unos cuantos días, y ésos los aprovecharon bien los zaragozanos para aumentar las defensas de la ciudad, harto necesarias, bajo la dirección de San Genis.

Se recompusieron y aspillaron las tapias del recinto.

Cubriéronse las puertas de Santa Engracia, Carmen y el Portillo con baterías de cinco á seis piezas de pequeño calibre servidas al descubierto y al amparo de insuficientes parapetos, hechos á la ligera con sacos terreros, cestones y faginas, teniendo detrás muros y tapias, cuyos chispazos herían á los defensores.

Se hicieron barricadas con tablones y sacos de lanas, con muebles de casas y tiendas, en las calles de Santa Engracia, del Carmen y otras que daban al recinto.

Se establecieron talleres de reparación de armas, de fabricación de cartuchos y de metralla.

Todos, rivalizando en ardimiento, pusiéronse á trabajar; no había más que soldados y obreros.

Los particulares daban dinero y efectos para las obras, y alimentos para los trabajadores.

Seguíanse organizando cuerpos de voluntarios; con los obreros se formaron compañías de zapadores.

El presbítero Sas, que tanto se distinguió en la defensa del Portillo el 15 de Junio (batalla de las Eras), formó con brava gente, para la defensa de esa puerta y la de Sancho, dos compañías denominadas *tiradores de la parroquia de San Pablo*.

El labrador Zamora, el comerciante Gurpide y el alcalde Miguel Abad alistaron á deudos y amigos para custodiar Puerta Quemada y puerta y huerta de Santa Engracia.

Véanse, resumidos en orden cronológico, los principales sucesos ocurridos en los preliminares del sitio:

*17 de Junio.*—Intenta Lefebre negociaciones que son rechazadas.

*19 de Junio.*—Llegan á la plaza 200 soldados del regimiento de Extrema-

dura, siendo recibidos con caluroso entusiasmo. Los franceses, al tiempo mismo, reciben refuerzos.

*24 de Junio.*—Palafox, que había reunido un contingente de 4.000 hombres, es batido en Epila.

*25 de Junio.*—Nuevas proposiciones de capitulación por Lefebre; son rechazadas.

*26 de Junio.*—Voladura de un depósito de 27.000 libras de pólvora en el Seminario, que da al Coso. La explosión destruye una parte del edificio y las casas contiguas en la desembocadura de la calle del Medio, que estaban enfrente. Numerosas víctimas.

*28 de Junio.*—El monte Torrero amenazaba la derecha de las posiciones francesas. Verdier ordena el ataque, y son tomadas estas posiciones, defendidas por 500 hombres de guarnición, dos baterías y unas cortaduras. El jefe de esta posición, Falcón, acusado de tibieza por los zaragozanos, es ahorcado. Aviso á los tímidos ó traidores.

*30 de Junio.*—Llegan á los franceses nuevos refuerzos y más artillería gruesa, procedentes de Pamplona.

Napoleón, desde Bayona, veía con enojo el obstáculo que á sus ejércitos oponía una ciudad abierta como Zaragoza, y ordena á Verdier que intente un nuevo ataque á viva fuerza, previo un enérgico bombardeo, estimando que éste había de amilanar al vecindario y deprimir el ánimo de los defensores.

Verdier no lo pensaba así. «No se disimulaba—dice Belmás—las dificultades de la situación. Que tenga ó no éxito el ataque—escribía este general al Príncipe Berthier—, va á ser muy mortífero, á juzgar por la resolución y el espíritu de confianza de estas gentes.»

Obedeciendo, sin embargo, las órdenes del Emperador, establece cerca del recinto baterías de cañones, obuses y morteros, asestándolos contra la Aljafería y las tapias y edificios del recinto, para batirlos y abrir brechas (tarea fácil) que diesen entrada á las columnas de asalto. A 500 metros del recinto emplazóse asimismo buen golpe de morteros.

Bombardeo.—El 30 de Junio, á media noche, una bomba, la primera de las innumerables que habían de caer sobre ese heroico pueblo, surcó los aires y vino á estallar en la ciudad. Continuó violento el bombardeo durante la madrugada, el día 1.° de Julio y toda la noche.

Mas, para poder apreciar con verdadero conocimiento de causa la viril conducta de los zaragozanos ante el bombardeo, conviene recordar el pánico que los fuegos curvos producen en una población, los daños materiales y los efectos de orden moral que deprimen y enervan el ánimo de los habitantes expuestos á los estragos de la bomba. A estos efectos de índole moral no pueden sustraerse ni aun los espíritus avezados á la guerra; y en cuanto á los daños materiales, basta recordar el caso cruento del desfiladero de Schipka, donde, en día y medio, 1.400 hombres fueron materialmente destrozados por esa clase de proyectiles.

La bomba prolonga y anticipa las inquietudes del sitiado; surca el cielo con lentitud agoniosa; antes de vomitar la muerte, amenaza con infernal estruendo y luminosas trayectorias; ignórase dónde caerá, rompe los techos, penetra en las habitaciones y siembra la destrucción.

Pero los zaragozanos, á quienes la carencia de casamatas y de techos á prueba parecía engreirles más y más, ofrecen una original y gallarda excepción. Oid lo que Belmás dice:

«Los habitantes se familiarizaron bien pronto con el peligro, y lo desafiaban con sangre fría increíble. Un vigía ó vigilante, colocado en lo alto de la Torre Nueva, anunciaba con un golpe de campana la llegada de cada bomba.»

Entretanto, las otras baterías abrían fácil brecha en las débiles tapias del recinto. He aquí las abiertas: Aljafería, Agustinos (casi destruído), cuartel de Caballería, puertas de Sancho, Portillo, Carmen y Santa Engracia.

Los zaragozanos tapaban las brechas, en cuanto era posible, con parapetos de sacos terreros, y se preparaban á resistir vigorosamente el asalto.

El 2 de Julio, al amanecer, lanza Verdier seis columnas contra las brechas antes citadas.

Los defensores de Zaragoza, que tenían que acudir á todo el recinto y al Arrabal, al otro lado del Ebro, eran los siguientes:

De tropas del Ejército: 1.500 hombres.

Cuerpos organizados con voluntarios: tres batallones de voluntarios de Aragón; primero y segundo tercios de Nuestra Señora del Pilar (de jóvenes de Zaragoza); tercero, cuarto y quinto tercios de voluntarios aragoneses; tercio de Caspe; dos compañías del barrio de San Pablo; compañías de Tauste; lanceros de La Almunia, y, finalmente, el pueblo en masa.

Poco después se agregaron:

Tercio de Barbastro; compañías de Monzón, de Cerezo y de Benavente; tercio de D. Jerónimo Torres; ídem de Huesca; dos compañías de miqueletes de Lérida.

Asalto general (2 de Julio).—Defensores que había el 1.° de Julio, según Palafox:

| | |
|---|---|
| Artilleros y paisanos agregados á su servicio | 250 |
| Soldados veteranos desertores de varios cuerpos y agregados á otros nuevos | 700 |
| Paisanos aragoneses de la tierra baja, otros partidos y de Zaragoza, alistados con armas, formando cuerpos y compañías sueltas | 3.500 |
| Vecinos que no hacían servicio diario y acudían al paraje atacado | 2.000 |
| Caballería | 170 |
| Armados con chuzos y que reemplazaban á los muertos que tenían fusiles | 1.500 |
| Total | 8.120 |

En la noche del 1.° entró Palafox con un exiguo refuerzo de 1.300 infantes y 60 caballos.

De las seis columnas de asalto, dirigiéronse tres contra las brechas de Aljafería, puertas de Sancho, Portillo, convento de Agustinos y cuartel de Caballería. Los parapetos de las puertas del Carmen, Portillo y Sancho estaban derruídos, casi al nivel del suelo. El cuartel de Caballería y las tapias de la Misericordia presentaban anchos boquetes.

Otras tres columnas marcharon contra las puertas de Santa Engrácia, Carmen y conventos de Santa Engracia y San José.

Todas las columnas de asalto son rechazadas con grandes pérdidas, en ataques furiosamente renovados.

Una sola columna de 600 hombres, la dirigida contra la puerta del Portillo, parecía próxima á lograr su objeto. Los defensores sufrían numerosas bajas. La batería que cubría esta puerta tenía sus artilleros fuera de combate por el fuego concentrado de la artillería francesa. La columna de ataque se aproxima, llega ya muy cerca...; pero había allí, por designio providencial, un espíritu superior, una aragonesa de fibra, Agustina de Aragón, cuyo débil cuerpo se había de trocar en muralla inexpugnable. Un artillero tendido en tierra, en las ansias de la muerte, estrecha todavía en sus crispadas manos la mecha que empuñaba al ser herido. Agustina de Aragón coge esa mecha, da fuego á un cañón cargado, y deshace la columna. He aquí las palabras de Belmás: «En este momento crítico, una joven, Agustina de Aragón, llega á la batería; arranca una mecha de las manos de un artillero moribundo, y da

fuego á una pieza de 24 cargada de metralla y apuntada á nuestros soldados. Este rasgo de audacia da tiempo á que acudan nuevos defensores. Nuestras tropas, heridas de flanco por los fuegos de la Aljafería y por los que partían de la huerta de Agustinos descalzos, se retiran en desorden...

»El combate se prolongaba sin esperanzas de éxito para nosotros, y con enormes pérdidas. El general Verdier hizo retirar las tropas á sus primeras posiciones..., y no esperando ya señorearse de la plaza por un ataque á viva fuerza, resolvió concentrar sus medios para un ataque regular sobre algunos puntos del recinto.» (Pág. 38.)

Tal fué la afrentosa resolución á que se vió forzado el caudillo francés. ¡Y esto en presencia de un puñado de bisoños mal armados! ¡Esto frente á una plaza circunscrita por míseras cercas de ladrillo!

Ataque regular.—Como si se tratase de una plaza fuerte, así tuvo que proceder el francés, empezando por ejecutar dos caminamientos: uno dirigido á la Aljafería; otro, por indicación del mismo Napoleón, á lo largo del Huerva, hacia el convento de Santa Engracia y Torre del Pino, á través de grandes masas de olivos, jardines y casas que había en las dos márgenes del río citado.

Continuando los caminamientos á lo largo del Huerva, se apoderan los franceses del convento de Capuchinos, situado á 300 metros de la plaza, enfrente de la puerta de Santa Engracia. Los sitiados le prendieron fuego antes de retirarse.

Estos caminamientos costaban á los franceses raudales de sangre.

«El terreno á través del cual caminamos—escribía Verdier á Berthier—es sumamente difícil, cubierto de jardines y de casas de campo; hay que conquistarlo palmo á palmo al enemigo, que lo defiende con increíble encarnizamiento, y nos hace pagar bien caro el escaso terreno que diariamente le conquistamos. Cada tapia, cada casa, ofrece á los zaragozanos abrigos que defienden vigorosamente; y además de esta defensa, llevada á cabo con toda la energía posible, hacen diariamente salidas, reacciones ofensivas...»

«A cada paso que damos—dice otro testigo francés, Lacoste—, hay que atrincherarse para economizar la vida de nuestros soldados.»

En la noche del 17 al 18 de Julio se abre una paralela que, por la orilla derecha del Huerva, va desde el puente de Santa Engracia—donde pasa el camino de Torrero—hasta el convento de San José. A retaguardia se trazan comunicaciones para llegar á cubierto desde los olivares á la paralela, y se construyen en ella cuatro baterías de brecha contra las tapias de recinto del jardín de Santa Engracia, convento y puertas de Santa Engracia y Torre del Pino.

El ataque contra Santa Engracia se prolongaba por la izquierda del Huerva. Se desembocó del ya incendiado convento de Capuchinos, y á 140 metros del recinto construyóse otra paralela de 300 que apoyaba su derecha en el Huerva, cerca del puente, y su izquierda en una casa de campo, emplazando allí cuatro baterías de morteros, obuses y cañones. (Belmás, pág. 50.)

Se unieron estos caminamientos y paralelas con las que iban contra el castillo, á través de olivares, aprovechando tapias de jardín, etc., y entretanto seguían llegando refuerzos á Verdier, que ya contaba con 15.000 hombres.

Penuria de los sitiados.—Los víveres se hacían cada vez más escasos. Palafox acopió en almacenes públicos los aprovisionamientos de los particulares y de los conventos. Todos los vecinos fueron obligados á declarar las provisiones de que disponían, bajo pena de ser tenidos como traidores á la Patria, y se establecieron molinos movidos por caballerías para triturar los granos.

Cuanto á las municiones, habíanse agotado en su mayor parte, lo que obligó á crear en el edificio de la Inquisición una fábrica de pólvora, requisando todos los morteros de confiteros y de otros oficios de la ciudad para la molturación de las primeras materias. Más de 200 hombres se empleaban en estas operaciones. Se recogía el salitre donde se encontraba: en calles, cuevas, y se hacía carbón con cañas de cáñamo. Se improvisó, en fin, una fundición para proyectiles. Todo esto fuera, sin embargo, insuficiente si de tiempo en tiempo no hubiera entrado algún convoy por el arrabal de la orilla izquierda del Ebro.

El 1.° de Agosto comienza la construcción de baterías de brecha, consistentes en siete grupos de piezas emplazadas á unos 200 metros del recinto, sobre la orilla dominante del Huerva, que servía de foso, y asestadas contra las tapias de la huerta de Campo Real, convento de Santa Engracia, y Torre del Pino.

En junto, *38 piezas de grueso calibre* frente á las débiles tapias que, comprendiendo en medio á Santa Engracia, iban, al este hasta la huerta de Campo Real, y al oeste hasta la Torre del Pino; esto es, un formidable tren de sitio capaz de rendir plazas á lo Stettin y Dantzig.

Se apoya la construcción y armamento de estas baterías con un bombardeo que empieza el 1.° de Agosto, ensañándose contra el Hospital General (esquina de Santa Engracia al Coso), donde había 500 enfermos, niños y dementes.

En medio de las bombas, los zaragozanos trasladan á lugar seguro estos infelices, y en tan nobilísima y arriesgada tarea descuella gentil la condesa de Bureta.

Ved lo que dice de ésta el inglés Vaughan:

«La condesa de Bureta, que ocupaba en el país un rango distinguido, formó una asociación de mujeres para cuidar á los heridos y llevar provisiones y vino á los soldados. Frecuentemente se veía á esta señora, joven, hermosa y delicada, cumplir serena, en medio de un fuego de fusilería y de cañón de los más terribles, los deberes que se había impuesto; y desde sus primeros pasos por este camino, no dejó ver la más ligera emoción que indicase el sentimiento de un peligro personal, ó que la hiciese desistir un momento de estas miras bienhechoras y patrióticas.»

Al amanecer del 4 de Agosto rompen el fuego todas las baterías: 18 morteros y obuses y 25 cañones; total, 43 piezas de batir.

A medio día una gran parte de la artillería de la plaza está desmontada, y quedan abiertas tres brechas practicables en el recinto, á saber:

1.ª Angulo de la izquierda del convento de Santa Engracia y en la tapia del jardín del convento.

2.ª Angulo saliente del muro de recinto del mismo convento inmediato á la puerta de Santa Engracia.

3.ª Tapia que unía la Torre del Pino á la puerta del Carmen.

Se forman tres columnas de asalto de unos 1.600 á 1.800 hombres cada una, con fuertes reservas y artillería de campaña destinada á apoyar, dentro de la ciudad, los ataques proyectados.

Los objetivos de estas columnas eran:

Primera columna (derecha) contra la primera brecha: apoderarse del convento de Santa Engracia, de las primeras casas y de la desembocadura de la calle de Santa Engracia que va al Coso.

Segunda columna (centro): apoderarse de la puerta de Santa Engracia y dirigirse por su izquierda á la plaza del Carmen; ocupar las casas del lado izquierdo de la plaza y las primeras de la calle del Juego de Pelota.

Tercera columna (izquierda) á la tercera brecha: salvarla, y después dividirse en dos partes: una girando á la derecha para caer sobre la Torre del Pino, filar á lo largo del muro, y tomar de revés á los defensores de la puerta de Santa Engracia; la otra, á la izquierda, para apoderarse de la puerta y del convento del Carmen.

¡Guerra y cuchillo!—El 4 de Agosto se ponen en marcha las columnas, y, tras rudo pelear, se hacen dueñas de las puertas del Carmen y de Santa Engracia. Desembocan en el Coso con ánimo de dirigirse: por la derecha, hacia la Magdalena; por la izquierda, al Mercado, y de frente, por la calle de San Gil.

Verdier, acallando un instante el rugido de los cañones, quiere hacer oir la voz de la humanidad, y con el designio de evitar una copiosa efusión de sangre brava, exclama: *¡Paz y capitulación!* La primera palabra resuena grata en los oídos del insigne Palafox; pero, al escuchar la segunda, siente agitado el pecho por oleadas de indignación numantina, y revolviéndose altivo, soberbio, magnífico, replica con esta frase de sobriedad espartana, cincelada por la Historia en las lápidas de la inmortalidad:

¡GUERRA Y CUCHILLO!

Y sigue á estas memorables palabras el estruendo ensordecedor del cañón y del mortero. Los furiosos ataques de las columnas francesas alternan con las reacciones ofensivas de los zaragozanos, entre los cuales relumbran incesantes destellos de heroísmo. Hay un momento en que el desorden se produce en el campo propio, y, á favor de él, una columna de ataque avanza para hollar con su planta el corazón de la ciudad; pero advertido del peligro un lego de San Pablo, reúne precipitadamente á ocho mozos; les dice que, para ordenar la defensa, es preciso detener al atacante, aun á costa de la vida. Los mozos no vacilan: trabuco en mano, se plantan frente á la columna, y comienza la sublime refriega de uno contra ciento; los baturros mueren, pero los gabachos no pasan del Coso.

Este estado de cosas se prolonga hasta el día 14, en el cual, Lefebre, sabedor de la rota de Bailén, levanta el sitio.

Veamos acerca de él la opinión de los extranjeros:

«La ciudad parecía un volcán por las continuas explosiones que tenían lugar. Oíanse los gritos de vencedores y vencidos: aquí la victoria, más allá el desorden y la fuga; amigos y enemigos combatían todos mezclados en confusión; cada uno se defendía donde era atacado, y atacaba donde encontraba á un enemigo: la casualidad presidía tan sólo este caos. Las calles estaban colmadas de cadáveres; los gritos que se oían del medio de las llamas y del humo sumaban su horror al de estas escenas de desolación; y la campana que sonaba por todas partes parecía anunciar la agonía de Zaragoza.» (Belmás.)

Pero, muy distante de esta agonía, después de siete horas de combate, Zaragoza resistía victoriosamente; y cuando el general francés hizo cesar el fuego, sus pérdidas eran 462 muertos y 1.502 heridos; total, unas 2.000 bajas. Entre los heridos estaban los generales Verdier y Bazancourt. El mando recayó en Lefebre, herido también.

«Los zaragozanos habían visto que podían resistir ataques á viva fuerza, y no los temían ya; el prestigio anejo á la conservación del recinto, la preocupación (favorable á los sitiadores) de que la pérdida de éste arrastraría la pérdida de todo, estaba completamente destruída. Se prepararon al combate con redoblado ardor: amontonaron piedras y ladrillos en las casas para arrojarlos por ventanas y tejados; trabajaron bajo la dirección de oficiales de Ingenieros,

elevando barricadas y construyendo baterías en la calle de San Gil, Mercado Nuevo, convento de San Ildefonso y Hospital de Convalecientes. Paisanos y obreros manejaban la artillería; mujeres traían tizones encendidos que servían de mechas para dar fuego á los cañones, y los niños tiraban de los cadáveres con cuerdas, sobre el Coso, para arrojarlos al Ebro ó quemarlos.» (Pág. 65.)

Así pasaron tres días de continua pelea, sin que el enemigo pudiese adelantar un paso. Y he aquí el cuadro de las cosas, según lo pintan los mismos franceses:

«Esta posición (la suya) era peligrosa; los soldados estaban extenuados. El general Lefebre no dejó en línea más que fuertes destacamentos en posiciones atrincheradas, é hizo retirar el resto del ejército fuera de la ciudad, para que el soldado descansase de un combate que había durado tres veces veinticuatro horas, y se rehiciese un poco. Nuestros centinelas, puestos en tejados y campanarios, eran tiroteados sin cesar, y perdíamos gente del modo más desesperante, porque nada hay tan espantoso como este género de combate. El calor, que era insoportable, aumentaba la fatiga del soldado. Los sitiados se defendían con un encarnizamiento sin ejemplo; no podíamos avanzar sino pegando fuego á todo, caminando de casa en casa, perforando muros para establecer comunicaciones y hacer nuevas aspilleras. Sucedía á menudo que, al derribar un tabique, se encontraba detrás al enemigo, que seguía defendiéndose á la bayoneta.» (Pág. 69.)

«La jornada del 14 de Agosto fué para Zaragoza un día de triunfo.

»Este sitio nos costó 3.500 hombres, exaltó en alto grado el valor de los aragoneses, y dió un gran ejemplo á todas las plazas de la Península, que quisieron imitar la heroica defensa de Zaragoza.» (Pág. 73.)

«Así terminó—dice el alemán Schepeller—el primer sitio de Zaragoza, comparable á los de Numancia y Sagunto... Los españoles pueden adornarse sin temor con este laurel; ninguna nación moderna les opondrá otro semejante.»

## PARTE SEGUNDA.—SEGUNDO SITIO

### I

#### ATAQUE EXTERIOR

**El hacha y la piqueta.—Las fortificaciones.—Las tropas.—¡Después de muerto hablaremos!—Situación de los franceses el 22 de Enero.**

El hacha y la piqueta.—Derrotado en Tudela el ejército llamado de reserva, llegan á Zaragoza muchos fugitivos, sin armas y en desorden. Presúmese que el ejército francés no ha de tardar en presentarse detrás de ellos, ganoso de apoderarse de Zaragoza, reparando así la derrota sufrida ante sus muros pocos meses antes. Los zaragozanos se aprestaron á la resistencia. Palafox había embarcado en el Canal, dirigiéndose á Zaragoza precisamente con el objeto de terminar las defensas de la ciudad.

El primer sitio había hecho ver cuán útiles eran á los franceses las casas de campo y los árboles inmediatos al recinto, pues á su favor habían podido aproximarse á cubierto á la ciudad. Decretóse la tala de todo el terreno inmediato para despejar el campo de tiro, y aquí empiezan de nuevo los sacrificios de los zaragozanos. Alamos y chopos de los paseos, magníficos olivares, jardines, quintas ó torres, árboles frutales, que en un radio de 700 metros

de la heroica ciudad formaban el encanto, el recreo y la riqueza de sus habitantes, desaparecen.

Empezaba con estos actos la serie de los que habían de labrar tan alto puesto en la Historia á los que de modo tan edificante sacrificaban todo interés personal, toda idea de propiedad, cuanto eran y tenían, entregando á los azares de la guerra sus afectos, sus hogares y sus vidas. Y mezclándose á las tropas regulares y á las de voluntarios allegados, formóse una valiente guarnición hacinada en deleznable fortaleza: la ciudad en armas.

«Esta orden (la de arrasar las inmediaciones)—dice Belmás—fué ejecutada sin murmuraciones: apenas se designaba una casa, caía hecha polvo. Cuantos árboles formaban la riqueza del país desaparecieron bajo el hacha; y los jardines, antes tan bellos, no presentaron más que el aspecto de la tierra inculta. El convencimiento de que estos sacrificios eran necesarios al bien común, armaba millares de brazos, que se complacían en destruir en un momento los resultados del trabajo de tantos años.» (Pág. 144.)

Las fortificaciones.—Realmente no merecían el nombre de tales, ni representaban obstáculo serio al sitiador.

Según el teniente coronel de Ingenieros D. Manuel Caballero, segundo de San Genis, que, con éste, dirigió la construcción de las obras, se empezó á trabajar en Septiembre; y como el 20 de Diciembre fué atacada la plaza, no se dispuso más que de tres meses. La recolección y labores del campo distrajeron muchos brazos; por otra parte, los zaragozanos estaban más dispuestos á pelear que á trabajar.

De aquí el que las obras de defensa no fuesen de importancia, y tuvieran, en casi todo su desarrollo, más carácter de obras de campaña que de fortificación semipermanente; y, desde luego, no podían llevar el sello de las permanentes de plazas fuertes.

Así y todo, Zaragoza sostuvo *setenta días de trinchera abierta y cuarenta y uno de bombardeo* continuo; detuvo á tropas valientes, mandadas por mariscales como Moncey, Mortier y el ínclito Lannes, con los mejores jefes de Artillería é Ingenieros del Imperio.

No siempre se cumplió, en punto á la erección de defensas, la voluntad de los ingenieros militares españoles, que hubieran preferido alguna otra solución en la traza de las obras; pero estos ingenieros se armonizaban muy bien con el pueblo de Zaragoza, que les dispensó hasta el fin todo su afecto; y por eso juzgaron prudente aumentar la confianza de los defensores en el valor de las obras que iban á defender, defiriendo algo á sus gustos.

Pero, en suma, faltó tiempo. De haberlo tenido, las fortificaciones de Torrero, entre otras, no hubieran sido tan fácilmente debeladas por los franceses.

Las tropas.—Veamos ahora los estados de fuerza en ambos campos:

## TROPAS SITIADORAS

| | |
|---|---|
| Tercer cuerpo (Junot) | 22.473 |
| Quinto ídem (Mortier) | 22.607 |
| Artillería | 2.990 |
| Ingenieros | 1.017 |
| Total | 49.087 |

Descontando las tropas destacadas, pueden contarse alrededor de 40.000 hombres.

## GUARNICIÓN DE ZARAGOZA

*Zapadores:*

| | | |
|---|---|---|
| Treinta y un oficiales de ingenieros zapadores de Aragón, de Calatayud y de Valencia, con obreros del Canal | | 800 |

*Tropas veteranas:*

| | | |
|---|---|---|
| Regimientos y batallones de guardias reales y valonas, Extremadura, fusileros del Reino, Infante D. Carlos | | 8.200 |
| Regimientos de infantería de Valencia, Alicante, Murcia y Segorbe | 4.800 | |
| Voluntarios de Chelva, Alicante y Orihuela | 1.200 | |
| Cazadores catalanes y voluntarios de Castilla | 1.000 | |
| | | 7.000 |

*Aragoneses:*

| | | |
|---|---|---|
| Batallones ligeros del Carmen, Portillo, Torrero, Zaragoza, etc.; regimiento de fieles zaragozanos, de granaderos de Palafox, de la Reunión de Aragón, voluntarios de Aragón; cazadores de Fernando VII, etc.; montañeses de San Pedro; batallones de Calatayud, Huesca, etc. | | 10.000 |
| Caballería (desmontada en su mayor parte): entre ellos, los húsares de Aragón | | 2.000 |
| Artillería | | 1.800 |
| Otros destacamentos | | 1.200 |
| TOTAL | | 31.000 |

Además, según Belmás, 15.000 paisanos.

*En 7 de Enero:*

| | | |
|---|---|---|
| Disponibles | 20.000 | |
| Heridos y enfermos | 9.500 | |
| Muertos | 1.500 | |
| | | 31.000 |

*En 4 de Febrero:*

| | | |
|---|---|---|
| Bajas: enfermos y heridos | 13.737 | |
| Idem: muertos | 2.605 | |
| | | 16.342 |
| Disponibles para combatir | | 8.495 |

Se contaba con numerosa artillería: 160 piezas, entre las cuales figuraban las 54 que el ejército francés abandonó en el primer sitio.

La pólvora se fabricaba diariamente con arreglo á las necesidades, para evitar su almacenamiento y el peligro de voladuras como la del Seminario del primer sitio.

Cuanto á las subsistencias, se almacenó la cosecha, y, por su parte, los habitantes hicieron provisiones que hubieran sobrado á no haberse reunido tantas bocas; de ahí la penuria ulterior.

Tal vez—y es esta opinión muy generalizada—hubiesen hecho mejor servicio una parte de las tropas al exterior, empleándolas en mantener libres las comunicaciones y hostigar á todas horas á los sitiadores en sus líneas, puestos y trabajos de sitio.

¡DESPUÉS DE MUERTO HABLAREMOS!—El 20 de Diciembre, al medio día, aparecen las tropas francesas delante de Zaragoza; y tan diligentes anduvieron, que el 21 empezaron el fuego dos formidables baterías contra el fuerte de Buenavista, en Torrero. Acometen esta posición, y, tras un porfiado combate, la toman los franceses. Intentan atacar á viva fuerza el Arrabal, cuya pose-

sión les era necesaria para aislar á Zaragoza por la izquierda del Ebro y batir de revés las defensas y defensores de la orilla derecha; pero sufren un terrible escarmiento, con pérdida de 1.000 hombres.

Los *voluntarios de Huesca,* á las órdenes de su teniente coronel, D. Pedro Villacampa, se distinguen en esta jornada, que levanta la moral de los defensores y permite la entrada de recursos.

Para disimular este descalabro y ganar tiempo, el mariscal Moncey dirige un oficio á las autoridades de Zaragoza proponiendo la capitulación.

Estaba Palafox en el reducto del Pilar cuando le entregó el pliego el capitán Labedoyère, y exclamó:

—*¿Capitular? Yo no sé capitular; yo no sé rendirme; después de muerto hablaremos de eso.*

—¡Viva España!—contestaron á una todos los que le oyeron, entusiasmados con las palabras de su caudillo.

Empiezan los trabajos de trinchera de un sitio regular, cual si se tratase de una plaza fuerte de primer orden, y se preparan á toda prisa tres ataques:

Derecha: contra el fuerte de San José, que después se había de prolongar hacia el recinto de la ciudad en el saliente que forman Molino de aceite y Puerta Quemada.

Centro: contra el fuerte del Pilar y puente del Huerva, para continuar hacia Santa Engracia.

Izquierda (simple amago): contra la Aljafería.

El 29 de Diciembre, Junot releva al mariscal Moncey, y dos días después hacen una salida los españoles contra los tres ataques. En la del centro se portó bizarramente Villacampa con su batallón de Huesca. Otra salida, el 2, abre los fastos de año nuevo.

Trabajos y lucha.—El 7 de Enero, según los estados oficiales de fuerza del día 1.°, la guarnición no contaba ya sino escasamente 20.000 hombres; 9.500 estaban enfermos ó heridos; los restantes habían muerto.

El frío, que hacía numerosas bajas en las tropas de Valencia y Murcia; la inferior calidad y cantidad de los alimentos, que ya empezaban á escasear; el servicio á la intemperie, y las bajas causadas por el bombardeo como por los continuos combates, explican estas cifras.

Nada de esto hacía impresión en el ánimo de los zaragozanos; ni las privaciones presentes, ni las futuras, fáciles de prever, disminuían en un ápice su ardor y su resolución de resistir hasta sepultarse en las ruinas de la ciudad.

El 10 de Enero, las ocho baterías de grueso calibre levantadas contra el fuerte de San José y el reducto del Pilar bombardean estas posiciones y abren brecha, lo que motiva una briosa salida.

El 11 se realiza el asalto al convento de San José, del que logran apoderarse los enemigos.

El reducto del Pilar se defiende con heroísmo incomparable. Los franceses tienen que llegar con sus zapas hasta la contraescarpa, y logran allanar los parapetos y abrir brecha. En el asalto y toma (15 de Enero) se distingue el segundo de voluntarios de Aragón.

En posesión de San José y del reducto del Pilar, quedan los franceses dueños de toda la orilla izquierda del Huerva.

Podían dirigirse al saliente de Santa Engracia.

Situación de los franceses el 22 de Enero.—El mariscal Lannes llega ante Zaragoza y toma el mando de los cuerpos tercero y quinto.

La insurrección había hecho progresos. Los aldeanos degollaban á forrajeadores y destacamentos aislados. Pululaban guerrillas hacia Epila y Tara-

zona. Se organizaba en Huesca una división. El valle del río Aragón estaba en armas; hacían excursiones hasta Pamplona y atacaban los convoyes, siendo necesarios numerosos destacamentos para escoltarlos. La comarca de Alcañiz estaba en plena insurrección.

El día 26 habían construído los franceses 20 baterías.

Las de morteros bombardeaban la ciudad noche y día, y abrían brecha en diversos puntos, á saber:

Terraza alta de Santa Mónica; jardín bajo de dicho convento, cerca del Molino de aceite; junto á la batería de Palafox; convento y tapia de la puerta de Santa Engracia.

En los días 26 y 27 realizan furiosos ataques los franceses, penetran en Zaragoza, y se apoderan de los siguientes puntos: Molino de aceite y casas inmediatas; Santa Engracia; Monasterio; torre del Pino; puerta del Carmen y algunos conventos; entre otros, el de Trinitarias.

El proyecto de Lacoste era avanzar hacia el Coso, caminando á la derecha por las calles Palomar y Quemada, y en el centro por la calle de Santa Engracia.

El ataque del Arrabal se había diferido á causa de las guerrillas que molestaban de continuo á los franceses; pero habiendo cubierto una división de Suchet los caminos de Cataluña, Lannes se decidió (29 de Enero) á expugnar también la ciudad por el Arrabal en la orilla izquierda del Ebro. (Belmás, página 242.)

## II

### GUERRA DE CASAS

**Plan de los franceses en la guerra de calles.—Ejemplos sacados del diario del sitio.—Cómo se defiende el hogar.—Ataque por la mina.—Lucha subterránea.—Voladura del convento de San Francisco.**

PLAN DE LOS FRANCESES EN LA GUERRA DE CALLES.—Era éste el abrirse paso cuanto antes hasta el Coso, y llegar después, ocupando las Tenerías, á los malecones del Ebro, para unirse con los atacantes del Arrabal.

Debían, pues, operar con preferencia por su derecha, partiendo de las brechas abiertas en ese lado del recinto, desde donde esperaban llegar pronto á la puerta del Sol, primera aspiración suya, para lo cual tenían antes que apoderarse de los conventos de Santa Mónica y San Agustín. En la defensa de aquél cayó herido Villacampa.

Establecidos en Santa Engracia, se extendieron por las manzanas de las dos aceras.

Lacoste se proponía avanzar hacia el Coso, caminando por la derecha, por las calles Palomar y Quemada, á desembocar en la plaza de la Magdalena; y por el centro, por la calle de Santa Engracia. De este modo perseguía los dos objetivos siguientes:

1.° Apoderarse con más facilidad de los barrios comprendidos entre las calles de Santa Engracia y Quemada, en los que, por haber un gran número de jardines y escasa edificación, creía poder dominar esta parte con menor esfuerzo.

2.° Posesionarse del barrio de las Tenerías para combinar este ataque con el del Arrabal, batir las casas del muelle y caminar rectamente hacia el Pilar, que, en la disposición de ánimo de los defensores, podía considerarse como el alma de la defensa.

Ejemplos sacados del diario del sitio.—Penetran los franceses por la batería de Palafox y edificios á la izquierda en la calle de Pabostre, que está enfilada por Puerta Quemada y Molino de aceite. El extenderse un poco por la acera del lado exterior, á través de las cortaduras y barricadas en las callejas que dan á ella (del Gato, del Turco, Nueva, etc.), les cuesta tiempo y sangre: más de 100 bajas. Tardan cinco días en tomar esta calle (27 de Enero á 1.° de Febrero); mas perdieron una parte de ella, y el principio de la de Quemada, en una reacción ofensiva que los españoles efectuaron el 1.° de Febrero, hiriendo á más de 100 franceses. (Belmás, pág. 249.) Villacampa y los de Huesca defendían Santa Mónica, á la derecha.

En Santa Engracia «habíamos tenido (27 y 28 de Enero) 78 muertos y 178 heridos, y procurábamos, inútilmente, avanzar de la plaza de Santa Engracia». (Pág. 231.)

*Día 29.*—«Nos fué imposible franquear la callejuela que desemboca en la calle de Santa Engracia, antes de la calle de las Recogidas.»

Así se dió el caso inaudito de avanzar con la zapa simple y doble por las calles; de hacer caponeras, caminamientos cubiertos y pasos blindados; de emplear el cañón para batir las casas, estableciendo baterías de cañones, obuses y morteros en las estrechas calles de la ciudad, teniendo que blindarlas ó cubrirlas por la parte superior. En fin, hubo que apelar á la guerra de mina; y aun para hacerse dueños de los escombros de las casas, tenían que soportar vigorosos contraataques y atrincherarse aprovechando la obscuridad de la noche.

*26 á 27 de Enero.*—Ataque al recinto y posesión del mismo.

«Aquí da principio una nueva serie de operaciones que caracteriza particularmente el sitio de Zaragoza. Las defensas exteriores habían cedido á nuestros esfuerzos; los muros exteriores estaban destruídos, pero al caer dejaban ver cuál era todavía la fuerza interior de la ciudad. Resueltos á defender el terreno pie á pie, los españoles habían hecho fuertes cortaduras en las calles y aspillerado las casas. Los palacios, conventos y principales edificios habían sido transformados en verdaderas ciudadelas, y estaban ocupados por guarniciones provistas de armas, víveres y municiones. Todo el mundo previó que un ataque á viva fuerza contra un enemigo así preparado era una temeridad que costaría caro, sin poder estar justificada por el éxito. Así es que se resolvió el caminar á cubierto en cuanto fuese posible, y avanzar lentamente, aunque sobre seguro, á fin de no desanimar las tropas por las pérdidas muy grandes y multiplicadas.» (Belmás, pág. 226.)

Cómo se defiende el hogar.—Lejeune, inteligente actor de esta memorable tragedia, nos hace saber cómo se defendían las casas, y cómo tenían que atacarlas los franceses:

«En cada casa los españoles, bajo la dirección del infatigable coronel de Ingenieros San Genis, multiplicaban los agujeros en los tabiques y en los techos para poder disparar de un cuarto á otro y de piso á piso. Se les oía romper las escaleras para hacer con ellas barricadas, y sustituirlas con escaleras de mano que retiraban después; y cada uno, en su fortaleza, se aprovisionaba con proyectiles, con granadas para hacerlas rodar sobre el asaltante; con pólvora, balas y piedras, para matarnos. Al propio tiempo, los sacerdotes y las mujeres circulaban por todas partes con las armas en la mano, en medio de una lluvia de balas, y marchaban á la cabeza de un nuevo ataque con una audacia sorprendente para arrojarnos de nuestras posiciones.» (Pág. 176.)

«Tiraban tan á menudo y apuntaban tan bien, que los chacós de nuestros soldados resultaban acribillados en cuanto sobresalían del parapeto de la trinchera, lo cual hacía sumamente penoso el trabajo de nuestros ingenieros.

Haxo, uno de nuestros más bravos camaradas, estaba tan vivamente contrariado por este continuo tiroteo durante los trabajos, que se incomodaba con mi elevada estatura, y me reñía cuando permanecía cerca de él en las trincheras con mi traje galoneado de oro y coronado con un plumero blanco que servía de punto de mira.» (Pág. 183.)

«En aquellas calles estrechas los españoles disparaban á boca de jarro, acribillaban las barricadas, tablones, puertas y todo aquello que podía abrigarnos. En pocos instantes, todas las maderas estaban atravesadas como si fueran puntilla, y ¡desgraciado del que se encontraba detrás!

»Fué necesario blindar y cubrir con entramados muchos de los cañones y morteros que se ponían en batería en las calles.» (Pág. 188.)

«Cuando había que pasar de una manzana de casas á otra, y por la estrechez de la calle se creía innecesario establecer una barricada ó parapeto para cubrirse, se abrían, una enfrente de otra, brechas ó aberturas en las dos casas fronteras, y el oficial que hacía la ronda tomaba empuje para franquear de un salto toda la anchura de la calle. De otro modo, si le faltaba la agilidad, quedaba tendido en medio de la calle por los disparos de los españoles. Perdimos de este modo muchos oficiales.» (Pág. 220.)

«Los españoles—dice Belmás—se defendían con un encarnizamiento extraordinario, y nos obligaban á caminar metódicamente. Una vez conquistada una casa, era atrincherada y aspillerada; se abrían en ella anchas comunicaciones á través de los muros de traviesa para poder circular libremente á lo largo de los de fachada; se tapaban puertas y ventanas con sacos terreros, y la casa se convertía, de este modo, en una verdadera fortaleza que nos servía de punto de apoyo para penetrar más adelante. Si el enemigo disputaba la entrada de un cuarto, se abrían aspilleras en frente de las suyas, y se rompía el fuego por ambas partes. El cuarto ó habitación que separaba á los dos combatientes se llenaba pronto de humo, y, á favor de él, un zapador se arrastraba por el suelo hasta llegar debajo de los cañones de los fusiles españoles; se levantaba entonces, y, golpeando con una barra de mina los fusiles, obligaba á retirarlos. Avanzaban nuestros granaderos, metían sus fusiles por las aspilleras abandonadas, arrojaban granadas de mano por ellas, y obligaban á los españoles á retirarse á otro cuarto más allá, en el que el combate empezaba de nuevo...

»Había que hacer estos diversos ataques á la vez, simultáneamente, en todos los pisos de la casa; de lo contrario, estábamos expuestos á los disparos que hacía el enemigo á través de los suelos de los pisos superiores, y á las granadas que arrojaba por los tubos de las chimeneas. Los tejados, especialmente, había que conquistarlos y ocuparlos con fuerzas numerosas, porque los españoles los utilizaban para hacer salidas por nuestra retaguardia y cortar nuestras comunicaciones...

.....

»De todos los medios de ataque, el más seguro era el de la mina, no recargando mucho los hornillos, á fin de que la voladura no destruyese por completo la casa, sino que abriera grandes brechas, pero quedando en pie algunas paredes que pudieran servirnos de resguardo contra los fuegos de las casas inmediatas. Pero entonces los españoles, embadurnando previamente con resina y pez las maderas de las casas, y aplicando faginas embreadas, ponían fuego á ellas cuando tenían que abandonarlas, interponiendo de este modo entre ellos y nosotros una barrera de llamas que les daba tiempo para atrincherarse en los edificios inmediatos.» (Páginas 251 á 253.)

«La toma de cada una exigía un asalto, realizado siempre á costa de la sangre de algunos bravos.» (Belmás, pág. 266.)

De las Memorias del general Brandt, prusiano, que era alférez del 2.° regimiento del Vístula (Arteche, tomo IV, pág. 437), arrancamos la siguiente página:

«Era necesario, sobre todo, vigilar los tejados. Aquellos aragoneses, con sus alpargatas, circulaban por ellos con tanto desembarazo y tan poco ruido como los gatos, lo cual les permitía volver á practicar excursiones inesperadas muy á espaldas de nuestra línea de operaciones. Era aquélla una verdadera guerra aérea de guerrillas: estábase tranquilo junto al hogar, en una casa ocupada hacía días, y de repente se recibían por una ventana tiros que parecían venir del cielo.»

Ataque por la mina.—«Para economizar sangre, los soldados franceses tuvieron que caminar lentamente, por la zapa y la mina. Cuando se había logrado tomar una casa, bajaba el minador á lo más profundo de una cueva y trabajaba en seguida allí para abrir un ramal de mina, ya por debajo de la calle, ya bajo la casa vecina, á fin de llegar á la que queríamos destruir. Se cargaba la mina en el mayor silencio, se le daba fuego, y, una vez hecha la explosión, los soldados franceses, resguardados al efecto contra dicha explosión, se lanzaban á través de las nubes de polvo producidas, para apoderarse de las ruinas de la casa volada, y aun así tomaban precauciones. Se barricaban y atrincheraban en seguida con los mismos escombros para poderse mantener allí, por temor á las reacciones ofensivas, y aguardaban así la noche. Entonces, protegidos por la obscuridad, traían sacos terreros, sacos de lana y cuanto podía servir para hacer espaldones, parapetos y manteletes, que ofrecieran seguro paso al atravesar las calles de una manzana de casas á otra.» (Página 175.)

Lucha subterránea.—Como ya he dicho, el avance de los franceses, palmo á palmo, casa por casa, no podía hacerse sino á favor de la zapa y la mina. Esta es la mejor demostración de la inmensa tenacidad de la defensa. La guerra de mina es lenta, y solamente se aplica en el ataque de fortificaciones poderosas, tenazmente defendidas, que de otro modo son inexpugnables. Aun así, la historia militar registra contados ejemplos de sitios de plazas en los cuales haya sido preciso acudir á la guerra de minas. Pero, pocos ó muchos, esos ejemplos no han rebasado jamás el área de las fortificaciones, y bien puede afirmarse que sólo dentro de ellas hanse abierto los ramales y hornillos de mina, teniendo además bien entendido que, entre profesionales, decir *guerra de mina,* equivale á decir: *fué un sitio porfiado, sangriento y memorable.*

Por consiguiente, es ya un colmo de bravura forzar al enemigo á valerse de la mina para derribar escarpas y contraescarpas, cargar fosos, volar baterías y casamatas, como en los tiempos modernos lo han hecho los defensores de Sebastopol y de Puerto Arturo; pero ¡aplicar este procedimiento á la guerra de calles!; ¡llevar las galerías y los hornillos al interior de una ciudad ocupada por toda una población civil! ¡Eso no se había visto jamás, ni tal vez torne á verse en los siglos futuros!

A tales extremos tuvieron que apelar los franceses en Zaragoza. En este plano que os presento, hecho por aquéllos (Belmás), están señalados los numerosos hornillos de mina que emplearon.

¡Y qué cargas las de los hornillos!: 1.000, 2.000 y 3.000 libras, para volar casas y manzanas enteras. Así se gastaron por los franceses en el sitio tantas toneladas de pólvora de mina, y se emplearon hornillos tan estupendos como los volados en la Universidad, cada uno de 1.500 kilogramos de explosivo.

Los españoles no permanecieron ociosos en este género de guerra. A la mina opusieron la contramina. ¡Y qué guerra! ¡Cuánta sangre fría y cuánto valor son necesarios en esta lucha subterránea, en que se combate sin lucimiento,

sin brillantez, privados de aire, atentos al menor ruido para prevenir la presencia del contraminador, el cual, separado de nosotros por un pequeño espesor de tierras, puede colocar un hornillo y sepultarnos para siempre. Cuando en ese trabajo duro, tenebroso y asfixiante, se encuentran dos contrarios ramales de mina, el choque cuerpo á cuerpo se impone brutalmente; la bayoneta ó el cuchillo pronuncian la última palabra.

De estos casos se encuentran muchos en el sitio de Zaragoza: he aquí algunos de los que refiere Lejeune:

«Estaban nuestros minadores ocupados en preparar, debajo del convento de Jerusalén, tres hornillos de mina para volarlo, cuando oyeron que los españoles les contraminaban. Se apresuraron á cargar uno de los hornillos y á darle fuego. Los minadores españoles, un oficial y quince hombres, quedaron sepultados por la voladura.» (Lejeune, pág. 185.)

«Sucedió un día que estos intrépidos minadores, españoles y franceses, desembocaron al mismo tiempo de sus galerías en una cueva; y allí, en una obscuridad apenas debilitada por las lámparas de mina, se precipitaron unos contra otros con sus herramientas, cuchillos y sables, sin darse tiempo de tomar otras armas. Era, ciertamente, la *guerra á cuchillo* que había prometido Palafox. Los golpes que se dirigían rompían las tinajas de vino y de aceite que contenía la cueva, y los heridos expiraban anegados en vino y sangre.» (Pág. 193.)

«Otro día, un minero nuestro había hecho una abertura, y avanzaba con precaución, pistola en mano y una lámpara en la otra, cuando otro español le tendió muerto, y le sirvió de fosa la misma excavación que había hecho. Los que le seguían escaparon felizmente á este peligro.» (Pág. 193.)

Ni aun la mina bastaba en muchas ocasiones. «Dos veces—dice Lejeune (pág. 204)—habían hecho volar, con hornillos de 800 libras de pólvora, varias partes de un gran hotel ó casa blanca que miraba al Coso, enfrente de la calle del Refugio, y dos veces fueron rechazados nuestros asaltos. Por fin, al tercero, los franceses quedamos dueños de estas ruinas inflamadas; pero una lluvia de metralla, de cascos de bomba y de granada, apenas les dió tiempo de ocultarse. En estas casas derruídas penetraban los combatientes al mismo tiempo, se disputaba lo bajo y lo alto con furor, y sólo la muerte del jefe nos daba la victoria.»

Voladura del convento de San Francisco.—El hornillo que la produjo contenía 3.000 libras de pólvora. La terrible explosión lanzó á enorme altura una gran parte del convento y del claustro, cuyos restos cayeron en el inmenso cráter ó embudo que la explosión acababa de abrir. Una gran columna se dirige al asalto, creyendo á los españoles amedrentados con la explosión, que había hecho temblar todo el barrio; pero ante la enormidad del desastre aumenta el coraje de los zaragozanos, y con renovada fiereza siguen disputando el terreno palmo á palmo.

Había quedado en pie el campanario. Unos paisanos subieron á él, pasaron á la bóveda de la iglesia é hicieron agujeros, por los cuales fusilaban y echaban bombas y granadas á los intrusos, que tuvieron que abandonar la iglesia en la noche del 10.

«Rara vez ha presentado la guerra un cuadro más espantoso que el de las ruinas del convento de San Francisco durante el asalto y en los momentos que le sucedieron. No solamente la violenta explosión destruyó la mitad del convento y las cuevas, en las que muchas familias se creían en seguridad contra el bombardeo, sino que hizo perecer á 400 obreros y defensores, entre ellos, toda una compañía de granaderos del regimiento de Valencia. La tierra de los jardines de Fuentes, todo el terreno de los alrededores y los techos presentaban

el horrible espectáculo de estar cubiertos de restos humanos. No se podía dar un paso sin tropezar con miembros desgarrados y palpitantes; un gran número de manos y de fragmentos de brazos separados del tronco nos indicaban toda la enormidad de la catástrofe.» (Lejeune, pág. 208.)

«La explosión había hecho una gran brecha á un lado del muro, cerca de la puerta mayor, y roto todo el pavimento de la nave y del claustro...

»Cuando penetramos por la brecha, los españoles entraban ya en la iglesia por la sacristía; se parapetaban en medio de los escombros, detrás de bancos, sillas, confesonarios volcados; hasta las reliquias y los ataúdes exhumados de sus cuevas por la explosión, todo les servía de barricada para combatir. Una lluvia de balas caía sobre nosotros por todas partes. La más mortífera partía de las tribunas y galerías altas, especialmente de las pequeñas aberturas de uno de los grandes pilares al lado del coro, en donde estaba situada la escalera del campanario...» (Lejeune, pág. 210.)

«Nuestras tropas empezaban á desmayar ante los obstáculos continuamente renovados que tenían que vencer; estaban abrumadas de fatiga; y todos esos combates mortíferos, cuerpo á cuerpo, en que perdíamos diariamente nuestros más bravos oficiales, zapadores, minadores y soldados, sin hacer progresos sensibles, desalentaban al ejército. No somos dueños—decían los soldados—más que de la cuarta parte de la ciudad, y estamos ya agotados. Será preciso aguardar refuerzos; de otro modo pereceremos todos, y estas malditas ruinas serán nuestro sepulcro antes que hayamos podido desalojar á los últimos fanáticos de sus guaridas.» (Belmás, pág. 294.)

## III

### EPISODIOS

**Aspilleras abiertas á balazos.—Un Cristo que predica y otro que contunde.—Las zaragozanas juran morir por la Patria.—¡¡Arriba la puerta!!**

ASPILLERAS ABIERTAS Á BALAZOS.—El mariscal Lannes llegó el 22 de Enero y tomó el mando, sustituyendo al general Junot, duque de Abrantes.

Tres oficiales de Ingenieros de gran mérito dirigían los tres ataques: Haxo á la derecha, desde el Ebro hasta el convento de San José; Prost en el centro, desde este punto hasta el convento de Santa Engracia; Henri á la izquierda, en el resto.

«Sesenta cañones y 12 morteros hacían fuego sobre las casas que habían de ser atacadas primeramente, á fin de desalojar á los sitiados. A pesar de este fuego terrible, la intrepidez de los españoles era tal que, en el instante mismo en que una bala hacía un agujero en el murò de una casa, los que estaban en el interior se servían de este agujero, como de una aspillera, para disparar su fusil; aunque sucedió á menudo que una segunda bala derribaba el muro sobre sus defensores. Por todas partes se les veía trabajar para construir barricadas en medio de los escombros.» (Lejeune, pág. 164.)

UN CRISTO QUE PREDICA Y OTRO QUE CONTUNDE.—«Un día, uno de estos sacerdotes, de figura venerable, porte majestuoso y elevada estatura, avanzó hacia nosotros, atravesando los atrincheramientos del Arrabal, revestido de sus hábitos sacerdotales y llevando un crucifijo en la mano. Marchaba con paso firme y grave, sin preocuparse de los peligros que le rodeaban.

»Llegado cerca de nuestros puestos avanzados, nos exhortó, con voz sono-

ra y segura, en nombre de la religión, á no atacar inútilmente una ciudad que la Santísima Virgen del Pilar tenía bajo su protección. Se le gritó repetidas veces para que renunciase á la peligrosa misión que se había impuesto; y sólo desistió al oir varios disparos, al aire, que se le dirigieron.» (Lejeune, página 156.)

Abiertas estaban ya numerosas brechas; demolidos en parte los conventos de San Agustín y Santa Mónica, á la derecha; Santa Engracia, en el centro; y Capuchinos, á la izquierda.

No contentos con las brechas, hicieron tres largos ramales de mina, y colocaron igual número de grandes hornillos bajo el convento de Santa Engracia.

A medio día se da fuego á las minas. Esta es la señal del ataque. Lánzanse las columnas; y he aquí lo que dice Lejeune, militante en el ataque de Santa Engracia:

«Las campanas de la ciudad dan la señal de alarma; los zaragozanos corren, acuden á los puntos de ataque, y lanzan sobre nosotros una lluvia de balas y granadas...

»Entáblase un combate terrible: sacerdotes, soldados, paisanos, mujeres y hasta niños se excitan mutuamente á disputarnos el terreno; se defienden desde el zaguán hasta lo alto de las escaleras, de corredor en corredor, de habitación en habitación, atrincherándose detrás de sacos de lana y hasta de montones de libros, haciendo por todas partes un fuego de los más mortíferos. Uno de nuestros soldados polacos *fué muerto por un sacerdote á golpes de crucifijo;* otro mató al capitán de Ingenieros Segond, joven distinguido que iba entre los asaltantes; otro, el famoso Santiago Sas, carmelita fornido, tan valiente capitán como fogoso predicador, que se había distinguido ya en el primer sitio, se alababa de haber matado diez y siete franceses. Con el sable en la mano, desnudos los brazos, recogidos los hábitos, manchado de sangre de la cabeza á los pies, este furibundo recorría las filas y decía:—*Imitadme, y no quedará uno...* Entre los escombros encontramos el cadáver de otro sacerdote que aún conservaba en la mano el copón con las sagradas formas, que valientemente había llevado á los moribundos en medio de aquella carnicería, á fin de que la esperanza de obtener los auxilios espirituales sostuviese hasta el fin la energía de los vivos.» (Pág. 173.)

Las zaragozanas juran morir por la Patria.—«Las mujeres formaron compañías y se repartieron los diversos barrios de la ciudad en donde había lucha. Les fué asignada la misión de llevar víveres, municiones y socorros á los combatientes; cuidar los heridos en los hospitales, hacer cartuchos, y suplir, en lo posible, á los hombres en el combate y doquiera lo permitieran sus fuerzas.

»La joven y bella condesa de Bureta, hija de una de las principales familias del país, de un gran carácter, apenas restablecida y descansada de las fatigas que había experimentado en el primer sitio, se puso á la cabeza de las mujeres por segunda vez, y les dió constantemente el ejemplo de una actividad infatigable y de una abnegación sin límites.

»El recuerdo de sus hechos de armas precedentes era para las demás mujeres un acicate de sana emulación, y todas quisieron imitar su heroísmo, admirando sus virtudes y su piedad. Reunidas en tropas bajo las órdenes de esta valiente amazona, *las mujeres de Zaragoza juraron también perecer con sus hijos antes que rendirse.*» (Lejeune, pág. 146.)

«Para estimular el espíritu público se habían elevado horcas en la plaza del Mercado y en el Coso, para colgar en ellas á los pusilánimes y á cuantos hablasen de rendirse, y organizaron un Tribunal que fallaba en el acto y sin apelación.» (Lejeune, pág. 146.)

¡¡Arriba la puerta!!—«El convento de Santa Isabel era batido en brecha por el cañón, el cual había ya derribado una gran puerta cochera de este edificio, y nos disponíamos á penetrar en él cuando los paisanos levantaron la puerta y la sostuvieron así á fuerza de brazo. Dos veces fué derribada, abatida y levantada de la misma manera; entonces la artillería se vió obligada á batir en brecha los pilares sobre que se apoyaba, para destruirlo todo de una vez. Un poco más tarde, cuando se pudo penetrar en la casa, encontramos los restos de esta puerta volcados sobre un montón de españoles que se habían dejado matar bravamente para tenerla cerrada.» (Lejeune.)

## IV

### RENDICIÓN

**El hambre y la peste.—Situación insostenible.—Capitulación.**

El hambre y la peste.—«Faltaban por completo la carne fresca y las legumbres; no había más que bacalao y carne salada. Un pollo valía cinco duros. Todos los molinos del Ebro estaban en nuestro poder, y los zaragozanos carecían de muelas para moler el grano. Habían construído algunos molinos movidos á brazo, pero no podían dar abasto á todas las exigencias, y los habitantes se veían reducidos á comer el trigo simplemente machacado. Este insalubre alimento les causó tanto daño como lo hubiera podido producir el hambre.

»Añádanse á este azote los desastres producidos por el bombardeo, que duraba ya tres semanas.

»La mayor parte de los habitantes se habían refugiado en las bóvedas de las cuevas, creyéndose seguros en ellas; pero muchas eran atravesadas por las bombas.

»El aire fétido y viciado que se respiraba en estos asilos, húmedos, harto reducidos para contener la población que allí se amontonaba, hizo bien pronto que la permanencia en ellos fuese mucho más peligrosa que el servicio de la defensa al descubierto. Ya todos estos males reunidos habían producido una epidemia que hacía perecer más de 300 personas por día, y empezaba á comunicarse á la guarnición.

»Muchas familias no tenían fuerzas para conducir los muertos fuera de sus casas, y aquellos que podían ser llevados á las calles y á las puertas de las iglesias, quedaban allí, sin sepultura; las bombas, al estallar, dispersaban estos cadáveres y los arrancaban de sus sudarios, desgarrados y sangrientos. A cada paso se presentaba este horrible espectáculo.» (Lejeune, pág. 196.)

«Las víctimas de la epidemia eran tan numerosas, que se encontraban cadáveres abandonados, completamente vestidos, en las calles y en las casas de que nos apoderábamos.

»Todavía creo estar viendo una que había sido abierta y destruída de arriba á abajo (como cortada) por una explosión. Esta explosión había sorprendido á un padre y á su hija en el momento de la siesta, después de la comida, al lado de una pequeña mesa redonda, cubierta todavía con algunos vasos. El viejo, bien vestido, y envuelto en parte en una capa, estaba sentado en un sillón de brazos, de madera negra; y su hija, vestida también, estaba tendida á sus pies sobre una esterilla de junco. Parecían, más que personas muertas, figuras de cera.» (Lejeune, pág. 221.)

«La ciudad no era más que un estrecho cementerio. Por doquiera, los muertos estorbaban el paso; faltaba el espacio para hacer las inhumaciones; y la indiferencia de los zaragozanos ante este horrible espectáculo había llegado á tal punto, que saltaban, pasaban por encima de ellos como hubieran podido hacerlo por encima de una piedra ó de cualquiera otro obstáculo.» (Lejeune, página 213.)

SITUACIÓN INSOSTENIBLE.—«Daba horror ver la ciudad. Se respiraba un aire infecto que sofocaba. El fuego, que consumía todavía varios edificios, cubría la atmósfera con espeso humo. Los barrios en que se habían conducido los ataques no presentaban más que montones de ruinas mezcladas con cadáveres y miembros esparcidos. Aun las casas que se habían salvado de la explosión de las minas y del incendio estaban acribilladas de balazos y aspilleras, ó aplastadas por granadas y bombas. En lo alto de algunos muros colgaban trozos de techo ó de suelo que amenazaban caer sobre los que se acercasen. A lo largo del Coso, que formaba el límite de nuestra conquista, el suelo estaba removido por las minas y las bombas; las puertas y ventanas veíanse tapadas con sacos terreros, colchones ó muebles; todas las calles adyacentes hallábanse obstruídas con barricadas y escombros.

»La población, retirada á los barrios menos expuestos á los ataques, estaba amontonada en cuevas y sótanos húmedos, buscando un refugio contra las bombas. Los hospitales eran abandonados, y los enfermos, medio desnudos, vagaban errantes por la ciudad cual sombras lívidas escapadas de los sepulcros, y expiraban en medio de las calles.

»La plaza del Mercado Nuevo, especialmente, ofrecía el espectáculo más espantoso: un gran número de familias, cuyas casas habían sido invadidas ó arruinadas, se habían refugiado en los soportales; allí estaban mezclados viejos, mujeres y niños, en el suelo con los moribundos y los muertos...» (Belmás, página 324.)

En las postrimerías de Enero comienza el período agónico de la plaza; pero fué una agonía con estertores y colapsos terribles, semejantes á esas últimas zarpadas de león herido, las más violentas, las más nerviosas y corajudas. Aquel ser macilento, extenuado y cadavérico, rebelábase á morir, y en las iras de sus instantes finales, aún encontraba fuerzas para mantener á raya al invasor, y rechazar sus incesantes y abrumadoras acometidas.

El 1.° de Febrero líbranse los homéricos ataques al convento de San Agustín y los asaltos á la calle de Quemada; muere Lacoste, y prosiguen los trabajos de aproximación al Coso.

El 10 de Febrero tiene lugar la voladura y toma de la iglesia de San Francisco.

Agotados todos los recursos, apestada la ciudad, reducidos á escombros sus edificios, aniquilada la guarnición, enfermo Palafox, y convertida la plaza en un cementerio humeante, fué preciso pensar en la capitulación.

Llega la triste noche del 19 de Febrero y la fatídica mañana del 20. Se convoca la Junta de defensa, con asistencia de los jefes de fuerzas, y véanse aquí las opiniones emitidas en aquel acto:

El brigadier Peña dijo que no podía contarse más que con 1.800 hombres de infantería del ejército veterano; el conde de Casa-Flores manifestó que existían tan sólo 260 caballos; el general Villalba expresó que todas las existencias de pólvora eran seis quintales, cantidad correspondiente á la labor de treinta horas; el coronel Zappino, de Ingenieros, hizo saber que, en situación de resistir, no había otros puntos que la Aljafería y las puertas de Sancho y del Portillo.

De los 31.000 hombres de la primitiva guarnición, tan sólo quedaban 8.200

en actitud de tomar las armas; «del batallón de Voluntarios de Huesca—dice Alcaide—no había oficial ni soldado que no estuviera herido ó contuso».

Contrastando con tan apurada situación, el sitiador iba restañando sus heridas, engrosando sus núcleos y estrechando el cerco. Contra el Coso estaban dirigidos seis hornillos con 3.000 libras de pólvora cada uno, y á la izquierda del Ebro, prontas á vomitar la muerte, veíanse 50 piezas gruesas de batir.

En tales circunstancias, no era humanamente posible continuar la resistencia: la ciudad había muerto. El 21 de Febrero, la guarnición salió por la puerta del Portillo é hizo pabellones de armas al pie de la Aljafería. Y ved aquí de qué modo juzgan los escritores extranjeros el acto solemne y patético de la rendición:

«La columna española salió ordenadamente, con sus banderas y sus armas. Nunca pudo nuestra vista contemplar un espectáculo más triste y conmovedor. Trece mil hombres enfermos, con el germen del contagio en su sangre, enflaquecidos horriblemente, de barba negra, larga y descuidada, con fuerzas apenas para sostener sus armas, se arrastraban lentamente al sonido del tambor. Sus trajes, sucios y en desorden, bosquejaban un cuadro de la más espantosa miseria. Un sentimiento de arrogancia y de orgullo indefinibles aparecía en los rasgos de sus semblantes lívidos, ennegrecidos por el humo de la pólvora, y sombríos por la cólera y la tristeza.

»La faja española de vivos colores dibujaba su talle; el ancho sombrero redondo, coronado por algunas plumas de gallo negro, sombreaba su frente; y la capa parda, ó la manta puesta negligentemente sobre todos estos trajes variados de aragoneses, catalanes y valencianos, prestaba gracia y hasta elegancia á sus ropas desgarradas en tan nobles fatigas, y á los andrajos denegridos de que estaban cubiertos estos espectros vivos...

»En el momento en que estos bravos depusieron sus armas y entregaron sus banderas, veíaseles presa de un violento sentimiento de desesperación. Sus ojos chispeaban de cólera...

»Partieron para Francia. ¡Zaragoza estaba conquistada!

»Así terminó este memorable sitio.» (Lejeune, pág. 247.)

«¡Qué guerra! ¡Qué hombres!—escribía Lannes—. Un sitio en cada calle; una mina bajo cada casa. ¡Verse obligado á matar á tantos valientes! Aquella guerra es horrible: se lo he escrito al Emperador; la victoria da pena...»

Después de estas palabras, huelgan todas las que pudiéramos pronunciar en elogio de aquellas almas heroicas, honra de España y orgullo de nuestra raza.

La artillería había disparado contra la ciudad 32.700 balas, bombas y granadas. Consumió 79.325 kilogramos de pólvora ordinaria y más de 10.000 kilogramos de pólvora de mina.

Perecieron durante el sitio 53.873 habitantes; la mitad eran paisanos refugiados. Los que habían escapado al bombardeo y á la epidemia estaban flacos y lívidos; parecían espectros.

Murieron 11 oficiales de Ingenieros franceses y fueron heridos 27. Trabajaron mucho y se cubrieron de gloria: Lacoste, Lejeune, Rogniat, Haxo, Valazé, Proust, Henri..., son nombres que han pasado á la Historia, nombres prestigiosos con que se envanece la Francia, y que ganaron la inmortalidad por el solo hecho de haber asistido al heroísmo zaragozano.

## V

### CONSIDERACIONES

**Defensa militar y defensa popular.—Juicio sobre la extremada resistencia de Zaragoza.—Su parangón con Puerto Arturo.—Característica notable del segundo sitio.—«¡Gloria victis!»**

DEFENSA MILITAR Y DEFENSA POPULAR.—¿Qué enseñanzas nos ofrece el sitio de Zaragoza? La tenacidad, el valor heroico de sus habitantes, dan un sello característico á esta defensa.

Cierto es que las tropas veteranas del Ejército, que compusieron parte de la guarnición, prestaron una ayuda muy esencial, muy importante, principalmente para todos aquellos actos en que al valor han de unirse la disciplina y el saber profesionales, cualidades que no pueden suplirse con la mayor abnegación. Las viejas tropas españolas que se batieron en Zaragoza cubriéronse de gloria.

¿Pero ellas, por sí solas, hubieran llevado á grado tan eminente la defensa? Si Zaragoza hubiese tenido solamente una guarnición del Ejército, la misma, valiente y aguerrida, que tuvo, con exclusión de todo elemento civil, ¿hubiera sido la defensa lo que fué? No. Conservaría entonces el carácter de *defensa militar brillante;* pero las más bellas defensas desplegadas por las más valientes tropas no llegan á la que ejecutan habitantes como los de Zaragoza, decididos á defender sus hogares, su Patria, su independencia hasta morir, cerrando los ojos á todo peligro y á toda privación.

Ved el cuadro de una brillante defensa militar, aun tratándose de una verdadera plaza fuerte, erigida con todos los elementos defensivos:

La guarnición combate contra el acordonamiento; soporta el bloqueo y sufre sus consecuencias en lo que afecta á víveres, medicamentos y demás medios de vida; aguanta el bombardeo, á veces al amparo de casamatas; ejecuta numerosos trabajos, siempre necesarios para completar obras de defensa, para reparar en lo posible los estragos causados por la artillería sitiadora en ellas; se bate diariamente con el sitiador, y hace numerosas salidas para entorpecer sus trabajos de trinchera. El estado físico del defensor se altera por el continuo pelear, por el perenne trabajo por la constante vigilancia, por el incesante servicio de baterías, de guardias, de sostenes y retenes; y la moral se deprime bajo la tensión incesante de ánimo en que vive.

Llega un momento en que el sitiador, con sus trincheras y zapas, alcanza la línea de obras de defensa y corona el foso mismo de las fortificaciones. Sus baterías han abierto brecha en las murallas, y por estos boquetes puede irrumpir en la ciudad, convertida *ipso facto* en plaza abierta.

Aun suponiendo el más alto grado de la defensa, el sitiado se ha defendido con la mina, para impedir los avances del sitiador hacia el foso; se ha batido en éste para cerrar el paso al atacante; ha resistido, en fin, valientemente uno ó más asaltos á la brecha.

Esto es todo, y constituye el colmo de una brillantísima defensa militar; pero una vez que el sitiador ha tomado pie en lo alto de la brecha, y asegurado así la posibilidad de penetrar en la plaza, ésta se rinde.

He de advertir que semejantes defensas son excepcionales. En otras muchas que se conceptúan honrosas, ha bastado la existencia de una ó dos brechas practicables para justificar la rendición.

Pero en tiempos de las guerras napoleónicas eran numerosas las plazas que se rendían antes de llegar á esos extremos de resistencia, bastando los inicios de un bombardeo para cubrir el honor de las armas. Recordaré, entre otras muchas, la plaza de Flesinga, sobre el Escalda, una de las más fuertes. Y á tal punto llegó la flojedad en la defensa de las plazas, que Napoleón hizo escribir á Carnot un libro, para que este ilustre ingeniero militar explanase su sistema, encaminado á hacer más enérgicas las defensas.

La decadencia de la poliorcética se acusaba entonces por el plazo matemáticamente exacto que se fijaba á los trabajos de sitio: llegar al foso, abrir brecha y tomar la plaza. Tantos días para la primera paralela; tantos para la construcción de baterías de primera posición, para los caminamientos á la segunda, coronamiento del camino cubierto, batería de brecha, etc. Quince, diez y siete, veinte días bastaban para todas estas operaciones. Era un *jaque mate á tantas* jugadas.

Pero, al llegar á España, todas estas reglas cayeron en defecto; por eso es famosa la *Guerra de sitios de la Península*.

Juicio acerca de la extremada resistencia de Zaragoza.—Pero, volviendo á Zaragoza, ¡ah!, el cuadro que nos presenta esa ciudad es muy diferente al que por entonces ofrecían las plazas de Europa.

Zaragoza defiende débiles tapias y unas cuantas *obras de tierra* de su recinto: obras que deben reputarse como de campaña; que no ofrecen al asaltante obstáculos materiales de avance, porque carecen de fosos profundos comprendidos entre sólidas escarpas y contraescarpas de mampostería flanqueadas por baterías. No tiene abrigos para el servicio de las piezas, ni éstas están en posiciones dominantes; carece de casamatas que amparen su guarnición contra el bombardeo; faltan, en fin, los recursos de la fortificación permanente. Así, pues, el recinto de Zaragoza, tanto en el primero como en el segundo sitio, era de escasísimo valor defensivo. Bien fácilmente se abren numerosas brechas en él; bien fácil es al enemigo aproximarse á través de un terreno cubierto por huertas, tapias, etc.

Y, sin embargo, el llegar al recinto, el abrir brecha, cuesta á los franceses mucho más tiempo, hombres y sacrificios que los exigidos á la sazón por las plazas fuertes de primer orden. Mirad el gran desarrollo de trincheras, de zapas, de baterías, de trabajos de todo género que tiene que desplegar contra esas deleznables obras de defensa que constituyen el recinto de Zaragoza: trabajos contrariados á cada momento por salidas vigorosas de los defensores.

Llega el sitiador á abrir brecha; apodérase del recinto, y... aquí es cuando se manifiesta en toda su terrible majestad el heroico tesón del pueblo zaragozano.

Porque no es ya sólo una guarnición brava: es un pueblo heroico que la sostiene, la apoya y va más allá: da ejemplo. Pueblo entero, sin distinción de edad ni de sexo, coopera como un solo hombre. La cartuchera y el fusil se ven bajo el hábito del fraile, sobre la ropa del artesano, del campesino y del cruzado; y á su lado, el rugido del cañón y los espasmos de la mina agitan los pañuelos y los delantales de las garridas zaragozanas.

Para que apreciéis bien lo grande y lo patético de este cuadro, coloquemos á su lado el que ofrece una ciudad sitiada á cuya defensa no concurren los habitantes. Estos no piensan más que en la conservación de sus vidas, en la de sus bienes, de sus industrias, de su comercio. Apremian y conminan al gobernador de la plaza, resuelto á resistir como el deber le ordena. Ellos repugnan esa defensa porque les arruina, destruye su ciudad y expone sus vidas; en fin, para contrariar la energía de la defensa, acuden á los medios más criminales, incluso el de infiltrar en el soldado el espíritu de sedición.

Por eso los gobernadores de plaza, cuando esto es posible por el número, alejan de ella mujeres, niños, ancianos, no sólo por ser bocas inútiles, sino para evitar toda causa deprimente.

¿Qué contraste ofrece Zaragoza? Allí se empieza por hacer el sacrificio de los bienes, y á diario se consuma el de las vidas. Allí, el jefe ó el soldado simplemente valiente pasa por tibio, y el tibio por traidor; y se fusila á Falcón porque no defiende bien á Torrero, y se ahorca en el Coso á todo el que habla de capitular. Allí, sobre el gobernador militar hay una Junta, y saturándolo todo como soberano absoluto, el brío indomable del pueblo.

Es Zaragoza, es Aragón, es una raza que se manifiesta.

Zaragoza y Puerto Arturo.—Se ha hablado y escrito mucho en elogio del sitio de Puerto Arturo. Yo mismo, á este propósito, he dicho algo en recientes conferencias del Ateneo; y también añadí, al encomiar el valor de los defensores, que aquella defensa no revestía los caracteres de heroicidad que afectó la de Zaragoza.

Puerto Arturo tenía fortificaciones permanentes, y muchas semipermanentes escalonadas, que pudo hacer Stoesel en seis meses de preparación.

Se defendieron brillantemente contra la artillería y la mina, é infirieron verdaderas hecatombes á los japoneses; pero en cuanto cayeron los fuertes principales, la plaza se rindió: había concluído la defensa militar.

Además, Stoesel tenía á los *chinos* como población. ¿Qué le importaba la ruina de la ciudad y de sus habitantes? Abundaban los víveres y las municiones, y aun en los momentos de peligro, el *champagne* alivió las inquietudes del defensor...

Característica notable del segundo sitio.—He de consignar un aspecto del segundo sitio, muy característico, que ya ponen de manifiesto Alcaide Ibieca, testigo de mayor excepción porque tomó parte activa en ellos, y el ilustre historiador de la guerra de la Independencia, general Arteche.

En la primera parte de dicho segundo sitio, esto es, en la defensa desde el acordonamiento hasta la toma de una parte del recinto, los zaragozanos, el verdadero pueblo, no toman en la defensa una parte tan enérgica como en aquellos días gloriosísimos del primer sitio.

La defensa, brillantísima siempre, admirable, es más militar que popular. El ejército es el que hace el servicio de trincheras, el que realiza las salidas, el que principalmente se bate.

Pero en cuanto las tropas francesas ponen el pie en el interior, de tapias adentro, en cuanto pisan Santa Engracia, aparece el zaragozano del primer sitio. Mientras el invasor vomitó su metralla desde las afueras de la urbe, el espíritu de sus habitantes afectó la pasividad tranquila y serena de aquel que no se siente amenazado. Parece como si, por cierta intuición colectiva, el pueblo zaragozano entendiese que la defensa del recinto incumbía exclusivamente á la guarnición. Pero al ver rebasado el recinto y violada la ciudad; al sentir la planta invasora hollando el hogar sacratísimo de la familia y el suelo que guarda venerandas cenizas; ante la visión horrible de la coyunda extranjera y de una Zaragoza francesa, vibra con centelleos de cólera el alma de Aragón, y estalla en explosiones del más acendrado patriotismo, afirmando y reverdeciendo la pasmosa tradición de Numancia y de Sagunto.

¿Qué explicación tiene esto?

Zaragoza contenía demasiadas tropas, según pudo observarse después, porque constituyeron una aglomeración dañosa para la economía de víveres, perjudicial en cuanto al proceso de las epidemias producidas por el amontonamiento y las privaciones.

Este exceso de tropas debíase á lo siguiente: una parte la componían los

restos del ejército de reserva derrotado en Tudela; otra parte, menos considerable, rezagados y dispersos del ejército del centro. Procedencia (ya la dije al relatar la guarnición de Zaragoza): tropas veteranas, en pequeño número; tropas organizadas por las provincias en Andalucía, Cataluña y, en mayor número, en los reinos de Valencia y de Murcia; tropas aragonesas, levantadas en todo el reino de Aragón; voluntarios del mismo Zaragoza: unos formando cuerpo, compañías y tercios; otros que preferían pelear sueltos.

La asistencia á Zaragoza de las tropas no aragonesas estaba perfectamente explicada, y es una demostración del ardor patriótico de esas tropas y de la fama de Zaragoza.

El nombre de Zaragoza representaba *resistencia á todo trance.*

Aquellas tropas regionales, no aragonesas, más ó menos desorganizadas, y dispersas en combates campales por la inferioridad de su instrucción militar, nunca por falta de valor, no se desaniman por los reveses: eran hijos de la nación del *no importa* Querían seguir batiéndose; y, ¿adónde iban? *Donde se batía el cobre.* Hubieran tenido menos espíritu patriótico y de pelea esas tropas, hubiera sido Zaragoza un pueblo que abriera fácilmente sus puertas al invasor, y esas tropas y esos dispersos no hubieran acudido allí.

Cuanto á las tropas y voluntarios regionales aragoneses, acudían también á la capital de la región.

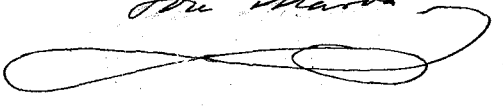
Pero, justificadísimas las causas de aglomeración de tropas de toda procedencia en Zaragoza, los zaragozanos encontraban que *eran muchas,* y es que éstos *tenían celos;* dentro del patriotismo cabe también ese sentimiento. Tenían celos de quienes podían arrebatarles una parte de la gloria. De aquí su aparente apatía.

Pero en cuanto pisan los franceses las calles de su querida ciudad, el tañido de la campana de la Torre Nueva saca á los zaragozanos de sus casas, y resurgen los hechos de una nueva Odisea, con toda la épica majestad de los tiempos homéricos.

¡Gloria victis!—¡¡Loor eterno á esos venerandos seres, hombres, mujeres y niños, que arden en fuego patriótico, que se crecen ante la adversidad, que se baten con bravura incomparable, que menosprecian las bombas y las granadas, que arrostran, en fin, con estoicismo soberano, la ruina y la miseria, el hambre y la peste, los peligros y las privaciones, todas las dolencias del cuerpo y todas las amarguras del alma!!

¡¡Gloria perdurable á ese pueblo de titanes que supo escribir con sangre generosa, y legar á la eternidad, el más hermoso lema de una raza viril:

*¡¡Independencia ó muerte!!*





**Excmo. Sr. D. Federico de Madariaga.**

General de Brigada.

# La defensa de Zaragoza

Pocos años después de los sitios que han inmortalizado á Zaragoza, renovóse la ya muy antigua cuestión acerca del valor é importancia de las fortificaciones.

Volvieron á relucir desde las opiniones de los filósofos griegos—Aristóteles, el maestro de Alejandro, no podía ser olvidado—hasta el famoso dicho de Bayardo. Y luego de invocar á Montecuculli, á Santa Cruz, á Jomini, á Maquiavelo, á Turena, etc., y de examinar el papel de las fortificaciones en las guerras de Flandes y durante todo el siglo XVIII, concluían unos en favor de la utilidad de aquéllas, mientras otros, con el ejemplo de Esparta—nada menos—, aduciendo á granel textos de Vauban y de Vauvilliers—lo que no dejaba de causar efecto—, y trayendo á remolque una abrumadora carga de juicios y conceptos, á veces claros, á veces ambiguos, de capitanes insignes—el Príncipe Eugenio y Malborough entre ellos—, aseguraban, en vista, sobre todo, del desairado papel de algunas fortificaciones en las campañas napoleónicas..., que era llegada la hora de condenar su existencia.

He refrescado la memoria, repasando apuntes de arte militar, y notas y esbozos de explicaciones relativas á la materia, que debí, en la mocedad ya lejana, al saber de un profesor insigne, notable por su ingenio. Levantó bandera en el círculo de su influencia docente—mucho antes de la campaña de 1870-71, por supuesto—contra el uso á caño libre—como él decía—de las plazas fuertes. Engolfándose á tal respecto en investigaciones analíticas é históricas sobre las batallas, combates y acciones habidas con el apoyo de ellas, permanentes ó de campaña, líneas fortificadas y atrincheramientos más ó menos considerables, razonaba en substancia de este modo:

... El cuadro estadístico de tales batallas, combates y acciones, durante los veinticuatro años de guerra de la Revolución francesa, por ejemplo, arroja un resultado de 1.019 acciones perdidas y 265 ganadas; total, 1.284. Cuidaba de advertir—conviene decirlo—que no se comprendían en ese cuadro los innumerables ataques de puestos, cantones, choques de partidarios, guerrillas, etc., etc., y que sólo se trataba de combates entre ejércitos ó cuerpos de ejército, divisiones y brigadas, compuestos de varios cuerpos, con artillería y caballería: combates, en una palabra, como los ocurridos en campo abierto.

Ahora bien: 1.019 acciones perdidas y 265 ganadas ofrecen la razón de 4 á 1.

Concretando por campañas, y teniendo en cuenta que en los doce años de

guerras en España, fueron 197 perdidas y 81 las acciones ganadas; que en los catorce años de guerras en Italia, por 311 perdidas se ganaron 81; que en los diez y ocho años en Francia, Suiza y Alemania, por 359 perdidas se ganaron 65; que en los cuatro años en la Vendée, por 51 acciones perdidas hubo 15 ganadas; y que en los cuatro años en Egipto hubo 45 perdidas y 10 ganadas —todas en las condiciones expresadas—, se obtiene el resultado—apreciando la diferencia de los países quebrados á las llanuras, y oscilando la proporción desde 2,40 á 1 hasta 6 á 1 entre las perdidas y las ganadas—de un término medio de 4 á 1; esto es, dedúcese que existían, dados los métodos de combate de entonces, cuatro probabilidades contra una de que un ejército fuera vencido si acudía al auxilio de las fortificaciones.

Es verdad que se reunían para obtener semejante dato, con grandes batallas de 50 á 100.000 hombres en cada ejército, simples combates de cuerpos de ejército y aun de brigadas.

A esta objeción contestaba con el análisis de las grandes batallas, separadamente apreciadas.

El cuadro estadístico de las grandes batallas de los franceses de 1792 á 1815 con apoyo de fortificaciones ú obras arroja 120 de aquéllas perdidas y 24 ganadas para los ejércitos que recurrieron á semejante auxilio en un total de 144 batallas. Resultado: cinco perdidas por una ganada. Por tanto—concluía el maestro—, las fortificaciones eran aún más desfavorables á los grandes ejércitos que á los pequeños, pues ya hemos visto que para éstos la razón obtenida es de 4 á 1...

***

Esas y otras consideraciones análogas con respecto á las batallas anteriores á la Revolución francesa y posteriores á la invención del cañón, habidas con el apoyo de las fortificaciones—así como un recuento de las grandes plazas de guerra que desde 1793 á 1813 sucumbieron, al par que los ejércitos considerables que las guarnecían—, ponen de relieve que en 1808, cualquiera que sea la opinión que ahora prevalezca acerca del valor de ese género de obras, podía muy bien ser axiomático en el orden experimental—y así estaba demostrado desde los tiempos de Gustavo Adolfo, quien en dos años, con un ejército de 20.000 hombres, se apoderó de 130 fortalezas y conquistó el Imperio de Fernando III—, podía ser axiomático, pues, que *los sitiadores triunfaban siempre de los sitiados.* Las mejores plazas de Europa se rendían en esa época á los pocos días de cercadas.

Zaragoza, por tanto, dada su debilidad como ciudad abierta, pues sus frágiles tapias nada significaban ante una poliorcética que daba pronta cuenta de las mejores fortificaciones permanentes, debía sucumbir. Y debía sucumbir, porque si esto era inevitable casi tratándose de ejércitos aguerridos amparados por obras erigidas con todos los recursos del arte, ¿qué se podía esperar de aquellas tropas colecticias que, á lo sumo, pudieron convertir la capital de

Aragón en una *plaza improvisada?* Aún estaban frescos los recuerdos de 1800, en que las plazas con que contaban en Italia los austriacos, tales como Génova, Coni, Alejandría, Tortona, Arona, Plasencia, Ceva, Savona y la ciudadela de Milán, conquistólas Bonaparte con la victoria de Marengo; así como los de 1806, año en que se demostró la ineficacia de las plazas fuertes del Elba para impedir á Napoleón el penetrar hasta el Oder, siendo la capitulación de Magdeburgo, Spandau, Stettin y Custrin poco menos que simultánea con la destrucción de los ejércitos prusianos.

Asombro causa, por tanto, que Zaragoza intentara la resistencia con propósito inquebrantable de no ceder, ocurriera lo que ocurriera; y excede á las previsiones humanas que lograra el éxito fulgurante del primer sitio, porque allí entonces no podía llegarse á otra cosa que á una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, realizada «por pacíficos labriegos—como dice Toreno—, que, ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habían encallecido sus manos en el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera». Y ¡esto precisamente á raíz de haberse dado á la guerra, en la cumbre de los Apeninos, una fórmula nueva en expresión sencilla, batiendo en brecha, en una sola batalla, una línea de 80.000 hombres como se bate una muralla, y aplicando en grande escala á todo un país y á todo un ejército la táctica de los sitios!

Y si es maravilloso el resultado del primero que sufrió Zaragoza, en el que jamás se temieron los ataques á viva fuerza, efectuando, en cambio, los baturros reacciones ofensivas homéricas, y se conservó en la plaza la serenidad y creció el tesón aun hollado el recinto y tomadas por el enemigo las puertas del Carmen y de Santa Engracia, tras ciclópleo combate; en el que se contestó á la *paz y capitulación* con el sublime grito de *guerra á cuchillo,* oponiéndose el trabuco popular á las armas que habían triunfado en guerras prodigiosas, y se recordó por parte de los hombres la hazañosa tenacidad de sus progenitores los celtíberos, sobrepujando las mujeres en valor y abnegación al más acabado tipo que, exaltado por el patriotismo, existiera jamás en parte alguna; si es maravilloso ese primer sitio, comparable—como dice el alemán Schepeller—á los de Numancia y Sagunto, laurel que ninguna nación moderna puede ostentarlo semejante..., ¡qué decir del de 1809, emprendido por los franceses cuando nuestra derrota en Tudela convirtió á Zaragoza en refugio de fugitivos desordenados y sin armas, situación que no parece la más indicada para mantener y menos elevar el espíritu público!

Ni el enemigo se encontró ante obras de defensa verdaderamente importantes, ni tuvieron éstas otro carácter en su desarrollo que el de obras de campaña, alcanzándoles cuando más el de semipermanentes, y eso en algunos puntos. La traza de las obras no fué siempre del todo acertada, á juicio de los propios ingenieros, que defirieron en más de una ocasión, por altas y plausibles razones circunstanciales, á los gustos del pueblo.

En cuanto á los efectivos combatientes, cualquiera que sea el alcance que quiera darse á las cifras que consignan los estados de fuerza, bastará conside-

rar que si los cuerpos de ejército de Junot y de Mortier y las tropas francesas de Artillería é Ingenieros llegaban á 50.000 soldados, á ellos apenas si podían oponerse en condiciones de relativa igualdad unos 8.000 de nuestra Infantería y los 7.000 bravos voluntarios de diversas partes organizados al pie de guerra, además de los improvisados batallones de aragoneses entusiastas, que en conjunto de 10.000 acudieron á alistarse. Todo lo demás era verdadero paisanaje armado, y hubo que rebajar del total, entre muertos, enfermos y heridos, unos 11.000 combatientes antes de quince días, y veintiséis días después cerca de 17.000. Por lo que hace á la artillería, ¡qué importa el número de sus cañones, dado el pequeño calibre de la mayor parte, y qué importa que contestara el 10 de Enero con entereza y acierto al fuego de las cien piezas francesas, si al fin la horrible nube de proyectiles que vomitan éstas en la extensa zona de oeste á este impone silencio y abre profunda brecha en los viejos paredones de San José!...

Pues, á pesar de eso, los asaltos se repiten. Donde fracasa Junot se estrella Lannes; y como los granaderos, es decir, la flor del ejército francés, se quejara de lo infructuoso de sus esfuerzos, ya se piensa en volar á Zaragoza, en vista de que los estragos del cañón y del fusil no obtienen el triunfo. Se buscaba el aniquilamiento por medio del hornillo. ¡Espectáculo admirable el de este pueblo inmortal al que en el primer sitio ni el bombardeo hizo mella, á pesar de carecer de casamatas y techos á prueba, ni el ataque á viva fuerza de Verdier logró éxito, obligándole á ejecutar caminamientos como si se tratase de una plaza fuerte; y que luego en el segundo sitio sostuvo setenta días de trinchera abierta y cuarenta y uno de bombardeo, deteniendo el ímpetu feroz de guerreros famosos!

***

Reseñar esos sitios no sería sino repetir lo que todo el mundo sabe. El conjunto y los detalles de tan señalados acontecimientos tienen el envidiable privilegio de que gozan en la vida universal las cosas extraordinarias del pasado.

Hay que proclamar, sin embargo, rindiendo tributo de admiración imperecedera á aquellos heroicos defensores de Zaragoza y á sus caudillos, que el tiempo agiganta las hazañas que realizaron. Hacia ellos vuelve sus miradas el patriotismo herido, y piensa con amargura cuán distinta fuera quizás al presente la suerte de esta nación desventurada, aun dentro de la fatalidad del adverso sino, si, á más de su fusil, cada soldado hubiera tenido cerca—mientras no ha mucho combatía á miles de leguas de su hogar—corazones que le comunicaran el aliento de los que de lejos suspiraban por el triunfo de la bandera española, y cada viejo cañón hubiera presentido que, á más de sus artilleros, existían al lado de éstos, armados de pistolas ó cuchillos, sirvientes voluntarios..., y que detrás de unos y de otros, para cuando cayeran todos acribillados por la metralla, valerosas mujeres se hallaban dispuestas á seguir disparando al grito de ¡viva España!

Por eso es inmortal Zaragoza, y por eso es gigantesca la figura de Palafox, que simboliza el genio de la defensa. Porque allí no se contentó el pueblo con pelear, sino que además reveló la cualidad más grande del heroísmo en lucha defensiva tras los muros: la resistencia y la tenacidad por encima de todo y á costa de todo. No se limitó á combatir solo ó al lado de la tropa, según los casos, sino que siempre y en todas ocasiones adelantó el decidido propósito de no darse por vencido, á pesar de la terrible hecatombe, á pesar del destrozo y la ruina, á pesar del hambre, á pesar de la epidemia, á pesar de la falta de pólvora y municiones, á pesar de la seguridad de la desgracia. ¡Mientras hubiera un hombre de pie, éste resistiría; y, caídos todos, todavía las piedras, disparadas como flechas, á impulso de una cólera santa transmitida del alma á la materia por recomendación postrera de los muertos, caerían sobre los sitiadores aterrados!

Una tropa que combate en esas hermosas condiciones y que cuenta con un pueblo valeroso y tozudamente sublime que la auxilia y conforta: pueblo al que ni la muerte arredra ni la mina espanta, y que, terminada la guerra de sitio regular, hace surgir de la *lucha de casas* toda una viril y estupenda táctica, que obliga al sitiador á avanzar—¡caso inaudito!—con la zapa simple y doble por las calles, y á hacer caponeras, caminamientos cubiertos y pasos blindados: pueblo que convierte en ciudadelas los edificios, defiende los tejados y los utiliza para hacer salidas por la retaguardia enemiga y cortarle sus comunicaciones, y que, al par que el Ejército, lucha y muere en la brecha, en las trincheras, en los pisos de las casas, tras los escombros y en los subterráneos; una tropa alentada por pueblo que así la sostiene, ¡cómo ha de ser igual á ese pobre soldado que combate teniendo por enemigo, no ya al que le cañonea desde enfrente, sino hasta el pájaro que vuela por los aires y al pez que nada en la bahía, y que no ve en derredor suyo más que el aislamiento y el deseo de que todo termine á cualquier precio, por humillante que sea!

Si el heroico ingeniero San Genis, director técnico de la defensa, había dicho, poco antes de perecer en la batería de Palafox, que no le hablaran de capitular, porque él sabría encontrar hasta la muerte los medios de defender á Zaragoza, el magistrado Ric contestó al mariscal Lannes, cuando éste insistía en la entrega de la ciudad á discreción: «Nunca; aún conservan mis compatriotas armas, municiones y *puños*.»

¡Admirable compenetración de sentimientos entre el pueblo y el Ejército!

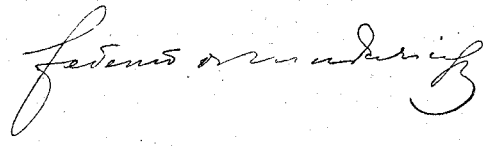
***

El mérito singular y resplandeciente de Palafox consistió en representar á los ojos de sus soldados la intransigencia ruda y fercz del vecindario, y en exaltar el espíritu de éste hasta elevarlo á la altura del austero honor militar. Fué á los ojos de sus paisanos el aragonés más encarnizado y tozudo de la defensa, y, á los ojos del Ejército, el soldado más poseído del sentimiento de ese deber estricto que consiste en considerar la muerte preferible á la deshonra;

siendo deshonrosa cualquier vacilación ante el sacrificio, no ya de la propia vida, sino de la vida de los demás: crueldad salvadora y sublime que aniquila con gloria, pues aunque parezca estéril la sangre derramada, resulta fecunda en la luminosa Historia de las naciones.

¿Que otros brillaron en el ejercicio de las funciones militares, supliendo con su ciencia la inexperiencia profesional del caudillo? ¿Y qué? ¿Que otros revelaron cualidades superiores en la ejecución de aquellos preceptos que exigen una sabia preparación en el difícil arte de la guerra? ¿Y qué? ¿Que otros pelearon con heroísmo y sucumbieron en trágica apostura, comunicando en la brecha, en el alero del tejado, en la boca de la mina, en la batería que se destruía, el ardor momentáneo de la lucha parcial, obscura, cruenta y aislada? ¿Y qué? ¿Que se cometieron errores aglomerando dentro de la ciudad elementos que en el exterior hubieran sido útiles, por haberse retardado así la presencia del hambre y de la peste, que auxiliaron á los franceses más que la artillería y las minas? ¿Y qué? Palafox encarnó la furia legendaria de aquel pueblo singular y el valor militar de aquellas tropas valerosas, que, gracias á él, se sentían sostenidas por corazones heroicos. Esto es superior á todo otro mérito, porque Palafox es, por encima de eso, algo más por ley de su situación excepcional, patriótica y valientemente interpretada.

Sólo cuando él cayó herido por la invisible mano de la epidemia fué posible que sonara la palabra capitulación sin riesgo para el que la repitiera. Que aún se pensaba en resistir, ¿quién lo duda? Pero el indomable espíritu aragonés de Palafox, animado por el odio y la venganza, y su áspera manera de entender el honor de las armas, no la consintieran jamás; y por eso, mientras él se mantuvo en pie, entre cadáveres espantosamente mutilados, envuelto por los escombros de la ciudad inmortal, á pesar de que la desgracia era inevitable, nadie se atrevió á pensar en evitarla. De estas cosas, tan contrarias á la naturaleza humana, dependen algunas veces el porvenir y la vida de las naciones.





**Sr. D. José Ibáñez Marín.**

Teniente coronel de Infantería.

## EPÍLOGO

# Los "sitios„ de España y los "sitios„ de Europa.

Para evaluar la energía desarrollada por el alma española en los memorables «sitios» de la guerra peninsular, necesario es que fijemos y ofrezcamos lo que eran las defensas de plazas fuertes en el período napoleónico; de esta suerte tendremos un término de comparación, casi una unidad de medida, que nos dé clara idea del esfuerzo de nuestros abuelos.

Tuvieron siempre los franceses como modelo de defensas á la plaza de Lille en 1708, y es frecuente leer en sus Manuales de fortificación que, por la vigorosa resistencia que dirigió el mariscal de Boufflers, sitiado por el Príncipe Eugenio, merece que la Historia lo presente como tipo de *Perfecto Gobernador*. Y es, en efecto, el proceder de aquel buen soldado, á quien no socorrieron ni el duque de Bourgogne ni Vandôme, digno de loa y ejemplo que debe mostrarse cual estímulo para los defensores de una plaza. El orden, la previsión, la energía, la habilidad, el tesón y el heroísmo se dieron en un hombre de la experiencia de Boufflers. Mas, reconociendo como exacto todo esto y añadiendo que el Príncipe Eugenio llevaba consigo un buen tren de sitio, en nada rebajaremos la gloria del gobernador modelo y de su guarnición, diciendo que la plaza disponía de abundantes recursos pecuniarios y de provisiones de boca y de guerra. Cuanto más que Lille era una plaza fuerte cuidada y capacitada técnicamente para una buena resistencia militar.

Lo mismo en el período de Luis XIV que después en la Revolución, Francia presenta, entre los resplandores de su gloria guerrera envidiable, nombres tan sonoros á su legítimo orgullo como Grave, Bonn, Kehl, Ancona y, sobre todo, Génova, que inmortalizó, por segunda vez ya, el nombre de Massena; pero, si bien se miran estos hechos gloriosísimos, se observará en ellos siempre algo que no era la pobreza material ni la miseria, pues, por su mayor parte, contaban con recursos que permitían con cierto desahogo el florecimiento del alma vibrante de un gobernador.

De todas suertes, los «sitios» en Europa venían con una tradición de vigor y de empuje que no es posible desconocer.

Por esto, á no dudarlo, el cuadro que ofreció Prusia en su gran caída de 1806 tuvo que impresionar vivamente al mundo, particularmente por lo que á la defensa de sus plazas fuertes se refiere.

***

Cierto es que, tras aquella espléndida jornada del 14 de Octubre, y luego de la brutal persecución de los restos de poder militar activo que ofrecía Federico Guillermo III, la Monarquía fuerte, próspera y gloriosa de Federico *el Grande* yacía á los pies del Conquistador. Pero, como apunta cruelmente Clausewitz y señalan con igual rigor los escritores prusianos y alemanes, la desmoralización que luego del desastre principal se apoderó de la dirección del Ejército, fué la vergüenza y la ruina del Reino y del Estado militar. Y, en verdad, la Historia no presenta cuadro más triste de flaquezas y de errores militares: la ola napoleónica parecía socavar hasta los cimientos inconmovibles de las instituciones armadas que los Hohenzollern, desde el Gran Elector á Federico *el Filósofo,* habían logrado crear y fortalecer.

Como náufragos azotados por la furia de un vendaval, así corrieron hacia la plaza de Erfurt en la madrugada del 15 y durante todo aquel día los vencidos en Iena y en Auerstaedt, y el día 16, á la intimación de Murat, la plaza se rendía sin resistir, con sus abastecidos almacenes, sus 6.000 hombres de guarnición, 60 piezas en batería y 60 de campaña. Verdad es que dentro de ella estaban, para estorbar el brío de los defensores, el feldmarschall de Mollendorff, con ochenta años de edad, y el Príncipe de Orange, cuñado del Rey. De éste, dice con su rectitud habitual Lettow-Vorbeck, «que no se inspiró en el deber que su sangre y su rango le imponían» (1).

Nueve días después, la ciudadela de Spandau, prisión de Estado, se rendía al mariscal Lannes con ricos abastecimientos, 80 piezas de artillería y 1.200 soldados.

La llave del Elba, Magdeburgo, aquella plaza que tantas lágrimas había de costar á la angelical Reina Luisa, se entregaba prestamente también al mariscal Ney tras escasos días de bloqueo. «... Cada una de las cuatro columnas de prisioneros que han desfilado, desde las nueve de la mañana á las tres de la tarde, consta de más de 4.000 hombres, que, con los 2.000 artilleros, 400 coraceros, 20 generales y 800 oficiales, hacen un total de 22.000 prisioneros. Tengo, además, en mi poder 54 banderas, cinco estandartes, 700 cañones, un millón de libras de pólvora, 90 unidades de puentes, mucho hierro y mucha harina» (2).

---

(1) *Der Krieg von 1806 und 1807*, pág. 50.

(2) El mariscal Ney al Emperador; Magdeburg, 11 de Noviembre de 1806.

De este punto negro de la gran catástrofe, fué cómplice por su desaliento el mismo Rey, que, al cruzar por Magdeburgo, deslizó ciertas frases en los oídos del general gobernador Kleist, las cuales cayeron en suelo abonado. El cual gobernador «asistía diariamente á la parada, no tenía un exterior como para levantar la moral, no obstante lo necesitados que estábamos de ello. Este viejo, de edad muy avanzada (setenta y un años), con los cabellos blancos como la nieve, encorvado y caminando penosamente, apoyándose en el bastón, nos reunió y nos pronunció un discurso, del que sólo recuerdo su final: «No ren»diré Magdeburgo sino cuando mi pañuelo se haya quemado en el bolsillo» (1).

Y las notas que se dieron dentro de la plaza tampoco fueron de las que más realzan el espíritu de una oficialidad.

«La ciudad estaba llena de generales, los cuales, unos por enfermedad, otros por heridas, se habían quedado allí cuando el ejército de Hohenlohe reanudó su marcha. La mayor parte de esos generales estaban ya repuestos cuando el enemigo atacó la ciudad. Lo natural hubiera sido que se hubiesen puesto en movimiento, acudiendo á los diferentes puntos de la guarnición; pero... ¡en eso pensaban ellos! Estaban mucho más cómodos.

»Ahora que se trataba de capitular (se refiere al 7 de Noviembre), todos alzaban su voz, pero cuidando de hacerlo en los círculos en que sabían que nada desagradable les podía sobrevenir, en contra del gobernador, y hasta llegaban á decir: «Yo me cuidaré muy bien de mezclarme en nada.» Un general es un servidor del Estado; éste le paga bastante bien, le da muchos honores y privilegios para exigir de él hasta la última gota de su sangre (y no hablo aquí del amor á la Patria y á la gloria: éstos no se obtienen en una buena comida y con una partida de whist...)» (2).

Sucesivamente, y en condiciones tan poco edificantes también, se fueron entregando las plazas fuertes de Czenstochau, de Hameln, de Custrin, de Plassenburg, de Glogau y de Breslau...

Pero la nota más tristemente ridícula en este pujo de rendición de fortalezas la ofrece Stettin, entregada en pocas horas *á tres escuadrones de húsares* capitaneados por Lassalle.

Era Stettin una plaza de guerra abastecida y armada, lo suficiente para poder resistir, por lo menos, un mes. Tenía por gobernador al general von Romberg, *anciano de ochenta y un años*. La guarnición se elevaba á 5.000 hombres; su artillado constaba de 281 piezas de varios calibres, y en sus almacenes existían 11.500 granadas y muchos miles de libras de pólvora. Pero nada podía ser aprovechable en las manos de aquel gobernador caduco, que se rindió á las primeras intimaciones de los húsares franceses... «¡Qué vergüenza!», exclama con ira el tratadista.

Aprovechando tan inaudita ocasión para elevar el ya irresistible empuje

---

(1) Suckow: *D'Iéna à Moscou*, pág. 67.
(2) *Diario del general von Cardel.*

de sus tropas, el Emperador decía donosamente á Murat desde Berlín, el 31 de Octubre, á las ocho de la mañana, al saber la grata nueva:

«*Mon frère, je vous fais mon compliment sur la prise de Stettin; si votre cavalerie légere prend ainsi des villes fortes, il faudra que je licencie le génie et que je fasse fondre mes grosses pièces...*»

Y á sus soldados, ebrios de triunfos, pero á los cuales imponía marchas y sufrimientos penosos, decía en el 24 boletín: «... De todo aquel ejército brillante de 180.000 hombres nada ha pasado el Oder. Todo ha caído prisionero, muerto ó anda errante entre el Elba y el Oder, y será cogido antes de cuatro días... El número de prisioneros sube á 100.000... Cuando los restos caigan en nuestro poder, *l'armée prendra quelques jours de repos...*»

***

Con tales y tan inmediatos antecedentes, se comprende perfectamente la estupefacción que produjeron en Europa los sitios de la Península. «La defensa de Zaragoza por los españoles ha obtenido en la Historia la misma popularidad que las de Jerusalén, de Sagunto y de Numancia...» (1).

Y cuenta que, para la opinión de Europa en general, sonaban los nombres de Zaragoza, de Gerona, de Astorga, de Badajoz y de Ciudad Rodrigo, cual si se tratase de verdaderas fortalezas militares, trazadas y levantadas según una técnica; artilladas, abastecidas y guarnecidas también según elementales principios del arte. Y... ¡vive Dios! que esto en España era un sueño, sin que fueran parte á remediarlo los esfuerzos titánicos de los Palafox, los Alvarez de Castro, los Santocildes, los Menacho, los Pérez de Herrasti, con su cortejo insigne de los San Genis, los Caballero, los Minali, los Villaba, los Mata, los Albo y los Camaño...

Ante los ojos atónitos del mundo, esta pobre nación española, condenada ya entonces á la triste condición de pueblo en irremediable decadencia, se levantaba como el paladín brioso del honor y de la energía patrias, mostrando á todos la manera de vencer al Hércules de la Guerra, del Genio y del Poder.

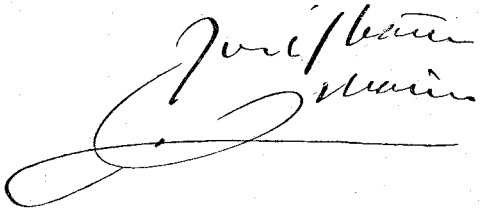
¡Virtualidad de la energía y de la abnegación! Mientras Europa copiaba nuestros procedimientos, y en la hora suprema de la *Befreiunkriege,* Alemania toda se levantaba «á la española» para acorralar á quien antes la venció y trituró cuantas veces le vino en gana, aquí, dentro del suelo peninsular, á nuestro lado, las mismas plazas mostraban gobernadores y defensores franceses dignos de sus antecesores, cuando los aliados las cercaron y bombardearon. Los nombres de Philipon, de Brenier, de Dubreton y de Rey, son un consuelo para los franceses en las horas sombrías de su seudominación en España.

---

(1) General Thoumas: *Les capitulations*, pág. 156.

Con el recuerdo de aquellos derroches de virilidad y de amor patrio con que nuestros abuelos hicieron la Epopeya; con el coraje tozudo y fiero con que el pueblo se impuso á todos para salvar la independencia de su tierra; con las virtudes y las lacerias que se dieron en aquel batallar de seis años, cualidades y vicios que son hoy idénticamente vivos y jíbaros, cabe exclamar, pensando y laborando sobre transformaciones imperiosas, hondas, vibrantes...

SURSUM CORDA!



# La Reina Victoria de Inglaterra
## y los matrimonios españoles (1)



### II

### Después de los pactos de Eu.

Acomodamiento de la política de Inglaterra á lo pactado en Eu.—Pasajero auge de la candidatura del conde de Trápani.—Probabilidades y fracaso de la del duque de Sevilla.—La Reina Cristina ampara á Leopoldo de Coburgo.—Crisis en Inglaterra: aprovéchase de ella Guizot.—Equivocada política de lord Palmerston. Guizot y doña Cristina preparan el matrimonio simultáneo de la Reina y la Infanta.—Conciértanse las bodas á espaldas de Inglaterra.—Ruptura de la «entente cordiale».—Enojos de la Reina Victoria.—Protestas del Gobierno inglés.—Efectos de la ruptura.—Epílogo.

De la sinceridad con que entró la Reina de Inglaterra en el camino de una leal inteligencia con Francia, da testimonio la carta que, pocos días después de las vistas de Eu, escribió desde Windsor á lord Aberdeen, aprobando el nombramiento de Mr. Bulwer para la plenipotencia de Madrid. «Confía la Reina —escribe ésta—en que él procurará y conservará las mejores relaciones con el ministro francés allá, y que, sin debilitar en nada nuestros intereses, los representantes de las dos potencias obrarán unidos. La Reina cree seguro que si es conocido por nuestros respectivos ministros que ambos Gobiernos quieren proceder unidos, y no uno contra otro, muchos motivos de irritación se evitarán; y que nuestros agentes, particularmente en los países lejanos, comprenderán que no cumplen los deseos de sus Soberanos presentando cada pequeño incidente bajo los menos favorables aspectos» (2).

No solamente la Reina, también el Gobierno inglés cambia de tono respecto de Francia y de las candidaturas borbónicas para la mano de Isabel II. Aunque en las instrucciones que Aberdeen da á lord Cowley acerca de la conducta que este diplomático debe seguir al tratar la cuestión con el Gobierno de Luis Felipe, se insiste en que el enlace de la Reina de España es un asunto en el que debe atenderse principalmente á la nación española, afírmase ya, revistiendo de forma oficial lo convenido en la entrevista de los Reyes, que, sin perjuicio de esto, «el Gobierno británico no creerá inoportuno dar al de España consejos amistosos»; y que, «aunque el Gobierno de S. M. B. no puede admitir que las pretensiones preferentes de un Príncipe ni familia deban forzar la libre elección de España, conviene en mostrarse plenamente conforme con la proposición del Gobierno de las Tullerías, y en *recomendar* que la elección de esposo

(1) Véase el número de ATENEO correspondiente al mes de Febrero, páginas 90 y siguientes.
(2) 9 de Octubre de 1843.

recaiga en uno de los descendientes de Felipe V. Semejante arreglo parece también estar de acuerdo con los sentimientos nacionales en favor de una familia enlazada con la rama española de la Casa de Borbón. V. E., por tanto, queda autorizado para asegurar á M. Guizot que el Gobierno de S. M. está plenamente dispuesto á cooperar con él bajo estas condiciones, y que hará en adelante todos los esfuerzos que estén en su mano, de común acuerdo con Francia, para lograr una elección que haga feliz á la Reina y satisfaga los patrióticos deseos del Gobierno de S. M.»

Ya no ponía, pues, Inglaterra más obstáculos á la candidatura borbónica que los que ésta pudiera hallar en la voluntad del pueblo español y en la felicidad de la Reina. Ya no tenía inconveniente el Gobierno de S. M. B. en que para la elección de esposo se diera la preferencia á un descendiente de Felipe V. Y no sólo no lo tenía, sino que, abandonando su antigua postura aparentemente neutral, pero hostil en el fondo á esas pretensiones, accedía á cooperar en las propuestas de M. Guizot, y se brindaba á recomendar un novio de la progenie de Luis XIV.

Era cuanto podía apetecerse por Francia. Dignamente, dados los antecedentes del caso, la Gran Bretaña no podía retroceder un paso más.

***

Circunscrita, por consiguiente, á las ramas no francesas de la Casa de Borbón la esfera dentro de la cual los Gobiernos de Francia é Inglaterra entendían, aquél como indispensable y éste como recomendable preferentemente, que debiera buscarse el esposo de Isabel II, cobró bríos nuevamente, después de los pactos de Eu, la candidatura del conde de Trápani, que por muy poco tiempo pareció podía prosperar, apoyándose en su hermana la napolitana Cristina y en los elementos reaccionarios españoles. No contribuyó poco á este auge pasajero la habilidad de M. Guizot, que, sin sentir grandes simpatías por tal candidato, alentaba, sin embargo, á sus parciales con el solo intento de hacer ver á Europa que, dentro de la prole borbónica, había Príncipes casaderos para todos los gustos: desde el carlista Montemolín hasta el Infante don Enrique, sospechado de simpatizar con los progresistas. Y con estas miras llegó Guizot á comprometer al Rey de Nápoles á que reconociese á doña Isabel, obligándose él recíprocamente y en cierta medida á laborar por Trápani.

Pero las pretensiones de éste tenían, sin embargo, los días contados. Metternich las combatía abiertamente. Roma supeditaba el ofrecido reconocimiento de Isabel á la condición de que se rechazase al Príncipe de las Dos Sicilias. En España habían vibrado contra el tío y pretendiente de la Reina todas las cuerdas de la lira, desde las de la indignación y la protesta hasta las de la mofa y la sátira, fingiéndole las caricaturas vestido de sotana, porque se había intentado que siguiera la carrera de la Iglesia. Francia, salvadas las apariencias con el Rey, no tenía empeño en dar una batalla por el Príncipe. Y, por su parte, Inglaterra, no sólo influída del progresismo español, sino con muy clara visión

de que el tal matrimonio, lejos de resolver ningún problema, introducía en la política española un factor más de discordias y rencillas, mostró francamente su actitud adversa á una boda en la que solamente se perseguía un triunfo personal de doña Cristina de Borbón.

«¡Qué demencia—escribía la Reina Victoria á Leopoldo de Bélgica en 14 de Enero de 1845—empeñarse en imponer á Trápani en España! Os ruego me expliquéis la causa de la obstinación del Rey (Luis Felipe) en ese matrimonio español, puesto que ningún país tiene el derecho de mandar así en otro.» Estas admoniciones inglesas llegaron á Francia, que, como hemos dicho, sólo por fórmula había tomado la protección del Príncipe italiano, y no pensó nunca en acalorarse por él, sobre todo desde que Olózaga había medio catequizado á Guizot en pro de D. Enrique; y aunque todavía, en 2 de Septiembre de aquel año, el estadista francés escribía al conde de Bresson (1) que no había que *dejar caer* al napolitano, y era preciso sostenerle hasta el fin, ya insinúa, como su pensamiento íntimo, que si Trápani encuentra dificultades, habrá que apoyar al duque de Sevilla, tanto cerca de la Reina Cristina como del Gabinete español.

***

Se iban, pues, acumulando en D. Enrique de Borbón todas las probabilidades. La *entente cordiale*, que seguía en plena luna de miel, y que había llevado á Luis Felipe á Londres, suceso sin precedentes en la Historia, la cual nunca vió á Rey francés entrar como aliado en Inglaterra, trajo de nuevo á Eu á los Soberanos ingleses, y allí quedó poco menos que ungido de Rey consorte el Infante español, pues, según refiere lord Aberdeen á Peel en la carta en que le da cuenta de la excursión (2), habiendo él hecho observar que, si bien los ingleses no tenían por qué tomar partido contra Trápani, no podían apoyarle, porque entendían que no era deseado en España, «tanto el Rey como Guizot dijeron que no tenían objeción ninguna que oponer al duque de Sevilla, y que, si resultaba que el conde era imposible, ellos le apoyarían de buen grado». Por cierto que en esta nueva entrevista, según Aberdeen, sus interlocutores declararon otra vez, y del modo más explícito, que hasta que la Reina se casase y tuviera hijos considerarían á la Infanta Luisa Fernanda «exactamente como á su hermana, y todo casamiento con un Príncipe francés quedaba fuera de la cuestión»; añadiendo Luis Felipe que, si la Reina tenía hijos por los cuales fuera asegurada la sucesión, él no se comprometía á privarse de la posibilidad de aprovechar la gran dote que la Infanta llevaría á su hijo. «Pero esto—añadía Aberdeen—es remoto; porque yo he entendido perfectamente que no es sólo un matrimonio y un hijo, sino *hijos* los que serán necesarios para asegurar la sucesión.»

No quedaba, por tanto, á Trápani otro valedor decidido que su hermana

(1) Documentos presentados á las Cámaras francesas.
(2) 8 de Septiembre de 1845. Publicada en la colección de MM. Benson y Esher.

la ex Reina gobernadora, y á punto estuvo, sin embargo, de bastarle con ella si hubiera llegado á consumarse el plan abortado de casarle secretamente con Isabel. Pero como el plan fracasó, todas eran perspectivas felices para don Enrique hasta que la ciega fortuna le volvió la espalda, «valiéndose para ello—como dice donosamente D. Juan Valera (1)—de este prurito de escribir que aflige á los hombres desde remotísimas edades, desde que se inventó la escritura, y que es conocido entre los doctos con el título de *scribendi cacoethes*. El Infante D. Enrique, que adolecía mucho de este achaque, cometió la imprudencia y la torpeza, creyendo, sin duda, ganarse el favor popular, de publicar en el día de San Silvestre de 1845 un Manifiesto en el cual aparecía á los ojos de los conservadores, entonces en el Poder, apegadísimos á él y empeñados en conservarle, como progresista furibundo, y, por consiguiente, como candidato vitando.» Ni sus peor intencionados adversarios hubieran aconsejado al inquieto Infante disparate mayor. El Manifiesto le enemistó con los moderados, dueños de la situación; acrecentó la malquerencia de Cristina, que, si siempre le vió con ostensible repugnancia, llegó á considerarle y temerle como á la sombra odiada de Espartero, en brazos de cuyos parciales se arrojaba; aumentó las prevenciones que Isabel sintió desde niña hacia esa rama de la familia; entibió la naciente inclinación de Francia, donde era notorio que se recelaba de los progresistas; y no sólo no aumentó las simpatías de Inglaterra, sino que, seguramente, la inesperada y estupenda desafinación del duque debilitó en cierto modo la fuerza con que la Gran Bretaña hubiera podido sostener su candidatura si, en vez de hacer él tan inoportuno alarde de afiliarse á un bando tachado de seguir las inspiraciones inglesas, se hubiera mantenido indemne de las fiebres políticas que tan arrebatadamente le contagiaron con intensa y extemporánea calentura.

***

El tiempo corría, y la madeja se enredaba más y más. Imposible Montemolín, descartado Trápani, enemistado D. Enrique con la Corte española, quedaba como único descendiente casadero de Felipe V el duque de Cádiz, cuya aniñada figura halló desde un principio no liviano obstáculo en la maledicencia y el comadreo, aún más que de las muchedumbres, de la chismosa diplomacia.

Hasta el mismo Gobierno francés comprendió que la fórmula borbónica iba perdiendo terreno por momentos, tanto más cuanto que advertíanse en España, por exigirlo así la política interior, marcadas impaciencias en el deseo de casar á S. M. Lógico era que los españoles, á quienes no podían obligar los pactos de Eu, puesto que ellos no los suscribieron, traspasaran con el deseo las fronteras de la familia de Borbón, y tantearan para la Reina y la Infanta otras combinaciones matrimoniales distintas de las que amañasen Francia é Inglaterra; y lógico también que la Reina madre, no hallando entre sus parientes

(1) Continuación á la *Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente.

marido á propósito para las hijas, intentase procurárselos entre los demás Príncipes europeos. De ellos, ninguno con más simpatías ni medios de influencia que Leopoldo de Coburgo, hermano del Rey de Portugal, primo del Príncipe consorte de la Gran Bretaña, é íntimamente relacionado, además, con la Casa Real de Francia, puesto que dos de sus hermanos, Victoria y Augusto, habíanse casado, respectivamente, con el duque de Nemours y la Princesa Clementina, hijos ambos de Luis Felipe.

Que, al ir decayendo las candidaturas de los demás aspirantes, redoblaran en todos los partidarios de Leopoldo esperanzas más ó menos platónicas, bien puede darse por averiguado. Alarmóse con ello M. Guizot, viendo desde luego más abultado el peligro de lo que era la realidad, y en 27 de Febrero de 1846 dirigió un *memorándum* confidencial á sus embajadores en Londres y Madrid, del que es interesante copiar los siguientes párrafos:

«Cualesquiera que sean las causas, el hecho es que las dificultades del matrimonio de un descendiente de Felipe V con la Reina Isabel se han agravado. Y, al mismo tiempo, se trabaja activamente para casar al Príncipe Leopoldo de Coburgo, ya con la Reina Isabel, ya con la Infanta doña Fernanda. La Corte de Lisboa es el foco de este trabajo. La correspondencia y los periódicos portugueses y españoles lo demuestran evidentemente...

»Hemos sido y queremos ser fieles á la política que hemos adoptado... Pero si el actual estado de cosas se prolonga, podemos llegar de pronto á una situación en que nos hallaremos:

»1.° Colocados bajo el imperio de una necesidad absoluta de impedir que con el matrimonio de la Reina ó de la Infanta sufra nuestra política un revés que no toleraríamos.

»2.° Libres de todo compromiso para uno y otro matrimonio. Esto sucedería si el enlace de la Reina ó de la Infanta con el Príncipe Leopoldo de Coburgo, ó cualquiera otro que no fuera descendiente de Felipe V, se hiciera probable é inminente.»

Si el embajador marqués de Normanby informó ó no á lord Aberdeen del contenido de este *memorándum* confidencial, no es punto que haya quedado dilucidado indiscutiblemente en los anales diplomáticos. Pero, de todos modos, la lealtad con que el Gobierno inglés procedía en punto á las aspiraciones de Coburgo iba á quedar muy pronto patentemente demostrada.

Se equivocaba Guizot al fijar en la Corte de Lisboa el foco de los trabajos en pro del Príncipe alemán. Quien, para impedir la boda con cualquiera de los hijos del Infante D. Francisco de Paula, había tomado entonces resueltamente la iniciativa en favor de Leopoldo, era doña María Cristina de Borbón. Anduvo primero esta augusta señora en discretos sondeos previos para apreciar las probabilidades de éxito de este nuevo intento de boda, y, satisfecha ó confiada en ellos, decidióse algunos meses más tarde, en el de Mayo, á escribir una carta al Duque reinante de Sajonia, jefe de la familia de Coburgo, tratando de recabar su venia para el matrimonio. De dicha carta dió lectura doña Cristina al plenipotenciario inglés Mr. Bulwer, quien, según él mismo

refiere en su *Life of lord Palmerston,* contestó á la Reina que no podía darle opinión sobre semejante paso, y que Inglaterra, á su juicio, no podría apoyar esa boda á calidad de matrimonio inglés, si bien, como la solución era muy razonable, suponía él que no hallaría una oposición muy persistente por parte de Luis Felipe (1).

En cumplimiento de su deber, informó Mr. Bulwer á lord Aberdeen de las gestiones de doña Cristina, y temeroso Aberdeen de que el Gobierno francés le atribuyese alguna cooperación en tal intento, no sólo escribió á Bulwer encargándole se abstuviera por completo de todo cuanto pudiera parecer patrocinio de él, sino que tuvo además la lealtad de llamar al conde de Saint-Aulaire, embajador de Luis Felipe, y darle cuenta de lo que ocurría. Grande fué la sorpresa, y al principio la incredulidad, de M. Guizot, quien no podía avenirse á la idea de que la primera noticia, en vez de llegarle por conducto de su embajador en Madrid, se la comunicase el propio Gobierno inglés, haciendo alarde de una corrección exquisita, y como demostración de que no había cambiado de política en aquel negocio. Comprobada después la exactitud de la referencia, ni la lealtad de Aberdeen fué agradecida, ni dejó por eso Guizot de seguir viendo detrás de la figura de Coburgo, más que la de la Reina Cristina, la mano oculta de Inglaterra.

Pero también había de tropezar la Reina madre con un obstáculo, éste completamente inesperado, en el nuevo intento de casar á su augusta hija. Y fué que el Duque de Sajonia-Coburgo se mostró desde luego abiertamente opuesto á que Leopoldo se enlazase con Isabel de España, sin contar previamente con la aquiescencia unánime de Europa. No desmayaron por esto ni la madre ni los ministros de la Reina. Y entonces el Gobierno español, siguiendo las inspiraciones de Cristina, diputó al marqués de Miraflores y al duque de Sotomayor en misión secreta cerca de los Gabinetes de las Tullerías y de Saint-James, confiriéndoles sendos encargos de conseguir, el primero, que cesase la oposición de Luis Felipe al matrimonio Coburgo, y de averiguar, el segundo, si el Gobierno británico manifestaría disgusto en el caso de que el Gabinete de Madrid creyese necesario escoger por esposo de la Reina á algún Príncipe ajeno á la Casa de Borbón. Miraflores no tuvo la suerte de convencer al Rey de los franceses. Sotomayor obtuvo de lord Aberdeen contestación categórica en una comunicación en la que para nada se cita nominalmente á Coburgo, y cuyos últimos párrafos son los siguientes:

«Si resulta que no se puede escoger con toda seguridad á un descendiente

---

(1) Guizot inculpó luego á Bulwer de haber apoyado la solución Coburgo. Para defenderse, solicitó el diplomático inglés que el Sr. Istúriz, jefe del Gobierno español, acudiese en justificación de su conducta. La respuesta que de él recibió fué la siguiente, publicada entre los documentos presentados al Parlamento inglés:

«Mi estimado amigo: Recibí vuestra carta de ayer, en que manifestáis deseos de que os diga si alguna vez me habéis dirigido respecto al matrimonio de mi Soberana otro lenguaje que éste: *Mi Gobierno considera el matrimonio de la Reina de España como una cuestión puramente española, reconoce la independencia de España en el asunto, pero preferirá un descendiente de Felipe V, caso de que sea acepto á la Reina y á la Nación. No abriga deseo alguno de que se lleve á cabo un enlace con un Príncipe de Sajonia-Coburgo, y ningún interés tiene en este matrimonio, que hasta pudiera ser un obstáculo para él.* Me complazco en afirmar la exactitud de estas palabras, y os renuevo las expresiones de mis sentimientos de amistad y aprecio.—*Javier de Istúriz.*»

de Felipe V que asegure la dicha de la Reina y la tranquilidad del país, el Gobierno español debe obrar, ejerciendo su libre derecho, como se lo dicte el sentimiento de su dignidad y de sus propios intereses; en este caso, no podría ser en modo alguno motivo de disgusto para la Gran Bretaña que se escogiese un Príncipe de otra familia.

»Cualquiera que fuese la sensación que una decisión semejante causase en Francia, no puede admitirse, ni siquiera por un instante, la posibilidad de una cosa tan injusta é irracional como sería una tentativa para embarazar la elección de la Reina en un negocio de esta especie. El Gobierno francés debe saber perfectamente que todo matrimonio que no fuese conforme á la voluntad de la Reina, ni tuviese el asentimiento del pueblo, no ofrecería probabilidad ninguna de asegurar la dicha de la Soberana y el bienestar y la prosperidad de España.

»Francia está profundamente interesada en la tranquilidad de España, y la Corte de las Tullerías es demasiado justa é ilustrada para concebir la idea de una intervención como la que se supone. Puédese, pues, sin vacilar, rechazar como imposible esa suposición. Pero si, contra toda razón y probabilidad, existiese semejante proyecto, es decir, una tentativa para poner trabas á los votos y sentimientos de la Reina, y á la voluntad claramente manifestada de su pueblo, es indudable que España tendría en su favor las más vivas simpatías, no sólo de la Gran Bretaña, sino de Europa entera» (1).

***

Una circunstancia ajena á las negociaciones entabladas entre las tres Cortes iba á influir decisivamente en el desenlace de todas estas tramas. En la noche del 25 de Junio de 1846, una mayoría de 73 votantes derrotaba en la Cámara de los Comunes, con motivo de un *bill* sobre Irlanda, al Ministerio Peel-Aberdeen. Peel remitió aquella misma madrugada su dimisión á la Reina Victoria, que se hallaba en Osborne; el día 29 pronunció Peel ante la Cámara uno de sus más famosos discursos, dando cuenta de haber resignado los poderes; y después de una crisis algo laboriosa, por desear el futuro jefe de Gobierno agrupar elementos heterogéneos y que no llegaron á juntarse, el 5 de Julio se posesionaba de sus cargos el nuevo Gabinete, presidido por lord John Russell y con lord Palmerston en el Foreing-Office.

No podía presentarse mejor coyuntura á Guizot para imponer su voluntad. Con razón escribe Mac-Carthy, en su *History of our own times,* que el nombre de Palmerston produjo en Luis Felipe y su ministro el mismo efecto que produce en los ojos del toro el despliegue de una roja muleta. Palmerston era la antítesis de Aberdeen. Su nombre en el Gobierno brindaba ya al combate. Su política absorbente, personal, unilateral y antifrancesa, ó, cuando

(1) Lord Aberdeen al duque de Sotomayor, 22 de Junio de 1846.—Documentos presentados por M. Guizot á las Cámaras francesas.

menos, antiorleanista, le había hecho antipático al otro lado del Canal de la Mancha, y no muy bien quisto en la misma Corte de Windsor. Su significación de aliado de los *wighs,* aunque él mismo no lo fuera, le constituía en protector del partido progresista español. Y su carácter independiente hacía suponer, como los hechos lo demostraron luego, que él podría ser el sucesor de lord Aberdeen en el Ministerio, pero que no seguiría en nada sus inspiraciones, ni en modo alguno trataría de aparecer como su continuador.

Refiere el Príncipe Alberto, en un *memorándum* de aquellos días (1), que el ministro saliente se proponía tener una interviú con Palmerston, á pesar de que éste, cuando Aberdeen entró en el Ministerio, le trató de imbécil y traidor; «pues desea—dice el Príncipe—hacerle ver el contraste de su conducta declarándose propicio á ayudarle en todo y dispuesto á hablar siempre con él como si fuese su colega, si él lo quisiere». Pero, sin duda, el ministro entrante, siguiendo su norma de siempre, no creyó necesario asesorarse de Aberdeen para nada, puesto que el curso de las negociaciones ulteriores puso de manifiesto frecuentemente que no sólo obraba por su propio impulso, sino que, con gran desenvoltura, prescindía de los antecedentes.

Conocedor Guizot de la idiosincrasia del contrincante que se le ponía enfrente, resolvió adelantársele en su camino. Precisamente días antes (el 20 de Junio), el duque de Riansares, interpretando pensamientos íntimos de la Reina Cristina, que ya veía difícil recabar para Coburgo el beneplácito unánime de Europa, y que temía cada vez más la solución del duque de Sevilla, había aventurado la indicación de que podría pensarse en un doble matrimonio del duque de Cádiz con la Reina Isabel y de Montpensier con la Infanta. Sobrevino la crisis inglesa, y Guizot, creyendo llegada la ocasión de precipitar este para él feliz desenlace, escribió, cabalmente el mismo día 5 de Julio, en que el nuevo Gobierno inglés entró en funciones, al embajador Bresson, diciéndole: «Hay que aprovechar el momento, y entrar sin titubear por esa vía. Ya está formado el Gabinete *whig*. Debéis sacar gran partido de ese suceso para obrar cerca de la Reina Cristina y su Gobierno. Ellos jamás tendrán en lord Palmerston más que un adversario, porque no será nunca más que el patrocinador del partido progresista, es decir, de sus enemigos» (2). Bresson no se hizo repetir el encargo, y, pocos días después, proponía él á la ex Reina gobernadora, y ésta lo escuchaba con agrado, para el caso de que fuera forzoso prescindir de Coburgo, la solución de las dos bodas gemelas, esto es, del matrimonio simultáneo de sus augustas hijas con D. Francisco de Asís, duque de Cádiz, y D. Antonio de Orleans, duque de Montpensier.

***

Ya en funciones lord Palmerston, no se recata desde un principio en mostrar su predilección por el duque de Sevilla. No sólo lo hace así presente, á

(1) 6 de Julio de 1846.

(2) Publicada por lord Lytton Bulwer en su *Life of lord Palmerston.*

las primeras de cambio, en conferencia con el embajador de Luis Felipe (1), y se lo repite algunos días más tarde, añadiendo que el solo Príncipe español que oportunamente pudiera ser elegido sería D. Enrique, sino que, en despacho de 22 de Agosto, dirigido á Mr. Bulwer, autorizándole para dar cuenta de él á la Corte y Gobierno de España, hace la apología del candidato propuesto, de su entendimiento claro, su carácter varonil y sus disposiciones generosas, presentándole como lazo de unión entre los esparteristas y el Trono, y como el único candidato posible, después de considerar inhabilitado á Montemolín y de afirmar, en cuanto al duque de Cádiz, que, «si bien no existen contra él las objeciones políticas que se levantan contra el conde, el Gobierno de Su Majestad no puede tomar sobre sí el consejo de que la elección de la Reina de España recaiga sobre este Príncipe». Y por si acaso parecía nebulosa su actitud, en otro despacho de igual fecha encargó al embajador inglés en París que recabase de M. Guizot el apoyo de Francia en pro del Infante D. Enrique, «el único adecuado *(the only fit)*, en nuestro concepto, por sus cualidades personales, para esposo de S. M.»

No podía escoger Palmerston posición más halagadora para los intentos de M. Guizot, que en todo pensaba menos en apoyar al duque de Sevilla. Cuando lord Normanby le visitó para comunicarle el despacho de su jefe, Guizot se negó resueltamente á hacer gestión ninguna, como no fuera indistintamente en pro de los dos hijos del Infante D. Francisco de Paula. Precisamente, á su juicio, D. Francisco de Asís, por su edad y por su conducta respetuosa con el Gobierno, con doña Isabel y con la Reina madre, era más merecedor de la adhesión del Gobierno francés, pues el apasionado y turbulento D. Enrique hasta había desoído los consejos paternales de Luis Felipe cuando, á su paso por París, trató de hacerle comprender cuáles eran su lugar, su deber y sus conveniencias. Apoyar exclusivamente á D. Enrique era, además, en sentir de Guizot, privar á doña Isabel del derecho de elección.

El astuto estadista francés se congratularía sin duda del poco recato con que Palmerston mostraba su inclinación al duque de Sevilla. Todo cuanto revelase deseo de dar impulso á éste, lejos de favorecer su candidatura, era un incentivo para que la Corte y el Gobierno de Madrid accedieran á cualquier combinación en que él no entrase. Y Guizot, que no perdonaba á Palmerston sus maniobras de antaño en la cuestión de Oriente, y que nunca aparentó grandes entusiasmos por lo que los Reyes pactaron en Eu, iba cautelosamente tejiendo su tela, gozándose anticipadamente en conseguir á un tiempo mismo la humillación del ministro inglés y la colocación de un hijo del Rey de los franceses, ya que no en el Trono mismo de San Fernando, en las mayores probabilidades de ocuparlo.

Lo que Palmerston no vió, lo vió claramente la Reina Victoria. Dar la

---

(1) Lord Palmerston á Mr. Bulwer: «Foreing-Office, Julio 24 de 1846. He dicho al conde de Jarnac que en la cuestión del matrimonio somos esencialmente pasivos. Que, por lo tanto, nada puedo añadir *como órgano oficial del Gobierno;* pero que *mi propia opinión* coincide con la que profesaba lord Aberdeen, á saber: que D. Enrique sería el esposo más á propósito para la Reina.» (Documentos presentados al Parlamento inglés.)

cara por D. Enrique era una inconveniencia. Las cartas de S. M. á lord Palmerston en 16 de Julio, y á lord Russell en 17 de Agosto, patentizan con cuánta más clarividencia juzgaba el caso la Reina de Inglaterra. En la primera de ellas, contestando á una de su ministro en la que éste estudiaba el pro y el contra de cada uno de los pretendientes á la mano de Isabel, y destacaba, por supuesto, al duque de Sevilla, la Reina le replicaba: «Encuentro una sola omisión, y es la personal oposición de la Reina Isabel á D. Enrique, y el peligro que supone casarse con un Príncipe comprometido con un partido político español, lo cual le hace ser el enemigo del partido opuesto.» Y en la segunda, comentando la correspondencia cambiada entre Bulwer y Palmerston, y censurando el propósito de influir en la política interior española, y de organizar un partido inglés en España para suscitar antagonismos con los intereses franceses, añade: «Ese era el estado de cosas antes; por eso, ciencia y experiencia previenen contra la renovación de semejante política. La natural consecuencia de ello sería hacer aparecer á D. Enrique como el candidato deseable para la mano de la Reina de España, con lo cual lord Palmerston se desvía por la vez primera de la línea hasta ahora seguida por nosotros, y aprieta *(urges)* por D. Enrique, á quien á los ojos de todo el mundo se designará como un candidato inglés. Lord Palmerston, en su deseo de verle prevalecer, no se da cuenta suficientemente, en opinión de la Reina, de los obstáculos que esa combinación tiene en su camino, los cuales, á juicio de cuantos están en los secretos de la Corte, son casi insuperables.»

Nada hacía cejar á lord Palmerston, que no fué nunca materia dúctil. Aunque templó algo, en deferencia á S. M., el tono de sus instrucciones á Bulwer, en carta de 19 de Agosto siguió defendiendo ante la Reina su apreciación de que sólo había un Príncipe recomendable, á quien, si Cristina se oponía, era sólo por temores relativos á su propio personal interés. «Pero ya he proporcionado á Mr. Bulwer—añadía—argumentos bastantes para combatir los miedos de la Reina Cristina; y deduzco, además, de lo que he hablado con el conde de Jarnac, que el Gobierno francés, movido por el recelo de que el británico apoye al Príncipe Leopoldo de Coburgo, prestará también ostensible, aunque no caluroso apoyo á D. Enrique.»

El instinto, el olfato diplomático de Palmerston, no se acreditó en este trance. Sin duda, los años de oposición se lo habían atrofiado por completo.

***

Por el contrario, M. Guizot estaba de suerte y de vena. La Corte española y el Gobierno de Madrid, horripilados ante la posibilidad de que por cualquier azar pudiera apoderarse de la situación el duque de Sevilla, se impacientaban por casar pronto á doña Isabel. No había que soñar ya en Coburgo, puesto que el jefe de la familia imponía la impracticable condición de que sancionase la boda el Rey de los franceses. Era inútil pensar en otro candidato que en D. Francisco de Asís, cuya modosa y recogida actitud, si fuera de Palacio ori-

ginaba comentarios, era en él apreciadísima y tenida en mucho por ser como el reverso de la medalla en cuyo anverso campeaban las andanzas y empresas de D. Enrique.

Pero tal boda había de soliviantar á mucha gente, y se hacía preciso algo que la sirviera de contrapeso. Además, si la Infanta Luisa Fernanda quedaba soltera, se amontonarían para casarla las mismas dificultades que había habido para casar á su hermana. Lo mejor era casarlas juntas, en un solo día, á la Reina con el duque de Cádiz, y á la heredera con Montpensier, cerrándose así para D. Enrique definitivamente y á un tiempo mismo las puertas de la Casa Real. Este era el *desiderátum* de doña Cristina y el sueño dorado de los gobernantes moderados. ¿Cómo no había de serlo también para Guizot, que en la naturaleza débil del parapoco candidato á Rey consorte vislumbraba además una mayor probabilidad de que pudiera llegar á reinar en España un hijo de su Soberano?

Nobleza obliga á reconocer, sin embargo, que Luis Felipe tuvo al principio algunos escrúpulos en seguir por la senda á que su ministro le animaba. Los pactos de Eu habían sido explícitos. Ni ingleses ni franceses discutieron nunca sus términos (1). Para que un hijo del Rey de los franceses pudiera casarse con doña Luisa Fernanda, era preciso aguardar á que se hubiera casado la Reina y tuviera hijos. Por eso, cuando Guizot le dió primeramente cuenta de las conferencias de Bresson con Cristina y del plan de simultanear ambas bodas, el primer movimiento de Luis Felipe fué de protesta. Aquello no era correcto, ni honrado, ni prudente, hecho á espaldas de Inglaterra. «Estamos obligados—escribía el Rey á Guizot en 25 de Julio—á hacer llegar á la Reina Cristina el *désaveu* de la simultaneidad. Mientras más tengamos que temer de la mala fe, más nos importa que las cartas que tengamos en la mano sean limpias, y que no se nos pueda acusar de tener dos lenguajes... No deben, pues, reunirse en nuestra correspondencia con Bresson, Cádiz y Montpensier; la reunión de esos nombres transciende demasiado á simultaneidad, y es muy desagradable á todos los míos, y á mí no me conviene más que á ellos» (2).

Cuando Guizot recibió esta carta, trató de convencer á Luis Felipe de que la doble boda era la parada contra el golpe inminente de un matrimonio Co-

---

(1) Así lo corrobora el testimonio de dos de los más significados personajes de este episodio.

El Príncipe Alberto escribió así á su hermano en 17 de Septiembre de 1846, explicándole las causas de la ruptura de la *entente cordiale:*

«El Rey Luis Felipe nos dió su palabra de honor de que no se pensaría en ese segundo matrimonio hasta que la Reina estuviera casada y tuviera hijos, *et celà ne serait pas une affaire politique.*

»Ahora él pretende que quedó desligado de su palabra porque Leopoldo fué propuesto, en contra de lo que Aberdeen había asegurado. *A fine invention!» (Life of H. R. H. the Prince Consort,* por Charlotte M. Jonge.)

El mismo M. Guizot, un año antes, al dar instrucciones al conde de Bresson en carta de 19 de Septiembre de 1845, le decía:

«Tant que, à defaut du mariage de la Reine et d'enfants issus d'elle, le Trône d'Espagne sera suspendu au mariage de l'Infante, nous nous conduirons pour ce mariage comme pour celui de la Reine elle-même; *nous n'y pretendrons pas pour un fils du Roi;* mais nous n'admettons que aucun autre qu'un prince de la Maison de Bourbon y puisse prétendre. *Quand la Reine Isabelle sera marié et aura des enfants,* le mariage de l'Infante aura perdu le caractère qui nous impose, envers l'un et l'autre la meme politique; et, dés lors, ce mariage nous convient et nous ne cachons point notre intention de la rechercher et de le conclure.»

(2) Publicada esta carta, con otras de las que luego se citan, en la *Revue Rétrospective.*

burgo, que por modo subrepticio suponía él que trataba de conseguir Inglaterra. Sirvióle para ello á maravilla la coincidencia de que cabalmente días antes, el 19 de Julio, lord Palmerston, dirigiéndose á Bulwer, y autorizándole para hacer público todo su contenido, había redactado un despacho en el que citaba al Príncipe Leopoldo como uno de los tres candidatos á la mano de la Reina, equiparándole á los otros dos, nombrándole antes que á ellos, y expresando el deseo de que la elección recayera sobre quien de los tres reuniera mejores cualidades. El tal despacho, cuyo móvil secreto no era otro que amagar con Coburgo para que Francia aceptase á Sevilla, lejos de ser una habilidad de lord Palmerston, fué en él una imperdonable impremeditación, de la que había de sacar no escaso partido su travieso adversario; tanto más, cuanto que en los últimos párrafos se hacían apreciaciones durísimas respecto al Gobierno español y á las orientaciones de su política.

No por ello, sin embargo, claudicó en un principio Luis Felipe. Todavía en 10 y 12 de Agosto escribía el Rey á Guizot, reprochando la conducta de su ministro en Madrid: «Le coup de tête de Bresson il y a ajouté (selon moi, sans aucune utilité) un embarras fort regrettable»... «Bresson a eu tort, a méconnu le terrain et a meme offert ce qu'il n'aurait pas dû acorder» (1). Pero Guizot no amainó en su empeño. Contaba, sin duda, con que, en el fondo, Luis Felipe era materia blanda para la traición, máxime cuando el premio de ella era una boda para Montpensier como quizá no hubiera otra en Europa. Y bordándole el tema, tranquilizándole en sus escrúpulos, allanándole las asperezas del camino, manejándole, en fin, como sabía y podía hacerlo aquel hombre que, sin ser su primer ministro, era hacía siete años el alma del Gobierno, los primeros instintivos movimientos de protesta se fueron aplacando, la caballerosidad se rindió al cálculo, y... el Rey cedió.

Verdad es, para decirlo todo, que era de España de donde partían los mayores apremios. Un día, Mon y Riansares se reunían á comer con Bresson al solo fin de instarle á que facilitase el logro de sus deseos. Otro día, era la propia Reina gobernadora quien, según relata Bresson á Guizot (2), recibió al embajador francés para exponerle sus anhelos de «associer le mariage de M. le duc de Montpensier à celui de M. le duc de Cadiz, de manière à fortifier, à relever l'un par l'autre et à contenir les mécontents, les oppossants par l'eclat du rang de notre Prince et par la crainte de la France qui vient derriere lui» (3).

---

(1) *Revue Retrospective.*

(2) Carta de Bresson á Guizot, publicada por éste en sus *Memorias*.

(3) Explicando el Sr. Mon ante el Congreso, en la sesión de 26 de Febrero de 1847, los motivos que tuvo el Ministerio para aconsejar se realizasen á un tiempo mismo los dos matrimonios, lo justificaba afirmando que el aplazamiento de la boda de la Infanta no hubiera hecho sino aumentar las dificultades y la oposición á un enlace que el Gobierno español estimaba muy conveniente para S. A. y para el país. Si se hubiera dilatado, si aun para hacerlo con tal rapidez hubo tales inconvenientes, si hasta se cruzaron apuestas de grandes capitales sobre si se verificaba ó no, si llegó á decirse que saldrían hombres armados al camino á cortarle el paso á Montpensier, ¿qué hubiera ocurrido si ello se dilata? Y añadía el orador:

«Pero, señores; ¿por qué no se aplazó este matrimonio de la Infanta para después del de la Reina? De esa manera hubiera quedado contenta la Inglaterra, y se hubiera satisfecho á una condición estipulada en Eu. Pero, ¿era esto de nuestro dominio? Si nunca habíamos reconocido ese derecho, ¿por qué habíamos de sujetarnos á él? ¿Qué se hubiera

Ni la Reina Victoria, ni Palmerston, ni Bulwer, ni ningún otro personaje de la Corte, ni de la diplomacia, ni del Gobierno inglés, tuvieron sospechas de cuánto adelantaba la intriga. No bastaba con apartarse de lo pactado en Eu. Esto pudo hacerse lealmente y cara á cara. Era menester más: infringir de un modo rápido y teatral aquel pacto, para que cuando la Gran Bretaña quisiera remediar la infracción, llegase tarde.

El sigilo con que las negociaciones se llevaron fué tal, que todavía el 22 de Agosto el embajador Bulwer, que se hallaba enfermo, tuvo en su casa una entrevista con el duque de Riansares y con Istúriz, á quienes dijo que estaba enterado de la llegada del Infante D. Francisco á Madrid; que su Gobierno, aun inclinándose más á D. Enrique, por creerle más popular, no había manifestado hostilidad á su hermano; que él mismo había recomendado siempre el enlace con un Príncipe español, y habían sido ellos los que le habían rogado que se facilitase la boda con Coburgo; y que como el Gobierno inglés no había respondido aún, y contestaría muy pronto á su última comunicación sobre el particular, sería lo mejor esperar á que la recibiera, cualquiera que fuese la resolución que había de adoptarse. A todo ello contestó Riansares significándole que, dado que la familia del Príncipe Leopoldo deseaba contar con el inalcanzable beneplácito de Luis Felipe, ese enlace se había hecho imposible, por lo cual le dió á entender que el candidato preferente era ya D. Francisco de Asís. En cuanto á Istúriz, el jefe del Gobierno se limitó á confesar que no tenía ya esperanza ninguna de ver prosperar la candidatura Coburgo, y á indicar que el famoso é impremeditado despacho inglés del 19 de Julio había sido recibido de muy mal modo por el Gobierno francés; que veía en él una declaración de hostilidad contra el Gabinete español y las influencias establecidas en España, y que, en suma, le había producido muy mala impresión. Del ya madurado propósito de casar á Montpensier con doña Luisa Fernanda en la misma bendición que uniera á doña Isabel con el duque de Cádiz, ni una palabra, ni la más ligera insinuación.

Cinco días después, el burlado Mr. Bulwer dirigía á lord Palmerston el siguiente despacho, á través del cual se adivina la amargura de su humillación y la rabia de su engaño:

«Madrid, 29 de Agosto de 1846.

»Tengo que anunciar á Vuestra Señoría que la Reina declaró anoche á las doce haber hecho su elección en favor de S. A. R. el Infante D. Francisco de Asís... Vuestra Señoría sabe bajo qué circunstancias fué llamado aquí don Francisco, estando aún la Corte, cuando yo os escribí el día 4 de este mes, lo más ansiosa de arreglar un enlace con el Príncipe Leopoldo... Por espacio de

---

dicho de nosotros si hubiéramos anunciado: la Infanta de España quiere casarse, elige un Príncipe francés, están acordes las dos familias; pero, por temor de una disidencia entre Inglaterra y Francia, tenemos necesidad de esperar á que la Reina se case y tenga sucesión? ¿Qué no nos hubieran dicho el Sr. Cortina y los señores de la oposición? ¿No nos hubieran dicho: dónde está la independencia nacional?»

algunos días se aguardó una contestación de Londres. Mas el duque de Sotomayor anunció que el 15 había conferenciado con Vuestra Señoría, y que vuestras opiniones no habían sufrido alteración ninguna. Considerando, pues, que nada se podía hacer en favor del Príncipe Leopoldo..., creí que el mejor modo de llenar plenamente los deseos de Vuestra Señoría, juzgando según los hechos de que tenía noticia, era procurar dar más fuerza todavía á las pretensiones de D. Enrique. Hablé, por tanto, nuevamente al duque de Riansares y al Sr. Istúriz sobre el asunto, pero no encontré predisposición ninguna á acceder á estas proposiciones.

»En la misma noche celebraron consejo los amigos de la Reina madre, determinándose llevar las cosas á su término. Creo que la Reina Cristina habló á su hija y la dijo que debería escoger entre dos cosas: casarse ahora, ó aplazar la boda por tres ó cuatro años; que el Príncipe de Sajonia-Coburgo era evidentemente imposible; que el conde de Trápani sería peligroso; que D. Enrique se ha colocado por sí mismo en una posición que deja el enlace con él fuera de la cuestión; y que S. M. debería resolver si se casaba con su primo D. Francisco de Asís, ó abandonaba por algún tiempo la idea de casarse.

»La Reina, según me han dicho, se tomó algún tiempo para reflexionar, y después se decidió en favor de su primo. Fueron llamados los ministros y *the drama was concluded* (1).

»Tengo el sentimiento de anunciar á Vuestra Señoría que el matrimonio del duque de Montpensier, quien debe llegar aquí dentro de quince días, debe verificarse al mismo tiempo que el de S. M. Ya he prevenido seriamente en diferentes ocasiones, aunque privadamente, al Sr. Istúriz y á la Corte que este acontecimiento causaría grande sentimiento en Inglaterra y produciría muy desfavorable impresión en el público de esta nación. También he tocado este asunto con el conde Bresson; mas como no tengo instrucciones para hablarle de esta cuestión, no he hecho más que expresar mis propias ideas sobre ella.

»*P. S.*—He sabido que, en cuanto manifestó la Reina la intención de casarse con su primo, el conde Bresson pidió personalmente la mano de la Infanta para el duque de Montpensier, añadiendo que tenía poderes para entrar de lleno en el asunto y dejarle terminado. Entonces se arreglaron definitivamente entre él y el Sr. Istúriz las condiciones del matrimonio.»

Al propio tiempo que Bulwer enviaba este despacho á su ministro, la sensacional noticia corría con aires de triunfo desde Bresson á Guizot y desde Guizot á Jarnac, su embajador en Londres. No se hallaba á la sazón en la metrópoli inglesa lord Palmerston, que, acompañando á la Reina, viajaba á bordo del *Victoria and Albert* en la flotilla que les conducía á Falmouth; pero

---

(1) Conservo la frase tal como en el extracto publicado ahora entre *The Letters of Queen Victoria*. La edición francesa de las mismas, que ha visto la luz posteriormente, la ha traducido así: *Les ministres furent appelés et la comédie fut terminée*. En el extracto de esta carta que se comunicó al Parlamento inglés á raíz de los sucesos, se advierten notables diferencias con el que publican ahora los editores de las cartas de la Reina Victoria. Una traducción contemporánea del mismo consignaba así la frase: «Llamóse á los ministros y quedó la cuestión resuelta.»

Jarnac no quiso tampoco retrasarse la satisfacción de contárselo, y presuroso le escribió, relatándole la escena de Madrid. Palmerston contestó en francés una larga carta. De su tono dan idea los siguientes párrafos:

«Quant au mariage de la Reine d'Espagne avec l'Infant Don François, vous savez dejà ce que j'en pense. C'est, du moins, une consolation pour nous de savoir qu'on ne peut pas reprocher au Gouvernement anglais d'avoir prêté les mains á cet arrangement. Le mariage entre l'Infante et le duc de Montpensier est pour nous beaucoup plus grave... Je ne vous parlerai plus d'entente cordiale, parce que, ce qu'on nous annonce par rapport aux affaires d'Espagne, ne nous prouve que trop clairement qu'on ne veut plus à Paris ni de cordialité ni d'entente.»

***

¿Y la Reina Victoria? Para S. M. B., lo amañado en Madrid constituía dos decepciones. La enamorada esposa del varonil y gallardo Príncipe Alberto, la venturosa madre que en aquellos momentos gozaba viajando con su marido y sus hijos y oyendo las aclamaciones de los pueblos de la vieja Cornuvalia en honor del infantil «Duke of Cornwall», no podía avenirse á la idea de que la Reina Cristina consintiera en enlazar la lozana adolescencia de Isabel á la endeble juventud del discutido D. Francisco de Asís. La Soberana de Inglaterra, la que personalmente había convenido en Eu con Luis Felipe que Montpensier no se casaría con Luisa Fernanda ínterin su hermana no hubiera asegurado en sus hijos la sucesión al Trono, frase que todavía parecía vibrar en los oídos de Victoria, no se resignaba mansamente á creer que el Rey de los franceses fuese de palabra tan quebradiza ó de memoria tan infiel. La certeza de que se habían realizado ambos absurdos, de que ni la madre ni el Rey habían procedido como ella creía digno y honrado, hizo estallar su indignación.

El primer chispazo de su justificado enojo partió como una centella del mismo yate *Victoria and Albert,* en forma de carta al Rey de los belgas. Ya sabía éste de antiguo que la Reina de Inglaterra era adversa al matrimonio de Montpensier con doña Luisa Fernanda. Más de un año antes, el 14 de Enero de 1845, le había escrito ella lo siguiente: «Si Tatane (1) hubiera de pensar en un enlace con la Infanta, Inglaterra se indignaría extremadamente y lo consideraría, con razón, de tanta monta como una boda con la Reina misma.» Así, pues, no produciría á Leopoldo de Bélgica gran sorpresa la carta siguiente:

«El arreglo del casamiento de la Reina de España emparejado con el de Montpensier es *infamous,* y nosotros necesitamos protestar. Guizot ha tenido la desfachatez de decir á lord Normanby que, aunque en un principio ellos dijeron que Montpensier solamente se casaría con la Infanta cuando la Reina estuviera casada y tuviese hijos, habiéndose indicado á Leopoldo como uno

(1) Diminutivo familiar de Montpensier.

de los candidatos, esto lo alteraba todo, y ellos podían hacer lo que han hecho. Esto es demasiado fuerte, porque nosotros fuimos tan leales que casi impedimos el casamiento de Leopoldo (que hubiera podido haberse hecho, y lord Palmerston, después de lo ocurrido, siente que no se realizase), y el pago que nos dan es la fea reunión de las dos bodas, que nada tienen ni debían haber tenido que ver la una con la otra. Es necesario que el Rey sepa que estamos indignados en extremo, y que tal conducta no es el camino para conservar la *entente* que él desea. ¡Todo ello, además, se ha hecho de tan poco honrada manera!» (1).

La Corte de Francia pensó, sin duda, que con una amable *lettre de faire part* se apaciguarían los alterados nervios de la Soberana de Inglaterra, y tal misión quedó encomendada á la Reina María Amelia, quien, como si se tratase nada más que de un suceso doméstico, fausto para la familia, escribió en francés á su egregia pariente la siguiente carta:

«Neuilly, 8 Septiembre 1846.

»Señora: Confiada en la preciosa amistad, de la que V. M. nos ha dado tantas pruebas, y en el amable interés que siempre habéis testimoniado á todos nuestros hijos, me apresuro á anunciaros la conclusión del matrimonio de nuestro hijo Montpensier con la Infanta Luisa Fernanda. Este acontecimiento de familia nos llena de alegría, porque esperamos que asegurará la dicha de nuestro querido hijo, que encontraremos en la Infanta una hija más, tan buena y amable como las mayores, y que aumentará nuestra dicha interior, la única verdadera en este mundo, y que vos, Señora, sabéis tan bien apreciar. Os pido anticipadamente vuestra amistad para nuestra nueva hija, segura de que ella participará de todos los sentimientos de afección que nosotros tenemos por vos, por el Príncipe Alberto y por toda vuestra querida familia. Señora: De V. M. la muy devota hermana y amiga,

María Amelia.»

Pero la Reina Victoria no se creyó obligada al disimulo, y su respuesta á la esposa de Luis Felipe debió repercutir en el hogar de este Monarca como el eco del remordimiento. La carta, redactada también en francés, decía así:

«Osborne, Septiembre 10, 1846.

»Señora: Acabo de recibir la carta de V. M., de 8 de este mes, que me apresuro á agradeceros. Os acordaréis tal vez de lo que pasó en Eu entre el Rey y yo; conocéis, Señora, la importancia que siempre he dado al mantenimiento de nuestras cordiales relaciones y el celo con que he trabajado en ese sentido; habréis sabido, sin duda, que nosotros hemos rehusado arreglar el matrimonio entre la Reina de España y nuestro primo Leopoldo (que las dos

(1) Carta al Rey de los belgas en 7 de Septiembre de 1846.

Reinas habían deseado vivamente), con el solo designio de no hacer nada que no fuese agradable á vuestro Rey, aunque nosotros considerásemos ese matrimonio como el mejor. Vos podréis, por tanto, comprender que el anuncio repentino de ese doble matrimonio no podía causarnos más que sorpresa y una viva pena.

»Yo os pido perdón por hablaros de política en este momento; pero quiero poder decirme á mí misma que siempre he sido sincera con vos.

»Rogándoos que presentéis mis homenajes al Rey, soy, Señora, de V. M. la muy devota hermana y amiga,

VICTORIA R.»

Cruzadas estas cartas, dió cuenta de ellas la Reina á Palmerston, el cual, en comunicación de pocos días después, y publicada ahora en la colección de M. Benson, manifestó á S. M. su absoluta conformidad con la contestación enviada á París. Al propio tiempo, el ministro ponía en conocimiento de la Reina que había tenido una larga conversación con Jarnac, en la cual le había expuesto que el Gobierno británico no oponía objeción política ninguna al matrimonio de doña Isabel, aunque lamentase se hubiera ejercido coacción moral sobre la joven Reina para obligarla á aceptar por esposo una persona que ella no podía *neither like nor respect,* y con quien no tendría ciertamente felicidad futura; pero que, en cambio, el proyectado enlace del duque de Montpensier era de tal alcance político, que habría de ejercer el más desgraciado efecto en las relaciones entre Inglaterra y Francia.

La Reina Victoria no ocultó desde un principio, sin embargo, el disgusto con que vió el proceder de Palmerston. Su carta de 14 de Septiembre de aquel año, dirigida al Rey de los belgas, refleja por completo su modo de apreciar en conjunto todo lo acontecido:

«Mi queridísimo tío: Nos hallamos absorbidos por estos casamientos españoles, que, aunque no pueden conducir á la guerra (porque los ingleses se preocupan muy poco del asunto), causarán complicaciones. Alberto os ha contado todo lo que ha pasado entre la querida Reina y yo, y sobre qué absurdo terreno los franceses se colocan. Los detalles de la historia no son muy buenos, y yo tengo la pena de decir que el buen Rey, etc., se ha conducido *muy poco honradamente.* Hemos protestado, y tenemos la intención de protestar muy enérgicamente contra el casamiento de Montpensier con la Infanta, *mientras ella sea heredera presunta del Trono de España.* El Rey abandona su línea de conducta; él insistía en un Borbón porque, según afirmaba, no quería casar á ninguno de sus hijos con la Reina; y ahora une á la Reina con el peor Borbón que ella podía tener, y su hijo á la Infanta, que, según todas las probabilidades, será Reina. ¡Eso es muy fuerte! Ciertamente, Palmerston ha maniobrado mal en Madrid, como dice Stockmar, insistiendo por D. Enrique, dijese Bulwer lo que dijera. Si nuestro querido Aberdeen estuviese todavía en su puesto, eso no hubiera sucedido; él no hubiese impuesto á Enriquito (lo que enfureció á Cristina), y, por otro lado, Guizot no hubiese *escamoté* con Aberdeen en su

deseo de vencerle, como ha hecho con Palmerston, el cual reconozco que ha obrado con franqueza y lealtad frente á Francia en este asunto. Pero, dígase lo que se quiera, es *otra vez él* quien nos suscita *indirectamente* una pendencia con Francia. Y lo que me apena y me aflige es el carácter personal de esta querella, sintiéndolo también por el pobre buen Piat (1), á quien queremos mucho, aunque me consuela que, oponiéndonos á ese matrimonio, no turbamos realmente su dicha, pues él nunca ha visto á la Infanta, que es una niña de catorce años, y no bonita. A quien compadezco mucho es á la Reinita, pues la pobre niña detesta á su primo, y se dice que ha consentido contra su voluntad. Veremos si al fin se casa con él. De todos modos, este incidente es muy fastidioso y va á turbar nuestras buenas relaciones con la familia francesa, al menos por algún tiempo.»

Alguien había en la familia francesa con quien siempre se negó á reñir Victoria I: la Reina de los belgas. «No quiero—le decía en carta de cuatro días más tarde—que esta controversia entre más en nuestra correspondencia privada. Sólo deseo decir que es *imposible* imprimir á este asunto el sello de un sencillo asunto de familia. La actitud adoptada en París sobre los casamientos era muy extraña desde el principio. Fué precisa toda la discreción de lord Aberdeen para que no fuéramos antes á un rompimiento; pero este desenlace, tan contrario á la palabra del Rey, que me la dió *espontáneamente* en Eu, añadiendo á la complicación, por la *primera vez,* la del proyecto de matrimonio de Montpensier, ha de hacer mal efecto en Europa. Nada más triste ha podido ocurrir que llegar á esta disputa, que toma un carácter tan personal.» Y en otra carta al Rey Leopoldo afirma: «Ninguna cuestión ó mala inteligencia *podría ser en el mundo más desagradable,* y para mí *más cruelmente penosa;* ¡y es todo ello *tan personal,* y ha venido á mezclarse de un modo tan fastidioso en nuestra correspondencia!... Además, ¡es tan triste para la pobre querida Luisa, á quien nadie le puede decir que su padre ha procedido deslealmente!...»

Quiso Luis Felipe aprovechar esta buena disposición de Victoria hacia su hija la Reina de los belgas, para que ésta fuese la mediadora y la intérprete de sus excusas. Al decir de él, el Foreing-Office era quien había procedido con doblez, como lo demostraba el despacho de 19 de Julio, en el que lord Palmerston venía por modo indirecto á apoyar la candidatura de Coburgo. En opinión del Rey de los franceses, la Reina Victoria lo veía todo á través de los anteojos de Palmerston. Él, en cambio, sólo reconocía haberse *desviado* ligeramente de sus ofrecimientos. «Yo te diré en qué ha consistido, por mi parte, esa desviación. Simplemente, en haber arreglado el casamiento del duque de Montpensier, no para *antes* de la boda de la Reina de España, puesto que ella se casará con el duque de Cádiz al mismo tiempo que mi hijo con la Infanta, sino *antes* de que la Reina tenga un hijo. Esta es mi única desviación; ni más, ni menos.»

(1) El duque de Montpensier.

La respuesta de la Reina Victoria fué de una altivez y de una dignidad insuperables. «El Rey me acusa de no ver los asuntos más que por los anteojos de lord Palmerston. Esta acusación me aflige profundamente, porque tenía el derecho de esperar que el Rey conociese mi amistad sincera por él lo bastante para convencerse de que esta amistad me ha inspirado siempre un vivo deseo, el afán podría decir, de ver siempre las cosas como son, y de darles la interpretación más favorable para él... Nosotros habíamos negado el derecho de limitar la elección de la Reina á la familia de Borbón, pero consentimos en recomendarlo así á España... Esto es lo que hemos hecho, escrupulosamente, religiosamente, sin la menor desviación. Y ha ocurrido lo que el Rey quería: la Reina se casa con un descendiente de Felipe V, precisamente aquel que él sabía que nosotros considerábamos *comme le moins eligible*. Pero el mismo día el Rey da su hijo á la heredera presunta de la Corona, faltando así á su palabra, puesto que ésta consistía en que él no pensaría en tal unión mientras ello fuera una cuestión política *et pas avant que la Reine ne fût mariée et qu'elle n'eut des enfants*... Niego rotundamente—continúa diciendo—que Leopoldo haya sido impulsado jamás como nuestro candidato, ni por el Gobierno inglés, ni por ningún miembro de la familia de Coburgo. Fué la Reina Cristina quien amparó á este candidato, bien de buena fe, bien tendiendo un lazo al ministro inglés en Madrid. Pero nosotros siempre hemos aconsejado un descendiente de Felipe V, y hemos obrado tan lealmente, que hasta dimos cuenta en seguida al Gobierno francés de los pasos de la Reina Cristina cerca de nuestro hermano» (1). Examina luego el despacho de 19 de Julio, para deducir que en él no hay nada justificante de lo ocurrido. «Ahora, mi buena Luisa—concluye—, para metamorfosear estos hechos en pruebas de que lord Palmerston se ha separado de la inteligencia establecida entre el Gobierno francés y lord Aberdeen, es preciso hacer violencia á esos mismos hechos de una manera á la cual mis sentimientos de justicia no se prestarán jamás. Yo he, pues, considerado todo por mí misma y viéndolo *por mis propios ojos*. Mi único consuelo es que, no pudiendo realizarse este proyecto sin producir grandes complicaciones y sin exponer á esta familia querida á muchos peligros, ella retrocederá ante la ejecución.»

***

En esto erró la buena fe de la Reina Victoria. Lanzado á la publicidad el anuncio oficial del matrimonio simultáneo, ni España ni Francia podían recogerlo ya. Aquélla, aunque lamentase entonces y hubiera de lamentar mucho más al correr de los tiempos el enfriamiento de su amistad con Inglaterra, no podía, sin agravio de Luis Felipe y riesgo de la paz, echar un tachón sobre la página escrita solemnemente en la noche del 28 de Agosto. Francia, y singularmente su Rey, aunque no se le ocultasen los inconvenientes de romper

(1) El duque reinante, Ernesto de Sajonia.

una *entente* que era el principal sostén de la Monarquía de Julio, no habría ya de renunciar á lo que Guizot calificaba en plena Cámara como «el éxito mayor que Francia había conseguido en Europa, sin ayuda de nadie, desde 1830».

En vano fué que Palmerston intentara una negociación sin finalidad práctica alguna, durante la cual larguísimos despachos de la diplomacia inglesa, francesa y española, sólo lograron envenenar más y más la cuestión, trayendo á la colada desde los Tratados de Utrecht hasta los Pactos de Eu, y discutiendo en la plaza pública el valor de la palabra de Luis Felipe, aunque su ministro de Negocios extranjeros quisiera cubrir gallardamente con su propia responsabilidad la responsabilidad del Rey. «Lord Palmerston ha hecho intervenir en la discusión—escribía Guizot en despacho de 22 de Noviembre—un nombre, una persona que nunca debió aparecer en ella. Profunda ha sido mi sorpresa. Mi deber me impone manifestarla altamente, y recordar que la responsabilidad de la política del Gobierno del Rey en esta cuestión me corresponde absolutamente á mí, á mí solo. En ello se interesan mi deber y mi honor. Os encargo que deis lectura de este documento á lord Palmerston» (1). Y desde el Foreing-Office le replicaban: «El mismo M. Guizot ha introducido ese nombre en la discusión todas las veces que á su argumentación convenía. Recojo, pues, la frase de M. Guizot, y decidle que en su recriminación hay falta de memoria ó de justicia» (2).

Debate tan baldío y tan resbaladizo no podía prolongarse. Su continuación no hacía más sino ensanchar el foso en que quedó enterrada la inteligencia pactada en Eu por ingleses y franceses. «El desdichado asunto español ha proseguido. Es una imprudencia—escribía la Reina de Inglaterra—. Nuestra *entente* ha sido locamente tirada por la ventana» (3). Por otra parte, los tardíos é injustos desplantes del rabioso y vencido Palmerston en sus comunicaciones al Gobierno de Istúriz, iban desligando cada vez más á Inglaterra de España, obligando al fin á ésta á sacudirse dignamente las intemperancias del Gabinete inglés y de su entrometido embajador Mr. Bulwer. El empeño en prolongar la tirantez era ya peligroso. Y, sobre todo, celebrado que fué en 10 de Octubre de 1846 el doble matrimonio, las póstumas recriminaciones de unos y otros no conducían á nada.

Pero, aun así, hasta bien entrado el año siguiente continuó el incruento cañoneo diplomático amenazando la paz de Europa. No llegó ésta á alterarse, sin embargo, porque, evidentemente, en ninguno de los tres países interesados habían penetrado hasta la medula de la opinión nacional los apasionamientos y las excitaciones de amor propio que agitaron á sus Gobiernos y á sus Cortes. Faltó ambiente para la guerra, sobre todo allá donde se había recibido la ofensa, pues, como decía su Soberana, *the English care very little about the Spanish marriages*. Y rendido Palmerston en definitiva ante la evidencia

(1) M. Guizot al conde de Jarnac, 22 de Noviembre de 1846.—Documentos presentados á las Cámaras francesas.
(2) Lord Palmerston al marqués de Normanby, 8 de Enero de 1847.—Documentos presentados al Parlamento inglés.
(3) La Reina Victoria al Rey de los belgas, 6 de Octubre de 1846.

de la vacuidad de sus protestas, puso punto final á ellas escribiendo á lord Normanby: «El Gobierno de la Reina no cree necesario continuar la discusión» (1).

***

Cual sucede frecuentemente en la vida de los hombres, y en estos múltiplos de hombres que llamamos pueblos, también entonces pagaron justos por pecadores. Las nubes que se formaron en Occidente habían de ir á descargar sus furias en Oriente. Cracovia, minúscula reliquia de la infeliz Polonia, á la que el Congreso de Viena había declarado libre, independiente y neutra, aunque sometida al triple protectorado de Austria, Prusia y Rusia, vivía confiada, más que en el ambicioso celo de sus *protectoras,* en la vigilancia que sobre ellas ejercían las otras potencias signatarias del Tratado, Francia é Inglaterra. La desavenencia entre éstas dejó sin amparo á los míseros polacos. Y pocos meses después de deshecha la *entente,* Austria, imponiéndose á sus dos vecinas, incorporaba al territorio imperial la legendaria corte de los Reyes de Polonia. Francia quiso oponerse; Inglaterra también. Pero iban cada cual por su lado, y todo fué inútil. Metternich sabía aprovechar las ocasiones aún mejor que Guizot.

No sería Cracovia la única víctima de la ruptura. Año y medio después, otra víctima habría; pero ésta no era inocente: Luis Felipe. Los triunfos del ensoberbecido Guizot habíanle dado una preponderancia absorbente que al fin provocó la revolución. Si cuando el descontento empezó á rugir sordamente, la Corte de las Tullerías pensó en la de Windsor, no se le ocultaría que allí podría hallar, á lo sumo, refugio para su huída, no apoyo para su mando. El pariente de la Reina Victoria, el *conde de Neuilly* como desde entonces quiso intitularse, hallaría el día de su destronamiento funcionarios ingleses que desde el Havre facilitasen su fuga, en Claremont hospitalidad y asilo hasta su muerte, y en el corazón de la bondadosa Señora latir de compasión. «Nous remercions la Providence—le escribía—pour que vous soyez arrivés en sûreté sur le sol d'Anglaterre, et nous sommes bien heureux de savoir que vous êtes ici loin de tous ces dangers que vous ont recenment menacés.» ¡Pronto se había extinguido el resentimiento que diez y ocho meses antes arrancaba de la pluma de la Reina Victoria esta frase: «How can *we ever* feel at our ease with Louis Philippe again?» Pero el último Rey de los franceses habría en cambio de sufrir en silencio que Palmerston se apresurase á reconocer á la Asamblea Nacional: era la revancha del fracaso de los matrimonios españoles. La revolución había estallado el 25 de Febrero. Todavía no corría Marzo cuando Palmerston, anticipándose á todos los Gabinetes europeos, entablaba relaciones con el nuevo Gobierno francés, hablándole de la *most cordial friendship.* Y por cierto que la Reina Victoria, yéndole á la mano, le corregía el despacho, diciéndole: «Me parece demasiado. Con decir *relaciones*

(1) Lord Palmerston á Normanby, 2 de Febrero de 1847.

*amistosas,* bastará. Mala experiencia hemos tenido de las inteligencias cordiales.»

Era que á Victoria I tardó mucho tiempo en quitársele, como suele decirse, el amargor de la boca. Las lamentaciones por el error de Palmerston se repiten aún muchas veces en su correspondencia. Un día comenta, dirigiéndose á él, las cartas de Guizot y Luis Felipe, publicadas en la *Revue Retrospective,* y le dice: «Ellas prueban que, mientras la conducta retraída seguida por el Gobierno anterior respecto á los matrimonios españoles dejó al Gobierno francés intentar varios proyectos y fracasar en todos, vuestro propósito de reorganizar el partido progresista y de reconquistar la llamada influencia inglesa reunió inmediatamente á la Reina Cristina y á Luis Felipe (que se habían peleado antes seriamente) y los impulsó á aquella infortunada combinación, *que no puede menos de ser considerada como el origen de las presentes convulsiones de Europa.*» Más tarde, al consignar en un *memorándum* las quejas que tenía de Palmerston, y que había expuesto á lord Russell, escribe: «Le he dicho (á lord Russell) que creo firmemente que la cuestión de los matrimonios españoles, la cual ha sido la causa original de tantas desgracias de hoy, nunca hubiera llegado á estar tan *embrouillé,* de no haber sido por lord Palmerston.» El juicio era severo. Y, sin embargo, de tal modo se identificó el prestigioso hombre público con una gran parte de la opinión nacional, que, á pesar de los resentimientos de la Reina, los cuales aún habían de aumentar por otras causas, aquel modelo de Soberanos constitucionales acallaría sus enojos y volvería repetidamente á llamarle á sus consejos y á conferirle la dirección de los negocios de la Gran Bretaña.

***

... La Historia, indiferente, siguió pasando las hojas del Libro inmortal.

Y en ellas, para meditación de los que saben leerle, hay una página interesante que lleva la fecha de 1868. Al final está el relato de la retirada á Francia de Isabel II. Con ella emigran sus hijos. A su Trono vacante aspiran muchos Príncipes. Quien quizá con más probabilidades lo corteja es aquel que, al casarse en 1846 con la Infanta heredera, acarició la torpe esperanza de que la Reina no fuera madre. Sus anhelos, frustrados años atrás con el advenimiento de los hijos, renacen ahora que la revolución saca á la puja el cetro de San Fernando. Pero, al requerir el apoyo de Europa, Francia, que ya no es la Francia de Luis Felipe, sino la de Napoleón III, es precisamente quien le pone el veto. Quiere el pretendiente ampararse entonces en los liberales españoles, y otro infausto manifiesto del Infante D. Enrique, el hombre de los escritos desdichados, pone en manos de aquél una pistola, que arrebata á un tiempo mismo la vida de su adversario y la de sus aspiraciones al Trono.

No, no ceñiría á sus sienes la Corona de España el descendiente de Luis Felipe; la deslealtad del padre, rayana en el perjurio, no quedaría premiada

en cabeza del hijo. El tiempo andando, un día habría de llegar en que el Amor, interponiéndose en la Historia, pretendería rectificar á ésta y abriría para una niña excelsa, inocente retoño de esa rama, las puertas del Palacio de Oriente. Pero aquel ángel indiscutido é indiscutible, como dijo una de las voces más severas del Parlamento español, voló en seguida al Cielo. Dijérase que había querido ser, para consuelo ó para enseñanza de su atribulado progenitor, ejemplo vivo de cuán efímeras son las grandezas humanas.

Menguado y necio quien, por perseguirlas, mancha su alma.

FÉLIX DE LLANOS Y TORRIGLIA.

# DEMAGOGIA Y DEMOCRACIA

## (Dos de Mayo.)

Libertad, igualdad y fraternidad fué el lema de la demagogia francesa; Patria, Constitución y guerra á Napoleón fué el lema de la democracia española. Antes que el pueblo español, ningún otro de Europa proclamó su independencia con el brío que se vió tener en España. Y esto á nombre de la religión, de la Monarquía y de los derechos ciudadanos. Habrán tenido más fortuna que en España en Francia para adelantar ésta su progreso; pero, á principios del siglo XIX, fué España quien enarboló la bandera democrática sin precederla una matanza que será siempre anatematizada. Si el pueblo francés registra en sus anales actos heroicos, están manchados de muchos otros indignos, y éstos sin atenuantes. ¡Ah! España quiso defender su independencia, y no reparó en la magnitud de la empresa, haciendo toda suerte de sacrificios. La democracia de Europa debe su primera acción práctica á España. Ahí está la Historia.

Tres períodos históricos son por los que se demuestra la influencia que ha tenido en Europa la democracia española en el reinado del Emperador Napoleón. El año de 1804 empezó su dominación en Francia, dominación que fué motivada por los desórdenes y crímenes de la demagogia francesa, que hizo insoportable su desgobierno, que estuvo mantenido á nombre de la *libertad.* El año 1808, que estaba en apogeo el Emperador como caudillo invencible ante las otras naciones de Europa, es cuando España inaugura la caída del caudillo en Madrid, Zaragoza, Gerona, Bailén, etc., etc. Entonces, que se defendió con la bandera de la *igualdad* todo lo contrario de lo que representaba ésta. El año 1814 quedó deshecho el hipotético vínculo de la *fraternidad,* porque la democracia española se opuso (hasta destruirla) á la que quiso imponer, desnaturalizada, la demagogia francesa. Y los Reyes, con ciega altanería, pensaron que podían mandar despóticamente, cuando su despotismo, como la demagogia de la Revolución, no podía prevalecer.

El porvenir era democrático.

Mientras que la demagogia, queriendo cimentarse irreligiosa, falseó la base de un nuevo régimen social, como se hizo la confusión, al derribo del fanatismo, alcanzó la fuerza destructora á la histórica fe, que, bien cimentada, induce á practicar la virtud; que, bien cimentada, da con la verdad; que, bien cimentada, ilumina la filosofía. Tan es así, que todos los filósofos, obscurecida su mente por el error, sin embargo, no dejan de verse favorecidos de vez en cuando por destellos divinos. La Revolución escéptica sucumbe bajo la influencia demagógica, por lo que ésta llevó al patíbulo criaturas inocentes, eminentes ciudadanos, sabios con títulos de inmarcesibles laureles. La ignorancia se

impuso con todo el empuje del instinto cuando supera materialmente á las influencias sociales-morales, que son amor, y que las ahoga el odio.

Hay páginas de la Historia gloria de sus héroes y de su nación. Las tienen Grecia, Roma: aquélla, en el siglo de Pericles; ésta, en el reinado de Octavio Augusto. Páginas gloriosas se encuentran en los episodios de las guerras púnicas y en los de las vidas de los Gracos. Páginas gloriosas se registran en las irrupciones de los bárbaros y en las invasiones de las huestes de Mahoma. Cuando el sol de la ciencia ha iluminado la Edad Media, el panorama que se ha visto es de los más hermosos. Las vicisitudes por que ha pasado la Iglesia contienen tal grandeza de pensamiento, que el protestantismo ha tenido que reconocérselo á la fundación inmortal de Pedro de Galilea.

Pues bien: España, su guerra de la Independencia, sus arrestos de *creencia* en esperarlo todo de una *democracia* nueva, superior en su totalidad á la de las demás naciones, España señala el empezar del siglo XIX con sus iniciativas progresivas, con una orientación.

No en vano se ha llamado el período del *terror* á aquellos días que estuvieron á la orden del día en Francia; cuando la ley era *cuchilla* de dos filos, y cuando la justicia se cumplía ciegamente á fuerza de disparos de metralla.

No falta fundamento tomado de la Historia, desde el reinado de Hugo Capeto, para haberse dicho que las malas pasiones fueron acumulando de siglo en siglo, á manera de monumentos, con siniestra perspectiva donde aprenderse por generaciones del mal ejemplo. La tempestad social sorprendió á Francia, si no en absoluto, relativamente. ¡Que preludio de la Revolución fué la Enciclopedia! ¡Aviso inconsciente de sus autores de los tristes días de venganzas, en los que estuvo olvidada la doctrina de Cristo, y Luzbel pudo saciarse de sangre! No hubo distinción de clases para sacrificar y para ser sacrificado. ¡Qué rasero, Dios mío!

Ahí están consignados los juicios emitidos por Cantú, Taine, Carlyle, Roux. Son sus libros verdadera acusación fiscal.

Sí; ellos y otros pensadores ilustres; Thiers, con su serena opinión. Todos, al relatar hechos de la Revolución, no pueden (de muchos días) más que citar ejemplos inhumanos que se suceden alrededor de la gran *fosa* nacional. Robespierre se inquieta ya, y, cobarde, muere porque su pensamiento era vivir sojuzgando al pueblo: como si fuese posible, en tremenda sacudida social, inducir al crimen sin ser víctima de él. Esto fué lo que sucedió en la *Corte* que heredó todo el *bagaje* del reinado de Luis XIV. Ciertamente que Rousseau no fué revolucionario á mano armada; pero sus ideas, al desecharse por la aristocracia francesa y por la mesocracia, fueron de rebote á caer entre la plebe, á la que se explicaron torcidamente por propagandistas de tosco cuño.

Adviértase que cuantas impugnaciones están hechas á los escritos y palabras pronunciadas por Rousseau contra el cristianismo, bien condenadas están ellas. ¿Cómo no? ¿Cómo no ser condenables sus amores con apasionamiento en todos los órdenes de sus manifestaciones, que están atestadas de sensualismo? Por éste se declaró guerra á muerte entre los que preferían en la posesión vo-

luptuosa su goce, y los que no querían disfrutar así, arrebatándoseles su dicha á éstos.

Los asesinos pensaban que la generación sensualista había que extinguirla si se quería ocupar su puesto en sociedad; y como aquélla tenía su emplazamiento sensual, en este terreno hubieron de encontrarse un pasado bochornoso y un presente bacanal. Por eso, la bandera demagógica fué paseada por las mejores poblaciones de Francia, desde la Bastilla hasta Versalles, siempre ebria la muchedumbre.

Puede decirse que no hubo respeto humano ninguno. Divino, no se diga. La Revolución francesa no se parece en nada á la revolución inglesa, y eso que aquélla, con ser posterior, parecía regular que fuese de tonos más civilizados por haber mejoramiento político-social. Sin embargo, no sucedió así el año 1793, cuando había desaparecido ya toda influencia de los revolucionarios de 1789.

Aquellos días, en los que el ambicioso Felipe de Orleans (Igualdad) fué sometido á una acusación, que era lo mismo que decir que estaba dictada la sentencia de muerte en juicio sumarísimo; aquellos días, que bastaba ser llamado girondino para que los jacobinos mandasen al patíbulo al acusado; aquellos días, en los que, por muchos de éstos, era considerada como la mejor galantería con la mujer que fuese guillotinada. ¡Qué horror!

En aquellos días no bastaba ya á los energúmenos reducir á prisión á una condesa Dubarry, á una Josefina Beauharnais. De entre las prisioneras salían al patíbulo algunas. ¡Salió María Antonieta! Por la mujer es asesinado (no puede llamarse ajusticiado) el simpático Lux, por ser el autor del folleto que dedicó á Carlota Corday. ¿Puede estar rodeado de circunstancias más agravantes el asesinato? También la mujer tomaba parte activa en la Revolución. Entonces había más sed de sangre que de riquezas. Una y otra sed insaciables, y execrables ambas.

En aquellos días, que la misma esposa de Buffon contribuye á los éxitos de aquellos obreros que pintaban sobre el muro público estas palabras: «República una é indivisible; libertad, igualdad, fraternidad ó muerte.» Ésta se dió también á Juana María Roland en pago de los servicios que su esposo había prestado á la Revolución...

¿Cómo no verse condenados para siempre aquellos crímenes que se cometían con preguntas como las de Fouquier-Tinville, en las que se atacaba ante el tribunal lo que la mujer honrada estima más que la muerte? Rasgábase el velo del pudor por criminales que contaban con la impunidad. ¡Y éstos llamándose *salvadores* de Francia! Cuando ésta soportaba con flaqueza la deshonra nacional, aquella flaqueza, al creer en la Providencia, tiene que ser considerada como un castigo. Por eso Carlota, en la carrera al patíbulo, puesta su mirada en la estatua de la *Libertad,* dijo: «¡Oh Libertad, qué cosas se hacen en tu nombre!» Bailly no escapó al sacrificio del populacho. No fueron méritos bastantes que hubiese sido el primer presidente nacional y primer alcalde de París, ni sus conocimientos astronómicos, con tanta laboriosidad conseguidos. Que la plebe, inducida al desorden, atropella toda consideración social,

y, llevada del instinto, da rienda suelta á las pasiones insanas. Y como cree obrar bien, descuida y sojuzga los fueros de la conciencia. ¡Ay de aquellos días del *Terror,* que Francia no podrá borrar de su historia, como tampoco ha de poder borrar los suyos nefandos el pueblo de Judea!

Así fué que Barnave, un día ídolo de los patriotas; Pition, otro demagogo subjetivo de muchedumbres ignorantes; Robespierre, que fué vitoreado por el pueblo en sus locuras; caudillos que, como militares, habían cumplido con su deber bizarramente. Nada, nada valía la gloria nacional que estaba adquirida en buena lid. Ante la ley de *sospechosos* sucumbía todo, por respetable que fuese. Las 44.000 cárceles de Francia estaban ocupadas con hacinamiento por más inocentes que delincuentes: y eso que no *iba mal la guillotina,* siendo tantas las víctimas.

Con propósito de hacerlas á millares, salió el ejército revolucionario de París: lleva la misión de acabar con la Vendée, incendiándola para concluir pronto y de una vez con aquella parte de Francia, tan entusiasta de sus ideales. Rosin, el turbulento y distinguido sanguinario; Carrier, que todo su código está concretado á imponer la muerte; Marat, de fin tan trágico como fué su vida. Ellos, con otros secuaces, puesta su mirada de odio en la Vendée, era natural que quisiesen su exterminio desde el momento que, más que nada, se querían satisfacer venganzas anónimas. Para los exterminadores de Francia es su predilección que la bandera *roja* ondée rodeada de cadáveres.

Demagogia de la más cruel fué la que predominó en Francia.

La destrucción de Lyón es la prueba que justifica el aforismo. Nada menos que se quiere *abolir* la gran ciudad de Lyón. Esto es lo que decretan Fouché, Couthon, Collot y otros representantes de la *Convención.* No transigen más que aplicando la pena de muerte, y por los medios que son más inhumanos. Está acordado por aquellos representantes acabar con los girondinos, que tienen, en general, brillante hoja de servicios. De los aristócratas, no sólo ellos están condenados á ser exterminados, sino que sus propias residencias se quieren arrasar. Hasta los verdugos que consuman la matanza cumplen la orden con horror. De consuelo sirve que no esté extinguido el germen humanitario en absoluto.

¿Qué decir de Nantes? De Nantes, donde se da el caso que por la noche una barcaza se echa al fondo del río. ¿Qué contiene? Unos noventa sacerdotes. Es creíble que alguno de ellos fuese inocente. ¿Por qué no sostener la hipótesis de que lo fuesen todos? Desde luego perecieron sin dejarles defenderse de sus acusadores. Y por la hecatombe, en la corriente del Loire, dice Carrier: «La sentencia de deportación se cumplió verticalmente.» Con hechos como éste, ¿qué extraño ha de parecer la brillante condenación que han tenido Chateaubriand y Augusto Nicolás para la Revolución? Además, el caso de la fúnebre gabarra se repite en mujeres y en niños: casos que traen tristemente á la memoria aquellos horribles que tuvieron lugar en el reinado de Nerón. Nada reduce á compasión: ni los tiernos ruegos de las madres, ni el llanto conmovedor de sus hijos.

Para Francia, el mes de Diciembre de 1793 es de los peores que pueden registrar sus anales, si no fué el peor.

Así tenía que suceder cuando los principales *dictadores* querían dejar escrita su historia con sangre, que no otra cosa significa preferir una República que aspire á la libertad sobre cadáveres, por aquello de que *los muertos son los únicos que no vuelven.* Así, aquellos perversos franceses hacían bueno á un Nabucodonosor. Ellos querían la justicia bajo rudas formas, y éstas consistían en matar á fuerza de metralla, hasta el punto de llegar á decir Marat: «¡Basta!» Y es que el hombre, cuando se inclina al mal, no le pone límites: seguramente le embriaga la sangre, cae en la ignorancia, borra el deber, agota el sentimiento, sustituye al bien por el mal, y se queda totalmente á obscuras de la *visión divina.*

Nada hubo que se pareciese á aquel pasaje de la vida de Saulo, en el que resultó de su conversión llamársele San Pablo, el Apóstol de las gentes.

La Revolución engendró un Napoleón.

Napoleón Bonaparte labró el gran pedestal de su bélica figura en Tolón, Egipto y Siria. Ciertamente que no es Napoleón el único francés notable. Lo son Laplace, por su *Mecánica celeste;* Cuvier, por sus *Lecciones de Anatomía comparada;* De Maître, por sus *Consideraciones acerca de Francia;* madame Staël, por su *Literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales.* Ciertamente que estas eminencias son honra de Francia; pero, al salir de la sangrienta Revolución, Francia admite el apoyo de Napoleón, que se encuentra con una situación de fuerza, y la encauza á sus fines de gran Capitán del *Siglo.*

***

Contra éste tuvo que hacer frente España. España se propuso no cejar en su defensa nacional. Ejércitos victoriosos de Europa no pudieron rendir la bandera española, porque ésta, á la sumisión pasajera la sustituyó con su independencia duradera. Toda España puede decirse que se levantó en armas. Es cierto que hubo *afrancesados;* pero ¿cuántos fueron éstos en número, comparados con los leales? En calidad, no se diga. Goya nos ha dejado hermosos recuerdos de imperecedera memoria. Jovellanos fué el gran patriota. En Sevilla se forma la Junta de resistencia, que tiene por lema *vencer ó morir;* lema tomado de los hechos heroicos de Madrid y de Zaragoza. Al mismo tiempo se inicia en España la difusión de las teorías y enseñanzas: unas, de Inglaterra parlamentaria; otras, de Francia enciclopedista. Actos de castigo á franceses ultrajadores, los tienen españoles ultrajados.

España no estaba desprovista de la cultura que infunde el patriotismo cuando las huestes napoleónicas quisieron sojuzgarla. Entonces se tocaron los resultados de los trabajos docentes que dejó realizados Carlos III en todos los ramos del saber. Algunos posteriores son debidos al Príncipe de la Paz. Ya los decretos de 1771 modificaron el plan de enseñanza que regía en las Universidades. Entonces se pensó en mejorar los estudios de Matemáticas, Física,

Historia Natural, etc. Del año 1800 á 1807 se hicieron útiles reformas en los Colegios de Santiago y de Burgos, de Cirugía; reformados quedaron los de Cádiz, Barcelona y Madrid. Reformas hubo en los estudios de Ciencias, Derecho público y Economía política. Sobreviene la guerra de la Independencia, y coincide con ella, aunque días antes, nuestra mala inteligencia con Inglaterra, la que no debió existir nunca.

No debe olvidarse la influencia de la Revolución francesa, y, ante ella, la actitud que tomaron las Cortes de Europa y la actitud especial que tuvo España. Influencia nacional hubo por la guerra con Francia y por la paz de Basilea. Influencia tuvo que sentirse por el Tratado de San Ildefonso y la guerra con Inglaterra. En fin, influyeron sobre los destinos de España la guerra con Portugal, la derrota de Trafalgar y los sucesos con que cerró su período el Tratado de Fontainebleau.

Ello es lo cierto que, siendo el alma de toda nación el patriotismo, España lo tuvo en grado heroico entre pueblo y aristocracia, entre el clero y la colectividad seglar. Entonces la invocación á Dios, la independencia de la Patria, el símbolo de la Monarquía, dieron vigor al esfuerzo combatiente, al amor al estudio, á la vida del alma, con brazo férreo, que la defendió de todos sus enemigos propios y extraños.

España, rodeada de tantas torpezas, origen de muchos desastres, sin embargo, pudo en parte salvarse de sus consecuencias, y vitoreó la democracia, nunca la demagogia triunfante. Así se demuestra en los períodos de 1808 á 1812, de 1814 á 1820, de 1821 á 1823, de 1824 á 1828.

Sobre todo el año 1808, en que un pueblo desarmado hizo frente á un ejército numeroso, aguerrido y victorioso en Europa.

¡El 2 de Mayo de 1808! Puede decirse que este día enarboló la democracia española su bandera, aunque en estado primitivo de desarrollo intelectual. Entonces recobró su libertad Jovellanos, y fué reducido á prisión el Príncipe de la Paz. Los acontecimientos se precipitaron, siempre con la nota simpática popular. Los menos fueron aquellos españoles adosados á una organización caduca por sí y por sus incrustaciones: corruptelas que, como todas, desvirtuaban el régimen, y que contrastaban con los rasgos heroicos de la gran mayoría de los españoles.

Toreno, autoridad que no es sospechosa, relata el amanecer del 2 de Mayo de 1808. Día inicial de la hecatombe gloriosa para España. Día que señala la inauguración de la gran contienda que lleva ya un siglo de acción, en la que combaten, de una parte, la demagogia invasora, y de otra, la democracia contra la invasión. Al mismo Voltaire hubiese sorprendido ésta con tantos arrestos patrióticos. ¡Oh Francia, por tantos títulos digna de encomio; apena verla supeditada al terrorismo civil, y de él pasar al terrorismo militar!

La relación en España era directa entre el Trono y el pueblo. No se rompió nunca entre ambas potestades en el período de la invasión francesa, que tuvo por inspirador un nuevo Escipión. Y es que el recuerdo de Numancia no se había borrado en España. Podría ser que los políticos enturbiasen la corrien-

te cristalina de las doctrinas democráticas (la de siempre)... Pero la corriente cristalina pudo más que cualquier otro elemento malsano. Después de un siglo de hondas vicisitudes, la democracia española (en su más ancha base), ajena á convencionalismos individualistas y socialistas, la *democracia* buena, como buenos honra á Daoiz, Velarde, Ruiz, y á tantos otros militares y paisanos, de los que Picón nos ha dejado un gran cuadro de costumbres populares, que se completa con aquellos otros del chispero Goya. Procuremos ver al pueblo español del *2 de Mayo* en sus generosos arrestos, sin las nefandas *presiones* políticas pasadas y presentes.

Importa no distraer la atención de cuanto concernía al ejercicio de la *soberanía*. Sus funciones fueron delegadas, en la forma más amplia de representación, en la Junta Suprema, que estaba reconocida como la autoridad más alta de la Nación. Esto acontecía el 5 de Mayo, cuando D. Fernando, desde el extranjero, decía á sus súbditos: «Privado de libertad para obrar por sí, era su real voluntad que se convocasen las Cortes.» Mas el día 6, por el *acto* de Bayona, D. Fernando devolvía la Corona á D. Carlos. Por tanto, la intriga cortesana, los atrevimientos de Napoleón, ponían en aprieto, en verdadero conflicto, á la Nación. Mas como la decisión de ésta, como organismo nacional apoyado por la opinión pública, era no retroceder, sucediese lo que sucediese, de lo que se mandaba desde Bayona por el autócrata Napoleón á sus Reales prisioneros, nada se aceptaba. Y lo que se hacía era organizar espontáneamente una resistencia que el inmediato resultado había de ser la *Independencia*. Mediatamente, el triunfo era de la democracia.

Por consiguiente, contra todo lo que representaba Napoleón era la actitud del pueblo español, que quería su Rey, su Patria, su Religión. Y Napoleón, árbitro demagógico de Francia, de la que había asumido su violenta política social, al practicarla respecto de España, decretó que en ésta fuese el Rey su hermano José, con lo que se planteaba un problema asaz complejo. Ciertamente que en Bayona intervinieron para la designación de José Rey de España las Diputaciones, á saber: de los Grandes, de los Consejos de Castilla, de Indias, de Hacienda, de Inquisición y de Ejército. Pero la significación de todas esas Diputaciones en el extranjero, y bajo la presión de las bayonetas, no había de tener importancia, sabiéndose que el astuto Napoleón tenía supeditado á su voluntad al *imprevisor* Carlos IV. Que si hay criaturas subyugadoras, es por haber otras que se dejan subyugar.

Pero, precisamente por ser el movimiento español democrático, no había de poder con él el demagógico. Éste, que es negación, y aquél, afirmación de vida progresiva. No importa que haya ingerencias corruptoras. La pura sangre española; el objetivo de la opinión pública; de ésta lo más sano y vigoroso; el cartel de desafío de un caudillo con acierto y ventura, contrastado en el corazón de la honra ultrajada: una prueba más de que no puede existir una Nación sin bandera, y ésta bien defendida. Como dice Gebhart, Napoleón sólo conocía de España á su Gobierno. ¿Y la Nación? Pues qué, cuando un pueblo toma por su cuenta una causa justa, ¿qué es lo que puede vencerlo?

Además, la sencillez y aun la inocencia ofendidas reclaman un castigo en comparación con el ultraje. Los jurisconsultos cuidan siempre de que la sanción penal corresponda al delito. Y la mujer española, asociada al hombre, en pugna con el *árbitro* de vidas y haciendas europeas, formaron alianza tan estrecha como arrogante.

La historia de todas las naciones civilizadas prueba que España se levantó como un solo hombre, gigante que protegió la Providencia contra los ejércitos aguerridos de Napoleón. Á los de España suplió sus deficiencias de organización el *patriotismo*. Él es uno de los hermosos amores de la vida. Tiene espinas, mas á éstas supera su hermosura. En el caso de la *independencia* nacional no hubo unanimidad patriótica: se llegó hasta el *casi*. La excepción se compuso de rufianes políticos.

Madrid inició el levantamiento. ¿No es ésta una página gloriosa, á la que corresponde rendir tributo singularísimo? ¿No es verdad que las provincias españolas han de tener á honor enaltecer el *2 de Mayo?* Valencia secunda al pueblo de la villa y corte. Allí, un Grande de España, el conde de Cervellón, se ofrece á contribuir para la formación de un ejército, que, con los de otras regiones, obligase á los invasores á no considerarse dueños más que del terreno que pisasen, y esto nunca ha sido considerado título bastante posesorio. Nunca, ni en las legislaciones, ni en los Tribunales de justicia. Á lo sumo, será retener por el momento, apoyándose en el derecho de la fuerza.

En Valencia, según el derecho de propiedad vigente, basada en éste, había una sociedad constituída. El religioso franciscano Juan Rico se ofreció como caudillo á defender aquella sociedad. La elocuencia fué auxiliar poderoso del religioso, ya que no podía acompañarle en su difícil misión Cervellón. No así fué la hija de éste, que, con romper á tiempo una correspondencia del Real Acuerdo, evitó á Valencia un día ó más de luto. La hija arrostró la ira popular en beneficio del pueblo; y éste prosiguió su empresa nacional, con pesar del canónigo Calvo, que no pudo impedir se ahorcase al barón de Albalat, tal vez porque las intrigas afrancesadas de Calvo fuesen contraproducentes.

Es inevitable que, desempeñando la masa popular papel importante, deje de haber ocasión favorable para desórdenes como los hubo en Valencia, Castellón de la Plana, Ayora, etc.

Siempre, un día de sangre en motín trae otros muchos, y no falta en ellos un tribuno con locura prosélita. Ó sucede que, como ha dejado dicho Tito Livio, «los tribunos del pueblo, más bien que rigen, son regidos casi siempre por la multitud».

¡Zaragoza! Sabe que hay mártires como los inmortales capitanes de Artillería; intrépidos ciudadanos como el alcalde de Móstoles. Zaragoza, con arrogante emulación, tan espontánea como instantáneamente, quiere afrontar todo peligro. Con unánime opinión, hombres, mujeres y niños, la que pudiéramos llamar electricidad patriótica, se comunica, y con pecho valeroso se presentan los zaragozanos dando *frente* al invasor, á quien está entregada Francia de pies y manos.

En Zaragoza, á la opinión popular se impone el tío *Jorge,* del Arrabal. Destacan por el número de combatientes los vecinos de las parroquias de la Magdalena y de San Pablo. El capitán general Guillelmi hubo de abandonar su iniciativa militar, sucediéndole el inolvidable Palafox (gloria nacional). Éste tuvo que ponerse enfrente de una poderosa dama que le atraía, según la maledicencia aristocrática, porque Palafox creyó era su deber secundar el heroísmo de Agustina Zaragoza y otras muchas valerosas mujeres. Todas son admiración por sus virtudes cívicas. Los hombres hubieron de tenerlas y sobrepujarlas cuanto fuese necesario. Zaragoza es ejemplar grandioso, esmaltado de heroísmo. Las ciudades que por su comportamiento en la guerra de la Independencia merezcan homenaje, que se les rinda. Á Zaragoza corresponde tributar todo honor: el de la gratitud.

¿Cómo no había de ser recibido Palafox ovacionado, cuando se personificaba en él la salvación de Zaragoza? La independencia de ciudadanos que querían salvar el honor de su bandera, sustraer sus hogares de toda profanación, conservar respetadas sus haciendas, y mantener incólume la veneración aragonesa á la imagen del Pilar: el *Pilar,* que la devoción le consigue milagros.

Si desgracias hubo muchas, ninguna con detrimento de la honra zaragozana.

No era la agitación aragonesa demagógica (no hubiese sido patriótica). Era el pueblo en manifestación democrática, que se manifiestaba dispuesto á vencer ó morir por su santa causa, la misma que ha inmortalizado á los defensores de Numancia, la misma de Gerona y de Bailén: la causa de la *libertad* contra la *tiranía.*

Basta comparar alteraciones de orden público de la Revolución francesa de fines del siglo XVIII y principios del XIX con las alteraciones del mismo período histórico de España, unas y otras en términos generales, para ver la diferencia esencial que las distingue á ambas. Las alteraciones de orden público francés tienen marcado color demagógico, mientras que las de los españoles son de color democrático. Las guerras napoleónicas son principalmente demagógicas.

Si retrotraemos las fechas, aunque no lo parezca, penetrando en el fondo de los acontecimientos, veremos, según los tiempos, una democracia saliente. Cierto que en el año 1140 las ambiciones de los señores feudales en Castilla —Juan Manuel, Juan de Lara, el Gran Maestre de Santiago—mantuvieron la intranquilidad en el país. Pero, así y todo, el caballo de batalla era entonces la expulsión de las huestes moriscas; y éstas, en el reinado de Alfonso XI, fueron destrozadas en Ronda.

Alfonso XI en sus amores, no todos lícitos (ni mucho menos), dió la nota democrática, en cuanto se vió predominar el amor sin convencionalismos de blasones en sus tratos ó relaciones con el bello sexo, del que desempeñaron papel importante doña Constanza de Portugal, doña Leonor de Guzmán y doña María de Portugal. Al terminar el reinado de Alfonso XI, ganó la célebre batalla del Salado.

Del año 1520 es la inauguración de aquel período que, según los tiempos, era democrático: tan apoyado estuvo por el pueblo. Juan de Padilla, con beneplácito más ó menos explícito de su esposa María Pacheco, puso en armas contra Carlos I á Castilla. Secundaron á Padilla Maldonado y Bravo, que, vencidos en Tordesillas, perdieron la vida. La rebelión estuvo apoyada por la Germanía de Valencia. La nobleza se impuso al elemento popular, y la democracia tuvo que esperar á mejores tiempos, ya que en el siglo XVI había aún muchos intereses creados á favor de los señores feudales.

No podía haber más que conatos democráticos.

Tal vez España, con no haber pasado por convulsiones políticas tan hondas como las tuvieron Alemania, Italia, Inglaterra y Francia. España, por eso, es posible pensar que su progreso es más lento, siquiera sea tan eficaz.

Como dice Costanzo, el año 1767 se señalan en España dos acontecimientos contradictorios: Carlos III, secundado por el conde de Aranda, expulsa á los jesuítas del territorio español, quienes, como dice el historiador, «estos desventurados se ven obligados á salir de todo el reino en el breve espacio de cuatro días». Olavide, cumpliendo órdenes de Carlos III, como intendente general de Andalucía, establece en el territorio español nuevas colonias de belgas, franceses, suizos y alemanes; prueba de que España convivía entonces con toda Europa sus aspiraciones, se asociaba á las mejoras de intereses materiales, y merecía simpatías ó confianzas de las otras naciones europeas.

Acontecimientos contradictorios se señalan en España el año 1770. Uno de ellos es la política agresiva de España en las colonias americanas de Inglaterra. ¡Qué error! En el otro se merman los poderes abusivos de la Inquisición, institución que, si en su día tuvo razón de ser, con el tiempo la perdió, con abusos y sin ellos. El año 1772 se puso en curso en España nueva moneda, suprimiéndose todas las que circulaban en cada provincia. El año 1778, la administración de las colonias hispanoamericanas es modificada. Hasta entonces no se había ocurrido que Río de la Plata y Buenos Aires formasen un virreinato independiente del Perú, y se crean ocho Capitanías generales, todo ello en plena paz universal (siquiera fuese relativa); con Monarca sapientísimo y gobernantes tan diligentes como hábiles, podían conseguirse buenos éxitos; pero las corrientes iban por distinta dirección. En el final del siglo XVIII acontecieron episodios de gran trauscendencia, demostrándose una vez más la gran potencia social que puede desplegar la Humanidad y los altos designios providenciales.

Error capitalísimo fué, el año 1779, que España se declarase en favor de los Estados Unidos, y, por ello, que intentase con Francia un desembarco en Inglaterra. La superioridad de los aliados contra Inglaterra tuvo que ser pasajera. Así sucedió; y tan estaban los acontecimientos adversos á España, representando ésta por el mundo predilecciones democráticas, que España, influída por éstas, ni pudo enviar á América ejércitos españoles que sujetasen sus colonias, tremolando ellas en sus fortalezas la bandera de la *independencia,* ni sus gobernantes (retrógrados) consiguieron evitar la proclamación, en

el año 1820, de la Constitución de 1812. La lógica se impuso. En la democracia española se inspiraron sus colonias: Méjico á la cabeza, proclaman sus Cortes la independencia nacional, y los Estados Unidos reconocen su soberanía. Lo mismo sucede en Perú y Guatemala.

No podía ser otra cosa. El año 1822 se señala por el desarrollo de una libertad que nada podía contener. España, á su libertad de acción, debió su independencia. El pueblo español, como elemento popular en cuanto él tiene de valioso, dió grandes y repetidas pruebas de su valor cívico y alteza de miras. Mas éstas no fueron correspondidas debidamente ni por sus tribunos ni por sus Gobiernos. Tanto los *apostólicos* de Cataluña como los *turbulentos* españoles de América, dieron pruebas de inexperiencia.

Ni publicistas ni estadistas revelaron, del año 1824 al año 1828, que estaban á la altura de las circunstancias. No comprendieron que faltaba la base social que había de estar formada por la enseñanza, y con ella la tolerancia para ir dejando suavemente lo anticuado y con suavidad aclimatarse las novísimas ideas.

Dice Stuart Mill: «La educación obra, sea por convicción ó por compulsión, y, sobre todo, por la persuasión.» Ésta, como acción ó efecto de persuadir; quedar persuadido determina una tendencia voluntaria, inflexible en su acción, certera en su objetivo, persistente en su desarrollo; progresivo éste de período en período, con aumento en cada uno de fuerza motriz. El aliento anterior anima más al posterior, donde todo juicio es con algún fundamento racional si está apoyado en la virtud. Como haya idea de cumplimiento del deber, la asociación se impone: todo depende de la dirección que tenga. Igualmente se impone la persuasión de que las gentes se deben unas á otras el auxilio necesario por interés general, al que la caridad favorece para hacerlo generoso: propio estado de la voluntad, que demanda cooperación de las potencias del alma para, con ellas y por ellas, afirmarse el entusiasmo como lo hubo en España contra Napoleón.

ANSELMO FUENTES.

# La fotografía de los colores

## PROCESO HISTÓRICO

Los orígenes de toda generación se pierden en las nebulosidades de toda manifestación primitiva, porque emanan directamente del Sumo Hacedor, de quien nos separa el misterioso velo divino; y de ahí que podamos afirmar que el primer germen de la fotografía de los colores sea desconocido, máxime cuando no existe razón categórica que lo determine, dando lugar á frecuentes confusiones en que incurren los sabios tratadistas investigadores.

Sin embargo, podemos partir de la primera evolución que, debida al azar, denotó la existencia de tal principio, y cuya huella, afortunadamente, fué apercibida por la Ciencia, que desde entonces empezó á aplicar la doctrina de sus métodos en averiguación de las causas y de los efectos.

Así vemos que la imagen fotografiada por los procedimientos del daguerreotipo, y luego más tarde la del colodión, que presentaba en la acción del revelado los colores del modelo real, pero de un modo fugaz, cual luz relampagueante, sirvió de dato primordial para los trabajos científicos que desde 1810 á 1848 realizaron Seebeck, Wollaston, Davy y Herschell, para obtener la estabilidad del colorido. Mas tan concienzudos estudios no aportaron el resultado apetecido, pues si bien se consiguió retener el color fotográfico con más duración que en los anteriores procedimientos, no les fué posible el fijarlo, y, por tanto, no reportaba alguna utilidad práctica.

Pero, no obstante, ante la lucha de ese obstáculo al parecer infranqueable, *los infatigables obreros de la Ciencia,* lejos de vacilar en las contiendas del combate, arrostraron con ardor bélico nuevos ensayos, probando emulsiones y siguiendo distintos sistemas, hasta que Becquerel, dando un paso de avance transcendental, obtuvo la imagen del espectro solar en una placa metálica plateada, la que conservaba el colorido mientras no era expuesta á la luz blanca. Una de estas pruebas, ejecutada por el mismo autor, aún existe en el Conservatorio de Artes y Manufacturas de París.

Luego Niepce de Saint-Víctor, Poitevin, Valton, Sumpson, Traill-Tailor, Saint-Florent, etc., como innovadores del sistema de Becquerel, no lograron más ventaja que algún pequeño perfeccionamiento.

Apareció en 1865 la idea de dar al problema de la fotocromía una solución indirecta, que con auxilio de la mecánica se coloreaban positivas á tres tintas, valiéndose de los negativos blanco y negro.

El barón Ransonnet, de Viena, entusiasta defensor de la nueva teoría, siguió el procedimiento; por medio de pantallas impresionó tres clisés de la siguiente manera: colocó una pantalla azul entre el modelo y la primera placa, otra roja ante la segunda, y otra amarilla ante la tercera. Pero, al obtener la positiva, no tuvo en cuenta que el negativo da los colores complementarios,

y de ahí su confusión de colorido al pretender extender el azul, el rojo y el amarillo con las placas obtenidas ante las respectivas pantallas.

En 1868, los franceses Charles Cros y Louis Ducos du Hauron descubrieron el principio del *anticromatismo de las pantallas* y *de los pigmentos;* prodigiosa teoría en la que se fundan todos los procedimientos existentes, así industriales como de laboratorio.

M. Cros, inspirado por el altruísmo, se limitó á manifestar el proceso de las manipulaciones, desistiendo de explotar la idea.

Por el contrario, M. Ducos du Hauron sacó privilegio de invención el 23 de Noviembre de 1868, con el número 83.061.

Y este autor argumenta la superioridad de su método sobre el sistema directo, diciendo «que, así como en la fotografía en blanco y en negro, el procedimiento Daguerre (directo) se consideró incompleto, puesto que no se obtiene más que una positiva de cada placa impresionada, y hubo de modificarse más tarde, empleando placas que acusasen en negro lo que había de aparecer en blanco en la positiva, ó viceversa, así también en la representación de los colores abandona las exploraciones de Becquerel, Niepce de Saint-Víctor, etc., para obtener imágenes negativas del modelo, como trámite indispensable para que, después de una inversión crómica, resulte la positiva deseada».

Y en su primer folleto, publicado en Marzo de 1869, dice:

«Llamé en mi ayuda un principio de Física muy conocido, en virtud del cual los colores simples se reducen á tres: rojo, amarillo y azul; sus combinaciones en proporciones diversas producen la infinita variedad de tonos de la Naturaleza.

»Partiendo de este supuesto, me dije:

»Si descompongo en tres cuadros distintos—uno rojo, otro amarillo y otro azul—el cuadro, aparentemente único, pero triple en realidad en cuanto á colores, que nos ofrece la Naturaleza, y si de cada uno de estos tres cuadros obtengo una imagen fotográfica separada que reproduzca su color especial, me bastaría mezclar en seguida en una sola imagen las tres imágenes así obtenidas, para recrearme en la representación exacta del conjunto de Naturaleza, color y modelado.»

Para obtener esos tres cuadros, se valió de un cristal transparente color verde colocado entre el objetivo y la placa; los rayos de luz que atravesaban el cristal se descomponían en rayos azules y amarillos, por ser el color verde mezcla de ambos colores. Esa pantalla ó filtro verde impedía la impresión de los rayos rojos.

Y con tal principio sucedía que, en el negativo, resultaban opacas las regiones heridas por los colores azul y amarillo, siendo más ó menos transparentes aquellas otras que correspondían al color rojo, puesto que los colores azul y amarillo atravesaron la pantalla, lo que no ocurrió con el rojo. Ahora bien: haciendo una positiva en papel rojo, daba todas las tonalidades rojas del modelo, dejando de impresionarse las azules y amarillas. Y repitien-

do así las operaciones, combinando pantallas, se completaban los colores del modelo real.

Así vemos que, para impresionar en el negativo las regiones correspondientes al rojo y al amarillo para obtener la impresión del azul, se valía del filtro anaranjado. Para la impresión del amarillo usaba el filtro violeta, el cual facilitaba las regiones correspondientes al azul y al rojo.

Lograba esos tres clisés invirtiendo próximamente cinco veces más tiempo que para un clisé ordinario; así que, para una instantánea que requiriera un quinto de segundo, hacía falta una exposición de cinco quintos, ó sea un segundo. Mas ese segundo de exposición lo distribuía entre las tres placas; pero teniendo en cuenta que los colores no son igualmente fotogénicos, el reparto de esa exposición tenía que guardar la proporción siguiente: 5 por 100 al usar la pantalla violeta, 15 por 100 empleando la verde, y 80 por 100 para la anaranjada.

Tras de un período estacionario en que parece amortiguado el calor científico para dar la solución definitiva al problema de la fotografía de los colores, surge el 2 de Febrero de 1891 la maravillosa teoría de la fotocromía interferencial, fundada en las ondulaciones de la luz y en los cálculos de la óptica geométrica, cuyo autor, el ilustre profesor de Física y director del Laboratorio de investigaciones de la Facultad de Ciencias de la Universidad de París, sabio físico de Sorbona, M. Gabriel Lippmann, consigue fijar la primera imagen del espectro solar.

Enorme sensación produce el nuevo procedimiento, toda vez que su glorioso éxito es el resultado de las deducciones inherentes á un estudio profundo de los fenómenos luminosos, pues bien sabido es que M. Lippmann no tuvo en cuenta los procedimientos fotográficos, sino sólo al final de su teoría, para registrar en las placas sensibles las ondulaciones de la luz.

Para poderla describir detalladamente y con la debida autoridad y competencia científica que requiere la importancia de tan prodigiosa teoría, transcribo á continuación el hermoso artículo del eminente doctor Ramón y Cajal, publicado en la importante revista *Ciencia Popular,* editada en Barcelona por los Sres. Feliú y Susanna:

«... las condiciones necesarias para fotografiar por dicho método los colores naturales son: primera, empleo de placas sensibles perfectamente transparentes, es decir, desprovistas de grano, ó con un grano de dimensión despreciable con relación á la longitud de la onda; segunda, exposición en la cámara fotográfica, poniendo la capa sensible en contacto con una superficie reflectora de mercurio, á fin de generar un sistema de *ondas estacionarias;* tercera, en fin, revelación y fijado, como se hace en las placas fotográficas ordinarias. Si las referidas operaciones se conducen con acierto, en el espesor de la gelatina sensible, el finísimo precipitado argéntico engendrará una estructura laminar con hojas metálicas reflectoras *(hojas de Zencker),* alternantes con espacios incoloros ó nodales. Estas estratificaciones, distantes entre sí la mitad de la longitud de la onda impresionada, son provocadas durante la expo-

sición por las *ondas estacionarias,* generadas entre los rayos incidentes y los reflejados por el espejo mercurial. Sólo los *máximos* de tales ondulaciones impresionan el bromuro de plata transparente; los *mínimos* ó planos nodales quedan sin efecto, reservando, por tanto, espacios incoloros. Fijada y seca la negativa, los colores del modelo se reproducirán á la luz blanca incidente en virtud de un mecanismo idéntico en el fondo al tan sabido de las láminas de nácar ó de las burbujas de jabón; es decir, que las ondas cuya longitud iguale al doble del espacio interlaminar, interferirán al emerger de la placa, concordando con sus fases y sumando sus efectos; por lo contrario, aquellas otras cuya longitud corresponda á un número impar ó fracción de los referidos espacios, se restarán entre sí, desvaneciéndose más ó menos completamente. El color visible será, naturalmente, el de las vibraciones reforzadas (1).

»El elegante proceder de la fotocromía de Lippmann produjo cuando se publicó, hace algunos años, honda emoción en los laboratorios de física y en las galerías fotográficas de los aficionados. Todo el mundo se apresuró á comprobarlo, deseosos los experimentadores de perfeccionar y hacer práctico un método que se presentaba envuelto en tantos prestigios y rodeado de no pocas dificultades. Víctimas de la misma avasalladora sugestión, nosotros lo ensayamos también, mientras llegaban, enfriando nuestro ardor experimental, las noticias de los casi generales fracasos. ¡Quién lo dijera! Contra todo lo presumible, entre los cientos de aficionados que ensayaron el cautivador procedimiento, sólo cuatro ó cinco lograron éxitos más ó menos estimables. Lumière y Valenta, que mejoraron la fabricación de las placas, y después Krone, Cramer y Neuhaus. Grande fué la amargura y desilusión de los fracasados, entre los que tuve la poco envidiable honra de contarme. Al entusiasmo, un tanto irreflexivo, de la primera hora sucedió una frialdad y un desdén injustificados. Se calificó al descubrimiento lippmanniano de sutil y casi inaccesible experiencia de física, muy brillante y muy científica, eso sí, pero incapaz de conducir á la resolución práctica é industrial del problema de la reproducción de los colores.

»Por nuestra parte, y atentos á los perfeccionamientos introducidos en el antiguo proceder por Lumière, Valenta, Rothe, Neuhaus y por su mismo descubridor, reincidíamos de cuando en cuando, aprovechando épocas de descanso. Pero, fuerza es confesarlo, siempre con el sino más aciago... ¡Estábamos en la emulsión núm. 13, y los ansiados colores no habían aparecido todavía! Era cosa de desesperarse... Sin embargo, poco á poco, analizando escrupulosamente las condiciones de la experiencia é introduciendo en ella variantes metódicas, conseguimos algunos éxitos alentadores. Por último, llegados que fuimos á la emulsión 37, los buenos resultados, por lo menos en lo que se refiere á la elaboración de las placas—punto capitalísimo y decisivo de la fotografía de Lippmann—, fueron constantes ó casi constantes.

---

(1) El que quiera ahondar en el análisis del fenómeno, lea el artículo de Lippmann publicado en el *Journal de Physique,* tercera serie, tomo III; Marzo, 1904.

»¿A qué se debieron tantos y tan lamentables fracasos, tantos ensayos y probaturas inútiles?

»Á dos órdenes de causas. Conciernen las más á lo más íntimo y substancial del proceso: como que se trata de crear en el espesor de la capa sensible un sistema de hojas reflectoras transparentes cuyos intervalos, variables por infinitas circunstancias, sean rigurosamente iguales á la mitad de la longitud de la onda impresionante. Por ejemplo: el intervalo de las láminas de Zencker, productoras del violado, no debe pasar de 0,211 de μ, ó milésima de milímetro, y el menor exceso de solarización, revelado ó reforzado, modifica dichos espacios, falseando los colores del modelo, ó sustituyéndolos (cuando las hojas son demasiado opacas) con el gris ó el blanco más ó menos coloreados.

»Entre las causas extrínsecas de los reveses experimentados, deben contarse las contradicciones de los textos y la vaguedad y sequedad de las descripciones, en las cuales no aparecen determinadas las condiciones precisas del éxito, ni motivados los fiascos. La lectura de las obras de Lippmann, Valenta, Krone y aun del mismo Neuhaus (1)—el autor más detallista, analizador y exacto de todos—produce la impresión de que los raros éxitos logrados se deben á la lotería del azar, es decir, á la práctica inconsciente de condiciones favorables cuyo valor se desconoce. Más adelante indicaremos una causa de este género, cuya inobservancia acarrea la mayoría de los fiascos en la elaboración de las placas.

»Exponer lisa y claramente el *modus operandi* á que debemos nuestras mejores pruebas lippmannianas, ahorrando con ello al aficionado ciegos é innumerables tanteos, y dar al mismo tiempo fe de que en España hay también quien cultiva la fotografía interferencial, el más bello, científico é interesante de todos los métodos de reproducción de los colores, es cuanto nos proponemos en el presente escrito. Con el cual no nos jactamos, naturalmente, de eliminar por completo los fracasos, ya que las buenas reproducciones fotocrómicas dependen tanto de la excelencia de las placas como de la habilidad personal del aficionado, es decir, del acierto en las operaciones de exponer, revelar y reforzar las pruebas.

»Los libros, claro está, son incapaces de sugerir esta destreza; se aprende por experiencia y á fuerza de pifias.

»Comencemos por exponer de una vez el formulario del proceder, para concluir con las observaciones necesarias acerca de cada operación.

»Fabricación de las placas transparentes.—En un frasco de boca ancha se ponen los siguientes ingredientes:

| | | |
|---|---|---|
| Gelatina *Lautenschlager*..... | 4 | gramos (2). |
| Agua destilada..... | 100 | centímetros cubicos. |
| Bromuro de potasa (marca Merck)..... | 0,55 | gramos. |

(1) Neuhaus: *Die Farbenphotographie nach Lippmann's Verfaharen;* Halle, 1898.

(2) Esta gelatina, aconsejada por Neuhaus, y cuyas buenas cualidades hemos comprobado, se vende en la casa Lautenschalagea (Oranienburgestrasse, 54), de Berlín. La gelatina *Dreschen,* preconizada por Lippmann, no da resul-

»Llévese el frasco al baño María, y cuando la gelatina y bromuro están bien disueltos y la temperatura del líquido no pasa de 32 á 33°, se echan los siguientes sensibilizadores cromáticos:

| | | |
|---|---|---|
| Solución alcohólica al 0,1 por 50 de cianina... | 5 | centímetros cúbicos. |
| Solución alcohólica al 0,1 por 50 de eritrosina. | 5 | — — |
| Solución alcohólica saturada de rojo de glicina. | 8 | — — |

»Á consecuencia de esta adición adquiere la gelatina un color vinoso obscuro. Salvo la solución de eritrosina, que podrá guardarse algunas semanas, las demás conviene efectuarlas en el acto, sobre todo la del rojo de glicina, color poco solubie.

»Minutos después, y cuando la temperatura de la gelatina decline á 26 ó 30°, llévese el frasco al cuarto obscuro, y se le añade en dos ó tres veces:

Nitrato de plata cristalizado (1) y pulverizado..... 0,75

»Durante la doble descomposición, que dura algunos minutos, *se mueve la gelatina suavísimamente* (y sin agitar el frasco), *mediante una varilla de cristal.* La menor sacudida fuerte da por resultado el espesamiento del grano, y, por tanto, la obtención de emulsiones sensibles, pero impropias para la buena reproducción de los colores. Si la operación sale bien, debe obtenerse un líquido rojo transparente, á cuyo través el hilo incandescente de una bujía debe acusarse con limpieza. *Por no haber atendido suficientemente los autores á la citada condición física (movimiento suave del líquido), han dejado abierto el camino á infinitos fracasos.* Nuestras experiencias prueban que ni las proporciones de los ingredientes, ni el espesor de las placas, ni la temperatura de desecación, circunstancias á que daban enorme interés los experimentadores, importan gran cosa; lo decisivo es mover suavemente la mezcla durante la doble descomposición, usar una buena gelatina, y no sobrepasar 30° en el momento de echar el nitrato.

»Hecha la emulsión, lo que es asunto de cinco ó seis minutos, fíltrese inmediatamente, antes que se enfríe, á través de dos filtros delgados de papel, y vacíese sin pérdida de momento sobre cristales en donde se echará la cantidad de líquido necesario para cubrirlos, escurriendo el exceso como si se tratara del colodionado de las negativas. Sobre un mármol puesto á nivel se abandonan las placas por algunos minutos, y, lograda la solidificación de la gelatina (2), se procederá á su lavado, al objeto de extraer las sales impurificadoras.

»Este lavado se practica siguiendo los consejos de Lumière, es decir, que

---

tados tan seguros Esta proporción de gelatina corresponde á las emulsiones de invierno. En primavera y otoño, en que la temperatura ambiente sube á 19 ó 20°, la dosis será medio ó un gramo más. En pleno verano no deben fabricarse placas.

(1) Úsese de preferencia el nitrato de plata químicamente puro de Merck Durante algún tiempo nos servimos nosotros también del nitrato refundido, que aumenta la sensibilidad de las placas, pero da mal los colores de onda breve. Aténgase, pues, el principiante al nitrato cristalizado puro.

(2) Es conveniente, para evitar las manchas que se producen por la caída de polvo durante la solidificación de la gelatina, el cubrir las placas con un gran tapete de cartón humedecido. Una vez cuajada, el polvo no es de temer.

antes de llevarlas al chorro del agua se lubrifican durante algunos segundos con alcohol de 40°. Sin esta precaución, la gelatina se llenaría de burbujas de aire y el agua quedaría sin efecto. Siendo larga y pesada la irrigación individual de cada placa (demanda lo menos diez minutos), nosotros practicamos el lavado abandonándolas durante una hora en grandes cubetas de agua filtrada (1) que se renueva tres veces.

»Una vez lavadas, desécanse en posición vertical en los estantes de un armario abierto. La mejor temperatura de desecación es de 15 á 20°.

»Exposición á la luz.—Las placas transparentes obtenidas por este procedimiento son poco sensibles, exigiendo varios minutos de exposición aun cuando se utilicen objetos muy luminosos y se trabaje á la luz solar directa. Pero la sensibilidad aumentará más del doble (cerca de dos veces y media, según nuestras experiencias) sometiendo media hora antes de su exposición dichas placas á la acción de este baño argéntico, propuesto por Lumière y modificado por nosotros:

| | |
|---|---|
| Nitrato de plata | 0,5 |
| Alcohol de 40° | 150 |
| Ácido acético | 6 gotas. |

»Sin embargo, si se dispone de buena luz y la prolongación de la exposición no tiene inconveniente, es preferible usar las placas al natural; evítanse así metalizaciones provocadas muy á menudo por la acción del baño mercurial sobre la sal argéntica. Todo se reduce á aumentar la exposición de dos á seis ó más minutos (sol directo).

»Excusado es decir que la exposición de la placa en la cámara obscura tiene lugar en un chasis especial que construyen diversas casas extranjeras. El que nosotros empleamos, fabricado por Richard, consta de un marco metálico, el cual queda convertido, á favor de una armadura de resorte, en depósito eventual de mercurio, que puede fácilmente extraerse mediante un tubo y una pera de caucho. Claro es que la placa está montada de suerte que la capa sensible quede en íntimo contacto con el espejo mercurial (2).

»Revelación.—Limpia la placa de mercurio, sumérgese *durante diez ó doce segundos no más, es decir, hasta que aparezca una imagen muy débil y transparente, en el siguiente desenvolvedor:*

| | | | |
|---|---|---|---|
| Agua | 200 | centímetros | cúbicos. |
| Solución de bromuro de potasio al 10 por 100. | 15 | — | — |
| Solución de ácido pirogálico al 1 por 100 | 10 | — | — |
| Amoníaco fuerte | 3 | — | — |

»Llévese inmediatamente la placa al chorro del agua (chorro débil), y, tras un minuto de lavado, sumérjase hasta emblanquecer en

| | |
|---|---|
| Sublimado | 3 |
| Agua | 100 |

(1) El filtrado del agua es absolutamente necesario si se quieren evitar manchas en las placas desecadas.

(2) Chasis especiales para la fotografía de colores son fabricados también en París por Marco Mendoza, bulevar de Saint-Germain, 148, y en Berlín, Braun, Koniggsatzerstrasse, 31.

»Nuevo lavado en la fuente, pero esta vez durante cinco minutos, para arrastrar por completo los restos de la sal mercurial. Ahora refuérzase la imagen en el siguiente baño de amidol:

| | |
|---|---|
| Amidol | 1 |
| Sulfito de sosa á saturación en agua | 50 |

»Aquí se ennegrece rápidamente, después de lo que se lleva un momento al chorro del agua.

»Creación de fondo negro.—Los autores proponen fijar en el baño de hiposulfito, lavar después, y, una vez seca la placa, ennegrecer el dorso con un barniz negro. Pero es más cómodo y conveniente crear el fondo mismo en el espesor de la gelatina, para lo cual, reforzada la imagen y ligeramente lavada, se expone la placa á la luz difusa fuerte por algunos segundos (con el cristal vuelto á la luz) y se vuelve al baño de amidol.

»En este líquido todas las partes transparentes se obscurecen, tomando un tono azulado, sobre el cual destacarán bien los colores.

»Fijación y desecado.—Juzgamos innecesario el fijado, como ya hizo notar Cramer y reconoce recientemente Lehmann (1); pero no habrá ahora inconveniente en sumergir la placa por algunos minutos en la solución de hiposulfito al 15 por 100, con tal que la negativa resulte relativamente intensa. Si, por lo contrario, apareciera débil vista por transparencia, no debe fijarse de ningún modo, so pena de ver los colores virar hacia el azul.

»Sólo resta, para terminar, lavar en el chorro débil de la fuente durante diez minutos, pasar suavemente sobre la gelatina un copo de algodón, y, en fin, operar la desecación indispensable para que los colores aparezcan. Ésta puede acelerarse mediante un baño de alcohol absoluto.

»Montaje de la prueba.—Si los colores son profundos, y aguantan, por tanto, sin grave menoscabo, un baño de benzol ó de xilol, lo mejor será cubrir la gelatina con un prisma especial (2) de vidrio pegado con bálsamo del Canadá. Mas si, según ocurre á menudo, los barnices desvirtúan demasiado las tintas interferenciales, debe preferirse la conservación en cajas de madera herméticamente cerradas, de donde se sacarán para ser expuestas á la luz de una ventana y en posición tal, que el observador se coloque de espaldas á la fuente luminosa. En general, cuando el reforzado fué justo, los colores naturales resultan tanto más perfectos cuanto más próxima á la normal es la incidencia. Por lo contrario, las placas excesivamente reforzadas presentan tonos algo falseados (virando hacia el rojo) que mejoran mucho examinándolos bajo un ángulo vecino de 45°.

»Réstanos ahora formular algunas observaciones sobre la estructura de las imágenes lippmannianas y las condiciones esenciales de su obtención.

---

(1) Lehmann: *Beitrage zur Theorie u. Praxis der direkten Farbenphotographie*, etc.; Freiburg, Br., 1906.

(2) Merced á esta forma de montura, consérvanse perfectamente las imágenes, siendo posible aprovecharlas, segun hacen Lumière, Neuhaus y otros, para la linterna de proyección. Los citados prismas se venden en la casa Braun, de Berlín, ya citada (Koniggsatzerstrasse, 31). Por desgracia, la mayoría de las buenas pruebas no soportan este montaje.

»Estructura de las imágenes.—Neuhaus fué el primero en demostrar que, de acuerdo con la teoría, las imágenes lippmannianas descubren, examinadas al microscopio, una estructura laminar, es decir, una sucesión de hojas metálicas reflectoras, separadas por espacios nodales incoloros. Posteriormente, hemos confirmado este hecho interesante Lehmann y nosotros.

»Las observaciones micrográficas de Neuhaus y Lehmann han versado sobre las imágenes de colores puros, y sólo en algún caso sobre copias de mezclas poco complicadas de ondas espectrales. Quedaba por resolver la estructura del blanco y del gris de las imágenes de objetos naturales, indagación no desprovista de interés, tanto desde el punto de vista teórico como experimental, por cuanto la obtención del blanco, del gris y de los tonos mixtos constituye el problema más arduo de la fotocromía interferencial. De este asunto hemos hablado en otro trabajo (1).

»Si reprodujéramos un corte del blanco puro, advertiríase una primera zona relativamente espesa, compuesta de gránulos apretados, obscuros y de gran poder reflector; después, un fino espacio nodal; y, en fin, una serie de rayas finas, muy próximas, verosímilmente correspondientes al violado ó ultraviolado. De este primer examen deduciremos que el blanco puro no resulta de la reflexión de la luz incidente sobre un sistema de láminas de diversa periodicidad (cada una correspondiente á una longitud de onda), según Lippmann, ni de la acción combinada de dos periodicidades complementarias, conforme parece indicar Lehmann (2), sino simplemente de la reflexión pura de la luz blanca sobre un primer estrato metálico, que hemos llamado *zona especular*. Gracias á la densidad de tal estrato, los fenómenos interferenciales á que las láminas profundas pudieran dar origen son nulos ó casi nulos.

»En el blanco parduzco la capa especular es más transparente y menos espesa, por lo cual pueden aportar ya su concurso los procesos interferenciales creados por la reflexión de la luz en las hojas zenckerianas subyacentes (verosímilmente del amarillo y del rojo).

»En la estructura de un color espectral puro, el rojo, se advierte una sucesión de hojas regulares correspondientes á los máximos de las ondas estacionarias de dicho color. Á cierta distancia, los contornos de los estratos se desvanecen, y, progresivamente, se pasa á la zona profunda de la gelatina, donde la reducción argéntica se muestra difusa.

»En fin, todos estos estratos hállanse formados por conglomerados de finos granos esféricos de color pardo ó gris, que no son otra cosa que el resultado de la reducción del bromuro de plata en suspensión en la gelatina. Las buenas emulsiones encierran, según dijimos ya, granulaciones de gran finura. Los mejores efectos se logran con esférulas sensibles que no pasen de 0,03 á 0,06 de $\mu$ (milésima de milímetro).

---

(1) Cajal: *Estructura de las imágenes fotocrómicas de Lippmann, Revista de la Real Academia de Ciencias*, etc.; Abril, 1906.

(2) Lehmann: *Zur Problem des Mischfarbenphotographie mittels Stehender Lichtwellen. Zeitschr. f. wiss. Photogr.*, Bd. III. H. 4, 1905.

»Exposición á la luz.—Aconsejamos á nuestros lectores que comiencen sus ensayos de cromofotografía lippmanniana por la copia de litografías ó de bodegones (frutos, objetos coloreados, etc.), reservando las flores, los paisajes, los cuadros al óleo y la figura humana, para cuando dominen por completo la técnica. La exposición es larga, variando según la luz el objetivo, el diafragma, etc., desde uno á diez minutos.

»Modelos en que dominen los blancos, grises, pardos, amarillos y rojos (bandera española, grupo de naranjas y manzanas, etc.), pueden fotografiarse sin *écran,* es dedir, sin anteponer al objetivo un cristal ó cubeta teñidos de amarillo pálido; pero en cuanto el modelo contenga, además del blanco y gris, verdes, azules y violados, el *écran* es *absolutamente* indispensable. La razón es que, siendo las placas, aun ortocromatizadas, mucho más sensibles á los colores de breve longitud de onda (violado, azul y azul verdoso) que á los de gran longitud (rojo, naranja y amarillo), cuando estos últimos estén suficientemente expuestos, ya los primeros se habrán solarizado, y no darán sino blanco ó gris. Á sobreexposición sin *écran* se deben principalmente las transformaciones del verde en amarillo y la del azul en blanco perla, accidentes tan comunes que constituyen la desesperación de los principiantes. Una cubeta con solución de ácido pícrico (amarillo muy claro), adicionada de pequeña cantidad de *orange,* constituirá el remedio soberano. La concentración del líquido, determinable por tanteos, será tal, que absorba el exceso de rayos azules y violetas, sin perjudicar la pureza de los blancos. Un defecto de capacidad absorbente impedirá la aparición del azul y violado; al revés, un exceso se traducirá por la coloración amarillenta ó anaranjada de los blancos y grises.

»Á los aficionados que carezcan de una cubeta montable delante del objetivo (esta cubeta, de superficies rigurosamente paralelas, debe estar fabricada por un óptico de precisión: M. Zeiss, por ejemplo), les aconsejamos un sencillo proceder que da excelentes resultados: lubrificar la cara libre de la placa, media hora antes de la exposición, con una delgada capa de colodión que contenga ácido pícrico y *orange.* El color de la capa, una vez seca, debe ser de un amarillo pálido.

»Revelación.—*Exponer justo,* para que aparezcan todos los colores, *revelar poquísimo* y *reforzar bien,* son las tres condiciones indispensables para obtener fotografías bien coloreadas, y, sobre todo, provistas de excelentes blancos y negros. Los que imaginen, como supusimos nosotros al principio, que el refuerzo puede compensarse con una revelación prolongada y enérgica, deben saber *que los blancos son función del refuerzo,* y que todo cuanto aparezca en el baño revelador, transcurridos diez ó doce segundos de acción del pirogálico, no sólo no presta mayor brillo á los colores, sino que produce tintas falsas é impide la formación de los azules, violados y verdes. Importa consignar que, no obstante el uso del *écran* y de una atinada exposición, la sobrerevelación es fatal á los tonos de débil longitud de onda. Esos verdes convertidos en amarillos de ocre; esos blancos y grises opacos que con tanta

frecuencia reemplazan á los suaves matices rosa, crema, heliotropo y azulenco del modelo, son la deplorable consecuencia del vano temor (creado por el hábito de la fotografía ordinaria) de que la prueba definitiva salga demasiado débil.

»No disponemos aquí del espacio necesario para exponer las razones científicas de los funestos efectos de la sobrerevelación. Limitarémonos á apuntar que durante los primeros instantes del desarrollo de la imagen, el precipitado argéntico fórmase exclusivamente al nivel de los *máximos de impresión,* generándose en ellos las láminas de Zencker, mientras que poco después (á veces dentro del primer minuto si la exposición fué excesiva), comienzan á reducirse también los intervalos ó planos nodales. Hay que sacar, pues, la placa del baño debilitadísima, es decir, con sólo las láminas de Zencker indicadas, para vigorizarlas después por el refuerzo, operación que puede ahora efectuarse sin riesgo, ya que el sublimado sólo vigoriza el grano reducido, no el todavía virgen de los espacios nodales. En fin, la débil revelación es también indispensable para conservar los negros, los cuales en las placas justas de exposición se velan rápidamente.

»La buena prueba, vista por transparencia una vez reforzada, debe exhibir las partes más vigorosamente impresionadas de color pardo (jamás pardo opaco), grises amarillentas las menos solarizadas, y absolutamente transparentes los puntos correspondientes á los obscuros del modelo. La diafanidad excesiva de las siluetas del verde, rojo y amarillo, denota cortedad de exposición; al contrario, será indicio de solarización excesiva (aparte de la rapidísima revelación de la imagen) la palidez amarillenta de los puntos más iluminados de la prueba y el tono gris de los obscuros. Además, pruebas de este género apenas se intensifican en el baño de sublimado.

»Y basta por ahora. Tenemos la persuasión de que todo lector pacienzudo que siga al pie de la letra nuestras indicaciones, alcanzará éxito más ó menos completo en sus ensayos de fotocromía interferencial. Naturalmente, con la práctica llegará al dominio de las dificultades y logrará pruebas que, bajo el aspecto del detalle, belleza y exactitud del colorido, dejen muy atrás las mejores reproducciones del engorroso y molesto método tricrómico, y dejando á un lado las aplicaciones puramente artísticas, el aficionado á los estudios de la Física hallará en el método lippmanniano, junto con la más concluyente demostración de la teoría ondulatoria de la luz, un experimento de laboratorio superiormente educador. En efecto: su ejecución correcta supone la perseverancia, habitúa á la exactitud y pulcritud técnicas, disciplina maravillosamente la atención y la voluntad, y dispone y prepara, en fin, para las más arduas empresas científicas.»

Merece también citarse, por tener relación con el proceso histórico seguido, la reciente aparición de una cámara fotográfica especial para obtener la tricromía, ideada por M. Prieur; su tipo es el ordinario de las detectivas de mano, facilitando con ello el manejo práctico de la misma. Admite la carga de 12 placas (cuatro *trios cromáticos),* llevando cada placa su correspondiente

*écran;* con el auxilio de un aparato de relojería, se coloca cada una de ellas ante el objetivo, recibiendo la exposición conveniente. De manera que ese invento resulta en extremo importante al facilitar la obtención de los negativos, resolviendo mecánicamente el escamoteo de las placas, así como la graduación del tiempo expositivo.

Prieur, en sus ensayos realizados durante el mes de Julio de 1902, y operando de once de la mañana á tres de la tarde, empleó dos segundos de exposición para cada trío cromático, obteniendo los resultados más lisonjeros, que coronaron de éxito el mecanismo descubierto.

Por último, en 1904, los Sres. Auguste y Louis Lumière presentan una comunicación en la Academia de Ciencias de París, dando cuenta de un nuevo método de obtención de fotografías en colores.

Dice así:

«El método que es objeto de la presente comunicación está basado sobre el empleo de partículas coloreadas, depositadas en capa única sobre una lámina de cristal, cubiertas después de un barniz conveniente, y, finalmente, de una capa de emulsión sensible. Se expone por el dorso la placa así preparada, se revela y se invierte la imagen, que presenta entonces por transparencia los colores del original fotografiado.

»Las dificultades que hemos encontrado en el estudio de este método son numerosas; pero los resultados que acompañan á ésta prueban que no son insuperables.

»Los detalles de la preparación son los siguientes:

»Se separan de la fécula de patata las partículas que tengan de 15 á 20 milésimas de milímetro, dividiéndolas en tres lotes que son teñidos, respectivamente, de rojo-naranja, verde y violeta.

»El polvo coloreado así obtenido se mezcla, después de un secado completo, en proporciones convenientes, instalándolo, por medio de una brocha suave, sobre una lámina de cristal previamente recubierta de una substancia pegajosa. Operando con cuidado, se llega á formar una superficie muy uniforme que no presenta más que una sola capa de granos, tocándose todos, pero sin superposiciones. Por el mismo procedimiento de espolvoreo, se obturan todos los intersticios que pudieran dejar pasar luz blanca, valiéndose de un polvo negro muy fino; por ejemplo: carbón vegetal pulverizado.

»De este modo se obtiene una pantalla *(écran)* coloreada, en la cual, cada milímetro cuadrado de superficie representa de dos á tres mil pantallas elementales, anaranjadas, verdes y violetas. Se cubre la superficie así obtenida con una capa de barniz lo más delgada é impermeable posible, y que posea, además, un índice de refracción análogo al de los granos de fécula, esparciendo, finalmente, sobre este barniz una capa delgada de emulsión sensible pancromática de gelatino-bromuro de plata.

»Se expone la placa, como de ordinario, en un aparato fotográfico, tomando la precaución de volverla, de modo que los rayos luminosos que provienen del objetivo atraviesen las partículas coloreadas antes de llegar á la capa sensible.

»El revelado se efectúa como si se tratase de un fototipo corriente; pero si se limita uno á fijar la placa con hiposulfito de sosa, se obtiene un negativo que presenta por transparencia los colores complementarios de los del objeto fotografiado. Para resolver el orden de los colores, basta, después del revelado, invertir la imagen, disolviendo la plata reducida por esta operación, y después, sin fijar, revelar seguidamente el bromuro de plata no influenciado por la luz, al dar la exposición en el aparato.

»Obtiénense de este modo, con manipulaciones apenas más complicadas que las usuales, representaciones coloreadas de los sujetos fotografiados, y en su examen directo, lo mismo que en el microscópico, las imágenes sometidas á la Academia demuestran, así lo creemos, que este método puede conducir, consecuentemente, á resultados prácticos.»

Los Sres. Lumière han puesto ya á la venta desde principios de 1907 las placas *autochromes,* y cuyo principio de fabricación y empleo de las mismas lo describen en la forma siguiente:

«Disponiendo en la superficie de una placa de cristal, en forma de capa simple y delgada, un conjunto de elementos microscópicos y transparentes coloreados de rojo y anaranjado, verde y violado, y hallándose los espectros de absorción de dichos elementos, así como estos elementos mismos, en proporciones convenientes, puede observarse que la capa así obtenida no parece coloreada cuando se la mira por transparencia, porque esta capa absorbe tan sólo una fracción de la luz transmitida.

»En efecto: los rayos de luz que atraviesan las pantallas elementales anaranjadas, verdes y violadas, vendrán á reconstituir la luz blanca, toda vez que la suma total de las superficies elementales de cada color, así como la intensidad de coloración de los elementos constitutivos, se hallarán establecidas según ciertas condiciones bien determinadas.

»Obtenida esta capa tricroma delgada del modo que acabamos de indicar, se la encubre de una emulsión pancromática.

»Ahora, tomemos la placa obtenida así, y expongamos á la luz una imagen coloreada (con el dorso de la placa vuelto hacia la luz). Los rayos luminosos, al pasar á través de las pantallas elementales, quedarán absorbidos más ó menos completamente, según el color respectivo de ellos, y según las pantallas que atraviesen.

»De este modo realizamos una selección de elementos microscópicos que nos permite obtener, después del virado y de la fijación, unas imágenes cuyos colores resultan complementarios de los colores del original.

»En efecto: si escogemos, por ejemplo, una región de la imagen coloreada de rojo, los rayos luminosos rojos que de esta región se desprenden quedarán absorbidos por los elementos verdes de la capa, mientras que los elementos anaranjados y violados dejarán pasar dichos rayos luminosos rojos. Por consiguiente, la capa de gelatino-bromuro de plata se impresionará bajo los elementos violados y anaranjados, sin sufrir modificación alguna debajo de las pantallas elementales verdes.

»La operación del desarrollo, al reducir el bromuro de plata de la capa sensible, encubrirá los elementos anaranjados y violados, mientras que los elementos verdes quedarán visibles después de la fijación, porque el bromuro de plata de la emulsión que los encubría no habrá sufrido reducción alguna.

»El resultado obtenido entonces consistirá en un residuo de color verde, complementario de los rayos rojos considerados.

»Los mismos fenómenos ocurren con los demás colores. Con la luz verde, por ejemplo, los elementos verdes se hallan encubiertos, y la capa sale coloreada de rojo; con la luz amarilla, la imagen sale violada, etc.

»Desde luego se concibe que un negativo de colores complementarios obtenido así sea capaz de producir sobre unas placas preparadas como llevamos indicado, unas pruebas positivas complementarias de la negativa, es decir, unas reproducciones de los colores del asunto original.

»Después de desarrollada la imagen, es posible también prescindir de fijarla, y más bien invertirla por el procedimiento acostumbrado. Se obtendrá de esta manera un positivo directo, presentando la coloración propia del asunto retratado.

»Las dificultades que encontramos al llevar este método á la práctica fueron numerosísimas y considerables, y sólo después de penosas pesquisas fué cuando conseguimos superarlas. Para demostrar lo difícil y arduo del problema, vamos á indicar unas cuantas entre las condiciones más importantes que tuvimos que realizar.

»Se trataba de obtener una capa compuesta de microscópicas pantallas anaranjadas, verdes y violadas, la cual era preciso que adhiriese bien á su soporte, que fuese delgadísima, que constase de elementos cuya decoloración fuera determinada muy exactamente en cuanto á su intensidad y á la calidad de los colores, así como al número de elementos de cada clase. Además, era preciso que estos colores fuesen estables, que no difundiesen la luz, y que no hubiese posibilidad de producirse superposiciones de las pantallas coloreadas ni intervalos algo importantes entre ellas.

»Por fin, la capa debe ser protegida por un barniz cuyo índice de refracción sea lo mismo que el de la fécula. Además, es preciso que la preparación fotográfica sea ortocromatizada de tal modo que sea capaz de modificar el color; y este ortocromatismo debe estar en relación con la naturaleza misma de la emulsión y con el color de las pantallas elementales. Además, la emulsión debe ser de una naturaleza especial para evitar la difusión, y las varias manipulaciones (desarrollo, impresión de la imagen, etc.) deben ser acomodadas para estas preparaciones.

»Basta con enumerar estas condiciones para formar un concepto del esmero y del cuidado con que tuvimos que proceder para llevar á cabo el arreglo definitivo de estos procedimientos.

»Primero hay que escoger la fécula de patata, es decir, separar, con instrumentos construídos *ad hoc,* los granos entre 15 á 20 milésimas de milímetro de diámetro. Verificada esta selección, los granos escogidos se dividen

en tres lotes, que se colorean luego: el primero, de rojo-anaranjado; el segundo, de verde; el tercero, de violado, mediante unas materias colorantes especiales.

»Los polvos coloreados se ponen á secar, y después se mezclan entre sí de modo que el conjunto no presente ningún tinte restante. Se obtiene así un polvo compuesto, el cual se extiende por medio de un pincel en la superficie de un cristal cubierto ya de un embadurnado pegajoso.

»Con sólo observar ciertas precauciones convenientes, se logra obtener una capa simple de granos que se tocan entre sí, pero sin superposición.

»Un procedimiento imperfecto que ensayamos en primer lugar consistía en obturar con un polvo negro los intervalos que los granos dejan libres entre sí; resultaba una disminución de luz bastante sensible.

»Un perfeccionamiento que recientemente hicimos patentar permite reducir á un mínimun estos intersticios, aplastando los granos con una máquina especial que los vuelve poligonales y contiguos entre sí.

»Así se obtiene una pantalla total en cuya superficie cada milímetro cuadrado representa ocho ó nueve millares de pequeñas pantallas elementales, anaranjadas, verdes ó violadas.

»La superficie así preparada recibe luego un embadurnado de barniz aislador, cuanto más impermeable mejor, y cuyo índice de refracción es próximo al de la fécula.

»Por fin, encima de este barniz se cuela una capa delgada de emulsión sensible, pancromática, al gelatino-bromuro de plata.

»La exposición á la luz se verifica en la manera acostumbrada, dentro de una cámara fotográfica, cuidando de poner la placa cara atrás, es decir, con el dorso hacia el objetivo, de modo que la luz que viene del objetivo atraviese primero las partículas coloreadas antes de llegar á la capa sensible.

»También es preciso interponer una pantalla amarilla especial, al objeto de compensar el exceso de actividad de las radiaciones violadas y azules. Por más que hayamos logrado preparar unas emulsiones sumamente sensibles, sin embargo, la absorción producida por la interposición de los elementos coloreados obliga á prolongar la exposición más tiempo que en la fotografía corriente. Esto no obstante, es posible sacar fotografías al sol en un quinto de segundo, con tal que se haga uso de un objetivo muy luminoso (f/3).

»El desarrollo se verifica como en la fotografía corriente. De contentarse con fijar la imagen en el hiposulfito, se obtendrá, como llevamos dicho, un negativo que presentará, por transparencia, los colores complementarios del asunto retratado. Pero es preferible restablecer el orden de los colores sobre la placa misma, invirtiendo químicamente la imagen. Para lograrlo, se tendrá que rebajar en un baño apropiado la placa ya desarrollada, y luego someterla á un segundo desarrollo, al efecto de ennegrecer el complemento de la imagen negativa producida por el primer desarrollo.

»Modo de emplear las placas autocromas.—Cuando pongamos á la venta las placas *autocromas,* publicaremos un folleto muy completo y detallado so-

bre el modo de tratar estas placas. Entretanto, damos á continuación un resumen de las operaciones necesarias.

»Es del todo indispensable observar muy exactamente las indicaciones siguientes, sin modificarlas nada, so pena de fracaso.

»Las placas autocromas hacen absolutamente necesario el empleo de una pantalla de cristal cuya coloración tiene suma importancia. Esta pantalla será entregada por nosotros, y sólo valiéndose de ella será posible conseguir un un efecto ortocromático exacto. Es imposible prescindir de esta pantalla, so pena de no conseguir resultado alguno.

»La pantalla se ha de disponer delante ó detrás del objetivo. Al efecto, entregaremos también los portapantallas correspondientes, es decir, capaces de adaptarse con facilidad en el parasol del objetivo ó detrás de él. Las dimensiones de la pantalla misma, así como las del portapantalla, se hallan, pues, determinadas por las del parasol, y estas últimas deberán mencionarse al pasarnos órdenes para pantallas.

»Las placas deberán colocarse en los chasis de tal modo que los rayos de luz que vienen del objetivo atraviesen el vidrio antes de llegar á la capa sensible, es decir, que la impresión debe hacerse por el dorso de la placa, debiendo esta última ocupar una posición inversa de la posición adoptada para la fotografía corriente. Esta posición de la placa necesita desde luego una modificación correspondiente del enfocado.

»Tratándose de un aparato desprovisto de cristal esmerilado, pero sí provisto de una escala indicadora de las distancias, habrá que colocar detrás del objetivo la pantalla, la cual se halla labrada de tal modo, que, colocada en la posición indicada más arriba, produce por sí sola la corrección del enfocado, sin que el operador tenga que preocuparse.

»En los demás casos, es decir, cuando el aparato lleve un cristal esmerilado, el operador deberá cuidarse, al enfocar, de invertir el cristal esmerilado, y la pantalla se colocará delante del objetivo.

»Para evitar raspaduras en la capa sensible, que es muy delicada, cada placa va protegida por una hoja de cartón, cuya cara negra es aplicada contra la capa sensible de las placas. Cada cajita contiene tantas hojas de cartón como placas. Los muelles del chasis que sirven para mantener fija la placa, deberán estar dispuestos de tal modo que no aprieten demasiado.

»Cuando haya que colocar las placas en unos portaplacas, se recomienda introducir á la vez la placa con su hoja de cartón correspondiente, apretándolas una contra otra, á fin de evitar todo deslizamiento que causaría raspaduras en la capa sensible, muy delicada, como acabamos de señalarlo.

»Como quiera que la impresión de la placa se verifica á través del vidrio de la misma, conviene asegurarse de la perfecta limpieza del dorso de la placa, y limpiarla si es preciso, antes de introducirla en el chasis.

»La exposición á la luz se verifica en las condiciones acostumbradas, con el aparato montado en su trípode. El tiempo necesario es bastante más largo que en el procedimiento de la fotografía corriente. Como criterio puede servir

la indicación siguiente: siendo el tiempo claro, conviene dar una exposición de un segundo aproximadamente, usando un objetivo que funciona con un sexto.

»Expuesta la placa, sacarla del chasis cuidadosamente, cuidando de no rasparla, y luego desarrollarla en el revelador siguiente:

»Preparar las soluciones:

| A | | B | |
|---|---|---|---|
| Ácido pirogálico puro..... | 3 gramos. | Agua..... | 85 cm.³ |
| Alcohol..... | 100 cm.³ | Bromuro de potasio..... | 3 gramos. |
| | | Amoníaco, densidad 0,92..... | 15 cm.³ |

»Para desarrollar una placa 13 × 18, tómese:

| | | | |
|---|---|---|---|
| Agua..... | 100 | centímetros | cúbicos. |
| Solución A..... | 10 | — | — |
| Solución B..... | 10 | — | — |

»No echar la solución B en la cubeta hasta el mismo momento de introducir la placa en el baño, pues este revelador es sumamente oxidable. Así es que no puede servir más que una vez, y se vuelve negro del todo al cabo de la operación.

»El desarrollo debe prolongarse exactamente durante dos minutos y medio, y es indispensable no modificar nada este término, que permanece idéntico para todos los casos.

»Suministraremos un reloj de arena especial, arreglado para medir este término exactamente. Dicho reloj se fijará contra la linterna, indicando de una manera muy clara la terminación del desarrollo.

»Á los dos minutos y medio, pasar la placa rápidamente por el agua corriente, y luego ponerla en la solución siguiente:

| | |
|---|---|
| Agua..... | 1.000 centímetros cúbicos. |
| Permanganato de potasa..... | 2 gramos. |
| Ácido sulfúrico..... | 10 centímetros cúbicos. |

»Para preparar esta solución, añadir primero el ácido sulfúrico al agua, y luego el permanganato.

»En seguida de echado el líquido sobre la placa, el operador puede salir del laboratorio y verificar á la luz del día las operaciones consecutivas. Para el primer desarrollo solamente es indispensable trabajar á obscuras, y esta condición debe cumplirse en absoluto, so pena de fracaso completo.

»El baño de permanganato, que tiene la propiedad de disolver la plata metálica reducida por el revelador, deberá ejercer su acción durante uno ó dos minutos, y, por otra parte, se puede vigilar la disolución de la plata examinando la placa por transparencia.

»Completada la disolución, ya es visible la imagen con sus colores; pero ésta se vuelve más brillante en el curso de las manipulaciones siguientes:

»Terminado el desprendimiento de la imagen, pasar ésta última algunos

segundos por el agua corriente, y luego por el segundo revelador siguiente, cuya operación debe verificarse en plena luz, condición indispensable para la obtención de los colores:

| | |
|---|---|
| Agua | 1.000 centímetros cúbicos |
| Sulfito de sosa anhidro | 20 gramos. |
| Diamidofenol | 5 — |

»El revelador se dejará que obre durante dos minutos, y resultarán los colores bien visibles; sin embargo, es preciso reforzarlos para que la imagen presente todo el brillo que es capaz de adquirir.

»Antes del refuerzo, se dará un lavado de algunos segundos en agua corriente, seguido por un nuevo baño en una solución muy diluída de permanganato de potasa (una parte de solución de permanganato para diez de agua).

»Enjuagar rápidamente bajo un chorro de agua y fijar después en el reforzador siguiente:

| A | | B | |
|---|---|---|---|
| Agua | 1.000 cm.³ | Agua | 100 cm.³ |
| Ácido pirogálico | 30 gramos. | Nitrato de plata | 5 gramos. |
| Ácido cítrico | 30 — | | |

»Tomar para cada placa 13 × 18:

| | |
|---|---|
| Solución A | 100 centímetros cúbicos. |
| Solución B | 10 — — |

»Esta mezcla amarillea poco á poco hasta quedar turbia, y hay que tirarla tan pronto como empiece á enturbiarse. En general, el refuerzo es suficiente antes de llegar á este límite; pero en todos los casos en que la imagen necesitase un refuerzo más fuerte aún, habría que preparar otra cantidad de baño y verificar una segunda operación idéntica á la primera que acabamos de describir. Entre las dos operaciones, pasar la placa por una solución *muy diluída* de permanganato de potasa después de una enjuagadura rápida.

»Reforzada la placa, pasarla por última vez por una solución de permanganato de potasa á 1 por 2.000 que no contenga ácido sulfúrico, y después de corto lavado en agua corriente, fijarla en el baño siguiente:

| | |
|---|---|
| Agua | 1.000 centímetros cúbicos. |
| Hiposulfito de sosa | 150 gramos. |
| Bisulfito (comercial solución) | 50 centímetros cúbicos. |

»Lavar otra vez durante tres ó cuatro minutos en el agua corriente, luego secar rápidamente la placa, oreándola con un aparato especial que entregaremos al efecto.

»Tener presente lo delicada que es la capa, y cuidarse de no rasparla cuando está mojada.

»Seco el clisé, encubrirlo con una capa de barniz especial que también entregaremos. Guardarse bien de usar otro barniz cualquiera, que echaría á perder los colores.

»Recomendamos de una manera particularmente urgente no tratar nunca las placas con el alcohol ó soluciones alcohólicas, sea con el objeto de secarlas, barnizarlas ó para otro fin cualquiera, pues el alcohol destruye enteramente los colores.

»Asimismo, el alumbrado del laboratorio debe arreglarse con muchísimo cuidado, puesto que estas placas son sensibilísimas á todas las radiaciones y es indispensable evitar la más mínima exposición á la luz de la lámpara que no sea de utilidad, pues produciría el velo de la placa. También entregaremos cristales especiales para el alumbrado.

»Más vale trabajar completamente á obscuras, y, á lo menos, manejar las placas deteniéndose muy lejos de la lámpara.

»Guardarse de examinar las pruebas durante el desarrollo, pues resultarían infaliblemente veladas, y la más mínima huella de velo haría imposible la obtención de imágenes buenas. Tal examen es, además, del todo inútil, puesto que en todos casos el desarrollo queda completo á los dos minutos y medio. El operador tendrá tan sólo que observar exactamente este límite sin sacar la placa del baño.»

Hoy día trabajan los sabios químicos con verdadero delirio para realizar nuevos descubrimientos, que sin duda irán apareciendo, por ser el campo de la fotocromía muy vasto en métodos y sistemas.

Y, como considerando final, he de añadir que el problema de la fotografía de los colores en nuestros días empieza su alborada, cuyos primeros rayos hacen prever la posibilidad de una solución acertada; pues en contra de todas las opiniones de inteligentes profesionales y aficionados, y con los debidos respetos que me merecen, dada su competencia en la materia, me permito afirmar que aún queda mucho que discurrir y trabajar para poder obtener de una manera positiva y práctica la veracidad del colorido real en la placa fotográfica.

SANTIAGO ALASÁ DOMINGO.
De la Real Sociedad Fotográfica.

Madrid, 4 de Abril de 1908.

# En la conmemoración de los Sitios de Zaragoza

## I

## Á S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Bien venido, Señor. Llegáis en día
solemne, en día fausto y memorable
de ventura y de gloria.
Ante el astro esplendente de la Historia,
que su luz perdurable
con vital entusiasmo nos envía,
relumbra en nuestras almas la alegría
como el sol en un sable.
Alegría es de amor la de teneros
Zaragoza en su hogar, con ello honrado.
Tanto le habíais, en su afán, tardado,
que os llamó, al desearos y no veros,
como al Rey de hace un siglo: *el Deseado.*
Quiere rendir tributo,
el más solemne ante la real presencia,
á la fecha que el tiempo nos señala
de nuestra Independencia,
festejando á los héroes, pues el luto
de morir por la Patria es más bien gala,
y el morir no es morir si la existencia
se hace inmortal cuando el suspiro exhala.
Quiere veros postrado,
rendido y admirado,
ante el altar augusto,
de flores y de luces lleno el templo,
y en el Pilar robusto
sellar los labios para digno ejemplo.
Quiere mostraros su labor honrada,
su casa bien cuidada,
su tierra bien labrada,
como elocuente prueba
de que en su pecho lleva
sangre de aquella raza de leales
que regalaros pudo
los timbres inmortales
del más rico blasón del patrio escudo.

Y así probaros quiere
un grande amor que siente por su tierra,
el que, sin que ninguno lo supere,
se acredita en la paz como en la guerra.
Quiere ofreceros de sus bríos nobles
y alientos sanos por la Patria grande,
todo el esfuerzo que su Rey le mande,
pues fuertes son sus brazos como robles.
Quiere pulsar la más bravía nota
de su bizarra jota.
Quiere, en fin, aclamaros; lo desea.
Es el pueblo leal, el pueblo honrado.
Dejad que os mire y que entusiasta os vea.
Oid su formidable vocerío.
Llega hasta Vos audaz, desordenado,
como á la mar el caudaloso río.
Y Vos, que oís la voz de lo pasado,
queréis honrar los admirables hechos
de un siglo en las historias señalado;
esculpir en los mármoles y bronces
las glorias de esos brazos y esos pechos
que acreditaron á Aragón entonces;
hacer valer la ley de sus derechos;
ensalzar de su frente
el sudor, que es riqueza
de su vida presente,
y pregonar hasta el confín de España
que, con pueblos así, de tal nobleza
y voluntad y amor, pueblo modelo,
pueblo dichoso, que trabaja y reza,
si nada pudo la ambición extraña,
menos podrá apagársele en el cielo
el espléndido sol de su grandeza.

## II

## ECOS DE GLORIA

Las horas dan. Es la inmortal campana,
testigo de los grandes heroísmos
de Aragón, la que al ánimo le lleva
con su sonar los entusiasmos mismos
que del patrio estandarte el oro y grana:
es la campana de la Torre Nueva.

Ídolo insigne, colosal campana,
cuya voz se diría
que enronqueció arengando á los valientes,
despierta en nuestras mentes
todo el recuerdo del glorioso día.
.....
El enemigo á la ciudad se acerca;
su marcha militar fuerza y redobla,
y una nube de polvo el cielo empaña;
pero, aprestándose á la lucha, terca,
la Torre Nueva el espinazo dobla,
y, amante, el Ebro sus riberas baña.
La Virgen del Pilar, que un altar tiene
en cada corazón zaragozano,
inspírale al ejército que viene
que, aunque sepa luchar, luchará en vano;
y las mujeres, de sin par belleza,
que en los palacios viven ó en las chozas,
mas todas nobles son por su nobleza,
las madres y las mozas,
los hombres rudos, fieros,
el rico, el artesano,
el niño y el anciano,
todos se hacen guerreros;
y, á falta de otros muros, de otras vallas
que defiendan sus casas bendecidas,
se aprestan á luchar en cien batallas,
convirtiendo sus pechos en murallas
y pagando su arrojo con sus vidas.

## III

## EL SIGLO DEL TRABAJO

Esto hiciste, Aragón. Mas, ¡ah!, ¡dichoso
pueblo que sabe amar como tú amaste!
Sólo un siglo pasó, y hoy el contraste
disfrutas ya más alto y generoso.
Al augusto agasajo,
en homenaje universal se agregan
los pueblos todos de la tierra adonde,
con los rayos del sol, tus lauros llegan.
Y otra norma á tu esfuerzo corresponde,

otro afán, otro estímulo, otro guía
del que á la guerra tu atención atrajo.
Ahora ya de pelear no es día,
de guerrear no es hora;
vivimos en el Siglo del Trabajo,
que ha de ser nuestra fuerza redentora.
Tu Rey quiere la Paz, ama el Progreso;
y así, al venir á honrar á tus mayores,
no viene á Zaragoza sólo á eso:
viene á velar también por tus sudores,
siguiendo el rumbo que á la Patria ha impreso;
viene á cuidar tus frutos y tus flores;
viene, no á disponer luchas guerreras
ó sangrientas batallas,
no á construir trincheras
ó á levantar murallas
abiertas por audaces aspilleras,
sino á estrecharnos en abrazo amigo
con el que fué de tu valor testigo;
á romper las fronteras,
perforando el Canfranc, tras cuyos montes
se abrirán dilatados horizontes
al trabajo fecundo,
tan digno del apoyo que reclama,
y á que se extienda de Aragón la fama
y resuene la Jota en todo el mundo.

***Mariano Miguel de Val.***

Junio, 1908.

## ORACIÓN DE LA MAÑANA

Otórgame, Señor,
en la noche que viene nuevos sueños de amor,
y en el día salud,
para ver renovada toda mi juventud
en gloriosos anhelos,
que sean bellos soles en unos claros cielos
de inquietud, de armonía y de felicidades,
de nuevas esperanzas y de nuevas verdades.
Que no se me deshoje esta flor de mi risa,
y que vayan aprisa

pasando los momentos de acidez y de hastío,
como corren las aguas de un torrente bravío.
Si he de ser nuevo Icaro,
maldito de los dioses y en mortal desamparo
de aquella luz del día
que es mi amada, y mi cielo, y mi dulce alegría,
que presto esté en el vaso el infernal veneno,
en el vaso bendito de la flor de su seno,
y que muerto en sus brazos vuelva á resucitar
renovado el deseo de vivir y de amar.
Yo bendigo, Señor, esta vasta armonía
de la luz y la noche en el paso de un día,
y bendigo el milagro de mi renacimiento,
obra de un leve impulso en un breve momento.
Señor, Señor, Señor,
quiero morir clavado en la cruz de su amor.
Y mientras viva, que ella
sea mi norte, mi gracia, mi salud y mi estrella;
la página esculpida de mi incierto destino;
blanca flor entre espinas del zarzal del camino.
No me alivies el peso de esta mi esclavitud,
fuego de mi deseo, sol de mi juventud.
Señor, Señor, Señor,
quiero morir clavado en la cruz de su amor.

## SALMO

Desfallezco de amor; tráeme ambrosía
y confórtame el alma con tus besos;
no se apague esta luz que me ha encendido
hogueras de pasión y de deseos.
Deshoja nardos sobre mi alba frente,
serena como cielo de verano;
santifica con óleo mis sentidos,
y pon versos de amores en mis labios.
No se apague esta luz, hermosa mía;
desfallezco de amor; ven y confórtame...
Ha retornado á mí la Primavera,
y el jardín de mi amor es todo flores.
¡Qué venturosa paz y qué sosiego
es esta regalía de amor vivo!
Esta vida es la vida de la gracia,
y este amor de los cielos me ha venido.

Confórtame con mieles, con granadas
y vino de tus viñas; con aromas
perfuma mis cabellos, y con mirra
inciénsame mi tálamo de rosas.
Acércate á mis brazos, y la seda
de tus carnes el cuerpo me acaricie,
como un rozar de brisa mañanera
por entre limoneros y jazmines.
Ven á mis brazos, bésame en los ojos
y que yo me adormezca de deleite.
¡Ay, qué dulce morir si me muriera
en tus brazos gustando de tus mieles!

## MADRIGAL

Cuando quiero que el día
más temprano amanezca,
corro festivo y llamo
presuroso á su puerta.
Ella sale por verme,
y como es toda luz y es toda alma,
aun siendo muy de noche,
se hace muy de mañana.

***J. Muñoz San Román.***

## ESPERANZA

Non sei porque recordos d'outros tempos
latexan no meu peito sin acougo:
nin porque aniño tolas esperanzas
de que rexurdan os murchados louros
de siglos derradeiros
nos qu'encheron o mundo feitos nosos.
Cal a rayola que rachando as tebras
afuxenta da noite o veo mouro
e de novo co a luz, prestalle vida
á todo aquelo envolto
por sombra medoñenta: así rachando
da nosa patria o Ceo bretemoso,
agardo lle dé forzas a rayola
para loitar cal loitan hoxe os pobos.

Agora xa non é cal foi n-outrora
o choque horrible d'enemigos pobos,
pois d'aquela loitando, nosas loitas
foron feitos nas armas fazañosos
nos que os héroes cinguiron
o loureiro inmortal no sangue roxo.
Hoxe se loita por non ser escravo,
hoxe se loita por principios novos
que redimindo as almas e as concencias
nos fau irmaus á todos.
A loita santa é, que Dios bendice
facer de tod'a terra un solo pobo,
cal El nos insiñon, pois o seu fillo
ao morrer n-unha Cruz, morreu por todos.

Erguede os corazós: tede esperanza:
a causa da xusticia é con nosoutros:
se cando o Sol se pou, ao vit-a noîte
o mundo queda pol-a sombra envolto;
na loita co as noitebras
sempre o xenio da luz sal vitorioso.
Asi nos pobos cand'o Sol se poñe
non é pra rexurdir tempos que foron:
os pobos, ao caer, é Dios que quere
erguer un tempo novo.
Non perdamot-a fe: loitando à reo
e ispirados por Dios, veremos logo
un meigo estrelecer, maxica aurora
do venturoso rexurdir d'un pobo.

***Eugenio Carré Aldao.***

Coruña, 1908.

# Información iberoamericana

## *España*

### Mirando á Zaragoza.

Tiempo hace que asisto desde lejos, con profunda curiosidad y simpatía, al esfuerzo de Zaragoza, concentrado en su actual Exposición. Hallo en él materia de interesantes reflexiones, y voy registrando, día por día, periódicos y reseñas, informaciones y fotograbados, deseoso de seguir el desenvolvimiento de aquella noble aventura. Acaso no resulte del todo desprovista de valor é interés la impresión de un «ausente». No he visto el certamen todavía, ni he pisado las gloriosas vías de la inmortal ciudad con ocasión del centenario de sus sitios. Pero, aun á distancia, á través de lecturas y descripciones, ayudado por el poder de interpretación que el genio de los países, contenido en su historia y expresado por su literatura, suministra á un espíritu curioso, nos formamos nuestra visión de las cosas, nuestro comentario, nuestra verdad.

Así, el espectáculo de Zaragoza se presenta á mis ojos como una memorable tentativa de acción, de desperezamiento, de política positiva, útil y fecundante. Representa una victoria muy señalada de la iniciativa sobre la retórica, del acto sobre la verborrea, de la substancialidad sobre la declamación chauvinista. Hubiera podido limitarse la fiesta á una conmemoración organizada según la vieja pauta oficial de salvas, repique de campanas, gallardetes y discursos. Hubiera podido tomar el recordatorio aspectos de exarcebación nacionalista y antiextranjera... Con delicado y seguro instinto, la conmemoración se ha despojado de todo rencor histórico, de toda jactancia agresiva. No en balde los años han pasado sobre la sangre vertida, sobre el agravio, sobre el odio, evaporándolos y fundiéndolos en nube de alto recuerdo y de generosa reconciliación. Y este sentido de moderna fraternidad humana honra en gran manera á Zaragoza y á quienes han sabido infundirlo é imponerlo como elemento esencial de la acertada Exposición.

Diez años hace que en Aragón repercutió más intensamente que en porción alguna de España á la parte de allá del Ebro el dolor de la humillación y de las mutilaciones sufridas en la guerra colonial. El dualismo latente en la sociedad española salió allí á la superficie, manifestándose crudamente el divorcio entre la España productora y la España oficial, entre el país vivo y la oligarquía fracasada. El movimiento que iniciaron la Cámara Agrícola de Barbastro y casi inmediatamente la Asamblea Nacional de Productores, era como un preludio ó tanteo de la inversión que, tarde ó temprano, tendrá que consumarse en nuestro país para *nacionalizar* el poder y para que la dirección pase desde las manos del parasitismo profesional á las de las clases vivas, responsables y contribuyentes. Durante algún tiempo no se habló más que de la trinidad Costa, Alba y Paraíso. El intento abortó De sus caudillos, uno se refugió en la soledad de la protesta intelectual con escapatorias á la demagogia convulsionaria; otro se enganchó en el primer banderín político del antiguo sistema que halló á mano, y, desde sus apo-

calípticas conminaciones de 1898, vino á parar en recadero de la famosa crisis del «papelito»; el tercero, Paraíso, dejó su carácter de apóstol de la regeneración nacional para volver á su almacén y á sus facturas, «haciendo país» á espaldas del Estado oficial y del mundo de la política, á pesar del Estado y contra la política.

No realizó sus fines aquella agitación ni alcanzó casi nada de lo que deseaba. La política tradicional, el sindicato de intereses que la monopolizaba y que casi en la misma forma continúa haciéndolo, dióse buena maña en disolver el absceso. Mas no por ello debe considerarse estéril aquel episodio, ya que hizo pródiga siembra de ideas y aspiraciones y contribuyó en gran manera á renovar y cambiar la atmósfera mental de no pocas capitales, y especialmente de Zaragoza, donde había nacido. Pudiera decirse que la fiebre de 1898 traía en germen la actual Exposición, y que ella responde al sistema de ideas y sentimientos que salieron entonces á la superficie, y que poco á poco van cambiando el centro de gravitación ú orientación del patriotismo. El esfuerzo que actualmente realiza Zaragoza viene ligado, con relación de acto á potencia, á las propagandas de hace diez años y á la subversión de ideales consumada en la sociedad española desde aquella fecha. Y, como de una manera simbólica, aparece otra vez el nombre de Basilio Paraíso, depurado ya de las prevenciones y enemigas que tuvo que arrostrar en el fragor del combate, presidiendo ahora este certamen, que resume las ansias de vida, de engrandecimiento y de regeneración por el trabajo, cada día más arraigadas en el pueblo aragonés.

La Exposición de Zaragoza es un síntoma favorable, altamente favorable, del despertar *social* de una comarca española. Nos dice que ya hay otra porción de territorio invadida por las ansias de mejora y que hace esfuerzos para moverse y agitarse. Nos dice que, poco á poco, la hemiplejia de España se va reduciendo, y que es posible pensar ya en el caso de que la parte activa y ágil no tenga que vivir subordinada á la parte paralítica, cargando con su peso muerto. No son las exposiciones cosa anticuada en un país como el nuestro. Ciertamente, no estriba su eficacia en el estímulo de las recompensas ni en el crédito que de ellas sacaban antaño los expositores laureados. Todas las instituciones se van transformando, y mientras envejece un aspecto de ellas, otras se desarrollan y surgen, viniendo á sustituir la parte decrépita. En el caso de Zaragoza y de las demás poblaciones españolas, un concurso de esta índole representa mucho: representa casi siempre un tránsito, la entrada en un círculo de preocupaciones más vasto y luminoso, el enriquecimiento y ensanche del espíritu paralelo á la transformación material de la urbe, que aprovecha estos instantes de general excitación para sacudir trabas, vencer obstáculos y mudar de ropa.

Ello da ocasión á que aparezca también un linaje de mérito y patriotismo de que se había hecho poco aprecio durante la pasada centuria. Refiérome al mérito y patriotismo de la iniciativa libre, extraoficial é infatigable de esos ciudadanos del tipo de Paraíso, que toman á su cargo la organización y condensación de la energía dispersa y de los impulsos sueltos, y que embellecen y engrandecen á su ciudad natal, conduciéndola por vías de progreso y de nobles aspiraciones. Esa ciudadanía no tiene casi nunca la popularidad ni las recompensas reservadas por la convención ó el servilismo á las consagraciones puramente materiales y externas de la jerarquía oficial. Para éstas son las estatuas, los retratos, las declaraciones de hijos adoptivos, las biografías laudatorias, aunque apenas se sepa más de los tales personajes sino que fueron subsecretarios, consejeros de Estado ó senadores vitalicios por obra de la adhesión doméstica á un jefe de partido, ó por gracia de haberle sostenido su partida de ajedrez en las interminables noches de la oposición. El patriotismo constructivo y restaurador que representa la

Exposición de Zaragoza ofrecerá un gran ejemplo, desvanecerá muchos prejuicios é idolatrías arcaicas, será una escuela de nuevo civismo, fecundará muchas voluntades, contribuirá poderosamente, en suma, á cambiar y modificar el espíritu público y á convertirlo á la ley primaria de los países cultos: la ley del trabajo, la ley de la autoproducción, base de la independencia territorial y espiritual.

MIGUEL S. OLIVER.

# *República Argentina*

## La inmigración española.

La emigración oficial.—La emigración, fuente de ingresos.—Libertad de emigración.—El fenómeno emigratorio.—Juntas y Patronatos.—Naturaleza de estas Juntas.—El Estado no debe perder nunca ciudadanos.—La emigración debe ser consciente.—Obra de compenetración de pueblos.—La emigración española obedece á la escasez de industrias.—Hay emigraciones improductivas.—La de la Argentina es conveniente.—Evasiones políticas.—Afinamientos de la raza.—Organización admirable.—Leyes de inmigración argentina.—La Oficina de Trabajo. El Hotel de Inmigrantes.—La ley de Desembarco.—Emigración "golondrina".—Arriendos de tierras.—Arrendatarios, colonos y peones.—Todos pueden ser propietarios.—Créditos y ganado agrícola.

Cuando eran Cuba y Puerto Rico colonias españolas, se fomentaba la emigración subvencionando Empresas que no se limitaban á estas islas solamente, sino á las de Hawai, á Panamá, Centro-América, Canadá y Australia. Lamentos continuados de la prensa condenando inicuos atropellos, que subsistieron en algunos países hasta hace poco, han obligado á fijar la atención de los legisladores, que se propusieron contener con disposiciones solemnes las violencias de recluta que sufrían los desdichados, pasando del extremo de fomentar la carga humana á convertirla en fuente de exacciones indebidas para el Estado. ¡Afectuosa manera de despedir á los que dejan la Patria, sin abdicar de ser ciudadanos!

En el preámbulo del decreto de 6 de Mayo de 1882, creando un Negociado para estudiar las causas de la emigración y formar sus estadísticas, se reconoce el principio de libertad de emigración, considerando las medidas coercitivas contraproducentes. La Real orden de Mayo de 1888 reglamentó las expediciones y contratas de embarque, exigiendo de los emigrantes varios impuestos en forma de permisos y documentación, con lo cual se ha conseguido únicamente que la emigración eligiera como puertos de embarque Burdeos, Lisboa y Gibraltar.

Convencidos al fin de que la emigración es un fenómeno imposible de curar con legislaciones internas, se van limitando las disposiciones legislativas de nuestro país á imitar á Italia y Francia, que garantizan la libertad individual y la defensa de los que emigran, creando Juntas y Patronatos que hasta la fecha no han llenado la misión que en aquellos países, porque se forman exclusivamente con elementos oficiales, como el gobernador, el fiscal de la Audiencia, el diputado provincial, de obligaciones extrañas á la naturaleza de estas Juntas.

La legislación en esta materia ha de expresar los sentimientos de la sociedad y estar sancionada por convenios internacionales, si se quiere exceptuar, como es debido, la interesada acción de Empresas y aun de la diplomacia, que solamente tiene en cuenta intereses políticos.

El que emigra tiene derecho á que no sea restringida su libertad individual, y á ser defendido en su ciudadanía, sin imposición de exacciones que solamente aprovechan á reclutadores desalmados, agentes y navieros. Si se quiere que no represente pérdida, sino aumento de ciudadanos, el Estado debe encariñarse con el deber de favorecer á los que viven fuera de la Patria; porque hay una parte que vuelve, y entonces la emigración se convierte en inmigración; no resultaría una huída, sino un acto consciente; y, como ha sucedido en la Argentina, aquellos que habían eludido la ley de Quintas, ó no intentarían eludirla, ó se presentarían á los cónsules para entregarles el importe de la redención á metálico espontáneamente.

La emigración es un fenómeno social, y no pueden aplicársele otros remedios que enlazar los cuidados del país donde se origine este fenómeno con las leyes de inmigración de los países adonde los emigrantes se dirigen, señalando á éstos cuáles son para ellos más justas y beneficiosas, además de una orientación y conocimientos suficientes para que resulte una determinación consciente.

Ni es posible ni útil pensar otra cosa. Los principios jurídicos y las conveniencias económicas inducen á respetar la emigración. Sería un egoísmo colectivo, ilusorio, ineficaz é inhumano, oponerse á ella. Ni se debe fomentar ni impedir, sino encauzarla como movimiento reflexivo de una masa de ciudadanos. Lo humanitario es precaver y evitar los abusos á que se presta; impedir que se convierta en tráfico, en esclavitud y en fraude de obligaciones civiles, de deberes políticos, de cargas fiscales y aun de responsabilidad criminal. Solamente hay derecho, en una palabra, á prevenir el modo de que responda á los fines económicos y consiga los provechos sociales á que esté llamada.

Ejercita un derecho el emigrante al buscar un espacio que le falta en la tierra que abandona. Realiza un acto motivado que tiene la misión de unir los pueblos, estableciendo la comunicación internacional más segura. Es una obra de compenetración de pueblos, en que unos proporcionan territorios, y otros pobladores. El que da emigrantes coloca una población que le sobra pocas veces, pero que de seguro estaba mal acondicionada siempre; que sirve para multiplicar la riqueza del país que los recibe, y ahorra en beneficio de la nación de origen. Es un provecho que se difunde entre dos pueblos: en el que materialmente vive, y en el que continúa viviendo con el espíritu. El emigrante, por lo general, trabaja en beneficio de un país, y capitaliza en beneficio de otro.

La emigración española se distingue por tener estos caracteres bien marcados. No llega á la proporción aterradora de otros países. Alcanza la mitad de cifras que la italiana, y menos de la cuarta parte que la alemana, á creer lo que consta en los datos estadísticos del Instituto Geográfico.

Lo que de ella alarma es que no se justifique por el exceso de población ni por la expansión mercantil, sino por todo lo contrario, á saber: por existir una gran porción de territorio inculto, y por escasez de iniciativas industriales. El capital español, abundante para todo lucro aleatorio, no encuentra bastante aliciente en el módico beneficio de las explotaciones agrícolas, que son seguras, ni de las industriales, que requieren un riesgo y un esfuerzo continuados. Es impaciente y de resoluciones inmediatas como el carácter.

Las riquezas mineras y de casi todas las industrias del litoral son, en su mayor parte, debidas á la repatriación del dinero procedente de las emigraciones. Las pérdidas

coloniales han resultado beneficiosas para la implantación y desarrollo de industrias, á las cuales, además, aportó experiencias y actitudes mundiales: *aires de fuera*. El rápido empleo de estos capitales enriqueció á los primeros que supieron emplearlo. Explotó la producción azucarera, convirtiéndola en monopolio; creó innumerables Sociedades de crédito, cuyos títulos acreditaron un agiotaje que centuplicó los fondos, sin producir cosa alguna. La proporción dedicada á fecundar los campos, las manufacturas y el comercio exterior, es la que resultó absolutamente insignificante.

Esta desviación administrativa y falta de orientación en el capital determina cada día mayor sobrante de brazos y es resueltamente la causa de la emigración y aun la clase de ella, inculta, pobre, porque la miseria es siempre la impelida á solicitar las ocupaciones más penosas.

Si nuestras clases cultas, de posición acomodada, acudieran á buscar en la expatriación las aptitudes que la emigración introduce en nuestra Patria, no estaríamos dirigidos y explotados por ingenieros, capitalistas é industriales que vienen de fuera á dirigir nuestras empresas para extraer de ellas los beneficios más sanos. El doble mal de España en este punto consiste en que mientras huye á extranjeros países, como única representación del prestigio español, la miseria y la incultura, nos invade también una dirección extranjera inteligente y explotadora del beneficio y del crédito.

De la emigración española y sus males ó beneficios, claro es que no puede hablarse así en absoluto, sin clasificarla en cada momento hasta por países de destino. La de Argelia proporciona un beneficio inapreciable á la cultura y colonización francesas, y sólo procura temporales alivios á las clases necesitadas de Levante. Sin las emigraciones españolas á Cuba, no se concebía que pudiera desarrollarse allí la civilización y la riqueza. Ahora tiene el interés supremo de no interrumpir las relaciones. Las que se dirigieron á Nueva York, Hawai, Transvaal, Australia y Polinesia no se sabe que hayan resultado beneficiosas para la Patria por falta de estadísticas. Las de Santo Domingo y parte de Centro-América casi nos son desconocidas también por muchas clases de censurables incurias. Las del Brasil, acaso no se recomiendan ni por el clima, ni por la bondad de sus instituciones administrativas, ni por el aprecio con que son acogidos los españoles, ni por la recompensa concedida al trabajo, ni por la facilidad con que se ejercitan las malas artes y los más crueles abusos. La anarquía imperante en Marruecos y la parsimoniosa dejación de los famosos *derechos históricos* de España no permiten obtener lisonjero partido de la importante colonización en el Mogreb. Al mediodía de Francia, á Italia y á otros puntos mediterráneos, va acompañada la emigración española de esa enfermedad mortal que ocasiona la crisis del patriotismo.

La que, por decirlo así, llena mejor los fines económicos apuntados es aquella que, partiendo de diversos motivos ocasionales, se dirige permanentemente en círculos progresivos á la República Argentina, como una transfusión de la sangre que interrumpe la prescripción del descubrimiento americano. Se subordina á los siguientes caracteres:

Subviene á la deficiencia de población existente en los extensos territorios argentinos, y aun cuando resultaría un sacrificio, deberíamos soportarlo con el amor propio de los deberes. Pero además resulta, afortunadamente, beneficiosa para España por muchos conceptos la emigración á la República Argentina.

El *Tratado de Utrecht* llevó 30.000 españoles á Sud-América con el propósito de seguir defendiendo los derechos de D. Carlos. El cambio constitucional de 1823 originó emigraciones muy numerosas, inteligentes y tenaces, en las cuales tienen origen institucional el periodismo, la instrucción y otras muchas esferas del progreso cultural americano. Después del *Convenio de Vergara*, emigró un batallón carlista entero y

muchos elementos de conspiración activa del Pretendiente derrotado. Maroto murió en Chile, y el mismo D. Carlos ha visitado á sus fervientes partidarios en la bahía de Montevideo. También el cambio político de la Restauración impulsó á las riberas del Plata infinidad de españoles, de progreso, de inteligencia y de grandes anhelos. Si se conoce el árbol por sus frutos, la emigración española á la Argentina los ha producido en abundancia, sin distinción de motivos evasionales, de tiempos, de caracteres, de regiones, de clase y aun de política, que es lo que más estrepitosamente nos divorcia en el interior. Se diría que adquiere allí la raza afinamientos y perfiles que hacen palpitar de un modo más artístico el alma nacional en aquellas latitudes.

Este trabajo es modesto y reducido. Ni siquiera tiende á reflejar enseñanzas y marcar orientaciones que estadistas y hombres de tanto valer intelectual como los señores Canalejas, Piernas Hurtado y Labra han aducido para convencer al Estado, y creo que sin conseguirlo, por desgracia, de que el único aliciente que afianza la relación de los pueblos es el provecho mutuo. Pero tiene el propósito de demostrar que si los intereses hispanoargentinos perduran á través de la hostilidad de otros intereses superiores enemigos de la raza hispana, en absoluto se debe á la honrada, sobria y laboriosa emigración española, que se abrió por sí sola camino, adquiriendo participación en aquel suelo, para convertirse en el mejor consumidor, propagandista é intermediario del Comercio, de la Literatura y del Arte patrios. Una gran parte del norte y noroeste de España está reconstituyéndose con capitales procedentes de la Argentina. Y lo menos que practican los que no piensan volver, es un socorro constante á las familias, manifestaciones de afecto que bastan á sostener en Buenos Aires y Madrid dos poderosos Bancos, uno de los cuales, el Español del Río de la Plata, fundamentó sobre el ahorro de los emigrantes tan poderosa empresa, que durante el *crack* general originado en las borrascas de la revolución Juárez, fué el único que no suspendió pagos ni vió quebrantada su firmeza.

La sociedad española, aunque se halla perfectamente vinculada al pueblo argentino, conserva una organización patriótica que se puede considerar algo semejante á la introducción de un Estado dentro de otro Estado. Se distinguen sus instituciones por la suntuosidad, la llaneza y la capacidad facultativa. Se diferencian como simples y brillantes notas de color hasta los matices regionales.

Un patricio español ha regalado al Gobierno, para suntuosa instalación y residencia de la representación diplomática, la «Casa de España», que por este lado no se resiente de decoro. La colonia española ha sostenido siempre un gran diario en Buenos Aires que compite con la prensa indígena, una de las más reputadas del mundo. *La Beneficencia* es una institución amplia y noble, de la que el lujo y los recreos excluyen hasta la más lejana idea de humillación y de caridad. Posee edificios, parques, terrenos propios, y personal y material facultativo muy honrosos. La *Asociación Patriótica* dedica sumas considerables y actividades muy plausibles en sostenimiento, colocación, repatriación y pensiones de españoles necesitados. En sus salones y oficinas se desarrollan iniciativas que compiten con las de los Ministerios, y se celebran actos que han honrado las más altas instituciones y representaciones sociales de la República. Publica la revista *España,* hogar intelectual de todos los escritores castizos y renombrados, de gran lujo tipográfico y artístico. La *Cámara de Comercio* española se forma de muy eminentes autoridades económicas y auténticas representaciones del comercio patrio. No solamente tiene próspera existencia oficial, sino que el Gobierno argentino le concede representación en la Comisión de Avalúos (equivalente á nuestra Junta de Aranceles). Existen círculos políticos de todas clases, con sus periódicos. *El Legitimista Es-*

*pañol* mantiene la defensa de los derechos de D. Carlos. *La República Española* y *El Republicano Español* luchan calurosamente por defender para nuestra Patria un régimen republicano. Las revistas *Galicia, El Vasco* y otras acercan con sus prolijas propagandas los intereses de sus peculiares regiones á aquellas latitudes. *El Imparcial,* de Avellaneda, pueblo encantador é importante, limítrofe á Buenos Aires, es otro ilustradísimo diario español que cuenta varios años de existencia. En Tandil y otros puntos se publican diarios, semanarios, revistas y boletines de origen y carácter español exclusivamente.

Y no solamente en Buenos Aires, sino en las demás provincias y territorios argentinos, especialmente en Rosario, Córdoba, Entre Ríos, Corrientes y Mendoza, en Bahía y hasta en las Pampas, existen activísimas organizaciones colonizadoras, agrícolas, ganaderas, industriales, burocráticas, profesionales de la Abogacía, de la Medicina, de los profesorados normal y mercantil y del gran comercio, que elevan el nombre español á las cumbres de la consideración argentina; así como son reputados de inteligentes, sobrios y honrados los ejércitos de sirvientes, colonos y trabajadores de los talleres, de las chacras y de las faenas agrícolas.

Pues estos elementos españoles, de los cuales la Patria se ocupa apenas, se deciden á entablar relaciones con ella siempre para enviarle socorros cuantiosísimos con motivo de las inundaciones de Levante y los terremotos de Andalucía; para intervenir beneficiosamente en la cuestión de Canarias y aliviar los desastres del cólera y de las inundaciones; para regalar un hermoso crucero á la Marina y equipar un brillante regimiento de voluntarios, destinándolos á la guerra de Cuba; con ocasión de arbitrar y dispensar cuantiosas suscripciones en alivio de todas las desgracias.

Cuando se habla de impedir la emigración á países como éste, se borra de la voluntad y del corazón la gratitud que debe el alma nacional á los que parece que abandonan la Patria para perfeccionar sus sentimientos y contribuir más poderosamente á su felicidad desde lejos.

En la emigración á la República Argentina se produce el fenómeno, raro en la emigración á otros países, de abundar mucho más el contingente de Santander, Oviedo, Zaragoza, Barcelona, Navarra, Valencia y Andalucía que el de las provincias gallegas, con ser éstas más densas de población y las más pobres. Obsérvase también que es el país de América adonde se dirige mayor número de artistas, escritores con títulos profesionales, viajantes de comercio, introductores de productos y patentes, y, en general, personas cultas y educadas. La República Argentina tiene más españoles hoy que cuando era colonia nuestra, y aunque no llega á la mitad de los italianos, su organización es, sin embargo, más brillante.

La ley de Emigración vigente y su reglamento se aplican á las expediciones con carácter de tales y pasaje de tercera clase. Cuantos trabajadores se acojan á ella adquieren la seguridad de una hospitalidad momentánea y un trabajo seguro, con arreglo á sus aptitudes. El trabajador que carece de hospedaje puede ir al *Hotel de Inmigrantes,* donde se le facilita comida durante cinco días, cuyas raciones se componen de 600 gramos de carne con pan, 100 gramos de arroz ó fideos, 150 gramos de verduras, 25 gramos de azúcar, 10 gramos de café y medio litro de leche para los niños. La *Oficina de Trabajo* se encarga de instruir á los emigrantes que lo soliciten acerca de las obras ó faenas del Gobierno ó particulares que necesitan brazos, los itinerarios y horarios de los trenes, las costumbres y clima y alimentación de los diversos puntos á que pueden dirigirse, la rebaja á que tienen derecho en los transportes de ferrocarriles, que varía del 35 al 50 por 100, los métodos empleados en las faenas, las maquinarias existentes y

usuales y el tipo medio de los jornales. A causa de la demanda activa en los territorios del ferrocarril del Sur, el transporte de esta línea férrea cobra solamente un peso papel por cualquier distancia.

La ley de Desembarco tiende á facilitar la distribución de pasajeros, y también á impedir la introducción en el país de dementes, sexagenarios que no sean cabezas de familia ó tengan parientes en la República, tuberculosos ó enfermos de contagio, presidiarios, mendigos de profesión y personas de condiciones antisociales.

La ley de Inmigración comprende dos extremos: uno castiga el desconocimiento de las disposiciones referentes á la comodidad y seguridad de los emigrantes. El otro se refiere á la obligación en que están los capitanes de buque de inhibirse (art. 32) de embarcar gente nociva, obligando la contravención de esta disposición á reconducirles á su costa, pagar multas de 100 pesos en adelante y fuertes cauciones afectas al cumplimiento de lo mandado.

Fuera de estas disposiciones, que afectan unas á la seguridad del pasajero, y á la higiene moral y material de la República otras, el emigrante es un pasajero libre, con todos los derechos civiles de los ciudadanos y con aptitud legal para desempeñar destinos oficiales y formar parte de las Corporaciones municipales.

Los que se acogen á la ley de Inmigración y desean utilizar las *Oficinas del Trabajo,* siguen el camino más corto de hallar ocupación momentánea, porque cuando las labores de las cosechas demandan gente con urgencia, la Dirección esparce las noticias que tiene, á fin de evitar el pánico por la escasez de brazos y prevenir los conflictos de desocupaciones continuadas. La masa, con las noticias y datos que recibe en la Oficina, se fracciona, siguiendo las direcciones de las demandas. Y como el movimiento del trabajo es continuo y la inmigración trabajadora va en aumento, estas Oficinas, que suelen colocar hasta 4.000 hombres diarios, se subdividen en los puntos adecuados y cruces ferroviarios, repartiéndose también por todo el país hoteles de emigrantes con capacidad para 2.000 plazas.

Aunque accidentalmente, las máquinas agrícolas, sin las cuales sería de toda imposibilidad cultivar tan enormes extensiones, remuneran más que otras ocupaciones, por lo cual son muchos los que en determinados momentos dejan sus quehaceres habituales para ganar mayor salario ocupados en aquéllas, volviendo á las tareas de su oficio así que pasa la temporada. Los empleados en la maquinaria agrícola suelen ganar cinco pesos, casa y comida, y los empleados en la carga y acarreo de frutos, de 3,50 á 5,25, en las mismas condiciones.

La agricultura, que durante todo el año necesita gran número de brazos, tiene la particularidad de exigir en la época de recolección una cantidad enorme, y á esta necesidad responde también la llamada inmigración *golondrina,* de extraordinaria afluencia, que abandona el país en seguida de practicar la recolección.

La libertad de los inmigrantes para contratar el trabajo no tiene ninguna clase de trabas. La Oficina facilita los datos y expone las demandas, las observaciones y los fenómenos de la actividad, aumento ó disminución de trabajo. Y si por culpa de la Administración que hiciera la demanda no se contratan los trabajadores, es cuenta de aquélla hospedarlos y reconducirlos al punto de partida ó al más próximo en que hubiere colocación para ellos.

El arraigo de los inmigrantes en la Argentina se explica por la facilidad que se les presenta para adquirir tierras en arriendo, y verse, con el esfuerzo y las privaciones que son peculiares á los labradores españoles desde que nacen, propietarios en poco tiempo. Verdaderas fortunas se han hecho en la Argentina así; y aun cuando hoy es muy difí-

cil por el elevado precio de la tierra, todo colono que sea un poco afortunado en las cosechas alcanza un porvenir seguro.

Los terrenos se venden por lotes. Es de cuenta del comprador abrir las calles. Se paga por cuotas anuales con interés. La escritura se otorga al efectuar el último pago. La designación de escribano se hace de acuerdo entre ambas partes por los jueces del domicilio. El precio de los terrenos varía en razón de las distancias de las poblaciones y de las líneas de ferrocarriles.

Las condiciones del arriendo suelen ser: dos pesos hectárea, ó el 10 por 100 de la cosecha. Los arriendos son por cinco años, y el arrendatario se obliga á dejar el campo alfalfado. Puede dedicar la tercera parte á pastoreo. No puede cultivar lino dos años seguidos, ni ocupar en este cultivo más de la quinta parte. El arriendo se paga en productos, y solamente la cosecha responde del pago. Las familias prefieren el arriendo, y son preferidas también como arrendatarias que como peones. El arrendatario provee de semillas; el almacén, de comestibles, ropas y utensilios, mediante vales que canjea después por productos de la cosecha. Hay toda facilidad de créditos para construir la chacra, ó casa de labor; ganados de labor ó de producción, como vacas, gallinas, cerdos; semillas, árboles y alquiler de maquinaria. El colono todo lo paga con la cosecha libre; y cuando es abundante, que es lo normal, en pocos años puede verse libre de todo crédito, y propietario absoluto del terreno.

La *Oficina de Trabajo* ha impedido que se imponga á los jornaleros el pago en fichas, y la obligación de adquirir géneros en establecimientos de la Empresa, así como la retención de los jornales.

Para la recolección del maíz se imponen por la Dirección de Trabajo condiciones determinadas para evitar que los trabajadores sean abrumados con cargas excesivas durante largo tiempo; generalmente, se les provee de bolsas de 1,10 metros de largo por 0,70 de ancho, que pesan, llenas de maíz deschalado, 75 kilogramos. El jornal es de 40 centavos cada bolsa, casa y comida. Se llena una bolsa en 40 minutos si la troja no es rala. Cultívase, por lo general, en terrenos de nueva roturación. El peón se obliga solamente á llenar las bolsas, efectuándose por otros operarios la carga y acarreo. Un buen peón llena 17 bolsas, y gana de 3,75 á 4,25 pesos al día, casa y comida. Si el trato se hiciese sin casa y comida, los peones tienen derecho á construir chozas con las cañas del maíz.

Resta advertir que siempre fueron rechazadas por el Gobierno argentino cuantas proposiciones fueron hechas por Empresas para proporcionar al país emigrantes, aun en las épocas de pánico en que llegara á creerse que se perderían las cosechas por falta de brazos para recogerlas. No hay propaganda como la del hecho, la seriedad de las remuneraciones y el trato hospitalario para aumentar la inmigración, que se avecina en la tierra, improvisando pueblos lindos, ricos y cultos, á quienes el Gobierno provee en seguida de escuela y camino de comunicación. El límite de la emigración está en el de roturación de tierras fiscales y en los del Presupuesto nacional.

La Argentina, que tiene seis millones escasos de habitantes, podría albergar más de setenta millones en su suelo. La tierra, que constituye su fortuna hoy, habría logrado entonces el engrandecimiento nacional más fabuloso.

Sin duda por eso los labradores hallan crédito para vivir un año, y la dignidad de las leyes y de la policía se niega á castigar á nadie por dejar de satisfacer una comida en establecimiento público, si no forman parte del gasto vino, postres, café y licores, esto es, cosas superfluas.

JULIÁN DE LA CAL.

# Información extranjera

## La anglomanía y los anglómanos.

Don Miguel de Unamuno escribió para *La España Moderna,* poco ha, unos artículos sobre la europeización de España, y más recientemente, D. A. Ramírez Fontecha ha publicado en *Mercurio* un escrito sobre lo que él denomina la *yanquinización* (no me hace gracia el entremetido *ni)* de Panamá y Cuba. Siguiendo ejemplos tan respetables, hubiera yo titulado este articulejo *La anglosajonización de España.* Mas como ninguno de estos vocablos figura en el Diccionario de la Lengua, y como no soy amigo de inventar palabrotas, he determinado que estos renglones lleven el encabezamiento que arriba se ve.

No siendo yo bien conocido en las Españas, se me permitirá que, antes de seguir adelante, diga unas cuatro palabras acerca de mi humilde persona. Tal vez el benévolo lector las perdone cuando perciba que no dejan de venir aquí á cuento. Allá van, pues. Pertenezco á las dos razas que, según parece, hoy vienen estrechando más y más sus relaciones amistosas: mi padre era natural de la Gran Bretaña, y por eso llevo apellido inglés; mi madre, por otra parte, era de pura raza castellana, y por eso, á Dios gracias, puedo trazar estas líneas, bien que mal, sin valerme de traductor. Además, pasé algo más de un tercio de mi vida en Colombia, es decir, en medio de hispanoamericanos, y he pasado los otros dos tercios no completos en los Estados Unidos, es decir, en un medio ambiente angloamericano ó yanqui. Estos dos elementos—el anglosajón y el hispano—se hallan de tal manera equilibrados y hermanados en mi ser, que dificilísimo sería determinar cuál de ellos predomina allí. Bien es verdad que no todo entre ellos es paz, concordia y bienandanza. Á veces se declaran en guerra, y entonces, ¡qué de lindezas se dicen, ¡ay de mí! Mi yo anglosajón llama á mi yo hispano tonto, indolente y sentimental; y mi yo hispano llama á mi yo anglosajón loco, prosaico y metalizado. Pero ésas han sido tan sólo desavenencias caseras, cosas de familia, que pronto pasan, y dejan á las partes militantes queriéndose más que nunca. De todo esto es fácil sacar en limpio lo siguiente: que conozco á las dos razas como á mis manos, que con ambas me ligan fuertes simpatías, y que me es fácil colocarme alternativamente en el punto de vista de la una para juzgar con imparcialidad á la otra. Colocándome así, siempre he opinado que el britano y el hispano debieran tratar de intimarse más en sus relaciones, de conocerse mutuamente más y más á fondo, y hasta de asimilarse (permítaseme la expresión) en todo lo que tienda á mejorar las condiciones de cada cual, sin anular ó cambiar radicalmente su modo de ser. Siempre he pensado que si los ingleses fueran más hispanófilos y los españoles más anglófilos, de ello surgirían bienes para ambos pueblos.

Hace ya algunos años que se viene manifestando en España una afición creciente por la lengua, las costumbres y las instituciones de allende el Canal de la Mancha. Hallándome en Granada, tres años ha, vi entrar en los jardines de la Alhambra á un oficial español, montado en un soberbio corcel, y me sorprendí no poco de ver que no cabalgaba á la española, sino á la inglesa. Un granadino me dijo que el tal oficial era reputado como el mejor jinete de la morisca ciudad, si no de toda la Andalucía. Más tarde fuí á Madrid, y muchas veces, descansando en un asiento de la Castellana, hube

de observar que muchos de los niños de las familias principales tenían ayas inglesas que se empeñaban en hacerles balbucir la rica y vigorosa lengua de Milton y Shakespeare. También observé que en los diarios, los kioscos y las muestras de las tiendas y despachos se empleaban palabras inglesas más ó menos castellanizadas. Aquí se anunciaba un *mitin* ó *meeting,* allí se decía que se vendían billetes para el *sleeping-car,* y acullá se ofrecían apetitosos *bifteks* ó *beefsteaks, roast-beefs* y espumosos *ale* ó el embriagante *cocktail.* Ni se necesitaban ojos de lince para advertir que la afición había pasado de las palabras á las cosas por ellas expresadas, pues el consumo de lo espumoso y de lo embriagante parecía ser algo más que mediano. Á buen seguro—me decía yo para mis adentros—que ya los españoles no cantarán aquella copla que aprendí cuando niño, que, si mal no me acuerdo, era como sigue:

Quien nísperos come
*y bebe cerveza,*
espárragos chupa
y besa á una vieja,
ni come, ni bebe,
ni chupa, ni besa.

No; porque ya hoy día, para ellos, el beber cerveza es verdaderamente beber.

Fué á mediados del año de 1904 cuando hice yo, muy de paso, estas observaciones. Después se ha verificado el muy fausto acontecimiento del matrimonio del Rey con una sobrina de Eduardo VII, y natural es que hoy en España se imite á los ingleses aún más que en aquel tiempo.

Tal imitación, ya sea consciente ó inconsciente, es, no sólo disculpable, sino hasta plausible, siempre que se efectúe bajo ciertas condiciones y dentro de ciertos límites. El mal está en que se lleve demasiado lejos, desvirtuando así el carácter nacional, ó en que se imite lo accesorio ó accidental, y no lo principal ó perdurable, ó en que se copien los defectos y vicios, en vez de las buenas cualidades y virtudes, ó juntamente con éstas. Cuéntase que una vez una señora angloamericana le enseñaba á su cocinero chino á confeccionar un manjar exquisito que era muy del gusto de su marido, y que, como al explicar el procedimiento tuviese ella que tirar ó desechar uno de los huevos por encontrarlo huero, el bueno del criado, siempre que preparaba el tal manjar, tiraba un huevo, pues creía que ese acto era necesario para el buen éxito de la obra culinaria. De otro chino que era, no cocinero, sino sastre, se cuenta que, habiéndole mandado un yanqui que le hiciera un par de pantalones, y habiéndole dado como muestra ó patrón un par de pantalones viejos que estaban remendados, el chino hizo la nueva prenda con un flamante remiendo, persuadido de que, sin éste, su obra quedaría incompleta. Amigos anglómanos, guardaos de imitar á los supradichos chinos.

Enhorabuena que no sólo en las aulas universitarias, sino también en las escuelas de segunda enseñanza, y aun en el círculo todavía más circunscrito de la familia, se estudie con ahinco y con ardor la lengua y literatura inglesas. De esto, siempre que los profesores sean de reconocida idoneidad, no podrán resultar sino bienes, grandísimos bienes para la juventud española. Pero cuidado con introducir en el idioma vocablos y giros ingleses que no necesite; cuidado con viciar la literatura con necios remedos de los libros de la poderosa Albión. Que tanto la lengua como la literatura continúen siendo españolas, genuinamente españolas.

Enhorabuena también que se importe, aclimate y popularice el deporte ó, si así queréis llamarlo, el *sport,* tal como se practica en la Gran Bretaña. Mejor mil veces

es que los *pollos* acabados de salir del cascarón, y aun los que ya tengan buenas alas, pasen las horas de ocio jugando al *tennis,* al *foot-ball* ó al *cricket,* en lugar de pasarlas haciendo el oso ó pelando la pava. Lo uno los hace vigorosos, y lo otro endebles, física y moralmente. Pero que, por ejemplo, no se lleve el trasunto del *sport* de los ingleses hasta imitarlos en su estilo de montar á caballo, que, la verdad sea dicha, es muy inferior en gracia y donosura al estilo español.

Bien miradas las cosas, la anglomanía de que adolece hoy el pueblo español es solamente un síntoma, y síntoma muy alentador. No hay que dudarlo: España se despierta de su largo sueño, se frota los ojos y se pregunta: —¿En qué estado me encuentro y qué puesto me corresponde entre las demás naciones de la tierra? ¿Volveré á ser grande?

¡Ah! «¿Volveré á ser grande?» He aquí la pregunta cardinal, importantísima. Y no es fácil darle respuesta satisfactoria. Entre los españoles mismos se expresan opiniones diametralmente opuestas sobre el asunto: unos, llenos de esperanza, afirman que su Patria volverá á ser grande; otros, agobiados por el pesimismo, dicen desalentados que no. Complázcome en declarar ante el mundo que me adhiero á la opinión de los primeros. Sí, adorada madre patria, cuna de mis abuelos maternos, volverás á ser grande, no lo dudes; pero para ello es preciso que cambies algún tanto de ideales, y que, buscando la grandeza por caminos muy distintos de aquellos por donde en mala hora te llevaron tus Carlos y tus Felipes, le des á tu pueblo—á tu pueblo entero, no á unos pocos escogidos—libertad y luz, luz y libertad. También es preciso que tus hijos tengan más fe en el porvenir, y que se persuadan de que ellos poseen aptitudes que, empleadas con acierto y con tesón, pueden elevarte al rango de primera potencia. Hubo un siglo en que los españoles se hicieron grandes descubriendo un Nuevo Mundo y explotando las riquezas de su suelo; en el siglo XX podrán hacerse otra vez grandes descubriéndose á sí mismos y explotando las riquezas de su privilegiado ingenio.

CARLOS BRANSBY.

Universidad de California.

# ÍNDICE DEL TOMO QUINTO

## 1908

# ÍNDICE DE MATERIAS


Números. Páginas.

## Sección doctrinal.

I *Dos vidas fundidas en una sola vida.*—Anselmo Fuentes..... 5
*La música. (Á propósito del libro de un musicógrafo español.)*—Andrés González Blanco..... 22
*La cencerrada.*—Julio Puyol y Alonso..... 40
II *El defensor de Zaragoza. (Un documento histórico.)*—José Ibáñez Marín. 81
*La Reina Victoria de Inglaterra y los matrimonios españoles.*—Félix de Llanos y Torriglia..... 90
*La estética del vagabundaje.*—Constancio Bernaldo de Quirós..... 101
*Así nació el anarquismo.*—Juan Díaz-Caneja..... 103

III **HOMENAJE Á ESPRONCEDA** (Trabajos en prosa):

*Espronceda en la lírica.*—Antonio Cortón..... 177
*En la velada del teatro Español.*—Gregorio Martínez Sierra..... 227
*Espronceda, místico.*—Mario Roso de Luna..... 232
*Elogio de D. José de Espronceda.*—Daniel López Orense..... 239
IV *Murat y la espada de Francisco I.*—José Ibáñez Marín..... 241

**HOMENAJE Á CURROS ENRÍQUEZ** (Trabajo en prosa):

*Elogio del poeta.*—Segismundo Moret..... 245
*Otra historia de amor.*—Daniel López Orense..... 253
*Recuerdos de niñez y de mocedad.*—Francisco Antón..... 276
*Abiotica é hiperbiotica.*—Mariano Potó..... 279
*Primer viaje..., primera entrevista.*—José García Mercadal..... 281

V **LOS SITIOS DE ZARAGOZA** (Homenaje de los generales franceses y españoles):

*Inmortales defensores.*—José López Domínguez..... 322
*Los Sitios.*—Fernando Primo de Rivera..... 324
*Psicología de Napoleón en España.*—Hipólito Bonnal..... 328
*La guerra de España en 1808.*—José Gallieni..... 330
*Lección y ejemplo.*—Jorge Alberto Bazaine-Haiter..... 332
*Los mariscales franceses y Zaragoza.*—Marcelo de Azcárraga..... 334
*Palafox y el soldado español.*—Valeriano Weyler..... 337
*La gloria del triunfo.*—Camilo G. de Polavieja..... 339
*Testimonios imparciales.*—Federico Ochando..... 341
*Zaragoza.*—Agustín Luque..... 354
*Rendición gloriosa.*—Vicente de Martítegui..... 363
*Bandera negra.*—Julián González Parrado..... 366
*El mejor testimonio.*—Ramón Echagüe..... 371
*Palafox y la ciudad heroica.*—Julián Suárez Inclán..... 373
*Los artilleros en los Sitios de Zaragoza.*—Enrique Hore..... 387
*Independencia ó muerte.*—José Marvá y Mayer..... 391

| Números. | | Páginas. |
|---|---|---|
| V | *La defensa de Zaragoza.*—Federico de Madariaga | 421 |
| | *Los «sitios» de España y los «sitios» de Europa.*—José Ibáñez Marín | 428 |
| VI | *La Reina Victoria de Inglaterra y los matrimonios españoles.*—Félix de Llanos y Torriglia | 433 |
| | *Demagogia y democracia.*—Anselmo Fuentes | 456 |
| | *La fotografía de los colores.*—Santiago Alasá Domingo | 467 |


## Poesías.


| | | |
|---|---|---|
| I | *La fuente de las lágrimas.*—Cándido Ruiz Martínez | 46 |
| | *Los violones del Rey.*—Rodolfo Gil | 50 |
| II | *Los dos hidalgos.*—Mariano Miguel de Val | 115 |
| | *La mejor vida.*—Angel Avilés | 117 |
| | *Terra mater.*—Narciso Alonso Cortés | 118 |
| III | **HOMENAJE Á ESPRONCEDA** (Composiciones en verso): | |
| | *A la Patria.*—José de Espronceda | 163 |
| | *Al Sol.*—José de Espronceda | 165 |
| | *Soneto.*—José de Espronceda | 167 |
| | *Canto á Teresa.*—José de Espronceda | 168 |
| | *El burlador de Salamanca.*—Martín de Samos | 203 |
| | *En conmemoración de Espronceda.*—Eduardo Marquina | 224 |
| | *Sonetos románticos.*—José Santos Chocano | 229 |
| | *La enlutada de las flores.*—Mariano Miguel de Val | 231 |
| | *A Espronceda.*—Alfredo Gómez Jaime | 237 |
| | *Versos á Espronceda.*—Enrique Díez-Canedo | 238 |
| IV | **HOMENAJE Á CURROS ENRÍQUEZ** (Composiciones en verso): | |
| | *Poesías.*—Filomena Dato Muruais | 247 |
| | *A Curros Enríquez.*—Eduardo Pondal | 249 |
| | *Saudo.*—Lisardo Barreiro | 250 |
| | *Sursum corda!*—José de Pazos | 251 |
| | *Aparte; Siesta.*—Enrique Díez-Canedo | 298 |
| | *Estoicismo; El tedio.*—Andrés González-Blanco | 299 |
| | *Tierra del alma.*—Carlos Villafañe | 300 |
| | *Cielo gris.*—Narciso Alonso Cortés | 304 |
| VI | *En la conmemoración de los Sitios de Zaragoza: Á S. M. el Rey D. Alfonso XIII; Ecos de gloria; El Siglo del Trabajo.*—Mariano Miguel de Val | 486 |
| | *Oración de la mañana; Salmo; Madrigal.*—J. Muñoz San Román | 489 |
| | *Esperanza.*—Eugenio Carré Aldao | 491 |


## Información iberoamericana.

### España.


| | | |
|---|---|---|
| I | *Notas financieras.*—X | 54 |
| | *Teatros.*—X | 64 |
| II | *Notas financieras.*—X | 119 |

| Números. | | Páginas |
|---|---|---|
| II | *Reglamento de la ley de Protección á la infancia*..... | 124 |
| | *Teatros.*—W..... | 132 |
| | *Sport*..... | 134 |
| IV | *Asamblea de la Prensa española*..... | 306 |
| | *Notas financieras.*—X..... | 308 |
| VI | *Mirando á Zaragoza.*—Miguel S. Oliver..... | 493 |

**Portugal.**

| | | |
|---|---|---|
| I | *«A defeza nacional»: Un libro de Ferreira do Amaral.* - Salvador Díaz-Berrio..... | 65 |
| II | *Después de la tragedia.*—Salvador Díaz-Berrio..... | 140 |
| IV | *La normalidad constitucional.* — *Campaña de descrédito.* — Salvador Díaz-Berrio..... | 312 |

**América.**

| | | |
|---|---|---|
| I | **Méjico.** — *La Hacienda pública mejicana.*—Amado Nervo..... | 68 |
| | **Argentina.**—*El arbitraje como ley.* — *Ni monroismo ni competencias.*—*Predominio en los mercados de Europa.*—*Actitud de Chile y Brasil.* - *La prensa y los Congresos.* - *Cómo se prepara un centenario.*—*España, potencia americana.*—*Objetivo del pueblo argentino.*—*Doctrinas de Sarmiento y Alberdi.*—*Pasión por las ciencias prácticas.*—*Lo que será el Gran Certamen.*—*Entre Ríos, provincia agrícola.*—*Las colonias suizas.* — *El Tratado con Dinamarca.* — *La inmigración.* — *Buenos Aires, cosmopolita y autónomo.* -Julián de la Cal ..... | 70 |
| IV | *Actualidad política.*—M..... | 314 |
| VI | *La inmigración española.*—Julián de la Cal..... | 495 |

## Información extranjera.

**Francia y Alemania.**

| | | |
|---|---|---|
| I | *La política extranjera en 1907.*—Em. Rousselot..... | 75 |

**Austria.**

| | | |
|---|---|---|
| IV | *El «Draug nach Osten».*—Em. Rousselot..... | 316 |

## La vida en los Ateneos.

### Ateneo de Madrid.

| | | |
|---|---|---|
| I, II y IV | Relación de las conferencias dadas durante los meses de Enero á Abril de 1908..... 78, 149 y | 317 |
| II | *Las razas en los pueblos del Mediterráneo.*—Conferencia de Manuel Antón Ferrándiz..... | 149 |
| | *El crimen de ayer.* Crítica de este drama, por Rafael Urbano..... | 150 |

## Bibliografía.

| | | |
|---|---|---|
| I | *Terra madre*, de G. de Lorenzo. — Constancio Bernaldo de Quirós..... | 79 |
| | *De tierra adentro*, cuentos de Jesús Castellanos.—Alberto Insúa..... | 79 |
| | *Estenotipia universal*, de Enrique Mhartín y Guix.—X..... | 79 |

| Números. | | Páginas. |
|---|---|---|
| I | *¿Quieres ser buen padre? ¿Quieres ser buena madre?*, de Ricardo Mayol.—X | 80 |
| II | *The soul of Spain*, by Havelock Ellis. - Constancio Bernaldo de Quirós. | 159 |
| | *Manual práctico y recetario de fotografía*, de Rodolfo Namias.—X | 159 |
| | *Las veladas del hogar: Las cartas á Paquita*, novela de Marcel Prévost.—X | 159 |
| | *Las tentaciones de Próspero*, novela de Maurice Montégut.—X | 160 |
| IV | *Masochismus und Masochisten*, de Wanda von Sacher-Masoch.—Constancio Bernaldo de Quirós | 320 |
| | *La cumbre*, novela de Juan Díaz-Caneja.—Constancio Bernaldo de Quirós | 320 |
| | *Alma rebelde*, de J. A. Meliá.—Constancio Bernaldo de Quirós | 320 |


# ÍNDICE DE AUTORES


| | | |
|---|---|---|
| VI | Alasá Domingo (Santiago).—*La fotografía de los colores* | 467 |
| II | Alonso Cortés (Narciso).—*Terra mater*. (Poesía.) | 118 |
| IV | *Cielo gris*. (Idem.) | 304 |
| | Antón (Francisco).—*Recuerdos de niñez y de mocedad* | 276 |
| II | Avilés (Angel). - *La mejor vida*. (Poesía.) | 117 |
| V | Azcárraga (Marcelo de).—*Los mariscales franceses y Zaragoza* | 334 |
| IV | Barreiro (Lisardo).—*Saudo*. (Poesía.) | 250 |
| V | Bazaine-Haiter (Jorge Alberto).—*Lección y ejemplo* | 332 |
| I | Bernaldo de Quirós (Constancio).—*Terra madre*, de G. de Lorenzo (Bibliografía.) | 79 |
| II | *La estética del vagabundaje* | 101 |
| | *The soul of Spain*, by Havelock Ellis. (Bibliografía.) | 160 |
| IV | *Masochismus und Masochisten*, de Wanda von Sacher-Masoch. (Idem.) | 320 |
| | *La cumbre*, novela de Juan Díaz-Caneja. (Idem.) | 320 |
| | *Alma rebelde*, de J. A. Meliá. (Idem.) | 320 |
| V | Bonnal (Hipólito).—*Psicología de Napoleón en España* | 328 |
| VI | Bransby (Carlos).—*La anglomanía y los anglómanos*. (Información.) | 502 |
| I | Cal (Julián de la).—*El arbitraje como ley.—Ni monroísmo ni competencias.—Predominio en los mercados de Europa.—Actitudes de Chile y Brasil.—La prensa y los Congresos.—Cómo se prepara un centenario. España, potencia americana.—Objetivo del pueblo argentino.—Doctrinas de Sarmiento y Alberdi.—Pasión por las ciencias prácticas.—Lo que será el Gran Certamen.—Entre Ríos, provincia agrícola.—Las colonias suizas.—El Tratado de Dinamarca.—La inmigración.—Buenos Aires, cosmopolita y autónomo*. (Idem.) | 70 |
| VI | *La inmigración española*. (Idem.) | 495 |
| | Carré Aldao (Eugenio).—*Esperanza*. (Poesía.) | 491 |
| III | Cortón (Antonio).—*Espronceda en la lírica* | 177 |
| IV | Dato Muruais (Filomena).—*Poesías* | 247 |
| I | Díaz-Berrio (Salvador).—*«A defeza nacional»: Un libro de Ferreira do Amaral*. (Información.) | 65 |

| Números. | | Páginas. |
|---|---|---|
| II | Díaz-Berrio (Salvador). —*Después de la tragedia.* (Información.)..... | 140 |
| IV | *La normalidad constitucional.—Campaña de descrédito.* (Idem.).. | 312 |
| II | Díaz-Caneja (Juan).—*Así nació el anarquismo*..... | 103 |
| III | Díez-Canedo (Enrique).—*Versos á Espronceda.* (Poesía.)..... | 238 |
| IV | *Aparte; Siesta.* (Poesías.)..... | 298 |
| V | Echagüe (Ramón).—*El mejor testimonio*..... | 371 |
| III | Espronceda (José de). —*A la Patria.* (Poesía.)..... | 163 |
| | *Al Sol.* (Idem.)..... | 165 |
| | *Soneto.* (Idem.)..... | 167 |
| | *Canto á Teresa.* (Idem.)..... | 168 |
| I | Fuentes (Anselmo).—*Dos vidas fundidas en una sola vida*..... | 5 |
| VI | *Demagogia y democracia*..... | 456 |
| V | Gallieni (José).—*La guerra de España en 1808*..... | 330 |
| IV | García Mercadal (José).—*Primer viaje..., primera entrevista*..... | 281 |
| I | Gil (Rodolfo).—*Los violones del Rey.* (Poesía.)..... | 50 |
| III | Gómez Jaime (Alfredo). —*A Espronceda.* (Idem.)..... | 237 |
| I | González-Blanco (Andrés). —*La música. (A propósito del libro de un musicógrafo español.)*..... | 22 |
| II | *Americanerías.* (Información.)..... | 142 |
| IV | *Estoicismo; El tedio.* (Poesías.)..... | 299 |
| V | González Parrado (Julián).—*Bandera negra*..... | 366 |
| | Hore (Enrique).—*Los artilleros en los Sitios de Zaragoza*..... | 387 |
| II | Ibáñez Marín (José). —*El defensor de Zaragoza. (Un documento histórico.)*..... | 81 |
| IV | *Murat y la espada de Francisco I*..... | 241 |
| V | *Los «sitios» de España y los «sitios» de Europa*..... | 428 |
| I | Insúa (Alberto).—*De tierra adentro,* cuentos de Jesús Castellanos. (Bibliografía.)..... | 79 |
| V | López Domínguez (José).—*Inmortales defensores*..... | 322 |
| III | López Orense (Daniel).—*Elogio de D. José de Espronceda*..... | 239 |
| IV | *Otra historia de amor*..... | 253 |
| V | Luque (Agustín).—*Zaragoza*..... | 354 |
| II y VI | Llanos y Torriglia (Félix de). —*La Reina Victoria de Inglaterra y los matrimonios españoles*..... 90 y | 433 |
| IV | M.—*Actualidad política.* (Información.)..... | 314 |
| V | Madariaga (Federico de). —*La defensa de Zaragoza*..... | 421 |
| III | Marquina (Eduardo).—*En conmemoración de Espronceda.* (Poesía.).... | 224 |
| | Martín de Samos.—*El burlador de Salamanca.* (Leyenda lírica de José de Espronceda, adaptada á la escena en dos actos.)..... | 203 |
| | Martínez Sierra (Gregorio). —*En la velada del teatro Español*..... | 227 |
| V | Martítegui (Vicente de).—*Rendición gloriosa*..... | 363 |
| | Marvá y Mayer (José).—*Independencia ó muerte*..... | 391 |
| IV | Moret (Segismundo). —*Elogio de Curros Enríquez*..... | 245 |
| VI | Muñoz San Román (J.) —*Oración de la mañana; Salmo; Madrigal.* (Poesías.)..... | 489 |
| I | Nervo (Amado).—*La Hacienda pública mejicana.* (Información.)..... | 68 |
| V | Ochando (Federico). —*Testimonios imparciales*..... | 341 |
| VI | Oliver (Miguel S.). —*Mirando á Zaragoza.*—(Información.)..... | 493 |
| IV | Pazos (José de).—*Sursum corda!* (Poesía.)..... | 251 |
| V | Polavieja (Camilo G. de).—*La gloria del triunfo*..... | 339 |
| IV | Pondal (Eduardo).—*A Curros Enríquez.* (Poesía.)..... | 249 |
| | Potó (Mariano).—*Abiotica é hiperbiotica*..... | 279 |

| Números. | | Páginas. |
|---|---|---|
| V | Primo de Rivera (Fernando).—*Los Sitios* | 324 |
| I | Puyol y Alonso (Julio).—*La cencerrada* | 40 |
| III | Roso de Luna (Mario).—*Espronceda, místico* | 252 |
| I | Rousselot (Em.)—*La política extranjera en 1907.* (Información.) | 75 |
| IV | *El «Draug nach Osten».* (Idem.) | 316 |
| I | Ruiz Martínez (Cándido).—*La fuente de las lágrimas.* (Poesía.) | 46 |
| III | Santos Chocano (José).—*Sonetos románticos.* (Idem.) | 229 |
| V | Suárez Inclán (Julián).—*Palafox y la ciudad heroica* | 373 |
| II | Urbano (Rafael).—*El crimen de ayer,* drama de Joaquín Dicenta. (Crítica.) | 150 |
| | Val (Mariano Miguel de).—*Los dos hidalgos.* (Poesía.) | 115 |
| III | *La enlutada de las flores.* (Idem.) | 232 |
| VI | *En la conmemoración de los Sitios de Zaragoza: Á S. M el Rey Don Alfonso XIII; Ecos de gloria; El Siglo del Trabajo.* (Poesías.) | 486 |
| IV | Villafañe (Carlos).—*Tierra del alma.* (Poesía.) | 300 |
| II | W.—*Teatros.* (Información.) | 132 |
| V | Weyler (Valeriano).—*Palafox y el soldado español* | 337 |
| I | X.—*Estenotipia universal,* de Enrique Mhartín y Guix. (Bibliografía.) | 79 |
| | *¿Quieres ser buen padre? ¿Quieres ser buena madre?,* de Ricardo Mayol (Idem.) | 80 |
| II | *Manual práctico y recetario de fotografía,* de Rodolfo Namias. (Idem.) | 160 |
| | *Las veladas del hogar: Las cartas á Paquita,* novela de Marcel Prévost. (Idem.) | 160 |
| | *Las tentaciones de Próspero,* novela de Maurice Montégut. (Idem.) | 161 |